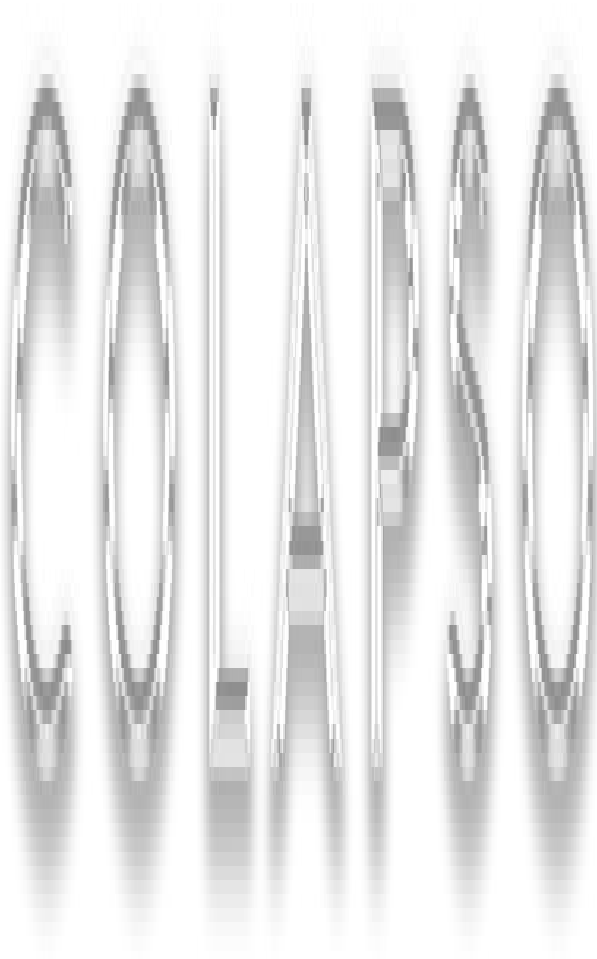
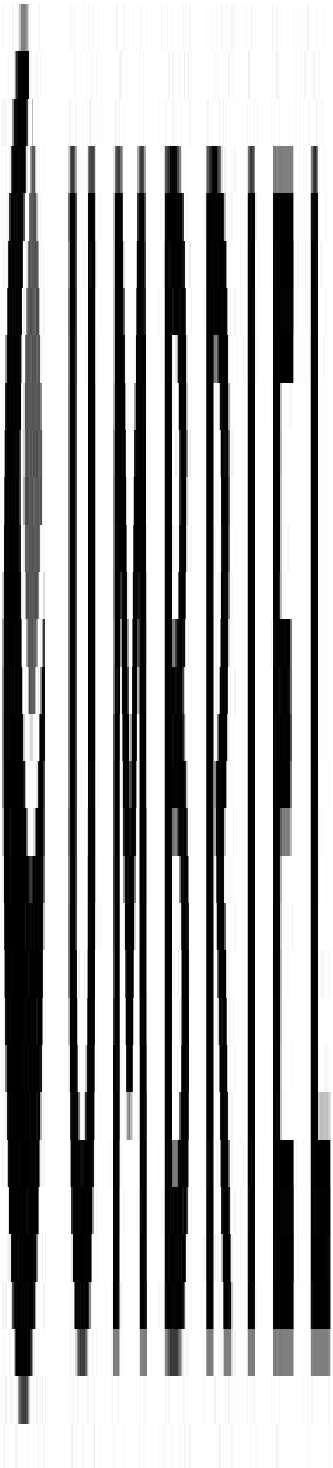
MANU CARBAJO
COLAPSO
El Equilibrio puede salvarse.
Pero, primero, se debe quebrar.



MANU CARBAJO



Argentina · Chile · Colombia · España

Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

1.ª edición: febrero 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© Del texto: Manu Carbajo, 2024
Representado por Tormenta www.tormentalibros.com
All Rights Reserved
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19699-60-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

EQUILIBRIO

En la entrega anterior…

En Vawav, un mundo oscuro en el que no existe el sol y la tecnología está muy avanzada, el dictador Sif Noah Peaker arrastra a Bérbedel por una desértica playa de arena negra. Su objetivo es utilizar al cautivo para abrir un portal hacia otro mundo: Ídedin, un lugar en el que nunca anochece, la tecnología no existe y sus habitantes son capaces de controlar los cuatro elementos.

En nuestro mundo, tal y como lo conocemos a día de hoy, Kai tiene unas extrañas y constantes pesadillas en las que siempre se encuentra con la misma chica de ojos verdes. El joven de 24 años comparte piso con sus dos mejores amigos, Yago y Amber, quienes lo animan a ir a terapia porque están convencidos de que sus noches de insomnio son fruto del estrés que tiene por un trabajo que odia.

La chica que aparece en los sueños de Kai resulta ser una joven habitante del mundo de Ídedin llamada Bahari. Esta muchacha resulta ser una gran centinela que, junto a Virgo, un felino prehistórico que está siempre a su lado, experimenta las desconcertantes apariciones de Kai. Bahari no ha confesado a Nabil, su compañero y mejor amigo, los inquietantes encuentros con el desconocido porque intenta restarle importancia. Sin embargo, cuando los Cuatro Sapientes, que son las grandes deidades de Ídedin, anuncian que su mundo ha sido invadido por Vawav y que el Equilibrio entre ambos se ha puesto en peligro, Bahari no tarda en asumir que los encuentros con Kai están relacionados con el suceso.

En la Tierra comienzan a producirse una serie de catástrofes

aisladas, que resultan desconcertantes por la extrañeza que muestran: el accidente de miles de pájaros estampándose contra un rascacielos, las aguas de un lago tiñéndose de rosa por un repentino exceso de salificación, en una playa comienza a crecer la marea de forma descontrolada… Sin embargo, de momento, nadie da importancia a estos sucesos.

Una mañana, cuando Kai regresa a casa después del trabajo, se encuentra en casa a una mujer hablando con Ámber. Se trata de Gala Craus, una vecina del edificio que, para sorpresa del chico, resulta ser psicóloga. La mujer, después de que los chicos ayudaran con un percance, se ofrece a hacerle a Kai una consulta gratuita, sin compromiso alguno. Él, reticente ante esta idea, se encierra en su cuarto para seguir adelantando cosas del trabajo.

En Vawav, el mundo más tecnológico, conocemos a Denis. Se trata de un joven de la misma edad de Kai que allí es un *buscador*, algo así como un meteorólogo que predice dónde se van a producir tormentas eléctricas para que el Departamento de Energía de Vawav pueda capturar los rayos para sus reservas. Este mundo, al carecer de luz natural, tiene un problema con los recursos para producir su propia energía, así que trabajos como el de Denis resultan clave para la vida de los vawaianos. Además, ahora tiene que lidiar con unas extrañas limitaciones en el norte del mundo que, para él, no tienen ningún sentido, ya que en el norte de Vawav se suelen producir muchas tormentas. En sus ratos libres trabaja con su androide personal, Mila. Su objetivo es intentar que el robot no solo tenga inteligencia artificial, sino también emocional y sea capaz de enamorarse. Sin embargo, Mila confunde el amor con su obligación de complacer a Denis.

Kai se anima a ir a la consulta de la doctora Gala Craus. Esta lo recibe cariñosa y animada y el chico no duda en compartir su inquietud por la recurrente pesadilla que tiene. Cuando la mujer le propone hacer una meditación guiada, Kai vuelve a soñar de nuevo con el lugar que visita todas las noches. Sin embargo, cuando despierta, tiene consigo una piedra de la caverna que acaba de «imaginar». El chico, asustado, huye de la consulta al percatarse de

que sus pesadillas son, en el fondo, reales.

En Vawav, Denis tiene que hacer frente a algo que lleva ignorando mucho tiempo. Su mejor amigo, Tercio, va a formar una familia con Hada, la chica de la que lleva enamorado años en secreto. La noticia le sienta a Denis como un jarro de agua fría y decide, de una vez por todas, intentar pasar página metiéndose en una aplicación de citas, donde conoce a una agradable chica con la que comienza a charlar.

Bahari, en Ídedin, intenta reflexionar sobre todo lo que está ocurriendo. Sus pensamientos parecen invocar a Kai, que aparece de nuevo, consciente de que esos viajes astrales no son ningún sueño. La muchacha aprovecha para interrogarlo sobre el Equilibrio y si es responsable de la invasión, pero el chico muestra un desconocimiento absoluto. Antes de que Kai consiga desaparecer, Nabil interrumpe en la estancia y descubre al chico desvanecerse.

Kai decide acudir de nuevo a la doctora Gala Craus para indagar en todo lo que le está ocurriendo. Sin embargo, cuando la mujer lo somete a una nueva meditación y este vuelve a viajar a ese extraño mundo, a la hora de regresar, Kai cierra el portal, haciendo desaparecer a Gala Craus.

Mientras esto sucede, el dictador de Vawav, Sif Noah Peaker, utiliza el portal que ha abierto entre los dos mundos para hacerse con el citranium: un mineral único de Ídedin con una composición tan especial que podría dotar a Vawav de energía ilimitada. Para ello, no duda en arrasar con todos los pueblos idedianos de alrededor.

En Terra, como los otros mundos llaman al nuestro, Kai regresa a casa angustiado por la desaparición de Gala. Confiesa a sus amigos lo que está ocurriendo y, mientras que Amber se muestra reticente, Yago opta por confiar en su fantasía y le anima a volver a dormirse consumiendo una droga que lo relaje. Kai accede a ello y vuelve a aparecer en Ídedin, esta vez con Yago acompañándole. Allí se encuentra de nuevo con Bahari y, para su sorpresa, con Gala Craus. Se da cuenta de que la doctora no es quien dice ser y que sabe más cosas del Equilibrio y los mundos que forman este universo.

Mientras, Denis entabla conversación con la chica que ha conocido a través de la aplicación, quien no es otra que Amber. Ella,

emocionada por la química que tiene con Denis, decide proponer un intercambio de fotos para ponerse cara. Cuando este le manda una foto resulta tener exactamente el mismo rostro de Kai, pero con los ojos azules. Amber, enfadada y creyendo que es una broma, entra hecha una furia en la habitación de su amigo justo en el preciso instante en que Kai aparece de la nada con Yago y la doctora.

En este momento, Gala Craus decide compartir con los tres jóvenes una nueva verdad sobre la realidad que los rodea. Existen dos mundos paralelos, Ídedin y Vawav, y Terra es el estabilizador de ambos, el Equilibrio. Kai, Denis y Bahari juegan un papel fundamental en este juego y es que los tres son la misma pieza de este puzle: son viajantes, la misma persona en tres versiones distintas. Los tres están conectados y tienen la capacidad de abrir portales entre los mundos. Cuando Vawav invadió Ídedin usando a los anteriores viajantes, ese Equilibrio se empezó a romper. Por eso, Terra está sufriendo extrañas catástrofes que, a cada día que pasa, son cada vez más devastadoras. El Equilibrio se está rompiendo, Terra se está rompiendo, y solo ellos tres pueden restablecerlo.

En Ídedin, Bahari rechaza su naturaleza de viajante porque esto le impide convertirse en centinela. En Vawav, Denis sufre la misma revelación cuando aparece de la nada Amber con Kai, Gala y Yago para explicarle que el Equilibrio es real. La doctora pertenece a una sociedad secreta conocida como el Priorato del Equilibrio, cuyos *guardianes* son los encargados de protegerlo. Hay varios adeptos repartidos por los tres mundos; por eso Gala necesita encontrarse con algunos guardianes de Vawav para saber qué es lo que ha pasado exactamente con Bérbedel, el hombre del prólogo del libro.

Mientras Denis se queda con Amber en su piso, Kai y Yago acompañan a la doctora a un antro secreto en donde se reúnen con Kumiko, una guardiana vawaiana. Las noticias no son buenas: Noah Peaker capturó a Bérbedel en Vawav y a Arno, su gemelo viajante, en Ídedin. Con la conexión de ambos ha abierto un portal entre los dos mundos. El objetivo es encontrar ese portal y cerrarlo con el rescate de los viajantes.

Cuando vuelven a reunirse con Amber y Denis, este comparte su

inquietud por las prohibiciones que se han hecho en el norte de Vawav, limitando el acceso a esta zona a muy pocas personas. Antes de regresar a Terra, Gala anima a Denis a que investigue con su trabajo sobre esa zona para ver si el portal que han abierto se encuentra por allí. Una vez de vuelta, la doctora confiesa que Kai no tiene más remedio que seguir esta aventura debido a su naturaleza pero que sus dos amigos se pueden mantener al margen si lo desean. Ni Yago ni Amber piensan dejar a su amigo solo en esta odisea.

Mientras, en Ídedin, Bahari ya ha confesado su naturaleza a los Cuatro Sapientes. La Patrona del Fuego, Docta Sena, con quien Bahari tiene una conexión muy especial, anima a la muchacha a practicar más sus habilidades y a contarle cosas acerca del Equilibrio y los viajantes. Sabe que la chica anhela convertirse en centinela, pero su naturaleza se lo va a impedir.

Bahari regresa triste y enfadada a su hogar, culpando a Kai de su desdicha. Los pensamientos de la muchacha hacen que, de repente, abra un portal a Terra, donde se encuentra con su gemelo viajante. Ambos confiesan que se perciben y escuchan de una manera sensorial, así que se animan a probar a contactar con Denis, abriendo un nuevo portal a Vawav.

De esta manera, los tres viajantes se encuentran por primera vez. Lucen un rostro prácticamente idéntico. Deciden pasar un rato juntos en compañía de Amber y Yago hasta que Denis los apremia a volver a sus respectivos mundos por la inesperada visita de unos amigos.

Cuando Bahari regresa a Ídedin, emocionada por haber descubierto los dos nuevos mundos, se encuentra con Nabil alterado. El chico confiesa el miedo que siente de perderla por culpa de su naturaleza de viajante y acaba mostrando sus sentimientos con un beso a la muchacha.

En Terra, es Gala Craus quien reprende a Kai, Amber y Yago, haciéndoles ver que el Equilibrio no es ningún juego. Decide llevar a los tres chicos a la sede del Priorato del Equilibrio. Allí conocen a Camila Salazar, la regenta del Priorato, y descubren todo un sótano secreto con tecnología punta para estudiar las alteraciones y brechas que se produzcan en el Equilibrio. Kai aprende más sobre sus raíces. El

Priorato le explica que los viajantes llevan existiendo desde hace miles de años y que algunos de ellos han sido grandes nombres en la historia de la humanidad (como Jesús de Nazaret y la Santísima Trinidad). Finalmente, proponen a los amigos que se separen para que la conexión de Kai con los otros mundos sea más estable. De este modo, Amber viajará a Vawav para estar al lado de Denis, mientras que Yago marchará a Ídedin con Bahari. Kai, por su parte, se quedará en Terra con Gala Craus, aprendiendo más sobre sus habilidades y estudiando el Equilibrio.

De forma paralela, Sif Noah Peaker sigue explotando las minas de citranium de Ídedin, ahogando con su terror a cualquier habitante que se interponga en su camino. Un caso es el de una familia idediana a la que aniquila, dejando vivo al hijo más pequeño de todos. Pero en Vawav el dictador también intenta tener todo bajo control. Sus alarmas suenan cuando un joven parece estar buscando información sobre lo que ocurre en la zona norte del mundo. Así que decide estudiarlo, seguirlo de cerca, y, para su sorpresa, se da cuenta de que tiene relación con algunos fanáticos del Equilibrio.

Es entonces cuando una mañana dos agentes se presentan en casa de Denis y lo llevan hasta la Torre de Vawav, lugar en el que se encuentra el despacho de Sif Noah Peaker. Allí el dictador tiene un encuentro con el chico, le confiesa que sabe todo lo que oculta y le propone algo: que se infiltre en los guardianes del Equilibrio y lo mantenga informado de todo. Denis, consciente de lo peligroso que es el dictador, accede a ello.

En Ídedin, Kai se presenta ante los Cuatro Sapientes y estos bautizan la empresa que forman con Bahari, Yago, Amber y el resto de los guardianes como la Orden del Equilibrio. Sin embargo, cuando Bahari se entera de que Yago va a estar todo el rato con ella, crece su enfado.

Antes de que Gala se centre en la formación de Kai, pide al chico que abra un portal hasta Vawav para que Amber pueda quedarse con Denis. La mujer aprovecha para reunirse con Kumiko y, en este encuentro, Denis, para ganarse la confianza de los guardianes, confiesa que Peaker lo ha ascendido y que sabe lo que está haciendo el

dictador en Ídedin: extraer citranium.

Una vez están Yago en Ídedin y Amber en Vawav, Kai se queda solo en Terra con Gala para empezar su formación. La mujer le habla de una profecía que augura un Colapso y que, si ese Colapso se llega a producir, su mundo y los viajantes desaparecerán. La visible preocupación de la mujer por los viajantes hace también que confiese algo personal al chico: su vínculo con Bérbedel, su marido.

Mientras en Terra se siguen produciendo catástrofes más graves, la cruzada en cada mundo comienza una nueva etapa. En Ídedin, Bahari intenta huir con Nabil de noche, pero al ser sorprendidos por Yago no les queda más remedio que noquearlo y llevarlo con ellos en su fuga. En Vawav, Denis intenta integrar a Amber en su sociedad, haciéndola partícipe de sus costumbres, mientras el vínculo entre ambos se va volviendo cada vez más íntimo. Esto es algo que a Mila, la androide, no parece encajarle. Ve que la presencia de la chica interfiere en su objetivo de entender el «amor» de Denis. Aun así, los tres conviven con cierta armonía y Denis continúa con un peligroso juego a dos bandas en el que está traicionando tanto a su dictador como al Priorato del Equilibrio.

Kai y Gala Craus pueden, por fin, practicar en Terra las habilidades del muchacho. Gala le enseña a meditar, a trabajar las emociones, a entender su conexión con Bahari y Denis. Quiere que el chico sea capaz de conectar su mente con la de sus gemelos, pero para eso hace falta que el enlace sea bidireccional.

Sin embargo, Bahari no está dispuesta a ser descubierta, así que bloquea cualquier intento de acceso mental por parte de Kai. Ella, Nabil y Yago viajan por el desierto de Ídedin para llegar hasta Asserat, el poblado en el que creció el centinela. El chico de Terra, retenido contra su voluntad, intenta comprender las intenciones de Bahari a la vez que se deja empapar por la fascinación que siente hacia las costumbres, la magia de Ídedin y los parajes de este mundo: lagos secos que con el control de los elementos se inundan de agua fresca, cuevas ancestrales con pinturas rupestres que cuentan los orígenes de Ídedin y Vawav… La conexión que se va fraguando entre Bahari y Yago desata la envidia de Nabil.

En Vawav, Denis ha conseguido permisos para viajar al norte del mundo gracias a su contacto directo con Sif Noah Peaker. El chico ha asegurado que necesita viajar hasta allí para que el plan funcione; sin embargo, sus intenciones son encontrar el portal antes para poner a salvo a Amber. Las confidencias entre la chica y él van siendo cada vez más íntimas y cercanas hasta el punto de que entre ellos surge una atracción tan única como especial.

Después de un largo viaje por la sierra de Azabache, Denis, Amber y Mila llegan a una playa que da al océano Áter, en donde descubren el portal con un Bérbedel desfallecido. Allí el chico decide abrir su mente para contactar con Kai y que tanto él como la doctora viajen a Vawav. Sin embargo, son sorprendidos por los agentes de Noah Peaker y, tras una emboscada, Gala Craus ordena que todos vuelvan a Terra mientras ella se queda en Vawav con Bérbedel. Sus acciones no solo le costarán el arresto, sino también la ejecución de la guardiana Kumiko.

Cuando Denis cierra el portal en Terra, Kai le echa en cara el haber dejado abandonada allí a Gala. Sufre un ataque de pánico con el que se da cuenta de la importancia de que tanto él como Denis y Bahari permanezcan unidos. Denis y Amber deciden regresar a Vawav para ver qué ha sucedido con Gala, mientras que Kai se propone como objetivo viajar hasta Ídedin para encontrar a Bahari.

Mientras, en el sur de Ídedin, cerca de Asserat, Bahari tiene que lidiar con la furia de Nabil, celoso de Yago. Una fuerte discusión hace que intervenga la chica, poniéndose en contra de su mejor amigo. Nabil, aturdido, decide huir a lomos del pájaro Stratus, su compañero animal, para reflexionar sobre lo que ha pasado. No tarda en regresar aturdido porque Asserat, su hogar, está completamente arrasado.

Kai consigue llegar hasta Ídedin y reunirse con los Cuatro Sapientes. Cuando comparte con ellos su inquietud por el bloqueo mental que le está haciendo Bahari, Docta Sena le anima a hacer una meditación guiada para ver si, estando en ese mismo mundo, la conexión mental es más sencilla. Surte efecto. Aprovechando el momento del sueño, cuando la mente es más vulnerable, Kai consigue hablar con Bahari en una extraña dimensión mental donde ambos se confiesan sus miedos y frustraciones. Los dos llegan a la misma

conclusión: su existencia depende del Equilibrio y necesitan encontrar ese portal. La chica confiesa que es posible que el portal se encuentre en Asserat por la actividad que percibe y la masacre del poblado que ha visto Nabil.

En Vawav, Denis es llamado a reunirse con Sif Noah Peaker mientras Mila entrega a Amber a las autoridades. El Sif sabe que el chico tiene sentimientos por la joven de Terra, así que la utiliza para conseguir lo que quiere: utilizar su conexión con Kai para abrir un nuevo portal en Ídedin. Denis, derrotado, no sabe qué hacer. Lo han encerrado con Gala para que esta le enseñe todo lo que sabe sobre los viajantes; sin embargo, la mujer aprovecha la oportunidad para trazar un plan de escape.

Bahari y Nabil descubren el portal de Ídedin. Deciden intervenir y cerrarlo antes de que sea demasiado tarde en una espectacular batalla en la que ellos dos solos, con la ayuda de sus respectivos animales y su habilidad con los cuatro elementos, consiguen cerrarlo. Pero el precio resulta ser alto: deben sacrificar a Arno, el viajante de Ídedin, para que así la conexión con Bérbedel se corte y, por tanto, se cierre el portal de la invasión.

Mientras, en el centro de Ídedin, Kai reúne a los Cuatro Sapientes porque siente la presencia de Denis. Cuando abre el portal, de él no solo surgen su gemelo y Gala, sino también Sif Noah Peaker y dos agentes de Vawav. El dictador propone una unión para acabar con Terra y el Equilibrio y exige utilizar sus recursos, que le pertenecen por ser antaño ambos mundos uno solo. Los Cuatro Sapientes se niegan, pero, antes de que estos puedan batallar, Denis dispara en la cabeza a Gala Craus y cierra el portal de golpe.

La aventura termina con Denis reseteando el cerebro de Mila y entrando en la celda en la que se encuentra Amber para, finalmente, abrir un portal a Terra y poner a salvo a la chica de la que está completamente enamorado.

Las catástrofes han seguido creciendo, el Equilibrio sigue en peligro y este primer libro termina con la aparición de una extraña luna verde en el firmamento de Terra.

Llegará un tiempo en el que todo volverá a ser uno.
Una noche. Un día. Un mundo.

La noche se mezclará con el día.
La tierra, con el viento.
El agua, con el fuego.

El Equilibrio se romperá para que todo siga girando.
Porque la luz y la oscuridad están destinadas a colapsar.

Un Colapso que purgará los mundos.
Un Colapso que mantendrá la paz.
Un Colapso que equilibrará todo.

Profecía ancestral del colapso

PRÓLOGO

El atardecer de Ídedin es un espectáculo visual de colores cálidos que protagonizan los dos astros que iluminan este ancestral mundo. Cuando Ralio, el sol más grande, se empieza a ocultar por el oeste, poco a poco, el amarillo del cielo se tiñe de naranja por culpa de la lenta salida del pequeño Herun, que alumbra las noches escarlatas. Sin embargo, ambas estrellas se desplazan en direcciones opuestas y, al encontrarse sus caminos, ocurre la magia. El movimiento de traslación alrededor de Ralio y la órbita de Herun sobre la propia Ídedin provocan un breve eclipse que los idedianos conocen como el Cambio. Un cambio que da paso al descanso. En cuestión de minutos, el manto que cubre esta tierra árida y seca se tiñe de un espectro de colores que hipnotiza a cualquiera que no esté acostumbrado a su particular crepúsculo.

Para la cultura idediana, el Cambio no es solo la transición entre el día claro y el oscuro; va más allá del cambio de jornada que separa las horas de actividad de las de sueño. El Cambio implica conectar con el lado más íntimo, solitario y espiritual de cada uno. Es el momento del día en el que los idedianos se reúnen con sus pensamientos, abrazan las emociones que los inundan y conectan consigo mismos de la manera más honesta posible para preservar su paz interior.

Esta comunión con el espíritu forma parte de la vida diaria de Ídedin, de la misma forma que el desayuno lo hace en Terra. Así se lo contó la doctora a Kai en una de las muchas charlas que han tenido a lo largo de las últimas semanas. Gala Craus insistía mucho en que el chico debía intentar conectar con el mundo de la luz eterna para que su vínculo con Bahari resultara férreo.

Y lo intenta. De verdad que lo intenta. Pero ahora mismo su mente está tan aturdida que le resulta imposible concentrarse en otra cosa que no sea el cuerpo inerte de su mentora.

Kai observa el firmamento para evitar tener que mirar al suelo. La inexistencia de nubes acentúa aún más las diminutas estrellas que empiezan a brillar en el cielo rojo de Herun. El chico se imagina que uno de esos puntos centelleantes es Terra, como si hubiera viajado a otro planeta y pudiera ver su hogar con tan solo mirar al cielo.

Ojalá fuera así. Ojalá toda la realidad del Equilibrio se limitara a tres planetas que conviven en el mismo plano. En el mismo universo.

Ojalá nada de esto hubiera ocurrido.

Una ráfaga de viento se cuela por los cilindros de las tumbas que componen la Necrópolis de Ídedin. Kai se arma de valor para volver a bajar la mirada al suelo que pisa. No quiere hacerlo, claro, pero sabe que es una falta de respeto tanto a los Sapientes como a la propia Gala Craus.

El cuerpo de su psicóloga, mentora y, ¿por qué no decirlo?, amiga yace en un foso circular. Después de limpiar su piel repleta de sangre y cerrar la herida del disparo que acabó con su vida, han preparado el cadáver para el rito del entierro. Han lavado su cuerpo con aceites esenciales y han empapado su cabello con agua purificada por varias gemas ancestrales. Después la han colocado desnuda en posición fetal dentro de la cavidad circular que, en unos pocos minutos, se unirá al resto de las tumbas de la Necrópolis.

Los Cuatro Sapientes están colocados alrededor del sepulcro, cada uno situado en uno de los puntos cardinales. Todos ellos lucen la misma túnica blanca y permanecen, al igual que los cientos de personas ahí presentes, en un silencio que solo se rompe por la melodía que provoca la brisa al colarse por los agujeros de esos cilindros que conforman las tumbas de las Necrópolis. Mientras que en Terra los cementerios están llenos de cruces, lápidas, nichos o cualquier otro símbolo religioso, en Ídedin todos los difuntos tienen una pequeña columna de mármol con varios agujeros que, dependiendo de cómo entre el viento en ellos, provoca un silbido parecido al de una flauta. Cada tumba tiene una melodía distinta y, a

pesar de los miles de cilindros, todos parecen sonar de forma armónica.

Docto Chidike alza las manos al cielo y, como si fuera una orden directa para el viento, este deja de soplar.

Allá vamos…

El eclipse entre Ralio y Herun ha comenzado; eso significa que también lo debe hacer el rito. Según le ha explicado Docta Sena, es fundamental que la sepultura tenga lugar con el Cambio porque es el único momento del día en el que todo confluye.

«Un puente entre lo terrenal y lo espiritual», explicó.

Es, precisamente, ella, la actual Patrona del Fuego, quien da un primer paso al agujero en el que yace Gala Craus. Se acuclilla con cuidado y, sin tocar el cuerpo de la difunta, deposita sobre ella las manos con las palmas abiertas.

—Que el fuego convierta tu cuerpo en polvo —entona con su cálida voz impregnada con un matiz de dolor— y te alumbre en el nuevo camino que recorras.

Del propio suelo surgen unas ascuas que, poco a poco, comienzan a abrazar el cadáver de Gala Craus como si fueran un manto con el que se arropara. Cuando la piel de la difunta empieza a calcinarse, Kai tiene que apartar la vista para evitar ver cómo el fuego, que cobra cada vez más fuerza, va consumiendo el cuerpo de la mujer. El calor que sale del agujero es cada vez más intenso y las llamas, que parecen intentar alcanzar el cielo, parecen haber transformado la base del nicho en un pozo de magma en el que ya no hay rastro alguno del cuerpo de Gala Craus.

—Que la tierra se funda con tus cenizas —interviene Docto Essam, Cacique de la Tierra, mientras se acuclilla en la misma posición que Docta Sena y copia el gesto de las manos— y te otorgue la fuerza allá donde estés.

Las paredes del círculo comienzan, poco a poco, a cerrarse con un desprendimiento de tierra y arena que entierra el fuego que ha invocado la primera Sapiente. El agujero se va rellenando por completo y deja, como único testigo del nicho, una sutil columna de humo que emana de la propia tierra.

Docta Zola, la Dueña del Agua, da un paso y realiza la misma coreografía que han hecho Essam y Sena, quienes permanecen con la cabeza gacha.

—Que el agua te convierta en barro —recita mientras el círculo humeante comienza a encharcarse— y te purifique en tu viaje.

En último lugar, el Sapiente más longevo de todos copia el gesto a sus iguales y realiza su parte del ritual.

—Que el viento te dé voz —reza Docto Chidike alzando las manos poco a poco al cielo— y te guíe hasta tu nuevo hogar.

Cuando el Maestro del Viento mira al cielo escarlata, un remolino surge del círculo con un vendaval que agita las túnicas de los Sapientes con fuerza. Los agujeros de los cilindros provocan un nuevo sonido uniforme, lleno de tonos distintos, que van sonando cada vez más alto a medida que el viento sopla con más fuerza.

Kai se cubre con ambas manos el rostro para evitar que el polvo se junte con las lágrimas que surcan sus mejillas. En su interior, siente una presión que no sabe cómo gestionar. ¿Qué va a hacer ahora que Gala Craus ha muerto? La única persona con la que se sentía seguro en esta locura que le ha tocado vivir se ha ido para siempre. El miedo y la soledad vuelven a sacudirlo. No sabe qué hacer. No sabe a dónde ir. Ni siquiera sabe si Yago y Amber se encuentran bien.

Necesito volver a casa.

El remolino de arena comienza a reducirse a medida que la fuerza del vendaval amaina. En cuestión de segundos, el pequeño tornado se ha encogido hasta el centro del círculo, del que ha surgido un cilindro de mármol. Aunque tenga una apariencia idéntica al resto, sus orificios le dan una identidad única. Ahora el sonido proviene del viento que viaja por los huecos de la tumba de Gala Craus, provocando una melodía bonita y aguda, con notas que Kai relaciona con las canciones propias de los monjes tibetanos.

El Cambio termina y, mientras Ralio desaparece en el horizonte, Herun comienza su ascenso. Los cuatro Sapientes rompen el círculo y, en un perfecto silencio, todo el mundo regresa a la ciudadela.

Kai decide tomarse unos segundos para él y, al igual que hizo con sus padres el día que los enterraron, se acerca al lugar donde

descansan los restos de Gala Craus. O en lo que sea que la hayan convertido.

Se queda unos segundos mirando el peculiar cilindro que ha surgido de la nada. Su forma es tan perfecta y luce unos agujeros tan limpios que al chico le cuesta imaginar que haya surgido de la tierra por ciencia infusa.

En una de sus charlas, Gala le explicó que, en la primera parte del ritual, la calcita cristalizada se forma con el magma que ha provocado la fusión del fuego con la tierra. La segunda la protagonizan los otros dos elementos. El agua enfría la masa, transformándola en mármol, recorriendo de forma caprichosa su interior con cientos de diminutos ríos que moldean los agujeros que le otorgan esa identidad musical. El viento pule la pieza, otorgándole esa forma cilíndrica y limpiando todos sus orificios para, finalmente, hacerla emerger de la fosa del difunto.

Kai acaricia la pequeña columna de mármol, palpando sus diminutos agujeros con delicadeza, como si, de alguna manera, la doctora fuera a sentir su cariño. Al fin y al cabo, la materia ni se crea ni se destruye, ¿no? ¿Ocurrirá lo mismo con el espíritu? ¿Seguirá en ese plano? Hay tantas cosas que no comprende de ese mundo… Ni de ese ni del otro ni del suyo propio.

—No es justo —suelta en un susurro con la voz rota—. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo voy a…?

Se siente estúpido.

Estúpido por no saber qué hacer.

¡Inútil! ¡Eres un puto inútil!

Sabía que la mirada de Denis ocultaba algo. Sabía que algo malo iba a pasar en esa extraña reunión con el dictador de Vawav. Si hubiera sido más inteligente, si hubiera sido más espabilado y precavido, quizás podría… podría…

—¡No es justo!

La furia y el dolor se materializan en un desgarrador grito. Kai deja que las lágrimas y sollozos salgan sin control ahora que nadie lo ve. Abraza ese sentimiento de culpa, de odio y de tristeza.

Te has quedado solo. Otra vez. Pero ahora… es para siempre.

Vuelve a sentir un pinchazo en el pecho. Sus pulmones parecen haberse cerrado y el oxígeno resulta inexistente a su alrededor. Con cada bocanada de aire que da, el ataque de pánico se incrementa.

No puedes pedir ayuda.

Los sollozos de Kai se vuelven mudos. Las muecas de tristeza pasan a ser de dolor. Y, tras permanecer sin respirar lo que para él resulta una eternidad, se deja caer al suelo. El aire entra con un gimoteo mientras sus lágrimas y babas se funden con la tierra en la que hace nada han sepultado a Gala Craus.

No sabe qué hacer. ¿Por qué ha dejado que la entierren aquí? Este no es su hogar.

Hogar…

Aturdido, Kai piensa en esa habitación de cuatro paredes que tantas veces le ha servido de refugio. Piensa en ese piso donde, hasta hace unos meses, siempre han reinado las risas y la felicidad. Piensa en lo mucho que necesita abrazar a sus amigos.

Piensa en casa.

No siente el hormigueo al abrir el portal. Tampoco se da cuenta de cómo las dos auras de luz emergen de su espalda, lo abrazan y lo devuelven a Terra.

Solo se da cuenta de que está en su cuarto cuando percibe el tacto de la suave moqueta contra su mejilla. Pero el sabor de la tierra no ha desaparecido. Ni cree que sea capaz de hacerlo desaparecer.

El rito ha terminado. Ahora Ídedin se sumerge en el descanso de Herun. Sin embargo, los Cuatro Sapientes tienen que tratar un tema urgente. Algo que incumbe al Equilibrio y, por tanto, al futuro de Ídedin.

El congreso extraordinario está a punto de dar comienzo. Es privado y confidencial, así que en la Sala de los Cuatro Tronos únicamente estarán ellos.

Es la única forma. Todo tiene que volver a su cauce.

Sabe que están esperando su comparecencia. No es habitual que

llegue tarde, pero necesitaba regresar a su alcoba no solo para cambiarse, sino también para llevar consigo el secreto que lleva guardando desde hace mucho tiempo.

Es la única forma.

Empieza a caminar a paso ligero. Con Herun en su posición más alta, el Ubongo estará completamente vacío. Los otros tres se estarán preguntando por su ausencia, en qué se habrá entretenido.

No tardan en averiguarlo.

Cuando las puertas de la Sala de los Cuatro Tronos se abren, los Sapientes tropiezan con la sorpresa de la traición.

Un disparo corta la quietud de la noche escarlata de Ídedin.

Se dan cuenta de que la invasión no empezó en Asserat, sino ahí, en el propio Ubongo.

Vawav invadió Ídedin con la traición de uno de ellos.

PRIMERA PARTE

DÉCIMA CATÁSTROFE
¿A quién se lo cuento?

Creo que llevo más de cinco minutos removiendo el cacao con leche. Es el tiempo que ha tardado Cleo en traerme el plato de *pancakes* recién hechos con extra de beicon y huevos revueltos. Mi hermana pequeña, con la que apenas me llevo dos años de diferencia, suelta con desgana el desayuno en la mesa del bufé del hotel.

—Toma tu estúpido *american breakfast* —me dice, exagerando un acento americano que no tiene.

El golpe me devuelve a la realidad y recuerdo que estoy de vacaciones con mi familia en uno de esos viajes de esquí que se hacen a la montaña con motivo de la Semana Blanca. Desde que tengo uso de razón, a mis padres siempre les ha encantado practicar este deporte de invierno y, por supuesto, sus hijos no podíamos no saber esquiar.

—Me estoy arrepintiendo de no haberme ido con mamá y papá a primera hora… —farfulla Cleo—. ¿Te he hecho algo malo o…?

—¿Qué? ¡No, no! No eres tú. Es que…

Suspiro.

Lanzo un resoplido de esos que podrían apagar veinte velas de golpe en una tarta de cumpleaños. ¿Cómo se lo cuento? ¿Cómo le digo que llevo meses preocupado porque besé a quien no debía y ahora resulta que me gusta esa persona en cuestión? ¿Cómo le digo a mi hermana que creo que…?

—Pues no sé, Dani. Pero desde que hemos llegado estás apagado, enfadado y casi ni me miras —confiesa, cruzándose de brazos—. No voy a insistir más.

—No estoy enfadado, de verdad —confieso en un susurro.

Sigo removiendo el cacao. Tengo un nudo en el estómago y ganas de vomitar. Como esas veces que bebes más alcohol de la cuenta y, de repente, te despiertas de golpe con una acidez horrible y con ganas de meterte los dedos en la boca para echarlo todo. Pero a la vez no quieres. No quieres porque es incómodo, desagradable y te da miedo hacer demasiado ruido como para despertar a tus padres y que te descubran borracho.

Con el siguiente suspiro dramático que suelto, Cleo lanza un resoplido impaciente y se pone a trastear con el móvil.

Vamos, Daniel. ¡Es Cleo! ¡Tu hermana! La persona que más quieres en este mundo.

Me obligo a relajarme. Intento centrarme en el suculento desayuno que me ha traído, pero tengo el estómago tan cerrado que ni siquiera soy capaz de meterme en la boca una de mis comidas favoritas. No soy consciente de lo mucho que estoy moviendo la pierna hasta que Cleo me suelta uno de esos comentarios pasivo-agresivos.

Comienzo a echar el sirope de arce sobre todos los ingredientes. Doy un pequeño sorbo al espumoso cacao. Me obligo a quitar todos esos pensamientos de mi cabeza, centrando mi atención en algo que me ayude a aparcar esta conversación de nuevo.

Definitivamente este no es el lugar ni el momento para hablarlo.

Ya no sé las veces que he intentado sacar el tema. Lo voy posponiendo, excusándome con tonterías. Desde fuera puede parecer muy sencillo. Y estoy de acuerdo: no debería ser tan difícil. ¡Pero lo es! Hasta que no lo vives en tus propias carnes no eres consciente de lo jodidamente difícil que es.

A estas horas, el bufé no está muy lleno. La mayoría de la gente aprovecha el forfait desde que abren las pistas a primera hora de la mañana, por lo que a estas horas solo estamos los perezosos o, directamente, los que no saben esquiar.

La verdad es que el resort es increíble. Se trata de uno de esos hoteles de invierno con unas vistas de ensueño, alojamiento con pensión completa, actividades para mayores y pequeños… Tiene una piscina interior con *spa*, gimnasio para los que no han tenido suficiente con las pistas y una sala de máquinas recreativas que hace

veinte años sería la joya de la corona. Todo ello construido con la mejor madera, decorado con elementos propios de la montaña canadiense y, por supuesto, chimeneas que siempre están encendidas y dan a la estancia una sensación muy hogareña.

Centro mi atención en uno de los televisores que cuelgan de las paredes del restaurante. Están dando uno de esos programas matutinos de tertulias en los que, por lo que veo en los rótulos, debaten sobre las anomalías climáticas que estamos viviendo desde hace meses y, por supuesto, sobre esa luna verdosa que apareció en mitad del cielo de Castilla.

—*Estas temperaturas* no *son normales en pleno febrero* —defiende el meteorólogo Leonardo Pacheco, marcando con paciencia e insistencia su negativa—. *Se han registrado récords con medidas propias de junio.*

—*¿Y cree que ese artefacto está relacionado con el cambio climático?* —le pregunta un colaborador.

—*¡Claro que está relacionado!* —interviene otra integrante del programa con cierta prepotencia.

—*Caballeros, por favor, no volvamos a eso* —pide la presentadora—. *El comunicado que lanzó el Gobierno descarta que sea peligroso.*

—¿Sabes lo que creo? Que has tenido problemas con Jess.

La acusación de mi hermana me devuelve la atención a la mesa. Veo que me observa con el móvil en la mano, alzando la ceja.

—Cleo… —digo, soltando los cubiertos—. En serio, para. No quiero hablar del tema.

—Ya sé que no quieres hablar del tema —me contesta con ese tono de voz que roza la arrogancia y que, a veces, odio con todas mis fuerzas—, pero… Dani, en serio. Te quiero. Eres mi hermano mayor y… y siento que estás metido en una especie de pozo de oscuridad. ¡Y tú eres un ser de luz!

—¿Te ha dicho eso el horóscopo? —pregunto con una mueca burlona.

—Mira, guapo, ¡que te den! —me contesta levantándose de golpe —. Yo solo estoy preocupada por ti. Si no quieres hablar conmigo, ¡perfecto! ¡No hay problema! Pero hazte un favor y habla lo que mierdas te pase con alguien.

—Cleo…

—¡Ni Cleo ni Clea! —me interrumpe con su particular mal genio —. Voy a ponerme el mono y después me voy a esquiar un rato. Porque, *¡sorpresa!,* hemos venido a la *puta* montaña a esquiar. Que te aproveche el *american breakfast.*

Cleo se marcha como un torbellino y yo vuelvo a quedarme a solas con el cacao batido, el exceso de comida que voy a dejar sobre la mesa y el tipo de la tele hablando de sus cosas de meteorólogo.

Vamos, Dani. ¡No seas tonto! Es tu hermana.

Pero una parte de mí tiene miedo. Miedo de que no me vuelva a mirar. Miedo de que cambie su relación conmigo. Miedo a que me ponga esa cara de «Papá y a mamá van a alucinar». ¿Qué pasa si su reacción no es la que espero? ¿Cómo se lo voy a poder contar al resto del mundo? Admiro a la gente que se acepta de la noche a la mañana, pero a mí esto… ¡Esto no formaba parte del plan! Y suficiente me está costando asimilarlo como para que el resto del mundo me lo ponga más difícil.

Odio que el ser humano se mueva por clichés sociales, por apariencias, por preceptos establecidos. Odio que me sienta un bicho raro por no formar parte del plan. Odio sentirme fuera de lugar con los de mi propio ¿colectivo? porque no cumplo los cánones que la mayoría defiende y marca. Odio no sentirme identificado con lo que me venden las redes sociales y los malditos medios de comunicación porque eso me hace sentirme aún más solo, apartado y alejado.

Quizá por esto mismo Cleo es la primera persona a la que quiero contárselo. Porque es una manera de que alguien me diga que todo está bien, que no va a pasar nada y que mis padres van a seguir queriéndome tal y como soy. Es un primer contacto con mi nueva realidad, una forma de seguir alimentando mi confianza y valor para contárselo al resto de las personas que quiero. Porque, en el fondo, me aferro a eso. Si mi familia y mis amigos me quieren, esto les dará absolutamente igual. Pero es que…

¡Nada de «es que»! ¡Échale cojones, niño!

Me obligo a levantarme de la mesa con la misma fuerza con la que lo ha hecho Cleo, abandonando el desayuno que apenas he tocado.

Corro hasta la recepción y, en vez de esperar a los ascensores, decido subir por las escaleras hasta la séptima planta, que es donde se encuentra nuestra *suite* familiar.

Siento que el corazón se me va a salir por la boca. Tengo buena forma física, pero los nervios parecen fatigarme más que cualquier maratón o sesión de *crossfit*.

Cuando llego a la habitación, paso la tarjeta y abro la puerta con decisión. Cleo está terminando de ponerse los tirantes del pantalón cuando me ve aparecer como si fuera un demente.

—Creo que soy gay.

Lo suelto de golpe. Sin tapujos. Como el que se quita de cuajo la tirita de una herida. Como el que descorcha sin avisar una botella de champán.

Un eterno silencio se hace entre nosotros. Mi hermana se queda congelada en el sitio. No sé si me ha entendido, porque vengo con el aliento entrecortado, así que, más tranquilo, me relamo los labios, respiro hondo y, mientras camino hacia ella, se lo repito:

—Soy gay. —Esta vez me sale un gallo pequeño al pronunciar esa última palabra, que tanto miedo me da. No por lo que significa, sino por lo que implica para mí.

Sin esperar a la reacción de mi hermana, siento cómo mis músculos se relajan. Toda esa tensión que me poseía hacía unos minutos se esfuma por completo. De alguna manera, por fin he vomitado eso que me estaba carcomiendo por dentro.

Cleo sonríe. Y es una sonrisa tierna. De esas que me regala cuando me felicita por mi cumpleaños o cuando le enseño alguno de mis dibujos. En ella hay orgullo, admiración y, por encima de todo, amor.

Mi hermana está a punto de abrir la boca para decir algo, pero…

BOOM.

Un estruendo nos hace mirar al balcón de la habitación.

La impresionante montaña que se alza delante del hotel y sobre la que descansan las pistas de esquí empieza a echar humo. No es la típica nube densa y negra. Es más bien un polvo blanquecino que comienza a difuminar la cumbre de la montaña. ¿Un volcán? ¿Desde cuándo esta montaña es un maldito volcán?

Cleo y yo nos acercamos a la puerta corredera de cristal para acceder a la terraza privada de la *suite*. En cuanto salgo, noto una brisa que en mi paladar sabe a mar. Noto un picor en la mejilla, muy sutil, como si algún bicho me estuviera picando. Cuando me llevo la yema de los dedos a la cara, noto que eso que se ha solidificado en mi moflete es una pequeña línea de hielo.

La temperatura empieza a ser más baja de lo normal. El vaho que sale por mi boca es cada vez más denso. La nube blanca sigue ahí, cubriendo toda la montaña, pero, cuando quiero forzar la vista para ver si distingo algo entre la espesura, una ráfaga de viento me obliga a taparme el rostro con la mano. Suelto una mueca de dolor al sentir cómo decenas de agujas invisibles chocan contra mi palma. Al principio parece tener el aspecto de una tenue lluvia, pero cuando el líquido entra en contacto conmigo se congela al instante y provoca pequeñas estalactitas que cuelgan, directamente, de mi piel.

Justo cuando voy a regresar al interior de la *suite*, un nuevo rugido, esta vez similar al sonido que hacen las piedras al chocar unas con otras, inunda toda la ladera de la montaña.

El gélido viento se detiene de golpe y… lo vemos.

No se trata de un volcán.

La nube de polvo blanco resulta ser nieve que se esparce por el aire debido al inmenso trozo de montaña que se ha desprendido de la ladera. Los casquetes de hielo han producido un inmenso alud que desciende a toda velocidad por la falda del monte, arrasando con todo lo que se encuentra a su paso.

Los árboles, que a esta distancia parecen diminutos, desaparecen en un parpadeo. La avalancha se ha transformado en una enorme masa blanca que parece ir devorando todo.

No tarda en llegar a las pistas más altas. Los telesillas comienzan a desaparecer. Los gritos de la gente se ahogan por culpa del extraño ruido, que a cada segundo que pasa es más ensordecedor. Unas veces es similar al rugido de un animal; otras, al soplido de un vendaval.

Debería parar. Las avalanchas se detienen en algún punto.

Pero esta no lo hace.

Cuando veo cómo engulle las pistas de esquí, no me da tiempo a

pensar en mis padres porque está a tan solo unos metros de alcanzar el hotel.

El gélido viento resurge con fuerza, anunciando lo inevitable. Así que agarro a mi hermana del brazo y la arrastro de nuevo a la habitación. Con todas mis fuerzas, cierro de golpe la puerta corredera de cristal.

—¡Dani! —grita mi hermana.

Antes de que pueda llegar hasta ella, la luz desaparece. La tierra vibra. Un estruendo rompe los cristales de la habitación y el frío inunda todo. Una fuerza invisible me abraza con sus monstruosos brazos de hielo.

Aun así, en mi interior siento calor por culpa de la velocidad a la que late mi corazón.

Todo va a ir bien, me digo.

Y, la verdad, no estoy pensando en el alud que nos acaba de sepultar.

El amanecer rojo de Asserat

Todavía huele a quemado.

Aún permanecen humeantes los restos de las fogatas que hace varias noches encendieron los soldados de Vawav. No es de extrañar teniendo en cuenta el calor que hace en Asserat, una de las primeras zonas sureñas de Ídedin.

Los tres caminan en alerta por las calles de lo que antes era el lugar en el que se crio Nabil. Donde antes había casas de madera y barro ahora solo hay escombros. La luz de Herun está a punto de eclipsarse con los primeros rayos de Ralio, que en esa zona provocan un amanecer más rojo de lo habitual.

Mientras Nabil encabeza la marcha, Bahari cubre el lado izquierdo, atenta a cualquier ruido; Yago, por su parte, se concentra en la zona derecha en compañía de Virgo. El chico agradece que el animal de la viajante no se separe de su lado en la expedición por las ruinas del poblado. Al fin y al cabo, él solo es un simple *terrícola* que está viviendo una aventura en un mundo en el que existe la magia.

Bahari alza la vista de vez en cuando al cielo para ver los movimientos de Stratus. El inmenso pájaro observa Asserat desde las alturas, atento a cualquier anomalía que pueda sorprender a los centinelas. Hace un par de noches habría tenido más cautela al caminar por las ruinas de Asserat, pero desde que se enfrentaron a los soldados de Vawav la chica se siente, en cierto modo, invencible.

Cada vez que rememora cómo se enfrentó al ejército del Sif, codo a codo con Nabil, haciéndoles frente a esas bestias de metal que se escapan de su comprensión; cómo a través del poder de los cuatro

elementos se defendieron de la avanzada tecnología de Vawav; cómo cerró el portal y…

Arno.

El orgullo se oscurece por la culpa y el miedo. No conseguir salvar la vida del viajante no solo resulta un fracaso para la chica; también ha perdido la oportunidad de hablar con alguien igual que ella. Alguien que entiende el Equilibrio y la conexión entre los tres mundos. Alguien que lleva soportando el peso de ser un viajante desde hace años. Alguien que, en cierto modo, podría haberle dado respuestas.

Escuchaste su voz en tu cabeza. Como la de Kai…

Sigue dándole vueltas a eso. ¿Significa que los viajantes están conectados de alguna manera? ¿Que la conexión mental no es solo exclusiva entre Kai, Denis y ella? ¿Y si hay más viajantes? ¿Existe alguna forma de conectar con ellos?

Un ruido pone en alerta a la muchacha, que no duda en apuntar con su lanza hacia los escombros en los que acaban de caer algunos desperfectos de lo que antes era el hogar de alguien. Virgo no tarda en girarse hacia su posición con el pelo erguido, protegiendo a Yago con su cuerpo, y Nabil cubre sus manos con dos enormes ascuas de fuego.

Bahari da un par de pasos sigilosos sin parpadear, atenta a la posible amenaza que se pueda esconder en los restos de la vivienda. No debería haber agentes de Vawav en Asserat, puesto que después de la pelea en las montañas todos parecieron emprender un viaje hacia el norte. Posiblemente, hayan ido a la ciudadela de Ídedin. Al menos es lo que han deducido tanto ella como Nabil. Si lo del portal era una invasión, lo lógico es que el siguiente paso sea tomar la capital del lugar, ¿no?

—Bahari… —advierte Nabil, consciente de que la chica no tiene ningún problema en meterse sola en la boca del lobo.

Un nuevo golpeteo similar al choque de dos rocas vuelve a ponerla en alerta.

—¡Sal de ahí por voluntad propia! —grita, sin dejar de apuntar con la lanza—. ¡O de lo contrario no tendremos piedad alguna contigo!

Pero la única respuesta que obtiene es el silencio.

—Bahari, no… —vuelve a intervenir Nabil.

La muchacha alza el brazo para callar a su amigo. El movimiento es tan ágil que las trenzas de su pelo se agitan como si fueran culebras que parecieran tensarse para atacar. Percibe un nuevo sonido, pero esta vez no tiene nada que ver con el chasquido de las rocas. Es más bien como si fuera…

¿Agua?

Bahari se acerca y, para su sorpresa, se encuentra una pequeña fuente burbujeante que emerge del suelo. ¿Agua en una de las zonas más áridas de Ídedin? La chica, poco a poco, aproxima su lanza hasta el inesperado manantial. Con un suave gesto de mano, adquiere el control del elemento y hace que una pequeña columna transparente se aproxime hasta la yema de sus dedos. El contacto es tan gélido que poco le falta al líquido para llegar a su estado de congelación.

—Pero ¿qué…?

El susurro se ve ahogado por un géiser que emerge con fuerza del manantial y asciende hasta una altura que supera los cien metros. Los desperfectos salen volando, obligando a los tres exploradores a cubrirse para evitar el impacto de las rocas. Un inesperado temblor de tierra los zarandea hasta hacerlos caer al suelo.

—¿¡Qué está pasando!? —grita Yago, que permanece al lado de Virgo.

El graznido de Stratus pone en alerta a Nabil, quien no duda en girarse hacia sus compañeros.

—¡Corred! ¡Hay que salir de aquí!

Bahari, Yago y Virgo comienzan a esprintar siguiendo los pasos de Nabil. Apenas dan un par de zancadas, un atronador rugido procedente del suelo que pisan inunda todo el valle. Como si las entrañas de la tierra se hubieran ofendido por la presencia de la compañía, decenas de géiseres emergen de la nada, ascendiendo a toda velocidad al cielo para luego dejarse caer en forma de…

—¡¿Esto es nieve?! —pregunta Yago, sin dejar de correr, mientras se quita de la mejilla un copo.

Un último estruendo hace que los tres amigos caigan de bruces al suelo. Los géiseres han dejado de escupir y la temperatura ha

descendido con notoriedad en cuestión de segundos. Lo que parecía una inmensa masa de vapor resultó ser polvo de nieve, que, al aterrizar en el árido y caliente suelo de Asserat, se ha transformado en gotas de rocío.

—¿Qué está pasando? —pregunta Nabil, aún con la voz entrecortada.

Bahari vuelve a ponerse en pie y camina decidida hacia uno de esos agujeros por los que ha salido la nieve. Sin embargo, antes de que pueda llegar, una fuerza invisible la embiste y la lanza a varios metros.

El rugido de Virgo no tarda en resonar por todo el lugar a la vez que el animal corre hacia la posición de la chica. La agilidad de Bahari hace que esta ruede al caer al suelo para ponerse en posición de alerta con su lanza lista para detener cualquier ataque. Porque sabe que esa embestida de viento la ha provocado alguien. Alguien de este mundo.

Un segundo rugido entra en escena detrás de Nabil. Cuando el centinela se gira, se topa con un enorme leopardo blanco de ojos azules que lo mira con el pelo erizado, dispuesto a saltar hacia él. El chico se queda completamente bloqueado al reconocer a la bestia.

—No puede ser…

La tierra se hunde bajo los pies de Bahari, haciéndola caer en unas arenas húmedas a la par que movedizas. En cuestión de segundos, la mitad de su cuerpo se encuentra sepultado bajo tierra. Sin embargo, la chica consigue invocar con fuerza el agua que ha provocado ese barrizal para elevarse a toda velocidad.

—¡Bahari, detrás de ti! —grita Yago.

Una mujer joven apunta a la viajante con un arco. La cuerda está tensa y la flecha preparada para atravesarle el pecho.

—¿Te crees que esa flecha puede hacerme algo? —pregunta Bahari entre dientes.

La desconocida parece estar a punto de soltar la cuerda, pero el grito de Nabil la detiene:

—¡Winda!

Bahari puede ver en los ojos de su atacante cómo responde a ese nombre, así que aprovecha el despiste para usar el mismo truco que

ha utilizado contra ella. Con un movimiento rápido de su mano derecha, el suelo que pisa su atacante se vuelve inestable y en cuestión de segundos se hunde hasta el cuello. La flecha sale disparada hacia Nabil, pero sus impresionantes reflejos le permiten desviarla con un fuerte soplido de viento.

Mientras Stratus detiene a la bestia albina, los chicos se acercan hasta la atacante idediana. Sus ojos no esconden la sorpresa al reconocer a Nabil. Bahari mira a su compañero, que luce el mismo rostro desencajado que la chica.

—Na… ¿Nabil? —pregunta la desconocida con un hilo de voz.

—¿Os conocéis?

—Libérala —ordena el centinela con una voz gutural que parece quebrarse al momento.

—Nabil, ¿quién es esta? —insiste Bahari, impaciente.

—Mi hermana —responde él, aturdido—. Es… es mi hermana. Libérala, por favor.

Un mensaje de tranquilidad absoluta

Leo Pacheco repite el mismo gesto de forma compulsiva cada vez que los nervios le traicionan: introduce su mano en el bolsillo derecho y juguetea con la chapa redonda que tiene como llavero. Lo hace de forma completamente inconsciente, como una respuesta automática de su cuerpo cuando se pone nervioso. A veces no se percata de ello hasta que la chapa se empieza a calentar en su mano por culpa de la constante fricción de sus dedos contra el metal. El logo de la Asociación Meteorológica apenas se intuye; no queda casi rastro alguno de la tinta negra y azul que lo decoraba, solo los relieves que conforman el emblema, formado por la silueta de una nube con un rayo.

Parece mentira que hayan pasado dos décadas desde que se unió a aquel club de aficionados a la meteorología por culpa de su obsesión con las catástrofes naturales. A sus cuarenta años, Leo es un científico experto en climatología con varios proyectos de investigación enfocados en prevenir (o asumir) los posibles escenarios provocados por el cambio climático.

Y, ahora, ahí está: a punto de reunirse con el presidente del Gobierno y varios ministros por culpa de las extrañas anomalías que están protagonizando los noticiarios de los últimos meses. Leo sabe que la culpa de que esté ahora mismo en el palacio presidencial recae en los medios. Sin quererlo, se ha convertido en un personaje público al que le han dado el rol de *experto* y no dejan de invitarlo a distintos

programas para que, con cualquier comentario, avive el fuego del caos de manera populista y sensacionalista. Como si él tuviera la solución y las respuestas a todo. Se ha convertido en una tendencia y eso es algo que a los políticos les excita.

Y lo odia.

Odia haberse convertido en la cara pública de la meteorología. Odia ser ese *experto* con el que periodistas y políticos construyen sus argumentos para defender sus posturas ideológicas. Da gracias de no tener redes sociales, porque de lo contrario tendría que lidiar todos los días con mensajes repletos de odio.

Entonces, ¿por qué lo hace? ¿Por qué permanece en ese tablero de juego mediático?

No se considera el mejor meteorólogo del mundo. Como cualquier científico, comete errores y tiene una visión que puede rebatirse, porque sus estudios se construyen basándose en datos predictivos. Además, su especialidad es la climatología, la rama que se centra en estudiar los propios fenómenos atmosféricos. Pero sabe que algo está ocurriendo. Algo gordo que se escapa de cualquier hecho registrado. Están pasando cosas tan extrañas y aleatorias que no es posible cotejar lo que están viviendo con ningún patrón climático.

Así que, por pura responsabilidad profesional y moral, ha asumido el rol que le han encasquetado los medios para poder acceder al lugar en el que se encuentra ahora mismo.

—¿Señor Pacheco?

Un hombre trajeado más joven que él lo saca de sus pesquisas. Leo se levanta de la silla, guarda de nuevo el llavero que no ha dejado de manosear y se coloca la bandolera que tantas veces lo ha acompañado. Se echa un vistazo rápido en el espejo decorativo que tiene enfrente.

Menudas pintas, macho…

No es que vaya mal vestido para la ocasión, pero su camisa remangada y sus pantalones vaqueros con zapatillas blancas distan mucho del *look* con el que le recibe el caballero. Por no mencionar la barba de una semana, que lleva sin arreglar y que, al tener la cabeza completamente afeitada, le da un aspecto más cercano a la figura de *científico loco*.

«Loco, sí. Pero también guapo», le recuerda siempre Patty, su novia.

Y es que Leo está convencido de que otro de los motivos por los que encaja bien en televisión es porque tiene un punto atractivo que a veces recuerda al mismísimo Bruce Willis en plena treintena.

—Disculpe la demora. Soy Marco Serrano, con quien ha hablado por teléfono antes —dice mientras le saluda con un fuerte apretón de manos—. Estamos un poco saturados con todo y no contábamos con hacer esta rueda de prensa, por lo que le pido que sea breve. El presidente aún tiene que cerrar el discurso y vamos a contrarreloj.

¿«Rueda de prensa»? ¿«Discurso»?

Eso le suena terriblemente mal. Este tipo le ha comentado por teléfono que el gabinete presidencial quería reunirse con él para conocer sus primeras impresiones acerca de lo que estaba ocurriendo.

—Es usted más alto de lo que parece en televisión —comenta Marco con un tono casual.

—Ya sabe lo que dicen: a los altos nos encoge y al resto los engorda —añade Leo, intentando sonar despreocupado—. ¿De cuánto tiempo dispongo para…?

—Cinco minutos —interrumpe—. Espero que sea suficiente.

No, la verdad es que no lo es.

¿Cómo va a explicarle en cinco minutos al presidente del país que el mundo se está yendo a la mierda?

Leo suelta un suspiro lleno de paciencia y en su cabeza empieza a seleccionar la información que debe priorizar compartir. Tenía pensado mostrar algunas ideas sobre planes de acción y evacuación, pero ahora mismo lo descarta por completo. Se tiene que limitar a presentar los hechos. Hacerles ver que lo que está pasando no es natural.

Mientras reestructura en su cabeza el discurso, Marco lo conduce hasta una enorme sala en la que hay una mesa gigante con varias personas sentadas en uno de los lados. Cuando irrumpen, una señora de pelo corto y chaqueta roja está riéndose a carcajada suelta, otros charlan de manera indiferente y, en el centro, hay varias personas congregadas alrededor de una figura que parece anotar cosas en un

papel. Leo no tarda en reconocer a varios de ellos.

—Señor presidente, ministros —anuncia Marco alzando la voz—. Este es Leonardo Pacheco, meteorólogo experto en catás…

—Climatólogo —corrige Leo de forma inconsciente, interrumpiendo a su presentador.

Marco lo mira con cierta indiferencia, frunciendo el ceño, para después retomar su introducción.

—Bueno, un reputado científico —rectifica con una sonrisa forzada —. Muchos de ustedes ya lo han visto en varios programas de televisión e informativos.

—Gracias, Marco —contesta uno de los hombres que rodea al presidente, quien permanece inmerso en los papeles de la mesa, sin haberle aún dirigido la mirada.

El chico hace una reverencia y se marcha por donde ha venido. En cuanto cierra las puertas, se hace un breve silencio incómodo en el que a Leo le dan ganas de meter la mano en el bolsillo y manosear la maldita chapa.

—¿Qué diferencia hay? —pregunta un señor rechoncho con gafas y abundante papada.

—¿Disculpe? —dice Leo con un carraspeo.

—Ha corregido a Marco cuando le ha presentado como «meteorólogo». ¿No es usted meteorólogo? —pregunta mientras se gira al resto soltando una risotada—. Quizá necesitamos a alguien experto en…

—Sí, sí —interrumpe de nuevo Leo mientras camina hacia el centro de la mesa—. Soy meteorólogo, pero me he especializado en climatología. La diferencia está en que la meteorología estudia el estado de la atmósfera y la climatología se centra en el estudio de los elementos atmosféricos. Dicho de otra forma, yo me encargo de…

—Señor… Pacheco.

Una voz suave y perfilada, propia de cualquier actor de doblaje, lo interrumpe. Ha alargado la primera palabra porque no se acordaba de su apellido hasta que lo ha leído en uno de esos papeles que tiene. El presidente lo mira por primera vez y su expresión dista mucho de la que suele verse por televisión. Está cansado, distante y su cordialidad

se sostiene con la sutil sonrisa que emana por la comisura de sus labios. Una sonrisa que es meramente protocolaria, igual que su aspecto: un cabello negro, recién teñido y encerado, un rostro cuidado, limpio y con un perfecto afeitado, unas facciones marcadas, una pechera que esconde un físico acostumbrado a la actividad deportiva y una mirada que invita al desafío a través de unos ojos casi azabaches.

—Como bien le habrá comentado el señor Serrano, tenemos bastante jaleo por la rueda de prensa que hemos convocado para dentro de un par de horas. Le agradecería premura y que, si me permite la informalidad, vayamos directamente al grano.

Como si él fuera un pastor y el resto de los presentes fueran sus perros, todas las miradas se centran en Leo, atentas a lo que tenga que decir. Un par de ellos echan un descarado vistazo a su reloj de muñeca, como si hubieran empezado a contabilizar el tiempo que lleva consumido.

Leo se zarandea durante un momento y camina a paso ligero hasta el centro de la mesa mientras abre su bandolera para sacar el iPad.

—No sabía que ustedes iban a ser tantos y… Bueno, quiero enseñarles algunas…

—No tenemos tiempo para eso —interrumpe el presidente con un chasquido de lengua cargado de impaciencia—. Vaya al grano, por favor.

Su autoritario carácter le genera a Leo una serie de sentimientos que van desde la incredulidad hasta la incomodidad. ¿Qué mierda hace ahí? ¿Por qué lo han llamado si está claro que no hay ninguna muestra de interés por lo que tenga que decir? ¿Es por quedar bien de cara a los medios? Ya se está imaginando los titulares: «El Gobierno llama al experto en climatología Leonardo Pacheco para…».

—Querido —interviene la señora vestida de rojo con una sonrisa impuesta—, en televisión parece usted más espabilado.

—Ya, perdón. Es que estoy un poco confundido. No sé qué hago aquí —contesta Leo sin tapujos—. ¿Para qué me han llamado?

—Usted es el experto en climatología. Queremos saber su opinión sobre lo que está pasando —interviene el presidente, que ahora,

sorprendido por el carácter del invitado, se incorpora un poco en la mesa y lo mira como si fuera su contrincante de póker—. Como bien habrá podido comprobar usted mismo, tanto los medios como la oposición están deseosos de hacer cundir el pánico entre la población.

—Bueno, señor presidente, creo que las tormentas eléctricas, terremotos, inundaciones o el catastrófico alud de hace un par de días son motivos suficientes para que la población esté… inquieta. Yo lo estoy. Por no mencionar esa luna verdosa que…

—¿Cuál es el peor de los escenarios?—interrumpe, frunciendo el ceño con superioridad.

—Es difícil predecirlo —explica Leo, con una confianza adquirida por culpa del cabreo que le está provocando la soberbia de esas personas—. No hay precedentes. No hay registros de un patrón como el que estamos viviendo.

—Pero, vamos a ver —interrumpe otra vez la señora de rojo mientras lee uno de los papeles que tiene sobre la mesa—, hace un par de años se inundó Tabernas por la gota fría, ¿no? O sufrimos en la capital esa horrible ola de calor con polvo sahariano. ¿Eso no son precedentes de lo ocurrido hace unos meses?

—Son precedentes, pero aislados —defiende el climatólogo—. Ahora existe un patrón producido por alteraciones no solo en la atmósfera, sino también en la propia geología de la Tierra o, si me apuran, en las lecturas de las tormentas solares. Todo parece estar moviéndose en una misma dirección.

—¿Podría explicarlo para los mortales, por favor? —añade con una risa otro político.

Leo se toma unos segundos para pensar cómo puede explicar a esta gente lo que está ocurriendo.

Posiblemente, lo único que sepan de meteorología es que puede llover si está nublado. ¿¡Cómo es posible que entre estas trece personas no haya ningún experto en la materia!?

—A nivel meteorológico podemos predecir el tiempo por los cambios de temperatura, presión atmosférica, velocidad y dirección del viento, humedad, etcétera. Sabemos que si se acerca un anticiclón tendremos lo que denominamos «buen tiempo». Conocemos la causa y

el efecto de esto. Sabemos el patrón que sigue: si está despejado, no va a llover —explica Leo pensando en la vez que le enseñó a su sobrino de siete años lo que hace el hombre del tiempo—. Lo que está sucediendo es que… el patrón está cambiando. Y ahora… puede llover aunque no vean ustedes una sola nube en el cielo.

—¿Me está diciendo que tengo que llevar el paraguas en pleno agosto? —suelta el presidente con una risotada burlona.

Dios mío, esto está siendo una idea espantosa.

—No, no. Era metafórico —rectifica—. Lo que intento decirles es que todo lo que está ocurriendo ahora sigue un patrón que no conocemos. Un patrón que, a medida que pasa el tiempo, va siendo cada vez más catastrófico.

—Vuelvo a preguntárselo —dice el presidente mientras lanza un largo vistazo a su reloj—: ¿cuál es el peor de los escenarios?

—Ya se lo he dicho, es difícil predecirlo, pero…

—¡Algo podrá predecir! —interrumpe la señora de rojo—. ¡Es usted el experto, Dios santo!

—Tere… —la reprende el presidente con una sonrisa burlona—. Ya lo has oído: «Es difícil predecirlo».

La condescendencia y paternalismo que hay en las palabras del jefe de Gobierno cabrean tanto a Leo que, sin dudarlo, comienza a escupir escenarios:

—Huracanes en la costa norte. Tornados en el centro de la península. Es posible que se reavive la actividad volcánica en algunos puntos del país. También que los movimientos de las placas tectónicas provoquen terremotos y algún tsunami. Podríamos hablar también de tormentas solares, supercélulas que desencadenen inundaciones… En fin, cualquier cosa que se les ocurra.

En la sala se hace silencio. Solo se escucha la respiración agitada de Leo, que ha soltado su discurso casi sin respirar.

—Deberían estar preparados para cualquier cosa y, por supuesto, preparar al país para ello —insiste, marcando con fuerza sus palabras.

—¡Oh, vamos! —La tal Tere es la primera en soltar una risa llena de condescendencia y burla—. ¡No seamos alarmistas! ¿Vamos a hacer que cunda el pánico solo porque han caído cuatro gotas más de lo

habitual y ha soplado un poco el viento? ¡Por favor!

—Señor Pacheco —interviene otro ministro o secretario o lo que mierda sea—, usted céntrese en sus vientos y lluvias y déjenos a nosotros lo de «preparar al país».

—Por supuesto —contesta él, orgulloso y tranquilo—. Yo no soy experto en sistemas de emergencia. Pero sí en «los vientos y las lluvias», como bien ha dicho usted. Y les estoy avisando: los vientos y las lluvias van a ir a más.

Esto último lo dice mirando directamente al presidente. Su mirada demuestra que ha captado al completo su atención. Permanece reflexivo, con el ceño fruncido y sin parpadear, con las manos apoyadas en la barbilla. Después de unos segundos de silencio, el presidente se pone en pie, luciendo su traje hecho a medida, colocándose la corbata y ajustándose el pantalón. Tiene una altura parecida a la de Leo y una percha que resulta ser más imponente que la que muestra en público.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Pacheco. Tendremos en cuenta todas sus… conjeturas.

—Antes de marcharme, me gustaría preguntarles por el satélite que apareció en…

—Ya hicimos las declaraciones pertinentes sobre ese asunto, señor Pacheco —interrumpe el presidente, alzando su autoritaria voz para tenderle la mano en señal de despedida—. Marco lo contactará si necesitamos algo más de usted.

Después de unos segundos de incómodo silencio y un breve duelo de miradas entre el científico y el presidente, Leo Pacheco estrecha con fuerza la mano del líder y se marcha por donde vino.

Mencionar lo del extraño artefacto que apareció en los olivares del sur ha tensado aún más el ambiente. ¿Puede que eso sea la clave de todo? ¿Que ese satélite sea la causa de las catástrofes? Quizá sea verdad que están ante un nuevo tipo de arma que provoca todas esas anomalías. Eso podría tener sentido para el científico, porque, desde luego, a nivel meteorológico no lo hay.

¿Y si por eso los medios están centrando la atención en las catástrofes? ¿Y si se está intentando ocultar que todo lo que está

ocurriendo es algo planeado y orquestado?

¡No, Leo! Céntrate en los hechos. No te conviertas en uno de esos locos de las teorías de la conspiración.

Cuando Leo Pacheco llega a su casa, la rueda de prensa está a punto de comenzar. Los telediarios han abierto con la noticia del alud que ha arrasado las pistas de esquí y sepultado un hotel de lujo con miles de personas en su interior. Cuando conectan en directo con el palacio presidencial, aparece el presidente detrás del atril, quien luce una expresión completamente distinta a la que el científico ha visto con sus propios ojos hace unas horas: rostro severo, pero sonrisa tranquila, casi de galán.

—En primer lugar, quiero lanzar un mensaje de tranquilidad absoluta…

Leo suspira y se deja caer, rendido, en el sofá.

—Estamos jodidos —farfulla en alto—. Estamos *muy* jodidos.

Una prisión con forma de pirámide invertida

Siente el frío, pero no la humedad del agua. Apenas hay luz ahí abajo. Denis camina por el fondo marino del océano Áter sin saber qué rumbo tomar. Su cuerpo no flota. No sabe por qué. Puede andar por las profundidades como si paseara por las calles de Vawav y sus pulmones parecen no necesitar aire para respirar.

Varios peces nadan a su alrededor, sin inmutarse por su presencia. Desconocía que en Vawav siguieran existiendo estos animales. ¿Lo hacen acaso en las profundidades del océano? Una criatura mucho más grande pasa lentamente por encima de su cabeza. El sonido que emite es agradable, como un silbido grave con el que entona una melodía. Denis no tiene ni idea de cómo lo sabe, pero ese animal acuático resulta ser un mamífero conocido como «ballena». El chico contempla impresionado al gigante marino. Su enorme silueta se marca aún más con los rayos que parecen colarse desde el exterior. Algo está iluminando esa parte del océano, pero… ¿a cuántos metros de la superficie está?

El canto de la ballena se empieza a solapar con otro sonido. Al principio suena como un eco, pero cada vez va cobrando más fuerza y nitidez.

—Denis…

Esa voz…

Una sombra invisible parece manifestarse delante de él y, a medida que se acerca a su posición, se descubre como la silueta de una mujer.

El chico no tarda en reconocer esos cabellos dorados, la elegante figura femenina, los ojos casi felinos de color miel y, por supuesto, la brillante sonrisa.

—Denis.

Amber se materializa delante de él. Está desnuda y su cuerpo sí que parece flotar. Su cabello se extiende como un alga que danza por culpa de las corrientes del océano. Se aproxima a él ayudándose de sutiles y elegantes movimientos con los brazos, sin dejar de mostrar esa sonrisa que consigue desarmar al chico por completo.

—Te echo de menos —susurra ella en un eco.

El frío del océano comienza a transformarse en un estimulante calor que recorre todo su cuerpo. La coreografía con la que Amber se le está acercando es sensual y erótica. Denis no puede evitar contemplar los pechos de la chica, su delicado abdomen; las curvas de sus caderas, que refugian su precioso sexo; las estilizadas piernas, que danzan coordinadas con el nado de los brazos. Le excita ver a Amber de esa manera y prueba de ello es la respuesta de sus genitales ante la presencia de la chica. Ella, divertida, parece darse cuenta y se acerca un poco más a él, casi a unos centímetros.

—Quiero sentir nuestras pieles —susurra ella con una voz que parece estar hechizándole—. Quiero sentirte dentro de mí. Ahora.

Denis alza sus manos hacia el rostro de Amber con la intención de percibir el tacto de su tez, pero, cuando va a acariciar la mejilla de la muchacha, sus dedos atraviesan la figura como si fuera un holograma.

—Ven conmigo —le pide con un gemido—. Ven a Terra.

«¡Te he dicho que no quiero verte, asesino!».

La voz de Amber, en un tono completamente diferente al que le está mostrando, resuena por el océano. El sonido no proviene de la imagen que tiene delante de él.

Amber, por favor… Confía en mí.

Denis alza el rostro hacia la superficie al reconocer su propia voz.

«¡No pienso llevarme a la loca de tu robot con Kai!».

Mientras el recuerdo de una última conversación empieza a tomar forma en su cabeza, el suelo que pisa empieza a vibrar y las aguas del océano comienzan a agitarse.

Es real. Lo que hay aquí… es real. Confía en mí, por favor.

«¿Por qué tengo que confiar en ti después de lo que has hecho?».

Cuando Denis vuelve a centrarse en el holograma de Amber, un destello muestra durante un segundo otra figura que reconoce demasiado bien: Sif Noah Peaker.

—Hazme el amor, Denis —vuelve a decir la chica, pero esta vez con una afonía que le perturba por completo.

«¡Llévatela!».

Las voces que viajan por todo el océano suenan cada vez más nítidas.

Vuelve a mirar hacia la superficie.

Dos sombras huyendo. Unos espectros azules parecen formar los tentáculos de una medusa.

—¡DENIS! —grita Amber, abriendo la boca de manera sobrenatural.

Dile a Kai que no está solo, se oye decir. *Que nunca lo ha estado. Y que nunca lo estará.*

Sus pies de despegan del suelo. Su cuerpo parece flotar y empieza a ascender a toda velocidad hacia la superficie. El chico grita mientras siente de nuevo el frío clavarse en su piel como astillas de metal. Ahora el aire no parece llegarle a los pulmones. Un sonido agudo irrumpe en escena y, cuando está a punto de romper la fina capa de agua que lo separa del exterior, todo se vuelve blanco.

A pesar de despertar aturdido, lo primero que ve el viajante cuando abre sus párpados es la mirada ámbar de Sif Noah Peaker. El color cálido de su iris contrasta con el enfermizo rostro inexpresivo, que resulta aún más terrorífico por la carencia de pelo y los finos trazos de tinta negra que recorren las venas de su cráneo.

—Está estable —anuncia otra voz, que escucha aún con un eco.

Poco a poco, su visión se va acostumbrando a la luz blanquecina y lo que antes lucía borroso ahora comienza a tomar forma.

Denis está en una sala blanca que tiene forma circular, como si

estuviera en el interior de una impoluta esfera. Sif Noah Peaker es la única persona que puede ver y que, al parecer, se encuentra con él en la estancia. El chico intenta moverse un poco, pero sus músculos no responden. No tiene el control de sus extremidades, pero puede sentir el frío tacto del metal en distintos puntos de su cuerpo.

Si pudiera verse en un espejo, no se reconocería. A Denis lo tienen en medio de esa esfera sostenido por varios agarres que lo mantienen levitando en el centro de la habitación. Está completamente desnudo y su cuerpo ha sido perforado por varias agujas conectadas a varios cables que no solo le inyectan fluidos, sino que también analizan sus constantes cerebrales de manera minuciosa. Le han afeitado todo el vello de la piel y mantienen su temperatura corporal por debajo de los treinta y cuatro grados, provocándole una hipotermia controlada.

—Tienes una mente muy fuerte.

La voz del Sif sigue igual de delicada, melosa y no ha perdido sus tintes de afonía. Igual que hizo con Bérbedel, el dictador de Vawav palpa con cuidado al viajante. Sus huesudos dedos recorren las facciones del chico para después bajar por su torso hasta el ombligo y acabar acariciando con la yema de sus dedos el escroto del joven. No lo hace de una forma promiscua y sexual, sino más bien como el que toca fascinado una escultura de mármol, admirando e intentando comprender su naturaleza.

—Ni recurriendo a tus instintos más básicos consigo que abras un portal.

Denis se estremece por dentro. Siente repulsión a la par que rabia e impotencia. No sabe cuánto tiempo lleva ahí encerrado. Su mente se encuentra en una especie de limbo en donde lo onírico y lo real rompen la percepción del tiempo. No sabe qué le han hecho ni quiere saberlo. Solo se aferra a una cosa: no pensar en Terra y todo lo que ese mundo significa para él.

—Con Bérbedel y Arno fue bastante sencillo —confiesa el dictador —. Por supuesto, tenía a mi favor la droga, con la que sus mentes eran más… manipulables. Y, por tanto, era sencillo sincronizarlas para abrir el portal —explica mientras vuelve a acariciarle la cabeza afeitada, que ahora está llena de cables y parches que monitorizan su

actividad—. Pero en este caso solo te tengo a ti. No puedo sintonizar tu mente con la de los otros viajantes. Resultas tan inútil como tener una llave sin saber la puerta que abre.

Denis quiere decirle que no lo va a conseguir, que puede torturarlo todo lo que quiera o incluso matarlo. Noah Peaker parece ver la rabia en sus ojos, porque no duda en acercarse para susurrar a su oído:

—Todos tenemos un límite, Denis. Y averiguaré el tuyo. Llegaré hasta él.

El dictador de Vawav hace un gesto con la mano y, poco a poco, se empieza a alejar del muchacho. La pasarela que lo ha llevado hasta él comienza a recogerse, volviendo a dejar al viajante solo en el interior de esa esfera blanca llena de cables conectados a su cuerpo.

Tras la puerta por la que desaparece, se encuentra una sala llena de distintas pantallas que monitorizan y controlan al muchacho. Pueden alterar su temperatura corporal o la tensión arterial, del mismo modo que pueden jugar con los recuerdos de su mente para confundirlo. La prisión de Vawav posee la tecnología más avanzada para lidiar con casos tan especiales como el de Denis. Sin embargo, lo que el Sif puede conseguir con un humano corriente en cuestión de segundos le está resultando imposible de lograr con él.

—Volved a incentivarlo con las descargas. Y que esté despierto —ordena con tranquilidad.

—El dolor físico no parece responder a…

—Lo sé —interrumpe el Sif—, pero ayuda a un mayor aturdimiento. Mantenedme informado.

Noah Peaker abandona la sala de control de la esfera, que se encuentra en ese edificio con forma de pirámide invertida situado a las afueras de la metrópoli. Para el dictador es uno de los edificios más hermosos, sin contar la Torre de Vawav, por supuesto. Allí es donde se dirige ahora. Tiene una multitud de preguntas a las que dar respuesta y piensa hacerlo al coste que sea.

Mientras tanto, Denis grita de dolor y se enzarza en una lucha mental con sus propios recuerdos. De todos ellos, hay uno que intenta proteger a toda costa porque es el único que lo mantiene vivo en ese infierno:

Amber.

La utópica normalidad del autoengaño

—¡Te recuerdo que sigue en Ídedin!

—¡Que no puedo, Amber! —contesta Kai mientras vuelve a dar la espalda a su amiga.

—¿No puedes o no quieres? —pregunta ella con soberbia y malicia.

El chico se gira rabioso, pero, cuando sus ojos se juntan con los de su amiga y vuelve a ver en ella el dolor y la desesperación, lo único que hace es llevarse las manos a la cabeza, frustrado. Amber tiene todos los motivos del mundo para querer viajar a los mundos que Terra equilibra, pero ¿acaso él no? ¡Si pudiera, lo haría!

—Que te jodan, Amber —le suelta con la voz rota para después marcharse directo al cuarto de baño.

—¡Que te jodan a ti, Kai! —grita ella, persiguiéndolo—. ¡Es tu amigo! ¡Tu puto mejor amigo!

Kai da la discusión por zanjada con un portazo que hace retumbar toda la pared. Echa el pestillo y desbloquea el móvil para poner cualquier canción que ahogue los improperios que su amiga le está soltando desde el otro lado. Después descorre la mampara de la ducha y enciende el grifo para terminar de aislarse acústicamente.

Las primeras notas a piano de *Lithium* se juntan con el sonido del agua rompiendo contra el mármol de la bañera mientras Kai se mira al espejo. En las tres semanas que han pasado desde que volvió de Ídedin, el chico no se ha preocupado de cuidar su aspecto. No sabe

cuándo fue la última vez que se cortó el pelo, pero luce unas greñas que, debido al tipo de cabello que tiene, se sostienen por su propia fuerza sin necesitar fijadores. La barba también le ha crecido bastante. No hasta el punto de parecer un leñador canadiense, porque el vello no le cubre toda la mandíbula, pero sí que le hace aparentar más años de los que tiene.

Esto es una puta mierda…

El chico se mira con atención y estudia durante unos segundos el cabreo que lleva encima, pero, cuando se encuentra con sus ojos, todo lo que siempre intenta ocultar emerge como el estallido de un volcán. Las ojeras que inundan su rostro se juntan con la tristeza y el dolor que hay en su mirada. Tiene los labios cortados, el color de su piel luce un aspecto bastante desmejorado y en estas semanas parece haber perdido bastante peso, hasta el punto de perder volumen en las mejillas.

Cuando el vapor empieza a ocultar su reflejo, Kai se desnuda y se mete debajo del grifo. Ojalá pudiera callar sus pensamientos de la misma forma en la que ignora a Amber cuando discuten. No la culpa, la verdad. Es lógico que su mejor amiga pierda la paciencia y le insista tanto en intentar abrir un portal hasta Ídedin para recuperar a Yago.

Si es que sigue con vida, claro.

La frialdad con la que piensa en la posible muerte de su mejor amigo lo hace estremecerse y soltar una pequeña arcada.

No, joder. ¡Claro que está vivo, Kai!, se reprende a sí mismo.

Desde que regresó de Ídedin de forma completamente inconsciente, el chico no ha podido volver a abrir un portal. No ha conseguido contactar ni con Denis ni con Bahari. Lo ha intentado, por supuesto. Más aún cuando Amber le contó lo que había hecho su gemelo de Vawav. Su mejor amiga se aferra a la esperanza de que Denis no los ha traicionado porque la rescató de Noah Peaker y la envió a Terra con su maldito androide.

—¡Tiene que haber una explicación, Kai! —insistía de forma desesperada.

Pero Mila parece haber sufrido alguna clase de cortocircuito en el traspaso de un mundo a otro y la información que tuviera que

compartir con él ha desaparecido.

A Kai le cuesta mucho quitarse de la cabeza el recuerdo de su gemelo disparándole a Gala Craus por la nuca. El asesinato de su mentora lo ha emponzoñado y lo único que siente hacia Denis es odio, rabia y… culpabilidad. Puede que esos sentimientos sean la causa de que no pueda abrir un portal, pero…

En el fondo de su corazón, comparte también la misma esperanza que Amber: la de una explicación, un motivo, un plan que pueda justificar todo lo que ha ocurrido.

¿Cómo un asesinato va a ser algo que se pueda defender?

Por otro lado, no tener noticias de Bahari alimenta aún más al monstruo pesimista que crece sin control en su interior. La última vez que supo de ella había encontrado el portal que Noah Peaker abrió entre los dos mundos. Según Amber, cuando estuvo prisionera en Vawav, escuchó a varios soldados comentar que el portal se había cerrado. Eso podía significar que sus amigos habían cumplido con su cometido, pero ¿a qué precio? ¿Seguirán con vida? No imaginaba a Yago saliendo airoso de una guerra con soldados futuristas, la verdad.

Todo este dolor ha contribuido a que Kai se encuentre en un bloqueo mental que le impide conectar con Vawav e Ídedin. Las noches se vuelven a convertir en una tortura que esta vez comprende demasiado bien: la pena y el odio se manifiestan en forma de pesadilla, haciendo que el chico sufra insomnio y ataques de pánico nocturnos que cada día que pasa lo van consumiendo más.

Cuando sale de la ducha, Amber está sentada en el sofá del coqueto salón donde tantos buenos momentos han vivido los tres amigos. La chica se ha serenado y ahora, sintiéndose culpable por todo lo que le ha soltado, aguarda tranquila para retomar la conversación de manera civilizada.

—Kai… —comienza—. Lo siento mucho. Yo…

El chico la ignora con un nuevo portazo, esta vez de su dormitorio.

Genial, Amber…

Se vuelve a dejar caer en el sofá con un resoplido y se lleva las manos a la cabeza. No pueden seguir así. Los dos tienen que cambiar de actitud, porque lo que antes era un espacio seguro lleno de energía bonita ahora se ha convertido en un pozo de dolor y tristeza que cada día se va enturbiando más.

Amber agarra el paquete de tabaco que guarda en uno de los cajones de la mesilla del salón y va directamente a la terraza para fumarse un pitillo. Toda esta historia la ha hecho recaer en el maldito vicio que había conseguido dejar hace un año.

Teniendo en cuenta que el fin del mundo está a punto de llegar…

El sonido del mechero se junta con el de la llama prendiendo el papel del cigarrillo. Da una profunda calada y, cuando suelta el humo, observa con calma las vistas desde el balcón, dejándose llevar por ese íntimo momento, que, más temprano que tarde, va a acabar desapareciendo. No puede dejar de pensar en toda la gente que pasea por allí abajo, ajena a todo lo que está ocurriendo. Las catástrofes van a más y, desde luego, la aparición de una de las lunas de Vawav en esos campos de olivos no es buena señal.

—¿No decías ayer que lo ibas a dejar? Otra vez.

Amber pone los ojos en blanco al reconocer la voz que ha aparecido de la nada. Cuando se gira hacia ella soltando el humo por la nariz, no oculta su desagrado.

—Mira, no eres mi madr… ¡Mila!

El rostro de la chica cambia por completo al ver a la androide en su forma original, con el tejido blanco sintético cubriendo todo su cuerpo.

—¡Por Dios, ponte un aspecto humano! ¡Que esto no es Vawav y tenemos unos vecinos muy cotillas!

La androide se transforma de inmediato en una mujer que se parece mucho a la artista Dua Lipa. No es casual, claro. Amber es una gran admiradora de su música y le resultaba gracioso pensar que una de sus cantantes favoritas compartiera piso con ella. Sin embargo, lo que empezó siendo una especie de plan para poder soportar a la insufrible Mila se ha acabado convirtiendo en la forma en que Amber acabe aborreciendo los temas de la artista.

Kai no tarda en salir de su cuarto con esa sudadera negra con capucha que no duda en ponerse antes de agarrar su *skate* y marcharse al trabajo sin despedirse. Con otro portazo, por supuesto.

—¿Habéis discutido? —pregunta Mila con su uniforme tono de voz.

Amber suelta todo el humo en un suspiro y apaga el cigarrillo en la maceta con la planta seca que adorna el balcón. Desde que Yago no está, cualquier ser vivo de la casa tiene los días contados.

—Eso parece —sentencia la muchacha—. Me sorprende lo mucho que se emperra en volver a la utópica normalidad.

—El trabajo lo ayuda a mantener la cabeza ocupada —defiende Mila.

—¡Ocupada en cosas que no nos sirven! —protesta ella mientras cierra la puerta del balcón—. Lo que tiene que hacer es concentrarse en establecer contacto con Bahari y Denis. ¿A ti te parece bien que se vaya a trabajar? ¡Como si no pasara nada!

—Creo que estás siendo muy dura con él.

Amber se cruza de brazos y observa a la Mila-Dua Lipa durante unos segundos. Da igual que intente disfrazarla con el físico de alguien a quien admira: no la soporta.

La mona, por mucho que se vista de seda, mona se queda.

—Maldita la hora en la que te dije que podías adquirir ese aspecto —farfulla más para sí misma.

—Si quieres puedo…

—¡No! —interrumpe Amber mientras se retira a su cuarto—. Lo que tienes que hacer es intentar recuperar la información que has perdido. Pero está claro que en esta casa la única loca que está dispuesta a solucionar las cosas soy yo.

Ahora la que se encierra en el baño es ella y, al igual que Kai, se mira al espejo con un dolor y una impotencia que no sabe cómo gestionar. No solo le duele pensar que Yago está solo en un mundo desconocido. Se imagina a su amigo en ese lugar tan antiguo, con tantas cosas incomprensibles, lleno de peligros mortales que… Sí, por supuesto que una parte de su cerebro se está mentalizando de que existe la posibilidad de que Yago ya no esté en ningún mundo, pero se

niega a alimentar ese pensamiento. Se aferra a los buenos recuerdos vividos con él, al talento innato que tiene para convencer a cualquiera de lo que sea necesario. ¡Yago es capaz de sobrevivir a todo lo que se proponga!

Y luego… luego está él. No se atreve a decir su nombre porque siente que al pronunciarlo va a invocar su imagen y…

Denis…

¿A quién quiere engañar? Todas las noches antes de cerrar los ojos su mente vuelve viajar a ese último momento juntos, a recordar sus últimas palabras:

Esto es real. Confía en mí.

Y lo hace. Por mucho que le duela, por mucho que la aterre. Necesita confiar en él. Porque hay algo en su interior que la obliga a hacerlo. No sabe definir con palabras qué es. Un escalofrío en la piel, una punzada en las entrañas, un sofoco que le llega hasta la boca del estómago. Cada vez que Amber cierra los ojos puede escucharlo, verlo formular en sus labios cada palabra, perderse en esa mirada azul que imploraba fe:

Es real.

Una lágrima se escapa y viaja por su mejilla hasta acabar en la comisura de los labios. El sabor salado de la tristeza la hace, en el fondo, sentirse viva. Porque llorar así por la ausencia de alguien, sufrir de esa manera por el miedo a la incertidumbre, solo puede significar una cosa.

Que es real.

La pregunta que viene después de todo esto le duele horrores, porque… ¿acaso no está ella haciendo lo mismo que Kai: aferrarse a la esperanza de que las cosas vuelvan a una utópica normalidad?

No se atreve a contestarse.

Hermanos

No le había oído mucho hablar de ella. Por supuesto que sabe que su mejor amigo tiene una hermana, pero Nabil siempre ha evitado compartir recuerdos de Asserat y de su familia porque le provoca una nostalgia dolorosa.

«Pienso en ellos cada vez que tengo que invocar el agua», confesó una vez, al ser la tristeza la emoción que lo hace conectar con ese elemento.

Nabil tuvo que marcharse con tan solo quince años a la ciudadela de Ídedin a estudiar en el Ubongo para ejercer como centinela. Al ser una persona tan cariñosa y afectuosa, estar tan alejado de su familia es algo que jamás ha llevado del todo bien. A Bahari siempre le ha parecido una excusa con la que sacar a relucir su parte más dramática (porque sí, Nabil es uno de los seres más narcisistas que conoce), pero ahora que lo ve abrazar a Winda con las lágrimas surcando sus mejillas la chica no puede evitar sentir una punzada de culpabilidad por no haberse tomado nunca en serio el amor que su hermano profesa por su familia.

—Creía que… —solloza Nabil, sin disimular sus sentimientos delante de todos—. Por el Equilibrio, Winda, vi todo el poblado arrasado y pensé que…

Su hermana lo calla con un beso en la frente y un nuevo abrazo con el que parece intentar protegerlo, como si ahora ella hubiera adquirido el rol de primogénita. Bahari siente una punzada en el pecho al ver que la hermana pequeña de su amigo intenta controlar el dolor y ser más fuerte que el propio Nabil cuando confirma la tragedia

que todos se imaginan: a pesar de que ella esté ahí, sus padres no han corrido la misma suerte.

Winda explica cómo se libró de compartir el mismo destino que ellos al encontrarse fuera de Asserat cuando Vawav invadió Ídedin y arrasó sin piedad alguna el poblado.

—Tanto Yanna como yo —explica la chica, refiriéndose leopardo albina que tiene como compañera animal— fuimos a las montañas a buscar el ganado que se había escapado y… Nabil, antes de que todo esto pasara, en los días previos, empezaron a ocurrir cosas muy extrañas…

—¿Qué cosas? —pregunta Bahari.

Cuando los ojos de Winda se juntan con los de ella, la chica no puede evitar sentirse intimidada por la desafiante mirada de la recién llegada. Parece sorprendida por su interrupción, como si la muchacha fuera, de repente, consciente de que no está sola con su hermano. Bahari puede ver en sus ojos marrones el dolor y la rabia, que en parte recuerdan al carácter de su mejor amigo.

—Temblores, extraños comportamientos de los animales… —dice intentando serenarse al dirigirse a ella, pero acaba desviando la mirada con indiferencia para volver a centrarse en su hermano—. No supe qué hacer. Cuando intenté acercarme a Asserat para ver qué ocurría y vi a aquellos… seres… con esas ropas tan extrañas, artilugios que jamás había visto…

—Soldados de Vawav —explica Nabil.

—Sí, ahora sé lo que son, pero…

Winda vuelve a abrazar con fuerza a su hermano, aparcando su entereza y dejando que ahora sea este quien la proteja y consuele, como siempre lo ha hecho.

—No tuvieron piedad, Nabil —solloza—. Y, cuando vi nuestra casa arder, yo… volví con Yanna a las montañas… ¡como una cobarde!

Nabil chista a la chica y, agarrando con delicadeza sus mejillas, la obliga a mirarlo. El rostro de Winda se ha enturbiado con más rabia y dolor.

—No ha sido culpa tuya —insiste él.

—Sabes lo buena que soy con el arco —se reprende ella, casi

hablando entre dientes—. A pesar de que padre insistiera en darme el cayado para el pastoreo. ¡Sabes que podría…!

—No —interrumpe Nabil con su autoritario tono de voz, sin pretender sonar agresivo—. No habrías podido hacer nada, Winda. Sus defensas están mucho más avanzadas que las nuestras. Para ellos, tus flechas son simples esquejes. Hiciste bien en huir, porque de lo contrario…

Habrías acabado como tus padres.

Bahari termina de formular en su cabeza la frase que no se atreve a completar su amigo. Los dos hermanos vuelven a fundirse en un abrazo con el que Nabil palpa la espalda y cabeza de Winda con rapidez, como si su corazón tuviera la imperiosa necesidad de asegurarse de que es real. Para un idediano, el significado de la muerte implica una despedida dolorosa, pero natural. Posiblemente, cuando Nabil vio su hogar destruido, aceptó ese adiós perpetuo y se limitó a convivir con el luto y la ausencia de su familia. Por eso, este encuentro después de haber creído muerta a su hermana pequeña resulta una dura conmoción para el centinela.

—Les he dado sepultura —confiesa Winda, secándose las lágrimas —. No quería hacerlo en Asserat por los invasores, así que los llevé hasta el valle del Credo.

Cuando su mejor amigo se gira hacia ella, Bahari adivina en sus llorosos ojos la súplica que le va a hacer: visitar las recientes tumbas de sus padres. No pone objeción, claro. Después de todo, el regreso a la ciudadela implica pasar por allí.

No tardan más de un par de horas en llegar hasta los dos cilindros de pierda que se alzan en mitad del valle pedregoso y árido.

Bahari, Yago y Virgo se quedan a unos metros de los hermanos y sus compañeros animales para darles intimidad. La viajante aprovecha para explicar al chico de Terra cómo es el rito del entierro idediano y, una vez más, la mirada del muchacho se carga de fascinación y admiración.

—¿Qué es el Todo? —pregunta Yago.

—Todo —responde Bahari con una sonrisa—. Es el aire que respiras, la tierra que pisas, la brisa que te produce un escalofrío. Es el

aroma del hogar, el miedo a lo desconocido. Nuestro espíritu no desaparece; simplemente pasa a formar parte del Todo.

—¿Y los veis? —pregunta el muchacho, con su particular fascinación e inocencia—. Me refiero, ¿podéis ver a vuestros ancestros como si fueran fantasmas o…?

—No —contesta Bahari, intentando disimular la sonrisa.

—Entonces… ¿cómo sabéis que pasáis a formar parte del Todo? Es decir, ¿cómo sabéis que es real?

—Que no lo veas no significa que no exista —sentencia ella—. ¿Cómo sabes que te duele la cabeza, por ejemplo?

—Porque lo siento. Siento el dolor.

—Pues esto funciona exactamente de la misma manera. Por eso en Ídedin estamos tan conectados con los cuatro elementos y las emociones. Formamos parte del Todo.

—Vuestro mundo es increíble —confiesa mientras acaricia con cariño a Virgo. El felino, como si hubiera entendido las palabras del chico, le restriega la cabeza con un suave ronroneo—. Me encantaría escribir una novela sobre Ídedin, sus costumbres, sus gentes. Sobre este bichejo. Y, por supuesto, sobre ti.

—¿Sobre mí? —pregunta Bahari, burlona, alzando la ceja—. Qué libros más raros os gustan en Terra.

Mientras Yago le empieza a hablar sobre la clase de historias que puede encontrar en su mundo, ella se centra en estudiar a Winda. Comparte muchos rasgos con Nabil, pero lo que parece prevalecer por encima del físico es el carácter. Tienen gestos muy parecidos. Esa mirada que antes le ha echado, tan desafiante como sincera, le recuerda a la que Nabil tiene cada vez que se enfada o se preocupa por algo.

Winda luce un aspecto que dista mucho del de una pastora de montaña. Lleva la cabeza tan rapada que el pelo negro y crespo emerge apenas un par de centímetros. Sus ropas sí que se acercan más a los de una persona habituada al trato animal, pero también se las ha colocado de una manera con la que tiene mayor libertad de movimiento: una tela que envuelve su torso, sujeta con un nudo en el cuello, y una falda hecha con fibras de rafia que sostiene con un cinto

de cuero. Bajo su atuendo, se descubre una piel morena que parece brillar con el reflejo de Herun, marcando unas activas extremidades acostumbradas a caminar, un vientre plano y una elevada pechera que corona su orgulloso mentón.

Podría pasar por una pastora, sí. Pero también por una guerrera.

Bahari se decantaba más por esto último. ¿Cómo una simple aldeana de Asserat podía tener tal control sobre los elementos? Los géiseres, por supuesto, no eran cosa suya. Pero la habilidad con la que ha manipulado el viento para lanzarla en volandas y el agua para hundirla en aquel barrizal es propia de una centinela que lleva varios años en el Ubongo.

—Es guapa —dice Yago, sacando a la chica de sus pensamientos—. Igual que su hermano. Son los dos muy guapos. ¿Será igual de imbécil que el adonis de tu amigo?

—Aún no me acostumbro a la veneración que sientes hacia los cuerpos físicos, querido Yago —contesta Bahari con sorna.

—Bueno, tengo las hormonas un poco revolucionadas. Y he de confesar que ver a Nabil en acción…

—¡Yago! —le espeta Bahari con un susurro, intentando contener una carcajada—. ¡Que estamos en un lugar sagrado, por favor!

Ambos vuelven a serenarse y esperan a que los dos hermanos finalicen sus rezos y plegarias, que, a diferencia de las emociones que han mostrado unas horas antes al reencontrarse, son tranquilos, sosegados y cargados de armonía. Una vez se despiden del sepulcro de sus padres, regresan con ellos para emprender el camino de vuelta a la ciudadela.

El valle del Credo es un desierto plano en el que el suelo que pisan resulta ser más empedrado que arenoso. Aunque tengan que volver a pasar por las cuevas ancestrales en las que se refugiaron en su viaje a Asserat, tanto Bahari como Nabil han considerado dar un pequeño rodeo para llegar a Ídedin, evitando así posibles encuentros con el ejército invasor.

—Aunque, si pudimos nosotros con los del portal, con ayuda de Winda no tendríamos rival —presume Nabil.

Bahari vuelve a contemplar de reojo a la recién llegada. Ahora que

están más cerca puede percibir mejor sus gestos, su actitud, la comunicación no verbal que emana a la hora de moverse, la entereza y el orgullo con los que carga cada paso. Esta chica lo ha perdido todo en cuestión de días y transmite una energía que se aleja bastante del luto. Existe dolor, claro. Pero, al igual que su hermano, lo asume con una fuerza y entereza admirables.

Como si hubiese percibido el análisis visual, Winda se gira hacia Bahari y, durante unos segundos, las dos mujeres se sostienen la mirada. Como dos leonas que, al pertenecer a clanes distintos, se estudian con recelo. Sabe que es más pequeña que Nabil, pero tampoco se tienen que llevar mucho, así que Bahari decide romper el tenso silencio preguntando la edad de la muchacha.

—La misma que Nabil —contesta la aludida con el semblante serio.

—¿Sois mellizos? —pregunta Yago.

—Yo nací antes —interviene Nabil, orgulloso.

—Le di media hora de ventaja —corrige Winda sin dejar de mirar a Bahari, esta vez con una sutil sonrisa burlona.

Ella le contesta con otra mucho más tímida y discreta. De repente, siente la garganta rugosa, como si se le hubiese olvidado tragar saliva durante un buen rato. Bahari se pasa la lengua por los labios, humedeciéndolos para hidratarlos. Winda rompe el vínculo desviando la mirada al suelo y volviendo a centrarse en el camino.

Bahari se queda unos segundos más mirándola hasta que siente cómo Yago le da un codazo cómplice para después dirigirse a Winda.

—Entonces… —comienza el chico, alzando la voz en un carraspeo — ¿no has hecho tú lo de los géiseres y la nieve, Winda?

Lanza la pregunta con un disimulo exagerado, sin dejar de mirar de reojo a la viajante.

—No, no —insiste la recién llegada, quien vuelve a mirar a Bahari —. Si te ataqué fue porque pensaba que estabas siendo tú la responsable de ello.

—Está claro que algo está ocurriendo —interviene Nabil—. Y apostaría mi brazo a que es cosa del Equilibrio. Las grietas en el suelo, la nieve… ¡Nieve! —insiste el centinela—. Ni siquiera sabía que

existía hasta que este de aquí lo ha llamado así.

—«Este de aquí» tiene un nombre —contesta Yago.

Algo está ocurriendo. Bahari lo sabe. Puede sentirlo, percibirlo. Cuando la tierra empezó a temblar de aquella manera, supo que la fuerza responsable no procedía de alguien humano. Y, cuando pudo estudiar bien las aberturas del suelo por las que salieron los géiseres de nieve, dedujo que todo estaba conectado.

—Las grietas no son aleatorias —comenta—. Formaban un dibujo. Una especie de corte. Y, cuando vi salir el agua de aquel pequeño manantial, yo… supe que era cosa del Equilibrio. De lo que está pasando.

—¿Y qué es lo que está pasando?

La pregunta de Winda deja a los tres en un completo silencio. Hay muchas cosas que desconoce y se ha involucrado en una aventura por la que merece saber toda la información.

—Verás, Winda. Nosotros… —comienza Nabil.

—Será mejor que empiece explicando quién soy yo —interrumpe Bahari—. Y después quién es él —añade señalando a Yago con una sonrisa.

—Buf… —resopla el chico de Terra—. Esto va a ir para largo…

Bahari sabe que su aventura es compleja y que todo lo que está ocurriendo no es un relato fácil de comprender, pero aún les quedan varios días para llegar a la ciudadela de Ídedin. Y una parte de ella se muere de ganas por compartir con la nueva integrante del grupo las hazañas que han vivido hasta ahora.

El cachorro al que dejó vivir

Hay un órgano humano que fascina a Noah Peaker por encima de cualquier otro: el cerebro. El dictador de Vawav siente devoción por esa masa deforme y carnosa de células cuyo potencial es superior al de cualquier ordenador que pueda encontrar en su avanzado y futurista mundo. ¿Cómo algo tan desagradable puede tener tanta energía y actividad? Paradójicamente, siente repulsión, vergüenza y frustración por ser portador de tal maravilla natural y no ser capaz de aprovecharla en su totalidad. ¿Cómo es posible que las neuronas solo ocupen el diez por ciento del cerebro? A veces se pregunta de qué sería capaz si su actividad neuronal acaparara el doble o el triple de la actual.

El Sif observa con meticulosidad la masa grisácea, contemplando cada pliegue que compone la corteza cerebral. A pesar de haberlo extraído y limpiado con cuidado, el órgano aún tiene restos de la sangre que lo cubría. No lo ha tocado con sus huesudos dedos por miedo a dañarlo. Como si la máquina natural más poderosa fuera, a la vez, la más delicada. Su equipo de científicos, forenses y médicos están advertidos de que, al más mínimo error, les cortará ambas manos y los encerrará de por vida en la prisión de Vawav. De momento, ninguno ha tenido que lamentar perder extremidad alguna.

El cuerpo de Bérbedel está completamente desmembrado. Tras cerrarse el portal y morir al desconectarse de su gemelo, Sif Noah Peaker ordenó preparar el cadáver para un minucioso estudio. Han analizado su piel y extraído toda su sangre. Los pulmones han sido procesados y utilizados de forma artificial para ver de qué manera el

viajante respondía en vida al ejercicio de la respiración. Su corazón, después de someterlo a las pruebas pertinentes, lo han diseccionado con cuidado para ver si existe alguna anomalía o resistencia especial que le permita saltar entre mundos. Han cortado y observado con precisión sus huesos y fibras musculares. Sus genitales han sufrido el mismo destino y una de las primeras cosas que han hecho mientras el cuerpo estaba fresco ha sido extraer una muestra de esperma para su análisis y posterior congelación. Donde antes había una cara ahora solo hay un cráneo con las cuencas oculares vacías, la lengua amputada, una sonrisa carente de dientes y el hueso frontal abierto, dejando a la vista el hueco donde se encontraba el cerebro.

—¿Qué te hace tan especial? —pregunta el dictador en un susurro cargado de admiración y frustración.

Sif Noah Peaker se toma la libertad de entrar en la cámara donde el cerebro de Bérbedel se mantiene en el aire, conectado a miles de diminutos cables, como lo está Denis en la prisión de Vawav. El cerebro del difunto viajante ha podido abrirlo y estudiarlo de forma mucho más cercana, leyendo las huellas que han dejado sus neuronas tras la intensa actividad mental que ha experimentado en los últimos meses.

Los científicos han perdido la cuenta de la cantidad de pruebas a las que lo han sometido. El resultado es siempre el mismo:

—No muestra ninguna anomalía o patrón que lo distinga de un cerebro normal.

—¡Pero es que no es normal! —grita el Sif, cansado de escuchar la misma conclusión una y otra vez—. Si fuera normal, tú y yo podríamos abrir esos portales. ¡¿Qué tienen ellos que no tengamos nosotros?!

Noah Peaker siempre ha controlado su rabia. Lleva varios lustros dirigiendo Vawav y sabe que es fundamental tener un control absoluto sobre los impulsos más emocionales. Pero la necesidad de saber, las ansias por comprender los complejos engranajes del cerebro de los viajantes, la frustración por querer tener unas habilidades que jamás va a poseer lo llevan a un límite emocional que, como cualquier ser humano, acaba sobrepasando.

Una arcada lo invade desde la boca del estómago. Siente la acidez de la bilis subir por su esófago. Él mismo se repudia por comportarse como un vulgar vawaiano, incapaz de gestionar sus emociones.

Decide salir de la sala de investigación y refugiarse en el despacho que corona la kilométrica Torre de Vawav. Pocas veces se altera de esa manera y solo el conocimiento puede calmar sus emociones. De ahí que su biblioteca personal sea uno de los bienes más preciados que tiene.

El Sif pasea sus dedos por los lomos de los libros que guarda en su despacho, como si fueran tesoros que han de ser protegidos y, a la vez, expuestos. No tarda en dar con la lectura que necesita para calmarse. Se trata de su última adquisición. Un libro único, traído desde Ídedin, perteneciente a la propia biblioteca del Ubongo, la cuna del conocimiento del otro mundo.

Noah Peaker saca con cuidado el volumen y lo lleva hasta su mesa. Lo deposita con cuidado sobre el cristal, como si fuera un recién nacido al que va a cambiar. Después acaricia la cubierta de cuero, sintiendo el tacto rugoso que avala su antigüedad. Como hace con todo lo que admira, intenta impregnarse con sus cinco sentidos de todo lo que le transmite la pieza. Acerca su nariz a la cubierta para poder olfatearla con cuidado. El hedor de la piel animal trabajada se mezcla con un aroma que le recuerda al de la arena de Ídedin. Contempla el color granate con el que han teñido todo el envoltorio y, por último, se atreve a pronunciar en voz alta el título del mismo:

—*Proverbios y profecías de la Unión.*

Sif Noah Peaker vuelve a abrir el volumen, escuchando con cierto placer el crujido de las rugosas páginas hechas de papiro. Las ha leído varias veces. Muchas de ellas subrayan el culto religioso que vio con sus propios ojos en Asserat. Los ancestros antes de la Unión, la eterna lucha entre *creyentes* y *pensadores*. Cuentos increíbles sobre cómo era la vida en un hipotético mundo en el que Vawav e Ídedin convivían. Pero, de todos esos textos, hay uno que le llama la atención en especial. Una profecía que lo tiene completamente fascinado porque habla de una supuesta (e inevitable) unión. Es ahí donde, una vez más, se ha detenido. Al igual que ha hecho las otras veces, lee en alto

cada frase, como si estuviera invocando alguna fuerza sobrenatural difícil de comprender:

Llegará un tiempo en el que todo volverá a ser uno.
Una noche. Un día. Un mundo.

La noche se mezclará con el día.
La tierra, con el viento.
El agua, con el fuego.

El Equilibrio se romperá para que todo siga girando.
Porque la luz y la oscuridad están destinadas a colapsar.

Un Colapso que purgará los mundos.
Un Colapso que mantendrá la paz.
Un Colapso que equilibrará todo.

PROFECÍA ANCESTRAL DEL COLAPSO

Por primera vez en sus más de trescientos años de vida, Sif Noah Peaker empieza a creer en algo extraordinario. El dictador del mundo de Vawav, donde la lógica, la ciencia y los hechos priman por encima de cualquier ideología o creencia, se plantea un futuro proveniente de una simple profecía.

No deja de preguntarse si ese «Colapso» se producirá. Y, en caso de que vaya a ocurrir, ¿es algo que está escrito? ¿O bien será consecuencia de sus actos? El Sif se aferra a esta última idea, porque, si es él quien origina el Colapso, existen una causa y un efecto. Y eso implica tener el control de la situación.

Por tanto, si todo va a volver a ser uno, si el Colapso es algo inevitable, debe estar preparado para ello. Debe estudiar cada pieza del tablero para que, cuando este cambie, tenga ventaja sobre el resto de los seres que quieran hacerse con el control.

Esos otros seres…

Sif Noah Peaker devuelve el libro a su estante con el mismo ritual con el que lo ha sacado. Acto seguido, vuelve a sentarse en el sillón y con un movimiento de manos hace aparecer una pantalla holográfica

en la que se ve a un niño encerrado en una sala. Un niño al que decidió perdonarle la vida hace unos meses. Un pequeño idediano que contempló cómo toda su familia moría a manos del Sif. Un cachorro humano al que ha dejado vivir solo para estudiarlo y comprender mejor el funcionamiento de los seres de Ídedin.

La voz de una de las científicas que están estudiando al pequeño idediano interviene con un saludo tan cordial como profesional. El dictador le pregunta directamente por las novedades.

—Tiene el cerebro más desarrollado que nosotros —confirma la mujer—. Su actividad neuronal es más activa y abarca más espacio y consciencia.

—Los idedianos llevan miles de años trabajando el control de la mente —defiende el Sif—. Su fusión con el entorno y la propia naturaleza tiene que estar relacionada de alguna manera con sus emociones. Volved a realizarle la prueba cuarenta y siete.

En la imagen, que no ha dejado de mostrar al niño, aparece ahora la científica con un mono blanco, gafas protectoras y un pequeño respirador que cubre sus dos orificios nasales para purgar el aire de posibles toxinas. Un par de personas más entran con ella en la sala luciendo un aspecto similar al de la portavoz del estudio.

La mujer ordena al crío que encienda una llama con la palma de la mano. El pequeño no tiene que concentrarse mucho para cubrir sus dedos de unas delicadas flamas que comienzan a bailar de un extremo a otro, como si tocara una melodía.

Sin mediar palabra alguna, la científica da un par de pasos hacia el crío y le cruza la cara con una bofetada.

—¡Otra vez! —ordena la mujer, sin esconder su enfado.

El niño, miedoso, se lleva la palma de la mano a la mejilla, que comienza a adquirir un tono rojizo a causa del golpe. Intenta contener las lágrimas con un temblor de labios que se transforma en un puchero. Consciente del castigo al que está siendo sometido, vuelve a invocar el fuego, pero esta vez mucho más vivo y potente que el anterior.

—Más fuerte —ordena el Sif—. Pégale más fuerte.

La mujer vuelve a abofetear al muchacho con más intensidad,

haciendo que este se caiga de la silla por culpa del golpe.

—¡Hazlo más grande! —grita la científica.

Ahora el niño no esconde el dolor y las lágrimas empiezan a emanar de su rostro en compañía de un llanto triste y cargado de miedo. Poco a poco, se pone en pie, alza la mano y, mientras cierra los ojos, vuelve a surgir una llama, pero de una intensidad similar a la de antes.

—Parece haber alcanzado su límite —comenta la científica mirando directamente a la cámara de la sala.

No. Él sabe que no. Sabe que ese niño todavía puede hacer algo más grande. Lo vio cuando mató a sus padres. El instinto de supervivencia en él es fuerte. Tan fuerte que está dispuesto a cruzar cualquier tipo de ética y moral para ver de lo que es capaz el cachorro idediano.

—Hazlo sangrar —insiste el Sif sin escrúpulo alguno.

La científica no se permite dudar, porque sabe que, si el Sif percibe algún titubeo al acatar sus órdenes, la expulsará del proyecto y la castigará por desacato. Así que, sin reticencia alguna, alza el puño y lo impacta con todas sus fuerzas contra el delicado rostro del crío.

—¡Otra vez! —ordena la mujer.

Pero ahora el niño se hace un ovillo, protegiéndose como puede y suplicando con un doloroso llanto que paren de pegarle, que le hacen daño, que quiere volver a casa con su familia.

La mujer lo ignora y, mientras le vuelve a ordenar que haga una llama más grande, comienza a propinarle patadas como si fuera un saco de verduras.

Los chillidos del niño se juntan con los golpes que la mujer no para de darle.

—¡Otra vez, otra vez, otra vez! —vocifera la mujer, desquiciada.

Un grito lleno de furia se cuela por los altavoces.

La pantalla se satura con una luminancia que transforma toda la imagen en un borrón blanco.

Ahora los gritos no provienen del pequeño idediano, sino de los tres científicos. Cuando la imagen vuelve a recuperarse, tanto la mujer como los dos acompañantes intentan quitarse el fuego que abraza sus

cuerpos y que, en cuestión de segundos, está calcinándolos y abriéndoles la piel. El crío, por su parte, permanece en una esquina, sentado, con la palma de la mano enfrentada hacia su agresora y un rostro cubierto de lágrimas, sangre y, por encima de todo, rabia.

Una sutil y delicada sonrisa de orgullo emana por la comisura de los labios del Sif.

No dejas de ser humano, cachorro idediano. Y, como tal, tienes un límite.

Sif Noah Peaker cambia de pantalla y aparece de nuevo Denis encadenado a esa celda esférica en la que lo están estudiando. El Sif amplía la imagen hasta ver con detalle el rostro de su prisionero. No puede evitar pensar en alto lo que más miedo le da:

—¿Eres tú, querido Denis, un humano?

Un nuevo y conocido aspecto

Hay algo en los rayos del sol que inquieta a la androide. No sabe el qué, pero, cuando inciden en su cuerpo y la piel sintética recoge su calor, su sistema analiza los datos y obtiene unos valores de temperatura, índice ultravioleta y un sinfín de parámetros que en Vawav no son habituales. Pero, dejando a un lado lo extraña que es Terra, Mila sabe que hay algo más. Algo que su sistema no termina de comprender porque no tiene las actualizaciones necesarias para ello. O quizás el cortocircuito que sufrió al saltar de un mundo a otro le impide dar con la respuesta.

Lleva tres semanas en Terra y los datos almacenados en su disco duro están bastante difusos. Por un lado, recuerda todo lo ocurrido antes de la aventura en la que se embarcó junto a Denis para llegar al portal o el interés de este por la inteligencia emocional en las máquinas. Conoce todo lo que cualquier habitante de su mundo necesita saber sobre Vawav: su historia, las leyes que lo rigen, lugares de la metrópoli… También sabe quién es Amber. Conoce la historia de Kai y sabe la compleja relación que guarda con el Equilibrio. Y conoce, por supuesto, la relación de Denis con ambos.

En general, todo funciona a la perfección salvo una pequeña parte del sistema que parece estar dañada. Una parte en la que no hay información, solo celdas vacías sin datos. Y después de eso…

«Acompáñala».

Una frase. Una única frase después del apagón. La voz de Denis ordenando que vaya con Amber y se reúna con Kai es la única información que existe después de ese bloque en negro. Borrado.

Apagado. Es a partir de ese momento cuando su antiguo sistema se empieza a volver inestable. Donde su comprensión de las dimensiones del espacio y el tiempo parece reducirse a algo mucho más simple. Algo que antes la androide entendía de una forma, pero ahora… ahora lo hace de otra manera.

Ahora, cuando observa los rayos de sol caer sobre su piel sintética, no procesa solo el hecho de estar absorbiendo calor y energía; procesa lo que los humanos llaman «un recuerdo». Una intuición familiar. Una sensación de *déjà vu* con la que la androide siente que ya ha estado ahí. Que no es la primera vez que experimenta eso porque conoce esa sensación, que la lleva, inevitablemente, a un estado de paz y tranquilidad.

Sensación. Sentir. Emociones.

¿Significa eso que su inteligencia emocional se está desarrollando?

El ladrido de un perro correteando la saca de su intento por entender. En Vawav no hay animales. Al menos no domésticos. Pero Mila conoce a ese perro y sabe perfectamente que responde al nombre de Rafu. También sabe que su dueño es la persona que está unos metros más atrás, que tiene cuarenta años y lleva divorciado desde hace seis meses porque su pareja quería formar una familia y él no estaba aún preparado para ello. Sabe que, cuando pase por delante del banco en el que está sentada, la saludará y le preguntará qué tal está y que a ver cuándo se toman ese café que tienen pendiente.

No sabe por qué ese señor quiere tomarse un café con ella. Ni siquiera sabe si le gusta el café. Bueno, sabe que le gustan más el té y las infusiones frías. Lo que sí siente (*otra vez: sentir*) es que la incomodan los encuentros con ese hombre porque él pretende un cortejo fruto de un deseo sexual que ella no comparte al tener una relación estrictamente profesional con él.

—¡Rafu!

El dueño regaña a su perro en cuanto este se acerca al banco donde Mila está sentada y comienza a olfatearla.

—¡Pero bueno! ¡Qué confianzas! —bromea el hombre con incomodidad, frunciendo el ceño un poco confundido—. Disculpa. No suele ser tan cariñoso con desconocidos.

Mila observa al hombre de cerca. Estudia sus gestos nerviosos, sus facciones, las expresiones faciales. Después se centra en el perro, el tal Rafu, que parece estar olisqueando su pierna en busca de otros olores caninos. Sabe que en cuestión de segundos el animal va a levantar la pata y a marcarle la piel sintética de su pierna biónica con orín. Porque para Rafu Mila no es un humano. Es un trozo de materia artificial, carente de vida natural, que está libre de cualquier marca hormonal animal.

—¡Rafu! —chilla el hombre al ver que el perro eleva la extremidad —. ¡Pero bueno! ¿Qué mosca te ha picado? Por favor, perdóname. Nunca se ha comportado así. ¿Te ha manchado?

—No. Has sido muy rápido al tirar de él —responde Mila.

—Disculpa de nuevo. De verdad. Me da mucha vergüenza esto.

Pero Mila sabe que lo que le da vergüenza a ese hombre no es solo que su perro haya estado a punto de mearla. El desconocido, a quien por alguna extraña razón conoce, sabe que si le gusta pasear al perro es, precisamente, para conocer a mujeres a las que cortejar para acabar realizando el acto sexual. Y el aspecto que ha adquirido Mila esa mañana para pasear es uno que, casualmente, atrae a ese hombre.

—Nunca te he visto por el barrio —comienza a hablar, sin intención de seguir el paseo—. ¿Vives por aquí o…?

Mila observa con detenimiento al caballero, esperando a que termine la frase. Pero el hombre no lo hace, así que ella decide acabarla por él.

—¿Te estás preguntando si estoy a la espera de que algún hombre me corteje para mantener relaciones sexuales?

El hombre se atraganta.

—¿Cómo dices?

—No vivo por aquí. Tampoco tengo intención de practicar sexo. Simplemente estoy sentada, percibiendo lo que hay en este mundo —contesta Mila con su habitual indiferencia—. ¿Nos conocemos?

—Yo… —titubea el señor—. No, lo siento. Tengo que marcharme.

—Vaya. Adiós.

—Siento lo de… —Señala al perro—. ¡Vamos, Rafu!

Mila está a punto de decirle que debería llevar a Rafu a un

veterinario porque su orina presenta unos niveles preocupantes de PH, pero se queda bloqueada en cuanto su mirada se topa con un edificio que, por casualidad, conoce.

De repente sus sistemas empiezan a procesar una información que antes no estaba ahí. Y sabe que al girar la calle se va a encontrar con un local acristalado y decorado con un gusto exquisito. Mila se pone en pie y comienza a caminar hacia allí. Con cada paso que da va descubriendo nuevas cosas: que la dueña de la panadería a su izquierda se llama Julia, que hace tres años en la esquina del otro lado hubo un terrible accidente de tráfico, que las manzanas de la frutería del fondo son las mejores del barrio, que en los días de lluvia es mejor caminar por la acera de la derecha porque la de la izquierda se encharca demasiado.

Cuando se detiene enfrente del acristalado local, observa el cuidado y bonito letrero que anuncia el servicio que se ofrece en el interior: «Gabinete de psicología: Dra. Gala Craus».

La puerta acristalada carece de llave. En su lugar tiene un código numérico que, para los habitantes de Terra, es lo último en cerrajería. No sabe por qué conoce la clave, pero sus dedos tocan los ocho dígitos de manera automática, sin equivocarse una sola vez.

La puerta se desbloquea con un leve sonido y Mila empuja el cristal con cuidado porque sabe que si lo hace de golpe va a emitir un molesto chirrido que le provoca una sensación desagradable. Los niveles de humedad del local están más altos de lo normal porque lleva cerrado varias semanas sin ventilación alguna.

Mila camina por la sala de espera, en la que sabe que los clientes y pacientes aguardan hasta recibir su sesión o terapia. Observa la mesa, en la que hay varias revistas que hacen más amena la espera. Eso la lleva automáticamente a deducir que el quiosquero de al lado le está guardando varios periódicos y ejemplares que no ha vendido para que ella, muy agradecida, pueda ponerlos en esa sala de espera.

Entonces se gira hacia la puerta principal del lugar. Esta no es de cristal, pero luce un precioso color blanco abedul. Sabe que fue encargada con un diseño y un material específico para la consulta.

Mila abre la puerta y entra en un despacho que, para su sorpresa,

conoce a la perfección. Su sistema empieza a recibir multitud de nuevos datos procedentes de varias personas, sus estados de salud, perfiles psicológicos… Sabe que ahí se sentó Bart cuando lo despidieron con más de cincuenta años y consiguió a los pocos meses emprender un bonito negocio que le ha dado más felicidad que el trabajo en el que llevaba media vida. También se tumbó Amaia, cuyo miedo a hablar en público era tan grande que llevaba años trabajando en un sitio que no le gustaba con tal de no enfrentarse a una nueva entrevista con Recursos Humanos. Sabe que Carlos lloró desconsolado cuando verbalizó que quería dejar su matrimonio, pero que no sabía cómo hacerlo.

Mila se acerca al escritorio de cristal, tan pulcro y ordenado como siempre. En él hay una pequeña pila de papeles con algunas fichas de pacientes, un metrónomo y una piedra. Se centra, confusa, en este último objeto.

Cuando sus dedos palpan la roca naranja, un polvo se desprende del rugoso tacto que luce el pedrusco. Sabe que es su adquisición más reciente y la que más valora porque esa pequeña piedra que tiene entre sus manos es la respuesta a las plegarias que llevaba haciéndose mucho tiempo.

Entonces relaciona la piedra con el metrónomo, que, al acercar sus dedos, comienza a moverse.

Tic. Tac. Tic. Tac.

El sonido lo relaciona con un muchacho tumbado en el sofá, con el falso té verde de aloe vera a su lado. Sabe que de la espalda del chico surgieron dos enormes auras que cubrieron toda la estancia, transformando el precioso despacho en una cueva oscura, polvorienta y cálida.

Kai.

Sus ojos vuelven a posarse en la piedra, que suelta de inmediato.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Mila camina hasta la cristalera que da al precioso patio interior privado de la consulta. Puede ver su reflejo en el vidrio por culpa de los rayos de sol, que ahora entran desde su punto más alto.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Mila sabe que ella, en el fondo, ya no se llama así. Que tiene otro nombre.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Entonces ese bloqueo desaparece. Y donde antes había celdas vacías ahora hay millones de datos nuevos que procesar.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Su piel sintética adquiere un nuevo y conocido aspecto.

Tic. Tac. Tic. Tac.

—Bienvenida a casa —se saluda con una cálida y esperanzadora sonrisa.

Centinelas y traidores

La ruta de vuelta a la ciudadela ha sido lo suficientemente larga como para poner a Winda al día de todo lo ocurrido. Bahari siempre ha creído que las fuerzas del Equilibrio influyen en cómo se desarrollan determinados acontecimientos. Así que para ella no es casualidad que la confesión sobre su naturaleza de viajante tuviera lugar mientras atravesaban las cuevas ancestrales, donde la historia del Equilibrio está escrita en las paredes de piedra, que llevan resistiendo el paso del tiempo durante tantos milenios. Hace unas semanas, la chica atravesaba ese mismo laberinto de arena, piedras y desfiladeros con una intención muy distinta a la que tiene ahora. Realizó un viaje en el que el miedo, la frustración y el rechazo a su propia existencia resultaron ser el equipaje que cargaba a su espada mientras huía de un destino marcado en rojo que se negaba a aceptar. Ahora regresa a su hogar sin haberse desprendido del temor a lo desconocido, pero respetando su propia naturaleza.

Después de compartir su relato, la mirada de Winda se ha tornado en una mezcla de curiosidad, fascinación y, en parte, admiración. No la sorprende teniendo en cuenta que la muchacha conoció a Arno momentos antes de que este desapareciera. Del mismo modo que Bahari ha contado su historia, la nueva integrante del grupo relata la suya, haciendo especial hincapié en las últimas semanas antes de la invasión de Vawav. Todo comenzó con una de sus escapadas a las montañas con Yanna para dar caza a los rekohus, unas aves similares

a los cuervos que suponen un peligro para el ganado del poblado. En ese laberinto de rocas se encontró con Arno y, casualmente, los fenómenos empezaron a sucederse en los siguientes días. La curiosidad de la chica por charlar con el viajante la salvó de estar en Asserat justo en el momento en el que el ejército de Vawav decidió arrasar su hogar.

—¿Sabes que es posible que tu hermana haya sido la última idediana en ver a Arno libre? —pregunta Bahari a Nabil aprovechando que están más adelantados que el resto.

Su amigo lanza un profundo suspiro.

—Es curioso que su fascinación por Arno le haya salvado la vida —confiesa—. Nosotros éramos muy pequeños cuando desapareció de Asserat y se escondió en las montañas. Desde entonces, los rumores e historias sobre él se convirtieron en leyendas propias de cualquier cuento de terror. Y, aun así, a Winda le seguía llamando la atención el misterio del único viajante de Ídedin. Es más, ella siempre ha querido ser centinela por esto mismo —asegura Nabil—. En Asserat siempre ha existido una devoción especial por el Equilibrio y los ancestros en tiempos de la Unión.

La Unión…

No es una palabra que suela escuchar, porque en la ciudadela las creencias suelen estar más aferradas al presente del Equilibrio. Sin embargo, en Asserat no olvidaban el origen de este, cuando solo existía un mundo en el que convivían tanto los herederos de Vawav como los de Ídedin.

Y es que Ídedin tiene multitud de rincones con sus propios mitos y leyendas. Poblados en donde los cuentos que se narran a los pequeños antes de acostarlos tienen una carga espiritual tan grande que, de alguna forma, no solo suponen un alimento para la imaginación del infante, sino también para su alma. El mito del octópodo gigante de arena en Zabrath, las supuestas maldiciones de los picos de Keyna o los relatos ancestrales de las cuevas que se encuentran cerca de Asserat son algunas de las historias que enriquecen tanto la cultura como el imaginario de Ídedin.

Después de varios días recorriendo los entresijos de la montaña

que guarda las cuevas ancestrales, la Orden del Equilibrio atraviesa el último desfiladero antes de encontrarse una de las estampas más hermosas del viaje.

Las altas paredes rocosas desaparecen de golpe para descubrir una inmensa llanura desértica sobre la que se alza la silueta de la ciudadela de Ídedin. A esas horas del día, las sombras de las casas y los edificios se marcan con mayor fuerza, convirtiendo la imagen en un cuadro propio de cualquier artista consagrado. Multitud de formas cuadradas, sin armonía alguna, componen la base de la vida que se forja fuera de las grandes murallas. Estas abrazan y protegen de manera circular el interior de la ciudad, que se alza de manera escalonada, coronando su punto más alto con el impresionante edificio del Ubongo.

Bahari suelta un suspiro al ver su hogar. La sensación de regresar a casa le hace pensar en lo mucho que disfruta recorriendo las calles de la ciudadela, en la tranquilidad que siente cada vez que se refugia en la biblioteca del Ubongo para descubrir nuevas historias de Ídedin, en cómo disfruta viendo a Virgo entrenar en el Colisseum o en lo orgullosa que está de su pequeña vivienda, que con tanto mimo ha cuidado y decorado. Una sensación de paz la invade durante unos segundos al imaginarse sentada sobre la alfombra de rafia, acariciando a Virgo y sintiendo su ronroneo, mientras se bebe una infusión fría de hierbas afrutadas y mentoladas.

—Desde aquí todo parece bastante tranquilo.

Yago saca a la chica de su ensoñación, devolviéndola a una realidad en la que no sabe si va a poder recuperar todas esas costumbres que tanto ama y extraña.

—Eso es lo que me preocupa —interviene Nabil—. Esta ciudad nunca está tranquila.

Bahari suelta un suspiro, intentando encontrar la motivación necesaria para concentrarse y asumir que la ciudadela está en un grave peligro.

—Deberíamos ir por los Arrabales. Aquí estamos demasiado expuestos —propone.

Cuando Bahari alza la vista al cielo y ve lo despejado que está,

teme por el compañero animal de Nabil. La chica echa un vistazo al inmenso buitre, que ahora permanece al lado de su mejor amigo.

—¿Crees que es buena idea que Stratus surque los cielos? —pregunta la muchacha, sin ocultar su preocupación.

Nabil se acerca al pájaro y lo acaricia con el cariño habitual que siente hacia él. Mientras la bestia junta su pico con la frente del chico, este le susurra algo que ninguno de los demás llega a escuchar. Acto seguido, alza el vuelo a tal velocidad que en cuestión de segundos la silueta del animal se ha difuminado con el anaranjado cielo de Ídedin.

—Andando —sentencia el centinela.

Lo primero con lo que se topan es el famoso pozo de Herun. El pequeño sol de Ídedin bautiza este sumidero de agua porque se trata de una pequeña y profunda abertura circular en mitad del yermo paraje rocoso que se encuentra antes de emerger la ciudadela. Con el paso del tiempo, se han ido trabajando y manipulando los alrededores del pozo para poder utilizarlo no solo como depósito de agua, sino también como cantera de donde sacar el barro para construir nuevas casas y edificios. Suele ser un lugar bastante concurrido, porque el transporte del agua al interior se tiene que hacer con tinajas de barro para mantenerla fresca. La idea de un acueducto siempre ha sido inviable por las altas temperaturas y el constante castigo de los soles idedianos. Que el pozo de Herun esté sin actividad es un claro indicio de que algo va mal.

Agazapados en una marcha liderada por Nabil, el grupo se esconde en una de las zanjas excavadas en los alrededores del lugar para el acceso al interior del pozo. El aire se ha impregnado de un hedor a barro y humedad que, tanto para Bahari como para Nabil, resulta refrescante, agradable y, sobre todo, hogareño.

—¿Recuerdas cuando Virgo decidió darse un baño en el sumidero? —susurra Nabil con una sonrisa burlona.

—¿Que si me acuerdo? —contesta Bahari fingiendo agravio mientras dirige sus palabras directamente al propio animal—: Virgo,

nuestro querido Nabil pregunta por ese aparatoso episodio de tu vida como cachorro en el que decidiste saltar al interior del pozo.

El diente de sable, como si entendiera a la perfección lo que su compañera comenta, adquiere una posición tensa, con los ojos más abiertos de lo habitual y girando las orejas hacia atrás en un gesto que transmite confusión y sorpresa.

—¡Oh, vamos! No te hagas el tonto —dice Bahari mientras le acaricia el mentón—. Por tu culpa estuve sin poder bañarme dos semanas.

—¿En serio? —pregunta Yago, escandalizado—. ¿Os dejan sin agua cada vez que os portáis mal?

—Al chico de Terra se le olvida que podemos invocar los cuatro elementos —contesta Nabil, socarrón.

—Bueno, entonces, ¿para qué diantres tenéis un pozo? —pregunta ofuscado Yago, cruzándose de brazos de manera digna.

Bahari intenta disimular la sonrisa que le provoca ver a Yago y Nabil discutir. Si bien hace unas semanas la tensión entre los dos no era algo agradable, ahora a la chica le resulta tierna y algo infantil.

—Controlar los cuatro elementos es muy difícil —interviene Winda —. En Asserat también teníamos uno. Hay mucha gente que no puede invocar agua.

—Además, sacar agua de la nada es muy complicado. No todo el mundo es capaz de hacerlo —apunta Bahari.

—Menos tú —sentencia Yago, burlón, recordando cómo la chica inundó aquel lago completamente seco—. Y tú también —añade mirando a Winda, pero después vuelve a centrarse en Nabil—. A ti te ponía triste pensar en el agua o algo así, ¿no?

—¿Cómo era ese gesto que hacéis con el dedo los de Terra para…?

—¡Alguien se acerca! —interrumpe Winda a su hermano.

El grupo permanece escondido, prestando atención a los sonidos de unas pisadas cada vez más cercanas. Virgo comienza a olfatear el ambiente y, al reconocer el olor, sus facciones se tensan con un gutural sonido de rabia. Nabil aprovecha para echar un rápido vistazo y alza dos dedos para informar del número de enemigos que están cerca del pozo.

—No soporto este calor… —dice una voz femenina.

—No me extraña que el Sif se haya quedado en Vawav —contesta otra masculina.

Por los ruidos que suenan de fondo, Bahari deduce que los dos soldados están intentando llenar unas tinajas con agua fresca. Eso les da una brillante oportunidad para deshacerse de ellos. Como si Nabil le hubiera leído la mente, ambos asienten. Su compañero hace un gesto alzando la mano en horizontal hacia el cielo mientras que con el puño de la otra detiene la ascensión con un golpe tajante sobre la palma. Al ser consciente de que Nabil está proponiendo encargarse de ellos con una invocación del viento, Bahari propone utilizar el poder del agua para deshacerse de los cuerpos: tensa su mano derecha en vertical y con un suave movimiento hacia la izquierda va cerrando el puño para, finalmente, embestirlo rápidamente contra su otra palma.

Si vieran la cara de Yago en ese momento, posiblemente les entraría la risa. Sin embargo, la concentración y premura por acabar con los dos soldados de Vawav hace que, con un asentimiento de cabeza, ella y Nabil salgan de su escondite.

Casi no les da tiempo a llamarles la atención cuando su amigo lanza en volandas a los dos soldados con un rápido movimiento de brazo, lo que provoca un vendaval tan concentrado que sacude el polvo del lugar en cuestión de segundos. Bahari aprovecha el momento para colocarse frente a la abertura del pozo y, con una coreografía con la que parece querer introducir sus brazos en las entrañas de la tierra, invoca una masa uniforme de agua y barro que, en un abrir y cerrar de ojos, se traga a los dos enemigos.

—Eso… ha sido… —interviene Yago, completamente aturdido.

—¡Nabil, cuidado! —grita Winda.

Un agudo y futurista sonido rompe la escena. Bahari reconoce de inmediato el sonido de las armas de Vawav. Teme que los proyectiles los alcancen. Sin embargo, la rapidez con la que Winda hace emerger una pared de barro del propio suelo detiene de inmediato la trayectoria del disparo.

Eso da una oportunidad a Nabil para invocar un pequeño remolino de viento que provoca una concentrada tormenta de arena sobre los

cuatro soldados de Vawav que han aparecido de la nada. Es entonces cuando Winda aprovecha para sacar su arco y comienza a lanzar varias flechas a sus oponentes desde la posición en la que están. Nabil desvanece el torbellino para no levantar más sospechas.

—Impresionante —confiesa Bahari al ver los cuatro cadáveres en el suelo.

—Llevo años practicando con los malditos rekohus. Y, créeme, son más pequeños y escurridizos que estos soldados de Vawav —dice Winda, orgullosa.

La sonrisa de la chica la contagia y ambas se miran con complicidad durante un breve momento que parece durar una eternidad. Bahari rompe el vínculo centrándose de nuevo en los cuatro cuerpos inertes y alza las manos para invocar la tierra, hundiendo los cadáveres en la propia arena sobre la que yacen, como si esta tuviera vida y aquello fuera su alimento.

La risotada que suelta Yago, tan incrédula como afectiva, se acompaña de una palmada que da al aire con un gesto cómico y exagerado.

—Como si no hubiera pasado nada. ¡Olé vuestro coño!

Cuando Winda va a abrir la boca, confundida, para saber qué quiere decir lo que ha dicho el chico, Nabil la interrumpe:

—Mejor no preguntes. Son frases extrañas de Terra.

—¿Qué es «coño»?

—Dios mío… —suspira Yago con un dramático y exagerado gesto —. Tengo *tanto* trabajo por delante con vosotras que no sé si voy a conseguir integraros bien en mi mundo.

—¡No vamos a ir a tu mundo! —espeta Nabil, cabreado.

—No sé qué te hace pensar que tú estabas incluido en la invitación.

—¡No necesito tu permiso para ir!

—Necesitas el de ella —añade Yago señalando a la viajante mientras sonríe malévolo al ver cómo consigue irritar a Nabil.

—¡Ya basta! —interrumpe Bahari—. Habéis tenido todo el viaje hasta aquí para discutir. Ahora os quiero a los dos callados fingiendo que sois amigos, ¿de acuerdo?

—¿Y qué hay de los viejos amigos?

Una nueva voz, con un tono jovial y burlón, interrumpe el momento. Bahari reconocería esa silueta en cualquier parte. No es tan robusto como Nabil, pero comparten la misma altura. Sin embargo, a pesar de la máscara de madera que esconde su rostro, Bahari lo distinguiría por la enorme y única trenza que sale de la cabeza afeitada del chico.

—¿Dada? —pregunta Nabil a la vez que emerge de sus labios una emocionada sonrisa.

El compañero centinela se descubre el rostro para devolverles su característica sonrisa canalla. Nabil no tarda en dar un par de zancadas para abrazarlo y juntar ambos sus frentes en un afectivo gesto fraternal. Bahari se acerca con la misma premura y repite el mismo saludo.

—Me alegra veros —confiesa Dada—. No sabéis cuánto. Pero dejemos los abrazos y las presentaciones para más tarde, amigos. Las calles de esta ciudad han dejado de ser seguras.

—Es de vital importancia que nos reunamos con los Cuatro Sapientes. —La voz de Bahari suena tan alterada como ansiosa—. Venimos desde Asserat y…

—Ya no hay Cuatro Sapientes, Bahari —interrumpe Dada—. Todo lo que está ocurriendo se debe a la traición de uno de ellos.

La confesión deja a la chica completamente helada.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo…? ¿Un traidor?

—Traidora, más bien —aclara Dada—. Docta Zola ha traicionado a Ídedin.

Las múltiples sombras que tiene la duda

Cuando alguien toca fondo en el pozo de mierda, lo que antes le parecía un infierno ahora le resulta nimio e indiferente. Quizás indiferencia no sea la palabra que mejor defina lo que Kai siente hacia el imbécil de su jefe, porque lo sigue odiando. Pero, después de todo lo acontecido, Lucas no le provoca los quebraderos de cabeza de antes. Ni él ni la estúpida de su compañera, que, por supuesto, sigue empeñada en que la industria audiovisual coreana se va a convertir en el nuevo Bollywood. Ella lo bautiza «K-Wood».

—En otra vida tuviste que ser coreano —le suelta Alba, de la nada, mientras se lleva a los labios un té frío de algo que huele a apio—. Si no, ¿por qué va a empezar tu nombre por K?

Podría haberse molestado en explicarle que *Kai* significa «océano», tiene origen hawaiano y que sus padres se lo pusieron en honor a la película con la que tuvieron una de sus primeras citas allá por 1984: la estupenda *Karate Kid*. Pero no. ¿Para qué? Por un lado, Kai se apuesta un riñón a que Alba el único *Karate Kid* que conoce es el que hizo el hijo de Will Smith y no está dispuesto a enzarzarse en otra discusión sobre «por qué el cine de hace veinte años tiene más alma, personalidad y cojones que el de ahora».

Pero, en el fondo, el verdadero motivo por el que no quiere contar la anécdota de sus padres es porque implicaría hablar de ellos. Contar por qué ya no están. Siempre ha sido muy reservado con su vida y en todos los meses que lleva trabajando en ZeeYou nadie le ha

preguntado por sus padres. Ni falta que hace. A pesar de que han pasado más de diez años, a Kai le sigue doliendo haberse quedado huérfano tan joven. Abrir ese baúl mental resulta, ahora mismo, lo más parecido a una caja de Pandora. Sería un efecto dominó que lo llevaría hasta la reciente muerte de Gala Craus y se niega a lidiar con todo el dolor y la rabia a los que todavía no ha hecho frente.

Quizás este sea el motivo por el que necesita estar concentrado en su trabajo de mierda con el imbécil de su jefe y la intensa de su compañera. Porque ese escenario que hace unos meses no soportaba ahora le resulta un bálsamo disfrazado de rutina y normalidad al que poder aferrarse para fingir, durante unas horas al día, que todo va a seguir igual que siempre. Kai sabe que Amber no entiende todo esto porque ella tiene otro carácter y una forma distinta de hacer frente a sus mierdas.

«¿No puedes o no quieres?».

Sabe que las palabras de su amiga no iban con la intención de hacerle daño. Por Dios santo, si se quieren con locura. Pero, por desgracia, algunas personas solo consiguen afrontar su realidad estallando y atacando a quienes más quieren. Es un pacto muy complicado y personal, pero… hay veces que los amigos, los de verdad, se convierten de manera consciente en un maldito saco de boxeo para que la otra persona suelte toda su mierda y pueda respirar.

Kai sabe perfectamente que Amber va a pedirle perdón por lo de esta mañana e intentar llegar al fondo del asunto por otro camino. Por eso está respirando de forma calmada mientras el ascensor va recorriendo las siete plantas del edificio. Sin embargo, cuando el chico introduce la llave y abre la puerta de casa, Amber aparece con el pelo alborotado y el chándal más viejo que tiene en su armario. Sus ojos están tan abiertos y su respiración es tan agitada que Kai no puede evitar ocultar su sorpresa al encontrársela tan alterada.

—Tenemos un problema —anuncia la chica antes de que él pueda abrir la boca—. Bueno, un problema no. Un *problemón*.

Su amiga se lleva las manos a la cabeza, introduciéndolas en el pelo y provocando esa forma tan alocada que luce. Se muerde el labio con un gesto de preocupación que contagia de inmediato a Kai.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras se acerca a ella después de haber dejado el *skate* en el rincón de siempre.

—La estúpida robot del futuro —explica, alargando de una forma bastante forzada sus palabras para intentar aparentar serenidad— ha decidido irse a dar una vuelta y todavía no ha regresado.

Una parte de él respira tranquilo. Por un momento se había pensado que había ocurrido alguna otra desgracia por culpa del maldito Equilibrio o, peor aún, que Noah Peaker los hubiera encontrado.

Kai medita lo que va a decir antes de abrir la boca, soltar algo inapropiado y volver a tener otra discusión con Amber.

—Quizá…

—No, Kai —interrumpe Amber, ahora sin esconder su alteración—. No se ha perdido ni se ha entretenido con algo o alguien. Es un puto ordenador que tiene integrado el Google Maps en su forma de vida, así que sabe perfectamente a dónde tiene que venir. He salido a ver si estaba por el barrio, pero… ¡ni siquiera sé qué aspecto tiene! —grita frustrada mientras empieza a pasearse de un lado a otro del salón. Algo en esta frase hace que su amiga abra mucho los ojos y se lleve las manos a la boca—. Ay, Dios mío. ¿Qué te apuestas a que ha salido con la cara de Dua Lipa y la han secuestrado o algo así?

—Amber, no creo que…

—¡¿En qué momento se me ocurrió la brillante idea de proponerle al maldito androide que adquiriera el aspecto de alguien famoso?!

—¡AMBER!

El grito que suelta Kai va acompañado de un gesto con el que sujeta a su amiga por los hombros, dándole un pequeño zarandeo para que vuelva a la realidad. Como si la chica fuera un juguete roto que, después de menearlo y propinarle un par de golpecitos, recuperara su funcionalidad. Los ojos marrones de Amber se encuentran con los suyos y es entonces cuando Kai puede ver en ellos el miedo y la tristeza que su amiga siente por todo lo acontecido.

—Tenemos que encontrarla —suplica con voz rota.

—Lo haremos.

Durante los primeros treinta minutos, fueron optimistas. Pasada la hora y media han empezado a mentalizarse de que quizá no la encuentren. Después de casi tres horas de búsqueda por los alrededores del barrio, Kai y Amber se dan por vencidos.

El reciente cambio de horario hace que los días sean más largos, pero el sol ya empieza a ocultarse cuando el reloj marca las ocho y media. Amber se sienta en uno de los bancos que se distribuyen a lo largo del parque en el que se encuentran. Están a unos cuantos kilómetros de casa, pero la fascinación de Mila por la vida en Terra los ha llevado a pensar que quizá pudiera haberse perdido en un lugar como ese. Kai, por su parte, se queda de pie, de brazos cruzados, frunciendo el ceño y perdiendo la mirada en el suelo arenoso.

—¿Y si este era el plan?

La pregunta sorprende a Amber.

—¿A qué te refieres? ¿Qué plan?

—¡A todo esto! —dice, alzando las manos a los lados—. Tiene sentido, ¿no? Denis se carga a Gala…

—Kai, no… —interrumpe, negando la cabeza.

—Déjame terminar, por favor —pide, alzando el dedo índice—. Denis *asesina* a Gala. Denis es de Vawav. Su dictador quiere conquistar Ídedin y, ahora que sabe que Terra existe, posiblemente también quiera invadirnos. Denis trabaja para su dictador.

—Kai, en serio. Denis no…

—«Denis no», ¿qué? —estalla el chico—. ¿Qué, Amber? Dímelo, porque te juro que no lo entiendo. Yo sé que tú confías en él y todo lo demás. ¡Y yo lo intento! ¡Intento comprenderte! —Kai se obliga a serenarse durante unos segundos. Después se acuclilla frente a su amiga, quien permanece cabizbaja en el banco—. Te juro que lo estoy intentando, amiga —confiesa en un susurro con voz aguda, presa del dolor y la frustración—. Pero es que no entiendo por qué Denis le ha volado la cabeza a Gala Craus delante de mis *putas narices*… —explica, intentando mantener a raya las lágrimas y la rabia—. Y, de repente, te libera a ti con su robot y un mensaje que, para mí, no tiene ningún

valor ni sentido.

Amber lleva sus manos a las mejillas de Kai, pobladas con esa barba desigual y mal cuidada. Los dedos de su amiga le secan las lágrimas que han empezado a recorrer sus pómulos.

—¿Y si todo es mentira, Amber? ¿Y si ahora está Mila por ahí conquistando el mundo, como en *Terminator*?

La chica no puede evitar soltar una risa cansada, impregnada del dolor y de la tristeza que ambos comparten. Kai absorbe la mucosidad fruto de las lágrimas y se deja contagiar por el humor de lo absurdo.

—Esto nos viene demasiado grande… —confiesa, apoyando su cabeza en las piernas de la chica y dejando que esta le acaricie el alborotado pelo.

Durante unos segundos, los dos amigos se quedan en silencio. Cada uno con sus pensamientos y emociones. Cada uno con sus teorías y esperanzas.

Mentalmente, Kai está agotado. No puede más. Cada vez que intenta afrontar su realidad, siente que un tsunami lo arrastra y zarandea hasta el punto de no saber dónde se encuentra. Lleva demasiados combates consigo mismo y, al final, siempre acaba noqueado por su propio dolor.

—¿Sabes qué necesitamos? —pregunta Amber, de repente, rompiendo el silencio—. Una cerveza.

Kai levanta la cabeza y mira a su amiga con desgana. ¿Cómo se van a tomar una cerveza con todo lo que se les viene encima? Se ve incapaz de ello.

—Deberíamos ir a un bar, sentarnos en la terraza y tomarnos una cerveza —subraya Amber, muy convencida—. Como hacíamos antes.

La seguridad con la que su amiga propone el plan hace que Kai vuelva a soltar una risotada cansada en forma de resoplido.

—O dos —añade Kai, irónico.

—O las que vengan. Hablo en serio, Kai. Creo… —hace una pausa antes de volver a mirarlo con convicción— creo que me vendría bien fingir durante unas horas que todo es normal.

—No sé si quiero emborracharme, Amber. Estando como estoy, me va a dar el pedo melancólico y…

—¡Pues, si te da el pedo melancólico, te da! —interrumpe mientras se pone en pie—. Pero, si eres capaz de ir a ese trabajo que tanto odias y hacer como si nada, seguro que también puedes tomarte algo conmigo fingiendo que somos dos veinteañeros normales cuyos problemas se reducen a pagar el alquiler, lidiar con las redes sociales y convencer al mundo de que ser *millennial* es *puto* complicado porque somos mucho más adultos de lo que el resto del mundo cree.

Amber tiene el don de hacerle sonreír en los momentos más oscuros. Su amiga tiene la extraña habilidad de cabrearle hasta límites de rozar el odio y, a la vez, convertirse en el bálsamo que necesitan sus nervios y preocupaciones. Pero, sin duda, el mayor poder que tiene es el de acabar convenciéndolo de hacer esa clase de locuras que nunca se ve capaz de hacer. Incluso en el estado emocional en el que se encuentra.

Cuando Kai suelta un suspiro, Amber sabe que ha ganado esa batalla.

—Tú y yo, querido amigo, vamos a emborracharnos como lo hacíamos antes de que te convirtieras en un viajante de mundos paralelos.

DECIMOPRIMERA CATÁSTROFE
¿Cómo se lo va a tomar?

En el vaso hay más agua que refresco. La rodaja de limón que añaden para darle un regusto cítrico está flotando en mitad del tubo de cristal, que hace una hora estaba cubierto de hielos. Solo he podido dar un sorbo a la bebida porque no tengo el estómago abierto ni para una mísera Coca-Cola. Vuelvo a mirar el reloj y el tiempo parece no pasar lo suficientemente rápido.

Como no venga en diez minutos, me marcho.

Marc nunca ha sido muy puntual. Esto, para alguien como yo, que parece tener en su interior el mecanismo de un reloj suizo, no suele ser cómodo. Pero hasta hace un año me resultaba encantador, incluso tierno, que, por muy pendiente que estuviera yo de la hora, él siempre se las apañaba para llegar tarde a los sitios. Era su marca personal. Y me daba igual que llegara tarde porque me sentía la mujer más afortunada del mundo al verlo aparecer a través de cualquier gentío captando las miradas por culpa de su atractivo y pensar, orgullosa, que ese era el hombre de mi vida.

Así que cuando esta sensación empezó a enturbiarse debería haber interpretado las señales. Debería haber sido consciente de que, si me empezaban a molestar ciertas cosas de él que antes me resultaban fascinantes, era por algo.

Suelto un suspiro impaciente con una mezcla de nervios y cabreo. Vuelvo a leer el último mensaje que me ha dejado hace más de veinte minutos:

Llego en 5 min!

Cinco minutos en el mundo de Marc, claro. Ni siquiera ahora es capaz de hacer el maldito esfuerzo de llegar puntual. Tonto no es. Sabe de qué vamos a hablar. Sabe, igual que yo, que las cosas no van bien. Sabe que estoy cansada de mirar para otro lado, de hacer como si nada, de fingir que todo va bien y que esto solo es un bache fruto de la rutina de una relación de más de seis años.

O no.

No sé lo que sabe. No sé lo que piensa. No sé qué clase de cosas se le pasan por la cabeza.

Hace un par de meses, después de haber hecho el amor como todos los viernes por la noche, él se quedó medio frito en su lado de la cama después de haberse corrido dentro de mí. Yo fingí el orgasmo porque, en el fondo, me daba pereza tener sexo y quería que aquello acabara cuanto antes. Fue entonces cuando, con los ojos como platos, me di cuenta de que algo iba mal. De que todo en nuestra vida era rutinario. De que el sexo se había convertido en una obligación porque forma parte de la vida en pareja y es necesario practicarlo para la salud de esta. Pero donde antes había abrazos, caricias y juegos preliminares ahora solo había unas embestidas por su parte, un par de gemidos por la mía y varios besos forzados en los que nuestras lenguas parecían haber dejado de estar sincronizadas.

—Marc —dije en alto, sin dejar de mirar al techo.

Él me respondió con un melódico farfullo adormilado que venía a significar «¿Qué quieres? Estoy a punto de sobarme».

—Marc —repetí, esta vez incorporándome a su lado—. ¿Crees…? ¿No sientes que estamos como en una especie de… rutina?

Aquello lo despertó por completo, porque se giró hacia mí y, con esos ojitos de sueño azules que me habían vuelto tan loca, me contestó:

—No… Creo… creo que es normal. La rutina, digo. Llevamos ya más de cinco años. La rutina es buena.

—Es que… No sé —expliqué—. Siento que las cosas no son como antes y…

—Es normal, Laura —me interrumpe con un carraspeo—. Las parejas van evolucionando y se van adaptando a la rutina.

Y, con un tierno beso en los labios acompañado de un «Buenas noches», apagó la luz y se durmió, dando por zanjada la conversación.

Después de eso mi cerebro empezó a funcionar de una forma distinta. Empecé a contemplar esa rutina. A estudiarla como si fuera un animal desconocido para mí. Quería saber si era algo normal y, sobre todo, necesitaba comprender por qué a mí no me gustaba y a él sí.

—Disculpa. —La voz de la chica que me ha servido la bebida me saca de mis pesquisas—. Tenías la reserva a las 21.00 y son casi las diez de la noche… ¿Vas a querer cenar tú?

Vuelvo a mirar el reloj y, al ver que ya han pasado los últimos diez minutos de margen, me dispongo a levantarme de la terraza, pagar la cuenta y largarme a casa de mi hermana. Sin embargo, unas extrañas luces en el cielo me impiden hacerlo. A veces, la contaminación lumínica se refleja en las nubes nocturnas, que adquieren un tono anaranjado, pero lo que estoy viendo no es ninguna nube, porque el cielo está bastante despejado. Resulta más bien un espectro muy sutil de color amarillo que parece ir adquiriendo la forma de una… ¿aurora boreal?

—¡Laura!

Su voz, tan apurada como siempre, me devuelve a la tierra. Marc aparece corriendo por la acera, esquivando a los transeúntes que pasean por las calles nocturnas después de haber cenado. Lleva su bandolera colgada del hombro, así que lo más posible es que se haya retrasado en la salida del trabajo. Es la excusa que siempre pone, claro.

—Perdóname —me dice cuando llega a la mesa, con el aliento fuera de sí—. Te juro… te juro que iba bien de tiempo, pero el metro se ha quedado parado un par de estaciones antes y… y encima el móvil me ha dejado de funcionar…

—No te preocupes —lo interrumpo, alzando la mano y volviendo a sentarme, nerviosa por hacer frente a la conversación que se nos cierne.

—¿Te pido otra o…? —me pregunta al ver mi bebida completamente aguada.

—Habría que pedir algo de cenar. Llevo esperándote un buen rato…

Marc se disculpa de nuevo, deja su bandolera sobre la silla de metal y entra en el bar a pedir lo que quiera que vaya a tomar. Veo que aprovecha para ir al baño, así que yo me centro en volver a mirar al cielo para hacerme la misma pregunta que llevo repitiéndome desde hace dos semanas:

¿Cómo se lo digo? ¿Cómo se lo va a tomar?

Mi futuro exnovio se sienta enfrente de mí. No nos hemos dado ningún beso porque, a pesar de no haber tenido la conversación definitiva, los dos sabemos que esto tiene los minutos contados después de haber sido yo la primera que ha decidido marcharse de casa para «poner en orden mi vida».

Marc me observa en silencio. Se ha pedido una tónica con limón, como suele hacer siempre. Yo me pierdo en su alborotado peinado, sus preciosos ojos claros, que contrastan con su cabello negro, y en esa barba que siempre me ha resultado tan excitante. Intento aferrarme, una vez más, a todos los momentos bonitos que hemos compartido en estos cinco años: aquel viaje al norte de Europa en donde un reno se comió mi gorro favorito, la noche en la que se nos estropeó el coche en pleno invierno y entramos en calor con nuestros cuerpos hasta que llegó la grúa, esa comida con su familia en la que me presentó oficialmente como su pareja…

—¿Qué tal…? —comienza a decir con un carraspeo—. ¿Qué tal por casa de tu hermana? Esta mañana he limpiado el piso, por si te animas a volver o…

¿Por qué? ¿Por qué está dispuesto a seguir con algo que ha dejado de funcionar? ¿Por qué se engaña a sí mismo con la tontería de la rutina? ¿Cómo es posible que alguien que, supuestamente, me ha querido tanto no sea capaz de ver que ya no soy feliz?

Con cada pregunta que me hago, la triste nostalgia se va transformando en una dolorosa frustración con la que dejo de reconocer al Marc del que me enamoré.

—¿De verdad crees que esto tiene arreglo? —pregunto con la mayor delicadeza que la voz me permite.

No contesta. Aunque el silencio es una respuesta que significa mucho más que cualquier palabra.

—Terminemos esto de forma sana, Marc —suplico—. Por lo que fuimos. No puedo estar más agradecida por los años que he compartido contigo. No me puedo sentir más afortunada por la cantidad de cosas bonitas que hemos vivido. —Me tomo unos segundos para recuperarme al notar que mi voz se va quebrando con cada palabra que suelto—. Pero hemos dejado de ser un equipo.

—¿Por qué? —me pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé —confieso mientras siento cómo las primeras lágrimas caen por mi rostro—. No sé si ha sido esa rutina que tú valoras o que simplemente hemos dejado de significar lo que significábamos el uno para el otro.

Marc acerca sus manos hasta las mías y me las aferra con una fuerza suplicante mientras traga saliva con dificultad.

—Tú significas todo para mí.

Eso me hace sonreír con amargura.

—No, mi vida —contesto mientras le acaricio su rugosa piel con los dedos—. Tú quieres que signifique algo que, por desgracia, he dejado de ser. Te aferras a un deseo e ignoras la realidad que tenemos enfrente.

Cuando se separa de mis manos, puedo ver que ahora su rostro se torna orgulloso y algo agresivo.

—Joder, Laura, lo dices como si yo no hubiera hecho nada por solucionar esto —concluye.

—Es que no lo has hecho, Marc —contesto, tajante, pero sin aparcar la empatía que quiero demostrar—. Cuando yo te confesé abiertamente que sentía que la relación no iba bien, miraste hacia otro lado. Cuando he intentado hablar contigo de cosas que me preocupan, como la maternidad, has demostrado indiferencia. Tu posición en esto se ha limitado a hacerme ver el tipo de pareja que buscas y en ningún momento he sentido que te hayas molestado en ver qué es lo que yo quería.

—Pues qué pena que lo veas así —contesta, cada vez más alterado.

—Vale. ¿Qué es lo que quiero? Dímelo. Dime si sabes lo que me pasa. Si me entiendes.

Silencio.

Una vez más, la ausencia de palabra responde por él.

—Seamos adultos, por favor —suplico de nuevo—. Nos hemos querido mucho. No lo hagamos más difícil.

—Si es por lo de no tener hijos, yo… ¡estoy dispuesto a renunciar a ello! —estalla entre lágrimas, sin ocultar su desesperación.

—¡No! —contesto ofendida—. No se trata de sacrificar cosas, Marc. Y menos algo tan importante para ti como es ser padre.

La camarera nos interrumpe con la mayor delicadeza del mundo, depositando un plato de tequeños con salsa barbacoa en el centro de la mesa. Ni siquiera se acuerda de que ese aderezo no me sienta bien al estómago…

—Pero yo te quiero —me dice, una vez se ha marchado la camarera, con una voz tan aguda que me recuerda a la de un niño pequeño triste porque no va a conseguir lo que quiere.

—Quieres que sea la madre de tus hijos —le corrijo—. Pero eso no significa que me quieras.

A pesar de la delicadeza con la que he intentado decirlo, mis palabras lo dejan completamente noqueado. Puedo ver cómo sus ojos se abren, confusos y aturdidos al escuchar una realidad que, por desgracia, llevo sintiendo desde hace meses. Marc no me quiere. Lo que quiere es una pieza que encaje en el puzle de su vida. Y me ha costado horrores darme cuenta.

—No… no sé ni qué responder a eso.

—No tienes que decir nada —suspiro—. No era ninguna pregunta. Como te he dicho, creo que…

No sé cómo continuar la frase porque, de repente, empiezo a ver que el rostro de Marc adquiere un color verdoso. Mi mirada vuelve a viajar al cielo nocturno, donde una impresionante aurora boreal inunda todo el firmamento, haciéndolo brillar con fuerza.

Y, entonces, todo se apaga.

Las luces de las farolas se funden de golpe y la calle pierde ese

tono anaranjado de ciudad para adquirir el verde azulado del cielo. Durante unos segundos, se hace un completo silencio en el que todos miramos hacia el espectáculo que está teniendo lugar encima de nuestras cabezas.

Pero la calma y la belleza se rompen cuando empiezo a escuchar el sonido de frenazos, choques y cristales rompiéndose. No solo las farolas han dejado de funcionar; también los semáforos, las luces de los edificios y los carteles publicitarios.

Alguien a mis espaldas comenta que el móvil se le ha apagado. Al desconocido se le suma otro, frustrado por no poder hacer una foto de la estampa visual nocturna.

Un grito de ayuda ahogado me hace volver a estudiar la calle.

Un señor mayor se desmaya a unos metros de mí, llevándose la mano al pecho por un marcapasos que se ha detenido de golpe. Los suspiros de confusión y asombro comienzan a dar paso a murmullos de inquietud y miedo. No tardan en llegar los gritos cuando nos empezamos a dar cuenta de que todos los aparatos eléctricos han dejado de funcionar.

—¿Qué es lo que crees?

La pregunta me la hace Marc, que sigue sentado, indiferente a todo lo que está pasando a nuestro alrededor.

—Has dicho: «Creo que…» —repite, imitándome—. ¿Qué es lo que crees?

No sé qué responderle. Mi atención se centra en el interior del local porque unas llamas han empezado a salir de la cocina. El ambiente se empieza a impregnar de un hedor a quemado y los gritos de ayuda comienzan a ser cada vez más frecuentes.

—¡Laura! —me grita Marc—. ¡Termina la frase! ¿Qué es lo que crees?

Mi exnovio me agarra por la muñeca, incapaz de querer ver todo lo que está ocurriendo a su alrededor. Voy a preguntarle que si no se da cuenta de lo que está pasando. Que si vive tan en su propio mundo que no percibe que todo a su alrededor se está yendo a la mierda.

Pero entonces lo escucho…

Es un sonido agudo, ventoso y mecánico.

Cuando reconozco el ruido de una turbina de avión aproximándose, lo único que me sale es soltarle la mano y echar a correr. Me uno a las decenas de personas que esprintan por las aceras y la carretera de la ciudad. El gigantesco aparato alado que está cayendo del cielo se aproxima cada vez más a mi posición.

La aurora boreal comienza a atenuarse y la oscuridad, poco a poco, empieza a cegarme. Tanto a mí como al resto de las personas a mi alrededor. Empiezo a escuchar golpes de cuerpos contra los coches que se han detenido, cristales rompiéndose por las embestidas de la gente, gritos de terror que cada vez se van ahogando más por el agudo sonido que hacen las alas del avión al cortar el viento.

Lo último que escucho antes de que el avión se estrelle contra el asfalto y explote en el acto es la voz de Marc gritando mi nombre.

Bailando en el fin del mundo

En principio, solo iban a tomarse unas cervezas. El objetivo, por supuesto, era emborracharse un poco. No mucho; solo lo suficiente para alcanzar ese punto en el que te sueltas tanto mental como físicamente. A ninguno de los dos les ha dado tiempo a verbalizar eso de «La última y nos marchamos» porque, después de los dos dobles de cerveza, se han animado a ir a la terraza de enfrente para comer algo. Con más cerveza, por supuesto. El problema ha llegado cuando el camarero les ha ofrecido tomar una copa y los dos amigos, cómplices, han accedido a pedirse un *gin-tonic*.

Ahora están a punto de entrar en un local cuyo nombre resulta ser muy profético para todo lo que están viviendo.

—El Fin del Mundo —lee Amber en voz alta, con la lengua algo trabada y un gesto de confusión exagerado—. La vida tiene un sentido del humor muy peculiar.

Kai suelta un resoplido entre risas mientras se mete la mano en el bolsillo para mirar la hora en su teléfono móvil.

—¡Si no son ni las nueve de la noche! —exclama—. ¿Por qué está abierto este antro?

—Porque es *juernes*, Kai. ¡JUER-NES! —defiende Amber, alzando las manos como si eso fuera lo más obvio del mundo—. Vamos a bailar.

—¿Qué? —pregunta él entre risas.

—¡Hola, chicos!

El acento latino de un desconocido los interrumpe. El muchacho, que rondará la edad de ambos, luce una camisa remangada con los

tres primeros botones desabrochados para dejar al descubierto un rasurado y fibroso pecho de tez morena que se acentúa aún más con las cadenas doradas que adornan su cuello. Un ajustado pantalón vaquero de color claro marca tanto sus musculadas piernas como el atributo que abulta en la entrepierna. Si bien su altura no supera la de Amber, la actitud del muchacho, tan elegante como atractiva, capta la atención de ambos.

—Veo que están buscando un sitio para pasarla bien. —Sonríe el muchacho. Kai empieza a percibir el exceso de fragancia fresca—. ¿Quieren tomar algo? Los invito a un chupito dentro de El Fin del Mundo.

Aún sorprendido por la rápida aparición del desconocido, Kai alza las cejas e intenta poner su gesto más serio para aparentar un estado más o menos sobrio.

—Tú sabes que eso va a pasar, ¿verdad?

—¿Que van a entrar?

—No. El fin del mundo —confiesa Kai sin tapujos, cruzándose de brazos.

—¡Por eso hay que disfrutar de la noche, amigo! —insiste el relaciones públicas mientras le da un manotazo cómplice en el brazo, como si pretendiera seguirle la broma—. ¿Se animan?

—¡Pues claro que nos animamos, guapetón! —interviene Amber, agarrando a Kai por el otro brazo y acercándose al muchacho—. ¡Nos vamos contigo al fin del mundo!

—Qué lindo ver a una pareja dispuesta a pasar un buen rato.

Kai abre los ojos, escandalizado, y toda la compostura que aparentaba mostrar para disimular su borrachera acaba yéndose al garete.

—¡Ah, no, no! —exclama alzando las manos—. Ella y yo no somos novios.

—Por favor… ¿me ves tú acostándome con este? —comenta Amber, exagerando un gesto burlón de desprecio.

El chico latino suelta una carcajada con la que parece querer presumir de sus blanquecinos dientes. Después se pasa la mano por una nuca degradada donde el pelo corona la parte superior de la

cabeza y se mantiene discreto en los laterales.

—Bueno, en El Fin del Mundo hay sitio para todos. ¡Somos *friendly* con la comunidad LGTB!

—Ya estamos —sentencia Kai poniéndose en jarras—. ¿Por qué resulta tan raro que dos heterosexuales de distinto sexo sean amigos?

—Bueno… hetero según se mire, querido —añade Amber, burlona —. No fui yo la que se despertó una vez en casa ajena desnudo en la cama con…

—¡Eso fue algo excepcional y ni yo mismo sé lo que pasó! Todo por culpa de Yago, por cierto —interrumpe Kai, defendiéndose, para después dirigirse al chico latino—. No soy gay. De momento. A veces pienso que debería.

—Bueno, como digo, acá, en El Fin del Mundo, celebramos la diversidad y…

—Yago es nuestro amigo gay —aclara Amber antes de dejar continuar hablar al muchacho.

Kai no puede evitar poner los ojos en blanco al ver que su amiga intenta mostrarse más cercana con el chico, por el que, evidentemente, siente una atracción.

—¡Pueden invitarlo también a El Fin del Mundo! —exclama el tipo, que sigue muy metido en su papel de relaciones públicas.

—No está en este mundo —suspira Kai.

—Vaya, amigo… Lo siento mucho. Yo…

—¡Oh! No está mue…

—La verdad es que estamos *muy* afectados —interrumpe Amber, aferrándose de nuevo a su brazo con más intensidad antes de que Kai explique que no es que su amigo esté muerto, es que está de viaje en un mundo paralelo—. Por eso necesitamos bailar en El Fin del Mundo y bebernos ese buen par de chupitos a los que nos vas a invitar.

—¡Pues no se hable más! ¡Adelante!

Después de que Juan David, que es así como se ha presentado el joven colombiano, los guíe hasta la barra y les pida dos tragos de Jägermeister, Amber y Kai deciden dejarse llevar por la situación, el ambiente, y danzar al ritmo de una música que no suelen escuchar. El Fin del Mundo resulta ser uno de esos locales en los que, de repente,

suena un *hit* de los años ochenta e inmediatamente después el DJ está pinchando la última tendencia viral de TikTok.

—¡Esta me la sé! —grita Kai mientras alza los brazos con un nuevo tercio de cerveza en la mano—. *¿Tú tienes novias? ¿Muchas novias? Hoy tengo una, mañana otra…*

—Pero ¿desde cuándo te gusta a ti Bad Bunny? —ríe Amber.

—¡No sabía que este era Bad Bunny!

A esas horas tan tempranas, el local está prácticamente vacío y son ellos dos los que aprovechan la pista de baile. Sin embargo, pasada una hora, el sitio comienza a llenarse de gente que ha entrado con el mismo objetivo que ellos: olvidarse de la vida real durante unas horas.

Kai no sabe cómo, pero han acabado juntándose con un grupo de diez personas que están celebrando el treinta cumpleaños de uno de ellos. Mientras Amber habla de forma cada vez más cercana con Juan David (quien parece que ya da por zanjado su trabajo de hoy), él entabla conversación con un par de chicas a las que ha mentido sobre su edad, pero no sobre su trabajo.

—¡Vaya! ¡Tiene que ser genial trabajar en un sitio así!

—La verdad es que es más aburrido de lo que parece, pero… ¡al menos no pago la suscripción!

—Ya me gustaría a mí tener que ir mañana a tu oficina…

Mañana.

La palabra lo atraviesa como una flecha. La sonrisa se le queda congelada y, de repente, su mente empieza a recordar que no habrá un mañana. Que todo esto tiene los días contados. Que es bastante posible que esta sea la última vez que salga de fiesta. Que echa de menos a Yago porque, si él estuviera ahí, ya estaría dando el espectáculo en mitad de la tarima. Que, supuestamente, él es el único que puede evitar que todo colapse. Él es el único que puede restablecer el Equilibrio.

Un empujón lo saca de sus pensamientos y, accidentalmente, derrama la cerveza sobre el pantalón de una de las chicas con las que estaba hablando.

—Perdonad, guapetonas —dice Amber, disculpándose por su intervención y no por las copas que, sin darse cuenta, acaba de tirar—.

Voy a robaros a mi amigo un momento, ¿vale?

A Kai no le da tiempo a mostrar oposición y se deja llevar por la fuerza de la chica hacia la barra. Él todavía está aturdido y siente que la borrachera se le está bajando de golpe.

—Amber… —Su tono de voz es demasiado bajo para hacerse escuchar por encima del volumen de la música—. Creo que…

—Creo que me voy a follar a Juan David —suelta Amber, sin percatarse del estado de su amigo—. ¿Sabes por qué? Porque tienes toda la razón del mundo, Kai. Igual… igual Denis es un cabronazo y Mila está conquistando el mundo como en la peli de *Terminator*.

Kai se lleva una mano a la cabeza, presionando las sienes como si empezara a sentir una fortísima resaca antes de que los efectos del alcohol hayan desaparecido. Si a eso le añadimos la inesperada noticia de su amiga, Kai luce un estado tan aturdido como confuso.

—Pero tú…

—Yo estoy completamente loca por Denis. Sí, ¡lo confieso! Me he enamorado de ti en un mundo paralelo. —Hace un gesto con los dedos al camarero para pedir dos cervezas más—. Pero ¿sabes qué? Que también estoy borracha, cachonda, con falta de cariño y llevo sin echar un polvo desde que lo dejé con Alejandro. Así que voy a dejar que ese hombre con sangre latina de ahí me meta en los baños, me enseñe si eso que abulta tanto en el pantalón es de verdad y, de paso, me rasque un poco el higo.

—¿En los baños? —repite Kai sacudiendo la cabeza, sin comprender bien lo que está diciendo su amiga—. Amber, esto… esto se nos está yendo de las manos. Vámonos a casa, por favor.

Su voz suena agotada. Como si pensar en el mañana le hubiese noqueado por completo y toda esa nube idílica en la que se encontraba hubiera desaparecido de un golpe. Amber parece no haberle escuchado, porque cuando el camarero trae los dos botellines ella deja un billete sobre la barra y, sin esperar el cambio, agarra el suyo y se marcha en dirección a Juan David.

—¡Amber! —grita Kai haciendo acopio de las fuerzas que le quedan.

Ella vuelve a acercarse, tambaleándose por culpa del alcohol.

—Sé que mañana me arrepentiré de todo esto —comienza la chica, pensando que la insistencia de Kai está relacionada con lo que pretende hacer— y te lloraré un rato porque me sentiré un poco guarra, pero tú como mi mejor amigo tienes que decirme que no he hecho nada malo y que el cargo de conciencia que tengo es fruto de esta maldita y conservadora sociedad —explica mientras recoge las monedas que han dejado sobre la barra. Después le da un beso en la mejilla y le habla al oído, confidente—: Te quiero, amigo. Gracias por dejarte liar esta noche. No tardaré mucho porque… ya sabes. El barbecho. —Se aleja de su oído y comienza a gritar, emocionada—: ¡Baila! ¡Baila hasta que llegue el fin del mundo!

Amber vuelve a emprender su viaje hacia Juan David, quien la espera con una mirada lasciva apoyado en una de las columnas que están cerca de los baños. Kai quiere ir detrás de ella para insistirle en volver a casa, pero entonces empieza a sentir una acidez muy desagradable en la boca del estómago. Las náuseas comienzan a invadirle y un fortísimo dolor de cabeza empieza a pincharle las sienes. Un dolor que le recuerda a las veces que intentaba abrir los portales a los otros mundos. Su gesto, en cuestión de segundos, se torna en una expresión de pánico y terror.

—No… no puede…

Kai se tambalea. No se sostiene en pie. La cerveza que acaban de servirle se cae al suelo, estallando el cristal en pedazos.

Aquí no. Por favor.

Todos sus sentidos se empiezan a ver mezclados por una serie de extrañas percepciones que nadie más que él parece ver.

Donde estaban las chicas con las que hace un rato hablaba aparece un espectro de luces de neón que parecen tener forma de coche. Al otro lado, donde el DJ está bailando con la música que pincha, las paredes parecen adquirir un color anaranjado, como las cuevas que visitó en Ídedin.

El aroma a sudor, alcohol y detergente barato se mezcla con el frescor del mar y la sequedad de la tierra. Sus oídos escuchan el sonido de unas aspas que cortan el viento, el rugido de las olas chocándose contra la costa, los sibilantes disparos de flechas y arcos,

el rugido de un animal extinto.

—No, no, no…

Kai se cae al suelo con la vista completamente nublada, aturdido por la situación. Entonces, como si se hubiera sincronizado con ello, la luz del local se va de golpe. Todo parece dejar de funcionar. Los chillidos burlones de la gente sustituyen la música que ha dejado de sonar, pero un murmullo colectivo empieza a tomar forma.

—¡Se me ha apagado el teléfono!

—¿A ti tampoco te funciona?

No. No puede estar pasando. Ahora no, por favor.

Kai permanece en el suelo, de rodillas. Siente cómo varias personas comienzan a chocar contra él en la oscuridad, haciéndolas tropezar y caer también al frío y viscoso pavimento del local.

—¡Kai!

La voz de Amber en la oscuridad lo devuelve a la realidad. El chico hace un esfuerzo por levantarse y lo único que observa son varios mecheros encendidos. Uno de ellos, sobre la mano de su amiga.

—¡Kai! ¿Estás bien?

—Amber… Creo que… el Equilibrio…

—Vámonos de aquí —sentencia ella.

La explosión que escuchan nada más salir de El Fin del Mundo hace que el pánico empiece a cundir por toda la calle. Los pocos transeúntes que hay comienzan a correr asustados ante la incertidumbre de la situación, pero la ausencia de farolas hace que todo sea más peligroso. Los coches que hay por la calle están completamente parados y cualquier aparato eléctrico con el que se crucen se encuentra apagado. Cuando miran al cielo y ven la impresionante aurora boreal verdosa que corona la ciudad, Kai y Amber saben que tienen que salir de ahí cuanto antes.

—¿Qué está pasando? —pregunta él, aún demasiado aturdido para entender lo que está ocurriendo a su alrededor.

—Tenemos que volver a casa, Kai. ¡Tenemos que volver a casa ya!

Lo bueno de conocerse tan bien la ciudad es que no tardan más de dos horas en llegar a pie hasta su barrio. Allí, para su fortuna, la luz parece haber vuelto de forma parcial, pero ninguno de los dos se

atreve a montarse en el ascensor, así que deciden subir los siete pisos por las escaleras.

—Mila tiene que estar detrás de esto seguro…

—No, Amber —interrumpe él, con la voz cansada no solo por el ejercicio, sino también por el persistente dolor de cabeza—. Esto es otra cosa más grande. Es el propio Equilibrio. Yo… no sé cómo explicarlo.

Amber se detiene enfrente de la puerta de casa, pero antes de abrirla se gira hacia él.

—No estás solo, ¿vale? —confiesa, acariciándole de nuevo la mejilla—. No pienso dejar que pases por todo esto tú solo.

Él asiente y deja que su mejor amiga lo reconforte con un cálido abrazo. Un abrazo al que se aferra asustado porque sabe que va a ocurrir algo malo. No sabe explicarlo, pero en su interior la inquietud que siente le demuestra que todo lo que conoce está a punto de cambiar.

Amber se separa de él, introduce la llave en la cerradura de casa y abre la puerta del piso en el que tantas cosas han compartido. Apenas da la chica un par de pasos cuando se queda congelada delante de una silueta que permanece quieta y a oscuras en el salón, iluminada por el resplandor que entra por el ventanal.

—Ya me estaba preguntando dónde os habíais metido.

Kai reconoce la voz de inmediato y, cuando la luz de la estancia descubre la identidad de la persona que se encuentra en su salón, el chico tiene que agarrarse al marco de la puerta para no desmayarse.

—Mi querido Kai… No sabes cuánto me alegra verte de nuevo —dice Gala Craus, con esa cálida y cercana sonrisa que el chico pensaba que jamás volvería a ver.

Asumir lo inasumible

Todo el mundo tiene un límite.

Sif Noah Peaker sabe que la mejor arma para vencer es conocer los miedos y debilidades del oponente para alcanzar el grado de presión en el que reina la vulnerabilidad. Nunca es sencillo dar con ellos. Se requiere de mucha paciencia, perseverancia, intelecto y, por encima de todo, estudio. El hábito de la observación es fundamental para lograr el conocimiento necesario que permita descifrar los secretos de cualquier enemigo o amenaza. Es por este motivo por el que el dictador de Vawav invierte la mayor parte de su tiempo en estudiar cada frase del libro de profecías y proverbios que le proporcionó la Sapiente, contemplar los vídeos en los que sus científicos analizan el comportamiento del pequeño idediano y observar las constantes del viajante.

Cada vez que piensa en ese hipotético Colapso, su mente empieza a trabajar a una velocidad vertiginosa para intentar adelantarse a los acontecimientos y conseguir que Vawav siga siendo el eslabón más fuerte de ese supuesto nuevo mundo. Al echar la vista cien años atrás, se visualiza en ese mismo escritorio con un aspecto y una mentalidad completamente diferentes. Ahora se sorprende al verse inmerso y fascinado con la cultura de un mundo que, hasta hace relativamente poco, solo existía en los cuentos infantiles.

Ídedin.

El ansia por saber es lo más parecido a una droga. Lo que más agradece de la falsa inmortalidad es que no deja de aprender cosas nuevas. Lo sobrexcita ser consciente de que hay todo un mundo con la

misma antigüedad que el suyo dispuesto a ser descubierto y estudiado. Por no hablar de ese «Equilibrio». que resulta ser una tercera realidad paralela en la que parecen impregnarse ambos universos.

Tanto tiempo invertido en leer cosas sobre Vawav, aprendiendo sobre su geología, atmósfera y esencia, para, de repente, darse cuenta de que hay mucho más. Y lo peor de todo es que no le sirve de nada conocer a la perfección su propio mundo para hacer frente a los otros.

Ahí, para su desgracia, Ídedin le lleva ventaja. Porque ellos sí que saben cómo funciona el Equilibrio, conocen desde su origen la existencia de Vawav y han sabido lidiar con el paso del tiempo para que la historia no se convierta en un mito.

El libro contiene tanta información que, a pesar del misticismo, la religión y la palabra escrita en forma de metáfora o acertijo, el Sif es capaz de interpretar un mensaje claro respecto al pasado que compartía junto a Ídedin y del futuro que, supuestamente, los espera:

Un Colapso que purgará los mundos.
Un Colapso que mantendrá la paz.
Un Colapso que equilibrará todo.

Purgar. Mantener. Equilibrar.

Las palabras salen del libro para viajar a través de la habitación en la que se encuentra y, como si fuera una ecuación matemática, el Sif comienza a despejar incógnitas, derivar sinónimos y enlazar nuevos conceptos. Necesita encontrar una respuesta. Necesita dar con la solución.

Una nueva llamada procedente de la prisión de Vawav lo saca de sus pensamientos. Cuando contesta el mensaje, uno de los investigadores que están a cargo de Denis comienza a explicarle la situación de forma agitada.

—Ha habido una brecha en el Equilibrio.

—¿Qué quieres decir?

—Será… —duda unos instantes antes de continuar. Noah interpreta su titubeo como una petición fuera de lo habitual—. Será mejor que venga aquí para verlo con sus propios ojos, Sif.

Pocas veces sus expertos le piden viajar hasta algún lado para mostrarle algo. Mucho menos hasta la prisión de Vawav. Pero el Sif se muestra clemente con sus subordinados y, del mismo modo que él se está enfrentando a un desconocido abismo lleno de incógnitas, es consciente de que ellos están experimentando una situación parecida. Al fin y al cabo, todos forman parte de la misma empresa y el problema de uno se convierte en el de todos.

Lo primero que hace Sif Noah Peaker al entrar en la sala de investigación contigua a la esfera donde se encuentra Denis es, precisamente, comprobar que su más preciada posesión sigue ahí. Una parte de él se había llegado a plantear que, con esa «brecha en el Equilibrio», el viajante había conseguido abrir un portal y escapar. No

tiene sentido por la constante supervisión de las imágenes en directo del prisionero, pero el Sif está abierto a creer cualquier cosa ante las nuevas realidades que vive.

Noah Peaker siente alivio al ver que el chico sigue en la misma posición en la que lo dejó la última vez. El grupo de expertos comienza a explicar que las constantes del viajante han empezado a alterarse y que su actividad cerebral ha mostrado, durante unos instantes, datos inusuales.

—¿Inusuales?

—Interferencias —explica una mujer—. Eso es lo que parecían. Como ondas que se solapan y se mezclan unas con otras, mostrando el contenido de todas ellas en un mismo espectro.

—Las constantes del sujeto se han disparado —añade uno de los médicos—. Su ritmo cardiaco, tensión arterial y temperatura corporal han aumentado de manera sorprendente. Aquí puede ver los gestos de esfuerzo que hace por contener lo que quiera que haya experimentado, pero… los datos que tenemos son claros.

El Sif vuelve a dirigir su mirada hacia Denis. Se acerca hasta el cristal que lo separa de él y observa cómo permanece flotando en el interior de la esfera, respirando tranquilo, casi inerte. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Alguno de los otros viajantes habrá intentado contactar con él? ¿Es posible que haya perdido la oportunidad de abrir un portal?

—Despertadlo —ordena con su característica afonía—. Voy a entrar. Monitorizad con detalle todo lo que ocurra mientras esté ahí dentro.

Como si estuvieran reanimando un cuerpo, todos los músculos de Denis se tensan al recibir una potente descarga que lo saca del trance en el que estaba inducido. El Sif entra en la blanquecina celda esférica y camina hacia su prisionero mientras la pasarela se va construyendo con cada paso que da. Cuando llega hasta él, los ojos azules del chico lo reciben con una mezcla de cansancio y furia.

—Mis compañeros me han informado de unas… interferencias —confiesa el dictador.

—Aquí la cobertura no es muy buena —bromea él con voz

agotada.

—Creo que perdí el sentido del humor en mi ducentésimo cumpleaños.

—Pues… lo que acabas de decir suena a chiste.

El Sif se refugia en ese silencio que tanto impone y que, para su fortuna, sigue resultando efectivo con el viajante. Duda mucho que le tenga miedo, pero Noah Peaker apostaría su conciencia a que el joven está deseando saber las intenciones que tiene ahora con él.

—He estado leyendo mucho ese libro que nos dio la Sapiente idediana —confiesa mientras deja que su mirada viaje por los cables que salen del cuerpo del chico—. ¿Sabes que hay una profecía que vaticina que los mundos colapsarán para volver a ser uno solo?

—Ahora resulta que el gran Sif Noah Peaker cree en cuentos infantiles. —Denis hace el amago de sonreír, intentando aparentar indiferencia, pero lo cierto es que está tan cansado que apenas resulta creíble—. ¿Sigo acaso en un sueño, señor mío?

—Hay una parte que me fascina. Me gustaría compartirla contigo, querido Denis. Sé que eres inteligente y admiro mucho tu intelecto —confiesa el Sif con tranquilidad mientras vuelve a acariciarle la mejilla —. *El Equilibrio se romperá para que todo siga girando. Porque la luz y la oscuridad están destinadas a colapsar.*

Denis no oculta su gesto de desagrado al sentir la mano del dictador sobre su rostro. El Sif sabe que es algo que lo incomoda y que, por tanto, puede ser una buena forma de encontrar ese límite que tanto desea alcanzar.

—Puede parecer sencillo estar en mi posición, pero no lo es. No tienes ni idea de la responsabilidad con la que vivo. No sabes lo que es tener a tu cargo el futuro de toda una civilización. Ya no por las personas que formamos esta era, sino por todas las venideras. La responsabilidad del mañana *recae* sobre un presente que se ha forjado con las decisiones que hemos tomado en el *pasado.* —La voz del Sif empieza a quebrarse poco a poco, como si con cada palabra que soltara la afonía fuera desapareciendo por culpa de la ira—. Hago lo que hago no por mi bien ni por el tuyo, sino por el de Vawav.

Noah Peaker se toma unos segundos para serenarse. No quiere

alterarse. Se obliga a pensar en su objetivo y en lo importante que es mantener el control total de sus emociones. No soporta que la gente lo mire como si fuera un monstruo. ¡No tienen ni idea de todo lo que ha hecho por su mundo! Ver en los ojos de cualquier vawaiano el juicio sobre su forma de gobernar lo cabrea. Y siente que Denis lo está mirando de esa forma.

—¿Sabes cuál es la única pregunta que se repite en mi cabeza una y otra vez, Denis? —continúa, más calmado—. ¿La pregunta que me hostiga en mis sueños y pesadillas? ¿La pregunta con la que me acuesto y me levanto? ¿La pregunta que más me ha *aterrado* en todos mis años de vida?

Vuelve a guardar silencio, dando la oportunidad al chico de contestar, pero este lo sigue mirando con el mismo odio y repulsión, al que ya está más que acostumbrado. Sin embargo, también puede ver en sus ojos la inquietud y, sobre todo, el ansia de saber lo que tenga que decir.

—El Equilibrio. ¿Qué es? Existe. Es un hecho. *Tú* eres fruto de ello —explica con fascinación para después enturbiar su rostro con la decepción—. Yo no. Yo pertenezco a Vawav. No puedo viajar a otros mundos por voluntad propia. No puedo abrir un portal que me lleve a los llamados Ídedin o Terra. Por alguna razón que desconozco, tú tienes unas habilidades y provienes de una *realidad* que, a día de hoy, no puedo descifrar. Aun contando con toda la tecnología de este mundo.

Sus palabras van adquiriendo unos tintes graves y guturales, como si hablar de todo eso significara invocar a un demonio desconocido, hasta ahora, por el viajante.

—Pero, cuando leo ese libro, *ese libro* escrito en un delicado y efímero trozo de papel, me doy cuenta de que tiene las respuestas a unas preguntas que ni yo mismo sabía hacerme. Y entonces habla de *otros como tú* que pueden viajar entre mundos, de cómo era la época de la Unión, en la que todos compartimos el mismo suelo, del inevitable destino que nos depara el *entendimiento*.

»De un Colapso. Un Colapso que unirá el día con la noche, la luz con la oscuridad. Un Colapso que purgará todo y romperá ese

Equilibrio para mantener *la supuesta paz*. Si Ídedin representa un lado y Vawav el otro, entonces Terra no es otra cosa que la simbiosis de ambos. Así que dime, querido Denis —dice el Sif, degustando el nombre del muchacho en su lengua—, cuando todo *colapse*, cuando todo lo que conozcamos sucumba a una nueva realidad y ese Equilibrio al que tú perteneces deje de existir, ¿qué harás? ¿Qué será de ti?

El monólogo del dictador deja aturdido al chico. Ni él mismo se ha planteado qué va a ocurrirle cuando todo ese supuesto Colapso se produzca (*Si es que llega a ocurrir, claro*). Pero hay algo que sí le aterra. Noah Peaker, sin darse cuenta, ha abierto una caja de Pandora que hace que el miedo invada al chico en un abrir y cerrar de ojos.

Por primera vez desde hace semanas, vuelve a experimentar el miedo al imaginarse ese Colapso. Porque si Terra es el Equilibrio… si Terra desaparece… eso implicaría que todo aquel que viva en ese mundo se desvanecerá con él, ¿no?

Amber.

—Puedes ocultarme muchas cosas —añade, desafiante, el Sif—, pero nunca podrás esconderme el miedo que muestran tus ojos.

—Me da igual lo que me hagas —escupe el chico entre dientes, completamente a la defensiva—. Puedes torturarme todo lo que quieras. No vas a conseguir nada de mí.

Sif Noah Peaker vuelve a acariciarle el rostro y él, impulsivamente, lo intenta apartar, sin ocultar sus emociones. Ahí es donde el dictador se da cuenta de que ha tocado el punto que puede ayudarlo a conocer sus miedos. La empatía.

—Todos tenemos un límite. Tu ira es un síntoma que demuestra lo cerca que estoy de ese límite, querido Denis. Yo tengo todo el tiempo del mundo, pero es posible que tú y Vawav carezcáis de él. —El Sif se relame sus finos y pálidos labios con orgullo y triunfo mientras entorna sus ojos de color amarillo en una amenaza final—. Y, como está claro que la tortura física y mental no funcionan contigo, no me dejas otra opción que intentar con otros… estímulos.

—¿A qué te refieres?

Sif Noah Peaker sonríe al ver, de nuevo, el miedo en el rostro de su

prisionero. Ese miedo que demuestra que sabe que ha encontrado algo que le va a hacer daño. Sin mediar más palabras, se da la vuelta y regresa a la sala de control. La pasarela blanca va desapareciendo mientras a sus espaldas Denis grita, furioso y alterado:

—¡¿A qué te refieres?!

Los dos saben la respuesta a esa pregunta. Pero, mientras que uno no se atreve a formularla, el otro está deseando ponerla en práctica.

Aunque no pueda viajar hasta Terra para encontrar a Amber y usarla en su beneficio, el dictador sí que puede dar con otras personas que viven en Vawav y son preciadas para el joven viajante.

Un rumor que no puede ser cierto

La incredulidad se adueña de ella, quedándose tan congelada que ni el calor de Ídedin es capaz de devolverla a la realidad.

Docta Zola… ¿una traidora?

La revelación la ha dejado aturdida. Ni siquiera recuerda el camino que han hecho hasta llegar al escondite de su compañero Dada. Siguen en los Arrabales, una de las zonas menos pudientes de la ciudadela y, en el fondo, el mejor lugar para pasar desapercibido. Centenares de pequeñas casas inundan todo el territorio sin ningún patrón, adaptándose a los distintos huecos que la geografía del lugar permite. Construidas a base de paja y barro, los dos materiales menos costosos de Ídedin, estas casas han resultado ser un refugio perfecto para esconderse de los soldados de Vawav que, según les relata Dada, controlan la ciudad bajo la supervisión de la Sapiente traidora.

—Todo ocurrió muy deprisa —explica Dada mientras sirve un poco de agua caliente sobre los pequeños cuencos de barro con hierbas y flores secas—. Herun ya gobernaba los cielos, pero los Sapientes habían convocado un consejo extraordinario privado. Ya sabéis cómo son estas cosas… Solo unos pocos se quedan haciendo guardia a esas horas.

—Y tú estabas allí —deduce Nabil mientras acerca la infusión a sus labios para soplar un poco el brebaje, tratando de enfriarlo un poco.

—Me temo que sí. Yo… ¡Kira!

El tintineo de unas tazas interrumpe a Dada. El joven centinela da un par de ágiles zancadas hasta la esquina de la chabola y se agacha para agarrar un pequeño animal, que refugia en su pecho.

—Qué miedosa eres. ¡Si a estos ya los conoces! —dice volviendo a acercarse a sus amigos con el pequeño coyote entre sus brazos.

A Bahari siempre le ha hecho mucha gracia el compañero animal de Dada. Se trata de un pequeño coyote que apenas llega al medio metro de altura, con un pelaje largo y duro y unas facciones muy parecidas a las de los zorros que habitan al este de Ídedin. El mamífero siempre ha sido muy asustadizo, pero eso le ha dado una innata habilidad para cavar madrigueras y túneles a toda velocidad. Después de aguantar unos segundos sobre el regazo de Dada, no duda en dar un salto para ocultarse en uno de los agujeros que ha hecho.

—Disculpadla. Ya sabéis cómo es —se excusa el chico con un suspiro—. Como bien has dicho, yo estaba allí.

El rostro de Dada se enturbia durante un momento. Bahari no está acostumbrada a verlo mostrar preocupación y tristeza porque Dada siempre ha sido esa clase de compañero que, por muy complicada que sea la situación, siempre consigue enfrentarse a las adversidades de la vida con una sonrisa.

—Yo estaba en la zona norte del Ubongo, más pegado a la Villa de la Tierra —continúa, intentando aferrarse a su entereza y volviendo a posar la mirada en sus invitados—. Ya sabéis lo calmada que es esa zona y me tocaba hacer guardia con Shanina, así que…

—¡Por el Equilibrio, Dada! Ve al grano. No es momento de relatarnos tus líos íntimos con Shanina —interrumpe Nabil, consciente de que su amigo se iba a entretener en contarles un nuevo episodio de sus conquistas amorosas.

—Pues que sepas, querido amigo, que, gracias a mis «líos íntimos», Shanina y yo nos salvamos del ataque —se defiende el centinela—. Nos ocultamos en una de las clases para estar más tranquilos y… fue entonces cuando escuchamos el primer silbido.

—¿Silbido? —pregunta Bahari, intentando prestar toda la atención al relato de su compañero.

—Los disparos, ¿no? —interviene Winda, compartiendo una mueca con la que parece recordar el infierno que vivió en Asserat—. Así suenan. Son… son silbidos que parecen romper el viento y rasgar el espacio con una blanquecina luz.

Dada afirma con la cabeza, se toca la trenza en un gesto nervioso y suspira de manera profunda. Bahari puede percibir cómo su compañero centinela intenta controlar sus emociones para poder continuar con la parte más dura del relato.

—Al principio creímos que nos había descubierto algún otro centinela, así que nos quedamos callados debajo de una de las mesas pensando… pensando que aquello era un simple juego prohibido. —El dolor y arrepentimiento se empieza a notar en los gestos del chico—. Pero, cuando llegaron los gritos, acompañados de golpes y más silbidos… supimos que algo estaba pasando.

El sonido de una explosión en la lejanía pone a todos en alerta. Dada, por su parte, echa un vistazo tranquilo por la ventana, demostrando su costumbre ante ese tipo de altercados.

—Es habitual escuchar esos estruendos. Están destrozando la ciudadela —explica, intentando volver a serenarse—. O puede tratarse de la contención ante algún levantamiento en el interior de las murallas, no lo sé.

—¿Qué pasó con los Sapientes? —pregunta Bahari, sin ocultar su angustia por conocer el final del relato.

—Cuando salimos del aula, tuvimos la fortuna de encontrarnos con Docto Essam. Estaba… estaba herido. Cubierto de sangre. No sé si era suya.

—¿Se encuentra bien? ¿Sigue con vida? —interviene Nabil.

—Sí, pero está prisionero. Al menos eso es lo último que sé. Lo capturaron momentos después de que nos ayudara a escapar. Lo único que le dio tiempo a decirnos es que Docta Zola era una traidora y que todo Ídedin estaba en peligro.

—¿Y qué pasa con el resto? ¿Qué hay de Chidike y Sena? —Bahari casi suplica la pregunta, mostrando en sus palabras un miedo que percibe su compañero de inmediato.

Dada le dedica una mirada llena de empatía, dolor e incertidumbre para después compartir la noticia que más atormentará a la chica:

—Se rumorea que han muerto.

Bahari se lleva una mano a la boca y otra al pecho, como si el aliento se le hubiera cortado de golpe a la par que una flecha invisible

le atraviesa el corazón.

No. No puede ser.

No puede ser posible que una Sapiente haya acabado con el Maestro del Viento y la Patrona del Fuego. Es cierto que el elemento de Docta Sena está en desventaja ante el de la traidora, pero…

—Que sea un rumor no significa que sea cierto —interviene Yago por primera vez desde que ha llegado.

El chico de Terra posa su mano sobre la espalda de Bahari con una leve caricia reconfortante, pero son demasiadas noticias que procesar y ni siquiera la calidez del tacto de su amigo consigue reanimarla.

—No asumas algo sobre lo que no tienes prueba alguna —susurra a la chica—. Seguro que están bien.

Las palabras de Yago, sin embargo, sí que se convierten en un bálsamo para ella. O, más bien, en una pequeña luz a la que mirar y seguir.

—Vivos o muertos, ninguno de nosotros los ha visto por la ciudadela —añade Dada, intentando sonar lo más práctico posible—. Así que o están prisioneros con Essam, o están muertos, o…

—O bien han conseguido escapar —añade Winda.

—No. Un Sapiente jamás abandonaría la ciudadela. Menos aún en plena guerra —defiende Nabil.

—Esta guerra es distinta a cualquier otra que hayamos luchado —susurra Bahari, aferrándose a la esperanza de que los otros dos Sapientes sigan con vida—. Nosotros hemos visto de lo que son capaces, Nabil.

—Puede ser —interviene Dada—. Pero en cualquier caso… Ídedin es enorme. Pueden haber ido a cualquier parte.

El silencio vuelve a instaurarse en la pequeña casa que les sirve de refugio. Bahari apenas ha bebido la infusión, mientras que Nabil se aferra a la taza con fuerza, intentando controlar la rabia que siente. Sus siguientes palabras las escupe como si fueran dardos venenosos, entre dientes:

—¿Y qué hay de Docta Zola? ¿Sigue aquí?

Dada asiente con cautela. Al igual que Bahari, conoce muy bien a Nabil y sabe que tiene un carácter peligroso cuando se convierte en un

títere de su propia furia. Es capaz de cualquier cosa.

—Hay algo más, amigos —añade, intentando sofocar el foco de rabia que muestra el centinela, pero sin dejar de mostrar su preocupación ante la situación—. Están ocurriendo anomalías que no soy capaz de explicar. Sé que es cosa del Equilibrio, pero… Hace un par de noches, por ejemplo, el cielo de Herun pareció rajarse y mostrar un espectro que ningún idediano había visto antes. Ya sabéis que Shanina es una gran aficionada a las profecías y… bueno, cree que todo el Equilibrio se está rompiendo.

—Y tiene razón.

La voz de Bahari emerge con contundencia y frialdad. Escuchar en boca de su compañero el miedo a ese incierto futuro hace que ella misma abrace su condición de viajante y se sienta responsable de intentar restablecerlo. Así que se arma de valor, intenta invocar el orgullo que siente por ser la única que puede hacer algo y se pone en pie, como una líder dispuesta a motivar y convencer a sus camaradas.

—Tenemos que sacar de ahí a Docto Essam, preguntarle qué ha pasado con los otros dos Sapientes y hacernos con el control de la ciudadela —defiende la chica, marcando con firmeza cada tarea.

—¿Te crees que no lo hemos intentado? ¡Son cientos, Bahari! Y no podemos hacer frente a sus armas. Nosotros…

—Podemos —interrumpe Nabil, poniéndose también en pie, al lado de la viajante—. Ya lo hicimos en Asserat y conseguimos cerrar el portal.

—¿En Asserat? ¿Venís desde Asserat?

—Sí. Al igual que el ejército que ha invadido esta ciudad —interviene Winda, quien no duda en acompañar a su hermano y Bahari mientras se coloca el arco—. Esos soldados arrasaron mi aldea y si pretenden hacer aquí lo mismo… Créeme: hay que detenerlos cuanto antes.

Dada se lleva las manos a la cabeza, poniéndose en pie con una actitud que dista mucho del valor y la convicción que muestran los recién llegados. Se aferra a la gruesa y larga trenza del cabello, tan nervioso como asustado.

—Hemos intentado todo. De verdad —se excusa, casi en una

súplica.

—¿Cuántos somos? ¿Cuántos centinelas quedamos? —interviene Nabil, acercándose a su amigo para intentar calmarlo.

—No lo sé… Quizás una decena. Un poco más. Al menos, que estén dispuestos a luchar.

Nabil y Bahari se miran cómplices, diciéndose sin palabras lo que ambos piensan. Ahora es Yago quien se pone en pie, sacudiéndose las manos del polvo y suspirando con paciencia. Se vuelve a acercar a Bahari, pero esta vez hace partícipe a Nabil del cónclave.

—Quizá sería buena idea intentar contactar de nuevo con Kai.

Las palabras del muchacho intentan ocultar el miedo que siente en forma de propuesta.

—Siempre lo intento con la salida de Herun, pero… no hay nada —confiesa Bahari, quien se arrepiente de inmediato de sus palabras al ver el rostro de preocupación de Yago. Entonces, con el mismo cariño que hace unos minutos él le ha demostrado, Bahari pone ambas manos sobre sus hombros para susurrar—: Pero que no pueda contactar con él no significa que esté en peligro. No asumas algo de lo que no tienes pruebas, ¿recuerdas?

Yago sonríe con tristeza, intentando aferrarse a la misma esperanza que comparte con la chica. Bahari vuelve a impregnarse de la fortaleza, el valor y el sentimiento de responsabilidad que tiene con el Equilibrio. Por ella. Por Virgo. Por sus amigos. Por Ídedin.

Por Docta Sena.

Siente un fuego en su interior tan fuerte que ahora mismo sería capaz de invocar una gigantesca llamarada que prendería todo a su alrededor. Bahari se aferra a la esperanza de que la Sapiente siga con vida y eso hace que sus miedos se desvanezcan como si fueran cenizas.

—Vamos a rescatar a Docto Essam —repite la chica, con insistencia—. Y tomaremos el control de esta ciudad. Porque es nuestra. No de una *miserable* traidora.

La traidora que turbó el agua

Aún quedan unas horas para que Ralio inunde con toda su luz el rojizo ambiente que genera Herun, el astro más pequeño. Son estas las horas perfectas para actuar. Ídedin está refugiado en el sueño y la actividad que hay en la ciudad proviene de sus habitantes más madrugadores, que necesitan comenzar su jornada laboral temprano. Suelen ser los panaderos que hornean las primeras hogazas, los artesanos que aprovechan las horas más frías para recolectar el barro necesario para sus cerámicas o algún centinela que se despierta con antelación para comenzar el día con una buena meditación o quizás un entrenamiento activo.

Bueno, estos últimos ya no…

Las patrullas de Vawav sustituyen la presencia centinela, vigilando las zonas más concurridas del interior, como la Cañada del Viento, la Villa de la Tierra o el propio Ubongo, donde está apresado Docto Essam.

La chica sabe que para llegar hasta las mazmorras y liberar al Sapiente deben atravesar, precisamente, todos esos lugares custodiados. Así que la distracción y el sigilo son las piezas clave de este rápido plan de rescate que han elaborado.

La entrada más cercana a los Arrabales es la Puerta del Agua. Se trata de un enorme arco de piedra adornado con formas caprichosas y detalles cincelados que simulan una cascada bajo la que se accede al interior de la ciudad. Como era de esperar, un control de soldados se asienta debajo de la puerta, inspeccionando con desconfianza a cada transeúnte que pretende cruzar el arco. La única forma que tienen de

colarse es a través del arte del engaño y de la interpretación. Deciden, por tanto, dividirse en dos grupos. Por un lado, Winda se hace pasar por una joven encinta a lomos de Yanna, su leopardo blanca, y Dada simula ser el padre de familia caminando al lado de Virgo. Kira, la tímida y pequeña coyote, se esconde en el zurrón que porta el centinela. Más tarde, Yago y Nabil aparecen vestidos con los uniformes de los difuntos soldados de Vawav mientras Bahari actúa de prisionera con el rostro cubierto.

Yago comparte su inquietud ante el posible escáner que les hagan, pero, como los habitantes de Ídedin desconocen el poder de cualquier tecnología, restan importancia a la preocupación del chico de Terra. Sin embargo, para su tranquilidad, consiguen cruzar la Puerta del Agua sin problema alguno.

—Que sepáis que podrían habernos descubierto con sus aparatos futuristas —confiesa, intentando convencer a los idedianos de que su teoría podría haber sido válida.

En vez de usar los uniformes para entrar directamente al Ubongo, deciden quedarse a poca distancia del lugar para acceder de manera sigilosa a través de los pasadizos internos que sirven como alcantarillado y saneado del edificio.

—Entraremos solo nosotros tres —ordena Nabil, refiriéndose a los centinelas.

—Pero… ¡hermano! —se queja Winda, sin disimular su enfado—. ¡Sabes que soy perfectamente capaz de…!

—Lo sé —interrumpe él mientras acaricia los brazos de la chica con ternura—. Sé que eres capaz de defenderte sola. Por eso necesito que te quedes aquí con Yanna. Para protegerlo a él.

Cuando Nabil hace un gesto con la cabeza hacia Yago y le propina una sonrisa burlona, el chico de Terra no puede evitar ruborizarse. A Bahari la tranquiliza ver que la tensión y tirria que se tienen ambos parece haber desaparecido o, al menos, han limado asperezas.

—He de confesar que me encanta ser la damisela en apuros de esta historia —confiesa Yago mientras se lleva la mano a la frente en otro de sus exagerados gestos dramáticos.

Bahari se acerca hasta él con temple serio.

—Si pasa algo, os marcháis —ordena, para después mirar a Winda —. Los dos. Atravesad la Villa de la Tierra hasta llegar a la Puerta del Fuego y después escondeos en las montañas.

—¿Los montes de Ralio? —pregunta Winda.

Bahari asiente con una sonrisa.

—Para no haber estado nunca aquí, te conoces muy bien el mapa. —Acto seguido vuelve a ensombrecer el gesto, acercándose confidente a la chica—. No dejes que le ocurra nada.

—¡Bueno, ya vale! —añade Yago, indignándose—. No tengo poderes mágicos, ¡pero no soy un trozo de cristal, por Dios!

Bahari sonríe a su amigo de Terra y se funde en un abrazo con él. Sabe que estará bien y también es consciente de que el chico, a pesar de no poder controlar los cuatro elementos, se las arreglaría bien para defenderse. Sin embargo, sabe la conexión que tiene con Kai y, en parte, ella se ha impregnado de ese sentimiento de protección y responsabilidad hacia su vida. Bahari se siente culpable por haber arrastrado a Yago en esta odisea y, si le ocurriera algo, jamás se lo perdonaría.

Una de las cosas buenas que tiene haber estado en el Ubongo durante tanto tiempo es que los tres centinelas se conocen como la palma de su mano los distintos pasadizos y recovecos que tiene el lugar. Además, a Bahari la tranquiliza mucho saber que Virgo la acompaña en esta expedición, porque, en cierto modo, le provoca un poco de nostalgia recordar cómo se escabullían de algunas clases en su etapa adolescente más pícara.

—Tan sigiloso como cuando te llevaba al corral privado, ¿de acuerdo? —susurra al animal mientras se funde en un cariñoso abrazo.

Bahari agradece cada día de su vida poder contar con la compañía de Virgo. Un pedacito de su alma está ligada a la del felino gigante, que no solo ha crecido con ella, sino que también han compartido confidencias y se han hecho compañía cuando más solos se han quedado. Si algo le ocurriera a Virgo, una parte de ella moriría con él.

Por eso, todo lo que está ocurriendo hace que el miedo en Bahari vaya creciendo. Porque sabe que, pase lo que pase, su querido Virgo no deja de ser un animal que la seguirá adonde quiera que ella vaya.

Antes de pasar por las mazmorras, los tres centinelas necesitan hacer una parada en los almacenes para hacerse con las hierbas que, al mezclarlas con agua y fuego, provocan un vapor que deja somnoliento a cualquiera que lo respire durante unas horas.

—Menos mal que alguien prestaba atención en Alquimia —bromea Dada mientras se cubre el rostro con una tela para evitar inhalar los gases y resguarda a Kira de nuevo en su zurrón.

Son Nabil y él quienes prenden en sus manos el manojo de hierbas para que, inmediatamente después, Bahari lo apague con una masa de agua que se evapora en cuestión de segundos. Su mejor amigo, experto manipulador del viento, va guiando la nube por los distintos pasillos hasta que llegan a las mazmorras y deja que esta se expanda por el lugar, aturdiendo de inmediato a todos los soldados presentes.

—Dulces sueños —sentencia Dada con el sentido del humor que Bahari tanto recordaba.

Nabil dispersa el vapor somnífero con una nueva coreografía de manos, limpiando toda la estancia y permitiendo que los tres centinelas se quiten las telas que cubren su rostro. Bahari suelta un sutil silbido para hacer saber a Virgo de la ausencia de peligro, mientras que el coyote de Dada asoma curioso por la bolsa que lo transporta.

—Como he dicho, ellos tendrán armas que no comprendemos —dice Nabil, orgulloso, mientras aparece el felino—, pero nosotros también tenemos cosas que desconocen.

—¿Has visto, pequeña? —comenta Dada a su compañera animal acariciándole la cabeza—. ¡No has tenido que atacar a nadie! De momento.

—Impresionante.

La rugosa y potente voz de Docto Essam hace que los tres compañeros se centren en una de las celdas. Los tres amigos se sorprenden al verlo en pie, puesto que, según su plan, el hombre también debería haber caído rendido ante el sueño de los vapores.

Quizás ha aguantado la respiración, reflexiona Bahari. En cualquier caso, el Sapiente se descubre sereno detrás de los barrotes, aunque su aspecto luce muy diferente al que los centinelas están acostumbrados.

El Cacique de la Tierra luce su torso desnudo; únicamente un pantalón de lino maltrecho viste sus piernas. Bahari no se sorprende al ver la definida e hinchada musculatura del Sapiente, puesto que una de las características que tiene su elemento es el de la fuerza. Aun así, impacta verlo con el rostro amoratado, heridas en el costado, sangre seca en los brazos y cubierto de una suciedad que podría ser el hollín de cualquier chimenea.

—Docto… —saludan los tres jóvenes con una reverencia—. Que el Equilibrio te guarde.

—Y su promedio os acompañe —sentencia él con una nueva reverencia—. No sabéis el orgullo que siento en estos momentos al veros aquí a los tres. En especial a ti, Bahari.

A la chica le sorprende mucho ver cómo la voz del Sapiente más rudo de todos se quiebra con emoción al verlos allí con él, a punto de rescatarlo.

—Hemos venido a sacarte de aquí —se adelanta ella, aferrándose a los barrotes—. Nabil y yo estuvimos en Asserat y… —La culpa y vergüenza comienzan a dominarla—. Perdóname, Docto. Siento no haber estado aquí para…

—No, Bahari —interrumpe él—. El Equilibrio es sabio. Por eso te eligió. ¿No te das cuenta? Él fue quien te guio hasta el portal. El Equilibrio quiso que estuvierais allí para cerrarlo.

—¡Pero llegamos demasiado tarde!

—El tiempo es una percepción que lastra nuestro intelecto y más aún nuestras emociones. Todo ocurre por algo, querida Bahari. Y doy gracias porque el Equilibrio te haya mantenido alejada de aquí cuando *Zola* nos traicionó.

La rabia suena dominante y poderosa en la voz de Essam cuando pronuncia el nombre de la Sapiente. No oculta turbación en su gesto.

—No nos entretengamos más —interrumpe Nabil—. Vamos a sacarte de aquí.

—No.

La negativa del Sapiente suena tan rotunda como desgarradora.

—¿Por qué? —pregunta Bahari—. Hemos… hemos conseguido llegar hasta aquí sin problemas. Saldremos de la ciudad y…

—Podría haberme liberado de estos barrotes desde el momento en el que me encerraron aquí, queridos amigos. —Sonríe Docto Essam con tristeza, pero con un atisbo de orgullo—. Y Zola lo sabe, por supuesto. Pero los mediocres vawaianos se sentían más cómodos con mi reclusión.

—¿Entonces? No… no entiendo.

—No puede abandonar la ciudadela —deduce Nabil.

Docto Essam asiente con tranquilidad para después llevar sus manos hasta los barrotes que los separan. Su rostro está a tan solo unos pocos centímetros del de Bahari.

—Si yo me marcho, la ciudadela se quedará sin ningún Sapiente. Y si Zola aún no ha intentado matarme es porque pretende que le diga a dónde han huido Chidike y Sena.

Un destello inunda el pecho de Bahari. Sus ojos se abren como órbitas al escuchar las palabras de Docto Essam y su sonrisa se ensancha, emocionada.

—Están vivos —afirma en alto la chica, casi en un susurro lleno de emoción y agradecimiento.

—De momento —confiesa el Sapiente—. Chidike fue herido de gravedad. Por eso Sena no tuvo más remedio que huir con él hasta…

Docto Essam se detiene de golpe y estudia las miradas de los tres centinelas, como si quisiera asegurarse de que puede confiar en ellos al revelarles el deseado paradero de sus iguales. Finalmente, pone su mano sobre la de Bahari, confiándole el secreto directamente a ella.

—Hasta Zabrath. Es allí donde tenéis que ir.

—¡Zabrath! —repite ella.

Una de las ciudades que están más al norte de Ídedin. Si Asserat es una fortificación natural de piedra y montañas, Zabrath es un océano de arena fina, lleno de inmensas dunas que parecen ondearse como un mar bravío por culpa de las tormentas secas que lo azotan. La cantidad de historias acerca de los extraños seres que rondan el norte del mundo son conocidas por todos los idedianos, porque para ellos

suponen auténticos cuentos de terror.

—Vosotros sois la Orden del Equilibrio. Seguís siéndolo, a pesar de todo lo ocurrido.

Docto Essam abraza el pesar que dibuja su rostro y, con tiento y premura, relata de forma breve lo que ocurrió con Kai, la doctora Gala Craus y el viajante de Vawav.

—¿Denis? Un… ¿Un traidor? —pregunta la muchacha, aturdida.

—Yo no lo he bautizado como tal, querida Bahari. Solo he dicho que acabó con la vida de la guardiana.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso es solo una pregunta que puede responder el Equilibrio. Y tú, querida Bahari, eres el Equilibrio —sentencia Docto Essam, haciendo una nueva reverencia con la que Dada se da cuenta de la verdadera naturaleza de la chica.

—Bahari… —susurra su compañero, sorprendido, sin poder evitar que sus labios se abran.

Nabil le hace un gesto para que guarde silencio, pues el momento entre el Sapiente y la viajante merece respeto e intimidad.

—Por eso… ¿por eso no puedo contactar con Kai?

—El viajante de Terra desapareció antes de que se desatara el caos. Dónde está es una cuestión para la que no tengo respuesta.

La cantidad de preguntas que tiene la muchacha en su cabeza comienza a saturarla. ¿Estará bien? ¿Seguirá en Ídedin? ¿Seguirá… con vida?

Sí, por supuesto. Lo sabe. Sabe que tanto Kai como Denis siguen respirando. Lo siente en su interior, pero ¿por qué no consigue contactar con ninguno de los dos? Es posible que su gemelo de Terra haya entrado en un estado mental de bloqueo por culpa del trauma que le ha podido dejar la escena.

—Id a Zabrath, rescatad a los Sapientes y regresad a mi lado para derrotar a Zola —pide Docto Essam—. Yo seguiré aguantando. Por Ídedin y el Equilibrio. Pero es importante que os deis prisa o de lo contrario no podremos evitar el Colapso.

—Así que… es cierto. Puede ocurrir —deduce la chica, sin ocultar su miedo.

Docto Essam asiente. Después se dirige a Dada y Nabil, que permanecen detrás de Bahari:

—No solo sois centinelas. Sois guardianes de la Orden del Equilibrio. Protegedlo con vuestra vida si es necesario. Y, sobre todo, protegedla a ella hasta que se restablezca.

Los dos chicos se yerguen, orgullosos, mostrando un saludo que mezcla lo militar con lo religioso. Cuando Docto Essam lo repite, vuelve a centrarse en Bahari.

—Ahora salid de aquí —ordena Essam—. Antes de que Zola os encuentre.

Bahari asiente, dejándose contagiar por el valor y la responsabilidad que tiene con el Equilibrio, y se da media vuelta para volver con sus dos amigos y con Virgo por donde han entrado.

—Una cosa más —los detiene el Sapiente—. Tened mucho cuidado. Su poder se ha enturbiado con la práctica de una energía *muy* oscura.

El último recuerdo de Gala Craus

El aire ha dejado de existir para Kai.

El tiempo pasa a otra imperceptible dimensión y siente que todo se detiene.

El espacio que tiene delante, ese piso en el que tantos recuerdos ha construido, comienza a oscurecerse como si fuera un teatro cuyos focos solo iluminan a la figura que se alza sobre el escenario.

Gala Craus.

No… puede… ser…

Quiere verbalizar lo imposible que le resulta verla ahí, de pie. Quiere decir en alto que está muerta, que él mismo vio cómo un disparo le perforó la cabeza.

Gala Craus se encuentra a tan solo unos metros de él, con el rostro tan inmaculado que, de no ser por la reacción de Amber, pensaría que está alucinando.

—No sabes cuánto me alegra verte de nuevo.

Lo confiesa con esa sonrisa que tanto ha caracterizado siempre a la doctora. Un semblante que transmite paz, armonía, espiritualidad y saber. Como si al mirarlo estuviera confirmándole que ella tiene que estar ahí, en ese preciso momento, porque así lo ha querido el Equilibrio.

—¡Serás sinvergüenza!

El grito de furia de Amber hace que Kai vuelva a ser consciente de la realidad que lo rodea. Su amiga se ha adelantado y se acerca a pasos acelerados y gigantescos hasta Gala con su dedo índice en alto en actitud acusadora y agresiva.

—¡Ni se te ocurra lucir ese aspecto, Mila! —ordena su amiga.

—Ella no es Mila.

Una longeva voz femenina surge desde la penumbra. El chico reconoce la identidad de la mujer con tan solo oírla hablar. Camila Salazar, la regenta del Priorato del Equilibrio, aparece de entre las sombras luciendo un atuendo que dista mucho del aspecto habitual. La elegante blusa blanca y chaqueta negra con las que la conoció en aquel clandestino lugar bajo una iglesia han sido sustituidas por una cazadora caqui, unos pantalones de tela oscura y unas botas negras. Su semblante, contundente y firme, no ha cambiado un ápice. Sin embargo, la calidez y emoción que mostraba cuando conoció a Kai se ve ahora turbada por la preocupación.

—No es Mila —repite marcando la negativa, esta vez mirando con afecto al chico—. Al menos desde hace unas cuantas horas ha dejado de serlo.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Amber con un tartamudeo que evidencia su confusión.

Los ojos de Gala Craus no se apartan de los de Kai, quien permanece quieto, congelado, casi inerte en un estado de *shock* en el que parece haber dejado de tener el control sobre su propio cuerpo.

—No tenemos tiempo para…

—No —interrumpe Gala a la regenta con delicadeza—. Merecen una explicación, querida Camila. Lo necesitan. Sobre todo él.

La doctora pone su mano sobre el hombro de la mujer, manteniendo la leve sonrisa que emana por la comisura de sus labios. Cuando Camila Salazar lo aprueba en un gesto, Gala invita a ambos a tomar asiento en el sofá donde hace unos meses ella misma mantuvo la conversación que cambió la vida de los tres compañeros de piso. La estampa podría parecer similar a la de entonces, pero con la ausencia de uno de ellos y unas circunstancias que no tienen ningún punto de comparación con las de entonces.

—Sé que esto es difícil de creer —comienza una vez que los dos se han acomodado en el sofá—. Sé que me viste morir y, si Denis siguió mis instrucciones, no fue una escena agradable de presenciar.

—Yo… —consigue decir el chico con un tembleque en la voz,

como si la temperatura hubiera bajado varios grados y el frío le impidiera hablar con normalidad—. Te disparó… en…

—En la cabeza —termina Amber por su amigo mientras le aferra con cariño la mano, que aún luce inerte sobre sus rodillas—. Denis te pegó un tiro en la puta cabeza. Así que perdónanos, pero estamos *impactados* de verte aquí. Como si no hubiera pasado nada.

—No ibas mal encaminada al confundirme con Mila —continúa Gala—. Porque, efectivamente, este cuerpo sintético que ahora controlo era antes del androide de Denis. Pero no soy Mila. Ella… ella ya no está. Mi conciencia ha ocupado su lugar.

La confesión de la doctora hace que Amber abra mucho los ojos, como si en su cabeza varios conceptos hubiesen conectado y dado forma a una maraña de teorías que antes no tenían sentido para ella.

—El traspaso de conciencia… —susurra Amber, pensando en alto —. Ese… ¿ese era el plan?

Gala Craus asiente mientras vuelve a fijar su atención en Kai.

—Desde que nos separamos en Vawav, supe… supe que mis días estaban contados —continúa mientras la sonrisa de la mujer se va tintando con pinceladas de tristeza—. Sif Noah Peaker no iba a dejarme con vida. Como hace con todo, me usaría hasta que dejara de resultarle útil y después acabaría conmigo. Así que no me quedó más remedio que tomar una decisión y confiar en que Denis se involucrara en un complicado plan.

—Ayúdame —suplicó el chico en un susurro—. Ayúdame a controlar esto. Ayúdame a sacar a Amber de aquí.

En aquel cubículo contiguo a la celda donde estaba la chica de la que se había enamorado, Denis se derrumbó delante de la doctora Gala Craus sin refugiarse detrás de esa coraza con la que evitaba mostrar vulnerabilidad. La mujer, aún dolida y cansada por ver el estado en el que se encontraba Bérbedel, acomodó la mano sobre la rodilla del viajante de Vawav en un cercano intento por tranquilizarlo.

Era la hora de tomar la decisión más importante de todas. Ella

creía en el poder del Equilibrio y supo que si todas sus acciones la habían llevado hasta aquel momento era, precisamente, porque debía hacer un sacrificio para ayudar a Kai y también darle un poco de ventaja. Aunque aquello implicara obligar al chico a enfrentarse a su mayor miedo.

—Haremos algo más que eso —sentenció la doctora mientras se llevaba la mano al *pen drive* que permanecía camuflado en un colgante —. Podemos devolver a Amber a Terra, pero antes tenemos que devolverle el golpe a Noah.

—¿Eso es…?

—Sí, es una memoria USB portátil —explicó la mujer—. En Terra son todavía muy habituales.

—¿Y qué quieres que hagamos con esto? —preguntó Denis, tan confundido como intrigado.

Gala Craus lanzó un profundo suspiro, porque era consciente de que la respuesta no le iba a gustar al chico.

—Quiero que copies mi conciencia y la guardes aquí.

—¿Por qué? Eso… —la confusión de Denis era evidente— eso es muy peligroso. Si cae en manos del Sif…

—Precisamente —interrumpió ella— te pido esto para proteger todo lo que conozco sobre Noah Peaker y el Equilibrio. Ambos sabemos que tengo las horas contadas y que, si aún no me ha matado, es porque me necesita para enseñarte a abrir portales y perfeccionar tus habilidades como viajante. Lo está intentando por la vía orgánica porque es más rápido, pero el tiempo corre en su contra, Denis. No va a tardar en extirparme él mismo todo lo que tengo aquí —explicó mientras se señalaba la sien— para usarlo a su antojo.

—Entonces da igual que copiemos tu conciencia en este cacharro —insistió Denis incorporándose de golpe—. Mientras estemos aquí encerrados estamos a su merced y de poco sirve proteger tus recuerdos si tú…

El chico no fue capaz de terminar la frase. Cuando se giró hacia la doctora, fue esta quien respondió por él:

—Si yo sigo con vida —sentenció.

—No.

—Denis…

—¡No! —repitió él, sin ocultar su enfado—. Ya he traicionado a Amber para proteger al maldito Priorato del Equilibrio. No pienso permitir que te suicides.

—Es que no me voy a suicidar, Denis —insistió ella mientras se incorporaba de nuevo, acercándose con tranquilidad el chico—. Solo voy a cambiarme de recipiente. Igual que tu dictador.

—¿Y dónde pretendes…?

La respuesta llegó a su mente a la misma velocidad con la que su corazón miró al androide que seguía trabajando a unos cuantos metros de ellos.

—Vaya.

—Como ves… no soy la única que va a tener que hacer sacrificios —añadió Gala, consciente de que aquella decisión iba a ser la que más le costaría al chico.

Denis no supo qué decir. En su mente parecieron fraguarse miles de escenarios posibles en los que buscar una alternativa, aferrándose a la posibilidad de tomar otro camino. Gala volvió a ponerle las manos sobre los hombros, intentando sonar tranquila, pero contundente:

—Vamos a abrir ese portal hasta Ídedin. Vas a darle al Sif lo que quiere. Él me llevará con vosotros porque me querrá utilizar como moneda de cambio, chantaje o, quién sabe, cualquier cosa que demuestre el poder que tiene. Esa será mi oportunidad para darte una excusa y…

—No, no, no —interrumpió el chico, alejándose de ella con los brazos en alto—. No me puedes pedir esto, Gala.

—¡Te lo pido porque no tenemos otra opción, Denis! —insistió, desesperada—. Tendrás que ser tú quien me dispare en la cabeza. Tendrás que ser tú quien se asegure de que mi órgano cerebral quede inutilizable. Y tendrás que ser tú quien, después de esto, meta mi conciencia en el sistema de Mila y nos envíe a Terra.

El chico empezó a sentirse realmente mal. Las náuseas lo invadieron con un mareo que le nubló la vista en pocos segundos. Todo aquello lo superaba. Necesitó apoyarse en la mesa de trabajo para no precipitarse al suelo. Gala Craus se acercó de nuevo a él,

intentando mostrarse lo más cercana y calmada posible.

—La tecnología del traspaso de conciencia no es perfecta —defendía el chico con la voz medio rota—. Y menos aún en un androide. El Sif utiliza cuerpos orgánicos precisamente por eso.

—Sé que en Vawav las creencias tiene forma de números y signos matemáticos, pero… para mí, querido Denis, no es una coincidencia que el único recipiente accesible ahora mismo sea un androide al que has dotado de una inteligencia emocional desarrollada.

—¡Por favor! —intervino el chico—. ¡Es una máquina! ¡No…!

—Siente. Y yo sentiré también cuando esté ahí dentro. —Gala Craus tomó con delicadeza el mentón del muchacho, obligándolo a encontrarse con sus ojos—. Creo en ti, Denis. El Equilibrio lo hace. Y veo en ti lo mismo que en Kai y en Bahari. Esperanza. Futuro.

El suspiro que soltó Denis estaba cargado de frustración y miedo, como si estuviera a punto de lanzarse por un profundo abismo del que no veía el fondo.

—Sabrá que estamos juntos en esto —confesó, refiriéndose al Sif—. Puede que me funcione durante un rato la excusa de protegerlo de ti, pero…

—Pero acabará atando cabos. Lo sé. Por eso tendrás que ser lo más rápido posible. —Gala agarró la mano del chico, depositando en su palma el colgante con el *pen drive*—. Ella lo entenderá —sentenció, refiriéndose a Amber.

—¿Tú crees? —preguntó él con visible ironía.

—Claro que sí. El amor es capaz de hacerte comprender cosas que las palabras no pueden explicar.

—Ahora mismo me odia.

—No, querido Denis —le contestó Gala con una tierna sonrisa—. Se odia a sí misma por haberse enamorado de ti.

Denis cerró la mano, asumiendo la carga y el pacto que le pedía Gala Craus. Acto seguido se llevó el puño al pecho en un gesto inconsciente de protección. Cerró los ojos con crudeza y, al abrirlos, su mirada mostraba ese semblante serio y decidido que tanto lo caracteriza.

—¿Cuándo quieres empezar?

El relato deja boquiabiertos a Kai y a Amber, que se mantienen aferrados al sofá.

—No recuerdo nada más. Mi memoria llega hasta el momento en el que Denis copió mi conciencia en ese *pen drive*, así que no sé el dolor que pudo sentir mi cuerpo cuando me disparó o si aconteció algo más en ese lapso de tiempo antes de mi muerte.

—¿Y por eso has tardado tanto en aparecer? ¿Por tener la conciencia en un androide? —pregunta Amber, quien parece haber aceptado la historia de la mujer.

—Puede ser. O también puede ser que el viaje entre los dos mundos afectara a los sistemas electrónicos de Mila. El caso es que… de repente, me desperté en mi despacho. Y me di cuenta de todo el trabajo que aún tenemos por delante. Lo primero que he hecho ha sido acudir al Priorato para encontrarme con nuestra gente y ahora…

Camila Salazar da un paso al frente, interrumpiendo la conversación y zanjándola con una palmada.

—Ahora hay que salir de aquí —sentencia la mujer—. Esta ciudad ha dejado de ser un lugar seguro para vosotros. En especial para ti, Kai. Así que haced una mochila con varias mudas de ropa.

—¿A dónde vamos? —pregunta Amber.

—A las montañas. El Priorato tiene allí un refugio. Jamás nos habíamos imaginado una situación así, pero… será un lugar en el que estemos a salvo y nos podamos preparar para lo que está por venir. ¿Kai?

El chico aún se encuentra aturdido, confundido. Su mirada no deja de viajar del suelo a Gala y viceversa. Como si quisiera creerse que la doctora está ahí de verdad. Ella, al percatarse de su estado, se acuclilla a su lado y pone las manos sobre las suyas. El chico, de forma inconsciente, se aparta en un acto reflejo, pero la doctora vuelve a insistir con más tiento y, al entrar sus pieles en contacto, lo acaricia con ternura.

—Nunca has estado solo, Kai —susurra ella—. Ni lo vas a estar. Somos muchas las personas que estamos aquí para ayudarte.

El chico asiente en un gesto con el que intenta esconder sus lágrimas, pero finalmente se derrumba cuando se aferra al cuerpo de Gala Craus en un abrazo con el que suelta sus miedos y esperanzas. La mujer se lo devuelve con el mismo cariño que una madre da a un hijo al que ama y consuela.

Porque, a pesar de que el cuerpo de Gala Craus sea sintético y su corazón sea una máquina que bombea datos, su conciencia no solo sabe lo que es el amor. También lo siente y lo muestra como nunca antes lo había manifestado.

Nadie es capaz de prever

Apenas son las diez de la mañana y la sala de prensa está más vacía de lo habitual. Al menos así lo muestran las cámaras. Es lógico teniendo en cuenta que más de la mitad del centro de la ciudad está aislado por culpa de los estragos que ha dejado la tormenta solar de anoche. Leo Pacheco agradece, una vez más, vivir en una zona alejada del bullicio, cercana a las montañas de la provincia. Siempre le ha gustado la tranquilidad que emanan los verdosos bosques de pino que cubren los faldones de la sierra, además de que es un sitio idóneo para tener una completa estación meteorológica. Desde su casa no solo tiene los instrumentos de medición básicos para el viento o la lluvia; también se gastó una importante cantidad de dinero en construir una pequeña antena parabólica de dos metros con la que puede conectarse a los distintos satélites para sus labores de climatólogo.

Ahora mismo, la mayor parte de las conexiones están fritas por culpa de la catástrofe, pero la cantidad de satélites que orbitan alrededor de la Tierra hace que sea muy difícil perder el contacto con el resto del mundo. Al fin y al cabo, la tormenta se ha concentrado solo en una pequeña parte de la ciudad.

Una anomalía más en este puzle sin sentido.

—Buenos días. Gracias a todos los presentes por venir.

La figura del presidente aparece en pantalla. Sigue luciendo su traje hecho a medida y un aspecto impoluto: bien peinado, afeitado y con una imponente pechera para que quede constancia de que cuida su cuerpo. Sus gestos, por el contrario, están más tensos (o forzados, según se mire) de lo habitual.

—Al igual que todos ustedes —explica el presidente dirigiéndose a los periodistas presentes en la sala—, esta situación desata miles de incógnitas a las que queremos dar respuesta y solo el tiempo nos permitirá hacerlo. Por lo tanto, únicamente leeré esta declaración.

Leo Pacheco suelta una risotada irónica.

—Por supuesto —farfulla el meteorólogo en alto—. ¿Cómo vas a ser capaz de responder a algo si ni siquiera te haces las preguntas adecuadas?

Gracias a las distintas cámaras públicas que graban el encuentro y a la tecnología *streaming*, Pacheco no solo puede ver desde el sofá de su casa la declaración del presidente, sino también acceder a la sala de conferencias como un periodista más y observar todo lo que diga antes y después de su discurso.

A pocos minutos de dirigirse a la ciudadanía, Leo se acomoda con una buena taza de café en el sofá en compañía de sus dos gatos, que, por supuesto, permanecen dormidos, ajenos al caos que está viviendo el ser humano. Los acaricia con ternura y desea, durante unos instantes, convertirse en uno de ellos para limitarse a dormir, pasear y cazar cualquier bicho que se le antoje. Lleva toda la noche en vela leyendo testimonios, cotejando e interpretando los datos que recibe desde su satélite y, por supuesto, armando sus propias hipótesis, que de momento no piensa compartir por sus redes sociales.

—¿Ya ha empezado? —La voz de su novia interrumpe el momento.

—No, pero ya ha avisado de que va a ser una rueda de prensa sin preguntas.

Patty se acomoda a su lado luciendo aún el camisón con el que se ha despertado. Al igual que un montón de personas en su misma situación, no va a poder ir hoy a su oficina después de la catástrofe de la noche anterior.

—Voy a darme una ducha y después iré a recoger la compra —confiesa ella—. Dudo mucho que vaya a decir algo que no sepamos.

La mujer le da un beso en la coronilla mientras le acaricia la rasposa mejilla cubierta de barba. Él responde al gesto con una caricia en su cadera.

—Vale, cariño —contesta él, juntando sus labios al dorso de su

mano.

—Y no te cabrees mucho… —dice ella mientras desaparece por las escaleras que dan a las habitaciones.

Él alza la taza en un gesto de brindis con el que da por sentado que se va a alterar con las declaraciones que presente el presidente. Todavía le cabrea el encuentro que tuvo con él y todos esos ministros y demás eminencias de la política. Leo da un sorbo al café y aprovecha los momentos previos al discurso para chequear el estado de la ciudad y lo que se comenta por las redes sociales. A pesar de no tener un perfil público, puede leer y ver el contenido que la gente crea.

Los principales temas que son tendencia mencionan directamente la tormenta solar, el nombre de la ciudad y el apellido del presidente que está a punto de compadecer. Cuando Leo se mete a leer los comentarios de los usuarios sobre el primer tema, la mayor parte de ellos relacionan la catástrofe con el extraño artefacto que apareció al sur del país.

¿Podemos afirmar ya que esto es una puta invasión extraterrestre?

Abro hilo sobre algunas capturas de la luna artificial.
RT si crees que es alienígena. FAV si crees que es inventiva humana.

Por favor, si finalmente se trata de vida extraterrestre, no prejuzguéis.
No sabemos a qué han venido. Podrían necesitar ayuda.
Optemos por la paz y el amor siempre antes que por el conflicto. 🙏

⚠ LO QUE EL GOBIERNO NO QUIERE QUE SEPAS ⚠
Estas imágenes fueron tomadas hace un año en una de las bases de Defensa. Se trata de un prototipo de fumigación a gran escala con el que pretenden controlar el clima.

A Leo le fascina la inventiva que tiene el ser humano en un desesperado intento por demostrar tener la razón y, por encima de todo, querer llamar la atención. Por eso siempre ha evitado meterse en redes sociales hasta que empezó a hacerse popular por culpa de sus intervenciones en los programas de televisión. Las falsas noticias construidas a base de argumentos ficticios o imágenes manipuladas forman parte de su día a día. Más aún en una sociedad tan informatizada y tecnológica como la que vive. Todo el mundo se jacta de saber de todo, es conocedor de la verdad absoluta y, por supuesto, lleva la razón. Y lo más peligroso de todo es que esto desemboca en el peligroso discurso del «conmigo o contra mí».

—*Queridos compatriotas…*

La voz del presidente, dirigiéndose esta vez a la nación, hace que Pacheco vuelva a centrarse en la pantalla del televisor al que está mandando la transmisión en *streaming* desde su portátil.

—*Comparezco para dar cuenta del consejo extraordinario que ha tenido lugar en esta madrugada en el que hemos aprobado declarar como*

zona catastrófica todos los distritos y barrios de la capital que se han visto afectados por la terrible e inesperada tormenta solar que hemos sufrido. Si bien tenemos un excelente equipo de científicos, profesionales y expertos en la materia, ninguno de ellos ha sido capaz de prever esta anomalía tan excepcional.

—¡Una mierda! —protesta Leo alzando la mano, cabreado—. ¡Os dije que os prepararais para cualquier cosa y me llamasteis «alarmista» en mi puta cara!

—*Son numerosas las catástrofes, aparentemente de procedencia natural, que nos están asolando. Y quiero insistir en esto* —afirma el presidente—: *a día de hoy, no tenemos pruebas que demuestren que esto* no *sea una respuesta natural del propio planeta. Por tanto, pido por favor a todos los medios que se abstengan de difundir falsas hipótesis que alimenten el pánico colectivo.*

—¡Pues hablad claro, cojones! —sentencia él.

—Cariño… —lo reprende Patty desde la planta de arriba.

—¡Lo siento! ¡Pero es que no tiene nombre lo que está haciendo esta gente!

—Si ya sabía yo que te ibas a cabrear… —sentencia ella mientras se escucha cómo cierra la puerta del baño.

Leo hace lo posible por relajarse, soltando un suspiro profundo y volviendo a concentrarse en el discurso del político.

—*Quiero mandar un mensaje de tranquilidad.*

—Ya estamos…

—*Este Gobierno va a proteger a todos los ciudadanos y garantizar las condiciones de vida adecuadas para hacer frente a estas adversidades para que provoquen el menor efecto posible. Como dije a principio de la semana, tomaremos las medidas necesarias y estas estarán a la altura de las dificultades que surjan. Prueba de ello es…*

Leo Pacheco apaga la televisión, se levanta cabreado y se dirige hacia la terraza que da al jardín exterior de su casa. Se niega a seguir escuchando a una persona que tuvo la oportunidad de hacerle caso como experto y tomar medidas preventivas. Se niega a ver cómo se excusa en la desinformación cuando ha decidido mirar para otro lado. Se niega a tragar esa basura de discurso, que no solo pretende calmar

a la población, sino justificar que si no han hecho antes las cosas es porque esto es algo «nuevo e inusual».

¡Inusual es encontrar algún político que tenga percepción y previsión de futuro!

Cada vez que recuerda las miradas incrédulas de todos esos políticos después de explicarles lo que iba a ocurrir, esas risas escondidas por no tomar en serio sus palabras, los cuchicheos propios de una clase de alumnos de instituto mientras él exponía sus teorías…

Cálmate. Este cabreo no te lleva a ningún lado, Leo. Esto nos viene demasiado grande a todos. Más aún a estos inútiles que nos gobiernan…

El meteorólogo intenta relajarse y no pensar en la estupidez del ser humano. Quizás esto sea una especie de castigo del propio planeta hacia ellos. Una forma de exterminio. Del mismo modo que un organismo vivo desarrolla unos anticuerpos para combatir un virus, es posible que la Tierra se haya dado cuenta de que el ser humano es un germen al que hay que hacerle frente.

Suelta una nueva risotada por la nariz y después lleva su vista a la espectacular estampa que tiene delante. Vive en un chalet independiente en una pequeña y tranquila urbanización construida en los faldones de la montaña. Los pinos verdosos rodean toda su casa y, al estar situado en una ladera, el panorama desde la terraza es impresionante: colinas, un valle con un embalse, vegetación en estado puro y, al fondo, el *skyline* de la capital, que anoche sufrió un auténtico caos.

El sonido de una notificación le avisa de una nueva lectura de datos. Leo saca el móvil del bolsillo del pantalón de pijama y comienza a leer el informe por encima. Proviene de un buen colega que trabaja en el Instituto Geográfico Nacional, un apasionado de los volcanes y terremotos que, al igual que él, ha hecho de ello su profesión.

No sabe si reír o llorar al leer el dichoso documento.

—Esto no ha hecho más que empezar —resopla.

Las peligrosas arenas de Zabrath

Aunque el camino a Asserat fue más largo, las inmensas dunas que forman el desierto tras el que se encuentra Zabrath son muy tediosas de atravesar. Las constantes tormentas de arena que castigan el lugar y la intensa actividad sísmica bajo su suelo hacen que el paisaje cambie de un día para otro. En el mismo sitio donde encuentras una zona llana en la que abunda el polvo blanco, en cuestión de horas puede aparecer una gigantesca duna que supere los cien metros de altura. El desierto de Zabrath es un océano de arena furioso que parece tener vida propia. Es peligroso adentrarse en él si no sabes cómo moverte.

Para fortuna de los chicos, tanto Bahari como Nabil han realizado numerosas prácticas como centinelas en este páramo. Son numerosas las veces que les ha tocado ir de expedición por el desierto de Zabrath para probar su destreza en la interpretación de los cielos por culpa del constante cambio terrestre. El único mapa que tienen son las estrellas que surgen con Herun, lo que implica que solo pueden orientarse a determinadas horas del día.

—Pero lo que más me preocupa es toparnos con el Merkhemi.

La confesión de Nabil hace que Yago deje de empaquetar sus cosas en la improvisada mochila de tela que se ha hecho. Llevan tres días atravesando el desierto, haciendo numerosas paradas en las que duermen, como mucho, dos horas para evitar ser engullidos por la marea de arena.

—Merk… ¿qué?

—Nabil… no seas malo… —le reprocha su hermana, que está

cargando las cantimploras de piel llenas de agua fresca sobre los lomos de Yanna.

—El Merkhemi es una peligrosa criatura que, según dicen, habita en estas arenas.

—¿«Según dicen»? —contesta Yago, cruzándose de brazos y alzando la ceja, escéptico.

El centinela intenta disimular la sonrisa burlona centrándose en preparar sus cosas con Stratus, dando así la espalda al chico de Terra mientras habla:

—Se trata de un octópodo gigante —explica, fingiendo indiferencia —, con unos tentáculos que se confunden con la rugosa piedra, pero igual de ágiles y móviles que el cuerpo de una serpiente.

—Ajá. El kraken del desierto, ¿no?

—No sé qué es eso, pero seguro que no es ni la mitad de peligroso que el Merkhemi.

—¿Me recuerdas por qué se ha tenido que quedar Dada en la ciudadela en vez de este estúpido? —pregunta Yago a Bahari, haciendo como si Nabil no estuviera.

Ella suspira, poniendo los ojos en blanco por la nueva (e infantil) escena que van a montar sus dos amigos. En el fondo, se ha acostumbrado a las pequeñas pullas entre ambos y, para qué engañarse, le provoca cierta felicidad y ternura verlos así.

—Porque Stratus es útil —contesta Nabil mientras se da la vuelta y camina lentamente hacia Yago—. Yo soy útil. Y tú, aunque lo niegues, me echarías de menos.

Yago pensaba decir en alto que lo único que echa en falta es no toparse con un lago en donde el centinela se pueda desnudar y lucir sin pudor el cuerpo y los atributos que los dioses de Ídedin le han dado, pero opta por darle un par de arrogantes palmadas en su musculado y definido hombro.

—Tú sí que me echarías de menos, machote.

Bahari agradece el juego que hay entre Nabil y Yago. Sabe que el chico de Terra siente una fuerte atracción física hacia su mejor amigo y que este, a pesar de no mostrar interés por el mismo sexo, disfruta del coqueteo. Es lo que tiene el narcisismo de Nabil: le encanta

sentirse deseado por cualquiera y más aún cuando existe una actitud de rechazo hacia su forma de ser. Así que el espectáculo que montan resulta ser un buen entretenimiento que la mantiene alejada de sus pensamientos sobre Docta Sena, la salud de Docto Chidike, la traición de Zola y la seguridad de Docto Essam.

—¿Crees que Dada se las apañará bien solo?

La pregunta de Winda saca a la chica de sus pesquisas. La actitud entre ellas ha cambiado mucho a medida que han pasado los días. Donde antes había una extraña tensión ahora existe un entendimiento y una complicidad que, sin duda, también tranquiliza a Bahari.

—No está solo. Dada es esa clase de persona que cae bien a todo el mundo, así que seguro que ya ha congregado a varios centinelas para que, a nuestro regreso, nos hagamos con el control de la ciudadela.

—Entonces… ¿te vas a quedar?

La pregunta sorprende a Bahari.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, eres el Equilibrio, ¿no? —comenta la muchacha mientras se coloca bien la falda de rafia—. Quizá tendrías que estar con…

—No —interrumpe—. Mi sitio está aquí. Formo parte del Equilibrio, pero en Ídedin. Kai estará donde tenga que estar. Y Denis…

Bahari no termina la frase. A pesar de que Docto Essam no lo quiera tildar de traidor, ella no deja de preguntarse qué es lo que lo ha llevado a acabar con la vida de Gala Craus. ¿Por qué iba a ponerse del lado del responsable de la ruptura del Equilibrio? Bahari siempre ha sido una mujer de fe, pero cada día que pasa siente que la lógica hace mella. ¿Tendrá algo que ver la conexión con sus gemelos?

—El Equilibrio sostendrá.

La afirmación de Winda va acompañada de un gesto con el que, de una forma tan delicada como cercana, coloca a la chica las trenzas por detrás de los hombros. Cuando ambas pieles se rozan, Bahari siente una corriente eléctrica que le pone el vello de punta e, instintivamente, da un pequeño respingo, como si le hubiera dado un sutil calambre.

—Deberíamos continuar —concluye dándose la vuelta—. No estamos muy lejos de Zabrath.

Bahari vuelve a fijarse en el cielo estrellado para buscar ese punto brillante con tintes dorados y forma de aspa. El astro marca la dirección correcta, así que se cuelga los bártulos, acaricia a Virgo detrás de la oreja y con un potente silbido emprenden la marcha hacia su destino.

Lo primero que atisban cuando llegan a Zabrath son las edificaciones construidas sobre las impresionantes columnas de piedra gris y blanca que la mantienen elevada a una altura similar a la de cualquier montaña de Ídedin. Zabrath es una pequeña ciudad construida en alto sobre un desierto que está en constante vida y cambio. Todas esas casas se sostienen gracias a los inmensos pilares que simulan lo que Yago en su mundo llamaría un gigantesco muelle elevado. Para él, aquel lugar no deja de ser una población sobre un océano de arena.

—¿A qué…? —pregunta Yago, impresionado—. ¿A qué altura están?

—Depende de la marena —explica Bahari—. Cuando es alta, Zabrath se encuentra a poca altura del suelo, pero cuando baja…

—Cuando la marena esté baja es mejor no asomarse por el balcón —termina Nabil por ella—. No te vaya a dar un mal de altura y te caigas.

Lo segundo que vislumbran es la cantidad de aves que rondan el lugar. Tiene sentido, considerando que es una ciudad en alto y la forma más cómoda de salir de ella es a lomos de pájaros tan grandes como Stratus.

—Se parecen mucho a él —apunta Yago.

—Es que *son* como él —puntualiza Nabil—. Estoy seguro de que Stratus tiene familia aquí, ¿verdad, campeón?

El gigantesco buitre lanza un graznido mientras alza sus descomunales alas para echar a volar. Nabil se acomoda sobre él y ambos ascienden hasta el poblado para avisar a las buenas gentes de Zabrath de su llegada.

—¿Y nosotros cómo vamos a subir? —pregunta Yago.

—Si todo va bien, a través de esas plataformas elevadoras que ves ahí —explica Bahari señalando a un tablado construido a base de troncos de madera.

—¿Es que algo puede ir mal?

—Puede que no seamos bien recibidos, pero, al estar los Sapientes aquí refugiados, dudo mucho que nos nieguen la entrada.

—Es impresionante —añade Winda, boquiabierta, sin dejar de contemplar cada detalle como si estuviera ante una gran pintura.

A Bahari la enternece verlos tan emocionados. Ella estuvo hace mucho tiempo, en una de esas expediciones que le tocó hacer con un grupo de centinelas. La joven guarda muy buen recuerdo de Zabrath y de la hospitalidad de sus habitantes. No puede evitar sonreír al rememorar la noche que pasó con sus compañeros de promoción (Nabil entre ellos) hace ya varios años en una de esas casas. Recuerda con emoción la tormenta de arena que presenciaron: un fenómeno de la naturaleza donde el polvo marrón, la oscuridad rojiza de Herun y los rayos que emanan del interior de la nube son los protagonistas del espectáculo.

Perdida en su reminiscencia, vuelve al presente cuando Nabil y Stratus regresan con buenas noticias.

—Están aquí —anuncia—. Nuestros Sapientes están aquí.

Mientras Yago y Winda observan boquiabiertos el interior de la ciudad, Bahari camina a paso ligero a través de los puentes colgantes que unen las distintas plataformas sobre las que se conforma Zabrath. Estos pasos son lo único que está hecho de madera porque, además de ser un material muy difícil de encontrar en Ídedin, resulta ser el más flexible y ligero para soportar el peso de los transeúntes y las constantes embestidas de arena y viento. Las casas de Zabrath, en cambio, están hechas a base de un material parecido al ladrillo, con numerosos agujeros para ser resistentes a la par que livianas. Aunque esté sostenida por cientos de gigantescas columnas de piedra, Zabrath cuida mucho el peso que aguanta.

—Esta gente es muy precavida con el consumo de recursos y el espacio que utiliza para sus cosas —explica Nabil mientras caminan por una de las parcelas, en la que se asientan tres casas perfectamente organizadas—. Entienden que todo tiene un límite y que no hay nada infinito. Salvo nuestro espíritu, claro.

Yago observa la maestría con la que están diseñadas las pequeñas edificaciones. Tienen una forma cónica que le recuerda a las tiendas de campaña de los indígenas americanos, pero la tela y los palos de madera se sustituyen por un ladrillo perfectamente pulido y redondeado.

—Me sorprende que las casas no tengan ventanas —comenta Yago sin dejar de quitar el ojo a una de ellas.

—Les basta la claraboya que corona la punta del techo —aclara el centinela—. Te recuerdo que estás en Ídedin, querido Yago. Aquí siempre hay luz. Hasta en nuestra noche más oscura podemos ver con claridad.

—Recuérdame que me traiga un antifaz la próxima vez que venga —comenta, burlón.

Nabil le contesta con una comedida sonrisa y un asentimiento de cabeza. Después se acerca a su hermana, a quien no duda en pasarle el brazo por los hombros, acompañándola en su camino.

—A madre le hubiera encantado ver esto. —La voz de la muchacha parece quebrarse durante un momento—. Siempre me confesaba que ese espíritu aventurero lo habíamos heredado de ella y no de padre.

Nabil aprieta con fuerza a su melliza y deposita los labios en su sien con un cariñoso y afectuoso gesto que dista mucho de la imagen de tipo duro que Yago está acostumbrado a ver.

—Lo está viendo. Madre forma parte del Todo, hermanita —la reconforta Nabil en un susurro—. Gracias a la sepultura que les diste, los dos forman parte del Todo.

Mientras Nabil y Winda siguen hablando, Yago decide darles un poco de intimidad contemplando el increíble lugar, propio de cualquier novela de aventuras fantásticas. La gente de Zabrath luce una tez más morena que la de los habitantes de la ciudadela, quizá por la constante exposición al viento y el sol. Le llama la atención que la

mayoría de las personas con las que se cruza llevan un turbante con el cual cubren la cabeza y, a veces, el rostro entero. Son telas de colores llamativos (no tan vivos como los neones de Vawav) que destacan sobre el ambiente anaranjado que luce Zabrath.

—En Terra no sueles ver estas cosas, ¿verdad?

La voz de Bahari sorprende al chico. Sin darse cuenta, se han detenido enfrente de lo que parece ser el último puente colgante antes de llegar a la parcela donde se encuentran los Sapientes.

—Lo del turbante sí que lo tenemos —explica Yago—, pero suele ser por un tema religioso. Creo.

—Aquí se cubren el rostro para evitar respirar la arena del desierto. Ahora está tranquilo, pero hay veces que el polvo en el ambiente es tan abundante que es imposible ver con claridad esas casas de allí. —Señala a los hogares que tienen a tan solo unos pocos metros de su posición—. Respirar en esas condiciones sin una tela que cubra tu rostro es muy peligroso.

—Quizás en Terra también lo hacen por eso… —reflexiona el chico —. A veces, claro. Otras es por costumbres religiosas. A algunas mujeres se las obliga a estar completamente cubiertas de tela para no ser vistas por otros hombres.

—¿En tu mundo los hombres deciden por las mujeres?

—En muchas culturas sí. Terra es… es muy variada. Tiene cosas preciosas, pero otras…

—Ídedin no es perfecta —confiesa Bahari—. Nuestra convivencia está íntegramente ligada al espíritu y al culto del Equilibrio.

—Ya, pero es una religión que parece bastante sana. No quitáis ningún derecho a nadie.

Salvo el de aparcar toda tu vida si resultas ser una viajante, responde la muchacha para sus adentros. A pesar de que cada día que pasa se acepta más, no puede evitar sentir una punzada de dolor al pensar en cómo sería su vida si el Equilibrio no la hubiera elegido. Bahari se obliga a centrar sus pensamientos en otra cosa y, con un cambio de tono, bromea:

—No tienes pinta de venir de un mundo con desiertos.

—¡Claro que los tiene! —responde Yago, alzando la mano con

orgullo—. Y montañas. Y bosques. Y selvas. Tenemos glaciares, volcanes, inmensos mares, océanos más profundos que el pico más alto del planeta…

La pasión con la que Yago presume de Terra sobrecoge a la chica. Con cada palabra nota cómo su más reciente amigo se empieza a entristecer, a pesar de la pasión con la que describe su mundo.

—¿Lo echas de menos?

Yago se rasca el mentón y se pasa la mano por el cabello, sacudiendo los diminutos granos de arena que se le han ido apilando en el pelo. Después acaricia a Virgo, quien no duda en ronronear con el tacto del chico, y mira a Bahari con una sonrisa triste.

—Es curioso. Apenas conozco las cosas que te acabo de nombrar. Sé que mi mundo tiene todo eso, pero nunca había pisado un desierto hasta ahora. Saber que todo puede desaparecer, que el mundo que conozco va a cambiar por completo… —El chico hace una pequeña pausa para tragar la saliva que se le ha quedado acumulada por culpa de la emoción—. Me da rabia, ¿sabes? Me da rabia que justo ahora me entren ganas de viajar por el mundo. Quién sabe si después del Colapso seguirá existiendo el Amazonas…

Bahari agarra las manos del chico con fuerza y lo mira directamente a los ojos.

—Vamos a salvar tu mundo. Y el mío. Vamos a evitar el Colapso —promete—. Y podrás ir a ese Amazonas que comentas.

Yago resopla por la nariz, soltando una risotada irónica con la que pretende maquillar su pesimismo.

—Ahí no te creas que me apetece ir. Que hay mucho bicho —bromea, cómplice—. Pero pienso hacerme ese viaje a Islandia para ver las localizaciones de *Juego de tronos*.

Bahari acaricia la mejilla del chico con ternura al verlo sonreír con esperanza. Eso es lo que ella necesita, a lo que se tiene que aferrar. Necesita creer que puede con todo esto, que no es demasiado tarde para el Equilibrio. Necesita abrazarse al optimismo y pensar que Docto Chidike va a sanar para después regresar con ellos a la ciudadela y así recuperar lo que les pertenece.

Yago le toma la mano con delicadeza para después apretarla con

un gesto fortalecedor, como si quisiera transmitirle energía y valor.

—No estás sola —confiesa el chico—. Y, pase lo que pase, lo estás haciendo bien.

Bahari asiente con un semblante marcado, conteniendo su emoción. El miedo está ahí. Es un monstruo hambriento, dominado por la gula, que no duda en tragarse cualquier atisbo de esperanza. Pero ha aprendido a mantenerlo a raya gracias al constante apoyo de sus buenos amigos y a su fe en sí misma.

Su corazón late con fuerza al pensar que Docta Sena se encuentra a unas pocas zancadas, refugiada en una de las casas de la parcela de al lado. Un breve suspiro anuncia el primer paso que da la chica, pisando con firmeza la tabla de madera del puente colgante, que rechina al sostener su peso.

Un suspiro del viento

Con cada paso que dan encima del puente colgante, este se zarandea como si fuera un barco surcando un mar bravo. El viento ha comenzado a soplar más fuerte y Bahari apura la marcha mientras se protege el rostro con el antebrazo para evitar que la arena se le introduzca en los ojos. A sus espaldas, sus compañeros le copian el gesto.

La parcela en la que se refugian los dos Sapientes tiene únicamente una casa. Está custodiada por varios guerreros que parecen proteger la entrada. Cuando del interior de la tienda sale un hombre con un atuendo diferente, Bahari sabe que se encuentra ante el portavoz de Zabrath. Luce una túnica de azul cobalto que lo cubre entero, con un discreto gorro del mismo color que adorna con varias cenefas verdes y rojas. Es un hombre esbelto, más alto que Nabil, de apariencia tranquila y generosa. A Bahari le cuesta calcular su edad, pero no le extrañaría que rondara la misma que Chidike por las arrugas de expresión y la incipiente barba canosa que asoma por su mentón.

—Bienvenidos, centinelas —saluda el hombre, inclinando el tronco en una reverencia de respeto—. Me llamo Sekhty. En nombre de Zabrath, os damos nuestra más afectuosa acogida.

Bahari agradece el recibimiento en nombre del grupo y explica el asunto que los ha llevado a cruzar todo el desierto.

—Docta Sena me ha hablado de ti —confiesa—. Es un honor que la Orden del Equilibrio esté en nuestra humilde aldea. Y más aún que una viajante respire nuestro mismo aire.

La chica no puede evitar ruborizarse. Intenta mantener la

compostura y aparentar la firmeza propia de quien está acostumbrado a recibir tales gestos de devoción y respeto, pero le sigue incomodando ser quien es. Acompañado de un leve movimiento de cabeza, se lleva la mano al corazón en señal de agradecimiento.

Sekthy, sin mediar palabra, se vuelve a tornar hacia la entrada de la casa y descorre la enorme tela que sirve de puerta, invitando a la chica y a la Orden a entrar.

El perfecto círculo en el que se distribuye todo resulta tan práctico como acogedor. El recogido espacio luce una iluminación natural; ni muy fuerte ni muy oscura gracias a la pequeña claraboya que corona el punto más alto. El ambiente sigue impregnado de ese tono marrón por el color del ladrillo que forma las curvadas paredes, pero es mucho más fresco y agradable que el del exterior. Los distintos biombos de tela delimitan las estancias del interior, dando intimidad a cada espacio, pero compartiendo todos ellos la misma luz.

El portavoz de Zabrath los guía por los distintos recovecos hasta que llegan al extremo de la casa para encontrarse con los Sapientes.

—Docta Sena, Docto Chidike —anuncia Sekthy—. Ha llegado la Orden del Equilibrio.

Lo primero que ve Bahari nada más entrar es el cabello pelirrojo de Docta Sena sobre su espalda. La mujer está acuclillada al lado del cuerpo de Docto Chidike, que permanece tumbado sobre un jergón. Cuando los ojos de la chica viajan hasta encontrarse con los de la Sapiente, Bahari contiene el aliento y se lleva las manos al rostro sin poder ocultar sus emociones.

—Mi querida Bahari. —Sonríe con ternura Docta Sena.

La Patrona del Fuego se pone en pie para saludarla y eso hace que la viajante camine hacia ella con premura y, aparcando cualquier tipo de protocolo, se aferre a ella en un abrazo cargado de miedo, felicidad y esperanza. La Sapiente le responde al gesto con más delicadeza, pero sin dejar de acariciar la cabeza de la muchacha con pasión y ternura.

—Siento no haber… —solloza Bahari.

—Shhh… Tranquila, mi niña —la consuela la mujer—. No hay nada por lo que disculparse. Lo estás haciendo de maravilla.

Bahari se aparta de ella y se seca las lágrimas del rostro con el

reverso de la mano. Docta Sena acerca su mano a la mejilla de la viajante y le hace una leve caricia con los dedos. La chica siente un escalofrío que le eriza de inmediato la piel y, sin poder controlarlo, cubre la mano de la Sapiente con la suya para después darle un tímido y discreto beso en la palma.

—Bienvenidos, amigos —saluda la Sapiente dirigiéndose al resto —. Me alegra que sigas con nosotros, joven Yago. Me enorgullece que Terra siga estando presente en Ídedin.

—Si me disculpan —interrumpe Sekthy con una reverencia—, me retiro para darles la intimidad que merecen. Estaré fuera para cualquier cosa que necesiten.

Todos los presentes agradecen el gesto del apoderado y, una vez ha abandonado el lugar, se quedan en silencio unos segundos, contemplativos los unos con los otros. Todas las miradas acaban centrándose en Docto Chidike.

El Maestro del Viento luce el torso desnudo, pero las vendas que lo envuelven le tapan gran parte del tronco. Sus extremidades inferiores están cubiertas por una tela de lino que mantiene su cuerpo a una temperatura óptima. El lento movimiento con el que su pecho se eleva demuestra la gravedad del estado en el que se encuentra.

—¿Cómo está? —pregunta Bahari.

Docta Sena lanza un suspiro cargado de dolor y centra su mirada en el Sapiente más longevo de los cuatro.

—Sus heridas son profundas y el viaje hasta aquí ha sido muy duro —confiesa la mujer, sin ocultar su preocupación—. Me temo que a nuestro querido Chidike no le queda mucho para formar parte del Todo.

Nabil se acerca con decisión hasta el cuerpo del Maestro del Viento, arrodillándose de inmediato ante él. El chico siempre ha admirado al Sapiente por el perfecto control que tiene sobre el elemento que tan bien controla. Desde muy joven disfrutaba con las exhibiciones que Docto Chidike hacía en las fechas más señaladas del calendario idediano. Recuerda con admiración las espectaculares acrobacias aéreas sobre el Ubongo o las danzas de tornados que invocaba a las puertas de la ciudadela para inaugurar los juegos del

Colisseum. Verlo de esa manera le produce una tristeza que no puede ocultar.

—Maestro… —susurra el chico, encomendándose en un gesto de recogimiento.

Nabil alza la mano y extiende su palma por encima del cuerpo de Chidike, viajando a través de todos los puntos enérgicos de su cuerpo en busca de su percepción espiritual.

—Está… está muy débil —confirma el joven.

El anciano abre los ojos despacio, como si la presencia del centinela le hubiera dado un poco de fuerza para despertar.

—¡Chidike! —se sorprende Docta Sena, quien no duda en acercarse a él, agarrándole con delicadeza la mano.

—Sena… —Su voz suena afónica y frágil—. Agua…

Bahari no duda en agarrar el pequeño vaso de barro y, con un movimiento de los dedos, invoca el agua para llenarlo hasta arriba. Nabil lo ayuda a incorporarse y, aunque lo sostiene con firmeza y delicadeza por la espalda, el Sapiente muestra un gesto de dolor. Aun así, y gracias a la ayuda de Bahari, se moja los labios y da un pequeño sorbo.

—Qué bien sabe… cuando es invocada por una viajante —agradece el hombre con una leve sonrisa—. Gracias, amigos.

Nabil vuelve a ayudarlo a tumbarse en la posición en la que estaba. Docto Chidike intenta respirar aire con tranquilidad, pero las fuerzas en él son débiles.

—Acércame el libro —ordena a Docta Sena.

—Chidike, deberías descansar.

—Voy a descansar, sí. —Sonríe con dificultad—. El eterno descanso me espera. Por eso… he de hacer esto cuanto antes.

La frase deja a todos con un nudo en la garganta. Especialmente a Nabil, que, al escuchar el inevitable futuro de su más admirado Sapiente, aprieta los dientes en un intento por contener las lágrimas.

Docta Sena se incorpora y camina hacia una pequeña mesa de madera sobre la que descansa un libro envuelto en una tela de lino. Con delicadeza, comienza a desenvolverlo, mostrando la dura tapa de mármol quebrado que luce. Una serie de símbolos antiguos, parecidos

a los que Yago y Bahari vieron en las cuevas ancestrales, forman un círculo que adorna la cubierta del libro.

—Habla por mí, querida —pide Docto Chidike.

Docta Sena se acomoda de cuclillas en el suelo, invitando a la escueta Orden del Equilibrio a copiar el gesto. Sobre sus rodillas deposita el extraño objeto.

—Este libro es nuestra más antigua reliquia. Aquí está todo lo que éramos, lo que somos y lo que seremos —explica la mujer, para después mirar a Bahari y a Nabil—. Vosotros lo conocéis como *El libro de la Unión.*

Los centinelas sueltan un suspiro de asombro. En el Ubongo habían estudiado varias cosas relacionadas con la historia de Ídedin y una de ellas era la mención de un libro único en el que se relataba cómo era la vida antes del Equilibrio. Sin embargo, los Sapientes siembre habían defendido que la existencia del objeto se mencionaba únicamente en otros escritos y que, por tanto, no lo tenían en su posesión.

—Los Sapientes tenemos la obligación de protegerlo porque, queridos amigos, este saber en manos equivocadas puede implicar terribles consecuencias —advierte la mujer con seriedad—. Si hemos huido de la ciudadela es, precisamente, para protegerlo de Zola.

—La traidora… —interviene Chidike con más fuerza, pero la tos le obliga a serenarse—. La traidora quería esto.

—Docto Chidike fue más previsor que Essam y yo y… —Docta Sena se muerde el labio, reflejando la culpabilidad que siente—. Si está en este estado es porque se enfrentó a Zola para proteger el libro.

—Zola se hizo con otro manuscrito importante —interviene Chidike, agitado—. El de los *Proverbios y profecías de la Unión.*

—Bahari y Nabil saben que ese es uno de los libros prohibidos a los que muy pocas personas tienen acceso —explica la mujer, hablando directamente a Yago y a Winda—. El conocimiento en Ídedin es poder y las escrituras ancestrales son peligrosas en manos y mentes equivocadas. —El rostro de Docta Sena se endurece—. Zola ha entregado ese libro a Vawav y, por tanto, su líder es conocedor no solo de las referencias que se hacen al Equilibrio. También de los augurios del Colapso.

—Entonces… ¿es cierto? —pregunta Bahari—. ¿Va a ocurrir?

—El Colapso es inevitable —confirma Docto Chidike.

—Jamás el Equilibrio se había manifestado ante nosotros de una forma tan rotunda. Lo supimos en cuanto desaparecieron Arno y Bérbedel y tú, mi querida Bahari, aceptaste tu naturaleza como viajante.

—De la ausencia surgirá la presencia / que invocará la Providencia / en el principio del final.

Lo que acaba de recitar Docto Chidike pone a la chica los pelos de punta. Bahari siempre ha sido una enamorada de las letras y la memoria histórica de su mundo. Siente una tremenda fascinación por todas esas voces que supieron augurar en forma de poesía el futuro que los espera. Una advertencia escrita en tinta de carbón salado, imperecedera, eterna. Pero esa admiración se convierte en terror cuando las palabras están dirigidas a ella.

Docta Sena aclara que el fragmento que ha recitado Chidike pertenece a una de las profecías de la Unión. ¿Acaso está todo escrito? ¿Por qué no habían compartido antes esta información? ¿A qué esperaban? Bahari cierra los ojos intentando controlar ese ponzoñoso sentimiento que semanas atrás la llevó a huir de la ciudadela.

—Pero… pero entonces Vawav… —interviene Nabil, sacando a la chica de sus pensamientos.

—Vawav e Ídedin volverán a ser uno. Y no quedará más remedio que llegar a un entendimiento —contesta Docto Chidike.

—¡Pero Vawav no quiere entendimiento! ¡Solo poder y conquista!

—Cuidado, centinela —advierte Docta Sena con un semblante serio y amenazador—. Tus palabras muestran rabia y odio al prejuzgar al otro mundo. Vawav no es su dictador. Un líder controla una nación, pero no la representa en su totalidad.

—Zola… —añade Chidike—. Zola pensaba así. Cuando debatíamos sobre las escrituras ancestrales, ella siempre cuestionaba la igualdad entre *pensadores* y *creyentes*. —El anciano se toma unos segundos antes de continuar—. Las diferencias entre ambas sociedades las entendía como dos especies que competían por el progreso evolutivo. Y esos pensamientos la enturbiaron, envenenaron y…

El Sapiente no consigue terminar la frase por culpa de un nuevo ataque de tos. Nabil acude a su lado para acomodarlo y que el dolor pase lo antes posible. Cuando se descubre la mano de la boca, una mancha de sangre tiñe sus dedos.

—Tienes un corazón valiente, Nabil —confiesa Chidike—. Pero también un alma frágil por culpa de una alta sensibilidad emocional. Solo los Maestros del Viento poseen esas cualidades.

—Docto… yo… siento si me dejo a veces dominar por mi temperamento, pero… pero me duele ver lo que está ocurriendo en Ídedin.

El Sapiente sonríe con ternura y pone su mano sobre la del muchacho en un gesto que le cuesta más energía de la esperada.

—Acepta ese dolor. Abrázalo. Pero no dejes que te lleve a la rabia. La ira solo trae odio. Y el odio, destrucción. Como el tornado que arrasa con todo sin poder controlar su fuerza. Evita convertirte en ese tornado, Nabil.

El chico cierra los ojos con fuerza para evitar derrumbarse. Las palabras del Sapiente hacen mella en cada parte de su ser, tan agradecido como triste por las circunstancias que a ambos les ha tocado vivir.

—¿Quieres hacerlo ya?

La pregunta de Docta Sena sorprende a todos. Tanto Nabil como Bahari miran a ambos Sapientes, confundidos.

—Hacer… ¿qué? —pregunta el centinela con un titubeo.

—El traspaso —confiesa Docto Chidike—. No creo en las casualidades, querido Nabil. Siempre has sido un joven al que he admirado y he seguido de cerca cada pequeño paso que has dado. Tu arrogancia siempre me ha recordado a mi juventud. Que el Equilibrio haya querido que formes parte de esta Orden solo me confirma… —se detiene unos segundos para respirar— solo me confirma lo que mi corazón ya sabía.

—No, no… —responde nervioso el chico, negando apuradamente con la cabeza—. Yo… yo no estoy capacitado para esto.

Winda no puede evitar llevarse las manos a la boca, sorprendida por lo que está presenciando.

—Por el Equilibrio… —susurra.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —pregunta Yago en un cuchicheo.

Docto Chidike vuelve a intentar incorporarse, de nuevo con la ayuda de Nabil. Esta vez se gira hacia el joven centinela, mirándolo con decisión, como si no hubiera nadie más con ellos.

—Quiero cederte el testigo, Nabil. Quiero que seas el nuevo Maestro del Viento y que ocupes mi lugar como Sapiente hasta que Ídedin celebre el cónclave pertinente —confiesa el anciano—. Pero ya sabes que esto debe ser recíproco y que tú debes aceptarlo con honestidad, sinceridad y voluntad.

Nabil se refugia en el silencio. Cierra los ojos y deja que las lágrimas que intentaba contener caigan por sus mejillas en un sollozo que lo hace convulsionar. Abraza el dolor por la inminente pérdida de Docto Chidike. Abraza el miedo por la oferta que le acaba de hacer. Pero también se aferra al honor que supone ser merecedor de tal don, al orgullo que sentirán sus padres allá donde quiera que estén sus espíritus. Y, por encima de todo, se deja embriagar por el valor y la responsabilidad que siente hacia el Equilibrio, hacia el elemento del viento y, por supuesto, hacia la persona que más quiere en este mundo y a quien ha jurado proteger.

Cuando el muchacho abre los ojos, estos se encuentran directamente con los de Bahari. Ella lo mira con admiración y una sutil sonrisa con la que comparte su emoción. Nabil se deja contagiar por el gesto para después mirar con firmeza a Docto Chidike.

—Acepto.

—Bien —sentencia el anciano con una sonrisa que parece mostrar tranquilidad a la vez que cansancio—. Antes de hacer el traspaso, necesito hablar contigo, querida Bahari.

La muchacha se acerca hasta el anciano, quien le tiende su débil mano para que la sostenga. Ella responde al gesto y permanece atenta.

—Tenéis que estar unidos. Los tres viajantes debéis estar en sintonía con el Equilibrio —relata, despacio, como si con cada palabra que dijera se le escaparan sus últimas voluntades—. Es importante que viajes a Terra y que, pase lo que pase, permanezcáis los tres unidos. Porque eso es el Equilibrio: la simbiosis de dos mundos distintos.

Vosotros tres formáis parte de esa simbiosis. Al igual que con Terra.

—Pero, maestro, yo… —comienza a hablar la chica, apurada—. Lo he intentado. He intentado contactar con Kai, pero…

—Tú eres él, querida Bahari —interrumpe el anciano—. No lo olvides. Sois uno.

La chica asiente y deja que el Sapiente vuelva a centrarse en Nabil.

Docta Sena invita a todos los presentes a salir de la estancia para darles intimidad en la cesión del testigo. Lo último que puede ver Bahari es al Sapiente susurrando unas oraciones a Nabil con las manos de ambos entrelazadas. En el espacio contiguo, la Patrona del Fuego vuelve a acercarse a ella y le confiere el ancestral libro.

—Tendrás que llevártelo a Terra —anuncia mientras cubre de nuevo el volumen con la tela—. Y, una vez allí, será decisión tuya qué hacer con él. Compartirlo, guardarlo o destruirlo. El conocimiento es lo más sagrado que tenemos, querida Bahari. Tengo plena fe y confianza en ti.

Mientras Docta Sena responsabiliza de *El libro de la Unión* a Bahari, Docto Chidike cede a Nabil el título de Maestro del Viento en un rito tan íntimo que ninguno de los integrantes de la Orden llega a presenciarlo.

Sin embargo, cuando Bahari escucha el llanto de su mejor amigo al otro lado de los biombos, sabe que Docto Chidike, Maestro del Viento, ha dejado su cuerpo físico en un último suspiro con el que ahora forma parte de su elemento.

La unión invoca la fuerza

El maldito estado de letargo hace que Denis se plantee si podrá caminar cuando vuelva a tener el control de su cuerpo. ¿Aguantarán sus piernas en pie? ¿Responderán sus nervios a las órdenes que encomiende el cerebro? Cada vez que lo despiertan y consigue mirarse, siente que está mermando. Las pantorrillas que antes tenía se han quedado en dos trozos de carne que, de aquí a unas semanas, tendrán la misma anchura que su tibia. Donde antes había músculo ahora empieza a marcarse la parte más baja de sus costillas. Su salud física se ha ido al garete en cuestión de semanas.

¿Qué pensará Amber cuando lo vea? ¿Lo reconocerá? Ni siquiera sabe si la chica tiene interés alguno en verlo. Posiblemente esté tranquila en Terra disfrutando de su vida como si no hubiera pasado nada. Se la imagina en una de esas fiestas bailando y sonriéndoles a otros chicos que la merezcan. Denis no puede evitar sentir una punzada en el estómago al imaginársela comiendo eso a lo que llamó «hamburguesa». Se acuerda entonces de la promesa que le hizo:

«Algún día te llevaré a Terra y te enseñaré uno de los mejores placeres de este mundo».

Se imagina a ellos dos sentados en alguna cafetería del mundo de la chica. No sabe por qué, pero en su cabeza las mesas son grises y los asientos son sillones de cuero pintados en rayas blancas y rojas. Cuando el camarero les pone el plato sobre la mesa, la hamburguesa de Amber lleva extra de beicon, mientras que la suya tiene aros de cebolla. Nunca ha probado esas cosas, pero conoce el sabor de esos alimentos. Igual que la boca se le hace agua cuando piensa en el

líquido dulzón de color oscuro que se hace llamar Coca-Cola. ¿Por qué tiene conocimiento de todo eso? Tiene el recuerdo de unos sabores, nombres e ingredientes que no ha catado en su vida.

Sus pesquisas se ven interrumpidas cuando escucha la carcajada de Amber. Siguen ahí, en el restaurante en el que sirven hamburguesas. Las mejores hamburguesas del barrio, según la chica.

Ella se ríe porque le echa en cara que le está encantando la comida de Terra. Y él contesta que lo mejor es mezclar la mayonesa con el kétchup para acompañar las patatas. Ella dice que la parte más rica viene después, con el postre. Pero él la corrige defendiendo que el mejor pastel de manzana es el que sabe hacer ella. Y entonces hace eso que le vuelve loco: humedecerse los labios con la lengua, desviar la mirada al suelo y después volver a encontrarse con sus ojos para sonreír. Tímida. Coqueta. Divertida.

No tiene ni la más remota idea respecto a de dónde sale esa complicidad, ese entendimiento, esa necesidad de estar con ella, de hablar, de saber que está bien, de escuchar su risa, de perderse en su mirada. No se atreve a tocarla porque le da vergüenza y miedo. Miedo de que todo explote. De que deje de ser real. Miedo a ser consciente de que, en el fondo, todo está pasando en su cabeza porque…

Porque no está con ella.

Tengo que salir de aquí. No aguanto más. No…

No puede escapar. ¿Cómo va a hacerlo? Está completamente atrapado. Conectado a un montón de cables que, posiblemente, tengan más control sobre él que su propio cerebro. Desde hace tiempo ha dejado de saber qué es real y qué no lo es. Lleva tantas semanas en este bucle inducido que la tortura del dictador ha dejado de ser física para convertirse en algo mental.

Tengo que salir.

Tengo que salir.

Tengo que salir.

Quiero salir.

Voy a salir.

Voy a…

—¿Denis?

La voz le resulta familiar. Es femenina. De alguien que conoce.

¿Amber?

Quiere pronunciar su nombre, pero no puede porque no es capaz de abrir los ojos. Tampoco de mover su lengua. Aún no le han dado permiso para hacerlo.

—Denis… ¿eres tú? Denis, despierta.

Hay algo raro en la voz de la chica. Es su tono. Es más rasgado y grave que el de Amber. Tiene otra melodía, otro matiz, otra… Otra voz.

La chica que le está hablando no es Amber.

—Denis, por favor…

Un punto borroso bajo sus pies comienza a tomar forma. La voz suplicante, al borde del llanto, le obliga a concentrarse para tomar el control de sus cinco sentidos. Es entonces cuando reconoce el cabello negro corto y un uniforme del Departamento de Defensa.

—… Ha… —intenta pronunciar—. ¿Hada?

—¡Denis! —celebra ella al ver que el chico se espabila.

Ahí está. A tan solo unos metros de él. Se encuentra en la parte baja de la esfera en la que está preso. ¿Qué hace ahí? ¿Por qué está encerrada con él? ¿Y por qué…? ¿Por qué está suelta como si fuera uno de esos ratones que meten en un terrario para que el reptil se alimente?

—No… no le hagas daño —suplica el chico en un susurro.

—Denis… Por favor… ¿Qué pasa? ¿Por qué…? ¿Por qué estoy aquí?

El viajante sabe la respuesta a esa pregunta. Hada, la chica de la que tanto tiempo estuvo enamorado, la chica que ahora está prometida con su mejor amigo y con quien espera su primer hijo, está ahí por un motivo: él.

Y todo lo que le ocurra a la chica será responsabilidad suya. ¿Cómo es posible que no pensara en esto? ¿Cómo ha sido tan estúpido de no plantearse que el dictador podría utilizar a sus amigos en su contra?

—¡No puedo! —grita él con rabia—. ¡No puedo abrir el portal! ¿Lo entiendes?

—¿Qué portal, Denis? ¿Qué está pasando? —solloza la chica, asustada—. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué estás así?

—Lo siento… —se derrumba él—. Lo siento mucho, Hada.

El terror en los ojos de la chica, la impotencia de no poder hacer absolutamente nada, la certeza de que el monstruo de Noah Peaker va a cometer alguna atrocidad con ella.

No se equivoca.

Al grito de pánico lo sigue en cuestión de segundos un chillido de dolor por culpa del mordisco de la bestia metálica. Uno de esos malditos robots de titanio con forma de lobo ha aparecido de la nada y acaba de aferrarse al costado de Hada, zarandeándola de un lado a otro con fuerza. La máquina no emite ningún sonido, así que lo único que rompe el silencio son los gritos de dolor de Hada.

—¡Denis! —suplica ella en un tono tan agudo que hace vibrar sus tímpanos.

La escena bajo sus pies es terrorífica. La bestia sigue moviendo con agilidad el cuerpo vivo de la chica mientras las paredes y el suelo se tiñen de la sangre que empieza a emanar de los desgarros. Las salpicaduras salen como las pinceladas abstractas que un artista propina sobre un lienzo en blanco con su brocha.

—¡Basta! —grita él.

La bestia de detiene de golpe, pero sigue manteniendo a Hada apresada en sus fauces. Los cuchillos que tiene por dientes se mantienen hundidos en el vientre de la muchacha. Un vientre que alberga mucho más que órganos y tejido muscular. Hada empieza a toser y chorros de sangre emanan de su boca. Intenta, con la fuerza que le queda, abrir las fauces de la bestia metálica, pero esta aprieta un poco más. Denis no sabe qué ha sonado antes: si el crujido de las costillas que se acaban de romper o el desgarrador grito de su amiga.

—Abre el portal.

La voz de Sif Noah Peaker se muestra igual de tranquila y afónica que siempre. No sabe cuánto tiempo lleva en la pasarela, pero ahora está a tan solo unos metros de él, con los brazos cruzados por detrás de su espalda, mirándolo con esos ojos amarillos que tantas pesadillas le han provocado.

—Abre el portal —repite.

—No… no puedo —confiesa Denis con un sollozo—. ¡No puedo abrirlo! ¡No depende solo de mí! ¡Por favor!

Sif Noah Peaker aparta su mirada de él y, poco a poco, la dirige hasta la terrible tortura que está sufriendo Hada.

—No, no, no… —suplica el chico con la voz entrecortada—. ¡No lo hagas!

Cuando el Sif chasquea los dedos, la bestia metálica cierra por completo sus mandíbulas, atravesando el cuerpo de Hada y haciendo que este se divida en dos partes que caen, inertes, al suelo.

Hada permanece viva unos segundos más, con varios espasmos con los que las terminaciones nerviosas de su cuerpo buscan de forma desesperada las extremidades que acaba de perder. En ningún momento aparta la mirada de Denis. Él se la aguanta hasta que deja de ver vida en ella. Después el chico tiene que apartar la cabeza para no ver cómo las tripas de su amiga se esparcen por todo el suelo.

El dolor no tarda en convertirse en frustración. La impotencia se tiñe de rabia. Y la tristeza se vuelve odio. Su cuerpo empieza a temblar y aprieta tanto la mandíbula que los dientes empiezan a chirriarle mientras le salen babas por la boca. Él no lo sabe, pero su rostro empieza a adquirir un tono rojizo por culpa de la sangre que está reteniendo en su cabeza.

—Abre el portal.

El Sif lo vuelve a ordenar con la misma tranquilidad e indiferencia. Denis lo mira con los ojos inyectados en sangre, lleno de odio y de rabia. Desearía arrancarle la cabeza de cuajo. Desearía introducirle la mano en el vientre y sacarle los intestinos. Desearía verlo sufrir, suplicando por su vida. En una milésima de segundo, se imagina al Sif sollozando, llorándole y pidiendo clemencia. Y él respondiendo con una única palabra:

No.

—¡¿Dónde está?! ¿Qué habéis hecho con ella…?

Una nueva voz lo devuelve a la realidad. Esta vez es la de un hombre al que quiere con locura. Tercio, su mejor amigo, su hermano de no sangre, con el que tantas cervezas y confidencias ha compartido,

aparece en la misma pasarela en la que se encuentra el Sif. Justo detrás de él.

Su mejor amigo no tarda en reconocerlo. Puede ver cómo pronuncia su nombre, confundido. Pero, cuando Tercio dirige la mirada al suelo y ve a la madre que albergaba a su futuro hijo partida en dos mitades, se queda completamente congelado.

—Te lo voy a decir una última vez —dice Sif Noah Peaker—. Abre el portal.

Denis empieza a respirar de forma agitada y vuelve a abrazar ese odio hacia el Sif. Vuelve a imaginarse que se desprende de esos cables, que vuelve a adquirir el control de su cuerpo, que consigue llegar hasta él a una velocidad sobrehumana para después estamparlo contra toda la esfera, desfigurando su rostro y pintando las paredes con su sangre.

Ante la respuesta silenciosa del chico, el Sif no se lo piensa dos veces. Con un movimiento de cabeza, ordena a los soldados que retienen al muchacho lanzarlo al mismo suelo en el que yace Hada. Son unos cuantos metros de altura, así que lo primero que escucha Denis cuando su mejor amigo sufre el impacto es el sonido de los huesos de las piernas romperse.

El grito de dolor físico se junta con el emocional. Está a tan solo unos pocos metros de Hada. Se arrastra hacia ella, manchándose de la sangre que hace escasos momentos recorría con normalidad el interior del cuerpo de la muchacha.

Denis vuelve a mirar a Noah Peaker. Y esta vez lo hace desafiante. Amenazante. El Sif lo nota y, ante la actitud del chico, vuelve a chasquear los dedos, haciendo que la bestia de acero agarre a su mejor amigo por el mismo lugar por el que aferró a Hada: su costado.

El sufrimiento de Tercio y su más que inminente muerte hacen que Denis suelte un grito desgarrador. Tan fuerte que, de repente, la esfera empieza a temblar.

El viajante sigue chillando, rabioso, sin dejar de mirar al Sif. Tercio sigue aullando de dolor. Denis empieza a cerrar los puños y nota cómo recupera el control de su cuerpo. La esfera cada vez tiembla con más fuerza y numerosos escombros comienzan a caer del techo.

Algo va mal. Lo puede ver en los ojos del Sif, que de nuevo muestran esa confusión, esa inquietud, ese miedo a estar experimentando algo que no se espera y que, por tanto, no controla.

Denis vuelve a gritar, sintiéndose más poderoso y vengativo que nunca. Se deja embriagar por esa oscuridad interna, abrazando cada emoción con satisfacción.

No sabe qué está pasando, pero es algo que asusta a Sif Noah Peaker.

Denis se siente parte de un todo. Percibe la rebeldía del aire, la ira del fuego, la presión del agua y la fuerza de la tierra. Siente que Vawav está ahí, con él. Y que su mundo está dispuesto a ayudarlo porque, en cierto modo, ambos comparten las mismas emociones.

Así que implora su ayuda y pide a la tierra que se mueva con más brío. Que se zarandee con vigor. Que haga lo que sea necesario para destruir esa maldita cárcel. Esa esfera.

Los cables se empiezan a descolgar y Denis adquiere la movilidad suficiente para deshacerse de ellos y lanzarse al suelo. Aterriza al lado de su amigo, quien sigue teniendo a la bestia aferrada a su tronco. Todos sus miedos han desaparecido y, aunque hace un momento se sintiera un despojo humano, la fuerza mental que tiene ahora mismo hace que su cuerpo pase a un segundo plano.

—¡NO!

El grito lo lanza Sif Noah Peaker, quien lo observa desde lo alto de la pasarela, aferrado a una de las esquinas de la entrada de la esfera. Tercio lo mira tan asustado como desesperado. Él se acerca hasta la bestia y, antes de que esta pueda partir en dos a su mejor amigo, introduce sus dedos en la mandíbula y, con un calor que no sabe de dónde ha salido, consigue freír los sistemas del robot. Las fauces metálicas se separan con facilidad en dos trozos, liberando así al joven de la muerte.

Todo a su alrededor sigue temblando, sacudiéndose con fuerza, como si Vawav se hubiera contagiado de su rabia y quisiera acabar con el lugar.

Denis cierra los ojos y piensa en él.

Kai.

En ella.

Bahari.

Piensa en el Equilibrio. En Terra.

Pero, por encima de todo, su corazón decide llamar a la única persona con la que ahora mismo necesita estar.

Amber.

Y entonces siente ese cosquilleo. Esa electricidad recorriendo cada parte de él.

Ese calor que empieza a emanar de su espalda.

¿Denis?

El chico escucha la voz de Kai y no se lo piensa dos veces.

Agarra con fuerza a su malherido amigo.

Las dos auras de luz azulada que surgen detrás de su espalda comienzan a envolverlos a ambos como si fueran dos alas.

Con la velocidad de un parpadeo, Denis y Tercio desaparecen de Vawav.

DECIMOSEGUNDA CATÁSTROFE
¿Por qué no me oyen?

A pesar de la mala noche que he pasado por culpa de los malditos temblores, me concentro en hacer bien mi trabajo. ¿Deberíamos estar aquí más de cien personas con todo lo que está pasando? Yo creo que no, pero mi opinión no importa. Para variar. Soy un tipo profesional y quiero confiar en que tanto el director como la productora sabrán tomar la decisión correcta y velar por la seguridad de todo el equipo.

Vamos, Mario. Tú céntrate en clavar este último take *igual de bien que los anteriores.*

Cada toma que se vaya al garete será un coste adicional para la productora, porque rodar escenas exteriores de acción con explosiones reales, coches saltando por los aires y un sinfín de artilugios más no resulta nada barato. Por eso a Hollywood le gusta grabar aquí, en las islas Canarias. Porque es bonito, barato y el Gobierno siempre se enrolla a la hora de dejar que los estadounidenses monten las parafernalias que les vengan en gana. En este caso, están grabando la nueva entrega de una famosa saga de acción (de la que no puedo decir el nombre por contrato, claro) donde los protagonistas son los coches y la testosterona. Cada entrega es más loca que la anterior (¡en una de las últimas acabaron llevando los coches al espacio!), así que en esta sus protagonistas tendrán que enfrentarse a la mismísima madre naturaleza con la erupción de un peligroso volcán. Además, la villana de esta entrega es una de las grandes heroínas del cine de acción. Tampoco puedo decir su nombre, pero sí que puedo mencionar que protagonizó otra famosa (y bizarra) saga de películas basadas en un

videojuego de terror. Y yo soy muy fan de esta señora, así que te puedes imaginar lo emocionado que estoy con formar parte de este proyecto. Si todo va según lo planeado, el año que viene por estas fechas estará estrenada en salas.

—¡Vamos a ello, equipo! —grita uno de los ayudantes de dirección para después acercarse a mi posición—. ¿Estás listo?

Asiento mientras doy un trago de agua a la botella que me ha dado la chica de producción, me crujo el cuello, sacudo mis extremidades y lanzo una respiración profunda. El muchacho de maquillaje me retoca un poco los pómulos con esos polvos que simulan el hollín carbonizado. A mi alrededor, los distintos equipos acuden a sus posiciones a la espera de que empiece la cuenta atrás y el director diga esa palabra que, da igual cuándo la escuches, te pone los pelos de punta.

Diez segundos. Son solo diez segundos de toma, pero son fundamentales para que la espectacularidad del plano luzca en el montaje final.

—¡Motor! —dice el ayudante de dirección.

—Graba —contesta sonido.

—Dos cuatro. Primera —añade el ayudante de cámara con la claqueta que aparece en plano.

—¡Graba! —responde cámara.

¡Clac!

El ayudante se retira y deja el plano libre conmigo enfocado.

—¡Cuadro! —confirma de nuevo la mujer con la cámara.

Y entonces el director, el que orquesta toda esta locura, dice esa palabra mágica con la que, en cierta manera, consigue transformar todo lo que nos rodea en el mundo que, en ese momento, imaginamos más de cien personas a la vez:

—¡Acción!

Empiezo a correr con todas mis fuerzas. Sé que al décimo paso voy a escuchar un silbido que anuncia la explosión que va a llegar dos segundos después. Es en ese momento cuando tengo que estar en mi marca al final de la valla para después echar un vistazo atrás. Ahí veo cómo el coche del antagonista viene hacia mí dando vueltas de

campana por culpa de las rocas de fuego que lanza el volcán. Vuelvo a girarme a la valla, pongo mis manos sobre ella y con un fuerte impulso cruzo la barandilla, precipitándome al vacío.

—¡Corten!

Los arneses que llevo tiran de mí con fuerza para evitar que me estampe contra el suelo. El coche, obviamente, lo grabarán en otra toma y los de VFX harán su magia para integrarlo en el plano. Igual que el diseño de las rocas volcánicas, quitar las cuerdas que velan por mi seguridad y un sinfín de cosas más que forjan esta gran y perfecta mentira llamada *cine*.

Mientras los chicos de producción me devuelven al suelo, el equipo directivo decide si la toma vale o, por el contrario, hay que repetirla.

—¡Es buena, equipo! —anuncia el ayudante de dirección—. Buen trabajo, Mario. ¡Adri, te toca!

—¿«Buen trabajo»? —interviene, burlón, mi compañero de batallas —. Debería hacer él toda la película.

Adri, mi amigo de por vida, la persona a la que le debo tener este trabajo, resulta ser una de las jóvenes promesas del cine español. Y yo, que empecé estudiando en la escuela de cine a su lado, soy su doble de acción. Ahora estamos los dos compartiendo esta aventura, participando en una de las grandes apuestas de la industria internacional y, por encima de todo, pasándolo bien.

Siempre que termino de hacer una toma peligrosa se acerca y me da un abrazo. Después me dice en lengua de signos que sigo siendo un auténtico cabronazo porque pongo las caras «intensitas» mucho mejor que él. Yo me limito a contestarle con un corte de manga, devolviéndole el abrazo y juntando nuestras frentes en el ritual al que estamos acostumbrados.

Ser mudo y aspirar a trabajar como actor en Hollywood no es incompatible. Yo he conseguido alcanzar mi meta especializándome en un tipo de interpretación que no requiere del don de la lengua. Pero, aunque mis tomas sean las más peligrosas, las más espectaculares, las más caras y sea yo quien protagonice casi todos los momentos épicos del film, el nombre de Adri será el que aparezca en el cartel. Será él quien haga las entrevistas donde los medios le

pregunten cómo fue rodar las escenas de acción en las laderas del Teide. Él, por supuesto, me menciona siempre. Cuenta lo que yo no puedo relatar, dándome la voz que no tengo y, por encima de todo, el crédito de ello. Pero ¿a quién le va importar la historia de un chico mudo de treinta y pocos años que es el doble especialista de los actores más famosos de la industria?

Adri y yo llevamos siendo amigos desde que éramos unos críos, cuando los dos soñábamos con hacer grandes películas. Formamos un gran equipo y eso es en parte porque él siempre ha intentado hacerme partícipe de todo, evitando que mi discapacidad sea un problema. Cuando perdí la voz de pequeño, él no dudó en aprender también lengua de signos conmigo para que no me sintiera solo. Es curioso, porque cuando la gente nos ve interactuar se piensa que también soy sordo porque Adri ha decidido aprender la única lengua en la que me puedo comunicar. Pero la realidad es que oigo de maravilla. Entiendo todo lo que me dicen.

Las tomas de Adri son más pesadas, así que tengo unas cuantas horas libres. Regreso a mi caravana para acomodarme y darme una ducha después de la intensa jornada de saltos, carreras y explosiones que he sufrido. Quizá me dé una vuelta por el Parque Natural del Teide. Siempre me ha gustado Tenerife y tengo que aprovechar la oportunidad de conocer el icónico volcán sin estar rodeado del material de rodaje y el gigantesco equipo humano que hace posible que esta película sea una realidad.

Pero, cuando estoy a pocos pasos de llegar a las caravanas, lo vuelvo a sentir.

Otro temblor.

Llevamos todo el día así. Las tomas que hemos repetido esta mañana han sido por culpa de los dichosos temblores. No voy a negar que hay una preocupación generalizada en el equipo, más aún con la cantidad de cosas extrañas que están pasando en el mundo. Pero, supuestamente, según el organismo responsable de la actividad del Teide, «la crisis sísmica no es lo suficientemente fuerte como para alarmarse». Sé que aquí también entra en juego el dinero que se perdería si tuviéramos que evacuar la isla (¡no me quiero imaginar el

papeleo que tendría que presentar la productora a los seguros!), pero por mucho que admire el Teide no me gustaría verlo enfadado.

Un nuevo temblor, más potente que el anterior, vuelve a sacudir el suelo. Las rocas empiezan a crujir por los movimientos sísmicos y tengo que apoyarme en una de las mesas de pícnic que han montado en la zona común entre las caravanas.

Unos minutos después, Adri aparece recorriendo el mismo sendero que yo. Por los gestos que va haciendo con la cabeza, deduzco que, finalmente, han decidido parar el rodaje.

—Es alucinante, macho —protesta una vez ha llegado a mi lado—. Ahora resulta que es peligroso grabar. Ha venido el tipo de ayer, el del Instituto Geográfico Nacional. Dicen que van a evacuar esta zona de la isla por precaución.

Cuando le pregunto a qué hora nos tenemos que ir, no sabe responderme. Todo el equipo está igual de confundido que nosotros, así que tampoco sabemos muy bien qué es lo que tenemos que hacer en un caso como este.

—Necesito una cerveza. ¿Quieres una?

Afirmo con un gesto mientras desbloqueo el móvil y empiezo a buscar en internet cosas sobre el Teide. Bueno, en concreto busco lo que habría que hacer si el Teide entrara en erupción.

Lo que leo no me deja tranquilo.

Resulta que, según los geólogos, el Teide es un estratovolcán (un bicho terrestre con miles de metros de altura y forma cónica) cuya erupción sea, posiblemente, pliniana. Es decir, muy explosiva. Esto se debe a que el magma, al ser tan viscosos y espeso, no saldría por la chimenea del volcán, sino que estallaría por alguna parte, provocando las llamadas nubes ardientes.

—Toma. —Adri deposita la cerveza al lado con un sonoro golpe que me saca de mis investigaciones.

Le paso el móvil para que lea mi descubrimiento, pero mi amigo me hace un gesto negativo con la cabeza. Yo le insisto en que como esa montaña se esté despertando la situación que vamos a vivir puede ser parecida a la que sufrieron en Pompeya con el monte Vesubio. Pero Adri mira para otro lado, ignorando mis gestos y, por tanto, lo

que quiera decirle. La putada de ser mudo es que con tan solo cerrar los ojos puedes dejar de «oírme».

—En el fondo, tiene su gracia —confiesa, soltando su suspiro—. Estamos grabando las escenas en las que ese monstruo de ahí…

Cuando veo que Adri no termina la frase, cuando veo cómo sus ojos se abren como platos, cuando veo cómo su cara refleja un miedo que ni en su mejor actuación ha sido capaz de poner, me doy cuenta de que algo va mal. Realmente mal.

Me giro hacia la inmensa montaña y veo que ha empezado a salir humo de su pico. Ahora soy yo el que se queda congelado.

Adri me arrebata el móvil de entre las manos y se pone a leer como un loco lo que quería enseñarle hace unos pocos minutos.

—Erupción pliniana. ¿Qué demonios es una erupción pliniana?

Le muestro una recreación de la explosión de Pompeya en YouTube para que se haga una idea de la gravedad del asunto.

—No, no, no —niega con una risa nerviosa—. Si esto fuera igual que en el vídeo, ya estaríamos muertos, ¿no? ¡Ni siquiera se ha escuchado la explosión, Mario! No me asustes, cojones.

Ahora soy yo quien le arrebata el móvil con fuerza y le enseño la parte en la que se explica que estos volcanes suelen mostrar una actividad relativamente leve antes de explotar. Como una maldita olla exprés.

—¿Equivalente a tres o cuatro bombas atómicas? Tienes que estar de broma.

Un nuevo temblor, esta vez más fuerte, vuelve a sacudir toda la zona. Y ahora sí que sí todos escuchamos un petardazo que retumba por toda la isla, seguido de una onda expansiva que nos tira al suelo.

—Mierda, Mario… —me dice Adri, incrédulo, mientras se pone de pie—. ¡Mierda!

Cuando volvemos a mirar al Teide, vemos que la columna de humo ha crecido de forma exagerada. Quizá tenga una altura de cincuenta o sesenta kilómetros. Las nubes parecen formar un árbol cuyo tronco está conformado por rayos y fuego.

El caos en todo el set se empieza a desatar. Mientras unos corren hacia el *parking*, que está en dirección a la ladera del volcán, nosotros

optamos por ir a pie en dirección contraria para llegar a la carretera y subirnos a algún coche antes de que se haga un tapón de tráfico en la salida del aparcamiento.

Las motas de ceniza no tardan en mancharnos el rostro y el ambiente empieza a impregnarse de un desagradable olor parecido al de los huevos podridos. Son varios los compañeros que han seguido nuestros pasos, así que cuando llegamos a la carretera ya somos por lo menos una docena de personas intentando que algún buen samaritano nos suba a su coche para sacarnos de aquí.

—Tenemos que bajar más —comenta Adri, fatigado—. Esta carretera está demasiado concurrida.

Así que seguimos descendiendo mientras el aire se va cargando más, mientras la lluvia de ceniza va siendo más abundante. No sé cuánto tiempo llevamos corriendo, esquivando arbustos y bajando terraplenes sin tropezar y caer rodando. Yo, de vez en cuando, echo una mirada atrás y, aunque el volcán está bastante lejos, las primeras coladas de lava empiezan a resplandecer por su chimenea.

Nuestra ruta de escape nos lleva hasta la urbanización más próxima al set y, para nuestra fortuna, vemos cómo un coche va a cruzar por el acceso que tenemos a unos pocos metros de distancia.

Yo me pego una carrerilla hasta pararme en mitad de la calzada, obligando al coche a detenerse por completo. Con los brazos en alto y la cara de terror, es Adri quien se acerca al conductor y suplica que nos lleve hasta un lugar seguro.

El destino tiene un sentido del humor curioso, porque quien nos acoge resulta ser nada más y nada menos que el geólogo que ayer nos dijo que la actividad sísmica no era preocupante.

—¡No tiene sentido! —nos explica mientras conduce, alterado, con los limpiaparabrisas en movimiento para evitar que la ceniza se acumule en el salpicadero—. ¡Esta erupción se escapa de cualquier patrón!

—¿A qué te refieres?

—Un volcán no estalla de repente. Avisa con antelación. Suele hacerlo con un par de años o, si son rápidos, varios meses. Pero esto… ¡esto ha sido en días!

—Y eso es… ¿malo? —pregunta Adri, quien ha decidido ocupar el asiento delantero del coche mientras yo permanezco atrás.

—¡Es terrible! ¡Puede estallar en cualquier momento!

Adri suelta una carcajada.

—Amigo geólogo, no sé si ha mirado por el espejo retrovisor, pero… eso creo que ya ha hecho *boom*.

—No, no —informa el hombre—. Eso aún no ha hecho *boom*.

—¿Y no se supone que tienen herramientas para gestionar esto?

—¡Claro que las tenemos! —se defiende—. ¡Hemos previsto todas las erupciones de los últimos años! ¡Alertamos y preparamos a la población con posibles simulacros!

Quiero decirles que al volcán le pasa algo, porque una de sus laderas parece haberse desprendido. Quiero informales de que el magma se está derramando por otro de sus lados, formando una nueva colada. Quiero preguntarle al señor experto por qué el lateral del Teide parece estar abombándose como si fuera un maldito globo.

¿Por qué no me oyen? ¿Por qué nadie me escucha? ¿Por qué para hacerme entender necesito una voz? ¿Por qué no pueden ver lo que les quiero decir?

Pero, mientras ellos discuten sobre el dinero público y la inversión que hace el Estado en cosas como esta, una nueva explosión sacude toda la isla.

El lateral de la montaña que se estaba hinchando ha, literalmente, explotado. Puedo ver cómo numerosos restos salen disparados hacia nosotros, como meteoritos rodeados de lava y fuego. La lluvia de rocas comienza a destrozar la carretera y son varios los trozos que caen impregnados del viscoso y denso magma que sale del Teide.

El geólogo comienza a esquivar lo mejor que puede los desechos mientras no deja de gritar «¡Dios mío!» y a hablar a toda velocidad sobre cosas técnicas que no comprendo.

Cuando vuelvo a girarme para ver lo que ocurre a nuestras espaldas, observo cómo una enorme nube de color gris, con tintes de fuego en su interior, avanza a toda velocidad hacia nosotros.

Se va tragando todo lo que encuentra a su paso: primero el *parking*, después el set de grabación, a continuación la zona de las caravanas…

Como una avalancha, desciende a toda velocidad por la ladera, engullendo la carretera con los coches y personas que había en ella, acercándose a la urbanización en la que nos encontramos hasta…

Hasta llegar a nosotros.

Si esto fuera una película con un final feliz, terminaría con un fundido progresivo a créditos.

En cambio, en nuestro caso, lo que se produce es un completo y total corte a negro.

Eso que es real y no se puede explicar

La jaqueca es horrible.

Desde hace cinco minutos, Kai siente un dolor de cabeza tan espantoso que pareciera que un taladro le estuviera atravesando el cráneo. Le invade por todas partes: la nuca, las sienes, la coronilla… El chico se aprieta con fuerza los ojos, como si a través de ellos quisiera acceder al interior de su cerebro para intentar detener el dolor.

—Deberíamos parar —pide Amber, sin despegarse de su lado.

Llevan más de dos horas metidos en un coche todoterreno recorriendo una ruta alternativa para evitar los posibles colapsos de tráfico que se produzcan en las grandes carreteras. Con todo lo que está ocurriendo, la gente se ha vuelto histérica. Desde que salieron de casa en la madrugada, ha amanecido y transcurrido gran parte de la mañana debido al caos en el interior de la ciudad. Pero por fin están camino de ese refugio que tiene el Priorato del Equilibrio en mitad de la montaña.

Conduce uno de los guardianes cercanos a Camila, quien ocupa el asiento del copiloto. Amber, Gala y Kai viajan en la parte trasera del vehículo, quienes, gracias a la amplitud interna de la que goza este tipo de coches, no van apretados. Sin embargo, el chico siente que el mundo se le viene encima con la presión que siente en la cabeza.

—No nos queda mucho —los avisa el conductor—. Calculo que unos quince minutos.

—Creo… creo que voy a vomitar.

No es que lo haya dicho para que detengan el auto. Es que verdaderamente el dolor es tan insoportable que le están entrando náuseas.

—Respira hondo —dice la doctora mientras le acaricia la nuca con delicadeza—. Concéntrate en tu respiración, Kai, como hacíamos en los ejercicios de meditación guiada.

Cuando el coche se detiene en el arcén de tierra, Kai es el primero en abrir la puerta y caminar hacia la arboleda que cubre la montaña por la que están transitando. La primera arcada le viene en cuanto inhala una bocanada de aire fresco. Tiene el estómago vacío, así que lo único que consigue echar es la asquerosa bilis, que le deja un regusto amargo y desagradable en la boca.

¿Por qué me duele tanto? ¿Qué mierda está pasando?

Un nuevo pinchazo, más fuerte que los anteriores, le hace pegar un grito de dolor que, sin saber muy bien por qué, se ha impregnado también de rabia.

—Respira… —insiste la doctora, a unos pocos pasos de él.

—¡No me toques! —contesta él, apartándose del grupo con violencia—. ¡No os acerquéis!

—Kai… ¿qué te pasa? —pregunta Amber, preocupada al notar que su amigo parece no reconocerlas—. Somos nosotras.

El chico empieza a caminar hacia el interior del bosque, pero tiene que apoyarse en los troncos de los pinos para no tropezarse. Su visión empieza a nublarse, viendo borrones en vez de formas nítidas. Nota cómo el aire parece no llegarle a los pulmones. Se siente tan agitado que su corazón parece que va a estallar.

Te lo voy a decir una última vez: abre el portal.

Esa voz… Conoce esa voz. No le llega en forma de recuerdo. Pareciera que Sif Noah Peaker está a unos metros de él.

—¡No! —grita él, furioso, soltando babas por la comisura de los labios.

—¡Kai!

La voz de Amber suena a lo lejos. Todo parece alejarse. Todo parece desvanecerse. La rabia, la impotencia y el dolor empiezan a

dominarlo sin saber muy bien por qué. Su cuerpo deja de responder por él y cae de rodillas al suelo, hundiendo sus manos en la tierra, y, por muy extraño que le parezca, siente que esta empieza a vibrar de una forma muy sutil.

Kai.

Una nueva voz. Una nueva sensación. Todo se apaga durante un segundo. Todo se calma.

¿Denis?

No lo ve, pero lo siente. Siente su dolor, su tristeza, su miedo. Siente la desesperación de su gemelo. Siente la llamada de auxilio que le está haciendo.

Kai.

El dolor de cabeza se transforma en una vibración que conoce muy bien. Se deja embriagar por ella, conduciendo ese calor hasta la parte alta de su espalda. Sus escápulas comienzan a caldearse como un radiador. Nota ese agradable cosquilleo que, de repente, enciende todos sus sentidos.

A unos metros de él, Amber y Gala contemplan cómo dos auras de luz azulada emergen de la espalda del chico con la forma de dos inmensos círculos deformes que parecieran querer adquirir la forma de unas alas. Cuando esta luz parece abrazarlo, Kai se pone tan tenso que un nuevo destello hace que las auras se expandan y, en un parpadeo, descubran una figura detrás de él. Las azuladas formas circulares de luz vuelven a desaparecer, recogiéndose en su espalda igual que han emergido.

Kai se desmaya sobre la tierra del bosque.

Tras él, una figura desnuda abraza el cuerpo ensangrentado de otra persona.

Amber se lleva las manos a la boca, incrédula al reconocer al chico que acaba de aparecer de la nada.

Lo último que escucha Denis antes de caer al lado de su gemelo es el grito de su nombre en boca de la chica que le ha dado fuerzas para aguantar todas las torturas de Sif Noah Peaker.

A pesar del mullido colchón sobre el que descansa, siente unas molestas agujetas por cada recoveco de su cuerpo. El refugio de las sedosas sábanas que lo cubren hasta la parte alta del pecho le otorga una sensación de confort. Sin embargo, el cálido y suave tacto que siente sobre su mano es lo que le lleva a esa paz y tranquilidad que, al abrir los ojos, le hace pensar que ha abandonado el mundo terrenal.

La mano de Amber está entrelazada con la suya. La chica se ha quedado dormida a su lado, sentada en un sillón, pero con el cuerpo descansando sobre la cama en la que se encuentra. Está dormida con la cara girada hacia él, como si hubiera estado luchando contra el sueño mientras lo vigilaba.

Cuando Denis hace un pequeño movimiento para incorporarse, la chica se espabila de repente, en un sobresalto. Parpadea un par de veces, aún aturdida por no saber si sigue soñando o de verdad el chico de Vawav ha despertado. Cuando ella le sonríe, le aprieta con más fuerza la mano, se la lleva a los labios y le da un tierno beso en los nudillos.

Denis traga con dificultad antes de poder hablar.

—Por un momento he pensado que estaba muerto —confiesa con una voz ronca.

Amber suelta una risotada impregnada de un sutil sollozo por culpa de las lágrimas que han empezado a emanar de sus ojos. No le suelta la mano. No parece creerse que el chico esté ahí, con ella.

—Porque… no estoy muerto, ¿verdad? —se plantea al ver que la muchacha no dice absolutamente nada.

Cuando él se intenta incorporar un poco más erguido, su rostro manifiesta una mueca de dolor.

—Quieto —le ordena ella, apoyando una de sus manos en el pecho del muchacho para que vuelva a tumbarse.

Él obedece y ambos se quedan en silencio, mirándose el uno al otro, perdiéndose en cada facción de su cara, cada recoveco de su rostro. Los ojos del color de la miel en ella. Un azul propio del mar en los de él. Amber no quita la mano del pecho de Denis. Parece como si estuviera concentrada en su respiración, asegurándose de que todo está bien.

—Amber, yo… —empieza a decir el chico.

No sabe por dónde empezar. No sabe ni lo que quiere decir. Necesita explicarle tantas cosas que le resulta imposible no abrumarse.

Ella le chista. La mano que siente el latido de su corazón viaja hasta su rostro. Denis nota cómo la chica recorre los agrietados labios, acaricia sus marcados pómulos y palpa la punta de su nariz. Todo ello en un delicado y lento ritual, como si estuviera estudiando y admirando una frágil figura de porcelana.

Cuando Amber vuelve a recorrer sus labios con la yema de los dedos, él no puede evitar besarlos con ternura. Cuando su mano vuelve a descansar sobre su mejilla, él no puede evitar sostenerla. Cuando su mirada vuelve a encontrarse con la de ella, Denis no puede controlar las lágrimas que empiezan a surcar sus mejillas.

—Esto es real —susurra ella en un hilo de voz.

Los centímetros que los separan desaparecen al juntar sus frentes. Ambos se acarician chocando con ternura sus narices, como lo hacen los esquimales cuando quieren manifestar su amor. Las manos de ella recorren sus mejillas y las de él se hunden en el cabello de la chica.

—Es real —repite.

Los labios de ambos se juntan en un delicado beso que sabe a esperanza y a miedo. El dulzor se mezcla con un matiz de sal proveniente de las lágrimas. La humedad de una boca se funde con la de la otra con cada acompasado movimiento en el que sus lenguas parecen encontrarse, reconocerse y adaptarse. Ambos parecen haberse olvidado de respirar. Solo sienten. Sienten que son reales. Sienten que están ahí y que lo único que importa son ellos. Sienten que todo lo que las palabras no pueden explicar lo hacen los besos. Sienten el placer y el dolor, el arrepentimiento y el perdón, la ilusión y el terror, la serenidad y el coraje.

Porque, al fin y al cabo, ese es el sabor del verdadero amor.

El último portal

Envolver el cuerpo de Docto Chidike en telas y ungüentos para su transporte es una de las cosas más duras a las que se han enfrentado Bahari y Nabil. A pesar de que el Sapiente haya dejado la vida mortal en Zabrath, los centinelas han decidido preparar el cadáver para llevarlo hasta la ciudadela. Con el calor de Ídedin y, más aún, del propio desierto es importante conservar bien al difunto para evitar su temprana descomposición. Sería una deshonra que el ritual del entierro se hiciera con un cuerpo putrefacto, así que han tenido que untar cada centímetro de su piel con un aceite cremoso hecho a base de aloe vera y menta para después envolverlo con unas vendas como si lo fueran a momificar.

El arduo trabajo les ha llevado varias horas. No solo ha requerido un esfuerzo físico, sino también una entereza mental que pocas veces han tenido que demostrar. Así que Nabil, al abandonar la estancia en la que han preparado a Docto Chidike y después de despedirse de él con un solemne gesto, no puede evitar estallar en sollozos sobre el hombro de su mejor amiga. Bahari lo abraza con fuerza, compartiendo la tristeza y el dolor del centinela, pero también intentando reconfortarlo.

—Se ha marchado cuando ha querido —susurra ella—. Y no se me ocurre nadie mejor que tú para continuar con su legado.

—Tengo miedo, Ba —confiesa Nabil en un sollozo, como si fuera un niño asustado—. Tengo miedo por todo lo que va a pasar. Tengo miedo de no ser el Maestro del Viento que Ídedin necesita.

Bahari se separa de él con delicadeza y le alza con suavidad el

cincelado mentón para que sus ojos se encuentren.

—Y yo tengo miedo de no ser la viajante que el Equilibrio merece, pero… aquí estamos. Es lo que somos y lo que nos ha tocado.

Nabil parece serenarse, porque de sus labios emana una tierna sonrisa. Después se enjuga las lágrimas. Lanza un profundo suspiro con el que permite que sus emociones se apacigüen. Ella le pone la palma de la mano en el pecho y él hace lo mismo en su esternón. Los dos amigos permanecen en silencio, concentrados en la respiración de ambos, intentando acompasarse el uno con el otro en un ejercicio de meditación física y espiritual.

Cuando Nabil abre los ojos, vuelve a lucir la entereza a la que Bahari está acostumbrada. Ella le sonríe con orgullo y él parece contagiarse, pero con un pequeño atisbo de vergüenza y rubor que le hace apartar la mirada.

Bahari aprieta los labios, consciente de lo que el chico siente por ella. A pesar de que le ha jurado respeto. A pesar de haber hincado la rodilla en símbolo de lealtad al Equilibrio. A pesar de que se ha mostrado fiel a la causa y ha luchado con ella por Ídedin. Ir en contra de lo que el corazón anhela es una de las tareas más difíciles a las que el ser humano se debe enfrentar. Amar sin ser correspondido. Aceptar que esa persona no te pertenece. Asumir que tus deseos más íntimos jamás se van a hacer realidad. Luchar contra esa esperanza que intoxica la imaginación y disfraza la realidad con cosas que no son. El amor habla un lenguaje difícil de entender e interpretar. Una dicotomía entre lo que quiere tu corazón y lo que subraya tu razón.

Bahari comprende muy bien a su mejor amigo. Y eso la entristece aún más, porque no hay peor cosa que provocarle dolor a alguien a quien quieres. Un dolor que no puedes evitar aminorar porque no existe un bálsamo para calmarlo, ya que la presencia de aquel depende de tu existencia. ¿Cómo se puede elegir entre lo que quieres y lo que debes? El amor no comprende, no es alguien a quien le puedes explicar lo que está mal y lo que no se debe hacer. No es un infante al que puedas educar. El amor no aprende, solo experimenta, y quizá por eso se acostumbra al entorno que lo rodea. Se adapta a él.

Como si esas emociones la hubiesen invocado, Docta Sena aparece

unos metros más allá. Bahari rompe el vínculo con su amigo y dirige su mirada hacia ella. Él lo nota, así que, cuando se gira y ve quién ha interrumpido el íntimo momento entre ambos, no puede evitar ocultar esa sutil mueca de dolor y decepción.

—Seguiré soñando con ese futuro que nunca llegará —confiesa él, cabizbajo—. Con nosotros en Asserat criando a nuestros hijos, cosechando nuestras tierras y paseando al ganado.

Bahari le acaricia la mejilla con ternura, raspándose los dedos con su fuerte y frondosa barba.

—Guárdanos con cariño en ese recuerdo utópico, Nabil —empieza a decir ella, con un nudo en la garganta—. Pero no dejes que el anhelo se convierta en una tortura. No dejes que el sueño entristezca la realidad. No permitas que un futuro que no va a llegar ahogue nuestro presente.

Nabil suelta un suspiro donde se juntan el afecto y la melancolía.

—Sé convivir con mi dolor, Bahari. Del mismo modo que tú sabes hacerlo con el tuyo. Por eso estaremos bien. Allá donde el Equilibrio nos lleve, estaremos bien.

La viajante sabe que las palabras de su mejor amigo empiezan a teñirse del color de la despedida. Los dos saben que sus caminos, después de tanto tiempo recorriéndolo juntos, se van a separar. Bahari se refugia en un abrazo con el que vuelve a sentir al centinela solo para ella. Saborea el momento como si fuera el último porque, en parte, es posible que así sea. Agradece cada segundo que ha compartido con él. Tanto los momentos de luz como los de oscuridad. Porque son las dos caras de la moneda lo que los ha llevado hasta ese momento y los ha convertido en quienes son.

Bahari se separa de Nabil, dando por concluido un momento que no sabía cómo iba a acontecer, pero que por fin ha realizado. Ahora camina aterrada hacia Docta Sena y Yago mientras Winda y su leopardo albina se cruzan en su camino para acudir al lado de su hermano. La melliza del centinela le acaricia el brazo cuando pasa a su lado.

—Winda —dice Bahari girándose hacia ella. La chica se detiene, a la espera de escuchar lo que la viajante tenga que decir—. Cuida de él.

Tu hermano no es capaz de no meter la pata sin tener al lado a una mujer fuerte y serena como nosotras.

Winda la mira luciendo una sonrisa burlona y cómplice que, por alguna extraña razón, la reconforta. Una parte de ella juega con imaginar cómo habría sido la relación entre ambas si se hubieran conocido en otras circunstancias, pero también se alegra de que la chica haya aparecido en su camino justo cuando Nabil más lo necesitaba.

—Mi hermano no es capaz de hacer nada sin nosotras —responde Winda, coqueta y burlona.

Bahari asiente divertida y vuelve a emprender el camino hacia Docta Sena y Yago. Virgo, su querido compañero animal, permanece sentado al lado de ellos, atento a la escena. Lo primero que hace el chico de Terra es recibirla con un cálido abrazo, como si las palabras sobraran y supiera el estado emocional en el que se encuentra.

—Os dejo que habléis —anuncia el muchacho.

Yago se marcha con Virgo a uno de los extremos de la parcela para contemplar las vistas que ofrece Zabrath ahora que el tiempo parece haber escampado. A Bahari la alegra ver que el diente de sable comparte el mismo sentimiento de protección que ella hacia el chico de Terra.

—No se separan —comenta Docta Sena.

—Han forjado un bonito vínculo. Muy sincero —confiesa ella, sonriendo.

—Le vendrá muy bien a Virgo. Ya sabes cómo son los felinos con los lugares desconocidos… Les cuesta adaptarse.

—Me alegra que estés de acuerdo en que Virgo se venga a Terra conmigo. Temía que fuera una discusión que tuviera que afrentar.

Docta Sena se acerca a Bahari, colocándole las trenzas detrás de la oreja y acariciando el rostro de la muchacha.

—Ese animal forma parte de ti, mi querida niña —susurra la Sapiente, emocionada—. No puedo permitir que dejes un pedazo de tu alma en Ídedin.

A Bahari le encantaría decirle que, mientras ella siga en Ídedin, una parte de su alma permanecerá en este mundo. Porque cada vez

que piensa en Sena se siente como en casa. Aferrarse al recuerdo de las lecciones en el aula, sus consejos, el olor de su piel cuando se acercan, su pelo cayendo como una cascada de fuego sobre sus pecosos hombros, el contraste de sus ojos verdosos con el rojizo cabello. Cada vez que Bahari quiera sentirse en Ídedin pensará en ella.

Un pedazo de mi alma se queda aquí contigo.

Como una imagen vale más que mil palabras, Bahari alza la palma de su mano y con un chasquido hace surgir una llama que empieza a danzar por los dedos. Docta Sena le copia el gesto creando otra flama. Poco a poco las dos mujeres acercan sus ardientes manos hasta que las dos ascuas se juntan en un fuego más poderoso. Las yemas de ambas manos se encuentran y se acarician con dulzura. Los dedos de las dos se entrelazan, abrazando ambas manos en un gesto tan sensual como cariñoso. El fuego se ha convertido en una perfecta esfera que gira a toda velocidad en un movimiento de rotación cuyo eje central son los puños de las dos mujeres.

Entonces se miran. Bahari no puede evitar sonreír mientras las primeras lágrimas de felicidad caen por sus mejillas. Docta Sena aprieta los labios, compartiendo con ella el mismo sentimiento de alegría que, para desgracia de ambas, se tiñe de tristeza ante la inminente despedida.

Cuando separan sus manos, el fuego se apaga. Todo parece calmarse y serenarse.

—Te dije que acabarías domando al fuego —confirma Docta Sena, emocionada—. Jamás dudé de ti.

—Lo sé —confiesa Bahari con un tono de voz más ahogado—. Gracias, Sena.

La Sapiente hace una reverencia con la cabeza y después mueve la mano hacia un lateral, invitándola a caminar juntas.

—Es la hora —anuncia la Sapiente.

La tormenta de arena que amenaza en el horizonte no tardará en llegar a Zabrath. El Cambio está a punto de producirse y para Bahari

es el momento idóneo para abrir el portal que la lleve a Terra junto a Kai. Las sesiones de meditación le han dado una inmensa paz y confianza en sí misma, pero también siente que hay unas grietas en el Equilibrio que son imperceptibles para el resto del mundo. Ese estado de fragilidad es lo que, sin duda, dará a la chica la oportunidad de abrir el portal.

Sekthy, el responsable de Zabrath, es el primero en despedirse de los guardianes. Tanto Bahari como Yago agradecen la hospitalidad del pueblo y desean poder verse muy pronto, en un futuro en el que el Equilibrio, por fin, esté restablecido.

Winda se separa de ambos con una reverencia, jurando proteger el Equilibrio con todo lo que esté en su mano. Es curioso ver cómo, en ese mismo momento, Virgo se acerca hasta Yanna e inclina la cabeza en un gesto de respeto. Después se dirige a Stratus con un rugido juguetón, mientras que el pájaro suelta un graznido y aletea con fuerza sus gigantescas alas en señal de despedida. Los dos animales han pasado muchas horas de entrenamiento y juego juntos, así que serán los que más se echen de menos.

El siguiente en despedirse es Nabil, quien no duda en abrazar con fuerza a Yago. Este le susurra que, de haber tenido el centinela un gemelo en Terra, le habría pedido una cita. A lo que el centinela le responde que, si ese gemelo existiera, lo más seguro es que el Nabil de Terra se la hubiera pedido antes.

Cuando Bahari se acerca a ellos, la sonrisa burlona del centinela se transforma en un tierno gesto en el que no hay palabras. Solo un cálido y fuerte abrazo de despedida.

—Que no estemos en el mismo mundo no significa que estemos separados —susurra ella, refugiada en el pecho de su amigo.

Él no responde. Solo le regala un beso en la frente y una caricia en su trenzado pelo.

Finalmente, Docta Sena se acerca a la chica portando por última vez *El libro de la Unión* en sus manos.

—Interpretar los textos de estos escritos es una tarea muy espiritual y personal —añade la Sapiente mientras confía el objeto a la viajante—. Pase lo que pase, leas lo que leas… no le tengas miedo a la

palabra. Confía en ti, mi querida Bahari. Yo lo haré todos los días del resto de mi vida.

Las dos mujeres se separan con una elegante y lenta reverencia. Acto seguido, Bahari mira a Yago, quien permanece al lado de Virgo a unos metros de la Orden del Equilibrio.

—¿Listos?

El chico de Terra asiente.

Entonces Bahari abraza el libro contra su pecho y se pone de cuclillas. Yago copia el gesto, colocándose en el lado izquierdo de la viajante, mientras que Virgo se acurruca en el derecho. Ella cierra los ojos, respira hondo y comienza a pensar en Terra, en Kai, en todas esas extrañas sensaciones que la rodean y que sabe que pertenecen al Equilibrio.

—Que el Equilibrio os guarde y su promedio os acompañe —proyecta Docta Sena con fuerza.

Es lo último que escucha la chica antes de que las dos auras que surgen de su espalda abracen a los tres seres antes de hacerlos desaparecer por completo de ese complejo y precioso mundo llamado Ídedin.

SEGUNDA PARTE

Las brechas del Equilibrio

El terremoto de Vawav no solo se sintió en la prisión. El vertedero de la ciudad, cercano a los anillos exteriores de la metrópoli, sufrió grandes desperfectos, igual que los edificios colindantes a la zona. Sin embargo, todo eso es secundario para el Sif.

Que Denis haya sido capaz de utilizar la magia de Ídedin, liberarse de las ataduras, abrir un portal en cuestión de segundos y desaparecer junto a su amigo moribundo es una derrota en mayúsculas para el dictador.

Después de que la tierra dejara de temblar, la rabia pasó a consumir a Noah Peaker. Así que, aún con la mitad de la esfera destruida y varios equipos informáticos inutilizados, el monstruo de Vawav no dudó en calmar su ira rompiendo aún más cosas, lanzando improperios y gritos con una extinta afonía. Las pocas personas que han visto cabreado al Sif saben que su voz cambia cuando se deja llevar por la rabia: la delicadeza es engullida por un tono más gutural y grave con el que desaparece también su enfermizo y delicado aspecto.

El problema no es solo que su mayor y más preciado tesoro haya dejado de estar en su posesión, sino que al desconectarse antes de todos los cables no existe ninguna lectura sobre cómo ha conseguido abrir el portal. Sif Noah Peaker es un hombre de palabra y cumple las amenazas, así que, en cuanto los tres responsables de monitorizar al chico confesaron la inexistencia de los datos, el dictador no dudó en dispararles en el pecho a cada uno de ellos. No los mató de inmediato a propósito, ya que pretende que la agonía de los empleados motive al

resto para evitar futuros incidentes.

Y, como siempre, el estímulo da resultado.

Uno de los científicos, intentando no ceder al miedo y haciendo lo imposible por mantener la profesionalidad, confiesa al Sif que, aunque él no estaba monitorizando al chico, sí que estaba pendiente de las lecturas geológicas de Vawav.

—Los datos que hemos recibido son… son muy interesantes —explica el sumiso—. Con el temblor hemos perdido la conexión con el Departamento de Energía, pero, si pudiera ir a uno de los refugios en donde están los instrumentos de medición, quizá sacaría conclusiones más esclarecedoras.

—Vaya de inmediato a ese *refugio*, interprete eso que le parece tan interesante y preséntemelo —ordena el Sif, inquebrantable—. El resto quiero que limpiéis esto, evaluéis los daños y sigáis analizando los datos que tenemos antes de que el sujeto se quitara los cables.

«Brechas del Equilibrio».

Así es como bautizan el extraño fenómeno. El terremoto solo ha sido la manifestación de su fuerza; la consecuencia ha sido otra desaparición. Igual que semanas atrás ocurrió con una de las lunas de Vawav, con el nuevo temblor ha desaparecido una de esas montañas de residuos apilados en el vertedero.

El Sif se niega a pensar que el supuesto Colapso consista en que su mundo se vaya, poco a poco, desvaneciendo. Como quien borra un simple dato en el ordenador. ¿Qué clase de patrón sigue? ¿Es aleatorio? ¿Se puede predecir lo siguiente que *desaparezca*? Y la pregunta más importante de todas: ¿a dónde va? La materia ni se crea ni se destruye; se transforma. Así que tanto la pequeña luna verdosa como el montículo de desechos han tenido que manifestarse en algún otro lugar.

Terra.

Tiene sentido para él. Según las escrituras, el Equilibrio es la base sobre la que se asientan los dos mundos. ¿Quiere eso decir que tanto

Ídedin como Vawav acabarán formando parte de Terra? El Equilibrio ocupa el lugar en el que, supuestamente, todo era *uno*.

La llamada del empleado que ha ido hasta el refugio lo saca de sus pesquisas. El Sif da la espalda al enorme ventanal que luce su despacho, a través del cual siempre contempla su preciada metrópoli, y activa la pantalla holográfica, en la que aparece la imagen del tipo en las instalaciones del Departamento de Energía.

—Habla —ordena mientras cruza las manos por detrás en un gesto de control y liderazgo.

—El terremoto se ha producido de forma natural —confirma el empleado—. Las dos placas tectónicas que se delimitan en Azabache y por las que Áter nos otorga tanta energía mareomotriz son las responsables del sismo, pero…

La duda del empleado irrita a Sif Noah Peaker. No soporta cuando alguien se muestra vacilante con las conjeturas.

—¿Pero…?

—Cotejando las lecturas del sismógrafo con las constantes del viajante, las dos muestran una relación. A medida que el chico se alteraba, la tierra también lo hacía. Como… como si estuvieran *conectados*.

—Igual que el pequeño idediano —deduce el dictador.

—No exactamente. Eso es más puntual, más personal. Está focalizado en el niño —explica, nervioso, con una voz que cada vez se muestra más temblorosa—. Lo que el viajante ha provocado ha sido algo más global, como si quisiera conectar nuestro mundo con otro. Y de ahí… de ahí que se haya producido la brecha.

—¿De qué manera? —insiste el Sif, perdiendo un poco la afonía de su voz—. ¿Por qué ha podido abrir una brecha en el Equilibrio?

—Según los datos que tengo, me atrevería a decir que la brecha se ha producido por la presencia de actividad idediana —explica el empleado, midiendo muy bien sus palabras—. Puede que el viajante, al invocar un poder propio de Ídedin, haya desestabilizado el Equilibrio y…

—Y haya abierto esa brecha —termina el Sif, recuperando su afonía y calma habituales—. Interesante.

Después de ordenar al hombre que vuelva con el equipo de la prisión para seguir cotejando los datos, el Sif finaliza la llamada y vuelve a fijar su vista en la inmensa ciudad de la eterna noche. Deja que su mente vuelva a trabajar intentando razonar y encontrar la lógica a unos sucesos que rozan lo sobrenatural.

El Equilibrio se rompe con la interacción de los dos mundos. Cada vez que ocurre esto de manera insistente, se abre una brecha, una especie de orificio inestable en el que las cosas de su mundo parecen desaparecer. Pero no es que se desvanezcan; es que pasan a formar parte de otro lugar. De otro mundo.

El Sif sonríe al descubrir una posible forma de abrir un portal sin la necesidad de un viajante. Si altera lo suficiente el Equilibrio para poder provocar una nueva brecha, podría aprovechar el momento para cruzar al otro lado. En Vawav tienen la tecnología para interpretar los datos, conocen las matemáticas para hallar la fórmula que les diga el dónde y el cuándo. Si Sif Noah Peaker consigue tener el control del estímulo que ocasione esas brechas en el Equilibrio, solo queda resolver un enigma:

¿Qué puede utilizar para provocarlo?

El dictador regresa a su mesa de trabajo y vuelve a contactar con el Departamento de Energía para que pongan en marcha alguna operación que utilice los cristales de Ídedin.

—Agilizad el proceso y no escatiméis en manipular el citranium —ordena.

Sin embargo, necesita algo más. Un estímulo más directo que cause una interferencia total y absoluta de Ídedin en Vawav.

El Sif no tarda en acceder de nuevo a las cámaras que graban al pequeño idediano. Ahora está dormido, recuperando fuerzas después de la última sesión de pruebas, en la que siguen llevando al límite sus sentidos para estudiar el control que ejerce sobre los cuatro elementos. Noah Peaker acerca sus huesudos dedos a la pantalla holográfica, como si quisiera acariciar al crío.

—Todo este tiempo obsesionado con abrir una puerta —susurra para sí— cuando lo que tenía que encontrar era una forma de forzar la cerradura.

¿Funcionará? ¿Será suficiente incentivo para provocar una nueva brecha en el Equilibrio? El Sif confía y apuesta por ello. Así que, dando por hecho que tarde o temprano va a poder cruzar, se hace una nueva pregunta:

—¿De qué manera te puedo controlar, pequeño monstruo?

Reencuentro

Hay veces que la vida parece estar perfectamente orquestada, como el guion de una película cuyo final está escrito antes de que empieces el visionado. ¿Existe el destino o todo se reduce al azar? La infinidad de caminos y variables que puedes tomar es lo que te conduce hasta un sitio u otro. ¿Es fruto, por tanto, del eterno juego entre la causa y el efecto? ¿De las consecuencias que provoquen tus decisiones? Quizá sea una simbiosis entre ambas cosas. Quizá el destino solo sea una mezcla entre las opciones que escojas en tu presente y ese *algo* etéreo y trascendental que te lleva por donde le viene en gana. Quizá, al fin y al cabo, *todo* es resultado de un perfecto *equilibrio* entre la lógica y la fe.

Kai no recuerda nada después de haber abierto el portal con Denis. Cayó desmayado y después ha despertado en una habitación abuhardillada, con vigas de troncos en el techo, paredes de papel pintado y suelo con baldosas de barro. La temperatura ambiente, agradable pero más fresca de lo habitual, así como la decoración de la habitación, le han hecho pensar que se encuentra en el refugio de montaña del Priorato. Sus sospechas se confirman al acercarse a la ventana y contemplar el inmenso bosque de pinos.

Kai aún se encuentra desorientado cuando empieza a sentir de nuevo la vibración. Esa sensación que, si hace unas semanas parecía controlar, ahora tiene la impresión de estar a su completa merced. Sin embargo, si la llegada de Denis fue dolorosa y violenta, la de Bahari resulta ser mucho más ligera y acompasada. Quizá por el estado mental en el que su gemela ha conectado con él o tal vez porque la

llamada lo ha sorprendido dando un paseo matutino por los alrededores de la cabaña, respirando el aire puro del bosque a la sombra de los pinos.

Lo primero que hace Yago cuando reconoce la silueta de Kai acuclillado en el suelo es acercarse hasta él para estudiarlo de cerca.

—¿Me marcho unos meses y te dejas las barbas de un leñador? —pregunta, burlón, a la vez que empieza a ser consciente de que está rodeado por una inmensa arboleda—. Un momento, ¡¿te has hecho leñador?!

Kai no es capaz de echarse a reír con el sentido del humor de su amigo porque una parte de él no se cree que esté ahí. No después de haber dado por perdida la esperanza de cualquier contacto con Ídedin. Lo que debería ser una carcajada se convierte en un sollozo contenido, que apaga lanzándose a los brazos del chico.

—Ey… —dice Yago, sorprendido, mientras consuela a su amigo con unas caricias en la nuca—. Que es broma. Estás muy guapo. Bueno, a lo mejor hay que arreglar esa barba. Y un corte de pelo no te vendría mal, pero…

—Lo siento —susurra, intentando lidiar con la congoja, aún sin desprenderse de él—. Siento haberte dejado allí. Lo lament…

—Kai —lo separa inmediatamente, tajante—. Estoy bien. Estoy aquí.

—Podrías… podrías…

—Podrían haber ocurrido muchas cosas. No todas ellas realistas. Como, por ejemplo, comerle la boca a Nabil. O morir. Morir no era factible —confiesa arrugando el morro de forma exagerada, sin aparcar su lado más cómico—. Pero, gracias a los dioses, a ese Equilibrio y a tu *yo alternativo de Ídedin*, aquí estamos —concluye Yago mientras le acaricia la mejilla a su amigo—. Juntos. Como siempre hemos estado, amigo.

Kai le contesta con una cachetada cariñosa, le sonríe aún con las lágrimas recorriendo su rostro y vuelve a atraerlo hacia él con otro enérgico abrazo.

—Bueeeno, bueeeno… —lo consuela Yago de nuevo alargando las vocales, abrumado por la reacción de su mejor amigo—. Recuerda que

mi cupo de abrazos diarios es muy limitado, querido. Y ya he dado unos cuantos en Ídedin antes de regresar. Y sé que en cuanto me vea Amber voy a tener que…

—¡NO TE CREO!

El chillido de la tercera en discordia surge del interior de la cabaña de madera. Cuando Amber abre la puerta y sale corriendo hacia ellos, se lleva las manos a la cabeza.

—¿Ves? Ahí viene. Directa a sobarme.

—Pero… pero… ¡Yago! —consigue decir, incrédula.

—Sí, sí, sí —contesta alzando la mano con indiferencia, como si quisiera restarle importancia al reencuentro—. Yo también os he echado de menos, perras.

Amber no espera a que Kai se separe de Yago y se funde con los dos en un abrazo donde ella también se deja contagiar por la emoción del momento.

—Dios mío, Yago, hemos estado preocupadísimos —confiesa Amber entre lágrimas—. ¡Por tu culpa hemos discutido más de la cuenta!

—¡Oye, guapa! ¡Que fuisteis vosotros quienes decidisteis mandarme con ella! —protesta el chico con un nudo en la garganta, intentando contener el llanto.

El alboroto no tarda en hacer que Gala Craus y Camila Salazar salgan del interior de la cabaña, preocupadas por los gritos y sollozos de Amber. Al ver la escena, Gala no puede evitar sonreír triunfante, mientras que Camila junta sus manos en un gesto de rezo, agradeciendo al Equilibrio el tan ansiado reencuentro.

Solo el rugido de Virgo, que demanda la atención de Yago, hace que este se separe de sus amigos, enjugándose las lágrimas y girándose hacia el animal y Bahari.

—¡Ea! Ya me habéis hecho llorar. ¿Contentos? —confiesa, refugiándose de nuevo en su humor.

Cuando las miradas de Kai y Bahari se encuentran, ella permanece serena y feliz de presenciar un encuentro tan bonito, sincero y emocionante. El chico se acerca a su gemela y los dos se funden en un abrazo mucho más delicado que el que se ha dado con Yago. Kai no se

da cuenta del objeto envuelto en tela que lleva consigo hasta que la chica tiene que apartarlo para responder al gesto afectivo.

—Me alegro de verte —saluda la idediana con una delicada sonrisa.

—No luzco el mejor de los aspectos, la verdad —contesta él llevándose la mano a la nuca—. Han sido unas semanas complicadas. Imagino… imagino que a ti te ha ocurrido lo mismo.

Bahari alza la mano para colocarla sobre el pecho del chico en un gesto no solo de apoyo, sino también de empatía y agradecimiento.

—Intenté contactar contigo…

—Lo sé —interrumpe Kai—. Yo también, pero… pero no podía. Estaba totalmente bloqueado. Creo que sigo bloqueado. Todo esto es… demasiado.

Cuando Kai se gira, no solo señala a sus amigos, sino también a Gala Craus, que permanece en el porche de la cabaña. Bahari no puede evitar fruncir el ceño al reconocer a la doctora.

—¿Cómo…?

—Es una larga historia… —interrumpe Kai, soltando un suspiro—. Creo que lo mejor será esperar a que Denis se despierte para ponernos al día.

—¿Denis? ¿También ha sido capaz de abrir un portal?

—Como te digo, hay mucho que contar. Por parte de todos.

La lucha por Asserat. El cierre de los portales. La traición de Zola. La invasión de la ciudadela. La muerte de Docto Chidike. El nombramiento de Nabil como Maestro del Viento.

El plan entre Denis y la doctora. El traspaso de su conciencia al cuerpo de Mila. La aparición de la luna de Vawav en Terra. La intensidad de las catástrofes. El despertar de Gala.

Las intenciones de Sif Noah Peaker. Sus conocimientos sobre el Colapso. El reventón de Denis que forzó la aparición de un portal.

Han tardado varias horas en relatar cada uno su aventura desde que sus caminos se separaron y la comunicación entre ellos

desapareció. Ahora, refugiados en una aislada cabaña en mitad de la montaña, los viajantes del Equilibrio y el resto de la Orden permanecen reunidos en el salón del lugar, sentados sobre el sofá y los distintos sillones, dispuestos a conjeturar sobre el destino de los tres mundos.

—Va a ocurrir. El Colapso es inminente —afirma Bahari, transmitiendo las palabras del propio Docto Chidike.

—Noah Peaker creo que también está bastante seguro de eso —añade Denis con la voz aún cansada—. Hablaba de un libro en el que ha podido leer muchas cosas acerca de nosotros, el Equilibrio, el Colapso…

—Será el de las *Profecías y proverbios de la Unión* —interviene Yago. Está a punto de mencionar algo más, pero opta por guardar silencio.

Sin embargo, Kai se percata de cómo su amigo echa un vistazo al objeto envuelto en tela que Bahari sostiene sobre sus piernas y del que no se ha separado desde que han llegado. Sin que el viajante pueda decir nada, Gala Craus se pone en pie antes de que ninguno de los tres pueda continuar con la charla.

—Todo lo que está pasando en Terra es cosa del Equilibrio —explica—. Las catástrofes son cada vez más agresivas y eso se debe a que el estado natural de este mundo está cambiando.

—Se está preparando, más bien —añade Camila mientras comparte en una tablet las apocalípticas imágenes de un volcán en erupción—. Esto es el Teide. Entró en una inminente y catastrófica erupción hace unas horas. Justo a la vez que vosotros dos —dice señalando a Kai y a Denis— abristeis ese agresivo portal.

—Hemos llegado a un punto en el que ni los científicos más reputados ni la tecnología más avanzada de este mundo pueden entender la lógica de lo que está pasando —comenta Gala Craus—. Nosotros, para nuestra desgracia (o fortuna), sí.

—Sé que soy la agnóstica del grupo, pero… ¿no hay forma de evitar todo esto? —comenta Amber cruzándose de piernas en el sofá —. Es decir, estamos hablando de un suceso natural de proporciones épicas que no tiene ninguna explicación científica.

—No la tiene porque nuestros científicos aún no han podido estudiar y comprender el Equilibrio —defiende Camila.

—Ni van a poder —farfulla Yago por lo bajo.

Las palabras que el chico ha verbalizado son las mismas que todos comparten en sus pensamientos. Sus mundos tal y como los conocen van a cambiar para siempre. Y eso es por culpa de un Equilibrio que se está rompiendo y que, por ende, tenderá a desaparecer.

—¿Y qué pasará con nosotros? —pregunta Kai, refiriéndose a los viajantes.

Bahari se aferra al objeto envuelto de manera inconsciente, mientras que Denis mira a su gemelo con preocupación. La falta de respuestas provoca un incómodo silencio que solo Kai se atreve a romper mirando directamente a Gala:

—Si todo lo del Colapso es cierto y lo que me dijiste se va a cumplir… ¿significa que vamos a desaparecer?

—Por favor, Kai. ¡No digas estupideces! —protesta Amber, alzando las manos—. ¿Cómo vais a desaparecer?

Un nuevo silencio se instaura entre todos ellos. Cuando Amber busca la complicidad con Kai y con Denis, estos tienen que apartar la mirada hacia el suelo. Tanto Gala como Camila permanecen en una calma tensa, como si todavía su cabeza intentara fraguar las palabras correctas para la delicada situación que se les cierne.

—Porque no van a desaparecer, ¿verdad? —insiste Amber, esta vez mirando directamente a Gala Craus.

—Su existencia está ligada al Equilibrio —explica la doctora—. Así que me temo que, si este desaparece, ellos también lo harán.

Amber se toma unos segundos, como si su cerebro intentara encontrar el sentido a las palabras de Gala Craus. Cuando la mirada de la chica se encuentra con la de Denis, no puede evitar tensar su mandíbula y fruncir el ceño.

—No. Me niego a creerlo —protesta, descruzándose de piernas.

—Amber… —interviene Denis poniendo su mano en las rodillas de la chica.

—¡No! ¡Nada de «Amber»! ¡No utilices conmigo ese maldito tono paternalista! —estalla, poniéndose en pie—. ¿Cómo vais a

desaparecer? Explicádmelo, por favor.

—Amber, relájate —ordena Kai.

—¡Estoy relajada! —contesta ella, agresiva.

—¡No! ¡No lo estás! —se encara Kai, poniéndose en pie.

—¡Bueno, ya está bien! —interviene Yago dando un par de palmadas y alzando la voz—. No he estado desaparecido en otro universo paralelo para volver a presenciar otra maldita discusión matrimonial entre vosotros dos. Así que tú siéntate y cálmate —ordena señalando a Amber—, y tú… ¡tú haz lo mismo!

La chica vuelve a colocarse al lado de Denis mientras se lleva los dedos a la boca y comienza a morderse los padrastros. El viajante de Vawav vuelve a poner su mano sobre la rodilla de ella, intentando calmarla con caricias suaves. Kai, por su parte, lanza un suspiro cargado de paciencia, rascándose con energía la barba. Yago, orgulloso de haber conseguido domar a las dos bestias, vuelve a dar pie a la doctora para que desarrolle su teoría:

—Que Denis haya podido provocar ese temblor es gracias a su conexión con Bahari, porque… ¡porque invocaste el poder de la tierra, querido! —comenta la doctora, fascinada—. Y tú lo mismo, Kai. Cuando saliste del coche y empezaste a marearte, tu cabreo se manifestó en una vibración procedente de la propia tierra. Y eso es porque la rabia y la ira son las emociones con las que Bahari controla ese elemento.

—A medida que el Equilibrio se va difuminando —interviene Camila—, vuestra existencia se vincula en un mismo plano. Aunque ahora os encontréis los tres en Terra, si estáis en esta misma habitación juntos es porque uno pertenece al plano de Vawav, otra a Ídedin y otro a Terra.

—¿Eso quiere decir que nuestros mundos van a dejar de existir? —pregunta Denis, echando la vista arriba—. Si Vawav desaparece… ¿Tercio también lo hará?

—No, no —aclara la doctora con rapidez—. Vawav e Ídedin no van a dejar de existir. No va a desaparecer su gente ni ellos. Lo que va a desaparecer va a ser el Equilibrio.

—O sea, este mundo —deduce Yago—. Tú misma explicaste que

Terra es el Equilibrio. ¿Significa eso que desapareceremos?

La confusa información que tienen todos proviene de simples profecías y escritos ancestrales que carecen de cualquier base científica. Eso hace que especular sobre el futuro sea aún más complicado y subjetivo. Yago lanza una nueva mirada a Bahari, quien sigue protegiendo sobre sus piernas el objeto envuelvo en tela. La mirada de súplica del chico hace que esta suelte un suspiro y, por primera vez, hable.

—Nadie va a desaparecer —interviene con tono calmado—. Solo nosotros tres. El Equilibrio es algo que va más allá de las dimensiones que conocemos. Va mucho más allá de nuestra comprensión del espacio y del tiempo. No sé de qué manera se va a producir el Colapso. No sé cómo los dos mundos se van a volver a unir, pero nada puede desaparecer; solo formar parte de otro plano.

La explicación de Bahari es tan vehemente que Kai no puede evitar reparar en cómo la chica se vuelve a aferrar al objeto que esconde bajo la tela. La conexión mental de los viajantes hace que los secretos entre ellos tres sean difíciles de ocultar, así que el muchacho no duda en preguntar por el libro que sabe que guarda dentro de esos trapos:

—Eso… eso lo has leído en algún lado, ¿verdad?

Las miradas de los dos viajantes se encuentran y ella confirma las sospechas de Kai con un asentimiento. Bahari traga saliva con dificultad y, poco a poco, comienza a desenvolver la tela de lino para descubrir un libro cuya cubierta está hecha de mármol.

—Por el Equilibrio… —susurra Gala, llevándose las manos a la boca al reconocer el objeto—. Existe…

—Los Sapientes me han encomendado este libro. Se hace llamar *El libro de la Unión.* En él hay un montón de historias sobre cómo era el mundo antes de existir el Equilibrio y… y también explica cómo será cuando todo vuelva a ser *uno*.

Amber suelta un resoplido lleno de incredulidad y desdén.

—Por favor… —dice, llevándose las manos a las sienes—. Lo siento mucho, pero me niego a creer que vayáis a desaparecer los tres solo porque lo ponga en un libro hecho de piedra.

—Amber, no es solo…

—¡No, Denis! —grita la chica, apartando la mano del chico con fuerza—. ¡Me niego! ¡Me niego a creer que en unos días te vas a desvanecer como si fueras polvo! Y me alegra que aceptéis tan bien ese terrible destino, pero yo no puedo. No podéis pedirme que asimile y acepte esta mierda.

Amber escupe la rabia y el dolor con unas palabras tan sinceras como crueles. La incredulidad que siente hacia el destino de los viajantes hace que se marche escaleras arriba y sentencie su furia con un portazo.

Denis suspira con un gesto de dolor, no solo físico, también emocional, por ver a la chica así.

—Que sepáis que yo tampoco lo quiero aceptar —confiesa Denis con serenidad—. Menos aún cuando he estado tan cerca de morir. Pero…

El chico de Vawav no termina la frase porque tampoco sabe muy bien qué decir.

Pero ¿qué?

Pero, si no queda más remedio ¿tendré que aceptarlo?

Pero, si voy a desaparecer, ¿al menos que sea por un buen motivo?

Kai intenta completar en su mente las palabras de su gemelo porque él, en el fondo, también se siente igual. Y apuesta a que Bahari está en sintonía con ellos, a pesar de ser la que más tranquilidad aparenta de los tres.

—Voy a ver cómo está Tercio —sentencia Denis, levantándose despacio del sofá.

Gala Craus lo va a ayudar, pero el chico hace un gesto de negación con la mano, indicando que se las apaña bien. Después vuelven a quedarse todos en silencio, sin saber qué decir.

—Tenemos que estar preparados —retoma Bahari—. No sé para qué clase de Colapso, pero… creo que este libro nos puede dar respuestas. O, al menos, orientarnos de alguna forma.

—Bahari… —interviene Gala—. Podemos estar preparados para muchas cosas, pero me temo que vuestro destino…

—Lo sé —interrumpe la chica—. Los tres lo sabemos. Lo sentimos. Hay algo que está cambiando y… sabemos que nuestro futuro y

existencia están ligados a ello.

Kai traga saliva con dificultad, intentando asumir unas palabras que él no llega a aceptar. Sin embargo, si el Equilibrio es una deidad que no comprende las dimensiones terrenales, si el Equilibrio es *algo* que forma parte de él, entonces quiere confiar en la esperanza de que su final no sea evanescente.

—Nuestro futuro no es el mismo que el vuestro —comenta el chico con convicción—. Pero tendremos uno. Igual que el Equilibrio. No sé cuál, pero… nada se crea ni se destruye, ¿no? Simplemente se transforma.

Cuando la cordura prima sobre el amor

Regresar a la ciudadela de Ídedin por el desierto de Zabrath ha resultado ser más complicado que el camino de ida. Transportar el cuerpo de Docto Chidike no ha facilitado el asunto, pero después de tres días de ruta por las movedizas arenas consiguieron llegar hasta la entrada norte de la ciudad: la Puerta de Fuego.

Docta Sena, Nabil y Winda se encuentran a unos pocos metros del majestuoso arco, que tiene un estilo similar al de su entrada gemela en el sur. Si la Puerta del Agua está decorada con motivos que evocan su elemento, el artista que cinceló las columnas de esta se preocupó de trabajar con mimo todos los detalles que consiguen simular el fuego que recorre la estructura. Yanna se sienta al lado de su compañera mientras Stratus deja con cuidado el cuerpo envuelto en telas. Ha sido el pájaro quien ha transportado a Docto Chidike sujetándolo con sus inmensas garras mientras Nabil estaba subido a su lomo.

—En cuanto acabe esto, te prometo un buen festín de carroña —asegura Nabil mientras abraza el cuello del ave, inmensamente agradecido por el esfuerzo que ha hecho.

Docta Sena acaricia con cariño a la leopardo albina, que ha cargado con ella y Winda. Es consciente del trabajo que han hecho los animales transportándolos a través del desierto con tanta premura y pocas horas de sueño.

—Tenemos que descansar en condiciones —anuncia la Sapiente—. No podemos enfrentarnos a Zola en este estado.

—¿Deberíamos dar sepultura a Docto Chidike antes? —pregunta Nabil.

—Preferiría esperar a que estuviera presente Docto Essam. Tengo fe en recuperar esta ciudad a vuestro lado.

Nabil asiente con un gesto solemne.

—Podremos preservar el cuerpo en los Arrabales —añade—. Dada está oculto allí junto a otros centinelas.

Deciden poner rumbo hasta el sur de la ciudad. Adentrarse en las murallas de la ciudadela con un enorme pájaro cargando un cadáver no pasaría inadvertido, así que optan por bordear el complejo por el exterior, atravesando la Necrópolis, los Guetos de Ídedin y el inicio de la antigua ruta comercial hasta, finalmente, llegar a los Arrabales.

Gracias a la buena memoria de Winda y al espectacular olfato de Yanna, el grupo no tarda en encontrar la cabaña en la que Dada se mantiene oculto. Que la melliza de Nabil y su compañera animal se desenvuelvan tan bien en un laberinto como el de los Arrabales no es causalidad. Cuando paseaban al ganado, la chica y la leopardo se adentraban en las montañas de Asserat sin problema alguno, recorriendo sus entrañas, desfiladeros y pasadizos como si fueran las habitaciones de su propia casa.

—¡Por el Equilibrio! ¿No sabéis llamar antes de…?

Docta Sena se descubre el rostro que oculta debajo de la capa con la que viste para evitar ser reconocida. El centinela hace inmediatamente una respetuosa flexión con la que da la bienvenida a la Sapiente a su casa. Sin embargo, el gesto de admiración se transforma en sorpresa cuando ve el cuerpo envuelto en telas.

Winda y Nabil no tardan en relatarle los acontecimientos ocurridos en Zabrath. El centinela, igual que mostraron sus compañeros, no oculta su tristeza por la pérdida del Sapiente. Dada no tarda en invocar la tierra para abrir una pequeña y profunda fosa en uno de los laterales de la casa para que el cadáver permanezca lo más fresco posible hasta que puedan celebrar el rito de sepultura adecuado.

—Si es que conseguimos echar a esa traidora… —farfulla Dada.

—¿Has conseguido encontrar aliados?

—Contamos con el apoyo de todos los centinelas, pero… —Las

dudas del muchacho, así como su falta de entusiasmo, preocupan a Nabil—. Las patrullas de Vawav son mucho más violentas. Zola ha ordenado un toque de queda permanente y cualquiera que se lo salte corre el riesgo de ser aniquilado al instante.

—Tiene miedo —concluye Docta Sena—. Sabe que una amenaza se cierne sobre ella y se está blindando.

—Eso es bueno, ¿no? —deduce Nabil, mostrando optimismo—. Podemos utilizar el miedo a nuestro favor.

—Zola es muy poderosa y peligrosa, querido Nabil —confirma la Sapiente—. Sobre todo ahora que las invocaciones las realiza con una energía tan oscura.

—¿Qué sabéis de ese poder? —pregunta Winda, sin ocultar su falta de conocimiento—. ¿Cómo se puede hacer frente?

—A la oscuridad siempre hay que combatirla con luz —defiende Docta Sena—. Y siempre hemos tenido al Equilibrio de nuestra parte.

—Ya… Pero ahora el *Equilibrio* está en Terra —apunta Dada, cruzándose de brazos—. Bahari era nuestra mejor baza para derrotar a Zola.

—Bahari está donde tiene que estar —sentencia Nabil, impertérrito.

Dada suelta una carcajada cargada de ironía.

—Perdóname, amigo, pero… no podemos contar con la mujer que lleva el propio Equilibrio en su esencia. Nuestro Maestro del Viento está muerto —enumera el centinela—. ¡Dudo que tengamos posibilidades!

—¡Pues para tu información…!

Winda no termina la frase al ser interrumpida por su hermano con un gesto de la mano. Sabe que su melliza pretende revelar su nuevo estatus, pero Nabil no cree que sea buen momento. Para empezar, porque ni él mismo se lo cree. El pueblo de Ídedin debe hablar al respecto. Puede que ahora sea el Maestro del Viento por elección directa de Docto Chidike, pero las leyes de Ídedin son claras: son los elementos y la gente quien debe decidir quién es merecedor del arte sapiencial.

—Amigo —interviene, acercándose a Dada con cariño y optimismo

—. Hermano. Docta Sena está con nosotros. Essam, en cuanto escuche nuestra llamada, se liberará de su yugo. Somos centinelas. Los mejores centinelas que Ídedin ha visto. Somos el futuro de esta ciudad, de este mundo. Manejamos con maestría el arte de la guerra y tenemos los elementos de nuestro lado. No será fácil, pero te juro por mi vida que conseguiremos echar a los invasores. —Nabil le tiende el brazo—. Lucha conmigo en nombre de todo lo que somos. Cabalga a mi lado, hermano. Porque no será lo mismo derrotar a esa *traidora* sin ti.

Las palabras del centinela, cargadas de orgullo y rabia hacia la causa, contagian a Dada de inmediato. El chico no duda en apretar la muñeca de su amigo para después fundirse en un abrazo.

—*Nunga!* ¡Que la tierra me trague si muero en el intento!

Mientras Nabil acompaña a Dada a algunas de las cabañas paralelas para reunirse con otros centinelas, Docta Sena y Winda se quedan en el refugio junto a los animales para descansar del arduo viaje.

A pesar de que la Sapiente ha insistido al nuevo Maestro del Viento en que debe reponer fuerzas, el chico se ha excusado en que necesita dar el mismo discurso a unos cuantos compañeros más para que se contagien de su optimismo e, igual que un virus, este se propague entre los círculos clandestinos que ansían plantar cara a la traidora.

—Es muy cabezota —afirma Winda, suspirando al recordar las broncas que siempre han tenido de pequeños—. En eso no ha cambiado un ápice, ¿verdad, Stratus?

El pájaro gigantesco no se inmuta al escuchar su nombre. Permanece dormido al lado de Yanna, acurrucados en una imagen que resulta hipnotizante: dos animales tan distintos descansan plácidamente el uno al lado del otro. Kira, la pequeña y asustadiza coyote, ha desaparecido por uno de los agujeros de la chabola en cuanto ha visto cómo Dada se marchaba. A Winda no la deja de maravillar la conexión tan especial que tienen con esos seres; por eso hay algo que la preocupa.

—Si Nabil finalmente se convierte en Sapiente… ¿qué le pasará a Stratus?

—Seguirá con él, si así lo quieren ambos —confirma Docta Sena

mientras se acomoda sobre un improvisado catre de paja—. Docto Essam visita a su compañero animal siempre que puede.

—No sabía que los Sapientes podían tener compañeros animales.

—No los mostramos por protocolo, pero tenemos el mismo derecho que cualquier idediano.

—¿Tú tienes?

Docta Sena niega con una sonrisa triste.

—Mi camino con Kratos se separó cuando decidí venir a la ciudadela —confiesa la mujer masajeándose los pies—. Este no es lugar para un lagarto que se ha criado en las tierras de Keyna. Fue la decisión que más me ha costado tomar, pero debe primar siempre la cordura por encima del amor, porque este no es consciente del dolor y la pena que puede provocar una decisión tomada solo con el corazón.

Winda puede ver que la Sapiente no oculta la tristeza y el pesar en sus palabras. Percibe en ellas algo que va más allá de su historia con el lagarto, como si hablar de ello hiciera escocer unas longevas heridas que aún no han cicatrizado.

—Supongo que esa mentalidad es la que te ha llevado a ser una de las Sapientes de Ídedin —suspira Winda—. Yo no podría separarme de Yanna. Sería capaz de sacrificar muchas cosas con tal de estar con ella.

Docta Sena sonríe con ternura mientras se tumba en el jergón.

—Y, si estar a tu lado pusiera en peligro su supervivencia, ¿qué decisión tomarías?

Winda no sabe qué contestar a eso. Jamás se había planteado que ella misma pudiera poner en peligro a Yanna. Vuelve a girarse hacia el animal, que respira tranquilo hecho un ovillo. Ver a su compañera así de vulnerable le provoca un pinchazo en el pecho. ¿Está el animal en peligro con esta aventura que ha decidido emprender? ¿Piensa antes en sí misma que en el bienestar de su compañera?

—Descansa, querida Winda. Que la luz de Herun te guarde en el mundo de los sueños —dice Docta Sena antes de acurrucarse—. Mañana será un nuevo día por el que agradecer y celebrar.

Winda no consigue cerrar los ojos hasta bastante tiempo después. En su cabeza no deja de imaginarse un montón de situaciones en las que pondría en peligro a Yanna. Situaciones en las que, en todas ellas

y de manera inevitable, no consigue salvar al animal.

Sacrificaría mi vida por ti, amiga.

Pero el miedo hacia lo desconocido, esa incertidumbre de que el mundo que conoce vaya a cambiar por completo, solo hace que se plantee si permanecer juntas es la mejor de las opciones o, por el contrario, la más nefasta de todas.

No, aunque sea el fin del mundo, ella sería incapaz de desprenderse del lado de Yanna.

Culpa, miedo y anhelo

Denis aprieta con fuerza la mano de su malherido amigo. Una parte de él desea volver a Vawav para utilizar la tecnología de su mundo y sanarlo. A pesar de los vendajes y curas que le han hecho los guardianes, Tercio permanece inconsciente, en un estado grave por culpa de las infecciones que le han provocado las heridas de la bestia robótica. Y todo por…

—No es tu culpa.

Ni siquiera la voz y el tacto de Amber suponen un bálsamo. Denis sabe que es responsable de la muerte de Hada y del estado actual de su mejor amigo. La culpabilidad se ha convertido en una ponzoñosa herida invisible que crece de forma descontrolada en su interior. Ella se aferra a su espalda en un cálido abrazo que va acompañado de un beso en el hombro, pero Denis sigue sujetando la mano de Tercio, incapaz de soltarlo. Jamás ha creído en fuerzas supremas debido a la cultura y veneración de Vawav por la ciencia, pero después de todo lo ocurrido con el Equilibrio no puede evitar suplicar en su interior por la vida de su amigo a alguna deidad etérea que pueda escucharlo.

«¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué estás así?».

Los gritos de Hada antes de morir no dejan de resonar en su cabeza, como un eco permanente que no se calla. La imagen de la chica antes de que la bestia acabara con su vida se repite en un bucle constante.

«¿Qué es lo que has hecho?».

La mirada de terror.

«¿Qué es lo que has hecho?».

El tono acusador.

«¿Qué es lo que has hecho?».

La súplica ante el inminente destino.

—Denis.

El zarandeo de Amber lo devuelve a la realidad. No se da cuenta de lo apretada que tiene la mandíbula. Tampoco de lo húmedas que están sus mejillas. Se intenta aferrar al presente, a la tranquilidad de ver que Amber está viva y a su lado. Pero la culpa por no haberse adelantado a Sif Noah Peaker le arde por dentro y le provoca un dolor que nunca en su vida ha experimentado.

—No dejaba de pensar en ti —confiesa el chico, entre dientes, sin poder hacer nada con las lágrimas que caen sobre su mano—. Mi única obsesión era mantener a Peaker alejado de Terra porque no soportaba la idea de que te encontrara y… y me olvidé de ellos, Amber —confiesa, sin controlar la congoja—. ¿Cómo pude ser tan necio? ¿Cómo no pensé en que ese *monstruo* iba a utilizarlos en mi contra?

—Ey, mírame —ordena ella mientras se incorpora delante de él, agarrando su rostro con las manos—. No eres ningún necio. Y nada de esto es por tu culpa.

—¡Soy responsable de…!

—Denis —interrumpe, serena e impasible—. Que haya pasado esto es una desgracia. No me puedo (ni quiero) imaginar cómo te sientes ahora mismo. Y sé que lo más fácil para mí sería intentar consolarte eximiéndote de toda responsabilidad. Pero no puedes cargar con las consecuencias de tu existencia porque es algo que no puedes controlar. No puedes controlar a la gente que va a aparecer en tu vida ni cómo le va a afectar esto. Del mismo modo que tampoco puedes controlar quién va a desaparecer de ella y cómo va a hacerlo.

El pecho de Tercio va perdiendo fuelle, moviéndose cada vez más despacio. Su piel va adquiriendo un tono más pálido, como si, poco a poco, se fuera apagando. Sabe que Amber solo intenta consolarlo, pero ¿qué va a hacer? ¿Qué puede hacer?

Nada. No puedes hacer nada. Del mismo modo que no vas a poder hacer nada cuando todo esto…

El Colapso. El chico vuelve a mirar a Amber. Esta vez le acaricia el cabello, apartando uno de los mechones de su frente, y después recorre su mejilla con la misma dulzura con la que ella lo ha hecho hace unos momentos. Querría hablarle de lo que va a pasar, de ese hipotético futuro del que no forma parte. Pero ya hay suficiente dolor ahora mismo como para intentar asumir con ella lo que va a ocurrir.

Denis junta sus labios a los de Amber y ambos se funden en un beso que, muy a su pesar, se sigue impregnando del sabor salado de las lágrimas.

El césped de la parcela está húmedo. Hay algún charco de barro en las zonas menos frondosas del jardín. El olor de la tierra mojada se mezcla con el aroma del pino empapado por las gotas de la lluvia que azotó el bosque entero la noche anterior. El cielo sigue grisáceo, casi del color de la panza de un burro. Una neblina inunda todo el lugar por culpa de lo próximas que están las nubes al suelo. En esta zona de la montaña es habitual que por la mañana la humedad se convierta en la principal protagonista. Más aún después de una tormenta. El ambiente se tiñe de un color más apagado, mezclando las verdosas hojas de los árboles con las oscuras entrañas del bosque. Solo el pequeño claro en el que se encuentran, donde se ha construido la cabaña, supone un atisbo de luz a pesar de los nubarrones.

Mientras Bahari medita en un extremo de la parcela, Yago y Kai se dejan llevar por la tranquilidad del lugar perdiendo su mirada en el interior del inmenso bosque que los rodea. Llevan así unos cuantos minutos, como si se hubieran sincronizado con la viajante de Ídedin en el arte de la reflexión matutina.

Un suspiro de Yago los saca a ambos de su silencio.

—Menuda mierda, ¿eh? —confiesa Kai con una sonrisa cansada.

—¿Cómo crees que será? —pregunta su amigo—. ¿Este bosque seguirá aquí después del Colapso? ¿O quizás es algo metafórico?

—Lo de la metáfora lo compraba hasta que apareció una de las lunas de Vawav.

Yago suelta una risotada cargada de agotamiento, de esas con las que no sabes si reír o llorar. Después apoya su cabeza en el hombro del viajante, mientras este permanece en la misma posición sin despegar su mirada del bosque.

—¿Tienes miedo?

—Sip —contesta Kai.

—¿Mucho?

—Sip.

—¿Del 1 al 10?

—Un 9.

—Ah, bueno —exclama Yago haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Podría ser peor.

Los dos amigos no pueden evitar reír ante la absurda conversación, pero son conscientes de que ambos se entienden muy bien dentro de ese peculiar sentido del humor propio de cualquier adolescente a punto de terminar el instituto. Y es que, si hay algo que une a Kai y a Yago es, precisamente, el mimo y cuidado hacia su niño interior, porque ¿de qué otra forma pueden lidiar con la vida adulta? Es muy sencillo crecer, dejarte llevar por las etiquetas y señalar a alguien que con casi treinta años disfruta viendo la serie infantil con la que creció. Pero lo que no se plantea el acusador mundo es que esa magnífica historia resulta contener unos valores que no existen en el contenido que la sociedad considera *adulto*. Quizás esos jóvenes adultos que parecen no querer crecer son, en el fondo, adultos jóvenes que abrazan el recuerdo feliz de un mundo que iba a explotar. Quizá la madurez esté sobrevalorada y el joven de treinta años que es capaz de aguantar el constante maltrato hacia su generación es, en el fondo, mucho más adulto que cualquier otro mayor. Quizá Kai y Yago sean, en el fondo, dos amigos que, en vez de huir del problema, se ríen de él e intentan afrontarlo con la mayor entereza posible.

En lo que Virgo deambula con sigilo por los alrededores en busca de alguna presa a la que dar caza para alimentarse, la viajante de Ídedin

intenta concentrarse en despejar su mente y controlar sus emociones, embriagada por las distintas sensaciones que le transmite el bosque. Por primera vez, la chica puede percibir con tranquilidad y conciencia el poder de los elementos en Terra. Le fascina lo equilibrada que está la presencia de las cuatro fuerzas. Tampoco debería sorprenderla, ya que se encuentra en el propio Equilibrio.

Bahari deja que su paz interior se encuentre con su elemento favorito. Le resulta abrumadora la cantidad de agua que hay en Terra; con apenas esfuerzo, podría invocar un riachuelo. La presencia del viento es distinta a la de Ídedin. Lo llama a través del miedo, con precaución, estabilizando la emoción para que no se altere y provoque algo que no pueda controlar. Con la suave brisa que la envuelve puede disfrutar el aroma del bosque y sentir la cantidad de vida que hay a su alrededor. La constante humedad hace que la chica se sienta tentada de regresar de nuevo a su elemento predilecto, pero decide transformar el miedo en enfado y hundir sus manos en el suelo. Se obliga también a domar la ira con tiento ante la desconocida respuesta que pueda tener la tierra en este mundo. Sin embargo, no deja de sorprenderla que, mientras que en Ídedin este elemento permanece aislado del agua, allí parecen fundirse y estar en una constante danza sensorial que provoca la vida en sí misma. Terra es un flujo continuo de energía donde los cuatro elementos resultan ser la esencia que hace girar y funcionar el mundo.

El crujido de unas pisadas saca a Bahari de su meditación. Agradece la interrupción, puesto que ahora no se ve con ganas de tantear el poder del fuego. A unos cuantos metros de distancia descubre una figura que no tarda en reconocer.

—Disculpa, no quería molestarte —saluda Gala Craus.

—Si no era tu intención, habrías tomado otro camino para pasear, ¿no crees? —responde Bahari con una tenue sonrisa.

Gala Craus alza las manos, aceptando que la chica ha descubierto sus intenciones. La doctora se acerca hasta su posición y ella la invita a acompañarla en su abstracción. Gala agradece el gesto y le copia la postura, manteniendo una distancia que no resulte invasiva pero a la vez sea cercana.

—Habrás percibido que aquí los elementos están mucho más vivos que en Ídedin —comenta la doctora.

—No sé si *vivos* es la palabra correcta. Quizás *activos.* O *conectados.*

Bahari inhala de forma profunda, como si continuara degustando todas las sensaciones que le transmite el lugar.

—Necesito preguntarte algo —confiesa por fin Gala.

Bahari abre los ojos y estudia el rostro de la mujer, quien permanece con la mirada puesta en el interior del bosque. Puede percibir la tensión en sus palabras y en sus facciones. ¿Cómo es posible que este ser tan *humano* que tiene delante sea, en el fondo, un trozo de metal sin vida?

Un trozo de metal con alma.

A Bahari le cuesta mucho entender que la esencia de Gala Craus haya pasado a formar parte de una materia inerte en vez de fusionarse con el Todo. Para ella es un sacrificio espiritual crítico: el traspaso de la conciencia que ha provocado su inmortalidad mental resulta una maldición. El espíritu se transforma y seguir anclado en un recipiente material (si es que este verdaderamente está ahí) resulta un lastre absoluto para su existencia y evolución.

—¿Sufrieron mucho? —pregunta la mujer.

No hace falta que Bahari pregunte a quién se refiere. Sabe perfectamente que habla de los anteriores viajantes: Arno y Bérbedel. La chica no puede evitar sentir una punzada de dolor y decepción consigo misma en el pecho por haber sido incapaz de salvarles la vida.

—Fue rápido —confiesa ella sin miramientos—. Ellos mismos me lo pidieron.

—¿Pudiste hablar con los dos? —La sorpresa resulta evidente en el tono de la mujer.

—No de la forma en la que lo estamos haciendo ahora nosotras. Fue más bien… como cuando me comunico con Kai o Denis. Fue… extraño.

Bahari puede ver cómo la mujer intenta lidiar con sus emociones a la par que intenta aferrarse a la lógica para encontrar una explicación. Supone que se estará haciendo la misma pregunta que se hizo la chica en Asserat: ¿existe algún tipo de conexión entre todos los viajantes?

—Estuve con Arno, pero a Bérbedel también pude sentirlo y escucharlo. Los dos querían cerrar el portal y sabían que solo había una solución —explica Bahari—. Yo… intenté que fuera lo más rápido posible.

La mujer aprieta en un gesto cariñoso el brazo de la chica, asintiendo con visible dolor, pero también con agradecimiento. Bahari se plantea durante un momento comentar que, incluso habiendo fallecido Arno, pudo escuchar su voz en el interior de su mente. Como si, de alguna forma, el espíritu del viajante siguiera conectado a ella. Sin embargo, le parece una espantosa idea darle a la doctora alguna esperanza de poder contactar con su difunto marido.

DECIMOTERCERA CATÁSTROFE
¿Cuántos años tendrá?

El día que Manolo me dijo que quería pasar el resto de su vida conmigo, me atraganté del ataque de risa que me dio. No porque no me lo tomara en serio, sino por la situación tan cómica en la que me lo propuso.

Yo era una muchacha de interior. A mis veintipocos años no había visto el mar ni conocía el tacto de la arena de playa. Él, por el contrario, se había criado en un coqueto pueblo pesquero del sur y había viajado al centro en busca de oportunidades después de la Guerra Civil. Dejó los cabos por el azadón, el mar por la tierra, los atunes por las patatas. Y una mañana en la que él vendía las pocas verduras de su cosecha y yo necesitaba desesperadamente un par de cebollas para el guiso de mi madre, nuestros caminos se juntaron. Doy gracias a Dios porque, casi sesenta años después, no se han separado.

Decía que el día que me pidió matrimonio me reí como una sinvergüenza en su cara. ¡Pero es que los dos siempre hemos sido unos canallas! Un día, mientras yo ayudaba en la tienda de doña Carmen a coser algunos encargos, Manolo apareció vestido de marinero sobre una barca de madera a la que le había puesto mal un par de ruedas entonando una popular canción de pescadores.

—Elisa —me dijo, con ese deje tan del sur que siempre ha tenido —, ¿quieres ser la sirena de este marinero perdido?

¡Aún recuerdo la cara con la que dijo aquello! No pude contener la risa y, claro, el pobrecito mío se pensó que no me estaba tomando su proposición en serio. ¡Nada más lejos de la realidad! Me acerqué a él y

le planté un par de besos en cada mejilla para después decirle un «Sí, quiero» más grande que la iglesia del pueblo.

—¿De qué te ríes?

Su voz ahora suena más cansada, grave y rasgada, pero conserva ese salero y arte que siempre me ha enamorado. Manolo me agarra por la mano derecha, esa misma en la que sigo luciendo la alianza que me regaló aquella tarde de junio, y me la acaricia con esos dedos tan juguetones que siempre ha tenido. Le encanta pasar las yemas por mis nudillos.

—Me estoy acordando de cuando me pediste que me casara contigo —confieso con una sonrisa—. ¡Qué gracioso estabas con aquel gorrito!

—¡Ofú! Calla, que me pongo colorao.

—¡Anda, anda! ¡Qué te vas a poner tú colorao! A estas alturas del partido…

—Lo volvería a repetir ahora mismo —me dice con esa sonrisa coqueta que, a pesar de las arrugas y de la dentadura postiza, me sigue encandilando como el primer día.

—¡Uy! Pues el barco ya lo tienes —contesto con chulería mientras alzo los brazos y doy una vuelta por la cubierta—. Seguro que algún marinero te deja el uniforme.

—Sí, y me echan del crucero por viejo chocho.

Le hago una mueca burlona y él me propina un azote cariñoso, que yo contesto con un manotazo mientras suelto una sonora carcajada.

—¡Nos van a echar, chavala! —susurra él, intentando ocultar la risa.

—¡Nos van a lanzar por la borda en un santiamén! —contesto burlona aproximándome a la barandilla—. ¡Marinero, marinero! ¡Rescata a esta sirena con amor y esmero!

—¡Eli! —me chista.

Las carcajadas me obligan a apoyarme en la barandilla de nuevo para recuperar el aire. A pesar del mal tiempo que se ha levantado hoy, resulta agradable sentir la brisa marina. Me tranquilizo unos segundos y me dejo llevar por todas esas sensaciones que me transmite el mar. Puede que mi marido esté acostumbrado a este

ambiente. Mi alma, a pesar de tener la inmensa suerte de haber podido visitar la costa varias veces, se sigue reconfortando ante el abrazo y cercanía del Mediterráneo.

El barco se zarandea más de lo habitual. El mar está un poco picado por culpa del temporal. De momento, los responsables del crucero no nos han avisado de que tengamos que estar dentro por precaución, así que seguimos paseando por la cubierta. Estamos haciendo uno de esos viajes organizados para personas de la tercera edad que suelen ser mucho más baratos al darse en temporada baja. Manolo al principio era muy reticente a apuntarse a este tipo de cosas porque decía que era «una forma de enviarnos para el "patio de los callaos" antes de tiempo». Un compañero de viaje nos saluda con un afectuoso y decoroso gesto de mano, al que respondemos deseándole una buena tarde.

—Este barco está lleno de viejos —se burla Manolo en un susurro, mientras me abraza y hunde la nariz en mi cuello.

Le chisto avergonzada a la par que divertida. Siempre me han encantado estos juegos rebeldes propios de chiquillos.

—¡Qué manía tienes con llamar «viejos» a todos! —lo reprendo—. ¿Qué te crees que eres tú?

—Un «madurito sexi», como dice Sandrita —me contesta, imitando a nuestra hija—. ¿Cuántos años crees que tendrá ese?

—Ya sabía yo que ibas a compararte con don Arturo…

—*Don Arturo*… —repite él con un resoplido burlón.

—Pues para tu información, querido mío —prosigo muy peripuesta —, don Arturo tiene dos años más que tú.

—Y dígame, doña Elisa —continúa él, imitándome de forma descarada—, ¿cómo es posible que usted sepa la edad de ese *galán*?

—Pues porque el pobre viudo se creía que yo era otra de su índole e intentó un breve coqueteo conmigo hasta que confesé que la alianza que llevo no es de ningún muerto.

Manolo suelta una de esas carcajadas agudas que cambian su tono grave de voz mientras yo me vuelvo a aferrar a él, embriagándome de su cariño y olor. Su colonia favorita, de cuerpo fuerte, fresco y floral, se mezcla con el aroma del bravío mar que surcamos. Caminamos un

poco más en silencio hasta que nos detenemos en el que se ha convertido en nuestro rincón favorito del barco: la proa. Manolo inspira una profunda bocanada de aire, degustando el ambiente fresco y salado. Yo me apoyo en la barandilla, cierro los ojos y dejo que el viento me azote el rostro y el cabello mientras la persona con la que llevo compartiendo toda una vida me vuelve a abrazar por la cintura.

El corazón de una mujer es un enigma lleno de secretos, pero el de un hombre es un complejo rompecabezas que, una vez consigues resolverlo, se convierte en un precioso lenguaje en el que «Te quiero» puede decirse de infinitas de maneras. Este abrazo que me está dando es una de ellas.

—Cuando nos incineren, quiero que nos echen al mar —confieso en un susurro.

—No nos van a incinerar juntos —contesta él—. Uno de los dos se marchará antes y, si las cuentas no me fallan, voy a ser yo.

—Si ese día llega —continúo mientras me giro y lo miro directamente a los ojos—, una parte de mí se irá contigo.

—El día que me vaya —repite él abrazándome las manos— será solo este desgastado cuerpo lo que se marche. Yo seguiré contigo hasta tus últimos días. —Entonces pone su gigantesca y cálida mano sobre mi pecho, a la altura de mi corazón—. Justo aquí.

Voy a romper la magia del momento con una de esas absurdas tonterías que uno de los dos siempre suelta cada vez que nos ponemos románticos, pero un fuerte golpe se me adelanta. Un crujido profundo hace tambalear todo el barco y nos obliga a aferrarnos de nuevo a la barandilla. Mis ojos van directamente hasta el bloque de hielo que ha chocado contra nosotros y que ahora está partido en dos mitades por la fuerte embestida.

—Eso son… ¿icebergs?

La aturdida voz de Manolo, llena de confusión, me hace alzar la vista para ver el espectáculo que tenemos delante. Miles de puntos brillantes flotan como deformes trozos de diamante frente a la proa del barco. El manto de icebergs se extiende hasta el horizonte, donde el sol ha dejado atrás los nubarrones para comenzar a ocultarse por el oeste, acentuando aún más el brillo de los bloques de hielo, que lucen

todo tipo de formas y tamaños. Cualquier fotógrafo pagaría por capturar este festival de colores donde el fondo anaranjado contrasta con un cielo encapotado y un inmenso mar oscuro lleno de pequeños diamantes que reflejan la luz cálida del gran astro.

El sonido metálico de los bloques chocando contra el casco se mezcla con el crujido de los casquetes congelados. Cada vez suenan de forma más violenta y estrepitosa, hasta el punto de que el barco tiene que detenerse por completo. Sin embargo, la fuerza de la corriente nos arrastra hacia el horizonte y el choque contra los pequeños icebergs continúa de forma rítmica.

—¿Crees que habrán dañado al barco? —pregunto, asustada.

—No tiene pinta… Son muy frágiles —comenta Manolo señalando los trozos que tenemos más cerca—. Fíjate, ¡si ni siquiera hace frío! ¿Cómo habrán llegado hasta aquí? Es imposible que procedan de los polos.

La seguridad de mi marido me tranquiliza un poco e intento apaciguar mis nervios confiando en el personal del barco. Siempre me ha encantado el cine y mi cabeza a veces se deja llevar por un imaginario más propio de los años dorados de Hollywood en vez de regirse por la propia realidad.

Observo a Manolo, que no despega su vista del bello (a la par que terrorífico) espectáculo de diamantes helados que flotan por el mar. Me pierdo en su ceño fruncido, en las arrugas de su rostro, la canosa barba que se ha dejado desde hace unos años y esos dos ojos marrones, que, al reflejarse el anaranjado sol en ellos, adquieren un tono verde de ciencia ficción que ha heredado mi hijo mayor. No puedo evitar acariciarle la mejilla y sacarlo de su ensimismamiento. Él me responde con una cálida sonrisa que acompaña de un beso en mis labios para después volver a centrar su atención en los hielos.

Pero esta vez sus ojos se abren más de lo normal. Y donde antes había estudio y fascinación ahora hay sorpresa y miedo. Solo he visto esa expresión en el rostro de mi marido unas pocas veces en mi vida. La última fue cuando tuvieron que ingresarlo de urgencia por un infarto. Manolo siempre ha sido muy valiente, menos con los médicos. A esos les tiene pánico.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin atreverme a mirar lo que tanto le preocupa.

—No lo sé.

La rotundidad con la que pronuncia esas tres palabras me pone los pelos de punta. No sé si es por la temperatura, que ahora parece haber descendido varios grados, o por la inquietante atmósfera que se ha generado, pero Manolo pocas veces no sabe responder a algo.

Cuando me giro hacia ese manto azulado que tanta paz me ha dado siempre y vuelvo a contemplar los centenares de icebergs flotantes, observo que algunos de ellos se desplazan más rápido que el resto. No sé a qué distancia estarán, pero varios de los brillantes trozos de hielo parecen moverse de una forma muy agitada, concentrados en una sola zona. El barco parece haber emprendido la marcha de nuevo, porque va directo hacia el extraño fenómeno.

—¿Por qué nos movemos? ¿No es peligroso?

Una alarma retumba por toda la cubierta. El sonido del ancla introduciéndose en el fondo del mar me hace pensar que no estamos avanzando por voluntad propia. Ni Manolo ni yo nos movemos del sitio. Solo permanecemos juntos, quietos y abrazados, dispuestos a descubrir lo que sea que está atrayendo al buque.

A medida que nos acercamos, vemos cómo los icebergs van realizando un movimiento circular y que muchos de ellos se sumergen en mitad del caos. No tardo en reconocer el fenómeno marino que ha aparecido en mitad de nuestra ruta.

—*Maelstrom.*

Mi fascinación por las novelas de Julio Verne me transporta a esa catástrofe noruega que relata en su novela de aventuras *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Ante nosotros, el mar comienza a abrirse en un remolino que, a cada segundo que pasa, parece adquirir un diámetro mayor. Los casquetes de hielo bailan en una caótica danza en la que unos giran sobre su propio eje con fuerza mientras que otros son engullidos como si debajo de las aguas se encontrara una máquina trituradora que se traga todo lo que le pase por encima.

Poco a poco, el embudo del fenómeno comienza a formar un agujero negro en el centro, parecido al que surge cuando quitas el

tapón de una bañera y la fuerza con la que la tubería engulle el agua provoca ese efecto de vacío.

La alarma del barco no deja de sonar y el pánico empieza a escucharse a nuestras espaldas. Sin embargo, Manolo y yo permanecemos inmóviles, abrazados el uno al otro, contemplando la insuperable fuerza de la naturaleza en un espectáculo tan bello como aterrador.

El sonido de los icebergs chocando se mezcla con un rugido gutural y metálico. Pareciera que el barco se estuviera quejando del esfuerzo que está haciendo para alejarse, en vano, del remolino. Ahora el viento azota con fuerza. A medida que el sol se oculta, los diamantes de hielo van apagándose y los icebergs adquieren un color blanquecino que desaparece cuando descienden por la gigantesca garganta marina.

—Cántame esa canción —le pido—. La del marinero y la sirena.

Manolo me abraza con fuerza, me da un beso en la sien y comienza a silbar y a entonar las primeras estrofas de una melodía que me hace inmensamente feliz. Al final, tal y como siempre he soñado, el punto y final lo vamos a escribir juntos en el fondo de ese mar que ha sido testigo de nuestra historia de amor.

Fuera de lo terrestre

—¿Cómo era eso de «¡No seamos alarmistas!»?

Leo sabía que esta vez no iba a guardar la compostura. No después de haber soportado las burlas y la soberbia de ese grupo de fantoches del que, para su desgracia, depende la seguridad y el futuro de todo un país.

Después de que estallara uno de los volcanes más grandes del continente, provocando una nueva catástrofe sin precedentes, el Gobierno no tardó en contactar de nuevo con él para convocarlo al palacio presidencial a participar en una reunión con todos los mandamases.

—Si ha venido aquí para discutir, entonces le recomiendo que…

—¡Por supuesto que he venido a discutir! —interrumpe Leo, llevándose las manos a la cabeza—. Les advirtió el Instituto Geológico de las anomalías; han sido avisados por numerosos expertos, entre los que, por supuesto, me incluyo. ¡Por favor! ¡Ha explotado el volcán más grande que tenemos! Y lo único que han hecho ha sido lanzar «un mensaje de tranquilidad absoluta». Tienen las manos manchadas de…

—¡YA BASTA!

El grito furioso y gutural del presidente calla al científico de inmediato. Los doce políticos sentados en la mesa, que con su presidente suman trece, le recuerda, al famoso cuadro de *La última cena,* de Da Vinci. Solo que en vez de llevar túnicas lucen trajes hechos a medida y relojes de oro blanco.

—Nos hemos equivocado.

La confesión la hace el presidente con una inquietante calma, a la

que siguen unos segundos de silencio. Sin embargo, es la quietud que precede a la tormenta. La persona con más poder de toda la habitación aparca sus modales y se dirige al meteorólogo sin ningún tipo de protocolo:

—¿Es lo que quieres oír? ¡Pues ahí tienes! ¡Nos hemos equivocado! —escupe con rabia mientras se pone en pie con porte amenazante—. Pero, como se te ocurra volver a levantar la voz delante de este gabinete, te vas por donde has venido con la certeza de que todo el mundo sabrá que has elegido la prepotencia moral en vez de ayudar a *tu* país.

La amenaza lo deja congelado. ¿Cómo es posible que el tipo que dirige la nación sea tan cretino? ¿Cómo es capaz de darle la vuelta a la tortilla en una situación que ha provocado él? Leo aguanta la férrea mirada del presidente hasta que el poder intimidatorio de este lo vence y obliga a bajar el rostro al suelo. Tiene que cerrar los ojos, respirar profundamente durante unos segundos y contenerse para no salir de ahí con un portazo. Quizá lo mejor para el meteorólogo sería encerrarse en su casa de la montaña e intentar pasar el apocalipsis de la forma más segura posible. Pero, claro, ¿qué será lo siguiente que acontezca?

Ante el silencio de Leo, el presidente se coloca la chaqueta, se cruje el cuello y vuelve a sentarse en el sillón, recuperando la serenidad y el trato formal.

—Lo que vamos a contarle es absolutamente confidencial —advierte.

Con un gesto de cabeza autoritario, como si ordenara a un perro atacar a una presa, uno de los ministros lanza una tablet a Leo. La pantalla muestra una imagen aérea en la que se ve un inmenso vertedero sobrevolado por varios helicópteros que parecen estar pendientes de algunos incendios aislados. Sin embargo, al científico le llama la atención algo que corona la montaña de basura. Cuando descubre que es el campanario de una iglesia, no puede evitar soltar un grito mudo.

—Justo cuando se produjo la erupción volcánica, varias toneladas de basura sepultaron este pueblo situado a cien kilómetros de aquí.

Leo rebusca en su bandolera la tablet, en la que tiene varios dosieres preparados con algunos escenarios: desde extremas depresiones que provoquen supercélulas con tormentas y tornados en localizaciones anómalas hasta anticiclones que generen una presión atmosférica tan grande con terroríficas olas de calor. Sin embargo, el germen de todo esto, la clave con la que no consigue dar, el origen de todo lo que está ocurriendo… está relacionado con esa extraña luna que apareció en mitad del firmamento.

—La misma noche que apareció esa luna artificial, toda la zona sufrió un fuerte temblor y varios testigos aseguran que varios rayos salieron de la tierra —explica el climatólogo sin quitar la vista de su iPad.

—¿Y eso es posible?

—Sí, no suele ser lo habitual, pero son rayos ascendentes. El Empire State Building de Nueva York produce muchos. Los rayos surgen por el choque de cargas positivas y negativas procedentes de las nubes y la tierra. Habitualmente, una descarga líder con carga positiva baja de las nubes y atrae otra con carga negativa del propio suelo. Cuando estas dos se encuentran, el resultado es un flujo de corriente eléctrica que va acompañado de un fuerte rayo de luz —explica Leo más para él mismo que para el resto, como si su cerebro hubiese dado con la clave de algo.

—¿Y eso qué tiene que ver con ese artefacto?

—Pues que… por algún extraño motivo, el suelo tenía la descarga dominante. Como si… como si se hubiese invertido. —El tono de voz del meteorólogo muestra sorpresa. En su cabeza, la maraña de cables empieza a aflojarse un poco. No quita la mirada de su tablet y sigue cotejando datos con una nueva teoría.

—Señor Pacheco, por favor, ¿podría ser más claro?

—¿Tienen las lecturas meteorológicas del pueblo justo en el momento en el que se produjo la catástrofe? —pide el científico mientras devuelve la tablet al delegado.

—Todos los datos que tenemos están en este documento —confiesa el político mientras le devuelve el aparato—. Desconozco si lo que necesita se encuentra ahí.

Leo se queda en silencio, intentando comprender todo lo que está viendo. Mentalmente, comienza a cotejar los datos de la erupción volcánica con los del pueblo sepultado por la basura. Una basura que, por cierto, dista mucho de los restos que los vertederos tienen. Para su sorpresa, parecen tener una relación con la inversión de la presión atmosférica, de las cargas eléctricas y de algo que parece, literalmente, romper el plano estructural en el que se encuentran. Durante unos momentos, no es solo que todos los parámetros parezcan invertirse, sino que la brecha muestra una situación climática, geológica y atmosférica completamente distinta a la de la propia Tierra.

¿Y si…?

Leo Pacheco suelta un suspiro. No se cree que vaya a decir lo que va a decir.

—Sé que esto les va a parecer una locura, pero… ¿y si todo esto viene de otro plano dimensional?

—¿Cómo dice? —pregunta el presidente, estupefacto.

—No sé lo que está pasando —confiesa Leo con un temblor en la voz—. No sé lo que va a pasar. Solo sé interpretar datos. Y estos datos son inciertos. Inestables. Carentes de lógica. Estos datos dicen que si el volcán entró en erupción fue porque, en un parpadeo, todos los parámetros cambiaron de golpe. Y lo mismo con el pueblo sepultado. O con los rayos ascendentes. Lo único que tienen en común todas estas anomalías es que, en un segundo, todas las condiciones naturales que rigen nuestro planeta cambian. Como si se hubiera producido una brecha a otra… a otra realidad o…

—Espera, espera —interviene con una risa nerviosa Tere, la ministra que lo llamó «alarmista»—. ¿Estás diciendo que esto es cosa de otra dimensión? ¿De extraterrestres?

—Puede ser —confirma Leo.

—¡Ahora resulta que tenemos que hablar de *alienígenas*! —confiesa la mujer, alzando los brazos—. Gabi, esto es cosa tuya como ministro de Asuntos Exteriores.

—Señora, aquí nadie ha mencionado a ET —contesta Leo siguiendo el tono burlón que ha empleado la política—. Pero usted ha dicho la palabra «*extra*terrestre» —explica Leo, marcando el prefijo—.

Y eso, si nos ceñimos a su análisis morfológico, viene a significar «fuera de lo terrestre». Y esto, señores míos, esto que está pasando, estos datos que tengo aquí —insiste Leo, alzando su tablet mientras se pone en pie— no son de este mundo.

El silencio vuelve a ser el protagonista de la sala. Solo la entrecortada respiración de Leo lo rompe porque, por fin, ha dado con una teoría que explica lo que está pasando. Una teoría tan demente como coherente que ha podido formar con los datos que tiene delante de él.

¿Y si todo lo que está ocurriendo es fruto de la inestabilidad y fricción con otra dimensión? ¿Y si la clave de todo reside en las teorías de la relatividad que tantos quebraderos de cabeza le han provocado a la comunidad física? Creemos comprender todos los secretos del universo, pero solo somos una mota de polvo en mitad de una tormenta de arena. A pesar de conocer las reglas que rigen nuestro mundo, ignoramos las de aquellos que nos rodean.

—Para nuestra desgracia, hay cosas que la ciencia no puede explicar. Y esta es una de ellas. Comprender lo incomprensible ha sido siempre el destino del ser humano. Pueden llamarme loco, pero… todo esto va mucho más allá de las reglas físicas y matemáticas que conocemos.

—O quizás es su forma de confesar que no puede dar con la solución a este problema —interviene el presidente—. Entienda que no podemos salir ahí y decir que todo esto es culpa de fuerzas extraterrestres.

Leo Pacheco vuelve a suspirar. Esta vez la paciencia ha dado paso a la derrota. No le quedan fuerzas para seguir tratando con esta gente, menos aún cuando la burla y la soberbia siguen estando presentes cada vez que explica un nuevo punto de vista o teoría.

—Me temo, señor presidente, que no soy la persona que necesitan para encontrar la respuesta a este enigma —confiesa Leo mientras guarda su iPad de nuevo en la bandolera—. En el dosier que he hecho llegar al señor Serrano podrán encontrar una serie de escenarios futuros que planteo, así como mis recomendaciones para preparar a la población. Aunque me temo que ninguno de nosotros lo va a estar

nunca.

Con estas palabras, Leo Pacheco se despide del gabinete del Gobierno (esta vez espera que para siempre). Cuando llega a casa, no le sorprende ver al presidente ocupando todas las emisiones de radiotelevisión en un comunicado urgente:

—Como saben, nos enfrentamos a una emergencia que requiere decisiones extraordinarias. Proteger a este país es nuestro único objetivo. A partir de ahora entramos en una nueva fase: la activación del mecanismo constitucional del estado de alarma.

Un oscuro recuerdo difícil de controlar

El sonido de sus pisadas por las desgastadas baldosas de barro es imperceptible. Sus pies descalzos caminan con sigilo y rapidez sintiendo el insoportable calor que absorbe el suelo. Desde bien pequeña, Winda acostumbraba a no usar calzado en Asserat, así que su planta resiste las altas temperaturas y las quemaduras. Yanna, la leopardo albina, sigue los pasos de su compañera con la misma destreza ágil y silenciosa. De vez en cuando, la idediana debe dar un respiro a sus pies agarrándose a algún saliente, pero eso no la impide seguir avanzando en el camino.

Las calles que emergen de la Cañada del Viento son las más oscuras de toda la ciudadela de Ídedin, pero eso no las vuelve inmunes al calor de Ralio. En esa zona habitan algunas de las personas más influyentes y eruditas, especializadas en el arte de la filosofía o la docencia, así que el ambiente es igual de tranquilo que el de cualquier templo.

Winda se agarra a una de las vigas de madera que sostienen los pasos elevados entre algunas viviendas y decide descansar durante unos minutos bajo la sombra de un tenderete en una de las terrazas dedicadas a la meditación en presencia de Herun. A su hermano le ha parecido buena idea sorprender a Zola bajo la luz de Ralio porque nadie se espera que alguien sea tan demente como para atacar el Ubongo en el momento más caluroso y luminoso del día.

—Estúpido Nabil —farfulla en un susurro mientras se masajea los

pies.

Acto seguido, agarra el odre que lleva como riñonera y derrama un poco de agua fresca sobre una de las hendiduras del suelo.

—Espera —ordena a Yanna al ver que esta iba directamente a lamer el líquido.

Winda cierra los ojos y se concentra en esas oscuras emociones que la ayudan a invocar el elemento más ausente de Ídedin. No tiene la facilidad de Bahari, pero sí que es cierto que, a diferencia de muchos centinelas, tiene un buen control del agua. Sin embargo, no se siente del todo cómoda con la invocación porque implica remover sentimientos tan ponzoñosos que, al fin y al cabo, acaban pasándole factura.

Cuando frunce el ceño está pensando en los soldados de Vawav, en sus padres, en cómo ha visto arder Asserat. Puede escuchar cómo los gritos, súplicas y llantos se callan con el sonido de los disparos. Visualiza al viajante Arno escondido en las montañas, huyendo de una amenaza oculta que, para la chica, solo era una simple sombra entre los pasillos de roca y arena.

Aún no se ha atrevido a compartirlo con su hermano. No sabe si por miedo o vergüenza.

Esa figura…

La vorágine de emociones la lleva hasta esos días antes de la noche más escarlata de Asserat. Hasta ese momento en el que, buscando al ganado que había escapado, se encontró con una figura encapuchada mientras hacía un extraño y desconocido ritual para ella en el que la sangre y las vísceras de carnero estaban muy presentes. Recuerda con nitidez cómo apuntó a la amenaza con su arco y cómo esta se defendió invocando el viento y desapareció a través de la roca dejando un charco de agua.

¿Y si a quien vi fue…?

Quizá si hubiera estado más preparada podría haber evitado la invasión de Asserat, la muerte de sus padres, la extinción de toda su vida en cuestión de…

La joven abre los ojos para detener de golpe la invocación. Observa que donde antes había un poco de líquido ahora hay un pequeño

manantial que borbotea con fuerza. Yanna, por supuesto, bebe de él sin esperar su consentimiento.

—*Nunga!*

Sabe que se ha pasado. Que esas emociones con las que ha invocado al agua eran demasiado fuertes. Solo tenía que hacer crecer un poco el charco, no convertirlo en un pequeño arroyo que ahora busca de forma desesperada un lugar por el que seguir su curso y escaparse.

¿Cómo se le ocurre invocar el agua con unas emociones tan recientes? Aún no ha tenido tiempo para asimilar que sus padres ya no están en este mundo. Le resulta demasiado raro pensar en que ya no va a escuchar la risa de su madre ni soportar los sermones de su padre. Su cabeza sabe que ya no están, que han pasado a formar parte del Todo. Pero su corazón… su corazón aún tiene mucho que asimilar y procesar.

Es por eso mismo por lo que se reprocha haber sido tan insensata de haber invocado el agua con algo tan inestable. Al menos no la ha visto ni su hermano ni ningún otro centinela. Se habría muerto de la vergüenza… Tener un buen control de las emociones a la hora de manipular los cuatro elementos es lo primero que se enseña a los pequeños idedianos en la escuela. Aún escucha la vocecita chirriante y burlona de su hermano dándole lecciones sobre el control.

Ya me gustaría a mí verte controlar el agua como lo hago yo, hermanito.

Eso siempre le ha picado a Nabil. Para su mellizo, el agua siempre ha sido el elemento que más le ha costado invocar porque, al igual que ella, lo hace a través de la tristeza. Sin embargo, mientras que Winda asume y abraza ese sentimiento y no tiene ningún miedo en hacerle frente, su hermano odia sentir pena y eso lo bloquea a la hora de poder controlarlo. No es capaz de focalizarse en esa emoción.

La joven sumerge las manos en el agua que borbotea del suelo y las junta formando un cuenco para poder beber de ellas.

—Tienes exactamente diez segundos para terminar de satisfacer tu sed —advierte la chica a su compañera animal mientras da un buen sorbo.

Acto seguido, vuelve a introducir sus manos en el manantial y comienza a concentrarse en su respiración. Siempre le ha resultado más sencillo manipular el fuego porque consigue conectar con él a través de la calma y la paz. A cualquier idediano lo primero que le enseñan a hacer después de caminar es a meditar y a encontrar la paz espiritual.

En cuestión de segundos, el riachuelo se transforma en vapor, dejando como única huella unos surcos limpios que delatan su recorrido.

Yanna termina de lamerse el pelaje en lo que Winda se vuelve a colocar el odre en la cintura y prepara su arco con flechas.

—¿Lista?

El animal le responde poniéndose en pie. No avanza hasta que Winda emprende la marcha hacia el lugar que va a ayudar a recuperar junto con otros centinelas.

Siempre ha soñado con pisar el Ubongo, pasar entre sus columnas, entrenar con Yanna en el Colisseum. Siempre ha anhelado ese futuro en el que se convierte en una gran centinela, en abandonar el cayado de Asserat para centrarse en el arte del arco y el control de los elementos. Y, en el fondo, ella sabe que sus deseos se van a hacer realidad.

Lo que jamás había pensado es que el precio por vivir su fantasía fuera a ser tan alto, difícil y doloroso.

Hielo, barro, zarzas y lágrimas

El Ubongo es uno de los lugares más majestuosos de Ídedin. No solo por la impresionante arquitectura que luce; también por su emplazamiento. El refugio del legado de este mundo, la cuna de su civilización y el hogar de su saber se encuentra en el centro de la ciudadela, aprovechando la colina para construir una perfecta estructura circular ascendente que lo hace destacar aún más. Lo corona, como no podía ser de otra manera, el Ubongo y su holgada plaza con la Fontapsu, la famosa fuente de agua que representa los pilares de la civilización idediana. En su interior, cuatro estatuas de formas humanas simbolizan a los Sapientes y los elementos; todas ellas sujetan un arma relacionada con la invocación: un martillo para la tierra, una espada para el fuego, un arco para el viento y una lanza para el agua. Otras cuatro estatuas con forma animal se sitúan en los puntos cardinales, representando las patrias de Ídedin: los felinos de Asserat al sur, las aves de Zabrath al norte, los lagartos de Keyna al oeste y los lobos de Maween al este. Finalmente, colocadas en el borde circular de la estructura central por la que sale el principal chorro de agua hay seis piedras preciosas que representan la espiritualidad y las emociones de la sociedad.

Cualquiera que quiera visitar el Ubongo tiene que acceder por alguna de las escalinatas que ascienden hasta su plaza y desde ahí podrá contemplar la preciosa vista panorámica de los alrededores de la ciudadela. Y esto lo convierte en un perfecto enclave estratégico para asentarse. Zola lo sabe y por eso ha sido lo primero que ha tomado. A pesar de que la Orden pudo acceder de forma sigilosa por

su alcantarillado hasta los calabozos del interior, saben que solo hay una manera de hacerse con el control del Ubongo: desterrando a la traidora. Pero la única manera de hacerla salir es exponiéndose.

Una suave brisa sopla en la plaza. El viento viaja por el diáfano espacio, acariciando el agua de la fuente y colándose entre los grupos de soldados que patrullan la zona. Para los vawaianos, acostumbrados al frío y la oscuridad, este aire les parece una bendición, una pequeña tregua que les da el calor de Ídedin en su arduo trabajo por controlar un mundo tan ajeno al suyo. Los agentes de Vawav sonríen cuando notan que el viento empieza a adquirir más fuerza. Se toman la libertad de relajarse durante un momento para saborear y disfrutar del instante. Algunos se atreven a alzar los brazos para que el inesperado vendaval les recorra todo el cuerpo. Otros, sin embargo, permanecen atentos porque saben que en ese mundo la naturaleza se puede convertir en una amenaza.

No se equivocan.

El viento adquiere una fuerza molesta, levantando el polvo del suelo en movimientos circulares y dificultando la visibilidad en toda la plaza. El silbido que produce se convierte en un rugido que concentra toda su fuerza en un solo punto, anunciando la inminente llegada de uno de los fenómenos más mortíferos y, a la vez, fascinantes de la madre naturaleza. El embudo del tornado se forma en unos pocos segundos y, como si fuera una aspiradora, comienza a succionar todo lo que hay a su paso. Sin embargo, el fenómeno se queda estático. No es muy grande y tampoco ha adquirido la potencia suficiente para lanzar en volandas a los soldados, pero sí que supone una molestia para ellos.

Un graznido parece surgir del interior del tornado. La silueta de unas alas surge del interior del embudo. Stratus emerge del tornado con una actitud agresiva y desafiante. Sobre su lomo se encuentra Nabil, con las manos en alto, controlando con maestría el remolino de viento y polvo que ha sorprendido a los soldados.

Los disparos comienzan. Ninguno de los agentes tiene piedad con el objetivo, pero el viento es tan molesto y la visibilidad tan reducida que ningún proyectil consigue alcanzar a la figura alada.

Nabil hace un nuevo gesto circular con ambas manos, apuntando a direcciones opuestas. En cuestión de segundos, el tornado se bifurca en dos nuevos remolinos que avanzan hacia el norte y sur de la plaza. Esta vez danzan como si fueran dos almas ebrias, inconscientes del poder destructivo que tienen.

Algunos soldados de Vawav se agarran a la fuente para evitar ser engullidos; otros permanecen rígidos en el oeste de la plaza, al pie de la escalinata que sube hasta el Ubongo. Nabil hace descender a Stratus en una espectacular maniobra aérea con la que, a tan solo un par de metros de que el pájaro toque suelo, el chico da un salto y aterriza rodando. Inmediatamente, tanto la inmensa ave como su compañero comienzan a atacar a los agentes. Stratus usa su pico para embestir y sus garras para atrapar a varios soldados, elevarlos a una altura considerable y lanzarlos contra el suelo en un impacto mortal. Nabil muestra su habilidad con la vara en el combate cuerpo a cuerpo mientras invoca los elementos necesarios para escudarse de las armas de fuego que tiene Vawav. Todo ello mientras los tornados siguen succionando y tiñendo el ambiente de polvo y ruido. Sin embargo, los vawaianos, bien entrenados en el arte de la guerra, no han tardado en armar una estrategia y refugiarse a los pies de la gran escalinata. Cuando Nabil es consciente de que ha conseguido apilar a todos en un mismo lado, da un nuevo paso en el plan de ataque.

—¡Ahora, Stratus!

La orden de Nabil hace que el pájaro vuelva a alzar el vuelo y lance un potente graznido que parece detener de golpe los torbellinos. Durante unos segundos se hace el silencio. Solo el polvo enturbia el lugar. La fuente apenas se ve; solo se escucha el chapoteo del agua. Sin embargo, a medida que la estampa se va aclarando, los soldados de Vawav pueden atisbar una sombra en medio de la plaza.

Alguien no se lo piensa dos veces y aprieta el gatillo contra la amenaza, pero la habilidad de Nabil con el viento desvía de inmediato los disparos.

—¡Alto el fuego!

Una rabiosa y potente voz enemiga entra en escena. Proviene de lo alto del Ubongo. Nabil tiene que andar unos metros más para ver con

claridad a la traidora de Ídedin.

Zola.

La que era una Sapiente y osaba ostentar el título de Dueña del Agua luce su túnica protocolaria de color azulado, pero adornada con unos motivos de color negro que enturbian el significado del atuendo. Su cabello, tan largo como el de Docta Sena, sigue siendo de un impresionante rubio platino, rozando casi el blanco, pero varias mechas azabaches han parecido surgir de él. ¿Quizá consecuencia de haberse encomendado por completo a la oscuridad?

La traidora no tarda en reconocer a Nabil.

—Vuestras armas no os van a servir con ese —advierte a los soldados.

Nabil permanece impertérrito, quieto, agarrando con fuerza la vara en su mano derecha y apretando el puño de su izquierda. Intenta controlar sus emociones, tenerlas bien atadas para que, a la hora de invocar según qué elemento, el dominio sea efectivo. Sabe que va a enfrentarse a una de las personas más poderosas de Ídedin. Y sabe que la traidora va a utilizar energía oscura.

En ese momento, cuando el polvo de los tornados parece estar desapareciendo, surgen varias figuras detrás del chico. Una docena de centinelas, junto a sus compañeros animales, se unen a Nabil, permaneciendo a unos pocos metros detrás de él.

Zola suelta una carcajada al ver la estampa desde tan arriba.

—Veo que has traído a los mejores de tu promoción —anuncia con sorna—. ¿Dónde has dejado a la viajante?

Nabil no contesta. Se refugia en su silencio. Se limita a respirar y a mirar con detalle a la traidora, que, poco a poco, se va acercando a él. Zola ya ha pisado la plaza del Ubongo y no muestra flaqueza alguna a la hora de caminar. Lo hace con soberbia y autodeterminación, como si todo fuera un simple juego de chiquillos.

—Supongo que ahora me ordenarás rendirme y abandonar la ciudadela —deduce la mujer, deteniéndose a unos pocos metros de Nabil.

El centinela traga saliva, se relame los labios y contesta una única y calmada palabra:

—No.

En un abrir y cerrar de ojos, el chico se ha lanzado contra la traidora a una velocidad inhumana, dispuesto a atravesarla con la vara. Esta, sin embargo, transforma toda su figura en una columna de agua contra la que impacta el chico.

El grupo de centinelas se ha movido a la vez que Nabil. Dada es el primero en dar un salto y lanzarse a la plaza de cabeza, como si fuera un lago. Su cuerpo atraviesa los adoquines de barro y bucea bajo la tierra, mientras que Kira, su pequeña coyote, le sigue el rastro con agilidad. El resto de los centinelas hacen lo propio: tres salen en volandas invocando el viento, dos mujeres no dudan en congregar el fuego entre sus manos, solo unos pocos se atreven a manipular el agua ante la presencia de Zola, mientras que la gran mayoría hace acopio del elemento de la tierra.

Tanto soldados como centinelas se enfrentan en una lucha en la que Ídedin intenta obligar a los vawaianos a combatir cuerpo a cuerpo, pero eso no impide que, a la menor oportunidad, los invasores hagan uso de sus futuristas armas. Se oyen varios disparos y quejidos. Algunos animales, otros humanos. El polvo vuelve a levantarse, ya sea por la fuerza de las pisadas o por nuevos ataques de viento.

Nabil y Zola centran su combate cerca de la fuente, lo que ayuda a la traidora a utilizar el agua de esta para aturdir al muchacho. Varios tentáculos transparentes parecen intentar atacar al chico, pero Nabil hace acopio de todo el poder que tiene para invocar el viento con maestría y defenderse.

—Chidike estará orgulloso de ti.

Nabil abraza la rabia para invocar la tierra y apresar a la traidora en un charco de arenas movedizas que, durante unos segundos, parece retenerla. Sin embargo, su absoluto control del agua hace que el barro se transforme en un pequeño lago que, con un chasquido, congela de inmediato.

Eso escapa de la compresión de Nabil.

¿Cómo ha podido invocar el frío tan…?

Un bloque de hielo se estampa contra él y lo hace caer al suelo. Nabil siente el dolor del impacto en todas sus costillas. Intenta

levantarse, pero varias zarzas rompen los adoquines y lo apresan por sus extremidades como serpientes constrictoras. Los pinchos del tallo le desgarran la piel y lo aprietan cada vez más fuerte. Zola no se lo piensa dos veces: vuelve a invocar su poder y forma el caudal de un pequeño y bravo río que impacta, directamente, contra Nabil.

El joven centinela no puede moverse y la fuerza del agua es tal que pareciera estar siendo embestido por una catarata. Sus emociones se desestabilizan y comienza a agobiarse por la falta de oxígeno y el dolor que siente en todas sus extremidades. Las zarzas no dejan de apretar cada vez más fuerte y el chico siente que no puede con Zola, que su poder es demasiado grande, que es una vergüenza para Chidike y que el Sapiente se ha equivocado al cederle el testigo de Maestro del Viento.

Un aullido rompe el chorro de agua. La figura de una leopardo albina emerge de la nada y el río que Zola estaba descargando contra él parece ir remitiendo. Una fuerza invisible lo desvía hacia los lados, permitiendo que el chico recupere el aire en sus pulmones. Cuando Nabil alza la cabeza y ve a su hermana a unos pasos de él, observa cómo esta, concentrada, controla la misma agua que Zola.

—¡Hermana!

El grito apenas es perceptible. Nabil se da cuenta de lo cansado que está y siente terror porque la traidora pueda matar a su melliza, sangre de su sangre.

Sin embargo, Winda no ha venido sola. Docto Essam, Cacique de la Tierra, emerge del suelo con un estallido y su cuerpo embiste directamente el de Zola. La chica aprovecha el desconcierto de la traidora para quemar las zarzas que apresan a su hermano y lo ayuda a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí, pero… —El chico intenta recuperar el aliento—. Es muy poderosa.

—Puede que en un combate uno contra uno pierdas —contesta ella con una sonrisa burlona—. Pero somos tres.

Nabil asiente y lanza un potente silbido para avisar a Stratus. El pájaro aparece en cuestión de segundos y el chico se sube a su lomo

para continuar luchando con su ayuda. Winda, por su parte, comienza a correr al lado de Yanna hasta donde se encuentran Essam y Zola.

La traidora no duda en utilizar varias invocaciones de energía oscura para luchar contra el Sapiente. No solo vuelve a repetir el truco de las zarzas; también consigue que todo se vaya tiñendo de una neblina fría y desagradable. Sin embargo, el aleteo de Stratus y el poder de Nabil con el viento consiguen disipar la escena para que el campo de batalla se reduzca al combate cuerpo a cuerpo. Ahí es donde Zola es más vulnerable.

Winda no duda en intentar aprovechar las invocaciones de agua de la traidora para manipularlas a su antojo y ponerlas en su contra. Pero esta no tarda en advertir las intenciones de la joven y opta por ampararse en esa oscuridad tan desconocida para ellos.

—¡Ese poder acabará traicionándote, Zola! —advierte Essam mientras se protege de los ataques con paredes de piedra que emergen del suelo.

Pero la mujer sigue invocando todo lo que se le ocurre, desesperada. Es el momento. Los tres ven una oportunidad para reducirla. Essam no duda en hundirla en la tierra para que esta la cubra hasta el cuello. Winda aprovecha para hacer acopio de la luz e invocar el agua de su lado, evitando así que Zola pueda usarla. Nabil, finalmente, ordena a Stratus que agarre la cabeza de la mujer con una de sus garras, inmovilizándola por completo.

Todo, de repente, parece calmarse. La batalla entre centinelas y soldados se termina con la retirada de Vawav. Zola permanece quieta, con los ojos abiertos, inyectados en sangre, bajo la garra de Stratus, mirando con detenimiento al Sapiente.

—Sabes que no me puedes encerrar —escupe la mujer con una voz casi gutural—. Sabes que no me puedes retener.

El Cacique de la Tierra da un par de pasos hacia ella y se acuclilla, tranquilo, hasta la prisionera.

—Lo sé —confiesa—. Por eso, la única forma de acabar contigo es que pagues el mismo precio que Docto Chidike: la muerte.

El grito de furia de Zola va acompañado de un graznido cargado de dolor por parte de Stratus. El pájaro libera a la traidora de sus garras y

esta desaparece convirtiéndose en agua que absorbe la tierra.

—¡No!

Nabil acude rápido hasta su compañero, que cae al suelo con una lanza clavada en su costado. Mientras Essam se acercaba a la traidora, esta aprovechó para invocar el agua de la fuente y lanzar contra el pájaro la lanza de hierro que sujetaba una de las figuras.

—No, no, no… Stratus… —La voz de Nabil empieza a temblar al ver la gravedad de la herida que tiene su compañero—. Sigue conmigo, pequeño.

El pájaro vuelve a soltar un nuevo gemido, más cansado y doloroso. Nabil, poco a poco, le extrae la lanza del costado y pone sus manos en la profunda herida, que no deja de manar sangre.

—Te vas a poner bien, amigo.

—Nabil… —interviene su hermana.

—¡Ayudadme! —suplica él—. ¡Presionad aquí!

Tanto Winda como Essam ponen las manos en la herida y Nabil acude hasta la cabeza del pájaro para acariciarla, aún con las manos manchadas de su sangre.

—Aguanta, por favor —suplica el chico mientras su rostro empieza a humedecerse—. No puedo hacer esto sin ti.

El graznido que lanza Stratus no es agresivo. Tampoco suplicante. Es débil, pero tranquilo. Transmite más amor que dolor. Nabil junta su frente al pico de su compañero, quien empuja con cariño la cabeza del centinela.

—Por favor… —suplica él.

Un soplido cansado, pero lleno de paz. Poco a poco, la respiración de Stratus va siendo más tranquila. Nabil permanece en todo momento a su lado, acariciándolo, mirando esa pupila que cada vez se va haciendo más grande y va comiéndose el iris dorado de sus ojos.

—Vas a estar bien —susurra Nabil—. Vas a estar siempre conmigo.

El último aliento de Stratus se desvanece con la brisa del viento, que va impregnándose de las lágrimas de Nabil y de un pedazo de su alma que permanecerá, para siempre, ligada al espíritu de su compañero animal.

El niño que no pudo gritar

Masud se ha dado cuenta de que lo que más miedo le da es la oscuridad. Es algo que ha descubierto hace poco, porque en su mundo siempre es de día y jamás ha experimentado la ausencia de luz. Incluso cuando su madre lo mandaba a la cama y él cerraba los ojos para dormir, Masud seguía sintiendo la luminosidad rojiza de Herun. El pequeño idediano siempre había pensado que su mayor fobia era encontrarse con uno de esos enormes lagartos de Keyna y ser engullido por sus fauces, pero, cuando el Monstruo lo ha traído al mundo sin luz, Masud se ha dado cuenta de que la oscuridad le provoca aún más terror. No solo por la ausencia de luz, sino también por lo que implica su presencia.

Cada vez que Masud se encuentra a oscuras, ocurre algo malo. Las pesadillas parecen cobrar vida cada vez que lo meten en ese cuarto, que huele a hierro y a piedra húmeda, y la luz blanquecina del techo desaparece. La primera vez el Monstruo le hizo daño con unas serpientes de colores sin cabeza que lanzaban chispas. Otra contó con la ayuda de unos demonios blancos que le arañaban el rostro con fuerza. Una de las últimas veces lo lanzaron a un oscuro lago en el que casi se ahoga porque el pequeño Masud no sabe nadar.

Ya ha perdido la cuenta de la cantidad de pesadillas a las que ha tenido que hacer frente en esa eterna oscuridad. Sin embargo, todas ellas siempre acaban con la misma orden: invocar uno de los cuatro elementos. Al principio, a Masud le resultaba muy raro que lo obligaran a hacer algo tan sencillo, pero más adelante comprendió que en Vawav no pueden invocar la naturaleza. Como diría su padre,

deben tener un espíritu pobre, triste e impuro.

A veces habla con él. Y también con su madre y su hermano. El Monstruo los obligó a formar parte del Todo antes de tiempo y, la verdad, a él le habría gustado ir con ellos para no quedarse solo. Menos aún en un lugar tan frío y oscuro como Vawav.

«Tienes que ver valiente, Masud», se susurra a sí mismo, imitando la voz de su padre.

«Todos los centinelas de Ídedin han tenido que enfrentarse a sus miedos, Masud», repite, recordando las palabras de su madre.

«¡Pareces tan miedoso como los pollos de Faraji, Masud!», se burla, acordándose de lo que siempre le decía su hermano para chincharle.

«¡Callaos! —les grita, enfadado—. ¡Si vierais la oscuridad, las pesadillas y al Monstruo, no me diríais esas cosas!».

—¿Con quién hablas?

La voz del Monstruo hace que se ponga en alerta. No le suele hablar directamente. Es más, no recuerda que le haya dicho algo desde que se lo llevó de Ídedin. Masud mira a ambos lados y da media vuelta, intentando encontrar al Monstruo de ojos amarillos. Pero no hay nada. Solo oscuridad.

—Te he hecho una pregunta —repite con esa afónica voz—. ¿Con quién estabas hablando?

—Con… —El pequeño Masud iba a mentir y decir que no estaba hablando con nadie, pero conoce el castigo que el Monstruo le propinará si descubre que no ha dicho la verdad—. Con mi familia.

—Tu familia está muerta.

Masud no sabe qué responder a eso. No sabe ni siquiera si tiene que decir algo. En Ídedin, la muerte es un paso natural y normal. Es triste cuando ocurre antes de tiempo, pero formar parte del Todo es la siguiente etapa en su vida espiritual.

—¿No crees que estén muertos? —pregunta el Monstruo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué hablabas con ellos?

—¿No puedo hablar con mis padres?

—No estás respondiendo a mi pregunta. ¿Por qué hablas con ellos?

Masud duda unos segundos antes de responder. Tiene miedo.

Miedo de que el Monstruo aparezca y comience una nueva pesadilla. Tiene miedo de enfrentarse a un nuevo demonio, a una nueva tortura.

¿Y si le enseña el fuego? Eso le gusta. Eso alejará la oscuridad y, por tanto, al Monstruo.

Masud extiende sus dedos e invoca el fuego en la palma de su mano, ofreciéndola a ese abismo negro e infinito del que proviene la afónica voz.

—No te he pedido eso —dice el Monstruo—. Te he pedido que me digas por qué hablas con tu familia.

Masud apaga la llama y se queda con la cabeza gacha, avergonzado por no haber conseguido contentarlo.

—No sé… —susurra el chico—. Escucho lo que me dicen para no tener miedo.

—¿Puedes verlos?

—¿A quién?

—A tu familia.

La pregunta vuelve a confundir a Masud. ¿Por qué el Monstruo hace preguntas tan raras y extrañas? ¡Cuando alguien pasa a formar parte del Todo desaparece!

—¿Te gustaría volver a verlos?

—¿Puedes hacer eso? —pregunta Masud, sorprendido.

—Puedo hacer lo que quiera —confirma el Monstruo—. Puedo hacer que vuelvas a ver a tu familia. ¿Te gustaría?

Masud no dice nada, pero asiente. No lo hace muy seguro porque no entiende cómo el Monstruo va a hacer que su familia regrese del Todo, pero quizás en Vawav sí que son capaces de conseguirlo.

La negrura empieza a iluminarse y el espacio que lo rodea adquiere un tono marrón oscuro. La luz va cobrando mayor protagonismo y Masud empieza a distinguir las distintas formas de unos objetos que conoce muy bien. La mesa de madera en la que suele comer, la alfombra que tanto le gusta a su madre, la figura del tigre de Asserat con la que tanto juega… De repente, Masud está en casa.

—¡Masud!

La voz de su madre lo vuelve a poner en alerta. Proviene del telar que separa la sala de la zona en la que ella y su padre preparan la

comida.

—¿Mamá?

Masud aparta la tela con cuidado, asustado y confundido. Escucha el chapoteo de la olla y puede percibir el olor de su comida favorita. Sus sospechas se confirman cuando ve sobre el fuego la olla de hierro llena de verduras y a su madre fileteando la carne roja de ternero.

—Necesito que vayas a… ¡pero bueno!

Masud no ha tardado ni dos segundos en dar una carrerilla para abrazarla por la cintura y hundir su cabeza en ella. Puede sentir el fino tacto de su vestido favorito, percibe el olor y calor de su cuerpo. Cuando su madre le acaricia la cabeza, Masud piensa que todo lo que ha vivido es una pesadilla y que, por fin, ha despertado del horrible sueño.

—Mamá… he tenido una pesadilla horrible —confiesa el pequeño, aún sin levantar el rostro.

—¿Qué te ha pasado? —le dice ella mientras lo agarra y lo alza en sus brazos.

—No quiero hablar de ello.

—¿Llegamos a tiempo para comer?

La voz de su padre hace que el pequeño se gire y se encuentre con él y su hermano. Ambos sujetan un par de conejos. ¡Pues claro! ¡Han ido a cazar y él se ha quedado dormido!

—¿Qué ocurre? —pregunta su padre, extrañado.

—Ha tenido una pesadilla.

—¡He tenido muchas pesadillas! —se defiende Masud—. ¡Cada cual peor que la anterior!

Su hermano estalla en carcajadas y se burla de él por miedoso, pero Masud le contesta sacándole la lengua.

—No te metas con tu hermano —le defiende su madre—. Además, Masud va a ayudarme a cocinar. ¿A que sí?

—¿De verdad? —contesta emocionado.

—¡Pues claro! Necesito que me ayudes a controlar el fuego para que la comida quede perfecta. ¿Serás capaz?

Masud asiente orgulloso, se suelta de su madre y comienza, poco a poco, a manipular las llamas, que van envolviendo la cacerola de

hierro.

—Cuando te avise necesito más fuego, ¿vale?

—¡Vale!

—¡Ya!

Masud hace crecer la llama con fuerza, obligándola a bailar en un pequeño torbellino alrededor del hierro.

—¡Más fuerte, Masud!

El crío obedece y hace crecer más el fuego. Tanto que, sin querer, empieza a chamuscar las verduras que más sobresalen del recipiente.

—Uy… —se disculpa el chico, reduciendo la potencia de la llama.

—¡No pares, Masud!

—¡Más fuerte! —ordena su padre—. ¡Demuestra todo lo que puedes hacer, hijo!

—¿Qué? —pregunta él, confundido.

Su hermano empieza a estallar en carcajadas.

—¡No puede! —se burla—. ¡Es un inútil! ¡Un pollo inútil!

—¡Sí que puedo! Pero… pero es peligroso. —Masud mira a su madre—. ¿Verdad, mamá?

—Más.

La sonrisa de su madre se ha quedado congelada. La mirada que deposita en él está algo perdida.

Masud empieza a sentirse extraño. Confundido. Hay algo que no le gusta. O, mejor dicho, algo que le asusta.

—Más fuerte, Masud.

La voz de su madre ha adquirido un tono distinto. La sonrisa permanece impertérrita y ha pasado de transmitir ternura a inquietud.

—¡Más fuerte!

El grito que suelta su padre hace que este se gire de golpe. Masud se queda sin aliento al ver cómo la piel de su padre se empieza a teñir de negro y se desgarra en úlceras que muestran la carne. Su hermano comienza a soltar unas carcajadas más guturales a la vez que su cuerpo se va carbonizando sin presencia de fuego.

—¿Qué… pasa?

—Más fuerte, Masud —repite su madre.

Cuando Masud se gira hacia ella, ve que luce el mismo aspecto que

el resto.

Ella lo sigue mirando con esa sonrisa vacía.

Su hermano sigue riéndose con esa terrorífica voz.

Su padre no deja de decir que todo sea más fuerte.

Más fuerte.

Más fuerte.

Más fuerte.

El pequeño se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos para volver de nuevo a la oscuridad. Es otra pesadilla. Otra maldita pesadilla.

—No —ordena el Monstruo—. Querías ver a tus padres. Míralos.

Entonces, como si no pudiera controlar sus párpados, los ojos de Masud vuelven a abrirse. Se encuentra en la misma estancia que hace un rato, pero ahora está totalmente calcinada. Su familia sigue en la misma posición de hace un momento, pero su piel está hecha jirones y llena de llagas. Parecen estatuas, pero de repente empiezan a parpadear y a dirigir su rostro hacia el chico.

—¡Más fuerte! —dice su madre.

—¡No!

Los cuerpos de su familia se abalanzan sobre él y comienzan a tirarle de las ropas, rompiéndoselas en el acto. Le arañan la piel, se la muerden, le tiran del pelo.

Más fuerte. Más fuerte. Más fuerte.

Masud quiere gritar, pero no puede. Quiere pedir ayuda al Monstruo, decirle que pare.

—¡Sif, los niveles están al máximo!

—¡Usad el citranium!

Las manos de su hermano parece que se quieren introducir en su ombligo. Su madre parece buscar los párpados, como si quisiera quitarle los ojos de las cuencas. Los dedos de su padre intentan introducirse en la boca del chico para extraerle de cuajo los dientes.

Masud no se puede mover. No puede chillar.

¡Más fuerte!

—¡La brecha! ¡Se va a abrir una brecha!

Masud consigue lanzar un grito tan aterrador que va acompañado

de una inmensa bola de fuego que calcina en el acto a los tres monstruos que habían tomado la forma de su familia. Es una esfera tan grande que, poco a poco, va convirtiendo toda la estancia que lo rodea en polvo.

Hasta que no queda nada.

Hasta que todo vuelve a ser oscuro.

El silencio vuelve a ser el protagonista. Solo su entrecortada respiración parece romperlo.

Masud, poco a poco, abre los ojos y se encuentra en un espacio totalmente blanco. Está cansado, aturdido y confundido. Parece estar levitando en el aire. Cuando intenta mover sus brazos, se da cuenta de que no puede porque está sujeto por un montón de cables que le salen de todo el cuerpo.

—Cinco.

Una desconocida voz invade con un eco la estancia. Todo comienza a temblar.

—Cuatro.

Lo que parecía una pared blanca comienza a deformarse y a adquirir una extraña transparencia. La sala sigue vibrando cada vez con más intensidad.

—Tres.

La luz se apaga de golpe. Su cuerpo se agita en unas extrañas convulsiones.

—Dos.

Pero algo comienza a brillar.

—Uno.

Una grieta de luz surge de la nada y, poco a poco, empieza a abrirse como una gruta a un nuevo y desconocido mundo. Lo último que ve el pequeño Masud antes de cerrar los ojos para siempre es un enorme prado verde y varias casas de piedra con tejados rojos desmoronándose. También ve a un montón de personas corriendo, huyendo de algo mientras gritan aterradas.

No parecen ser habitantes de Ídedin. Tampoco de Vawav.

DECIMOCUARTA CATÁSTROFE
¿Quién eres?

Cuando me echo el agua hirviendo sobre los pies, el castigo se vuelve a manifestar en forma de dolor. Ya no grito. Hace meses que no lo hago. Quizá porque ya conozco el calvario físico, pero eso no significa que me moleste menos. Mi cuerpo sigue suplicando clemencia cuando las ampollas vuelven a abrirse, pero mi corazón está tan apenado que ni la mayor tortura del mundo podría superar el dolor que hay en mi alma.

Aún con los pies al rojo vivo, tomo dos gasas untadas en aceite y me envuelvo los pies con ellas. Este procedimiento lo hago de manera automática, pero, cuando me arrodillo y me persigno, rezo con devoción a la señal de la Santa Cruz para que Él me libre de pensamientos indebidos, evite que suelte palabras ociosas y bendiga mi corazón para cumplir con la penitencia.

Me desvisto por completo. Primero me quito la camiseta y después los pantalones y la ropa interior. La vergüenza debe ser parte del castigo, igual que Adán y Eva la sufrieron cuando fueron expulsados del Paraíso.

Después agarro el cilicio, que he purgado con agua bendita, y me lo ato con fuerza en la pierna izquierda, esa misma que debió pisar el freno hace doscientos ochenta días. Cuando hundo las puntas de hierro en la carne de mi muslo, endurezco el rostro por el insoportable dolor, pero en mi interior abrazo la sensación y dejo que la paz por la búsqueda del perdón se convierta en un bálsamo. Limpio los hilos de sangre que emanan de las heridas desgarradas y me pongo en pie santiguándome ante la figura de Cristo que corona la cama de

matrimonio en la que yazgo solo.

Miro el reloj. Falta poco para que lleguen las tres y cuarto de la madrugada. Mucha gente relaciona esta hora con el diablo. No les falta razón. En el fondo, fue el mismísimo Satanás quien me tentó, emponzoñó mi alma y me arrebató a esa hora lo que más quería en el mundo.

Aún puedo escuchar su risa, inhalar el aroma de su piel. Mi cuerpo se estremece al recordar sus caricias. Me acuerdo con detalle de la textura que tenía su sedoso cabello. Podría dibujar con precisión el iris violeta y azulado que inundaba sus ojos.

Intento aferrarme a la imagen de mi esposa viva porque sé que, acto seguido, se enturbiará con el aspecto que lucía momentos antes de morir.

Cierro los ojos para recordar, una vez más, con todo detalle el momento más triste de mi vida.

Mi lengua estaba invadida por el amargor de la cerveza, pero la boca de mi esófago emanaba un aroma dulzón por culpa del ron. Ambos sabores desaparecieron cuando vomité en los baños del bar todo el alcohol que había ingerido. Gustavo me sujetaba por los hombros, mientras que José me intentaba abrochar los pantalones, que apestaban a orín. De todo lo que me dijeron, solo me acuerdo de una única frase:

—Será mejor que conduzca ella.

Ella era Carmen. Mi Carmen. El amor de mi vida. La luz de mis noches. El otro pedazo de alma que me completaba. No era consciente por aquel entonces. Claro que no lo era. ¡Satán me embaucó! Los placeres y caprichos más terrenales formaban parte de mi día a día. Mientras Carmen intentaba enseñarme el camino del Señor, yo sucumbía a los siete pecados capitales.

—Mateo, por favor, si no quieres que lleve yo el coche, volvamos andando a casa.

Le solté cuatro palabras que no voy a repetir y obligué a mi mujer a sentarse en el asiento del copiloto. Cuando vi que se ponía el cinturón de seguridad, fui preso de la ira por culpa de un inexplicable sentimiento de traición.

—No hace falta que te pongas el cinturón de seguridad —balbuceé —. Estamos cerca.

Hasta que no se lo quitó no arranqué el coche. Sin embargo, cuando avancé unos metros, volvió a ponérselo de forma disimulada.

—¿Tienes miedo? —grité—. ¿¡Me tienes miedo!?

—Mateo, por favor…

—¡Que no te hace falta!

Volví a pulsar el botón rojo que soltaba el cinturón.

Ella, entre lágrimas, volvió a ponérselo.

Entonces habló alguien a quien no reconozco. No era yo. Ese no podía ser yo. Una bestia poseyó mi alma corrompida, volvió a desabrochar el cinturón de Carmen y pisó el acelerador a fondo hasta embestir el coche contra la iglesia del pueblo.

Mientras que en mi lado saltó el *airbag*, en el suyo falló. Carmen se estampó contra el salpicadero, clavándose decenas de cristales en ese rostro tan puro e inmaculado que tenía. Su cara no tardó en hincharse. Lo que antes era blanco pasó a ser morado. La sangre teñía su blanquecina piel y sus ojos… sus ojos no dejaban de mirarme.

Me miró con pena. Con miedo.

Eso fue lo último que vi en el rostro de mi mujer: terror. Pánico hacia mí y hacia la inminente muerte. Es por esto mismo por lo que cada segundo viernes del mes me obligo a hacer esta penitencia.

Salgo de casa desnudo con el cilicio desgarrándome el muslo izquierdo y los pies en carne viva y rodeados de vendas cubiertas en aceite. En una mano llevo el rosario, que sujeto tocando con mis dedos la primera cuenta. En la otra agarro con fuerza el flagelo con el que, por cada avemaría, azotaré mi espalda con fuerza. Comienzo mi castigo peregrinando hacia la iglesia en la que he intentado buscar el perdón, pero lo único que encuentro son las marcas del accidente mortal que se llevó a mi mujer.

Los vecinos ya están pendientes de mí, así que no tardarán en avisar a la policía para que, una vez más, me vuelva a arrestar y a llevar a casa. Pero eso no me impide seguir con mi flagelo, con mi penitencia. Recordando el rostro de mi mujer. Reprochándome a mí mismo el haberme dejado tentar por el diablo. Llorando amargamente

el fracaso de una vida que ha dejado de tener sentido para mí.

No siento el primer temblor. Tampoco me percato del segundo. Estoy tan concentrado en el rito que no me entero del sonido de los adoquines chocando unos con otros. Solo las luces azuladas del coche patrulla me sacan de mi trance.

—Mateo, tienes que volver a casa —reconozco la voz del primer agente, Arturo.

—Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden —susurro, intentando concentrarme en el rosario y en el poder de la Virgen.

—Mateo… —insiste Arturo con paciencia—. Estás sangrando. Desnudo. Son las tres de la madrugada… Los vecinos…

—Voy por el cuarto misterio —repito, intentando no dejarme llevar por la rabia.

Decido emprender mi camino, propinándome dos latigazos más fuertes para calmar la ira. La ira es uno de los pecados capitales. Me juré no volver a sucumbir a ellos.

Entonces el otro agente, el que no conozco tan bien, decide acercarse. Me dice algo que no termino de entender y me pone la mano en el hombro, sujetándome con fuerza. Eso me molesta tanto que vuelvo a ser poseído por una fuerza incontrolable y le rasgo el rostro con el flagelo.

—¡Serás hijo de…!

No sé cómo continúa la frase, porque la ira de Dios decide manifestarse delante de nosotros. No sé si por las maldiciones del policía o porque yo he vuelto a pecar de algo que había jurado evitar, pero todo empieza a temblar con una fuerza descomunal.

El sonido de las piedras chocando se junta con el del campanario, que baila de un lado a otro. Los cristales de las casas de mi izquierda estallan en pedazos, mientras que las fachadas que hay a mi derecha se resquebrajan como la cáscara de un huevo duro, llegando hasta los tejados rojos.

Los agentes empiezan a tantear el suelo, haciendo equilibrio para mantenerse en pie, mientras yo me arrodillo y me encomiendo al poder de Dios.

—¡Mi salvador! —grito—. ¡He aquí tu siervo! ¡Hágase tu voluntad!

El campanario suena con más fuerza. Los gritos de mi alrededor se mezclan con el estruendo que hacen las estructuras de piedra al caer. El suelo vibra tanto que pareciera que un tren de mercancías estuviera pasando a toda velocidad debajo de mis pies.

Entonces se oye un crujido. Fuerte. Seco. La campana de la iglesia parece alargar sus golpes, pero me doy cuenta de que es porque, poco a poco, su torre se va inclinando.

—Llévame con ella —suplico.

El crujido se empieza a expandir en todas las direcciones. A pocos metros de mí, veo cómo una grieta comienza a delimitar toda la iglesia. En cuestión de segundos, la tierra comienza a separarse, formando una brecha que, a medida que se va abriendo, va siendo más profunda y luminosa.

La iglesia se empieza a hundir como un navío roto en el mar. El ayuntamiento, que está a su lado, desaparece como si fuera un castillo de naipes. Las casas son engullidas por una garganta que se ha formado en el lugar donde hace un momento estaba la iglesia y ahora hay…

Fuego.

Magma.

Las mismísimas puertas del infierno se han abierto ante mí. Me invade el pánico, el terror. Mi juicio final ha llegado. Él me ha juzgado y considera que mi castigo no ha sido suficiente. No me ha perdonado. No lo culpo, porque yo no he conseguido hacerlo.

—Hágase tu voluntad —susurro mientras el caos se desata a mi alrededor.

Cierro los ojos y dejo que la tierra me abrace y me trague hasta ese pozo infernal en el que me espera una tortura eterna bajo el yugo del Anticristo. Aguardo sentir la quemazón en mi piel, las astillas bajo mis uñas, las heridas recorriendo cada milímetro de mi cuerpo.

Pero, en vez de eso, una nueva grieta se abre. Esta vez en el cielo. Es oscura, pero la rodea un espectro azulado. El firmamento se rasga con una imagen extraña. Parece un espejismo. Una ciudad.

Jamás pensé que en el reino de los cielos existiera la tecnología. Y

mucho menos me habría imaginado que Dios fuera a aparecer en un artefacto de hierro propio de cualquier historia de extraterrestres.

Invasión

Sif Noah Peaker solo ha necesitado unas pocas horas para saber todo lo necesario sobre Terra. Se esperaba encontrar un nuevo páramo desértico con ausencia tecnológica, pero para su sorpresa el mundo que, supuestamente, equilibra Ídedin y Vawav posee satélites, sistemas informáticos y redes de comunicaciones. Todos ellos bastante primitivos, claro. Le recuerdan a las primeras eras de su mundo, cuando la ciencia de Vawav intentaba descubrir una tecnología menos física.

Acceder, por tanto, a toda esa red informática ha sido sencillo para ellos. En cuestión de minutos, Vawav tenía en su poder toda la historia de Terra, así como sus costumbres, formas de vida, leyes, dirigentes… En Ídedin resultó bastante más complejo porque no pudieron conectarse a ninguna máquina que les transmitiera todos esos datos de golpe. Pero aquí sí. Y resulta abrumador.

A Noah Peaker le confunde y agobia que en Terra haya tantas culturas y razas diferentes habitando de una manera más o menos coexistente. Le sorprende la cantidad de naciones distintas, con sus propias leyes y dirigentes. Le cuesta mucho entender cómo es posible que el progreso y la evolución sean posibles con tantos caminos y objetivos distintos. Cada nación de Terra rema en la dirección que considera según sus circunstancias y eso hace que exista un desarrollo desigual en todo el mundo.

Todo esto lo ha descubierto en cuanto ha intentado averiguar quién es el líder de todos los terrícolas. Sif Noah Peaker necesita encontrar a una persona que no solo represente a toda Terra, sino que

también ejerza un control sobre todos sus habitantes. Como él con Vawav.

Pero no existe.

¿Cómo este mundo no va a tener en su historia tantas guerras y caos? ¿Cómo es posible que a lo largo de tantos años siga conviviendo esta insultante cantidad de líderes y naciones?

Si Terra hubiera seguido las mismas reglas que Vawav o Ídedin, sería un mundo mucho más avanzado. La unión de todos los pueblos bajo un mismo mandato, caminando todos en la misma dirección.

¿Por qué? ¿Por qué después de tantos años de evolución no han llegado a esa conclusión?

Noah Peaker se obliga a dejar de lado todas estas cuestiones. Ya habrá tiempo para investigar a fondo todo y sacar unas deducciones más acertadas. De momento, necesita encontrar un líder. Necesita presentarse ante alguno de los miles de representantes que tiene Terra. Lo lógico sería acudir a alguna de las grandes naciones que los propios terrícolas bautizan como «potencias mundiales». Sin embargo, viendo el caótico momento en el que ha llegado, donde el propio Equilibrio se está manifestando también en distintos puntos del planeta, el Sif decide seguir una estrategia territorial de cara al supuesto Colapso.

Según las antiguas escrituras, el Equilibrio es orgánico y todo lo que depende de él no resulta aleatorio. Todo es consecuencia de una causa y, si la brecha que ha conseguido abrir los ha llevado hasta ese lugar, puede significar que el resto de los agujeros que se produzcan surjan en los alrededores de aquella zona. Más aún cuando ahora está contemplando Afros, la cuarta luna de Vawav, que desapareció hace unos meses.

¿Por qué está ahí? Los informes de Terra solo notifican extrañas anomalías geotérmicas. Sif Noah Peaker estudia el escenario en el que han aparecido. La brecha parece haber alterado toda la geografía del lugar, ocasionando una enorme grieta que se ha tragado gran parte de un asentamiento terrícola.

Son futuras cicatrices. Estrías de este mundo que auguran lo que está por venir.

Hay demasiadas incógnitas y, para su desgracia, el Sif empieza a

ampararse más en las creencias idedianas que en la lógica a la que tan acostumbrado ha estado siempre.

—Hemos llegado.

Uno de sus subordinados lo saca de sus pensamientos. El Sif se cruje el cuello, respira profundo y termina de colocarse la túnica reglamentaria negra que siempre luce por protocolo en momentos especiales para Vawav. Su único objetivo es dejar evidencia de la superioridad de Vawav sobre Terra y, por supuesto, no pretende hacerlo a través de la violencia, como ya probó en Ídedin.

No. Ahí están acostumbrados al dolor y a la guerra. Forman parte de su historia. Tanto el miedo como el calvario es parte de la cultura de Terra. No puede empezar una batalla armamentística con ellos porque, incluso sabiendo que tiene todas las de ganar, el mundo respondería ante Vawav con todo lo que estuviera en su mano y eso podría tener nefastas consecuencias. Porque no sabe qué va a ocurrir con Vawav. No sabe qué va a ocurrir con Terra. Sif Noah Peaker no sabe qué mundo tiene la carta ganadora, así que no le queda otra que tener cuidado y esperar a que llegue ese ansiado Colapso.

Por lo tanto, ¿qué estrategia debe seguir para convencer al pueblo de Terra de su superioridad? ¿Qué debe hacer para conseguir su colaboración? Después de las analíticas que han hecho sus sistemas de inteligencia artificial, ha llegado a una conclusión: poder. Todo se reduce al poder. Las decisiones que parecen tomar las distintas naciones de Terra a lo largo de su historia provienen del control y la supremacía. De ahí sus guerras, sus conflictos. De ahí ese efectivo concepto de dominio al que llaman *dinero*.

—¿Quiere hacerlo ya o prefiere esperar? —le pregunta el subordinado.

Sif Noah Peaker observa el lugar en el que se ha detenido la nave: un edificio de tres pisos hecho de piedra, con una fachada cuya entrada monumental decora un pórtico de seis columnas y bajo la que se extiende una escalinata que parece ser custodiada por dos estatuas animales hechas de bronce. Al Sif le sorprende que en esa nación se represente al pueblo con una estructura que podría ser idediana. Según lo que ha podido averiguar, es allí donde el líder se encuentra.

Es allí donde los dirigentes deciden el futuro de sus ciudadanos. Es allí, supuestamente, donde se debaten y deciden las cosas.

—Veamos cuán poderoso creen que es el diálogo en esta tierra —anuncia el Sif.

Hoy es un día de mierda. En el fondo, cada día que pasa es aún más mierda que el anterior. Al presidente le encantaría decir delante de todo el hemiciclo que está hasta los cojones de ellos, del pueblo, de su equipo y de la vida en general. Una parte de él sueña con soltar un último discurso en el que, antes de dimitir, deja claro que si este país es ingobernable no es por su culpa. Es por culpa de los propios ciudadanos, que parecen ser tontos. Borregos. Reconoce que su partido ha sido un poco responsable de esto porque, básicamente, han malcriado a toda una generación de jóvenes que ahora se han hecho adultos y tienen derecho a votar. Pero no tienen ni idea de qué votar, cómo hacerlo o por qué hacerlo. Jugar con las carteras de Educación para conseguir apoyos de gobierno es lo que tiene, claro. Pero es que, del mismo modo que lo han hecho ellos, lo han hecho los otros. Y quien dice Educación, también dice Economía, Cultura y un largo etcétera.

La política de los últimos años ha jugado con la inteligencia y perspicacia de toda una generación que ahora no es capaz de tomar la decisión de abandonar su casa y largarse de las grandes ciudades *motu proprio*. No hasta que él salga por televisión y diga algo tipo: «Oye, que el puto mundo se va a la mierda y, como sois tan tontos de no daros cuenta por vuestros propios ojos y vuestra ingenuidad os hace confiar en que yo pueda solucionarlo, vengo a deciros que hagáis las putas maletas y os marchéis lo más lejos posible de los grandes núcleos urbanos».

Pero, obviamente, no puede decir esto. ¿Le encantaría? Por supuesto que le encantaría. Pero él es un buen dirigente. Lleva meses diciendo que no va a dejar sola a la gente, ejerciendo de *coach* barato, vendiendo un futuro que no existe e intentando transmitir una falsa

tranquilidad para que no cunda el pánico y reine el caos.

Caos.

A veces se excita pensando en esa palabra. Si no tuviera los ideales que tiene, abrazaría la anarquía y apostaría por el libre albedrío y la supervivencia del más fuerte. ¿Por qué? Porque todo colapsaría. Los miles de intereses de unos y de otros chocarían entre sí como los átomos lo hacen en el interior de una bomba atómica hasta provocar una explosión. Y esa bomba purgaría el mundo. Limpiaría el exceso de mierda, de mentes débiles, y dejaría que solo unos pocos fueran merecedores del nuevo futuro. Del nuevo mundo. ¿Quiénes? No lo sabe. Él quiere pensar que estaría en el grupo de los ganadores, claro. Porque cree en la justicia. Y si hay algo que tiene el caos es que es justo. Nadie decide qué ocurre en un momento caótico porque es el propio desorden el que toma las decisiones. Solo las causas y los efectos definirán el nuevo panorama. Ni él ni un Gobierno ni unos multimillonarios. Ante el caos nadie puede decidir absolutamente nada.

—¿Señor presidente?

La voz de la *excelentísima señora* que preside y modera el Congreso lo saca de sus cavilaciones. Por un momento, se ha olvidado de dónde está. Se toma unos segundos para situarse: el atril de madera, el micrófono, los papeles en los que su equipo le ha escrito el discurso… Ese congreso extraordinario se ha convocado para presentar las nuevas medidas del declarado estado de alarma. Como la gente no se ha querido ir de sus casas, al menos los va a dejar encerrados para que no salgan y no se pongan en peligro. Y, si se produce otra catástrofe que se traga la ciudad, pues mira, al menos han muerto en el único sitio donde les parece gustar estar.

Pero ahora resulta que, a la tormenta solar que ha apagado toda una ciudad, a la erupción volcánica que ha arrasado una de las islas más importantes del país y al terremoto que se ha tragado esta madrugada todo un municipio, hay que añadir la aparición de un objeto volador no identificado. Lo que popularmente se denomina una *puta* nave espacial.

—Presidente —insiste.

—Sí, disculpe. Yo…

No sabe qué decir. Por primera vez en su vida, la situación le supera y lo único que quiere hacer es salir corriendo de ahí. No puede dejar de mirar en su móvil la señal en directo que sitúa el objeto de apariencia metálica sobre el edificio en el que se encuentra. ¿Cómo va a lidiar con esto? ¿Qué clase de protocolo hay para establecer contacto con invasores extraterrestres?

—Estamos ante una… amenaza…

¿«Amenaza»? Si fuera una amenaza, quizás habrían atacado, ¿no es así?

Un murmullo generalizado empieza a cobrar fuerza por todo el hemiciclo. Son susurros de preocupación. Algunos diputados se levantan de sus sillas y abandonan su puesto con premura. El presidente observa cómo muchos de ellos se enseñan el teléfono móvil, compartiendo una nueva imagen que él aún no ha visto.

Ni siquiera la presidenta del Congreso manda callar al gentío porque ella misma está también pendiente de lo que está ocurriendo fuera.

La nave ha aterrizado en mitad de la carretera. Se ha posado como una mariposa lo hace sobre una flor llena de polen. Del armatoste metálico salen varias figuras con apariencia humana. Tienen brazos, piernas y cabeza. Van recubiertos de un uniforme protector, con cascos negros y, por supuesto, portan armas. Los soldados extraterrestres con apariencia de ser humano suben con apremio y ritmo las escaleras del pórtico. Cuenta, por lo menos, un par de docenas.

Y entonces lo ve.

Una figura alargada. Elegante. Humana. Luce la cabeza afeitada y un cuerpo delgado que aparenta fragilidad. Sin embargo, hay algo en ese ser que transmite tranquilidad, firmeza y autoridad.

¿Por qué? ¿Por qué están aquí?

¿Qué es lo que le van a hacer?

—¡Van a entrar! —escucha gritar.

El caos comienza a inundar el Congreso. Los que se quieren marchar lo hacen sin protocolo alguno y sin esconder el terror que

sienten por la situación. Él sigue como un témpano de hielo. Quieto. Sin conseguir que sus extremidades respondan al instinto primitivo de la huida. Porque él también está asustado.

Pero entonces se acuerda de su padre. De las noches de terror que le hacía pasar con ocho años. De los gritos de su madre ante las palizas que le propinaba. Se acuerda de ese niño que se escondía en la alacena del salón esperando a que todo pasara. Se acuerda de la rabia que sentía por no tener la fuerza suficiente para detener los puñetazos del patriarca de la familia. Se acuerda de la impotencia por sentirse tan jodidamente débil, de la frustración por no tener ese *poder*. Por eso está donde está.

Así que hace acopio de toda su fortaleza para serenarse. Respira hondo igual que lo hacía aquel niño de ocho años. Y, una vez ha apaciguado y calmado sus emociones, piensa.

Piensa que quienes quiera que sean estos visitantes han venido a dialogar. Y saben que el sitio para hacerlo es este lugar. El puto Congreso que representa al pueblo.

—Dejadlos pasar —susurra, más para él mismo que para el resto.

Pero la gente no lo escucha. La gente está histérica. La gente está corriendo por los pasillos, pensando en que unos marcianos van a extirparles el cerebro y las cuencas de los ojos. Por primera vez, parecen ponerse de acuerdo todos los políticos de esa cámara en que lo más sensato es salir de ahí.

Malditos desgraciados.

—¡Dejadlos pasar!

El grito que suelta hace que todo el mundo se detenga. Como si él fuera el pastor y el resto sus ovejas. La seguridad en esa frase hace que más de uno vuelva a sentarse en el escaño. Muchos de ellos son de su propio partido. Otros tantos, para su sorpresa, de la oposición.

—Si quisieran matarnos, ya habrían utilizado sus armas —explica, con un tembleque de voz que no puede controlar. El presidente toma un poco de agua, da un largo trago y se serena—. Sean quienes sean, saben que este es un sitio para el diálogo.

—¡Estás loco! —grita uno.

—No estáis obligados a quedaros —suelta con su habitual soberbia

y sonrisa prepotente—. Así que, en caso de que no podáis controlar vuestro miedo, será mejor que os larguéis antes de…

Las puertas de la sala se abren. Las figuras que hace unos segundos ha visto por la pantalla del móvil se encuentran ahora a unos pocos metros de él. Entran como un séquito amenazante, pero no resulta peligroso. Es toda una parafernalia, una escena protocolaria para demostrar su astucia y poder. Una presentación. La de su líder. Su representante. Esa figura alta, escuálida y de apariencia frágil que emana más seguridad que todo el partido junto.

El silencio vuelve a gobernar el hemiciclo. Ni un alma se mueve de donde está. Con toda la tranquilidad y seguridad del mundo, aparece el inquietante hombre, que carece de casco y uniforme protector. Su cabeza afeitada parece estar tatuada con dibujos que simulan las venas de la cabeza. El desconocido lanza un tranquilo vistazo a su alrededor hasta que sus enormes ojos amarillos se posan en él, como si hubiera reconocido a un igual. El presidente traga saliva.

—Soy Sif Noah Peaker, líder de Vawav —anuncia con una tenebrosa afonía—. Solicito audiencia con el dirigente de esta nación de Terra.

La obsesión por evitar el inevitable futuro

Ya están aquí. Han llegado.

No sabe cómo, pero han conseguido viajar entre los mundos.

—Quizás han dado con otros viajantes y han abierto un portal —reflexiona Yago sin quitar la vista de la pantalla del televisor, donde repiten en bucle la imagen que acapara todos los medios.

Gala descarta esa teoría y vuelve a defender que los únicos viajantes que existen son Kai, Denis y Bahari. Asegura que, de haber otro trío, el Priorato lo sabría por las constantes mediciones que hacen.

—Las alteraciones de los últimos meses son porque el Equilibrio se está rompiendo —concluye la mujer.

Por tanto, rechazada por completo esta posibilidad, solo queda la opción de que Sif Noah Peaker haya conseguido abrir un portal sin la necesidad de unos viajantes. ¿Cómo? ¿Cómo lo ha hecho? ¿Qué clase de tecnología ha utilizado?

Kai no puede dejar de ver al monstruo de Vawav subir por las escalinatas del Congreso de los Diputados con todo su elenco de agentes. Más allá del miedo y de la incertidumbre, hay un sentimiento que prima en su interior por encima de todos: el fracaso. Su existencia está ligada a ese maldito Equilibrio entre mundos y, supuestamente, ellos tres son la única llave para abrir portales entre Vawav e Ídedin. Ahora que Noah Peaker ha cruzado de otra manera, ¿qué papel juegan ellos? ¿Qué sentido tiene su existencia?

Ninguno.

El televisor sigue mostrando en bucle las imágenes de Vawav entrando en el Congreso, con un montón de periodistas opinando sobre lo que está ocurriendo. Todos ellos parecen ser conocedores de la verdad absoluta: mientras que unos apuestan por una invasión extraterrestre, otros defienden que se trata de una parafernalia rusa por culpa de la crisis energética que se está viviendo desde hace años.

Denis apaga el aparato y deja que el silencio reine en el salón del refugio durante unos segundos. La madera que envuelve toda la cabaña parece crujir con los pasos de Camila en la planta de arriba, cuidando con mimo el grave estado en el que se encuentra Tercio. El tictac del reloj que se encuentra en una de las paredes se convierte en un golpeteo constante. Kai permanece sentado en el sofá, sujetándose la cabeza como si fuera a perderla. De vez en cuando suelta algún resoplido fruto del agobio. Denis permanece de pie, masajeándose las sienes por culpa de una leve jaqueca que le ha dado. Amber y Yago se quedan sentados en el sofá contiguo al que ocupa Kai. Mientras que la chica no para de morderse los padrastros, Yago ha decidido sacar el móvil para seguir de cerca lo que sea que está ocurriendo con los invasores de Vawav. En la repisa al lado de la chimenea, Gala Craus observa curiosa la pequeña ardilla disecada que contribuye a decorar la estancia. Sujeta entre sus pequeñas manos el hueso de alguna fruta parecida al aguacate, solo que resulta ser dorado.

Bahari es la única que no se encuentra en el salón. Está en el porche con *El libro de la Unión* sobre sus piernas, leyendo con cuidado cada una de las páginas, como si formara todo parte de una meditación. La suave brisa que mece los árboles hace que las ramas choquen, provocando un ruido casi melódico para la viajante.

—Esto iba a pasar —susurra Denis, rompiendo el silencio que él mismo había instaurado—. Sabía que iba a ocurrir.

—¿A qué te refieres?

La pregunta va acompañada de una caricia en su nuca. Tanto la voz de Amber como su tacto suponen un bálsamo para él. Puede sentir el miedo de Kai y la preocupación de Bahari, pero él permanece sereno y tranquilo. Está cansado, claro. Pero en su interior sabe que

las cosas están siguiendo un ritmo orgánico y natural.

—De un modo u otro, Noah Peaker iba a llegar a Terra —confiesa—. Solo era cuestión de tiempo que encontrase la manera de hacerlo.

—Ya, pero ¿cómo lo ha conseguido?

—Da igual. Lo ha hecho. Ahora lo único que tiene que preocuparnos es…

Denis no termina la frase porque sabe que a Amber le duele horrores hablar de ese hipotético futuro que ya está escrito. Puede verlo en su cara, sentirlo en su respiración. Sus gestos se endurecen y parece que el aire entre ellos se corta cuando hablan del Colapso.

—No vais a desaparecer —sentencia Amber, intentando restar importancia a la situación.

—No me preocupa que vayamos a desaparecer —contesta él, igual de frío que siempre—. Me preocupa lo que Peaker haya venido a hacer aquí.

—A mí me preocupa más la información que tenga.

Bahari irrumpe en la habitación con *El libro de la Unión* abierto sobre las manos.

—Escuchad esto —anuncia mientras se prepara para recitar un pasaje—: *La condena a cualquier discrepancia entre lo real y lo divino ha de ser el mutuo entendimiento de dos fuerzas que tendrán que estar en equilibrio. La unión de dos verdades tan opuestas como paradójicas empieza por la purga de la lógica y el deterioro de la fe.*

—¿Me puedes volver a explicar cómo eres capaz de leer esos símbolos? —pregunta Yago, refiriéndose al ilegible contenido del libro—. Es decir, has hecho una oración muy compleja para…

—Yago —interrumpe Kai, llamando la atención de su amigo para que Bahari no se desvíe de lo importante.

La chica asiente agradecida. Acto seguido, se sienta en el sofá al lado de Yago, permitiendo que este apacigüe su curiosidad viendo cómo ella interpreta los extraños símbolos y dibujos del libro.

—No sé leer lo que no se puede leer —explica ella, acariciando con respeto las añejas y rugosas páginas—. Pero sí que puedo transformar en palabras lo que veo. Y mi interpretación será distinta a la tuya porque tú verás otra cosa.

Bahari recorre con sus dedos el dibujo de dos figuras humanas que se están dando la espalda. Una de ellas sujeta un bastón, mientras que la otra tiene un aro de luz sobre la cabeza. De un estilo similar al de los jeroglíficos egipcios, Yago estudia con atención la página que está compartiendo la viajante con él. Se centra en dos símbolos casi a pie de página que parecen dos ojos: uno está abierto y otro cerrado.

—Lógica y fe —repite el chico, compartiendo su interpretación.

Bahari le vuelve a sonreír con ternura y, después de acariciarle con cariño la mejilla, vuelve a incorporarse cerrando el libro, abrazándolo con todas sus fuerzas. Su gesto parece oscurecerse. Su mandíbula se tensa y cierra los ojos un momento con una visible preocupación.

—Si el libro de las profecías que tiene Sif Noah Peaker en su poder menciona algo de este *entendimiento* —explica la muchacha mirando directamente a Denis y Kai—, es posible que estén aquí para preparar el terreno.

—¿Qué terreno? —pregunta Amber.

—El de la Unión —contesta ella, centrando su mirada en el libro —. Ese mundo en el que Vawav e Ídedin conviven y coexisten como lo hacían antaño.

Bahari vuelve a alzar la vista, pero esta vez su atención está puesta en los dos chicos de Terra, las dos personas que, además del androide que se hace llamar Gala Craus, serán responsables de cuidar y mantener su legado. Porque, si las escrituras son ciertas, si las profecías se cumplen, ni ella ni Denis ni Kai tienen cabida en ese *nuevo mundo*.

—Vawav intenta adelantarse al Colapso —sentencia Bahari—. Por eso están aquí.

—Pues, si ellos pueden prepararse, nosotros también, ¿no? —afirma con convicción Yago poniéndose en pie, fruto de la motivación —. Es decir, igual podemos evitar que todo se vaya a la mierda. Que vosotros desaparezcáis.

—Vuelvo a insistir en que nosotros no somos la prioridad —interrumpe Denis, tajante.

—Bueno, no lo será para ti.

—Amber…

—No, en serio. Aquí todos tenéis vuestras prioridades. Pues… yo tengo la mía. Y es investigar cómo evitar esa supuesta y estúpida «desaparición» —sentencia la chica mientras hace el gesto de las comillas con los dedos.

Amber va directamente a arrebatarle *El libro de la Unión* a Bahari de las manos, pero esta lo abraza aún más fuerte en un claro gesto de protección.

—¿En serio?

—No puedes leerlo —afirma Bahari sin dejar de mirar a la chica.

—¿A él le dejas mirar y a mí no? —replica adquiriendo una postura llena de soberbia.

—Vamos, Amber… —interviene Yago con una risa burlona—. Que eres ingeniera, no lingüista.

—Las matemáticas son un puto lenguaje, listo —contesta ella, dándose la vuelta de golpe hacia su amigo y marcando con repulsa sus palabras. Después vuelve a centrarse en Bahari—. Dame el libro.

—No.

Amber tuerce el gesto, se muerde lo labios y deja que la frustración se apodere de ella. Agarra con fuerza la cubierta de mármol y comienza a tirar hacia ella, pero Bahari permanece impertérrita e inquebrantable.

Yago y Denis no tardan en acercarse para intentar separar a la chica de la serena viajante.

—¡Amber, no te vuelvas loca! —pide Yago, agarrándola por los brazos.

—Que… me des… el puto… ¡libro! —farfulla ella entre dientes, haciendo todo el acopio de sus fuerzas.

Denis decide meterse entremedias de ambas, como si fuera una espátula, consiguiendo separar a la chica de Bahari con un leve empujón.

—¡¿Qué mosca te ha picado?! —pregunta Denis, visiblemente alterado.

—¡¿Qué mosca te ha picado a ti?! —escupe ella, dándole fuertes golpecitos con el dedo índice en el esternón. Después mira de nuevo a Bahari—. ¡Y a ti! —Finalmente, se gira de golpe hacia Kai—. ¡Y a ti!

¿Es que acaso…?

Amber se queda callada al darse cuenta de que su amigo está aguantándose la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Kai, al ser descubierto, no oculta las carcajadas.

—¡Tú! ¡Mírate!

—¿De verdad te hago gracia? ¿Te hace gracia que esté preocupada por ti? ¿Por los tres? —contesta, girándose de nuevo hacia Denis y Bahari.

Un nuevo silencio invade el lugar. Mientras que Kai niega con la cabeza y se sienta en el sillón con un desgastado resoplido, Amber sentencia la conversación con una desagradable mirada a su mejor amigo y sale al porche de la cabaña. Denis lanza una mirada inquisitoria a su gemelo de Terra, pero este le contesta encogiéndose de hombros y alzando las manos con indiferencia.

—¡Amber…! —proyecta Denis con la voz mientras sigue los pasos de la chica.

Cuando sale al porche, se la encuentra de espaldas a la puerta, con los brazos puestos en jarras, mirando el inmenso bosque que tienen delante.

—Amber. —La serena voz de Denis no solo se convierte en una advertencia, sino en una forma de tregua y amansamiento, como si ella fuera una bestia y él su domador—. Por favor.

—¿«Por favor» qué, Denis? —contesta ella, girándose de golpe—. He aceptado que a vosotros os dé igual desaparecer. Acepto hasta que os riais de mí en mis santas narices por estar preocupada. Así que ¿por qué no aceptáis vosotros que quiera investigar la forma de…?

—¡Porque no se puede! —grita Denis, perdiendo la paciencia—. ¡No se puede, Amber! Y no quiero pasar el poco tiempo que me queda contigo discutiendo sobre cómo se puede evitar lo que no se puede evitar.

Un crudo y doloroso silencio se apodera del tenso momento. El pecho de Denis se mueve alterado al compás de sus emociones, sin quitar de Amber una mirada suplicante. Ella parece haberse quedado congelada, como si las palabras del chico hubieran sido un bofetón

que la ha dejado con la boca abierta.

La incredulidad de la muchacha se traduce en un gesto de negación con el que, finalmente, consigue apretar sus labios para evitar que las lágrimas recorran sus mejillas. Sin embargo, Amber se acerca a él, despacio, como si necesitara acortar la distancia que hay entre ambos para que escuche con atención lo que tiene que decirle.

—Pues quizá… —comienza, mientras se relame los labios, haciendo acopio de toda la entereza que tiene para sonar lo más sincera y clara posible—. Quizá debería plantearme marcharme de aquí, porque… —Amber hace una pausa para respirar. A pesar de los esfuerzos por controlarse, sus ojos se han humedecido demasiado y habla con la voz rota—. No puedo fingir que esto no me afecta, Denis. No puedo pasar ese poco tiempo que te queda a mi lado sentada sin hacer nada, aceptando un destino que me resulta imposible de asumir.

Denis acaricia la mejilla de la chica, apartando las lágrimas con la yema de sus dedos. Su mano permanece aferrada al rostro de ella.

—No, no digas eso —suplica él en un susurro cargado de miedo—. Podemos… podemos irnos de aquí. Podemos largarnos y estar los dos solos hasta que…

Denis no es capaz de terminar la frase. Amber espera unos segundos para ver si el muchacho es capaz de continuar, pero el alargado silencio hace que ella aparte la mano del chico con delicadeza.

—No me puedes pedir que acepte esto —sentencia ella—. No puedes pedirme que me quede a tu lado a esperar tu muerte. Porque no pienso hacerlo. ¿Sabes lo doloroso que es ver a alguien aceptar el final de su vida y esperar a que esta decida llevárselo? —pregunta, con un nudo en la garganta, mientras lleva su mano al colgante que guarda una pequeña parte de su padre—. No pienso pasar por eso otra vez, Denis. Y mucho menos contigo.

Amber se vuelve a girar y comienza a bajar las escaleras del porche presa de la tristeza, el dolor y la rabia. Denis se queda tan aturdido que necesita unos largos segundos para reaccionar. Sin embargo, antes de que el chico pueda ir en su busca, la voz de Camila Salazar lo detiene.

—Denis…

La regenta del Priorato se encuentra en el marco de la puerta principal. Tanto su tono como la expresión de su cara no auguran nada bueno. Tiene los dedos entrelazados en un gesto que Denis no sabe si es de rezo o de súplica.

—Será mejor que subas a despedirte de tu amigo.

El viajante de Vawav tiene que apoyarse en la barandilla del porche para no caerse.

La chica de la que está enamorado desaparece en el interior del frondoso bosque. Su hermano de no sangre va a morir por culpa de unas heridas que él, de forma indirecta, ha provocado. El dolor que siente Denis es tan grande y abrumador que hasta Kai y Bahari sienten un profundo nudo en el estómago, fruto de la conexión que tienen los tres. Son precisamente ellos dos quienes se acercan al muchacho y permanecen a su lado hasta que este decida subir las escaleras, como si esa despedida también los concerniera a ellos.

Una nueva era

Nabil no podrá olvidar el olor a quemado. Tampoco el espeso humo negro que emergía de la estructura cónica de madera en la que se encontraba Stratus mientras era incinerado. A diferencia de los humanos, los animales no son enterrados bajo el rito del Cambio. Nabil no tendrá ningún cilindro al que acudir para escuchar el sonido de su compañero convertido en aire, su elemento favorito. El único recuerdo material al que se va a poder aferrar es una pluma negra, larga, perfecta y brillante que ha decidido colgarse al cuello.

Vuelve a mirar al cielo rojo de Ídedin desde la soledad de su hogar. Respira con profundidad buscando con ahínco la presencia del pájaro de una manera más sensorial. Escucha el recuerdo de su graznido y el aleteo de sus inmensas alas. Abraza la pluma con delicadeza, como si al palpar su delicada textura lo hiciera aparecer a su lado.

Una parte de su alma se ha ido con Stratus. La traidora le ha arrebatado un pedazo de su ser que jamás va a poder recuperar. Nabil abraza el dolor y deja que sus dedos recorran el cuenco de madera para invocar el elemento que más le cuesta. Siempre ha odiado manipular el agua porque la tristeza no es una emoción con la que se sienta cómodo. Es demasiado inestable y desagradable.

Hasta ahora.

El líquido transparente del cuenco comienza a danzar en un pequeño remolino que empieza a ascender, provocando una tromba de agua de poco más de treinta centímetros. Pierde su mirada en el interior de la columna, que ahora ha adquirido un tono azulado, hipnotizado por el movimiento circular que está provocando.

Entonces lo ve. Es solo una pequeña sombra, una silueta que parece agitar sus alas con fuerza, como si quisiera hacer acopio del poder del viento.

Stratus. Bahari. Chidike. Asserat. Sus padres.

Cada nombre se convierte en una herida que jamás cicatrizará. Una herida sangrante, dolorosa. Qué fácil sería culpar al Equilibrio de todo. Qué sencillo sería dejarse sucumbir por ese oscuro sentimiento que lo llama a introducirse en un eterno pozo de dolor, rabia, odio y frustración.

¿Por qué no hacerlo? Siente que lo llama y él no puede negar una atracción. Así que, seducido por las emociones de la ponzoña, se deja embriagar por el rencor y piensa en la muerte de Stratus, la marcha de Bahari o la fallida elección de Chidike al elegirlo como Maestro del Viento. Invoca la imagen de la traidora, la lanza atravesando el cuerpo de su compañero, la mirada de Bahari por detrás de su hombro a Docta Sena y…

¡Zas!

Un rayo atraviesa toda la columna de agua, que sigue girando. El artefacto eléctrico aún no se ha desvanecido. Sigue brillando y expandiéndose por todo el remolino, propagando sus múltiples bifurcaciones como las raíces de un árbol que, poco a poco, invaden todo el espacio. Pero la luz blanquecina empieza a oscurecerse. Adquiere un color negro, putrefacto, con tintes verdosos y morados.

¡Zas!

El gesto de Nabil comienza a contraerse. Su mandíbula se marca más de lo normal. Su respiración se altera a medida que va cerrando más los puños. En sus sienes comienzan a marcarse unas venas que parecieran ensangrentar sus ojos.

¡Zas!

El remolino se ha enturbiado por completo, pero sigue girando a más velocidad. Donde hace un momento había agua ahora el fenómeno parece adquirir una textura propia del humo. Un humo espeso y negro, con cientos de pequeños rayos estallando en su interior.

¿Por qué?

¿Por qué te han arrebatado de mi lado, compañero?

¿Por qué el Equilibrio me quita todo lo que quiero?

¿Por qué…?

Una ráfaga de viento entra en el interior de su casa. Las contraventanas de madera se han abierto y han provocado un escandaloso golpe que saca a Nabil de su turbia ensoñación. El remolino desaparece repentinamente. Mientras que una parte del líquido, que ahora luce sucio y espeso, vuelve a caer al cuenco y salpica al chico, la parte que ha transformado en humo se desvanece por la estancia.

Nabil vuelve en sí poco a poco. Se da cuenta de lo agitada que es su respiración. Siente un fuerte dolor de cabeza y unos sudores fríos que jamás había experimentado. Cuando se lleva las manos a la cabeza, desorientado, de sus labios solo sale una pregunta en forma de susurro:

—¿Qué estoy haciendo?

El chico se deja caer al suelo y vuelve a abrazar la tristeza a la que tanto teme. Pero esta vez lo hace sin miedo. Deja que el dolor salga en forma de lágrimas, con unos sollozos tan profundos que parece ahogarse.

—¡Hermano!

Winda entra en la habitación y acude directamente a él, incorporándolo a su lado para sujetarlo en un abrazo.

—No puedo, Winda… —confiesa, desconsolado, con una voz nasal por culpa del llanto—. No puedo con todo esto. Es una cosa detrás de otra y… me está matando. Esto me está matando.

El chico se aferra a su hermana con el gesto empapado en lágrimas y velas líquidas que le caen de la nariz. Winda le acaricia el cabello como quien consuela a un niño pequeño y observa el cuenco de agua turbia que hay sobre la mesilla.

—¿Sabes qué me dijo papá cuando te marchaste a la ciudadela? —comienza la muchacha, con un tono de voz calmado y suave—. Que el día que aprendieras a convivir con la soledad te convertirías en el mejor centinela de todo Ídedin. Yo le contesté que ese no es tu mayor obstáculo. Es el dolor.

El llanto de Nabil parece apaciguarse con las palabras y caricias de su hermana, pero eso no significa que el chico se sienta menos indefenso y agotado.

—Abraza el dolor, hermano —continúa ella—. Acéptalo y deja que forme parte de tu ser hasta que desaparezca. No le des la espalda ni intentes ocultarlo bajo la rabia y el odio, porque, si lo haces, te va a comer. Te va a envenenar como si fuera la mordedura de una serpiente. No dejes que esa ponzoña llegue hasta tu alma y la oscurezca, Nabil. ¿Sabes por qué?

Winda obliga a su hermano a mirarla. Se toma un segundo para secarle las lágrimas del rostro. Ambos mellizos parecen reconocerse en los rasgos que comparten. Mientras que a ella le produce ternura, a Nabil le reconforta.

—Porque todo lo que has pasado no habrá servido de nada. Todo este sufrimiento que tanto te quema habrá servido para corromperte y dejar que tu propio equilibrio se destruya. Piensa en Stratus, en Chidike, en Bahari… En papá y mamá. Piensa en si ellos querían ese oscuro futuro para ti o por el contrario… —Winda lanza una mirada a la ventana, tras la que se ve el inmenso Ubongo—. O por el contrario están expectantes a que hagas acopio del valor y orgullo que tanto te definen, aceptes tus emociones y cumplas con el cometido que el Equilibrio te ha dado.

Nabil se incorpora despacio y sigue la mirada de su hermana para contemplar la vista. Se pone en pie sacudiéndose las ropas y acude a la ventana para observar con detalle ese edificio en el que tantas horas de su vida ha pasado. Un edificio cargado de recuerdos llenos de luz; un edificio que lo ha visto crecer como persona y centinela. Siente devoción por el Ubongo, por la ciudadela y por todo Ídedin. Está orgulloso de formar parte de ese mundo y, para él, es un honor defenderlo hasta el día en el que pase a formar parte del Todo.

A pesar del dolor. A pesar del miedo. A pesar de la tristeza.

—Este mundo te necesita, hermano —susurra Winda a su lado—. Yo te necesito. Y te juro por mi vida que haré todo lo posible para que esta carga que acarreas sea lo más llevadera posible. Pero hay cosas en las que yo no te puedo ayudar porque… solo tú sabes cómo hacerles

frente. Solo tú sabes cómo vencer tu propia oscuridad.

Nabil vuelve a observar el cuenco sobre el que, inconscientemente, ha invocado la energía oscura. Estudia las grietas que han roto la madera y el sucio líquido en el que ha transformado el agua.

Después abraza la mano de su hermana con fuerza y se lleva la otra a la pluma de Stratus que cuelga de su cuello. Vuelve a mirar al Ubongo y se jura a sí mismo seguir viviendo. Seguir luchando. Con orgullo, paz y honestidad.

—Gracias, Winda —dice mientras ambos hermanos se reconfortan en un cálido abrazo—. Doy gracias al Equilibrio por iluminarme con tu luz.

—¡Oh, hermanito! —contesta ella con una risa burlona—. El Equilibrio es sabio. Ya me lo dijo Bahari: sin nosotras, eres un auténtico desastre.

Donde hace unos días se libró una cruda batalla contra los invasores de Vawav, ahora el pueblo de Ídedin ocupa la inmensa plaza del Ubongo de camino al interior del edificio más emblemático. Decenas de ciudadanos peregrinan hasta el punto más alto de la ciudadela para hacerse con un sitio en la Sala de los Cuatro Tronos y escuchar a los Sapientes. Por un lado, los corazones de los idedianos están asustados por la inestabilidad del Equilibrio, la traición de Zola y la invasión de Vawav. No dejan de preguntarse cuál será el siguiente paso de sus eternos rivales y si serán menos clementes con ellos. Pero, por otro, la unión de los centinelas en una épica batalla contra los invasores y la traidora enorgullece el alma de cada lugareño. Así que caminan hacia el Ubongo con esperanza, ánimo y fe, dispuestos a lo que sea necesario para proteger su mundo, su tierra y hacer lo que encomiende el Equilibrio. Porque si hay algo más fuerte que el miedo es la esperanza. Y esto es lo último que se pierde.

En cuestión de minutos, todos los asientos de la circular Sala de los Cuatro Tronos están ocupados. La gente que no ha podido entrar permanece quieta en los pasillos para escuchar el discurso. Quienes no

han podido hacerse con un hueco en el pasillo lo hacen en la entrada del Ubongo, ocupando así todas las escalinatas y la plaza. Ningún idediano de la ciudadela se ha querido perder este momento tan importante y único en la historia de su mundo.

Docta Sena y Docto Essam aguardan en el centro de la sala, sentados en sus respectivos e imponentes tronos. Los dos lucen las túnicas protocolarias propias de eventos como el que se va a celebrar, representando cada uno el elemento que protege con el color que corresponde: suave seda transparente de color rojo para la Patrona del Fuego y lino fresco, robusto y marrón para el Cacique de la Tierra.

—¡Querido pueblo de Ídedin! —anuncia Docta Sena, alzando su voz con elegancia, mientras camina hacia el centro de la sala—. Estamos infinitamente agradecidos por contar con vuestra presencia en este congreso especial de los Cuatro Tronos.

Docto Essam se pone en pie, colocándose al lado de su compañera Sapiente para tomar la palabra. Aún presenta magulladuras en el rostro y no esconde la cojera al andar después de las torturas por las que tuvo que pasar a manos de los invasores.

—Han sido días muy duros. Días que jamás olvidaremos. Días en los que nuestra fe se ha puesto a prueba. Días en los que el Equilibrio se ha visto corrompido. —Hace una pequeña pausa para mirar con complicidad a Docta Sena, quien asiente para que el hombre continúe —. No os vamos a engañar: se aproxima una nueva era. Un gran cambio. Nuestro mundo tal y como lo conocemos va a dejar de existir. El Colapso es una realidad.

Un murmullo se empieza a expandir por toda la sala. Docta Sena vuelve a alzar la voz, como una madre que, calmada y serena, apacigua a toda su asustada familia, que no sabe cómo actuar ante el incierto y aterrador futuro.

—No sabemos qué va a pasar. No sabemos cómo será ese futuro, esta nueva era. Yo estoy igual de asustada que vosotros, pero os puedo asegurar una cosa: saldremos adelante. Como siempre lo hemos hecho. Porque tenemos el Equilibrio de nuestro lado. Porque, a pesar de las invasiones y de las traiciones, hemos resurgido como pueblo. Unidos. Juntos. Ninguno de nosotros está solo porque todos remamos hacia la

misma orilla.

A pesar de la motivación de su discurso, los susurros siguen presentes en toda la sala. Se han extendido por boca de los presentes hasta acabar desembocando en la multitud que aguarda en la plaza del Ubongo. Un murmullo asustadizo, casi silencioso, respetuoso.

Colapso.

—Pero antes… —interviene Docto Essam, alzando las manos—. Antes debemos lidiar con un importante asunto que resulta imprescindible para nuestro equilibrio y convivencia. Nuestras leyes se rigen por la armonía de los cuatro elementos y nuestra conexión espiritual con ellos. Es por esto mismo por lo que esta cámara y esta institución no pueden seguir adelante con dos tronos vacíos.

Las miradas de toda la audiencia se postran en los dos imponentes asientos de madera que pertenecían a Chidike y Zola. Uno de color albino, otro de leño nórdico. Las formas onduladas del primero representan el agua. Los picos agudos y afilados del segundo hacen honor al viento.

—Es necesario que elijamos, como pueblo soberano, a los dos nuevos Sapientes —continúa Docta Sena—. Docto Chidike, en un último suspiro, cedió el testigo a una persona que ha luchado con valentía contra los invasores y la traidora. Pero del pueblo y de los elementos depende que este se convierta en el nuevo Maestro del Viento. Así pues… Tempodocto Nabil, baja con nosotros para conocer el veredicto final de Ídedin.

Un paso. Dos. Nabil emerge de la multitud con una túnica gris, que representa la espera y neutralidad de su persona hasta que Ídedin lo acepte o no como nuevo Sapiente. La ovación de aplausos que recibe cuando se coloca al lado de las dos deidades del Ubongo hace que el centinela suelte una sonrisa que, más que orgullosa, parece abrumada.

Docto Essam y Docta Zola alzan las manos y el silencio vuelve a reinar en la sala. Sin mediar palabra alguna, los dos Sapientes alzan su mano derecha con la palma abierta. Poco a poco, todos los asistentes comienzan a copiarles el gesto en un efecto dominó que traspasa la Sala de los Cuatro Tronos, recorre el pasillo, la entrada, la escalinata y, finalmente, aterriza en la propia plaza del Ubongo.

—Hermanas, hermanos —procede Docta Sena, respirando profundo—, que comience la elección.

Todo Ídedin comienza a recitar al unísono la oración que inicia el rito del Sapiente:

Si el fuego me quema, no me amedrento.
Si el agua me ahoga, respiro con tiento.
Si la tierra me sepulta, socavo con nervio.
Si el viento me lleva, vuelo sin miedo.

Poco a poco, de cada mano empieza a emerger un elemento. Pequeñas chispas, gotas de rocío, polvo amarillento y una brisa circular. Todo Ídedin, a medida que va invocando su elemento, va repitiendo el rezo de la elección. Y es entonces cuando ocurre. Esa energía pura. Bella. Blanca.

Que sus ojos vean lo que yo no puedo.
Que sus labios verbalicen por lo que enmudezco.
Que sus oídos escuchen más allá del intelecto.
Que su corazón lata con fuerza y proteja el elemento.

La unión de todo un pueblo transforma el elemento en una pequeña fuente de luz blanquecina que comienza a brillar en la mano de cada habitante de Ídedin. Una luz que representa la cohesión, el acuerdo, el equilibrio. Una luz blanca que denota la confianza de todo un pueblo en los hombros de un solo chico.

Que el Equilibrio le guarde
y su promedio lo acompañe.

—El pueblo de Ídedin ha hablado —anuncia Docta Sena, que no duda en girarse hacia el muchacho con una sonrisa llena de orgullo—. Bienvenido, Docto Nabil. Bienvenido, Maestro del Viento.

Una nueva oleada de aplausos y vítores inunda la Sala de los Cuatro Tronos. Los tres Sapientes no ocultan su alegría y agradecen el apoyo del pueblo para que Ídedin prospere. Sin embargo, aún falta elegir un cuarto Sapiente. La traidora Zola abandonó el lado del Equilibrio y, por tanto, declinó el título honorífico como Dueña del Agua.

—En este caso, al no haber una cesión de testigo, es el propio elemento el que debe proponer a uno de los aquí presentes —anuncia Docto Essam—. Así pues, pueblo de Ídedin, alzad vuestras manos, invocad el agua y que la gracia de ella caiga sobre nuestro nuevo Sapiente.

De nuevo, todo el mundo alza una de sus manos y comienza a rezar la oración de la elección. Pero esta vez todas las manos se impregnan con gotas del rocío. Unas con más, otras con menos. Pero todo el mundo intenta invocar con sus emociones el agua.

Estas gotas que emanan de la palma de cada idediano caen al suelo para juntarse en pequeños regueros que forman un riachuelo con vida propia. El río avanza en una misma dirección. Parece tímido, pero, a medida que va creciendo, su chapoteo se va haciendo más sonoro y presente. El elemento va recorriendo los distintos recovecos de la sala, buscando con ansia a su nuevo portador. La respiración de todo Ídedin parece cortarse cuando el arroyo va a parar a los pies de la melliza de Nabil, quien, empujada por la fuerza del propio elemento, comienza a ascender por encima del resto para que todo el mundo sepa quién ha sido la elegida.

Winda, la pastora de Asserat que soñaba con ser centinela, se convierte en la candidata para ostentar el título de Dueña del Agua y, por tanto, en una Sapiente.

Unidos y vencidos

El aire se ha impregnado de un sabor amargo. No es algo que el resto pueda percibir; solo él y sus gemelos. La tristeza y el dolor de Denis se le ha contagiado con un incómodo nudo en la boca del estómago. Kai no solo está experimentando la pérdida; también debe lidiar con la pena que padece al ver cómo su mejor amiga no es capaz de asumir que tanto él como el chico del que está enamorada vayan a desaparecer. Pero está tan saturado por la situación que no sabe cómo gestionar todo lo que le ocurre por dentro. Tampoco sabe si quiere lidiar con ello. ¿Tiene sentido hacerlo sabiendo que va a dejar de existir?

Los pasos de alguien lo sacan de sus cavilaciones. El sonido de la tierra crujiendo irrumpe en esa silenciosa parte del bosque, en la que el chico solo escuchaba la tranquilidad y armonía de la naturaleza. Gala Craus se sienta a su lado, compartiendo la roca sobre la que se encuentra.

—A veces duelen más las decisiones que toman los demás que las que tomamos nosotros mismos.

Kai suelta un suspiro y se atusa el pelo con dejadez, mostrándose algo molesto por la presencia de la doctora. ¡Qué ingenuidad pensar que iba a respetar su soledad!

—Decisiones como quitarte la vida y hacer creer a todo el mundo que estás muerta, ¿no? —contesta él sin molestarse en mirar a la mujer.

—Estás enfadado. Lo entiendo.

—No estoy enfadado, Gala —esclarece el chico, chasqueando la

lengua con decepción—. Estoy… no sé ni cómo estoy.

—Inténtalo. ¿Qué sientes?

No puede evitar contestar a esa estúpida pregunta con una risotada cansada. No se puede creer que vaya a intentar hacerle una sesión de *coaching* en esas circunstancias, pero ¿qué demonios? Kai decide seguirle el juego, envalentonado.

—Siento confusión. Incertidumbre. Puede que algo de miedo ante ese *inevitable futuro* —añade con sorna—. También estoy decepcionado. Bueno, más bien… más bien me siento engañado.

—¿En qué sentido?

Kai, por primera vez, mira directamente a Gala, sin ocultar el enfado en su rostro. Sus ojos han parecido tornarse de un verde oscuro a juego con la atmósfera del bosque, mientras que su ceño se arruga mostrando una seriedad que advierte de la poca paciencia que le queda.

—¡En muchos! Por ejemplo, supuestamente, solo nosotros tres podíamos abrir un portal entre los mundos. Ahora resulta que Noah Peaker ha podido hacerlo y nosotros… ¡no hemos podido hacer nada!

—¿Y por qué crees que ha pasado esto?

El chico se obliga a serenarse, a recuperar esa falsa calma que sentía hace un momento. Necesita dejar de mirar a Gala para conseguirlo, así que vuelve a girar la cabeza y a perder su mirada en las entrañas del bosque.

—Porque el Equilibrio está roto —confiesa con la voz apagada—. Y por tanto… nosotros también, ¿no?

—Es una manera muy simple de definir lo que está pasando.

—Es la única que se me ocurre. De todos modos, da igual. Lo que tenga que pasar pasará —acepta, derrotado.

Gala respeta el silencio en el que se ha refugiado Kai. Ambos permanecen quietos, observando lo que los rodea, como si quisieran retener en sus recuerdos la estampa de ese paisaje natural en caso de que todo vaya a cambiar.

—Tengo pesadillas con tu muerte, ¿sabes? —se aventura a decir Kai—. Todas las noches el último recuerdo que me visita antes de dormirme es el de Denis disparándote en la cabeza. Esa mirada que

tenías… la ausencia de vida en tus ojos… Y ahora resulta que estás aquí —señala el muchacho con un desganado gesto de la mano—. Y Denis también.

La oscuridad que emana en la última frase no pasa desapercibida para Gala.

—¿Cómo te afecta que Denis esté aquí?

Kai se lleva una mano a la cabeza, hundiendo sus dedos en el enmarañado cabello. Con la otra se rasca la pantorrilla en un claro gesto nervioso.

—Una parte de mí lo odia. Primero decide aceptar ese estúpido plan que se te ocurrió proponerle. Ahora, por su culpa, Amber se ha marchado.

—No creo que sea su culpa.

—¡Ya sé que no es su culpa! —estalla—. Ya sé que ha pasado por un puto infierno para protegernos. Sé cómo se ha sentido cuando lo han tenido allí retenido, a manos de Peaker. Sé que está en la más absoluta de las mierdas, no solo por Amber, sino también porque se siente responsable de la muerte de sus amigos. ¿Y sabes por qué lo sé? —Kai hace una pequeña pausa, no esperando a que Gala le conteste, sino para tomar un poco de aire por la carrerilla que ha tomado al escupir cada palabra—. Lo sé porque estamos conectados. Porque, si a él le duele algo, a mí también. Y esto hace que ese *odio* se transforme en una extraña empatía que no quiero comprender, pero, que a pesar de lo mucho que me quema por dentro, acabo asumiendo y entendiendo.

La agitación obliga a Kai a levantarse de inmediato para caminar hacia la otra parte del bosque. Necesita parar. Necesita cambiar de dirección. No quiere abrir esa maldita caja de Pandora.

—¿Te molesta que Denis sufra? —pregunta Gala, proyectando la voz con un tono que al chico le suena un poco amenazador.

Kai se detiene de nuevo. No quiere seguir por ahí. Solo quiere estar tranquilo hasta que pase el maldito Colapso y ya verá lo que es de él. Sin darse aún la vuelta, comienza a hablar:

—Me molesta que yo tenga que sufrir por su culpa —confiesa, derrotado—. Yo… yo debería estar del lado de mi mejor amiga.

Debería entender que se haya largado. Es más, debería haberme largado con ella.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Kai se gira con el rostro desencajado, sin ocultar la incredulidad ante la pregunta que acaba de hacerle.

—Porque no puedo, Gala.

—Puedes, pero no quieres.

—Estás de broma, ¿no? —dice el chico, soltando una carcajada cargada de escepticismo—. Estáis todos los guardianes y fans del Equilibrio que no cagáis con eso de «Debéis permanecer los tres viajantes juntos» —recita con una clara soberbia burlona—. Y ahora me dices, con toda la poca vergüenza que te debe de quedar, que, si no me he ido con mi mejor amiga, ¿es porque he *decidido* quedarme aquí?

—Kai, no he querido…

—No, Gala. ¿Sabes qué? ¡Que te jodan! —estalla el chico, caminando de nuevo hacia la doctora con un dedo acusador en alto—. ¡Que te jodan a ti, al Equilibrio, al Colapso y a su puta madre! Estoy harto de todo esto. HARTO. Solo quiero que pase, ¿vale? Intento seguir todos los pasos que me decís, pero esta mierda nunca se acaba. ¿Cuándo va a terminar? ¿Cuándo? Estoy cansado de esperar, cansado de tragar, cansado de…

—Kai.

La voz de Bahari detiene la galopada del chico. No sabe cuánto tiempo lleva ahí escuchando, pero está claro que se ha cansado de ver el espectáculo.

—Oh, por supuesto. Te estoy contagiando mi cabreo, ¿no? —confiesa él.

La idediana se acerca con lentitud hasta que la distancia entre ellos se reduce a unos pocos centímetros. La chica camina con sus trenzas danzando a la par, luciendo sus ropas de Ídedin sin quitarle la vista de encima. Kai se percata de la presencia del felino que aguarda más allá, al lado de Yago, que observa a su amigo con tristeza.

—Estoy aquí —dice Bahari, poniendo la palma de la mano en el esternón de su gemelo—. No estás solo. Yo también estoy sufriendo

con todo esto. Yo también temo por mis amigos y mi mundo.

—Bahari, sé que intentas…

—No estoy intentando nada —interrumpe la chica, tajante—. Quiero que te calles un momento. Necesito que cierres los ojos y escuches conmigo.

Kai lanza un nuevo suspiro y hace caso a su gemela. Se concentra en su respiración, como si fuera a meditar. Se centra en esos estímulos que lo rodean. Ese extraño amargor en la boca que acaba en notas dulzonas. Ese aroma denso y espeso que, a pesar de ser desagradable, resulta adictivo. Ese zumbido constante, como una vibración que nunca parece terminar, tan molesta como relajante.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —verbaliza Bahari—. Hay algo. Algo aquí, con nosotros. Algo que no podemos explicar con palabras, pero… pero que sentimos.

El chico abre los ojos, sorprendido por lo que acaba de escuchar. Traga saliva con dificultad, sintiendo cómo la boca se le ha quedado seca.

—Los tres hemos tenido que hacer muchos sacrificios para llegar hasta aquí. Y los hemos hecho por ese *algo,* por culpa de ese extraño magnetismo que, a pesar de todo, nos da paz. Nos da esperanza.

—Quiero que se acabe, Bahari —confiesa él—. Te juro que no puedo más.

—Yo también estoy cansada. Cada minuto que pasa todo se hace más cuesta arriba —contesta ella mientras le acaricia el rostro—. Pero aguanto. ¿Sabes por qué? Porque sé que, cuando todo esto termine, lo que nos aguarda es descanso.

Kai se muerde los labios, más calmado y sereno. Vuelve a fijarse en los rasgos de su gemela. En esos ojos verdes que, en el rostro de Bahari, tienen más luz que en el suyo. El chico lleva su mano a la de ella, que aún postra en su mejilla, y la aprieta con fuerza en un gesto de agradecimiento y confort para terminar asintiendo con una timidez que acaba brillando por su fortaleza. Bahari sonríe con ternura al notar que las emociones de su gemelo se han calmado.

—Una vez me dijiste que estabas asustado por el incierto futuro, pero que procurabas que ese miedo no te dominara —recuerda la

chica cuando Kai accedió a ella a través del mundo de los sueños—. Me ayudaste mucho entonces. Déjame ser yo la que te ayude ahora.

Bahari le quita la mano del rostro y extiende los dedos, mostrándole la palma de su mano. Kai observa con cautela el gesto y, en un acto de confianza, decide copiar su postura, acercando su palma hasta la de ella sin apenas tocarse.

Sabe que la mejor forma de ayudarse es estando juntos. Los tres.

—Denis —verbaliza él, consciente del siguiente paso que deben dar.

—Nos necesita. Y nosotros a él —confirma Bahari—. No intentes comprender tus emociones, Kai. No las intentes esquivar. No las intentes transformar. Tan solo…

Un suave polvo de arena comienza a emerger de la mano del chico. La rabia, invocada a través de la tierra, se manifiesta en el cuerpo del terrícola. Después abraza el terror que siente y una suave brisa comienza a orbitar de manera circular por sus dedos, haciendo que el polvo que ha invocado discurra por una corriente de aire.

—¿Ves? —confirma Bahari—. Tan solo hay que sentir.

Kai sonríe. Sonríe con desahogo. No solo por verse capaz de invocar los cuatro elementos, sino por aceptar sus emociones y manifestar en su interior esa extraña sensación de paz. A pesar de la tormenta que se cierne. A pesar de todo lo que está por venir.

Pero, cuando Virgo empieza a olfatear el ambiente y se le eriza el pelo del lomo, tanto él como Bahari saben que algo se acerca. Yago es el primero en alzar la vista al cielo cubierto por las ramas de los árboles ante un desconcertante viento que hace crujir cada rama del bosque.

No tardan en escuchar el eco de los motores. Son oscilantes. Como un helicóptero. Gala Craus es la primera en reconocer ese sonido.

—Está aquí… —susurra.

Tumbado boca arriba al lado del trozo de tierra en el que ha sido enterrado su mejor amigo, Denis aguarda a que todo acabe. Una de

sus manos juguetea con la arena recién escarbada, mientras que la otra se refugia en el frondoso y fresco césped. La culpabilidad, el abandono y la pérdida lo han saturado tanto que su mente se ha quedado en un completo estado de *shock* del que no pretende salir.

No se entera de la llegada de la nave. Tampoco de los gritos y del forcejeo del Priorato. Ni siquiera se deja inmutar por las pisadas que se acercan hasta su posición.

—Hola, Denis.

Solo esa afónica voz lo saca de su aturdimiento y hace que se incorpore de nuevo a la realidad que lo rodea.

—Necesito que vengas conmigo —ordena Sif Noah Peaker bajo su terrorífica y austera calma.

Denis observa que unos metros por detrás del dictador se hallan Kai y Bahari custodiados por dos agentes de Vawav. No hay indicio de Gala ni del resto. Ni siquiera del animal de la idediana. Cuando sus dos gemelos asienten en un gesto serio y contundente que parece dar respuesta a su preocupación, Denis se levanta y mira directamente al dictador.

—¿Solo nosotros tres? —pregunta.

—Solo vosotros tres —confirma Peaker.

No sabe por qué, pero se fía de su palabra. Al fin y al cabo, sabe que todo va a terminar en cuestión de días. O quizá de horas.

En cualquier caso, si dejarse atrapar va a mantenerlo alejado de Amber, es un plan que acepta con gusto. Al fin y al cabo, es una forma de protegerse. Tanto a él como a ella.

ÚLTIMA CATÁSTROFE
¿Por qué no me lo has dicho antes?

Aún estoy preguntándome en qué momento me ha parecido buena idea quedarme en la ciudad. O, mejor dicho, ¿por qué? ¿Por qué no he hecho la maleta y me he subido al primer autobús que me lleve a yo-qué-sé-dónde? Bueno, pues por eso. Porque ¿a dónde mierda me voy a marchar? En el fondo, me quiero aferrar a la idea de que tengo un estúpido espíritu heroico y mi profesión como bombero me *obliga* a ser responsable y quedarme en esta ciudad hasta que *el barco se haya hundido*.

Al menos puedo salir.

Desde que se ha decretado el estado de alarma, las calles se han convertido en un lugar prohibido para cualquiera que no tenga permiso. Es decir, cualquiera que no sea indispensable para el funcionamiento básico de la ciudad. Los bomberos estamos, por supuesto, en este grupo. Porque ¿quién va a apagar el fuego que se produzca cuando un nuevo avión se estrelle contra el asfalto por culpa de otro apagón? ¿Quién va a sacar a las víctimas de los escombros si la ciudad es sacudida por un terremoto? ¿Quién va a ayudar a que el caos y el pánico no cundan en caso de que venga otra nave extraterrestre y nos lance rayos azules? ¿Quién va a rescatar al gato que ha decidido darse un paseo por las cornisas y no puede regresar a casa con su Karen?

El cielo vuelve a rugir y las primeras gotas de lluvia empiezan a mojarme la frente.

—Estupendo —maldigo con ironía por no haberme traído el

paraguas.

Lo he pensado, no te creas. Esta mañana, después de hacer *zapping* por todas las cadenas de televisión, que no dejaban de repetir una y otra vez la reunión entre esos *invasores* y el Gobierno, he acabado viendo el canal del tiempo mientras desayunaba. Han dado aviso de tormenta, pero yo he decido ignorarlo porque no tenía pinta de que fuera a llover. Pero, oye, ha sido salir de casa y encapotarse el cielo con nubes negras.

Ahora espero al bus en una marquesina que no tiene techo, pero sí un enorme cartel publicitario que anuncia una nueva colonia que «rompe las reglas del juego». Estudio mi reflejo en el cristal, que, poco a poco, se va impregnando de gotas de lluvia. Llevo varios días sin afeitarme, tengo ojeras por culpa de las noches en vela que paso con toda esta locura que estamos viviendo y, además, me estoy dando cuenta de que me he manchado la camiseta que llevo con la yema del huevo que he desayunado.

¿Por qué te has quedado, Aitor?

La única y verdadera respuesta a esto llega cuando las puertas del autobús se abren y él me saluda con esa maldita sonrisa que me eriza el vello de la nuca cada vez que la veo.

—Sin comentarios —le digo mientras entro al vehículo y paso mi abono por el lector de tarjetas.

¡Pim!

Él alza las manos en un gesto de inocencia para después ponerme una mueca divertida con la que intenta ocultar su sonrisa.

—No he dicho absolutamente nada —contesta, burlón, pasándose los dedos por los labios como si los cerrara con una cremallera.

—Buenos días para ti también, Unai.

Me resulta imposible, totalmente imposible, no estremecerme al pronunciar su nombre. Mi historia con él es… es una estupidez. Una tontería. Una fantasía que me monto en mi cabeza cada mañana que me subo a este autobús y coincido con su turno de trabajo.

La primera vez que hablamos fue gracias a que mi tarjeta del abono resultó estar imantada y no tenía efectivo para pagar el billete. No sé la cantidad de veces que le habrán contado el mismo cuento,

pero vio algo en mí que le hizo dejarme pasar. Y, claro, yo, por cargo de conciencia, me quedé en el asiento más cercano para darle conversación y contarle mi vida en verso sin que él me la pidiera.

Pero resultó una conversación de lo más agradable. Dos funcionarios del Estado cuya labor resulta imprescindible para el funcionamiento de todo un país coinciden una mañana en que la noticia del día resultó ser la aparición de una luna verdosa en mitad de los campos de Castilla.

Así que lo de subirme a este bus se convirtió, primero, en una rutina. Ahora, en una necesidad.

Echo un rápido vistazo a la gente que nos acompaña: nadie.

—Creo que se te ha olvidado recoger al resto de los viajeros —comento burlón.

—O quizás he decidido saltarme todas las paradas para recogerte directamente a ti —me contesta él con la misma sorna.

No puedo evitar soltar una carcajada nerviosa que me pone los mofletes algo colorados. Siento que la sangre se me concentra en la cabeza por culpa de su comentario. Hacía que no me ponía así de tonto con un tipo desde que salí del armario justo cuando empecé a prepararme para ser bombero. De eso hace ya diez años y ahora estoy a poco de cumplir los cuarenta.

—¿Cómo es que no te has largado de aquí? —me pregunta Unai.

—Te podría hacer la misma pregunta.

—Alguien tiene que llevarte hasta la estación de bomberos.

—Alguien tiene que apagar el fuego que vas a provocar —contesto yo con un más que evidente coqueteo.

De puta madre, Aitor. El mundo se va a la mierda y tú aquí tan tranquilo zorreando con el conductor.

Se hace un tenso silencio después de mi comentario.

Quizá me he pasado y lo he incomodado. Pero, en el fondo, ha sido él quien ha empezado con este coqueteo, ¿no? A veces me pregunto si Unai siente atracción por los hombres. En el sentido de que reconozca abiertamente dicha atracción. Muchas veces tengo ese problema. No me gusta llamarlo así, pero se convierte en una comedura de tarro porque, como *no parezco gay*, a veces la gente confunde las cosas y el

buen rollo que puede surgir con un hombre heterosexual se acaba convirtiendo en un extraño tonteo que no sé si es recíproco.

Oh, por favor, pues claro que es recíproco.

Te voy a contar un secreto: no te haces una idea de la cantidad de hombres que adoran tontear con otros hombres y no por ello significa que sean homosexuales. Y, ojo, me parece estupendo. Soy el primero que odia las etiquetas sociales. Odio cada vez que me dicen que no tengo pinta de homosexual. Es cierto que, cuando proviene de un heterosexual que está conociendo a un gay por primera vez en su vida, me produce cierta ternura. No es una persona que tenga rechazo hacia mi orientación, sino que los medios y las etiquetas le han hecho creer que debería tener comportamientos socialmente femeninos. Entonces, claro, les peta un poco la cabeza cuando conocen a un *maricón* que resulta ser colchonero (seguidor del Atlético de Madrid, para los menos futboleros), disfruta del cine de acción y no tiene a Lady Gaga en sus listas de reproducción de Spotify.

Luego tenemos la otra cara de la moneda, que es, en el fondo, la que me duele. Y es el rechazo por parte de algunas personas de mi propio colectivo. «Ay, hijo, qué heterazo eres». Como si ser heterosexual fuera, no sé, una enfermedad. Algo malo. Como si por ser gay no me pudieran gustar esas cosas. Y si digo que me duele que alguien que comparte mi orientación sexual me diga esto es porque, en el fondo, me hace sentir fuera de lugar, como si no cumpliera las características para convertirme en un *buen gay*. Siempre me he preguntado cuándo la sociedad va a dejar de etiquetar y de generalizar las cosas en función de un bando u otro.

Es que los gais sois… Es que los heteros son…

Voy a abrir un melón. Un melón complicado y polémico, además. Pero, ahora que estoy embobado viendo cómo Unai conduce el autobús bajo este chaparrón que está cayendo, me parece interesante compartir estas reflexiones tan… intensas.

Jamás he entendido por qué solo puedo encontrar mi vida social y sexual en un único barrio de mi ciudad. Que el único *entorno seguro* para mostrarme tal y como soy solo sean un par de calles en las que, irónicamente, me siento más observado e incómodo que en cualquier

otro lugar porque no cumplo con los cánones sociales que representa mi colectivo. Soy el primero que siente que, a veces, ese colectivo que debe de representarme no lo hace. ¿Cómo me voy a sentir identificado con personas que se han sentido fuera de lugar por ser como son y, al verme, me hacen exactamente ese mismo vacío que critican? ¿Cómo voy a llevar con orgullo una bandera que, supuestamente, representa mi libertad, pero bajo el yugo de algunos resulta ser un arma política que utilizan sin escrúpulos para aumentar la división social? ¿Cómo voy a celebrarlo con orgullo si no pienso ni actúo como ellos? ¡No me dejan!

Me siento como una auténtica mierda por pensar así, la verdad. Porque, a veces, estoy fuera de lugar entre personas con las que debería encontrarme cómodo y seguro. Resulta irónico y raro.

Por eso estoy en esta tesitura con el maldito Unai. Porque yo he crecido en un utópico mundo en el que las etiquetas no existen, en un mundo en el que este hombre que me vuelve loco podría corresponderme.

—Menuda está cayendo, ¿eh?

Es él quien rompe el silencio.

Su comentario me hace volver a la realidad y echar un vistazo por la ventana. Un reguero de agua recorre todos los cristales. Fuera apenas se ve nada. Parece que estuviéramos pasando bajo el caudal de una cascada.

Unai ha bajado la velocidad del autobús hasta tal punto que, si quisiera salir, podría caminar a la misma velocidad que el vehículo.

Me pongo en pie y me acerco hasta su lado. Apenas se ve lo que tenemos a unos pocos metros. Las luces de los semáforos han desaparecido y solo se aprecian los edificios cuando sus siluetas se marcan con las sacudidas del vendaval, que cada vez sopla más fuerte.

—No veo nada —confiesa mientras pisa el freno y detiene el bus—. Espero que no haya gente en las siguientes paradas.

—Y yo espero que lleven paraguas —contesto, intentando volver al tono divertido que teníamos hace un momento.

Unai me mira con esa sonrisa y un movimiento de cabeza que no sé por qué me resulta jodidamente sexi.

—Al menos, hoy no vas a tener muchos fuegos que apagar —me dice.

—Bueno, si cae algún rayo, se puede dar la situación —contesto, intentando hacerme el tonto.

—¿Solo con rayos?

Ahí está. Otra vez. Ese tono. Esa mirada. Ese tanteo.

—En una tormenta como esta, sí —contesto, apoyándome sobre el cristal que nos separa, cruzándome de brazos para marcar un poco esos músculos bien trabajados que procuro lucir cuando quiero llamar la atención de alguien.

—Pues… menos mal que estamos aquí dentro —contesta él mirándome de reojo—, ¿no?

Siento un escalofrío que me recorre la nuca, viaja por toda mi espalda y me acaba sacudiendo la entrepierna. Me resulta imposible tragar saliva. Me resulta imposible mover cualquier músculo. Unai tiene algo que me deja desarmado.

Pero estoy cansado ya de este juego. Quiero avanzar al siguiente nivel.

—¿Cuándo me lo vas a pedir?

La pregunta la lanzo como una jabalina que impacta limpia y directamente en el pecho de Unai.

—¿El qué? —me pregunta él con una sonrisa nerviosa.

—Mi número de teléfono —contesto.

Unai suelta una carcajada con la que se me corta la respiración. No sé si es burlona o, por el contrario, coqueta.

—Cuando podamos hablar fuera de este trasto —me confiesa—. Mientras lleve este uniforme no se me permite *intimar* con los clientes.

Toda la tensión que llevo acumulada se desvanece por completo. Alzo los brazos en un gesto de incredulidad y me llevo las manos a la cabeza en un fingido dramatismo propio de cualquier actor de teatro.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

Unai vuelve a reír, rojo como un tomate, mientras yo lo observo con una mirada lobuna, coqueta y, por qué no decirlo, tierna.

—Vamos a ponerle remedio, entonces —digo dando un par de golpecitos en su cristal—. Ábreme la puerta.

—No puedo abrirte esta puerta —ríe mientras señala el cristal que nos separa.

—Esta no. ¡Esa! —contesto, refiriéndome a la que tengo detrás de mí—. Me quiero bajar. Y da la casualidad de que estamos en una parada.

Unai alza la ceja, curioso, y, finalmente, activa el mecanismo que abre las puertas para dejarme salir. La lluvia me empapa de golpe, humedeciendo cada parte de mi cuerpo. Decido ponerme delante del autobús y alzar las manos en un gesto con el que lo invito a bajarse conmigo. Hace un viento de narices. Tanto que las gotas de lluvia se convierten en molestas agujas que impactan contra mi rostro. Pero me da igual porque toda mi atención está puesta en cómo Unai sale del autobús.

Por primera vez, nos encontramos ambos fuera del vehículo. Me sorprende que tengamos la misma altura. Sus ojos, a pesar de la lluvia, son aún más bonitos a los escasos centímetros a los que nos encontramos.

—¿Y ahora puedes? —pregunto alzando la voz por encima de la lluvia.

Pero, antes de que me dé una respuesta, escuchamos un rugido. Un rugido gutural, metálico. Como si uno de los inmensos rascacielos que nos rodean se estremeciera.

Unai y yo nos giramos hacia la fuente del sonido. El viento se ha convertido en un molesto vendaval que arrastra consigo todo lo que lleva. Los árboles que tenemos a nuestro alrededor se zarandean con fuerza, desprendiendo sus hojas verdes, que vuelan como si la tormenta fuera, en el fondo, un huracán.

Y entonces lo vemos.

Dentro del caótico escenario de lluvia, entre ese zarandeo de viento, empieza a aparecer un embudo que solamente he visto en los documentales estadounidenses.

Un tornado aterriza en plena ciudad y comienza a tragarse todo lo que hay a nuestro alrededor. Los cristales de los edificios más cercanos estallan en añicos. Los coches aparcados en las aceras se arrastran hasta llegar a la base y desaparecer en volandas en su interior.

Algunos árboles son arrancados de cuajo de la tierra y se convierten en flechas que acaban impactando contra las cristaleras y fachadas de los edificios.

Por un momento, resulta hipnótico. Y tanto él como yo parecemos sucumbir a ese mortal encantamiento visual. Cuando uno de los coches que se ha tragado el tornado cae a pocos metros de donde estamos, vuelvo de golpe a la realidad y soy consciente del peligro que corremos estando ahí pasmados.

—¡Vamos!

Agarro la mano de Unai, dispuesto a entrar en uno de los establecimientos que tenemos enfrente, pero uno de los árboles del parque irrumpe de golpe en nuestro camino y acaba embistiendo contra el escaparate de la tienda. Decido cambiar de plan y apuesto por meternos de nuevo en el autobús.

—¡Sácanos de aquí! —le pido.

Unai se mete en la cabina del conductor y arranca el vehículo, pero la fuerza del viento impide que el trasto avance.

—¡Esto no tira!

El rugido del tornado es cada vez más fuerte. Los cristales traseros del autobús estallan en pedazos cuando la mortífera bestia nos estampa uno de esos carteles de neón que adornaba la cornisa de un edificio.

Unai acciona el freno de mano, pero el autobús empieza a moverse hacia atrás, como si una gigantesca mano invisible lo hubiera agarrado y lo estuviera arrastrando hacia el tornado. Emite un sonido metálico y pesado, como si la propia máquina se quejara del esfuerzo que está haciendo por permanecer en el suelo. El vehículo no tarda en zarandearse con fuerza y, como si fuera un barco que empieza a naufragar, la parte trasera se empieza a elevar.

Otra embestida me hace tropezar y caer al suelo.

Lo siguiente que veo es a Unai saliendo de su habitáculo para ayudarme a ponerme en pie.

Y todo parece congelarse. Todo parece detenerse.

Antes de que el autobús se eleve de nuevo, me aferro a Unai en un abrazo con el que nos decimos todo sin decirnos nada a la vez.

Cuando el tornado nos engulle, nuestros labios y lenguas están enzarzados en su propio remolino de soledad y deseo. Porque, al fin y al cabo, todo se acaba reduciendo a eso.

Los monstruos también lloran

Denis no esperaba volver a encontrarse con esas paredes de metal. No al menos tan pronto. La celda de la nave de Vawav está igual de impoluta que cuando la vio por última vez. La diferencia es que ahora es él quien está encerrado en ella. Al menos no está solo: Kai y Bahari se encuentran a su lado. El gemelo de Terra ha optado por sentarse en una esquina, apoyando su espalda en el frívolo y reluciente metal. Bahari permanece de pie, quieta y serena, sin apartar su mirada del monstruo que los mira desde el otro lado del grueso e impenetrable cristal, como si fueran animales de un zoológico. Él ha copiado el gesto de la idediana, pero se mantiene mucho más amenazador, desafiante y cercano al dictador. Aunque este, obviamente, no tiene nada que temer.

Denis estudia de cerca las facciones de Peaker. Por primera vez se atreve a mirarlo a los ojos sin estremecerse. Al chico le resulta fascinante la vida que tienen los iris del dictador; pareciera que los distintos pliegues ocres y amarillos que lo forman se movieran por el líquido ocular, formando otros tonos similares parecidos a la mostaza o al café. ¿Cómo es posible que unos ojos tan cálidos, bellos y grandes alberguen tanta maldad y provoquen tanto miedo? Cuando cierra los párpados blanquecinos, el poco color que alberga su rostro desaparece, dejando paso a una piel pálida, grisácea, similar a la de un cadáver reciente.

—¿Por qué te hemos temido tanto?

El susurro del muchacho, que no pretendía formular en voz alta, parece despertar de nuevo al dictador.

—¿Cómo es posible que un ser tan frágil como tú tenga aterrorizado a todo un mundo?

Una sutil sonrisa emana de la comisura de sus finos labios. Apesta a soberbia y a orgullo.

—Porque sin mí Vawav no es nada —contesta el Sif con esa calmada y dulce afonía—. Soy como el padre que protege, como la madre que alimenta. Gracias a mí, Vawav es un mundo que ha evolucionado y prosperado. Gracias a mí, Vawav sobrevivirá al Colapso y seguirá siendo la civilización dominante en este nuevo futuro.

—Nuestros mundos están destinados al entendimiento.

Bahari interviene en la conversación con contundencia y da un par de pasos para estar a la altura de su gemelo, como si ambos no tuvieran miedo alguno de hacerle frente. Como si el gesto de los viajantes fuera más una llamada de atención a la resistencia que a la ofensa.

—Vawav no será nada sin Ídedin —subraya la muchacha en un tono tan desafiante como solemne.

Los ojos del dictador se posan en ella para después volver al chico de Vawav y viceversa. Sif Noah Peaker estudia y contempla, por primera vez, a dos viajantes de cerca, uno al lado del otro. La fascinación en él resulta abrumadora. Sigue sin comprender la lógica que alberga la creación que tiene enfrente. Ni siquiera sabe si es algo natural o divino.

—Si hay algo que lamento de todo esto es que este *Equilibrio* se va a desvanecer antes de que pueda comprender vuestra esencia y existencia —confiesa, ignorando por completo las palabras de Bahari —. Dos caras de una misma moneda. Opuestas y, a la vez, semejantes. La frialdad de un mundo frente a la calidez de otro. El intelecto de Vawav frente a la fe idediana.

Sif Noah Peaker entreabre su boca, compartiendo con ellos una sonrisa de admiración semejante a la que mostraría cualquier fanático religioso. Sus ojos parecen haberse hecho más grandes por culpa de la humedad que los empapa por la inquietante exaltación que le está provocando el momento. La escuálida mano del dictador se posa en el

cristal, como si sus delgados y huesudos dedos tuvieran ventosas que ansían tocar lo prohibido.

—Sois un milagro —confiesa con una afonía tan aguda y rota que extraña a los dos viajantes—. Vuestra existencia no solo ha dado a Vawav grandeza, sino que volverá a dotarlo de hegemonía cuando no estéis. —Una lágrima cae de la cuenca ocular izquierda del monstruo, recorriendo sus marcadas mejillas para desembocar en la comisura del labio—. Y yo volveré a ser su único dueño.

La risa de Kai saca al dictador de su aturdimiento y emoción. Por un momento, parecía haberse olvidado de que el tercero de los viajantes estuviera ahí. Denis puede ver cómo la mirada y los gestos de Peaker se vuelven a enturbiar en su estado normal: serios, controlados y oscuros.

—¿«Único dueño»? —repite Kai mientras se pone en pie—. Está claro que no sabes cómo funcionan las cosas aquí. ¿Crees que podrás hacerte con el control de *Terra*? —pregunta, marcando con burla el nombre—. ¿Crees que podrás someter a cada una de las naciones de este mundo? No tienes ni idea.

Sif Noah Peaker no oculta su enfado y decepción. Las facciones de su rostro se han marcado como consecuencia de la rabia; su mirada se ha tornado en una actitud desafiante. Si hay algo que no soporta el dictador es que se rían de su intelecto. La historia de Terra es compleja, pero el funcionamiento de sus habitantes sigue un patrón que, tras su primer encuentro con el presidente de esa nación, confirma lo que el dictador dedujo en un primer vistazo: todo el mundo tiene un precio.

—¿Quieres saber cómo os he encontrado? —pregunta en un susurro en el que la afonía ha desaparecido—. ¿Quieres saber por qué las naciones de Terra van a ser el menor de mis problemas? —Una voz gutural y grave cobra fuerza en la garganta de Peaker—. ¿Quieres saber lo que quiere *tu presidente* a cambio de su lealtad hacia Vawav?

La última frase la escupe casi con un grito furioso, preso de la inútil rabia por la que se ha dejado poseer. Sus ojos amarillos se han oscurecido, los pliegues de su frente se han fruncido, el ceño se ha arrugado con fuerza y la mirada que lanza a Kai está llena de odio y

repulsión. ¿Cómo una criatura como esta se atreve a burlarse de él? ¿Cómo se le ocurre poner en duda su intelecto?

El rostro de Sif Noah Peaker se calma de golpe, como si hubiera detenido sus emociones con una correa y las hubiera obligado a serenarse. El dictador traga con dificultad y suelta un suspiro sonoro con el que demuestra volver a tener el control.

—Poder —sentencia, volviendo a recuperar su afonía—. La persona que se encarga del progreso de tu nación desea *autoridad* en el futuro. Y no me cabe la menor duda de que el resto de las naciones de Terra querrán lo mismo. Es fácil domar a un animal cuando sabes el premio que desea, pero más aún cuando conoces el castigo que teme.

—No sabes dónde te estás metiendo —sentencia Kai, encarándose al dictador, escupiendo cada palabra con desprecio—. ¿Te crees que con tus máquinas y con tu tecnología ya nos conoces? Deberías darte el beneficio de la duda.

—¡Oh, lo hago! ¡Por supuesto que lo hago! ¿Crees que no he contemplado la posibilidad de un enfrentamiento? ¿De una guerra? Aquí estáis más que acostumbrados a ellas y no os importa poner en peligro todo lo que os rodea, todo lo que habéis construido a lo largo de vuestra existencia, con tal de ganar la batalla. Aunque el precio sea arrasarlo todo. Sois… sois muy anímicos. Habéis heredado lo peor de Ídedin. Incluso ellos están por encima de vosotros al tener un mayor control y gestión de las emociones. Vosotros estáis *condenados* a desaparecer. Los terrícolas que no se adapten al nuevo mundo morirán. Igual que el Equilibrio. Igual que vosotros tres.

—Hablas sin saber, Noah Peaker —sentencia Bahari, impregnándose del cabreo de su gemelo—. Ni tú ni nadie conoce el poder del Equilibrio.

—¿Y tú, Bahari? —contesta el dictador, retándola—. ¿Lo conoces? ¿Sabes lo que va a ocurrir? ¿Sabes lo que va a pasar? ¿Puedes utilizar todo ese *poder* contra mí?

La chica se refugia en un silencio en el que la acompañan sus gemelos.

—Lo suponía —contesta él—. Yo sí sé lo que va a ocurrir. Sé lo que os va a pasar. Por eso estáis aquí, juntos. Vuestra existencia deja de

tener sentido. Seréis energía evanescente que no tendrá cabida en el nuevo y único futuro. Desapareceréis junto al Equilibrio para dar paso a un nuevo plano que albergará la unión de los dos mundos.

—Entonces, si estás tan seguro, ¿por qué nos tienes aquí encerrados? —escupe Kai—. ¿Por qué no dejarnos desaparecer sin más?

—Debería darme el beneficio de la duda, ¿no? —contesta el dictador, permitiéndose utilizar la misma soberbia que el chico ha utilizado contra él—. He estudiado con ahínco las profecías y proverbios que escribieron los *creyentes* del antiguo mundo. Hablan de vosotros, del Equilibrio, del Colapso. Pero no dejan de ser palabras. Letras. Creencias que pueden desvanecerse con la misma facilidad con la que, supuestamente, lo haréis vosotros. Así que, en el caso de que el Colapso no sea vuestro final, estad tranquilos: yo mismo os extinguiré.

Sif Noah Peaker se relame los labios, cierra los ojos y suelta un profundo suspiro que denota cansancio y fatiga. Después vuelve a mirar a los tres viajantes durante unos largos segundos y hace algo que ninguno de los tres se espera: una sutil reverencia. Ninguno sabe si es de agradecimiento o de despedida. En cualquier caso, es un gesto de respeto que sorprende a los chicos.

El monstruo de Vawav sale de la estancia dispuesto a prepararse para el inminente Colapso. Y, para fortuna de su mundo, todo parece ir según lo profetizado.

Hasta que una inminente alarma comienza a retumbar por toda la nave.

Aún no ha podido controlar su llanto cuando escucha los motores tronar a través del bosque. Amber reconoce de inmediato el sonido de la nave en la que estuvo apresada. No tarda en vislumbrar el aparato surcando el cielo en dirección a su posición. Ha atravesado todo el bosque y ahora camina al lado de la carretera que lleva de vuelta a la civilización, así que resulta un objetivo fácil y sencillo de localizar desde el aire. Observa también una serie de coches que están a punto

de empezar a subir el puerto de montaña que conduce hasta el refugio.

Amber vuelve a introducirse con rapidez en el bosque para refugiarse bajo el amparo de las densas ramas de los árboles y evitar ser vista por la nave de Vawav. Todo retumba cuando el imponente aerodeslizador cruza por encima de su cabeza. Teme que los agentes del otro mundo vuelvan a encerrarla en esa horrible celda de metal y cristal, pero no parece que se vaya a detener cerca de ella.

Los han localizado.

Amber esprinta deshaciendo el camino que acaba de recorrer. El primer impulso que siente es el de avisar a sus amigos de la amenaza, pero la falta de cobertura móvil imposibilita la opción de contactarlos. Así que corre. Corre como nunca antes lo ha hecho.

Su traicionera e infantil cabeza decide recordarle la mirada de Denis en el momento antes de darle la espalda y marcharse de la cabaña. Sus azulados ojos, el cincelado rostro que comparte con su mejor amigo, tan iguales y a la vez tan distintos. La palidez de su piel. La cara de incredulidad y de súplica al ser tan estúpida y cobarde de no quedarse a su lado.

Con cada paso que da se culpa por haber abandonado esa casa en un arrebato emocional que, posiblemente, le cueste lo que siempre se ha negado a creer: la imposibilidad de volver a verlo.

Se resbala varias veces y tropieza otras tantas, pero vuelve a ponerse en pie porque solo tiene un objetivo: llegar cuanto antes al refugio que ha abandonado hace más de tres horas. Llegar antes de que sea demasiado tarde.

Aún no ha llegado a la mitad del camino cuando vuelve a escuchar el rugido de los motores de la nave. Observa cómo el aerodeslizador desaparece por las nubes que cubren el cielo.

Mierda, mierda, mierda. Han tardado muy poco.

La chica se imagina el peor de los escenarios. El peor de los finales. Pero opta por acallar sus pensamientos emprendiendo de nuevo la carrera hasta el refugio.

No sabe cuánto tarda en llegar ni la cantidad de heridas que se ha hecho por culpa de su torpeza a la hora de cruzar los senderos

vírgenes del bosque. Ni siquiera sabe si ha tardado más que antes o se ha perdido en algún momento. Pero llega a la cabaña de madera.

Lo primero que desentona son las luces azules que parpadean de forma constante. Amber cuenta tres furgones policiales aparcados enfrente de la casa, los mismos que ha visto al pie de la montaña. En un ademán de sigilo, se agazapa y se mantiene escondida en el interior del bosque.

—No me jodas… —farfulla en un susurro.

La muchacha vuelve a echar un vistazo, esta vez más cuidadoso, intentando captar algún movimiento que le permita deducir qué está ocurriendo ahí dentro. Pero el silencio es tan sepulcral que se empieza a plantear que algo no ha salido según el plan.

Amber decide acercarse un poco más, exponiéndose ante el campo de visión de los furgones. No le da tiempo a dar ni dos pasos. Alguien la agarra por detrás, tapándole la boca con la mano y arrastrándola de nuevo al bosque.

—Shh… Soy yo, tranquila.

La voz de Yago hace que deje de mostrar resistencia.

—¡Imbécil! —contesta ella, intentando susurrar a pesar del sobresalto—. ¡Qué susto me has dado!

—Tenemos que salir de aquí —ordena el chico—. Sígueme.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora te…

—No os mováis.

La voz de un hombre apuntándolos con un arma reglamentaria los detiene por completo. El uniforme que lleva, propio del Grupo Especial de Operaciones, confirma su potestad policial.

—Diez. Uno. He encontrado a…

El rugido de Virgo corta de golpe la transmisión del policía. En un abrir y cerrar de ojos, el animal se ha lanzado contra el agente, derribándolo con sus fauces y acabando con su vida en el acto.

—¡Corre, corre, corre! —apremia Yago.

Los dos amigos, en compañía del animal, empiezan a esprintar por el bosque sin cuidar el sigilo. A sus espaldas, escuchan los gritos de más agentes que han salido de la casa con el objetivo de capturarlos.

—No… puedo… más —confiesa Amber, sin casi aliento. Lleva corriendo desde hace unas cuantas horas y su aguante ha llegado al límite—. Necesito un respiro, Yago.

Virgo vuelve a rugir y, con un gesto de cabeza, se pone en una posición sumisa para que ambos suban a su lomo. Ninguno de los dos duda un segundo.

—Agárrate bien, que este no se anda con cuidado cuando le da por correr —advierte Yago mientras se aferra al cuello del animal.

Amber se agarra a la cintura de su amigo y comienza a sentir el agitado bote del felino, que atraviesa el bosque con velocidad y destreza.

—¿A dónde vamos? —pregunta la chica.

—Con Gala y Camila —contesta Yago—. Estábamos alejados de la cabaña hasta que Virgo ha detectado tu rastro y entonces… me has hecho regresar, bonita.

—¿Y Kai…?

—Con tu novio y Bahari —confiesa Yago—. Peaker se los ha llevado.

—¿Por qué?

—No lo sabemos, pero tenemos que sacarlos de esa nave.

Amber no puede evitar estremecerse al imaginarse a sus amigos encerrados en la misma celda en la que estuvo ella.

—¿Tenéis algún plan para rescatarlos?

—Gala tiene un plan —sentencia Yago.

Oh, estupendo.

Evanescente

El primer golpe no es muy fuerte, tan solo un simple zarandeo. El segundo sí que obliga a los tres viajantes a buscar apoyo en la pared metálica de la celda. Sin embargo, con el tercero, la nave de Vawav recibe una sacudida tan bestial que los hace caer al suelo. La luz se apaga de golpe y, en su lugar, todo se tiñe de un color rojo por culpa de una alarma que empieza a retumbar por toda la estancia.

El cosquilleo que sienten en el estómago, así como la fuerza invisible que los empuja hacia arriba, les hace pensar que el aparato está cayendo en picado sin ningún control. Denis se imagina el peor de los escenarios: están ahí encerrados, carentes de cualquier tipo de seguridad; cuando la nave se estrelle contra el suelo, las fuerzas físicas harán su trabajo y acabarán espachurrados contra el cristal de la celda.

—¡Bahari! —grita Kai por encima del molesto pitido—. ¡Invoca el viento!

La idediana utiliza el miedo que está experimentando para centrarse en el control del elemento e intentar estabilizar la nave. Pero ahí encerrada, sin ver absolutamente nada, es muy complicado imaginarse el escenario con el que evitar que se estrellen.

—¡Ayudadme! —implora ella—. ¡No puedo hacerlo sola! ¡Concentraos en vuestro miedo!

Tanto Kai como Denis cierran los ojos e intentan canalizar sus emociones. Mientras que el primero se deja llevar por el terror que siente hacia lo desconocido, el viajante Vawav solo puede pensar en la soledad y en el dolor de Amber. Una corriente de aire comienza a

formarse dentro de la celda. A los pocos segundos, el remolino se ha convertido en un vendaval.

—¡Dadme vuestras manos! —ordena Bahari mientras agarra a los dos chicos—. ¡Formad un círculo!

La idediana se aferra al tacto de sus gemelos para que la conexión entre los tres sea más fructífera y pueda tomar el control de las intensas emociones que se están canalizando a través de ellos. Es lógico que tanto Kai como Denis no puedan invocar de manera correcta el viento. Requiere años de experiencia. Pero ella sabe cómo hacerlo.

Cuando agarra la mano de Kai, se impregna de ese miedo ante lo desconocido. Cuando aprieta la de Denis, el terror a la pérdida la inunda por dentro. Las emociones de los tres se vinculan en una sola: un miedo tan fuerte y poderoso que permite a Bahari invocar el viento más allá de las cuatro paredes en las que los mantienen apresados.

El plan de Gala Craus estaba funcionando hasta que la nave ha empezado a estabilizarse por culpa de unos vientos huracanados que han surgido de la nada. Infectar con un virus informático los sistemas de Vawav ha sido una táctica que ha servido para que la resistencia tome el control de la nave desde el suelo. Gracias a la conciencia de la doctora dentro de un avanzado androide, han podido utilizar contra el Sif la propia tecnología de Vawav. Allí no existen los virus informáticos desde hace centenios y en Terra hay miles de amenazas que Vawav desconoce y a las que, por tanto, no es inmune.

—¡¿Por qué está moviéndose tanto?! —pregunta Amber, alterada, sin dejar de observar el aparato cayendo en círculos—. ¡Estabilízala o se van a estrellar!

Gala Craus deduce que las fuertes corrientes de aire las está provocando Bahari. El rudimentario ordenador portátil desde el que ha accedido a los sistemas de la nave no permite un manejo sencillo de los controles de vuelo. Además, hay algo que ha aprendido desde hace mucho: es imposible luchar contra las fuerzas de la naturaleza.

—Espero que estén preparados para un aterrizaje forzoso —comenta Gala Craus cerrando el ordenador portátil de golpe—. ¡Desconectad los datos!

—¿¡Qué haces!?

—Salvarles la vida —sentencia la mujer—. No puedo controlar la nave si Bahari está manipulando el viento.

—Pero… ¡pero se van a estrellar!

Gala Craus ordena a Amber y a Yago entrar en el vehículo mientras Camila da las indicaciones pertinentes al guardián que los acompaña para que sigan la trayectoria de la nave.

Solo tendrán una oportunidad para sacar a los viajantes de ahí. Y será justo cuando esta se estrelle contra los campos de cultivo que tienen a unos pocos kilómetros.

A pesar de los esfuerzos por intentar controlar la nave a ciegas, Bahari consigue concentrarse en sentir la proximidad de la tierra para avisar a sus gemelos del inminente impacto. El primer rebote hace que los tres viajantes leviten del suelo y Bahari aprovecha el momento para retraer la fuerza del viento hasta el interior de la celda y amortiguar así el golpe. Sin embargo, con el segundo rebote, la muchacha se distrae y le resulta inevitable controlar la masa de sus cuerpos. El impacto es doloroso, pero para fortuna de los tres ninguno resulta gravemente herido.

La alarma ha dejado de sonar, pero la luz rojiza sigue parpadeando con insistencia.

—¿Estáis… estáis bien? —pregunta Kai con una quejicosa voz.

—Sí… Siento no haber podido controlar el segundo impacto —se disculpa la idediana.

—Suficiente has hecho con poder aterrizar la nave y mantenernos de una pieza —añade Denis mientras se pone en pie—. Porque estamos en tierra, ¿no?

Antes de que Bahari pueda confirmar las sospechas del gemelo de Vawav, los tres sueltan un grito de dolor por culpa de una terrible

jaqueca que les taladra el cerebro. Un agudo pitido se les introduce en los oídos y, por mucho que intentan taparse las orejas, no consiguen dejarlo de escuchar. A pesar del dolor, Kai es el único que abre los ojos para ver a sus gemelos y, por un segundo, parece que estos se están desfigurando en millones de pequeñas líneas propias de cualquier fallo informático. El rostro de Bahari se confunde con el de Denis y este, a la vez, con el suyo propio.

El pitido se calla de golpe. El dolor remite. La alucinación del chico se esfuma por completo.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —pregunta Kai, aturdido—. Os he visto… He visto cómo…

—Lo sentís, ¿verdad? Sentís cómo se acerca —interrumpe Bahari, acelerada.

Sin embargo, antes de que ninguno de los tres pueda decir algo, el crujido de la puerta metálica de la sala hace que los viajantes se giren para ver quién los visita.

Cuando Denis, a pesar de la oscuridad, reconoce la silueta de Amber, no puede evitar quedarse congelado en el sitio.

—¡Aquí están! —anuncia la chica en un grito de euforia.

Detrás de ella, entran otras dos personas.

—¿Amber? ¿Yago? —pregunta Kai, confundido—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo…?

Gala Craus es la primera en dirigirles la palabra.

—No tenemos mucho tiempo —dice mientras comienza a estudiar los paneles de control de la celda.

Amber acude directamente al cristal que la separa de los viajantes. Sus ojos, inundados en lágrimas, buscan con desesperación la atención de Denis. Posa las manos en el cristal, como si quisiera tocar y sentir al chico de Vawav. Él no tarda en copiar el gesto y pega sus palmas al denso y transparente vidrio que los mantiene separados.

—Os vamos a sacar de aquí —confirma la chica.

—Amber, esto… esto es una locura —confiesa el chico, aturdido—. No puedes ponerte en peligro de esta forma. No cuando…

—No lo digas —ordena ella—. Te lo pido por favor. No lo digas. No quiero oírlo más. Me da igual lo que vaya a pasar. Lo único que sé

es que… —Las lágrimas y la culpabilidad impiden que pueda hablar con claridad—. Joder, Denis, lo único que quiero es estar contigo. Lo único que quiero es… abrazarte. Y… siento haberme marchado así. Siento…

—Amber, para, por favor.

La rojiza luz de emergencia desaparece de golpe, reemplazada por la habitual luminiscencia blanquecina que tiene la nave. Gala Craus ha conseguido encender de nuevo los sistemas para poder sacarlos de ahí. Kai se pega al cristal para hablar directamente con la doctora.

—¿Por qué…? ¿Por qué nos rescatáis? ¿Por qué os habéis puesto en peligro sabiendo el futuro que nos depara?

Gala Craus se gira hacia él sin ocultar la premura que tiene por salir de ahí antes de que aparezca algún agente de Vawav o el propio Peaker.

—Porque no es justo que las últimas horas que os quedan en este mundo las paséis aquí encerrados a manos de un monstruo.

—Dudo mucho que nos queden horas, Gala —confiesa el chico con un nudo en la garganta—. Yo… nosotros… Está más cerca de lo que creemos.

La doctora deja de manipular los paneles informáticos de la celda y se centra directamente en el chico. Su rostro emana miedo y pena a partes iguales.

—¿Cuánto de cerca? —interviene Yago, acercándose a ellos dos.

—Muy cerca —contesta Bahari poniéndose al lado de su gemelo—. Va a ocurrir ya.

Yago y Gala intercambian una mirada de pánico, incertidumbre y frustración. Sienten que no han llegado a tiempo.

—¿¡Qué pasa con esas celdas!? —grita Amber desde la esquina de la celda—. ¿Por qué no se abren?

—Amber… —comienza a hablar Denis.

—No, si vas a desaparecer, al menos necesito… ¡necesito sentirte! —dice la chica mientras da un golpe frustrado al cristal con un agudo llanto que no puede controlar.

—Tenéis que marcharos —interviene Kai mirando directamente a Gala—. Tenéis que largaros de aquí antes de que Peaker venga y os

mate.

Los ojos de la doctora se encuentran directamente con los del viajante. En ellos puede ver el miedo ante la inminente realidad que se cierne sobre ellos, pero también una valentía fruto de la aceptación de su destino.

—Estaremos bien —añade como si le hubiera leído la mente—. Ahora lo único que nos preocupa es vuestra seguridad.

Kai mira directamente a Yago. Una tímida sonrisa emana de la comisura de sus labios esperando a que su amigo suelte alguna broma para relajar el ambiente. Pero no lo hace. Yago permanece quieto al otro lado del cristal; su pecho se mueve de forma agitada y su cara está muy alejada de comenzar a hacer algún tipo de comentario que provoque risa.

—Tu cara es un cuadro —le espeta, forzando una burla para hacer más llevadera la situación—. Soy yo el que va a desaparecer, no tú.

—No me jodas, Kai. No estoy de humor —contesta Yago.

El viajante se relame los labios y se acerca un poco más hacia Yago, todo lo que le permite el cristal que los separa.

—Cuando todo esto pase y regreséis a casa, quiero que busquéis a alguien para que se quede en mi cuarto —pide el chico—. Pero, por favor, que no sea fan del *k-pop* y del cine coreano.

Yago aprieta con fuerza los labios, intentando contener las inminentes lágrimas de su rostro.

—Estás loco si piensas que vamos a sustituirte por alguien —confiesa su amigo con un nudo en la garganta.

—Yago. —La voz de Bahari lo obliga a centrarse en ella—. ¿Está a salvo?

El muchacho asiente con fuerza, incapaz de poder hablar en ese momento. Absorbe las primeras lágrimas que recorren sus mejillas.

—Eres el único en quien confío para custodiar ese libro —confiesa la muchacha, refiriéndose al volumen de piedra que Docta Sena le entregó—. No puedo destruir tanto conocimiento, tanto saber. No se puede desvanecer conmigo.

Yago recuerda con exactitud la promesa que le hizo a la viajante idediana en la cabaña antes de que Sif Noah Peaker los sorprendiera y

se los llevara.

Cuida de este libro como si contuviera todos los secretos de tu alma.

—Protegeré el libro con mi vida, Bahari —repite el chico.

La muchacha sonríe con ternura y, al igual que Denis con Amber, alza la palma de la mano contra el cristal para que él copie el gesto.

—Habrías sido un maravilloso centinela si hubieras nacido en Ídedin —confiesa ella.

—¡Oh, vamos! —contesta él poniendo los ojos en blanco, intentando, ahora sí, refugiarse en el humor para ocultar la tristeza que lo invade—. De no ser por Virgo, yo…

—Virgo —repite la chiquilla con una sonrisa—. Tendrás que cuidar también de él. No quise despedirme porque sé que… sé que él entiende esto de otra manera. Con otra percepción. Los animales son fascinantes, ¿sabes? Tienen un sexto sentido desconocido para nosotros. Tenlo en cuenta si hace cosas raras o se altera de repente —explica, sin poder contener ahora el nudo que se le ha generado en la garganta.

—Lo haré, Bahari —contesta Yago, ya sin ocultar sus lágrimas por la inminente despedida.

Bahari agradece la sinceridad y amistad del chico con una sutil y lenta reverencia mientras se seca el rostro.

—No quiero despedirme —suplica Amber, que permanece pegada al cristal con Denis—. No ahora, por favor. No quiero que te vayas. No… no has probado las hamburguesas ni las *pizzas* ni…

—Amber —interrumpe Denis con una aparente calma.

—No, en serio. No es justo que tú me hayas enseñado Vawav y yo…

Denis acerca su rostro hasta el cristal, como si quisiera susurrarle algo a la chica en un íntimo momento en el que solo estuvieran ellos dos.

—Tú me has enseñado algo que yo no he podido enseñar, Amber. Me has enseñado a amar. Me has enseñado a querer.

—Denis, para… No quiero que…

—No, por favor —suplica él—. Necesito que entiendas esto, ¿vale? Conocerte me ha cambiado la vida. Me has dado la luz de la que

carece mi mundo. Me has demostrado que es posible ser feliz con tan solo verte sonreír. Enamorarme de ti es lo más bonito que me ha pasado en mi vida, Amber. Y toda esta locura ha merecido la pena solo por conocerte. —Denis se toma unos segundos para recomponerse y volver a mirar a la chica a los ojos—. No sé dónde voy a ir. No sé qué va a pasar. Pero necesito que aceptes una cosa. Necesito que creas en una cosa.

Amber asiente, incapaz de articular palabra alguna.

—Voy a estar contigo. Siempre —subraya el chico—. Da igual que nos separe un cristal como este o un mundo paralelo. Siempre voy a estar contigo. Aunque no me veas. Te prometo que, cuando cierres los ojos y pienses en mí, apareceré.

—¿Me lo prometes?

—Esto es real, ¿recuerdas? —confiesa el chico, dejando ahora que las lágrimas recorran sus mejillas—. Tú y yo somos reales. Y da igual a dónde me vaya o en qué me convierta: sentirás que estoy contigo. Cuando te comas esas hamburguesas, lo haré a tu lado. Cuando mires las estrellas, te acompañaré. Cuando viajes a la Polinesia para cumplir la promesa de tu padre, estaré contigo. Porque no hay mayor certeza de que algo es real que cuando lo sientes. *Siempre* estaré ahí —dice el chico, señalando el corazón de la muchacha.

Amber asiente compungida, pero reconfortada por las palabras de Denis. Como si la promesa de la eternidad la tranquilizara y solo tuviera que aprender a sentirlo de una forma que va más allá del plano físico.

Sin embargo, antes de que Denis pueda añadir algo más, sus facciones se tensan de nuevo.

Ahí está otra vez. Ese pinchazo. Ese pitido. Esa llamada que no comprenden, pero que está ahí.

Denis, Kai y Bahari tuercen la cara en un visible gesto de dolor.

—Ya está —anuncia Kai entre dientes—. Ya está aquí.

—Yo también lo siento —confirma Bahari.

Cuando Amber ve que Denis siente lo mismo que sus gemelos, vuelve a negar con la cabeza, rechazando ese inevitable futuro.

—Estoy aquí, Amber —le recuerda él con dificultad por culpa del

suplicio—. Estaremos aquí.

Denis vuelve a apoyar su palma derecha en el cristal para sentir la cercanía de Amber mientras agarra la mano de Kai con la izquierda. Este responde el gesto con fuerza y se aferra a la derecha de Bahari, quien le corresponde, cerrando así el vínculo de los tres viajantes. Mientras que Denis no quita la vista de Amber, Kai no la quita de Gala y Bahari, de Yago. Al otro lado del cristal, permanecen expectantes, igual de unidos que ellos, esperando que pase lo que tenga que ocurrir.

Y entonces llega.

Los tres vuelven a sentir esa vibración que les pone los pelos de punta. Ese cosquilleo que les eriza el pelo de la nuca y viaja por toda su espalda hasta los omóplatos. De cada uno de ellos comienza a emerger un aura azulada, similar a las alas que expande cualquier ave. Toda la estancia se empieza a teñir de una fuerte luz azul. Jamás, en ninguno de los portales que han abierto, esta ha sido tan densa y brillante.

Los tres vuelven a contraerse en un gesto de dolor que los hace erguirse y las auras de sus espaldas parecen formar una sola que comienza a abrazarlos. De su propia piel emerge una luminiscencia blanca, pura e inmaculada que, a cada segundo que pasa, brilla con más intensidad.

Kai pega un grito de dolor que le hace abrir los ojos. Tanto de sus cuencas como de su propia boca sale un foco de luz.

Bahari no tarda en mostrar el mismo aspecto, cada vez más deslumbrante.

La luz blanca acaba cegando e inundando toda la habitación cuando Denis mira directamente a Amber, sin mostrar dolor. Solo una sutil sonrisa que, poco a poco, se esconde bajo la cegadora luz blanquecina que producen los tres viajantes.

Amber, Yago y Gala permanecen pegados al cristal, sintiendo esa energía tan potente. Tan pura. Tan extraña y abrumadora.

Hasta que todo se tiñe de blanco durante un segundo.

Cuando la celda vuelve a su aspecto normal, con esa luz artificial propia de Vawav, todo parece seguir en su sitio. Amber, Yago y Gala

continúan en la misma posición, con las palmas de las manos pegadas al cristal de la celda.

Sin embargo, al otro lado, donde hace un segundo había tres personas, ahora no hay nada. Está completamente vacía.

Los viajantes han desaparecido. Se han convertido en algo evanescente.

La profecía se ha cumplido. El primero de los sellos se ha roto. La señal del augurio se ha manifestado.

Un crujido proveniente del suelo anuncia lo que sigue. Es un sonido metálico y rocoso.

—Ya ha empezado —confirma Yago, aún con la conmoción en su cuerpo.

EL COLAPSO

AIRE

La carretera secundaria que atraviesa la meseta está mucho menos congestionada que la autopista. El árido paisaje que rodea el asfalto con dos carriles de doble sentido transmite una cálida quietud. Solo el sonido de los pocos coches que atraviesan el paraje rompe la desértica paz.

La gasolinera en la que decide detenerse Eugenio se encuentra en medio de este escenario. Nunca ha transitado por esta ruta, pero cree que es la opción más inteligente ante el precipitado exilio que la ciudad ha experimentado. Tras el decretado estado de alarma, que obliga a los habitantes de las grandes ciudades a permanecer encerrados en sus casas, fueron muchos los que han decidido salir de ahí para viajar a una segunda residencia o al hogar de algún conocido.

En circunstancias normales se preocuparía por el precio de la gasolina, pero ahora lo único que quiere es llegar a su destino. Se detiene al lado de uno de los surtidores e introduce la manguera en el depósito sin miramientos. El contador de litros y euros empieza a correr. Eugenio aprovecha para echar un vistazo al paisaje que lo rodea. Suelta un suspiro cansado mientras se deja hipnotizar por el aroma del combustible. Qué tranquilidad. Qué calma.

Pero la quietud se ve alterada por una brisa que empieza a soplar con suavidad. Es cálida, seca y agradable. Comienza a resultar molesta cuando la velocidad del viento levanta el polvo de los campos de tierra que lo rodean. Eugenio tiene que cubrirse el rostro para que no le entre arena en los ojos.

Un crujido suena bajo sus pies. El suelo da un pequeño bote con el

que el coche se mueve lo suficiente para que salte la molesta alarma antirrobo. Lo acompaña un segundo crujido más potente, seguido de un zarandeo que lo hace caer un par de pasos más allá del surtidor. La manguera se desprende y el combustible empieza a derramarse por todo el asfalto, que ahora luce unas pequeñas grietas que antes no estaban.

A Eugenio no le da tiempo a subirse al coche cuando una enorme zanja divide en dos mitades la carretera que ha transitado, llevándose al abismo coches, asfalto y toneladas de árida tierra.

La traidora está a unas pocas horas de llegar a Keyna, pero algo la obliga a detener el pelotón de agentes que la sigue.

Una manada de lagartos los sorprende y corta su trayectoria.

Zola conoce bien esas tierras por las oscuras leyendas que todo Ídedin relata. Los picos de Keyna albergan cientos de rumores sobre extrañas desapariciones e historias de espíritus malvados que han quedado atrapados en el plano terrenal y no han llegado a formar parte del Todo. Algunos creen incluso que Keyna es el lugar en el que todas esas almas que han obrado mal a lo largo de su vida mortal acaban desterradas para sufrir el eterno olvido. Para ellos, los lagartos de Keyna no son otra cosa que los carceleros que impiden que los malditos salgan del lugar y los vivos puedan entrar.

Una de las bestias reptilianas encara al grupo de intrusos, aproximándose sin intimidación alguna. Zola contempla con admiración al imponente lagarto, que alcanza los tres metros de largo y posee unas afiladas garras que lo mantienen aferrado a cualquier tipo de roca. Su cabeza es robusta y desafiante, con una gigantesca boca que esconde varias filas de dientes en punta. Su bífida y larga lengua sale de manera veloz para recoger las distintas partículas microscópicas del ambiente y analizarlas en su complejo cerebro.

Zola sabe que estas bestias guardan un mortal secreto que siempre ha querido contemplar, así que no dice nada cuando ve cómo el lagarto inhala de forma profunda una bocanada de aire y parece

hinchar su caja torácica. Lo único que hace la mujer es apartarse para exponer a los soldados que se encuentran tras ella. Cuando abre su gigantesca boca para mostrar los afilados dientes que tiene, lanza de su interior un viscoso y espeso líquido negro que se estampa contra los tres primeros agentes. El olor a quemazón se mezcla con los primeros gritos de dolor que provoca el ácido.

Más bestias aparecen y no tardan en encararse a la amenaza humana, que pretende responder al ataque animal con armas y exterminación.

Pero a los agentes no les da tiempo.

Zola, al igual que los lagartos, siente que algo no va bien. Los reptiles son los primeros en tomar la decisión de abandonar el lugar con un grito frustrado, como si lo que se cierne los fuera a privar de darse un buen festín de invasores.

Cuando la traidora cierra los ojos para conectar con los elementos y siente la cálida brisa del desierto sobre su rostro, no tarda en alarmarse por lo que va a suceder.

—¡A las montañas! —grita—. ¡Hay que refugiarse en las…!

Antes de que pueda terminar de dar la orden, una tormenta de arena invade el lugar de repente. El viento, que arrastra polvo, arena y rocas, los azota sin piedad alguna. Su fuerza es tal que muchos de los agentes que se encuentran en la parte más descubierta salen volando como si una ola de aire y tierra los llevara a merced de la corriente.

Zola avanza como puede hacia los miles de picos que se alzan en las tierras de Kenya. Los agentes más débiles empiezan a derrumbarse por la fuerza de la tormenta, que se cuela por todos los recovecos con violencia. Ella necesita ponerse a cubierto. Necesita encontrar alguna cueva, refugio o…

Un crujido bajo sus pies anuncia una nueva amenaza. Unas grietas comienzan a surgir en el suelo y, poco a poco, van abriendo la tierra que pisan, formando un hueco que parece no tener fin.

Zola vuelve a cerrar los ojos y, consciente de los motivos que ocasionan este extraño fenómeno, se concentra en las emociones que la invaden para acogerse a la clemencia de los cuatro elementos y salir indemne del Colapso.

Hoy no se ha podido poner su pañuelo favorito. Ha tenido que elegir el primero que se compró, ese anaranjado con unas abstractas formas de color blanco. Cada vez que se ve con él puesto siente un cúmulo de emociones. Por un lado se ríe de ella misma porque parece una boya marina. Al fin y al cabo, ese era el objetivo: llamar la atención. Decidió comprarse el pañuelo más extravagante y llamativo para que cuando la gente la mirara por la calle ella pensara que sería por lo horrible que es la prenda y no por el mero hecho de tener cáncer. Esta palabra es la que la hace estremecerse. La maldita enfermedad. Lleva ya unos cuantos meses de quimioterapia y, por mucho que se intente acostumbrar a las agresivas sesiones y sus consecuencias, Nika no consigue aceptar su nueva rutina.

Cuando cierra el portal detrás de sí, se da cuenta de otra cosa: lo poco abrigada que va. No esperaba encontrarse con un temporal tan desagradable. El cielo se ha encapotado y el viento sopla con tanta fuerza que los árboles que adornan la vía se zarandean con violencia. Nika tiene que ponerse la mano en la cabeza para que el pañuelo no salga volando. En vez de subir de nuevo a casa a por una chaqueta que abrigue más, decide restar importancia al asunto y comenzar a correr hasta la parada. Algo en su interior le pide que no lo haga. Que haga caso a su instinto, pierda el autobús y regrese por donde ha venido. Pero ella misma se reprende por pensar que esa intuición es, en el fondo, una estúpida excusa para posponer la quimioterapia.

Una potente ráfaga de viento la desestabiliza y la obliga a sujetarse a la farola que tiene más a mano. El pañuelo naranja sale volando, como si fuera un pájaro libre que anhela surcar el cielo. Nika grita a la prenda varios improperios hasta que, de repente, se queda muda al ver un extraño fenómeno en el cielo.

Las nubes han formado un perfecto círculo en el firmamento, un hueco similar al ojo de cualquier huracán. Nika no entiende mucho de meteorología, pero sabe que esa clase de fenómenos solo se forman en zonas cerca del océano. Y ella está en mitad de la nada en un clima puramente continental.

Decide regresar a casa a por otro pañuelo. Se pega una nueva carrera hasta el portal. Tarda un poco más en sacar las llaves y abrir la puerta. Sin embargo, cuando lo consigue, escucha el primer chasquido.

Crac.

Uno de los árboles que no dejaba de sacudirse se ha partido y con un sonoro golpe ha caído en mitad de la carretera.

Crac.

Otro se arranca de cuajo del suelo y sale en volandas varios metros más allá de donde se encuentra ella.

Crac. Crac. Crac.

El rugido del viento se junta con los chasquidos de las ramas y de los troncos que se van partiendo a medida que el vendaval sopla con más fuerza.

Nika consigue entrar en su casa antes de que comience a diluviar. Antes de que los coches empiecen a volar. Antes de ver cómo ese autobús que iba a llevarla al tratamiento que le está salvando la vida sea atravesado por uno de los árboles arrancados.

No hay nada que le haga sentir mayor libertad que la sensación de surcar el mar sobre su tabla de *windsurf* con el viento marino de su lado. Jorge pega un grito de júbilo mientras atraviesa con destreza las distintas olas que se van formando en la costa. De vez en cuando, echa un vistazo al resto de los surfistas que comparten su misma pasión. Algunos practican el *kitesurf* y unos pocos se han animado con el *wing foil*, pero él sabe que no hay nada como el windsurf. La soberbia del famoso periodista, que peca de una dañina competitividad, le hace creerse superior por su increíble manejo. Siempre presume de tener al viento de su parte. Defiende la existencia de una conexión sensorial con el elemento y afirma que su habilidad se debe a la comunicación que entabla con este.

Sin embargo, hoy se da cuenta de que esa conexión no es tan buena como él cree. O, al menos, de que ha fracasado en un intento

por comunicarse con el viento.

Porque, de repente, este deja de soplar.

La brisa marina se detiene y deja de impulsarlo de golpe, así que Jorge no tarda en caer al agua y, frustrado, intenta de nuevo ponerse en pie sobre la tabla. Pero, al levantar la vela, esta no hace absolutamente nada porque no hay una mísera corriente de aire.

¿Cómo es posible que el viento lo haya abandonado de repente?

Jorge, preocupado por lo que opinen de él, observa a su alrededor para ver qué le ocurre al resto. Lo tranquiliza ver que todos los surfistas se encuentran en su misma posición. Sin embargo, hay algo que le llama aún más la atención.

Los acantilados. Esos acantilados no parecían estar tan altos.

Y la playa. La playa no la recordaba tan cercana.

De repente, Jorge siente la arena en sus pies. El agua no tarda en retroceder, como lo hace en la orilla cuando va a venir una ola.

El surfista vuelve a mirar a su alrededor, tan confundido como incrédulo.

No puede ser real la estampa que contempla.

El sonido húmedo de los peces a su alrededor chocando contra el suelo ante la ausencia de mar le confirma una cosa: han desaparecido tanto el viento como el agua.

Carol se siente afortunada por vivir en una de las ciudades que se han librado del encierro decretado. Ella, al igual que todos los habitantes de esa comunidad, pueden pasear tranquilos por las calles de la modesta urbe. No tendrán un *skyline* repleto de rascacielos, pero los edificios más altos dan al centro una vigorosa presencia que se mezcla con la memoria histórica que representa la arquitectura más antigua.

Siempre ha estado muy orgullosa de su tierra. De la tranquilidad de su ciudad. Jamás se planteó mudarse a una de las metrópolis financieras, donde todo es ruido, estrés y ritmo frenético. Por eso adora pasear por la calle principal y ver el equilibrio perfecto entre comercios y viviendas. Puede permitirse vivir en esa zona y no tener

que donar un riñón para conseguirlo. Prefiere esos coquetos y modestos bares con sus pequeñas terrazas a pie de calle, las tiendas con negocios autónomos para comprar ropa y, por supuesto, el tranquilo mercado de productos frescos, que en la capital apuesta a que sería un caos.

Aquí nunca va a pasar nada malo.

Carol siempre se ha amparado en eso. Siempre ha pensado que estar alejada del bullicio es sinónimo de paz.

Por eso se sorprende tanto cuando siente el temblor.

Escucha un silbido parecido al de una brisa que cada vez va adquiriendo más fuerza.

El segundo terremoto es una sacudida más agresiva acompañada de una serie de ruidos que mezcla soplidos y golpes metálicos.

Un soplido. Un golpe.

Otro soplido. Otro golpe.

Carol camina hacia el centro de la calle principal, donde los coches parecen haberse parado.

Con la tercera embestida sísmica, se produce un fortísimo movimiento que activa todas las alarmas de los vehículos. Inmediatamente después, descubre que los silbidos y los impactos metálicos no son otra cosa que géiseres que emergen de las alcantarillas, lanzando con fuerza las tapas como si fueran discos voladores.

FUEGO

Cuando Leo Pacheco siente el primer temblor, no duda ni un segundo en preparar la mochila de transporte de sus gatos para meterlos dentro y salir de ahí cuanto antes. Patty conoce de sobra el protocolo que hay que seguir en situaciones de emergencia, así que se despreocupa de su novia para centrarse en preparar el equipaje más tecnológico: ordenador, cargador solar, móviles de prepago, un par de *walkies* y la radioemisora portátil.

—¿Está todo? —pregunta Leo cuando ve a Patty aparecer con el macuto de emergencia a sus espaldas.

Ella asiente con convicción, pero el terror que muestra su rostro es más que evidente. No puede culparla: ¿cómo va a hacerlo cuando él está igual? Siempre ha pensado en un montón de escenarios apocalípticos. Algunos de ellos han sido motivo de risas en noches con amigos. Su paranoia de meteorólogo le ha ayudado a que, en este preciso momento, esté listo para salir de su casa en menos de cinco minutos. Sin embargo, ni siquiera él está preparado para lo que va a suceder.

Cuando pisan el jardín, no tardan en ver la grieta que ha aparecido en mitad de su parcela y que atraviesa toda la urbanización. Remolino y Estrella, la pareja de gatos que lleva con ellos más de ocho años, maúllan desde la mochila transportín que carga el meteorólogo a sus espaldas.

—¿A dónde vamos a ir? —pregunta Patty.

—No lo sé —confiesa él mientras abre la puerta de atrás del *jeep* para dejar con cuidado a sus felinos en los asientos traseros—. Lo

primordial es salir de aquí cuanto antes.

En el preciso instante en que la pareja se sienta en el vehículo y Leo enciende el motor, un nuevo terremoto sacude la zona. Por uno de los espejos puede ver cómo la grieta comienza a crecer y hacerse más grande. No duda en pisar el acelerador y dejar atrás la casa de sus sueños, que, en cuestión de segundos, se derrumba por culpa de la proximidad de la brecha que ha causado el seísmo.

—¡Dios mío, Leo! —dice ella, horrorizada, llevándose las manos a la boca.

—Creo que hemos dejado de importarle a Dios, mi vida.

Leo no mira hacia atrás. Pisa a fondo el acelerador, cambia de marcha con soltura y esquiva con decisión cada coche, vecino y obstáculo con los que se topa.

—¡Salid de aquí! —grita por la ventanilla mientras golpea el claxon con efusividad para llamar la atención de la gente que contempla el desastre sísmico.

El sonido de un fuerte petardazo hace que Leo vuelva a mirar por el espejo retrovisor. Apenas un par de kilómetros más allá de donde estaba su casa, una explosión de tierra, rocas y fuego emerge del valle. Escombros caen a su alrededor como meteoritos.

—¿¡Un volcán!? —pregunta Patty, asustada—. ¿Desde cuándo hemos estado viviendo bajo un volcán?

—¡Desde nunca! ¡Eso no es ningún volcán!

Los trozos de roca más livianos llegan como si fuera una lluvia de tierra y arena. Los pedruscos más grandes caen al asfalto con tanta fuerza y rapidez que los reflejos de Leo se ven puestos a prueba a la hora de esquivarlos.

La grieta, que hace un momento apenas superaba los cuatro metros de ancho, ha crecido hasta alcanzar los veinte. Como si fuera un río descontrolado, avanza por la tierra seca en busca de un caudal que formar, atravesando toda la montaña a una velocidad cada vez más elevada. A su paso, toda la colina va quedando separada en dos porciones que, con cada temblor, se van alejando aún más.

—¡Más deprisa, Leo! —suplica la mujer al ver que la grieta va directamente hacia ellos—. ¡¡Más deprisa!!

El metro de Oslo es el medio de transporte más rápido para ir de un punto a otro de la ciudad. Aina lleva viviendo allí unos cuantos meses y se conoce a la perfección los trucos de la capital noruega.

A esa hora de la mañana, la gente se suele aglutinar con respeto en los andenes a la espera de subirse al vagón que los lleve hasta su destino. Sin embargo, hoy es día festivo en la ciudad y eso hace que todo esté más tranquilo.

Por eso, cuando suena la alarma de emergencia, tanto Aina como el resto de los transeúntes se quedan paralizados. Lo primero que piensa ella es que puede tratarse de un simulacro, así que revisa su teléfono móvil para ver si el Gobierno ha lanzado algún mensaje masivo avisando de la prueba.

Pero no.

La confusión se empieza a tornar en miedo cuando las paredes del subterráneo empiezan a crujir. El sonido de las rocas se empieza a juntar con el del eco agudo de las vías, que anuncian la inminente llegada del tren. Mientras que algunas personas no dudan en salir de ahí, Aina se queda quieta en su lugar, confundida. Piensa que lo más seguro es esperar a resguardarse en el interior del vagón porque así, en caso de derrumbe, la propia estructura metálica del armatoste servirá como caparazón. Así que Aina se gira hacia el túnel, expectante a que llegue su medio de salvación.

Una brisa cálida le empieza a sacudir el cabello.

Un olor a quemado inunda todo el andén.

El rugido de los raíles se junta con una potente luz proveniente de la galería por la que pasa el tren. Todo el cableado eléctrico empieza a soltar chispas y…

A Aina no le da tiempo a llegar hasta los conductos de salida cuando ve cómo un vagón envuelto en llamas avanza descontrolado hacia el andén. Como si fuera un tsunami de fuego, el metro de Oslo queda totalmente inundado por un río de lava que ha aparecido de la nada.

Cuando la policía de Nueva York recibe el aviso de evacuación, tanto Dean como Misha están disfrutando de su hora libre llevándose al estómago una de esas grasientas y jugosas hamburguesas que, de vez en cuando, tienen la suerte de encontrar en los puestos de Central Park.

Es el sonido de las múltiples sirenas lo que los hace pensar que algo no va como debería. Ambos se miran confundidos. Uno espera que sea el otro quien rompa la magia del descanso para ir a la radio del coche a escuchar qué código ha levantado tanto bullicio.

Dean todavía tiene una patata en la boca y Misha la comisura del labio manchada de kétchup cuando ven a varios perros domésticos enzarzarse en una pelea sin sentido. Los dueños de los seis canes implicados hacen lo que pueden para tirar de sus mascotas con fuerza. El grito de una señora revela el mordisco que ha recibido al intentar separar al suyo del resto.

Los dos policías acuden raudos a la trifulca cuando, de repente, un trueno retumba por todo el parque.

Los perros se detienen de inmediato, asustados. Algunos salen corriendo despavoridos. Otros permanecen quietos, gruñendo y con el lomo erizado. Dean y Misha se han quedado en el sitio, conscientes de que una corriente eléctrica les ha recorrido todo el cuerpo cuando el estruendo ha golpeado el parque. Ha sido tan basto que todavía sienten un leve pitido en el oído.

—Pero ¿qué…?

Cuando Dean observa cómo a Misha se le ha puesto todo el cabello de punta, lo único que puede hacer es señalarlo con incredulidad.

Un nuevo estallido los vuelve a aturdir. Esta vez es más agudo que el trueno. Dean no sabe lo que es porque está de espaldas, pero Misha sí que ha visto cómo ha salido un rayo del suelo y ha subido a toda velocidad hacia el cielo. Cuando su compañero se gira hacia la fuente del sonido, lo único que ve es un agujero en el asfalto.

Pero el segundo estallido sí que lo ve. Y también cómo otro rayo a unos pocos metros de él emerge de la tierra y asciende al cielo.

Y otro más adelante. Y a la izquierda. Y a la derecha.

Cientos de rayos empiezan a salir del interior de Central Park y de las avenidas más famosas de Nueva York.

Misha es el único de los dos que decide mirar al firmamento para ver qué está ocurriendo allá arriba.

El cielo nublado de la mañana parece estar rasgándose. En el interior de la brecha, solo hay una negrura propia de la noche, como si esos rayos estuvieran haciendo desaparecer el día.

Pero lo que más le llama la atención a Misha es el reflejo de una ciudad que no es la suya.

AGUA

Karim está cansado de hacer el mismo recorrido con los camellos día tras día. Está cansado de que su padre lo obligue a atravesar las malditas dunas saharianas como castigo por haberse encarado con él hace unas semanas. Le resulta muy duro enfrentarse al calor del desierto y a la espesura de la arena con el trío de camellos que ayuda a su familia a ganar algo de dinero a través del turismo occidental. Pero menos aguanta las tonterías de su padre, que, al igual que sus amigos, tiene una visión conservadora que le impide dejarlo marchar de ese infierno.

Se obliga a sí mismo a no pensar en el asunto, concentrado en avanzar por el arduo e inestable camino. Cuando Uno, el camello que lidera la marcha a su lado, lanza uno de sus profundos balidos, Karim se detiene en lo alto de la duna para descansar durante unos minutos.

Aprovecha para tomar del zurrón el agua fresca que lleva siempre consigo y saciar así la sed que siempre provoca el Sahara. Después se sienta en la cima arenosa y decide contemplar el inmenso mar de arena que se expande por el resto de la región. Es lo único que le gusta de su tierra: la imponente inmensidad del desierto. Contemplar ese espectáculo natural lo hace sentirse tremendamente pequeño e insignificante. Es un momento en el que se permite burlarse de los problemas propios y ajenos, mofándose del egocentrismo del ser humano al creerse dueño de un lugar que, en cualquier momento, puede arrebatarles todo.

Algo en el horizonte capta la atención de Karim. Unos nubarrones propios de una tormenta de arena comienzan a enturbiar la definida

línea que separa el cielo de la tierra. Los camellos, como si también fueran conscientes del fenómeno, comienzan a alterarse de una manera que inquieta al joven. ¿Cómo se van a poner así por una tormenta de arena? Son animales que están más que acostumbrados a ellas.

Se pone en pie para calmarlos, acariciándolos con tiento y cariño, mientras les canta la nana que su madre le recitaba cuando era pequeño. No sabe por qué, pero esa melodía calma a los animales. Y a él también.

Cuando vuelve a alzar la vista hacia la lejana tormenta, Karim se tiene que frotar los ojos para ver si lo que contempla no es un espejismo. Lo que él creía que eran nubes de tormenta resulta ser el espumoso barro que emite el mar cuando una ola rompe cerca de la orilla. Al fondo, cubriendo con bravura las dunas del Sahara, un manto de agua avanza sin control inundando todo lo que encuentra a su paso.

Karim mira hacia otro lado y sacude la cabeza, convencido de que esa imagen no es otra cosa que una alucinación. Pero, cuando empieza a notar sobre su piel seca la húmeda brisa empapada de diminutas gotas saladas, el chico se plantea que quizá lo que está viendo es una realidad. Al fin y al cabo, hace millones de años el Sahara no era otra cosa que el fondo de un océano llamado Tēthýs.

Lo último que piensa Karim antes de ser engullido por la inmensa ola es que quizá, solo quizá, el agua está recuperando la tierra que siempre le ha pertenecido.

Sarah no se puede creer lo que está viendo. La joven astronauta observa con incredulidad y horror lo que ocurre a esos cuatrocientos kilómetros que la separan de su hogar. A pesar de la ingravidez, siente necesario aferrarse a uno de los agarres de la escotilla para no desfallecer. En cada una de las dieciséis vueltas diarias que da la Estación Espacial Internacional alrededor de la Tierra, a Sarah le gusta contemplar la belleza del mundo en el que viven. Y todos los días

descubre algo bello y hermoso digno de atesorar en sus recuerdos.

Hasta hoy.

Hoy la vista es apocalíptica.

Todo el continente europeo parece estar agrietándose. El inmenso desierto africano está siendo invadido por el agua del Mediterráneo y del Atlántico a partes iguales.

Pero lo que más inquieta a la joven es que la Tierra parece estar hinchándose. Como si esas grietas fueran estrías en la corteza terrestre que, en el fondo, se están abriendo por culpa del repentino crecimiento del manto y núcleo que protege.

El pitillo de madrugada siempre ha sido sagrado para Kentaro. Durante sus primeras noches, vigilaba con más ahínco los alrededores por si algún superior lo descubría, pero después de los dos meses que lleva ahí aislado, en mitad del océano Índico, ha aparcado cualquier vergüenza y se ha dejado impregnar por el descaro de sus compañeros estadounidenses. Tampoco puede culpar a las reglas de su trabajo. Es lógico que esté prohibido fumar en una plataforma petrolífera. Un cigarro mal apagado y una desafortunada corriente de viento pueden convertir ese oscuro lugar en el mismísimo infierno.

Una parte de él se ha engañado con que el trabajo es la mejor oportunidad no solo para ganar un auténtico pastizal en un trimestre, sino también para dejar de fumar. Saul, su peculiar compañero de litera, siempre lo anima a masturbarse más para acabar con la ansiedad y los nervios, pero la tranquilidad que le aporta la nicotina no la consigue su testosterona. Además, siente más intimidad en el extremo sur de la plataforma a esas horas de la madrugada que en los baños compartidos.

Kentaro da una última y profunda calada antes de apagar el cigarrillo contra la suela de su zapato. Se deja embriagar unos segundos por el nítido cielo estrellado que hay en esa parte del mundo. La ausencia de contaminación lumínica hace que el cielo se convierta en un mar plagado de diminutos puntos, unos más brillantes

que otros, con una actividad que en tierra firme es imposible contemplar.

Por eso, después de tantas noches observando el firmamento y recordando el mapa estelar en su cabeza, le llama la atención un punto verde que empieza a brillar casi con la misma fuerza que Júpiter. Podría reconocer el azul de Urano, el rojo de Venus y el anaranjado de Marte, pero no recuerda que ningún planeta emita un color verdoso.

El extraño cuerpo celeste aumenta de tamaño y su brillo empieza a teñir el cielo del mismo tono. Unos espectros ondulantes, parecidos a las auroras boreales del norte, adquieren mayor presencia. Kentaro se pregunta qué clase de fenómeno está contemplando. Lo inquieta y magnetiza a partes iguales, como si el terror y la fascinación se juntaran en una danza que acaba de comenzar. Las ondas parecen deformar el cielo y la estrella, cada vez más cercana, refleja su luz en la propia plataforma, tiñendo las barandillas metálicas de color verde.

Entonces un fuerte destello provoca una expansión por todo el firmamento y esos espectros verdosos se contraen hasta el desconocido cuerpo estelar, como si este estuviera absorbiendo toda su energía.

Ahora el punto forma un círculo con una textura parecida a la de la luna y no deja de crecer más a cada segundo que pasa. Kentaro tarda en asumir que eso, en el fondo, es un efecto óptico. No es que la luna verdosa esté creciendo… Es que se está acercando.

El artefacto empieza a verse rodeado de un halo de fuego porque ha atravesado la atmósfera. Un atronador y lejano sonido retumba por todo el océano. Son muy pocos los segundos que tarda la inmensa luna verde en descender hasta el océano, dejando una estela de humo a su paso, e impactar en él.

Sin embargo, no estalla. Su color verdoso no se apaga. El perfecto círculo se introduce en el agua y provoca una inmensa ola que, gracias a la luz que sigue emitiendo, Kentaro puede ver cómo se acerca hasta la plataforma. El tsunami verde, que parece superar los cincuenta metros de altura, en poco menos de un minuto se llevará consigo la plataforma petrolífera.

Quién sabe si también arrasará Japón y la costa oeste de Estados

Unidos.

TIERRA

Dolma no deja de golpear el enorme platillo metálico.

Lo hace de forma acompasada, rítmica, igual que su padre lo ha hecho cada vez que tenía que dar la alarma en el poblado. Está prohibido que las mujeres toquen el gong sagrado del templo, pero es su deber avisar a todo el mundo. Su padre yace sepultado junto a su madre bajo los escombros del que siempre ha sido su hogar. La montaña se ha enfadado tanto con ellos que ahora, en vez de protegerlos, quiere destruirlos. No deja de temblar. No deja de zarandearse.

Pero ella sigue golpeando el instrumento con fuerza, como si el dolor por la pérdida lo estuviera catalizando en cada nota musical que sale del platillo.

Dolma no lo sabe, pero el sonido que está produciendo viaja a través de los valles tibetanos y avisa a otros templos, que, en un efecto dominó, se suman al acorde rítmico y acompasado. De esta manera, todos los pueblos y villas que recorren gran parte del Himalaya se comunican con un ancestral sonido que no requiere más que paciencia y la ayuda de la madre naturaleza.

El problema es que esa madre que tanto aman se ha debido de cansar de ellos, porque ahora obliga a la montaña más alta del mundo a rugir y a vibrar. Dolma está convencida de que su enfado es consecuencia de la avaricia humana. Los seres humanos han mancillado sus laderas pisando una tierra sagrada sin preparación alguna, saturando toda la montaña de turistas e incultos que lo único que quieren es hacerse una foto en el punto más alto de la Tierra.

Pues bien, ahí está su furia. Ahí está su castigo.

Dolma sigue golpeando el gong. Ya no sabe si lo hace para avisar a los de su propia especie o para animar a la madre naturaleza. ¡Que imponga con firmeza el castigo que crea conveniente!

Así que, cuando contempla cómo su furia comienza a agrietar la montaña, Dolma sonríe. Se emociona al ver su poder destructivo. No puede evitar llorar de felicidad al contemplar cómo la cima empieza a separarse, como si algo estuviera atrapado en su interior y quisiera salir de sus entrañas.

Dolma siempre ha tenido fe en las leyendas del Himalaya. Siempre ha creído en las profecías que auguran que bestias titánicas vendrán a poner al ególatra y narcisista ser humano en su lugar, así que no puede evitar pensar en la clase de criatura que va a ver. ¿Tendrá garras o tentáculos? ¿Cuernos o cabeza de Dios?

Cuando la montaña se resquebraja como el cascarón de un huevo, sus laderas empiezan a caer como si fueran ríos de hielo y roca. Poco a poco, el pico se separa y algo empieza a surgir de él. Como si…

Como si la montaña estuviera mudando su piel.

De todas las criaturas que Dolma ha imaginado, jamás habría pensado que lo que surge del interior es, precisamente, otra montaña.

Solo que, si la de antes era blanca y grisácea, esta es negra.

Tan negra como la más oscura de las noches.

—¡Despega! —ordena con un grito el presidente para que se le oiga por encima del molesto sonido de las hélices—. ¡Despega ya!

El piloto obedece de inmediato y eleva el helicóptero de la azotea del palacio presidencial. Cuando el aparato ha alcanzado unos pocos metros, aparece la figura de una mujer con una americana roja corriendo por el helipuerto, haciendo gestos desesperados con los brazos para que regresen y se la lleven con ellos.

El presidente desvía su atención de la abandonada ministra y se concentra en observar lo que le está ocurriendo a la metrópoli de la capital de su país. Un nuevo temblor, mucho más fuerte que la réplica

anterior, empieza a hacer vibrar todos los edificios. Los cristales estallan como si fueran granos de maíz expuestos al calor; las estructuras más deterioradas por el terremoto de hace unos escasos minutos caen como piezas de dominó, mientras que los más resistentes comienzan a mostrar grietas y visibles signos de inestabilidad.

El piloto exhibe su maestría esquivando los escombros mientras el helicóptero intenta conseguir una altura adecuada para poner a salvo a todos los pasajeros. La cercanía de muchos edificios hace que el presidente se fije en la cantidad de personas que intentan bajar desesperadas las escaleras por el interior mientras otros optan por saltar ante la inminente muerte. Los que están en el exterior corren desamparados por las grandes avenidas buscando con desesperación las partes menos expuestas en las que poder refugiarse.

Una nueva grieta comienza a avanzar con premura hacia la ciudad. Esta vez la tierra se resquebraja a una velocidad de infarto, como si al propio suelo le salieran llagas que se abren en canal. Una de esas brechas hace que el palacio presidencial que acaba de abandonar se hunda por completo. La misma grieta sigue avanzando con rapidez, rasgando el suelo y dividiendo la ciudad en dos mitades, dejando un hueco que a cada instante se va haciendo mayor.

Mientras ve cómo toda una ciudad es arrasada por el cataclismo, el presidente no puede dejar de pensar en la conversación que tuvo con el líder de los invasores.

Sif Noah Peaker, de Vawav.

La extraña criatura le habló de su mundo y de otro muy distinto, Ídedin. Compartió con él la visión de un *nuevo mundo*, la llegada de un inminente futuro. Él, por supuesto, se mostró reticente ante la locura que estaba escuchando, pero, cuando contempló con sus propios ojos el poder de la tecnología de ese mundo futurista, en su fuero interno contempló la posibilidad de que todo fuera cierto.

Quizás el mundo que conoce ha llegado a su final. Quizá sea el inicio de una nueva era.

El presidente observa fascinado esas grietas, cada vez más grandes, que van formando un abismo en el vacío que va dejando. Pareciera como si la Tierra estuviese creciendo, haciendo hueco para algo que

va a llegar.

Una nueva tormenta de rayos surge del interior de las brechas. El fenómeno natural se convierte en un espectáculo de estallidos y destellos blancos que invaden por completo el vacío que ha dejado la grieta. Los rayos parecen quebrar el lugar sin clemencia, como si prepararan el hueco para llenarlo con algo.

¡Zas!

¡Zas!

¡Zas!

Y entonces, en un parpadeo, aparece.

En ese espacio que ha dividido su ciudad en dos mitades ya no hay vacío alguno. Un nuevo complejo de edificios, con un aspecto mucho más futurista, ocupa su lugar.

El piloto tiene que hacer una compleja maniobra para poder esquivar uno de esos inmensos rascacielos con neones que han surgido de la nada.

Toda la ciudadela permanece alrededor del Ubongo en una perfecta sincronía con los Cuatro Sapientes, que invocan y conjugan el poder de los cuatro elementos para que, a pesar del Colapso, el Equilibrio siga fluyendo.

Ninguno de los dos mellizos se ha imaginado en una situación igual.

Él, Maestro del Viento. Ella, Dueña del Agua.

Sin embargo, lo que más les impacta no es ser los nuevos Sapientes de Ídedin, sino que están guiando a su pueblo para que el Colapso sea lo más *equilibrado* posible.

Situados en pie en el centro de la Sala de los Cuatro Tronos formando un círculo entre ellos, los Sapientes lideran el coro de voces que se alza con ferviente devoción y esperanza por todo el Ubongo y su plaza, con cientos de personas concentradas en una única cosa: el Equilibrio.

Me acojo al calor del fuego,
que su llama me proteja y queme mis males.

Las llamas que rodean a Docta Sena se alzan con orgullo y comienza a emanar de ella un sutil brillo blanquecino.

Que la brisa del viento me purifique,
eleve mi alma y exhale mis miedos.

Un pequeño remolino envuelve con bravura a Docto Nabil, que permanece en pie, con los ojos cerrados, concentrando todas sus energías en pacificar su elemento.

Que la fuerza de la tierra me acompañe
y sostenga los cimientos de mi fortaleza,
enterrando para siempre a los indignos de ella.

Bajo los pies de Docto Essam, el suelo se empieza a agrietar y unos pequeños trozos de roca comienzan a ascender y a levitar a su alrededor.

Seré bautizado por el agua limpia y clara,
que sana mi flaqueza, convirtiéndola en entereza.

La piedra que pisa Docta Winda empieza a empaparse con gotas que, igual que las piedras que rodean a Essam, ascienden poco a poco alrededor de la Sapiente, humedeciendo con el rocío su piel y túnica.

Todo parece girar. Todo parece complementarse. Todo parece unirse.

Fuego con agua. Tierra con aire. Agua con tierra. Aire con fuego.

Un temblor. Un rugido. Un aguacero. Un vendaval.

Un destello blanco, puro e inmaculado.

Un rayo de luz que ha surgido del centro del círculo que han formado los Sapientes y que, con un chasquido, han detenido e

invocado el silencio.

Ellos no lo ven, pero lo sienten. Sienten la fuerza de los cuatro elementos como nunca antes la han experimentado.

Un murmullo de voces proveniente de la plaza del Ubongo arrastra un mensaje cargado de sorpresa y fascinación.

—Árboles —afirma ese susurro—. Ídedin tiene árboles verdes y frondosos.

¿Cómo van a explicarle a su pueblo que Ídedin ha dejado de existir?

TERCERA PARTE

SEIS MESES DESPUÉS

Un nuevo hogar

Aún no se ha adaptado a los pantalones *harem*. Supuestamente, al ser sueltos, holgados y la tela de la entrepierna baja y ancha, debería tener la misma movilidad que con su añorada falda de rafia, pero Winda no se encuentra tan cómoda como con su anterior vestimenta. Le encantaría poder volver a llevar su ligero y fresco atuendo. La temperatura del nuevo mundo dista mucho del calor de Ídedin, así que han tenido que cambiar sus prendas de vestir por otras un poco más abrigadas.

—¡Yanna! —grita mientras corre al lado de su compañera y tensa el arco—. ¡Ahora!

Winda gira sobre sí misma en una acrobacia invocada por el viento y suelta con maestría la flecha, que impacta de lleno en una de las ruedas del *jeep* que las persigue. El vehículo se ve obligado a hacer una complicada maniobra para no desestabilizarse, pero su conductor no lo consigue. La máquina vuelca por un lado y comienza a dar varias vueltas de campana hasta que se detiene boca abajo en uno de los lados de la carretera.

—Otro más —informa la muchacha a través del auricular que lleva consigo.

—*Por aquí queda el último.* —La voz de Dada se cuela por el fono.

El característico sonido de varias motos de *cross* alerta a la joven Sapiente. En un abrir y cerrar de ojos surgen cuatro motoristas, que esquivan el vehículo accidentado con saltos y otras acrobacias. Uno de ellos dispara hacia la posición de la chica. La luz azulada del proyectil revela que la tecnología del arma es vawaviana.

—¡Jinetes armados! —anuncia Winda mientras se sube a los lomos de Yanna—. Repito: hay cuatro jinetes armados.

—*¡Ven al punto de encuentro!* —ordena Nabil.

Yanna comienza a correr con destreza a través de los caminos más pequeños del bosque, obligando a los motoristas a perseguirlas en un complejo laberinto de árboles y matorrales. El constante golpeteo de las hojas, así como la ausencia de luz, tensan a Winda. A pesar de llevar seis meses teniendo una nueva vida, no se consigue acostumbrar a la vegetación y a los drásticos cambios que hay entre el día y la noche. Tanto ella como su hermano han decidido practicar la lucha con una venda en los ojos para que, ante la ausencia de sol, puedan pelear con el resto de sus sentidos. Pero el nuevo mundo es distinto, muy distinto a todo lo que era Ídedin.

—*Ya escucho los motores* —comunica su hermano.

En cuestión de segundos, el bosque que atraviesa la chica a lomos de Yanna se abre en un inmenso claro en el que se encuentra Nabil. El felino no duda en impulsarse de un salto, mientras que Winda se deja caer del animal para aterrizar en el suelo herbáceo. La Dueña del Agua introduce sus manos en la tierra, que, al tocarla, se convierte en un pastoso y humedecido barro que expande hacia el bosque del que ha salido.

Las cuatro motos emergen de la vegetación, alumbrando el camino con sus luces y apuntando a los dos Sapientes con las armas. Nabil alza las manos y provoca una ventisca que desestabiliza por completo la acrobacia de los agentes, haciéndolos caer a las improvisadas arenas movedizas que ha generado Winda.

Cuatro disparos secos dejan a los atacantes sin vida en el acto.

La chica mira a su hermano, alzando la ceja en un claro gesto de rechazo.

—¿Qué? —pregunta él mientras se guarda la pistola—. Con la lanza no puedo…

—No te he pedido explicaciones, hermanito —contesta ella, burlona—. Pero está claro que sigo siendo la única que no ha sucumbido a los encantos de la tecnología.

Winda vuelve a sacar su arco con orgullo y pellizca la tensa cuerda

con sus dedos, produciendo ese sonido tan característico y molesto para el Maestro del Viento.

—Acabarás haciéndolo —responde él con una forzada mueca—. Al fin y al cabo, para eso estamos haciendo esto. Démonos prisa antes de que nos localicen.

Mientras Nabil informa por el transmisor al resto del equipo de que la misión se ha completado, Winda invoca el agua para que abandone la empantanada tierra y el suelo vuelva a ser duro y consistente.

—*Vamos para vuestra posición* —confirma Dada, quien también parece haber conseguido deshacerse del *jeep*.

Winda se acerca a la víctima que tiene la pistola menos hundida en la tierra. La chica se la arrebata con fuerza y, acto seguido, invoca la tierra para que se trague y sepulte el cuerpo.

—Que el Equilibrio te guarde —susurra ella en una reverencia de respeto.

Su hermano le lanza una mirada desaprobadora mientras abraza la pluma de Stratus que cuelga de su cuello. Acto seguido, le arranca las pistolas a los cadáveres restantes, sin preocuparse por enterrarlos. Su hermana le devuelve la misma mirada de reproche.

—Los van a localizar igualmente —se excusa él, pasando de largo.

—Sabes que no lo hago para ocultarlos —espeta ella mientras él sigue andando sin darse la vuelta.

Winda se acerca a cada uno de los soldados y realiza el mismo ritual que con el primero. A diferencia de su hermano, ella sigue creyendo en la presencia del Equilibrio y, sobre todo, en la fe de Ídedin en ese nuevo mundo. La chica se niega a cambiar sus creencias y costumbres y, mucho menos, a faltarles el respeto a unas almas que ahora forman parte del Todo. Nabil, sin embargo, parece haber dejado de creer en ello. O al menos no practica las tradiciones idedianas como lo hacía antes. La chica no sabe si es por la pérdida de Stratus o por el efecto que provoca en él el nuevo mundo, pero desde el Colapso el corazón de Nabil se ha endurecido.

Un *jeep* más rudimentario que los de Vawav surge de entre los setos del bosque. Dada y un par de centinelas más que flanqueaban el

otro lado del bosque viajan en su interior. El compañero de Nabil es el primero que ha conseguido aprender a conducir los vehículos de Terra. Además de disfrutar del manejo de la máquina, Dada demuestra en cada expedición ser habilidoso con ello.

—¿Cuántas habéis conseguido? —pregunta el chico colocándose su característica trenza.

—Tres —confiesa Nabil mientras tira al suelo una de las que ha recogido—. Esta está inservible.

Winda lanza un suspiro de paciencia. Le parece una estupidez esta clase de operaciones. Deberían estar preparando a la población para que todos puedan hacerle frente al enemigo. ¡Deberían estar practicando el uso de los elementos en el nuevo mundo!

Cuando la chica se acerca al vehículo, le da con desgana el arma que tiene a Nabil.

—Sigo sin verle la utilidad a esto —confiesa.

—Deduzco que vas a regresar a pie con Yanna —comenta él, evitando acabar en la eterna disputa que tienen desde hace semanas.

—¿Cuántas noches llevamos haciendo esto, Nabil? —pregunta Winda mientras él se introduce en el coche de un portazo—. ¿Cuántas noches más hacen falta para que te des cuenta de…?

—Necesitamos su tecnología, Docta —interrumpe Nabil en un tono rotundo que no da lugar al debate—. Respeto tu empeño en conservar nuestras costumbres idedianas, pero el enemigo tiene más poder que nosotros y…

—¡No! —grita ella, ofendida—. ¡No lo tienen! ¡Mira cómo los hemos inmovilizado solo invocando los elementos!

Nabil se acerca a ella, sacando la cabeza a través de la ventanilla.

—Por favor, Winda —dice en un susurro, casi entre dientes—. Aquí no. Recuerda que los dos somos Sapientes.

—Ah, para eso sí que quieres seguir las costumbres y protocolos, ¿no? —contesta ella, cruzándose de brazos.

—Arranca —ordena a Dada, quien no duda en obedecerlo—. Te veo en casa.

El *jeep* con Nabil, Dada y el resto del equipo se esfuma en una nube de polvo producido por el rechinar de las ruedas. El sol ya se ha

ocultado por la montaña negra del oeste y el cielo se ha teñido de ese color rosado que tanto hipnotiza a la muchacha. El manto de la noche está a punto de cubrir el firmamento y lo mejor es estar en casa cuando las estrellas iluminen el cielo.

Casa…

De verdad que lo intenta. Intenta adaptarse al nuevo mundo. A la nueva forma de vida. Pero la soledad que siente en su interior crece cada día más. No porque no encaje en ese futuro que se ha convertido en presente, sino porque siente que es la única que hace todo lo posible para que el pasado no sea olvidado. Aunque sea a través de su arco. Aunque sea a través de sus paseos con Yanna.

—Casa —suspira en alto mientras acaricia el cuello de la leopardo albina—. ¿Dónde está nuestra casa, compañera?

Yanna le contesta frotando su cabeza contra su esternón en un reconfortante y cariñoso gesto. Winda sonríe y le devuelve el abrazo. Al menos se tienen la una a la otra y, después de todo lo ocurrido en los últimos meses, quiere aferrarse a la bonita idea de que el hogar no es un lugar físico, no es algo tangible. Para Winda, el hogar está allá donde se encuentra el corazón.

—Mientras estemos juntas, cualquier sitio puede ser nuestro hogar.

Un lugar llamado Arkadía

El aura azulada se junta con un espectro verde. Ambas luces empiezan a girar en una hipnótica danza circular en cuyo interior surge, de manera progresiva, una humareda negra.

La cueva es alta y grisácea. Las rocas que la forman, férreas. Tres figuras se elevan en el centro y comienzan a ascender hasta el fantasmal ente que, desde lejos, parece formar un ojo.

Todo tiembla. Todo se sacude. Todo son gritos, dolor.

Amber…

La chica siempre despierta de la pesadilla en el mismo momento: justo cuando alguien susurra su nombre.

Se vuelve a tumbar en el camastro, aún agitada. Nota la humedad de la almohada, empapada en su propio sudor. Suspira porque, una vez más, ha pasado una noche de mierda.

La luz del alba tiñe el firmamento con ese sutil anaranjado que anuncia el comienzo de un nuevo día. Una fresca y agradable brisa entra por la ventana. Amber intenta recuperarse de la tensión tras el desconcertante sueño, obligándose a centrar sus sentidos en todo lo que la rodea. Escucha el piar de los pájaros más madrugadores, que dan la bienvenida al amanecer con un alegre canto. Respira el aroma de la piedra húmeda que envuelve las paredes de ese cuarto y que se mezcla con los olores del bosque. Hace seis meses, ese lugar formaba parte de uno de los parques regionales más importantes. Ahora en su interior hay una enorme llanura de tierra idediana que se ha fundido con el entorno vegetal que la rodea y en el centro del claro se han asentado varias casas que pertenecían al antiguo mundo. Los Sapientes

han bautizado el lugar como Arkadía.

Amber se calza las deportivas, se viste con la ropa cómoda de correr y se ata el pelo en una coleta para evitar las molestias en su entrenamiento diario. Con sumo cuidado, sale de su cuarto e intenta que la madera del suelo cruja lo menos posible. No quiere despertar a su madre porque sabe que ayer se acostó tarde terminando uno de los encargos en la carpintería.

Cuando sale al exterior realiza un par de respiraciones profundas, dejándose impregnar de los aromas y sensaciones de su nueva vida. Jamás se había imaginado viviendo en un pueblo perdido en la montaña. Ella siempre se ha considerado una chica de ciudad, pero después del Colapso tanto ella como el resto de los guardianes no pudieron hacer otra cosa que huir de los grandes núcleos poblados.

Vawav se asentó en algunas de las principales ciudades de Terra con la colaboración de sus respectivos Gobiernos. Muchas de ellas acabaron destruidas con las catástrofes del Colapso. Otras fueron encarnadas por las metrópolis de Vawav. En el fondo, no saben si Noah Peaker se ha hecho con el control absoluto del nuevo mundo, si todos los Gobiernos de Terra han sucumbido a su poder tecnológico. Quiere pensar que, al igual que ahí existe una resistencia, otras comunidades y naciones se habrán opuesto a su yugo. ¿Cuántos países han desaparecido? ¿Cuántas culturas se han extinguido después del Colapso? ¿Qué clase de economía ha sobrevivido al cambio más drástico de toda la humanidad? Con la ausencia de comunicación con el resto del mundo, resulta imposible dar respuesta a estas preguntas. Porque internet ha dejado de existir, los satélites que orbitan alrededor del planeta han dejado de funcionar y, aparentemente, el único que tiene el control sobre la poca tecnología que ha aguantado al cataclismo es el propio dictador de Vawav. Así que solo llegan a Arkadía historias y rumores.

Nadie sabe decir aún el número de víctimas que se cobró la tragedia. Algunos expertos se atreven a afirmar que casi dos cuartas partes de la población de Terra ha perecido después del Colapso. Y ella…

Bueno. Da gracias de poder vivir en una zona tranquila, fuera del

foco de atención de Noah Peaker. A pesar de las pesadillas y de la herida sin cicatrizar que tiene su alma desde que vio cómo Denis se desvanecía delante de sus ojos, da gracias cada mañana por poder compartir su nueva vida con su madre. Los padres de Yago, por desgracia, no corrieron la misma suerte.

Justo cuando su amigo entra en sus pensamientos, Amber pasa por delante de la casita en la que vive él con Virgo. El diente de sable permanece tumbado fuera, disfrutando del frescor de la mañana. En cuando ve a la chica acercarse corriendo, se incorpora con un bostezo y comienza a acicalarse lamiéndose el pelaje. Amber sabe que el animal no tardará en alcanzar su posición y unirse al entrenamiento matutino.

Atraviesa las distintas casas de Arkadía en las que se encuentran algunos de los guardianes del Priorato, entre ellos Gala y Camila, que se encargan del liderazgo de esta pequeña comuna en la que todos tienen una labor para poder prosperar en el nuevo mundo.

Al menos esa es la teoría. La realidad es que se están escondiendo. Vawav ha aprovechado sus tratos con el Gobierno para utilizar las fuerzas del Estado y dar captura a todas las personas que tuvieran relación con el Priorato del Equilibrio. Sin embargo, la geografía del mundo ha cambiado tanto que donde antes existía una distancia de cien kilómetros ahora supera los seiscientos en el mejor de los casos.

El Colapso ha fusionado tres mundos en uno. Sin embargo, Terra ha sido la más perjudicada y afectada, porque su estructura se ha convertido en la base que sostiene a Ídedin y Vawav. Todas las placas tectónicas han cambiado, desplazándose para dar forma a los nuevos fragmentos que conforman este único, extraño y dispar mundo. Un nuevo mundo en el que a los terrícolas no les ha quedado más remedio que adaptarse porque son ellos quienes lo han perdido prácticamente todo.

Un par de kilómetros más allá de Arkadía, comienza el denso bosque. Virgo ya la acompaña en su marcha. Algunas veces el felino se ausenta para dar caza a algún pájaro despistado que se convierte en su desayuno, pero no tarda en regresar al lado de la chica. Siempre termina en el pequeño arroyo, en el que hace una parada para

descansar, meditar y regresar a la rutina. A veces, Amber no duda en desnudarse y darse un baño para terminar de despejarse y de conectar con su nueva realidad.

Porque… la verdad es que sus noches son una tortura.

Las horas de descanso se convierten en una constante batalla mental contra sus emociones e impulsos, que no puede controlar. Los surrealistas y constantes sueños que tiene con los viajantes son un claro síntoma de que la chica aún no ha asimilado que Denis, Kai y Bahari hayan desaparecido. Gala le ha comentado más de una vez que las pesadillas no dejan de ser imágenes inconexas de su subconsciente en una búsqueda desesperada por encontrar respuestas, pero ella sabe que hay algo más. Se apostaría un riñón a que los tres viajantes siguen presentes de alguna forma que ninguno de ellos es capaz de entender.

Es real. Estaré siempre contigo.

Cada vez que cierra los ojos, escucha las palabras de Denis en su cabeza, como si quisiera invocar de alguna forma su presencia para sentirlo más allá del recuerdo. En el fondo, le ocurrió lo mismo cuando falleció su padre: la única forma de verlo era a través del imaginario de sus sueños. Por eso, cuando despierta y vuelve a verse sola en una realidad extraña y confusa para ella, levantarse se convierte en un doloroso esfuerzo con el que debe lidiar todo el día.

Cuando regresa al pueblo después del entrenamiento, la actividad habitual ya ha comenzado. Tanto terrícolas como idedianos conviven en una pequeña sociedad en la que, con el aporte y habilidad de cada uno, pueden cubrir las necesidades básicas. Algunos se encargan de producir el alimento a través de huertos de frutas, legumbres y verduras; también del cuidado del ganado para la leche, corrales con gallinas camperas que dan huevos frescos cada día o patrullas de caza para las piezas animales más selectas. El dinero ha dejado de existir y todo se reparte de una manera que, a ojos de cualquiera, puede resultar utópica, pero que en una comunidad tan pequeña e independiente como la de Arkadía resulta funcional. Es curioso cómo en esta nueva forma de vida los idedianos sienten que han avanzado mientras que los de Terra han retrocedido.

—¡Buenos días! —saluda Yago al salir por la puerta de su casa—.

Hoy el agua estaba buena, ¿eh? —comenta al ver que tanto el cabello de Amber como el pelaje de Virgo están mojados.

—Deberías apuntarte un día, ¿verdad que sí, Virgo?

El animal lanza un rugido cariñoso mientras se tumba con visible cansancio en su habitual rincón al lado de la puerta.

—No te acomodes mucho, que hoy nos toca dar clase temprano —le dice el muchacho al felino.

Yago se ha convertido en uno de los profesores de la comuna. Junto a un par de guardianes, enseñan a los idedianos las costumbres de Terra, su historia y materias tan básicas como las matemáticas. Al chico le fascina tener alumnos de todas las edades: desde los más pequeños (una equilibrada mezcla de idedianos y terrícolas) hasta adultos que están deseando aprender cosas nuevas para aplicarlas a sus costumbres. Del mismo modo, algunos centinelas idedianos imparten clases de defensa a todo el que quiera y ayudan a los suyos a perfeccionar la técnica del control de los cuatro elementos para que, en caso de invasión, todo el mundo no esté desamparado.

—¿Tienes mucho jaleo? —pregunta Amber.

—Hoy empiezo a impartir el taller de escritura; por eso me toca madrugar… —confiesa el chico con un puchero—. ¿Quién me iba a decir que iba a acabar siendo profesor?

—¿Hola? —se señala Amber con visible burla—. Estás hablando con la carpintera del pueblo.

Los dos amigos estallan en una cómplice carcajada que a ambos hace viajar con nostalgia al momento en el que compartían piso con Kai. Ella se acuerda de las peleas que tenía con el chico cada vez que entraba al baño. Él sonríe al rememorar las manías de su mejor amigo por colocar los yogures en la nevera según las intolerancias de cada uno.

—¿Duermes mejor? —pregunta Yago.

Amber niega con la cabeza.

—¿Tú?

El chico suspira.

—Creo… creo que me estoy acostumbrando a esto —confiesa—. Me gusta, ¿sabes? A veces me siento como Harrison Ford en la

película de los *amish*, pero… No sé. Creo que aporto cosas.

Amber sonríe de forma tímida, casi desganada. Se alegra por su amigo, pero ella siente que está a años luz de poder acostumbrarse a esa nueva realidad. Y menos aún con la presencia de las pesadillas.

—Nos vemos luego, ¿vale? —propone el chico—. Podemos dar un paseo si te apetece.

—Lo vamos viendo —contesta ella sabiendo que por la tarde va a estar ocupada.

—Amber…

—¿Qué?

—Por mucho que leas el libro no…

La chica alza la mano para detener la frase de su amigo.

—Me prometiste que no te ibas a obsesionar con él —insiste Yago.

—No estoy obsesionada.

—Amber, te pasas toda la tarde encerrada en tu cuarto interpretando páginas en bucle —añade tajante el chico—. En todo este tiempo, ¿qué has sacado en claro?

—Pues que hay cosas más allá del Colapso, de la Unión —explica la chica—. Que el Equilibrio sigue presente de otra forma y eso significa que ellos…

—Amber, para. En serio.

—¡No, Yago! —estalla la chica—. ¡Es imposible que se hayan largado de este mundo como si nada!

Su amigo da un par de pasos hacia ella, agarrándola por los hombros.

—¡Espabila, Amber! —contesta él—. Vi lo mismo que tú. Vi cómo se desvanecieron delante de nuestros ojos. A mí también me encantaría volver a verlos. ¡También eran mis amigos, joder! ¿Te crees que no los echo de menos?

—Yo no he dicho que no los eches de menos.

—¡Pues deja de mirarme de esa forma! —le pide—. Deja de juzgarme por haber asimilado su marcha.

La chica se queda callada durante unos segundos. Desvía su mirada al suelo y, después de un largo suspiro, se da la vuelta para regresar a casa. Le da rabia que Yago haya tirado la toalla con todo esto. Siente

que, de alguna forma, ha optado por la vía fácil en vez de ayudarla en su búsqueda de respuestas. La inmensa imaginación de su amigo le permite interpretar los símbolos del *El libro de la Unión* de una manera que a ella le resulta incapaz. Yago saca unas lecturas que Amber no puede. Pero también es cierto que han estado meses encerrados discutiendo, obsesionados por encontrar unas respuestas que aún no han llegado.

Una figura con una túnica enfrente de la puerta de su casa hace que la chica se detenga de inmediato. No tarda en reconocer a la Sapiente por su impresionante cabello rojizo.

—Sena… —saluda, sorprendida—. No te esperaba, ¿qué te trae por aquí? ¿Todo bien en la ciudadela?

—Buen día, querida Amber. —Sonríe la mujer con su habitual calidez—. Todo bien, dentro de lo que cabe. Docto Nabil y Docta Winda siguen intentando comprender la tecnología de Vawav, mientras que Docto Essam y yo nos encargamos de visitar los distintos poblados de Ídedin repartidos por la montaña.

—¿Han parado de buscarnos? —pregunta la chica.

El rostro de Docta Sena se endurece un poco.

—Me temo que no… Seguimos dando con patrullas que tienen la orden de capturaros. Vivos o muertos.

El exilio le resulta agotador. Ya no solo tiene que vivir con la obsesión por encontrar una respuesta a la evanescencia de los viajantes; también tiene que lidiar con su propia supervivencia. Gracias a los Sapientes y a la ayuda de los centinelas, tanto Amber como Yago se sienten seguros.

—Te he traído una cosa —interrumpe Docta Sena, sacándola de sus pensamientos.

La Sapiente extrae del interior de su túnica un libro encuadernado en cuero.

—Lo he encontrado mientras revisaba los textos de la biblioteca del Ubongo —explica—. No es el libro que esperaba darte, pero trata sobre la presencia del Todo en los cuatro elementos. Es muy espiritual.

Amber toma el libro con entusiasmo y con un visible agradecimiento que no duda en compartir con la mujer.

—Muchas gracias. Seguro que me ayuda.

La Sapiente sonríe y acaricia la mejilla de la muchacha en un cariñoso y tierno gesto.

—Ojalá que encuentres la paz que buscas en estas páginas.

Amber responde a la mujer con una tímida sonrisa que no puede evitar ocultar el dolor. Porque ella no quiere encontrar la paz. Quiere respuestas.

Ingratos creyentes

Le resulta raro, a la par que satisfactorio, ir viajando por el nuevo mundo para que su voz llegue allá donde la tecnología ha desaparecido. Mientras que hace unos meses la presencia en redes y los diferentes estudios y sondeos eran una parte fundamental en política, ahora se ha convertido en algo secundario a lo que solo unos pocos afortunados pueden acceder. Su mundo ha cambiado. Lo que antes era útil ahora resulta inservible. La nueva distribución geográfica ha provocado que cientos de Gobiernos caigan, que la anarquía reine en varios lugares, que el caos rija sociedades donde las reglas han dejado de existir.

El presidente vuelve a mirarse en el espejo de la caravana en la que lleva viajando las últimas tres semanas. No puede evitar sonreír al verse triunfante. Porque, a pesar de que el mundo se ha ido a la mierda, él ha conseguido sobrevivir. Gracias a él, el caos se mantiene al margen de su gente, de su pueblo.

Bueno, gracias a él y al Sif.

Cada vez que se mira la palma, es capaz de invocar el recuerdo del tacto frío y del poderoso apretón de manos que se dio con el líder de Vawav. Un acuerdo que, para él, se convertiría en la forma de tener un sillón en la gestión del nuevo mundo. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Competir con su tecnología? ¿Declararles la guerra? ¿Negarse? El diálogo es la base para el entendimiento. Pactar con Sif Noah Peaker es el único pasaporte para el futuro. Y no se está equivocando.

Ahora ha cambiado el traje y la corbata por vaqueros y camisa. Se ajusta orgulloso el cinturón mientras se mete la mano en el interior

del calzoncillo para colocarse los genitales de tal forma que su entrepierna se marque más. Se ha dejado un poco de barba incipiente, cosa que a los lugareños que visita parece gustarles porque, por un lado, le aporta un mayor atractivo y, por otro, es una forma de decirle al pueblo que está tan sumido en la lucha por el progreso que no tiene tiempo para acicalarse.

Un par de golpes en la puerta de la caravana lo sacan de su aturdimiento. Uno de sus nuevos asesores le avisa de que ya está todo listo para tener su nueva conferencia. El presidente vuelve a mirarse en el espejo y cierra los ojos durante un segundo para concentrarse en su discurso.

Pero entonces, como si fueran *flashes* de luz, su memoria lo traiciona con recuerdos que desea borrar: su ministra pidiendo ayuda mientras él se aleja con el helicóptero, los gritos de los ciudadanos tirándose por las ventanas de los edificios, decidiendo ellos su propia muerte, la bofetada de su exmujer cuando le echó en cara someterse a unos *extraterrestres*.

El presidente pega un golpe furioso en la pared. Un golpe que lo saca de su hipnosis y lo devuelve a la realidad. Se obliga a serenarse, a tranquilizar su respiración y, de nuevo, a sonreír. Está listo.

No tarda en llegar al escenario que le han preparado. En ese pueblo no hay mucha gente. En el antiguo mundo se trataba de una ciudad con cierta relevancia por su patrimonio histórico, pero ahora su legado ha quedado sepultado por un desierto de arena. Al pisar el escenario, siente que todos sus miedos desaparecen. Le da igual que haya poca gente; no le importa que los aplausos provengan de su propio equipo. El presidente se acerca al improvisado atril con el micrófono y comienza a hablar.

Noah Peaker nunca ha creído en las señales. Siempre le han parecido excusas baratas para justificar la probabilidad más allá de las matemáticas. Igual que la suerte. Para él no existe la suerte. Todo se rige por causas y efectos en un eterno bucle que no depende de un

destino escrito. Depende de una interpretación que, a su vez, se debe a un conocimiento y a un saber. ¿Cómo si no iban a prever hace miles de años el Colapso? ¿Cómo es posible que unos antiguos escritos, más longevos que la existencia de Vawav, hayan *presagiado* que los dos mundos volverían a ser uno solo? Noah Peaker sabe que no hay nada de magia o visiones místicas en ello. No hay entidades que susurren a profetas el futuro. Esos profetas son eruditos que estudian lo que los rodea, interpretan los datos y conjeturan unos escenarios que, posiblemente, se acerquen a la futura realidad.

Como él.

¿Acaso no se ha adelantado al mayor acontecimiento que Vawav ha presenciado? ¿Acaso no ha previsto la resistencia idediana? ¿Acaso no tenía clara la sumisión terrícola? La única fórmula de esa ecuación que no ha llegado a comprender es la de los viajantes. Pero, al igual que el Equilibrio, han desaparecido. El pasado pasado está. Ahora mira hacia el futuro. Como siempre lo ha hecho desde su inmensa y prominente torre.

Sif Noah Peaker sabía que tanto la Torre de Vawav como gran parte de la metrópoli iban a acabar en un majestuoso lugar porque, cuando la principal ciudad de su mundo se construyó, lo hizo sobre un suelo rico y perfecto. La brecha que provocó lo llevó hasta esa pequeña aldea en mitad de una extensión rodeada de campos de cultivo y supo que ese iba a ser el nuevo emplazamiento de Vawav.

Ahora observa el nuevo mundo (*su nuevo mundo*) con fascinación desde la torre. Contempla agradecido el amanecer y el ocaso. Disfruta de la inmensa llanura de pastos verdes que ha transformado en granjas solares. Sonríe satisfecho al ver cómo algunos poblados han aceptado su poder e imploran formar parte de la sociedad que él mismo ha moldeado a su antojo.

El dictador vuelve a girarse hacia la pantalla que está retransmitiendo el discurso del presidente. Los satélites de Terra han quedado inservibles, así que Vawav se ha convertido en la única empresa que puede aportar a los terrícolas una tecnología parecida a la que tenían antes del Colapso. Lo único que le da lástima es tener que volver a educar a tantas personas de nuevo. La unión no solo ha

detenido por completo su desarrollo; también los ha hecho retroceder a una época tecnológica que para ellos ya parecía extinta.

Pero, si ese es el precio que hay que pagar para tener unas condiciones atmosféricas, meteorológicas y geológicas tan perfectas y propicias para el desarrollo como las que ahora lo rodean, está dispuesto a asumirlo. Para este plan es fundamental el narcisista que protagoniza la única transmisión televisiva del nuevo mundo. El presidente se ha convertido en una pieza interesante para convencer a los terrícolas de que Vawav es el futuro.

—*Amigas, amigos* —anuncia con una sonrisa orgullosa y cómplice —. *Ya lo hemos dicho. Lo llevamos diciendo durante meses. Todo ha cambiado. Lo que creíamos conocer ha resultado ser la punta de un iceberg que escondía mucho más. El mundo que conocíamos ha dejado de existir de manera contundente, dolorosa y catastrófica. Hemos perdido mucho.*

Su títere conoce el arte de la retórica. Sabe cómo manejar el lenguaje para generar en el espectador la reacción que él desea. O, mejor dicho, lo que ambos desean.

—*Pero, al igual que el fénix, al igual que la propia materia, nada se crea ni se destruye. Simplemente se transforma* —relata, jugando con sus manos como si, además de ser político, fuera sacerdote—. *Un nuevo mundo se ha abierto ante nosotros. Un mundo lleno de posibilidades, de futuro y, sobre todo, de progreso. Y yo, si me lo permiten, creo que sé un poco de esto. Del progreso.*

Las pausas dramáticas, las miradas al infinito, los silencios elegidos meticulosamente. Todo ello forma parte de una coreografía verbal que el Sif repite en su interior, como si ese ser humano fuera un reflejo de lo que él mismo formula en su cabeza.

—*Nosotros abrazamos las políticas progresistas. Siempre he apostado por el futuro y ha dado la casualidad de que, sin nosotros quererlo, este ha aparecido de repente. La tecnología de Vawav se convierte en esa esperanza, en ese bálsamo para nuestras heridas, que jamás serán capaces de cicatrizar. Pero sí que pueden dejar de sangrar. ¿Saben lo que es progreso? Progreso es curar el cáncer. Progreso es ciencia cuántica. Progreso es energía limpia. Progreso es el Estado del bienestar. Vawav vivió eso antes que nosotros. Mucho antes. Y ahora están aquí para compartirlo*

con nosotros. —Enfatiza con el puño para después fruncir el ceño y dejar que su rostro se muestre afligido—. *Y no sé qué piensan ustedes, pero… después de todo lo que hemos pasado, ¡nos lo merecemos!*

—Por favor…

El Sif se gira confundido ante la voz que acaba de sacarlo del visionado. Zola, la traidora de Ídedin, está sentada en uno de los sillones que bordean su biblioteca personal. Desconoce cuánto tiempo lleva ahí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta él.

—¿De verdad tiene sentido lo que está haciendo? —lo ignora ella, hablándole como a un igual, mientras señala con desprecio a su títere terrícola—. ¿No tardamos menos imponiendo nosotros el nuevo orden?

El Sif guarda silencio sin quitarle la mirada. Es consciente de que no puede sobrepasarse con ella porque tiene habilidades de las que él carece, pero también sabe que si ha traicionado a los Sapientes es porque, al igual que el presidente, Zola cree en el progreso y, por encima de todo, en el poder.

—¿Qué haces aquí? —repite, impasible.

Zola da un chasquido con la lengua y se levanta para caminar hasta su posición.

—Han vuelto a atacar a otra patrulla.

—Mi tecnología en este nuevo mundo tiene un coste muy alto —recuerda el dictador, con una afonía que comienza a desaparecer por culpa de la ira—. Producir armas vawaianas no es tan sencillo como tú crees.

—Por eso tienes que permitirme captar a idedianos que se unan a nosotros para poderlos adiestrar —defiende Zola—. Idedianos que se den cuenta de la manipulación de los Sapientes y abracen el *progreso* —imita con burla—. Como yo.

Cuando Zola chasquea los dedos y una llama negra emerge de su palma, las pupilas del Sif parecen empequeñecerse.

No. No puede dejar que Zola reclute y forme a otros como ella. No puede permitir que los ingratos *creyentes* se unan a su causa porque, entonces, la anarquía volvería a reinar y la eterna lucha entre las dos

sociedades que rigen el mundo volvería a acabar con él.

—El progreso requiere tiempo. Y el tiempo demanda paciencia —explica el dictador, volviendo a su habitual calma—. Nuestras sociedades están obligadas a un entendimiento, mientras que una tercera, desconocida tanto para ti como para mí, debe aceptar una nueva forma de vida.

Sif Noah Peaker vuelve a girarse hacia la pantalla, donde el presidente sigue dando su discurso a la gente de Terra.

—Y para eso está él —señala Sif Noah Peaker.

El presidente ha aparcado el decoro para pasar a la parte álgida de su discurso, cargada de emoción e intensidad, como debe tener el final de una buena película.

—*¡Esas personas, educadas en una conservadora y antigua sociedad, están dispuestas a evitar que este mundo progrese!* —grita el político con convicción—. *¡Esos ingratos* creyentes *prefieren seguir cazando animales como nuestros antepasados de la prehistoria antes que apoyar una nueva forma de vida en la que cualquiera de nosotros podría llevarse alimento a la boca sin esfuerzo y violencia! ¡Prefieren utilizar sus místicas habilidades antes que sentarse a dialogar con una sociedad que es sinónimo de futuro! ¡Prefieren dar un paso atrás antes que caminar hacia adelante!*

Sif Noah Peaker oculta la pantalla de golpe y vuelve a girarse hacia Zola.

—¿Sabes por qué fracasaste en Ídedin? —pregunta, sin darle tiempo para formular una respuesta—. Porque subestimaste el poder de tu pueblo. Subestimaste la unión de toda una ciudad. Nada se puede imponer. Esa es la primera regla del progreso: la única forma de instaurar algo es convenciendo. ¿Y sabes cómo se convence a la gente? A través del miedo —explica mientras camina hacia ella—. Miedo al futuro. Miedo a que los errores del pasado se repitan. Hay que hacerlos creer en un futuro plagado de terrores imaginarios. Un futuro en el que se les arrebatará lo que más quieren.

—Tanto tú como yo podemos instaurar ese miedo con solo chasquear los dedos —confiesa entre dientes Zola, ansiosa, a tan solo unos centímetros del rostro del Sif.

—No quiero que nos tengan miedo, Zola —susurra el Sif—. Quiero

que tengan miedo de Ídedin. Quiero que tengan miedo de un futuro en el que no estemos. Quiero que sean conscientes de que somos los únicos que podemos protegerlos de eso que tanto los aterra. Quiero que crean que sin nosotros todo está perdido.

Zola mantiene la mirada al Sif durante un momento, sin saber qué decir. El dictador ve en ella la debilidad de la soberbia, incapaz de comprender por qué no abusar del poder.

—Procura que no caigan más patrullas y céntrate en localizar a tus Sapientes —ordena él, sin alterarse—. Al fin y al cabo, tú los conoces mejor que yo. ¿O necesitas que me encargue de ello?

La traidora idediana no tarda en darse la vuelta y salir del despacho de su torre sin ocultar su enfado y frustración.

Cuando el Sif vuelve a encender las pantallas, descubre que el presidente, su títere, está recibiendo una ovación repleta de vítores y aplausos. Le resulta fascinante lo fácil y manipulable que puede ser la gente de Terra a través del miedo y la dependencia. Por eso confía en que su plan va a salir bien, en que el dominio de Vawav será total en este mundo para que el progreso de verdad exista y su sociedad siga avanzando. Pero para eso es fundamental una cosa: acabar con esos ingratos *creyentes*. Y Zola, quiera o no, es una de ellos.

Sif Noah Peaker se asegura de que nadie pueda interrumpirlo, teclea unos códigos en su pantalla y comienza a revisar los informes de un proyecto tan complejo como secreto que ha bautizado con el nombre de «Darwin».

El dogma de la fe

El Equilibrio ha querido que la ciudadela prospere en un majestuoso lugar del nuevo mundo. Un lugar que, antes del Colapso, dejaba sin aliento a los amantes de la naturaleza porque pocos sitios mostraban una geografía y biología tan particulares. Sin embargo, cualquiera que compare un mapa del nuevo mundo con el antiguo entenderá que el cambio ha sido drástico. Desiertos invadidos por el agua, océanos y mares mezclados, montañas separadas por otros accidentes geográficos, placas continentales que se han movido hasta el punto de transportar algunos terrenos norteños al sur del mundo…

Por eso, parte del territorio que antes se conocía como Islandia ahora se ha convertido en una península tropical en la que, además de los verdes campos de magma solidificado y las playas de arena azabache, puedes encontrar frondosos bosques de pino ibéricos que intentan adaptarse al nuevo clima. O al menos eso es lo que ha conseguido sacar Leo Pacheco en claro después de reconocer algunos de los elementos geográficos que rodean la ciudadela.

—Vuestra tierra ha emergido en un lugar rico en minerales que, con el paso de los años, convertirá a este sitio en un paraíso para la vida —explica el meteorólogo a los Sapientes.

El camino del científico se cruzó con el de Nabil y Winda hace casi cuatro meses, cuando Leo huía de una patrulla de Vawav y los idedianos lo libraron a él y a su familia del yugo de los *pensadores.* Docta Winda sintió empatía con el desertor cuando vio cómo protegía a sus dos gatos con la misma valentía con la que defendía a su pareja, Patty. La chica percibió la pureza del espíritu de Leo y eso hizo que los

admitieran en su comunidad para que, a cambio de sustento y protección, él aportara conocimiento.

Ahora se encuentra en esa preciosa sala redonda, con una cúpula ovalada en la que hay una perfecta claraboya circular por la que la luz natural ilumina los cuatro majestuosos tronos tallados en madera. En ellos, los Cuatro Sapientes debaten las explicaciones del meteorólogo.

—Necesitamos ampliar el mapa —comenta Docto Essam apretándose el puente de la nariz con los dedos—. Y, si no podemos utilizar esos satélites de los que hablas, la única forma es explorando.

—Para eso estamos estudiando la tecnología de Vawav —interviene Docto Nabil—. No solo para equipararnos a su potencial armamentístico. La tecnología que tienen es…

—¡Es inservible! —interviene su melliza, sin guardar el protocolo Sapiente.

—Winda… —advierte Docta Sena a la muchacha.

—¡Está obsesionado con las máquinas de Vawav!

—Tarde o temprano nos encontrarán —contesta Nabil con gesto severo—. ¡Tenemos que estar preparados, Winda!

—Docto Nabil tiene razón —apoya Docto Essam con un suspiro—. La guerra es un peligroso arte que hay que entender. Ellos poseen algo que nosotros no tenemos.

—¡Y nosotros tenemos unas habilidades que ellos jamás podrán conseguir!

—Eso no lo sabemos.

La intervención de Docta Sena capta la atención de los otros tres Sapientes con un breve silencio que ella misma rompe.

—No sabemos si, ahora que el único mundo vuelve a existir, ellos también pueden aprender a controlar los cuatro elementos.

—Y, aunque no pudieran —añade Docto Essam—, Zola sigue con ellos. Conociéndola, intentará atraer con su energía oscura a otros idedianos.

—No estamos aprendiendo nada de las escrituras… —resopla Docta Winda en un farfullo que suelta más para sí misma.

Leo Pacheco permanece en silencio. Se siente algo incómodo por la disputa que ha surgido entre ellos a raíz de su cometido con Ídedin,

pero le resulta inevitable pensar en lo fácil que sería trazar el mapa que Docto Essam necesita con la ayuda de un satélite.

—¿Existe alguna manera de construir uno de estos artefactos? —pregunta Docto Nabil como si le hubiera leído la mente—. ¿Podrías hacerlo?

—No —confiesa con rapidez el meteorólogo—. Lo único que sé de satélites es acceder a ellos y, de momento, no he podido hacerlo con ninguno.

—Eso, al menos, es una buena noticia —comenta Docta Sena con optimismo—. Significa que no pueden localizarnos.

—Quiero puntualizar, si me permiten —aclara Leo—, que el hecho de que no pueda acceder a satélites no significa que no existan. Puedo asegurar que, como mínimo, hay uno orbitando alrededor del nuevo mundo. Desconozco la tecnología que tiene, pero… por muy rudimentario que sea, tiene la posibilidad de mapear todo desde allí arriba.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Nabil en un tono rápido y nervioso que manifiesta su repentina alteración—. ¿Cómo sabes que hay un satélite?

—Son fáciles de reconocer en el cielo nocturno —explica Leo—. Tienen apariencia de estrella, pero se mueven de forma constante.

Los Sapientes se quedan en silencio mientras reflexionan sobre las palabras del terrícola. Ellos desconocen todo lo relacionado con esa tecnología. Les resulta tan fascinante como terrorífico que un artefacto humano pueda volar alrededor del mundo haciendo fotos de cada rincón para después montar un detallado mapa. A pesar de que tanto Terra como Vawav parecen haber retrasado su evolución tecnológica después del Colapso, cualquier idediano se siente como si estuviera viviendo en un imaginario futurista propio de cualquier historia de ciencia ficción.

Del mismo modo que, para cualquier terrícola o habitante de Vawav, que una persona pueda ejercer un control sobre los cuatro elementos se escapa de su comprensión lógica y roza el misticismo.

—Creo que es importante conocer la tecnología que tienen —añade Leo Pacheco—, pero, como bien ha apuntado Docta Winda,

vuestra gente tiene unos dones increíblemente especiales. Busquen de qué manera pueden potenciar sus habilidades con la tecnología de Vawav. Creo que ahí está la clave para afrontar un posible ataque o invasión.

—Gracias, Leo —zanja Nabil mientras se coloca en su trono—. Sigue intentando acceder a ese satélite y nosotros… bueno, haremos lo que podamos.

El meteorólogo se despide con una educada reverencia y abandona la Sala de los Cuatro Tronos con premura. El silencio vuelve a hacerse entre los Sapientes, que, visiblemente confundidos, no saben qué pasos dar ni en qué dirección avanzar.

—Creo que puede ser interesante enviar a Leo a Arkadía —propone Docta Sena con seguridad—. Allí Gala podría ayudarlo a hacerse con el satélite y él tendría la oportunidad de hacer un mapa de la nueva zona.

—Sena, no sé si es buena idea… —susurra Nabil por lo bajo.

—Lleva con nosotros cuatro meses —defiende la mujer.

—Pero estuvo trabajando con ese simpatizante de Peaker —advierte el muchacho.

—Si quisiera traicionarnos, ya lo habría hecho —añade Docto Essam—. Creo que Docta Sena tiene razón.

Las miradas de los tres Sapientes se posan sobre la Dueña del Agua. Docta Winda estudia los rostros expectantes de conocer su opinión para ver si alcanzan una mayoría absoluta o, por el contrario, el meteorólogo se queda en la ciudadela. Uno de los compromisos que tienen es proteger a toda costa al Priorato del Equilibrio, que en este nuevo mundo se ha convertido en algo clandestino y casi extinto. Sif Noah Peaker busca a los allegados de Kai, delegando la tarea en la peligrosa traidora Zola. *El libro de la Unión* que Bahari le confió al joven Yago es fundamental para conocer los secretos mejor guardados de esa nueva realidad, pero su compleja interpretación hace que muchas de las lecturas no tengan sentido. Sin embargo, ese conocimiento en manos de una persona como Peaker podría traer dolor y guerra a su gente.

Winda cree que, tarde o temprano, los terrícolas tendrán que

convertirse en *creyentes* o *pensadores*. Leo Pacheco pertenece al segundo grupo por su forma de concebir y entender el mundo. Sin embargo, sus reflexiones y propuestas le recuerdan al tiento de los *creyentes*. Y quizá… quizá él sea el primer eslabón de toda una nueva generación. Una generación mestiza fruto de esa condena que auguran las escrituras: dos sociedades opuestas destinadas a convivir y entenderse.

Winda mira a su mellizo, obsesionado por enfrentarse a Vawav y los *pensadores* para que la hegemonía de Ídedin no se vea alterada. Pero la realidad es que el dictador se está convirtiendo en el soberano del nuevo mundo y, llegado el caso, no tendrán más remedio que aceptar su mandato o bien oponerse a él en una encarnizada lucha que no desea que llegue.

Ella tiene fe. Docta Winda cree. Tiene esperanzas en sus raíces y siempre mantendrá que el Equilibrio ha obrado por el bien de los dos mundos. No le gusta la obsesión que tiene su hermano con Vawav, porque sus intenciones no son de convivencia; son de supervivencia y enfrentamiento. Ídedin siempre ha estado por encima de eso.

—Hagámoslo —concluye, llevada por un presentimiento que no puede explicar—. Enviémoslo a Arkadía.

Reescribir el significado de la normalidad

La negra arena bajo sus pies resulta suave y fría. El mar arrastra hasta la playa trozos de hielo que, bajo la luz el sol, brillan como diamantes en bruto. La brisa marina impregna todo de un aroma fresco, empapando su pelo con diminutas gotas que viajan hasta sus labios y le dejan ese característico sabor salado. No sabe cómo ha llegado ahí. Tampoco el tiempo que lleva caminando. Ni siquiera recuerda dónde ha dejado las sandalias.

Amber intenta situarse. Hay algo en ese lugar que le resulta familiar. No sabe si es el frío húmedo que arrastra el viento, las altas montañas que custodian la playa o la negrura del suelo, que contrasta con los brillantes pedazos de hielo bajo la luz del sol.

Un zumbido hace que se gire de golpe hacia el mar. Es un sonido grave y constante que parece cortar el aire con un marcado ritmo que no resulta natural.

Brum. Brum. Brum.

Están ahí. Las aspas de los inmensos molinos de viento que se desperdigaban a lo largo del océano Áter. Las escucha, pero no las ve.

Vawav.

El pensamiento encapota el cielo con unas oscuras nubes que, en cuestión de segundos, cubren al astro y atenúan el soleado ambiente. Un rugido proveniente del cielo anuncia la tormenta. Sin embargo, antes de que caiga la primera gota de lluvia, se sobresalta con un grito de dolor tras ella. Amber se gira de golpe hacia esas montañas en las

que estuvo con Denis.

Allí ve tres figuras desnudas levitando a unos metros del suelo. Todas están de espaldas, tienen las extremidades colocadas en forma de aspa y lucen una piel blanquecina que contrasta con el oscuro lugar. Sus músculos lucen tensos, con una dermis limpia y rasurada. Sin embargo, a medida que se acerca, los tres comienzan a mostrar una serie de marcas en los omóplatos parecidas a unas cicatrices. Cuando Amber está a tan solo unos metros de los extraños seres, estos relajan sus extremidades y descienden poco a poco al suelo mientras se van girando hacia ella. Los rostros dejan de ser desconocidos para la chica, a pesar de que tengan los ojos cerrados. Los tres tienen exactamente la misma altura, forma, color de piel y cuerpo sin cabello. A la primera que reconoce es a Bahari por ser la única que presenta una anatomía femenina. Kai y Denis resultan exactamente iguales. Si Amber sabe que el chico de Vawav es el que está a la izquierda es por la circuncisión de sus genitales. No duda en acercarse hasta él.

—¿Denis? —susurra ella.

Cuando escucha su nombre, él abre los ojos y la boca, mostrando el mismo grito que Amber presenció en los tres viajantes momentos antes de que se desvanecieran. Sus cuencas oculares están llenas de luz, así que no puede ver el iris azulado que lo caracteriza. Sin embargo, el aullido que lanza es tan sobrenatural, tan carente de humanidad, que la chica no puede controlar su miedo y tropieza hacia atrás.

Real.

Antes de que el ser blanquecino pueda agarrarla, Amber despierta empapada en sudor y lágrimas. Una vez más, siente que le vuelve a faltar el aliento. Respira de forma profunda mientras se lleva la mano al pecho. ¿Cuándo pararán las pesadillas? ¿Cuándo dejará de escucharlo? ¿Cuándo dejará de sentirlo? La impotencia se mezcla con el dolor y Amber vuelve a dejar que las lágrimas salgan en un frustrado sollozo con el que siente que hay algo que se le escapa. Algo que no comprende.

«¿Qué me quieres decir, mi vida?», pregunta en alto, con la voz

entrecortada. «¿Qué me quieres enseñar?».

Yago jamás se había imaginado viviendo una vida tan rural. Reconoce que echa de menos la vida nocturna del antiguo mundo, esa en la que se emborrachaba con sus compañeros de piso y los acababa obligando a salir de fiesta por la zona de ambiente gay para acabar haciendo el ridículo en un karaoke o bailando en una discoteca hasta el amanecer. En ambas situaciones, Yago solía acabar despertando en la cama de alguien o, en caso de que el sexo mereciera mucho la pena, abrazado al afortunado en la suya.

Pero en el nuevo mundo no había sitio para las luces de neón, la brillantina, las tendencias musicales y las noches de pasión. Sí que se ha emborrachado, claro. También escucha de vez en cuando algún vinilo del tocadiscos que rescató en una de sus expediciones. Quizá lo más complicado es encontrar a alguien con quien echar un polvo, pero su libido se ha calmado bastante después del Colapso. Ni siquiera viendo a Docto Nabil tan empoderado siente ese deseo sexual que, a veces le resultaba incontrolable.

Su vida, al igual que la de todos los habitantes de Terra, ha dado un giro de ciento ochenta grados. Por muy extraño que a veces le resulte, disfruta de Arkadía. Le gusta su rutina diaria como profesor de la pequeña escuela del poblado, se siente a gusto en la coqueta casa de piedra que, a lo largo de estos meses, ha moldeado a su gusto. Echa de menos a sus padres y, por supuesto, añora las risas con Kai o la complicidad que tenía con Bahari. Pero, de alguna extraña forma, Virgo ha conseguido convertirse en ese compañero animal que completa su vida. El felino lo sigue a todas partes, ya no solo en un claro instinto de protección, sino también en señal de manada. El diente de sable se ha convertido en el animal más querido de todo Arkadía, sobre todo entre los más pequeños, que, cada vez que van a la escuela, no dudan en abrazarlo y jugar con él.

Yago, a pesar de todo, está encontrando la felicidad y la paz en ese nuevo mundo. Está resurgiendo de sus cenizas. Ha aceptado el cambio

y se ha adaptado a él.

Por eso, se pone tenso cada vez que ve aparecer a alguno de los Sapientes por Arkadía. Más aún cuando Docta Sena estuvo allí hace un par de días.

Cuando Virgo se sienta en un claro gesto de espera frente a uno de los caminos que se introduce en el bosque, Yago sabe que alguno de ellos viene a visitarlos.

Nabil y la Patrona del Fuego no tardan en aparecer subidos a lomos de un caballo. Detrás de ellos hay un grupo de centinelas liderados por Dada y dos civiles que no recuerda haber visto nunca.

—Vaya, vaya —saluda Yago con su burla habitual hacia el que era el mejor amigo de Bahari—. ¿Ya me echaba usted de menos, Docto?

Es cierto que el corazón de Nabil se ha oscurecido desde que perdió a Stratus y a Bahari. Yago puede ver el permanente dolor en cada gesto, el eterno duelo interno que el idediano intenta ocultar a través de su serio semblante. Sin embargo, también siente que cada vez que se encuentran es capaz de transmitir al Sapiente un poco de luz en su vida. No de forma romántica (cosa que a Yago, por supuesto, no le importaría), pero está claro que las aventuras que han vivido juntos y el cariño que han compartido hacia Bahari ha generado entre ellos un bonito vínculo.

—El viento susurra tu nombre cada noche, querido Yago —contesta Nabil con el mismo tono burlón.

Ambos se saludan con una sonrisa, mientras que a Docta Sena le profesa una bienvenida más respetuosa y protocolar.

—Es una sorpresa veros aquí de nuevo tan pronto —confiesa el chico, con cierto temor a que traigan malas noticias—. ¿Ocurre algo?

—Te hemos traído un regalo —añade Docto Nabil mientras desciende del caballo y se acerca a la pareja de civiles.

El Sapiente ayuda a estos a bajarse del animal. Primero a la mujer de cabello negro y rasgos latinos, a cuyas espaldas lleva una mochilatransportín con dos gatos. Después al hombre de cabeza afeitada y prominente barba.

—Vaya, siempre me han gustado los calvos —bromea Yago al entender que el *regalo* está relacionado con la pareja—. Resultan muy

varoniles.

La incómoda sonrisa del desconocido hace que Yago aparque de golpe el semblante burlón y cómplice con Nabil y dé un par de pasos hacia el invitado.

—Es broma, discúlpame. Soy Yago —se presenta, extendiendo su mano.

—Leo —contesta el hombre devolviéndole el gesto con un fuerte apretón—. Leo Pacheco. Ella es mi novia, Patty —presenta mientras Yago repite el saludo con la mujer—. Y estos de aquí atrás, Remolino y Estrella.

Un maullido cansado, que suplica salir del transportín, hace que el joven se gire a ver a los dos mininos, que permanecen expectantes a lo que ocurre a su alrededor.

—Si venís para darme a estas dos bestias, dejadme deciros que con esta tengo suficiente —comenta Yago mientras señala a Virgo.

—Necesitamos vuestra ayuda —interviene Docta Sena—. ¿Puedes congregar a Gala y a Amber?

El café está frío. Amber se ha olvidado por completo de la bebida que se ha hecho hace un par de horas para permanecer despierta después de la noche que ha pasado. La cafeína la suele ayudar en esos momentos de estudio y dedicación a las escrituras sagradas de Ídedin. No sabe la cantidad de horas que ha invertido en recorrer cada página de *El libro de la Unión*, apuntando sus símbolos en cuadernos, desarrollando sus propias interpretaciones, garabateando distintas teorías sobre el exilio de los viajantes.

Porque ella se niega a creer que hayan desaparecido. Se niega a creer que esas constantes pesadillas sean estragos del subconsciente para asimilar la pérdida. Hay algo. Ahí hay algo. No sabe si en otro mundo o en otra realidad. Pero sabe que *es real*.

Amber lee con atención uno de los pasajes del libro que le trajo Docta Sena. Como la mayoría de los textos idedianos, destaca el uso de la metáfora, pero al menos aquí entiende la palabra escrita y, con

ayuda de un diccionario de latín y griego, consigue traducirlo. Lleva varias horas dándole vueltas a un fragmento que reza lo siguiente:

No hay mayor equilibrio que la manifestación de los grandes poderes. Del agua que fluye por la tierra, formada con las cenizas de fuego que ha arrastrado el viento, nacerá el quinto de ellos y será la unión de los cuatro.

—*El quinto de ellos* —susurra Amber, para sí misma, mientras garabatea en uno de sus cuadernos el número en cuestión con un interrogante rodeado de los símbolos de los cuatro elementos—. *Nacerá el quinto*… ¿Cuál es el quinto elemento?

—¡Amber!

El brinco que da la chica ante la inesperada aparición de Yago hace que casi se caiga de la silla.

—Joder, Yago, qué puto susto —espeta, saliendo de su aturdimiento—. ¿No sabes llamar o qué?

—Llevo gritando tu nombre desde hace un rato. Me ha escuchado hasta tu madre —confiesa el chico mientras arruga el morro con desagrado—. ¿A qué huele aquí?

—¿Qué es lo que quieres? —contesta ella, cruzándose de brazos—. Estoy ocupada.

Yago da un par de pasos, sin dejar de observar el desastroso desorden que gobierna en el improvisado despacho que se ha montado su amiga.

—Tienes que venir un momento —anuncia el chico—. Nabil y Sena han venido desde la ciudadela con un tipo. Un meteorólogo que quiere hacer no sé qué con los satélites. Tú ya sabes que soy de letras, así que…

—¿Tú me has visto? —reprocha Amber alzando los brazos para que Yago sea consciente de la cantidad de libros que hay en la estancia.

—Bueno, pero eres ingeniera —se defiende él—. Seguro que hay algo que puedes aportar.

—No —sentencia la chica mientras se da la vuelta y regresa a su silla—. En este nuevo mundo soy una simple carpintera que se dedica a leer textos idedianos.

—Amber… Vamos… —anima Yago mientras se acerca con tiento a su amiga—. Creo que estás entrando en un círculo vicioso. Me preocupa verte siempre aquí, encerrada.

—Estoy ocupada —repite ella, marcando cada palabra con prepotencia—. Si me disculpas…

Yago suelta un suspiro y se lleva los dedos al puente de la nariz. Tiene que tener paciencia con ella. Lo sabe. Pero la realidad es que se está empezando a cansar del obsesivo y oscuro comportamiento de su mejor amiga y no se siente con fuerzas de entrar en una nueva pelea que va a tener el mismo desenlace de siempre.

Sin embargo, cuando el chico está a punto de abandonar la estancia, vuelve a girarse hacia ella desde la puerta.

—¿Y si… y si tienen razón?

Amber se gira, confusa.

—¿Quién?

Yago sacude la cabeza, creyéndose incapaz de decir lo que va a decir.

—Ellos. Los *pensadores*.

—¿Vawav? —pregunta Amber, un poco escandalizada.

—Vawav ha dejado de existir. Igual que Ídedin.

—Pero Peaker no —apunta la chica, poniéndose en pie—. ¿Cómo puedes plantearte eso?

—No estoy diciendo que Peaker tenga razón. Estoy diciendo que… que hay cierta verdad en que la tecnología de Vawav es sinónimo de progreso. Y que, quizá, si aprendiéramos de ella podríamos…

—¿Volver a nuestra anterior vida? —interrumpe Amber con burla, soberbia e ironía.

—Sé que las cosas jamás van a ser como antes, pero…

—Nuestra anterior vida es irrecuperable, Yago —interrumpe Amber—. Asúmelo.

El tono y la prepotencia de la chica lo cabrean hasta el punto de que decide meterse en el fango de la discusión.

—¿Sabes qué? Igual te sorprende, pero estoy feliz en este pueblo *amish* —confiesa él cruzándose de brazos—. No soy yo el que tiene que asumir que las cosas no van a *volver* a ser como antes.

Yago marca con retintín el infinitivo de ese verbo, que esconde más intenciones que la riña. Al ver el gesto dolido de su amiga, Yago decide recular y relajar la intención de su discurso.

—Quizás esa tecnología pueda ser un buen complemento para seguir creciendo como sociedad. Para el desarrollo de este nuevo mundo. Al fin y al cabo, el entendimiento es la clave, ¿no?

Amber se queda en silencio, sin quitarle la mirada. Yago no sabe si la chica está considerando su propuesta o bien se ha vuelto a refugiar en el mutismo del enfado.

—¿Quién sabe…? —continúa él—. Quizá controlar ese satélite sea un primer paso a una nueva biblioteca que te ayude a seguir con tus estudios. Quizá salir ahí fuera, desconectar de esto y charlar con nosotros te ayude a encontrarle otra perspectiva al asunto.

El silencio sigue siendo la respuesta de la chica. Yago, finalmente, suspira derrotado.

—Si te animas… ya sabes dónde estamos. No te molesto más.

El chico cierra la puerta del despacho, mientras que ella se queda de nuevo sola con sus pensamientos. Las palabras de su amigo tienen cierto sentido, pero ahora mismo el foco de sus deducciones está sobre ese cuaderno lleno de garabatos en el que está escrito el número cinco con un gigantesco interrogante a su lado.

La Masacre silenciosa de Kamdad

Los vehículos blindados entran en Kamdad sin ningún pudor y protocolo. Este asentamiento de ingratos *creyentes* ha protagonizado varios informes que han dado la excusa perfecta a Zola para pasar a la acción y tomar las represalias pertinentes. Más aún después de la intensa conversación que tuvo con Sif Noah Peaker en su torre.

Kamdad es un poblado importante. Se trata de una pequeña ciudad que antes del Colapso era costera, pero la desaparición del mar y su fusión con uno de los ríos más caudalosos del nuevo mundo han hecho que Kamdad se convierta en un punto fluvial muy estratégico. Allí se han instalado tanto idedianos como terrícolas practicantes de las costumbres del antiguo mundo y, sobre todo, simpatizantes con los *creyentes*. Sin embargo, su población no parece estar del todo convencida de manifestarse públicamente a favor de los ingratos y eso le da una oportunidad a Zola para intentar captar nuevos proscritos que se animen a compartir la causa de los *pensadores.* Con lo que no contaba la traidora de Ídedin (apodo con el que cada vez más se la conoce en el nuevo mundo) es que el presidente viera la misma oportunidad para su causa y ambos coincidan en las calles de Kamdad.

—¿Qué haces aquí? —pregunta el hombre, sin ocultar su disconformidad con la presencia de la poderosa mujer.

Zola sale del vehículo luciendo su nuevo atuendo de guerrera. No ha tenido apuro alguno en mezclar sus raíces de idediana con la energía oscura y el uniforme de los agentes de Vawav. De este modo, la mujer luce unos pantalones negros y un top del mismo color que deja al descubierto las líneas que se ha tatuado por los brazos, vientre

y cuello, similares a las que el Sif luce en su cabeza. La antigua Sapiente ha recortado su larga melena de rubio platino a la altura de la mandíbula, acentuando aún más las mechas azabaches que surgieron en su cabello antes del Colapso.

El presidente no puede evitar recorrer con la mirada el cuerpo de la mujer y ella, al darse cuenta, no duda en jugar esa carta con descaro para ponerlo aún más tenso.

—Lo mismo que tú —contesta mientras camina hacia él, manteniéndole la mirada.

—Los dos estamos en el mismo bando, ¿recuerdas? —susurra el político, intentando aparentar serenidad con una forzada sonrisa.

—¿Acaso mi presencia transmite lo contrario? —pregunta Zola, acercándose más de lo debido al rostro del presidente—. ¿O es que te incomoda que una *pensadora* como yo ronde por aquí?

—Esta gente no entiende aún vuestra contienda entre *creyentes* y *pensadores*.

—¿Te excluyes de la guerra, presidente? —añade con sorna—. Pensé que estábamos en el mismo bando.

Su mano decide saltarse las barreras físicas y acariciarle el pectoral, sintiendo la definición de un músculo que, posiblemente, trabaje a menudo. No va a negar el atractivo masculino que luce el presidente. Tanto el porte como su altura son llamativos y esa barba algo desaliñada que se ha dejado le da un aspecto más rudo, a pesar de lucir una vestimenta tan informal como elegante. Justo cuando Zola va a rozar el cuello del terrícola con sus dedos, este la detiene agarrándole la mano sin pudor.

—No me gustan los juegos —sentencia él entre dientes.

—A mí tampoco.

—Entonces, una vez más, ¿qué haces aquí?

Zola aparta la mano del presidente con cuidado y, mientras le dedica una lobuna sonrisa, alza su palma para que de esta comience a emanar un humo denso y negro.

—Demostrar quién manda en este nuevo mundo.

La confesión de la traidora aparca su semblante juguetón y deja que la rabia, el odio y la oscuridad comiencen su labor. El humo cae

de sus palmas como si fueran chorros de agua negra y cuando llega al suelo se bifurca una y otra vez, avanzando en varias direcciones. Los agentes de Vawav, conscientes de que esa es la señal que esperaban, se ponen en marcha separándose en premeditados grupos que parecen estar guiados por la energía oscura de Zola.

—No tardaremos mucho —contesta ella mientras le da la espalda y se adentra en las calles de Kamdad—. Puedes esperar en tu caravana, presidente.

El humo accede a las casas por debajo de las puertas y viaja como una serpiente que olfatea a su presa hasta que encuentra un idediano al que somete con su poder. El oscuro espectro se introduce por los orificios nasales para acceder al cerebro y, como si la víctima sufriera de asfixia, comienza una prueba mental en la que la propia Zola dicta el resultado. De esta manera, se hace una primera criba de idedianos: mientras que los que tienen potencial para afiliarse a la corriente *pensadora* son capturados por los agentes de Vawav, las personas que muestran unas emociones aferradas a la teología *creyente* son, directamente, aniquiladas por el propio humo.

La noche avanza en una silenciosa masacre tras la que Kamdad acaba con más de un centenar de asesinados y una cuarta parte de apresados. Todos ellos idedianos, por supuesto. A Zola, personalmente, le habría encantado saltarse las reglas y acabar con los terrícolas de Kamdad. No dejan de ser mentes débiles y egocéntricas que se creen iguales a ellos. Pero el Sif no estaría de acuerdo porque «desaprovecharían millones de personas que serán peones del nuevo mundo».

La plaza de Kamdad se convierte en un improvisado cautiverio de idedianos que serán sometidos a una segunda prueba por parte de la traidora. Un examen de habilidades y aptitudes con el que ella misma dictaminará si son aptos o no para formar parte de esa nueva orden de centinelas. Odia trabajar con vawaianos. No negará que son obedientes y competentes en el arte de la guerra, pero carecen del

espíritu que, muy a su pesar, solo un idediano posee. Esto, obviamente, no lo ha compartido con el Sif. Sabe que se sentiría vulnerable e incómodo ante la idea de que ella pueda dirigir un grupo de personas que controlen el lado oscuro de los cuatro elementos. Sin embargo, es algo que necesita hacer porque, al fin y al cabo, Zola está sola en ese nuevo mundo.

Sabía que cuando el presidente viera la pila de cadáveres que están acumulando en la plaza no tardaría en presentarse ante ella. Irrumpe con fuerza en la sala del ayuntamiento que su equipo ha tomado para gestionar todo su plan y abre las puertas del despacho donde la mujer permanece aislada en una meditación con la que controla sus emociones.

—¡Esto es una masacre! —sentencia él—. ¡No puedes hacer esto!

Zola se incorpora poco a poco y, con una tranquilidad absoluta, vuelve a acercarse al presidente en una coreografía hipnótica que, tras su primer encuentro, sabe que lo debilita.

—Sí que puedo —confiesa ella sin dejar de mirarlo—. Ídedin es cosa mía. Lo de Terra te compete a ti.

—La gente tiene miedo, Zola —explica el presidente.

—Eso es bueno, ¿no? —contesta ella, acercándose a unos pocos centímetros de él.

La Sapiente puede ver cómo su actitud lo incomoda. Puede olfatear sus emociones. Sentir cómo le cuesta tragar saliva. A pesar de que el presidente intenta aparentar entereza, está nervioso. Tiene miedo, pero… ¿de qué? ¿De ella?

No. Si tuviera miedo de Zola, no habría entrado así.

—¿De qué tienes miedo? —pregunta la mujer, sin tapujos.

—¿Cómo? —contesta él, aturdido.

—¿Temes por la vida de esta gente?

—¡Por supuesto! —contesta él con orgullo—. ¡Son *mi* gente!

Zola vuelve a sonreír, pero esta vez baja su mirada para estudiar con más detalle el imponente físico del terrícola desde los pies hasta la cabeza. La mujer no duda en volver a poner sus palmas en el pecho encamisado del hombre, intentando captar sus emociones. Puede sentir el latido con fuerza de su corazón. Apesta a miedo y

nerviosismo, cosa que excita a la mujer un poco. Pero también puede oler el orgullo del presidente. La gula y la ansiedad por el poder.

—Buscamos lo mismo —concluye Zola, abriendo los ojos—. Tú necesitas a los tuyos y yo a los míos. Y Peaker nos quiere a ambos para su mundo *perfecto*.

La pequeña burla en sus últimas palabras confunde al presidente. Su ceño se frunce de forma sutil mientras su corazón se empieza a mesurar.

—¿Crees en él? —pregunta el hombre sin tapujos, con un susurro que le rasga un poco la voz.

Zola echa un vistazo a la entrada que los separa de la sala donde los agentes de Vawav identifican a los nuevos aliados. Con un gesto delicado de mano, invoca el viento para que las puertas se cierren con suavidad y así ambos tengan intimidad.

—Creo en su visión. Creo en la ambición de los *pensadores* —comparte la mujer mientras sus manos comienzan a subir en sensuales caricias por el pectoral—. Aplaudo su intelecto y la idea de un único mando. Vawav e Ídedin siempre han funcionado así.

—¿Pero…?

Zola sonríe con lascivia cuando sus dedos llegan al cuello del presidente y es ahí, al acariciar la palpitante vena yugular, cuando sabe que el hombre ha pasado del nerviosismo a la excitación. Se humedece los labios despacio cuando siente el tacto rugoso de su barba.

—Pero no creo que él sea el adecuado para regir el nuevo mundo —susurra, acercándole sus labios a la oreja—. Su mente sigue en Vawav y aspira a convertir todo esto en lo que era su mundo. Además… —continúa, juntando su cuerpo al del hombre, en un contacto de piel contra piel— por muy listo que sea, su apariencia es débil. Y este nuevo mundo necesita a alguien que exhiba más… *poder*.

Cuando Zola pronuncia la última palabra, su mano no duda en apretar con obscenidad la entrepierna del presidente. El duro tacto de su miembro excita sobremanera a la mujer al saber que ha conseguido llegar a donde quería.

El terrícola no tarda en dejarse llevar por sus impulsos más

animales, agarrando la cabeza de Zola e introduciendo su lengua en la boca de esta con rudeza y lascivia. El beso es correspondido y, como si fueran dos bestias en celo, comienzan una danza en la que sus cuerpos hablan por sí solos, sin necesidad de entablar palabra alguna.

Mientras el presidente se abre la camisa, dejando lucir un musculado y velludo torso, Zola aparta de la mesa del despacho todo lo que hay para darse la vuelta y ofrecer sus posaderas con sumisión. Él comienza a besarla por el cuello con ansiedad, abrazando todo su cuerpo por la espalda y restregando su erección por las nalgas de la traidora. El presidente no duda en introducir con fuerza su mano dentro del ceñido top de la mujer para agarrar y masajear sus pechos. Suelta un gruñido al notar los pezones de la idediana, tan excitados como su entrepierna, y no duda en pellizcarlos en un ínfimo gesto de coacción.

Cuando Zola suelta un gemido ahogado, este no duda en darle la vuelta para mirarla a los ojos y sentir eso que tanto le excita: el poder y la sumisión. El presidente se aleja un par de pasos y, con una mano apoyada en la cadera, desabrocha con la otra los tres botones de su pantalón para liberar su miembro, apresado en el calzoncillo, y mostrarlo con orgullo a la mujer. Desliza su prepucio con cuidado para pasar sus dedos por el empapado glande y después llevarse el viscoso líquido preseminal a los labios, probándose él mismo con placer. Acto seguido, fija su mirada en Zola mientras se masturba con fuerza, como si la estuviera retando a jugar con su autoridad.

Zola tiene que hacer un esfuerzo para no reírse en la cara del presidente. No puede evitar burlarse por dentro de la estúpida seguridad que tiene el hombre tanto con sus atributos como con él mismo. Así que, dispuesta a ver si la virilidad que destila y aparenta se corresponde con la realidad, le copia el gesto quitándose el pantalón y ofreciendo su sexo abierto y humedecido mientras se acaricia los senos con la misma provocación.

El presidente regresa ansioso hasta ella con torpeza por llevar el pantalón por las rodillas. La ansiedad por penetrarla es tal que las primeras embestidas resultan ser tan agresivas como pretenciosas. Se introduce en ella una y otra vez, soltando un ridículo gruñido que a la

mujer le recuerda a los ronroneos que hacen algunos felinos de Ídedin. Pero ella sigue fingiendo placer, sigue fingiendo sumisión. De vez en cuando gime un poco más alto mientras le clava las uñas en su también musculado culo para que este haga más fuerza en la penetración.

—¿Esto… te parece… *poderoso*? —pregunta él entre jadeos.

El choque de sus pieles emite un sonido rítmico que cada vez suena más rápido y seguido. Cuando el presidente agarra a Zola por la nuca, obligándola a mirarlo, ella suelta el gemido más alto de todos. Sabe que el hombre está cerca del orgasmo. Lo ve en la velocidad de las embestidas, en cómo se muerde los labios. Puede sentir cómo el miembro está a punto de eyacular.

—¿Te… parezco… *débil*?

Zola suelta un grito de placer que hace estallar al presidente en su interior. Siente la humedad y el calor del fluido mientras ve cómo el rostro de él se contrae en un gruñido que le retumba por todo el pectoral.

No le da tiempo a sacar su miembro de la idediana cuando ella lo agarra por las sienes con las dos manos y lo obliga a mirarla. El gesto de la traidora ha cambiado por completo.

—Sí —confiesa Zola con una mueca de desagrado—. Me resultas *muy* débil.

Del aliento de la traidora sale un nuevo espectro negro que se introduce en la boca y fosas nasales del jadeante y sudoroso presidente. Sale de ella y se aparta de inmediato, pero tropieza hacia atrás y se cae de espaldas contra el suelo, golpeando su cabeza contra el frío mármol. Su miembro aún está erecto y empapado del líquido seminal. El hombre empieza a convulsionar en un claro gesto de asfixia, pero no es otra cosa que el reflejo de la lucha mental que está teniendo con la oscuridad de la mente de Zola.

Ella no duda en caminar hasta él, sentarse sobre su cintura e introducir de nuevo el falo en su interior. Como si fuera un potro salvaje, comienza a cabalgarlo mientras él no deja de mostrar espasmos y convulsiones por la energía oscura de la mujer. A pesar de que la excitación del presidente ha mermado y la tensión de su pene

ha desaparecido, Zola consigue llegar al orgasmo, no por el tacto genital, sino por la excitación que le produce la conexión mental que está teniendo con él.

Cuando el humo sale del interior de la boca del presidente, ella lo dirige hasta la suya como si le hubiera succionado el alma. El hombre empieza a toser desesperado, intentando recuperar el aire perdido, aún con Zola sentada sobre su cadera.

—Esto es poder —susurra ella mientras se pone de nuevo en pie, dejando al terrícola yaciente en el suelo, humillado, confundido y, sobre todo, asustado por lo que acaba de pasar.

Zola no tarda en vestirse de nuevo y volver a centrarse en sus quehaceres, ignorando por completo la presencia del presidente. Ya se ha encargado de demostrar el significado del dominio al estúpido terrícola. Ahora solo piensa en cómo puede hacer para enseñárselo al dictador de Vawav.

Lo que la confiada idediana desconoce es que, de forma paralela, Sif Noah Peaker está llevando a cabo una acción que no solo va a demostrar el poder de su mandato. También manifestará la inevitable supremacía de los *pensadores* de Vawav por encima de los ingratos *creyentes* que alguna vez formaron parte de Ídedin.

El último amanecer del Ubongo

Winda ha abrazado el noctambulismo desde que ha descubierto las noches oscuras. Para cualquier idediano, el descanso siempre ha estado asociado a un cielo rojizo con el brillo de Herun. Sin embargo, desde el Colapso, Ídedin ha conocido el precioso firmamento nocturno en el que brillan aún más las estrellas junto a una preciosa luna blanca que cada noche va cambiando de forma. No puede negar que nota la ausencia de los dos astros que iluminaban su mundo, pero la belleza del sol y de la luna de su nueva realidad hacen que al menos ella disfrute tanto del día como de la noche.

Lo que en Ídedin conocían como el Cambio ahí se llama *crepúsculo* y *amanecer*. Winda siente más fascinación por el auge del astro rey que por su ocaso antes de que salga la luna. Por eso ha incorporado a su rutina levantarse antes de que el horizonte del este se empiece a teñir de colores anaranjados para contemplar el amanecer desde lo que antes eran los montes Ralio.

Winda tiene que cruzar la llanura de musgo para llegar hasta los montes sobre los que puede contemplar el espectacular paraje sobre el que se ha asentado la ciudadela. A la muchacha le fascina ver cómo la arena arcillosa del desierto idediano se ha mezclado con la tierra negra, haciendo que todo lo que rodea al Ubongo adquiera un peculiar tono marrón. Los colores son un constante espectáculo: la mezcla de la aridez de las casas del sur con la verdosa llanura al oeste, el contraste azabache de las playas del norte con el frondoso bosque de pinos del este, que une la península de Ídedin con el resto del nuevo mundo.

Península de Ídedin.

Winda suelta una suspiro nostálgico y apenado al ver que este lugar es lo único que va a vincularla con su vida anterior.

El ronroneo de Yanna la saca de sus pesquisas. La leopardo albina comienza a restregar su enorme cabeza contra el costado de la Sapiente.

—Ya, ya… —dice Winda mientras busca en su zurrón de cuero las piezas de fruta que ha traído de casa—. Me sigue sorprendiendo que seas tan golosa.

La joven Dueña del Agua lanza a su compañera animal un trozo de manzana roja para que se pegue una carrera en su captura. Utiliza la fuerza del viento para que la fruta llegue más lejos y así la búsqueda del tesoro dure un poco más. Winda aprovecha el momento para sacar una segunda pieza para su deleite mientras se acomoda y contempla cómo emergen los primeros rayos del sol.

A pesar de que echa de menos Ídedin, disfruta de los nuevos placeres que le regala el nuevo mundo. Está comiendo cosas deliciosas que antes no podía cultivar por las condiciones meteorológicas; disfruta de las distintas temperaturas que le ofrecen el día y la noche, así como de los cambios estacionales; ama la abrumadora presencia del agua en el nuevo mundo y disfruta sobremanera de los días de tormenta y lluvia; le encanta dejarse embaucar por los aromas del bosque y adora tumbarse en la llanura de musgo para meditar o, directamente, dormir durante un breve lapso de tiempo.

Sin embargo, siente que si disfruta de todo eso es porque está sensiblemente conectada con los cuatro elementos y con las costumbres idedianas. Winda sabe que el Todo sigue existiendo. Es capaz de sentir el alma de sus padres acompañándola. Cuando se abstrae de todo lo terrenal y deja que su mente se impregne de lo espiritual, sabe que Ídedin está presente, solo que con una forma y apariencia distinta.

Por eso está empeñada en seguir utilizando el arco y los ropajes de antes. Por eso sigue abrazando las tradiciones de su anterior vida. Cree en el Equilibrio y en la fuerza de los cuatro elementos. Cree en el potencial que tienen como sociedad para hacer frente a cualquier enemigo que los desafíe.

Cuando piensa en su mellizo y en la obsesión que tiene por incorporar la tecnología de Vawav a su estilo de vida, siente una punzada de ira. Una parte de ella cree que Nabil está traicionando a Ídedin y que su ofuscación por hacer frente a los *pensadores* solo ensucia la paz y la armonía que siempre han caracterizado a las costumbres de su gente, los descendientes de los *creyentes*.

Cuando el enorme círculo solar comienza a asomar por las montañas del este, Winda se pone en pie para regresar a la ciudadela y continuar con sus labores en el Ubongo. La ausencia de su hermano y de Docta Sena ha hecho que tanto ella como Docto Essam se carguen de tareas estos últimos días.

Está a punto de descender la colina cuando, de repente, se fija en una estrella que nunca antes había visto. Y menos a esas horas, en las que la luz inunda gran parte del cielo. Un punto brillante que parece moverse a toda prisa por encima de su cabeza. Winda frunce el ceño. No sabe por qué, pero hay algo en ese inesperado astro que la inquieta. Algo que no es natural. La chica vuelve a contemplar la ciudadela desde donde se encuentra y, de nuevo, busca la estrella móvil, que ya casi ha desaparecido por el sur.

Un escalofrío le recorre la espalda. Algo no va bien. Puede intuirlo. Puede sentirlo. El viento se ha impregnado de un extraño frescor. La brisa arrastra consigo aromas que no termina de reconocer, pero que sin duda la repugnan.

—Yanna —reclama a su compañera mientras hace un gesto con las manos para subirse a los lomos de esta—. Vamos al Ubongo, ¡rápido!

Están cruzando la llanura de musgo cuando, de repente, un silbido agudo rompe la calma. El ruido proviene del norte. Cuando Winda se gira hacia allí, observa que un objeto alargado cruza de nuevo el firmamento, dejando a su paso un reguero de humo blanco. El artefacto, cuando pasa por su cabeza, retumba con un eco que viaja por todas las montañas que protegen la ciudadela.

Justo cuando está encima del Ubongo, el objeto estalla en una brillante luz blanquecina que inunda todo el valle. Una bola del mismo color comienza a crecer y a cubrir el emblemático edificio de Ídedin, su plaza, el Colisseum y prácticamente toda la ciudadela. La

esfera se desintegra en un polvo que se propaga con un inmenso vendaval por toda la capital. La onda expansiva sale de las murallas y avanza por la llanura hasta que alcanza a Winda y Yanna. Una fuerza invisible empuja a ambas con tanta violencia que el felino clava sus garras en el mullido suelo para no caerse.

En cuestión de segundos, todo vuelve a la normalidad, como si no hubiera pasado nada.

Winda, asustada, apremia a la leopardo albina para que esprinte hasta la ciudad. A medida que se van acercando más, siente que algo terrible ha sucedido. El ambiente se ha cargado de un aroma denso que le produce un desagradable amargor en la boca y una molesta sequedad en la garganta. Cuando entra por la Puerta del Fuego, puede observar que las calles de la ciudadela están impregnadas de una extraña neblina que no parece natural.

Entonces empieza a escuchar los primeros gritos. Después los llantos.

Acto seguido, comienza a ver los primeros cadáveres.

Aquellos que han madrugado igual que ella yacen ahora muertos en mitad de la calle. Winda se detiene con el primero que atisba. Se acerca hasta el cuerpo, que yace boca abajo, pero, al darle la vuelta, la chica se lleva las manos a la cara, horrorizada por el aspecto que luce la víctima.

La mandíbula del difunto parece haberse desencajado, porque exhibe una boca completamente abierta, con una lengua azulada colgando de ella. La piel parece haberse solapado con el hueso y cualquier rastro de sangre ha desaparecido por la palidez de su tez. Pero lo más terrorífico son los ojos. Unos ojos completamente blancos, con el iris grisáceo y una pupila negra cubierta por una película propia de quien tiene ceguera.

A medida que avanza hacia el Ubongo, observa que todos los cadáveres lucen el mismo aspecto. Todos ellos han tenido la misma muerte. Y, lo que más asusta a la muchacha, todos son idedianos.

Essam…

La joven vuelve a subirse a lomos de Yanna y avanza con premura hasta el Ubongo. Los gritos de horror se convierten en la banda sonora

de ese extraño y pálido amanecer. Aquellos que conviven con algún idediano salen desesperados de sus casas pidiendo auxilio y atención médica para sus seres queridos.

Cuando el animal llega a la plaza, Winda ordena a Yanna saltarse el protocolo y adentrarse en el interior del Ubongo. La leopardo sube las escalinata con agilidad y, cuando están bajo las columnas del edificio, la Sapiente desciende de su lomo, atraviesa con premura las puertas y corre hacia el despacho donde Docto Essam suele estar.

La chica no puede evitar soltar un grito de horror cuando entra en la estancia.

El Sapiente yace sobre su mesa de trabajo. Winda no puede ver el rostro de su compañero desde la puerta, así que poco a poco camina hacia él, bordeando la mesa. No tarda en descubrir que Docto Essam luce la misma expresión que el resto de los cadáveres idedianos de la ciudadela: la boca abierta con la mandíbula desencajada, la piel mermada y paliducha, los ojos cubiertos con una membrana blanquecina.

Winda tiene que apoyarse en una de las columnas que adornan el despacho para no caer al suelo. Durante un momento, todo parece darle vueltas y no sabe si es por el *shock* de la situación o porque está respirando ese *veneno* que ha matado a toda su raza. La chica se obliga a serenarse, a repetirse que está viva, que está bien. Quiere pensar que tanto su hermano como Sena y la patrulla centinela liderada por Dada también lo estarán. Sin embargo, la sensación de horror y el vacío de la soledad vuelven a apoderarse de ella.

Posiblemente, Winda sea la única idediana con vida que se encuentra ahora mismo en la ciudadela.

El eterno exilio

La joven Sapiente y su compañera animal huyen hasta Arkadía para encontrarse con Nabil. Tanto él como Docta Sena y los centinelas que los han acompañado hasta esas tierras se han librado de compartir el destino de los idedianos de la ciudadela. Por eso, cuando Winda aparece medio aturdida, con los ojos irritados y el semblante desencajado, la preocupación y la alarma se activan de inmediato.

—Están muertos —susurra cuando se deja caer en los brazos de su hermano.

Sus palabras caen como un jarro de agua helada.

—¿Quiénes? ¿Qué ha pasado? —pregunta el chico, asustado.

—Todos —insiste ella con apenas aliento—. Los han matado. Han matado a nuestra gente, Nabil.

El sollozo de la muchacha se junta con una expresión de horror e incredulidad. Ni siquiera ella misma asimila aún lo que ha ocurrido. Antes de que explique con detalle lo que ha ocurrido, Nabil lleva a su hermana hasta la iglesia de piedra que se encuentra en el centro de Arkadía, donde antaño los católicos se reunían para venerar a Cristo. Ahora es un punto de encuentro para debatir los asuntos que conciernen a la comuna resistente.

—Si yo… —intenta continuar la muchacha después de haber relatado lo que ha visto delante de todos sus amigos y compañeros—. Si yo no hubiera estado fuera cuando esa *luz* estalló…

Nabil es el primero en aparcar el protocolo sapiente para abrazar con fuerza y protección a su melliza. Cuando la chica siente el contacto de su hermano, se aferra a él como si una parte de ella no

fuera consciente de que es la única superviviente idediana del ataque.

—No lo pienses, hermana —susurra él—. Estás aquí.

—Por el Equilibrio, Nabil —llora Winda, ocultando su rostro en el hombro del chico—. Todos ellos tenían la boca abierta, desencajada, como si… como si hubieran gritado de dolor… como si esa *brujería* los hubiera torturado hasta matarlos…

—No es ninguna brujería —interviene Gala Craus—. Ha sido una bomba.

Las paredes de piedra son los únicos testigos de una reunión que no se ha visto desde antes del Colapso. Ahí dentro se encuentra lo poco que queda del Priorato del Equilibrio. Un Equilibrio que, a pesar de estar roto y de haber dejado de existir, sigue perseguido por aquellos que lo repudian.

Mientras Nabil consuela a su hermana melliza e intenta calmarla por la horrible catástrofe que ha presenciado, Docta Sena permanece sentada en uno de los bancos de madera tratando de asimilar no solo la muerte de su amigo y compañero Essam, sino también el exterminio de su raza en cuestión de segundos. Dada ha sido incapaz de asistir a la reunión por la necesidad de ausentarse en soledad para aceptar lo ocurrido. Yago y Amber están de pie cerca de las columnas de madera que sustentan el techo del lugar. Mientras que Yago ha tenido que apoyarse en el pilar por culpa de un inesperado mareo, Amber permanece atenta a la escena, incrédula ante el desolador relato de Winda. Gala Craus, Camila Salazar y el reciente incorporado Leo Pacheco se encuentran en el presbiterio. La doctora y la regenta intentan aparentar serenidad, mientras que el meteorólogo permanece cruzado de brazos en un claro gesto reflexivo.

—¿Qué clase de bomba puede hacer eso? —pregunta Yago, aún aturdido por el dolor que le ha causado el relato—. ¿Qué aparato es capaz de *seleccionar* a toda una raza para destruirla?

—Uno con tecnología de Vawav —confirma Gala Craus—. No me hace falta ninguna prueba para saber que este ataque tiene la firma de Noah Peaker.

—Quiere… quiere acabar con nosotros.

El susurro de Docta Sena eriza el vello de todos los presentes. La

noble Sapiente que representa al fuego y que siempre se ha caracterizado por la entereza luce una mirada perdida y ausente. Aún no ha procesado la tragedia.

Amber es la primera en acercarse a la mujer, acuclillarse a su lado y sujetar sus manos con cariño. A la chica le sorprende notar lo frías que están.

—No lo conseguirá —anima Amber con rotundidad—. No podrán acabar con Ídedin. Lo dicen las escrituras. Vuestro legado es eterno.

—¿Cómo…? —pregunta Nabil con el gesto enturbiado por culpa del dolor y la ira—. ¿Cómo han podido encontrarnos?

—Creo que para eso tengo una respuesta —interviene Leo Pacheco.

El meteorólogo da un par de pasos hacia el banco en el que ha dejado su bandolera para después rebuscar en ella el ordenador portátil que siempre lo acompaña. No tarda en encenderlo, teclear lo que quiere compartir con el grupo y mostrar la pantalla a todos los presentes.

—Gracias al espectacular conocimiento que tiene la doctora Craus sobre la tecnología del enemigo, he podido acceder al único satélite que orbita por el nuevo mundo y… bueno…

Leo teclea de nuevo una serie de cosas en su máquina antes de volver a compartir la pantalla. Esta vez aparece una foto vía satélite de la ciudadela donde se aprecia claramente el Ubongo con la plaza, los distintos barrios que la rodean, las murallas que protegen el lugar y el nuevo entorno que lo rodea: campos verdes de musgo por un lado, tierra húmeda y ennegrecida por otro.

—Esta imagen es de hace unas semanas —explica Leo—. Desconozco cada cuánto borran los registros, pero… es posible que supieran dónde estamos desde hace tiempo.

—Entonces… ¿por qué no atacar antes? ¿Por qué hacerlo ahora? —pregunta Nabil, elevando la voz y rasgando con rabia las palabras —. ¿Por qué mantenernos ocupados con estúpidas patrullas cuando sabían dónde estábamos?

—Precisamente por eso —interviene Camila Salazar, con una serenidad propia de la vejez—. Para manteneros ocupados. Engañados.

—Noah Peaker es muy listo —añade Gala Craus—. No hay nada aleatorio en él. Ha actuado cuando quería actuar. Y eso… eso nos pone en una tesitura.

El corazón de Yago parece detenerse por completo. No le hace falta saber más para deducir lo que la doctora va a proponer.

—¿Nos han localizado también a nosotros? —pregunta el chico.

Gala se gira hacia él sin poder ocultar una incómoda mueca. Leo Pacheco toma la palabra para responder a los miedos del muchacho.

—Es posible —confirma, torciendo el gesto—. No hay registros de Arkadía, pero…

Yago no puede evitar soltar un resoplido y llevarse las manos a la nuca. Tiene que volver a apoyarse en la columna de madera, esta vez con la espalda. No se puede creer que tenga que volver a huir. No ahora que, por fin, su dolor y aceptación del nuevo mundo parecía estar mitigando y sanando.

—Si Peaker conoce este asentamiento —añade Camila—, es posible que también lo ataque.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Evacuar Arkadía entero? —pregunta Yago, incrédulo.

—No —sentencia Gala—. Es un pueblo pequeño, pero, si están siguiéndonos por satélite, llamaría la atención un abandono masivo.

—Peaker sabía dónde atacar —recuerda Gala—. Puede que sepa de la existencia de este lugar pero desconoce que el Priorato está aquí.

—¿A dónde quieres ir a parar? —La voz de Yago cada vez suena más angustiada.

—A que, de haber sabido con certeza que estamos aquí, habría lanzado otra bomba.

La respuesta la suelta Amber, que sigue permaneciendo al lado de Docta Sena.

—Ese *monstruo* no deja cabos sueltos —confiesa la muchacha, recordando su encarcelamiento.

El silencio vuelve a ser el protagonista de la antigua iglesia durante unos minutos. Cada uno se refugia en sus pensamientos; solo el tecleo de Leo rompe la falsa y dramática calma de la reunión.

—¿Cómo lo ha podido hacer? —susurra Winda, negando con la

cabeza—. ¿Cómo ha podido matar a todos los idedianos y que la explosión de luz no haya afectado a la gente de Terra?

—Tengo… tengo imágenes del momento de la detonación —anuncia Pacheco—. No sé si querréis…

El meteorólogo no termina la frase, pero no le hace falta una respuesta verbalizada, ya que, con cautela, todos se acercan a él para ver lo que les quiere mostrar en la pantalla.

—Son solo veinte segundos de vídeo —advierte.

En él se vuelve a apreciar la ciudadela en el mismo plano de antes. De repente, un objeto con forma de aspa cruza la pantalla hasta que llega al Ubongo y estalla en un haz de luz que quema toda la imagen de un brillante blanco. Al segundo, el vídeo recupera el contraste y se observa cómo una densa niebla se expande rápidamente en forma circular hasta desvanecerse.

—Yo estaba justo aquí —señala Winda en la pantalla con un tono ahogado.

La joven Sapiente vuelve a llevarse las manos a la boca, aterrada al ver lo poco que ha faltado para que esa nube mortal acabara también con ella.

—Tenéis que iros de aquí —ordena Gala mientras se dirige a los Sapientes—. Vosotros tres representáis los cimientos de Ídedin. Cuando Peaker solo encuentre el cadáver de Essam…

—No pienso huir y dejar que ese monstruo…

—¡No, Nabil! —responde la doctora, interrumpiendo al chico y elevando la voz con agresividad—. ¡No puedes volver ahí y empezar una guerra! Tenéis que retiraros, permanecer ocultos, estudiar la situación y…

—¿Hasta cuándo vamos a seguir huyendo? ¡¿Hasta cuándo vamos a tener que estar escondiéndonos?! —La furia del chico aumenta con cada paso que da hacia Gala.

—Docto Nabil.

La voz fría, tajante y serena de Docta Sena detiene al alterado muchacho. La Patrona del Fuego se pone en pie sin ocultar el dolor en su rostro, pero mostrando un semblante decidido.

—Tienen razón —sentencia ella—. No tiene sentido volver y

enfrentarnos al enemigo. No en estas condiciones. No permitas que tu corazón se oscurezca más aún de lo que está, por favor.

El Sapiente lanza un gruñido sin quitar el ojo a su igual. Acto seguido, sacude el rostro y se da media vuelta para volver con su hermana. Esta le pone la mano en la espalda, intentando calmarlo con el tacto.

—¿A dónde podemos ir? —pregunta Sena asumiendo el rol de portavoz.

—Por lo que he podido ver —interviene Leo Pacheco mientras teclea de nuevo—, hay una antigua aldea de montaña a unos kilómetros de aquí. No os llevará más de tres o cuatro días a pie.

—Pero ¿qué sentido tiene mandarlos a un sitio que el satélite ya ha localizado? —pregunta Yago.

—Precisamente por eso: ya está localizado. Ahora que tenemos acceso a él, podemos *manipularlo* para que pase desapercibido —propone el meteorólogo—. Mis conocimientos como *hacker* son limitados, pero creo que ella…

Leo deja la frase abierta, esperando que la doctora la termine por él. Sin embargo, Gala parece haberse quedado congelada durante un segundo, con la mirada perdida, ausente de vida. Nadie más salvo Leo parece percatarse de ello.

—¿Doctora Craus?

La mujer reacciona a su nombre. Primero mira a Leo y parpadea un par de veces, intentando ubicarse. Acto seguido, vuelve a dirigirse al resto.

—Yo podré hacerlo, no os preocupéis —confirma Gala con naturalidad, dejando entrever que su naturaleza de androide le permite obrar con habilidades informáticas de alto nivel.

—Además, en esta zona de la montaña los bancos de niebla suelen ser muy habituales —añade el meteorólogo—. Podréis caminar por los alrededores ocultos de la visión del satélite.

—Deduzco que nosotros también nos tenemos que ir, ¿no? —pregunta Yago, cabizbajo.

Gala Craus se acerca al chico, que tanto ha hecho por integrarse y adaptarse a su nueva vida. Sabe el dolor que lo inunda cada mañana y

por lo que ha pasado, así que no duda en acariciarlo por el mentón para que sus ojos se junten con los de ella.

—Tú y Amber representáis al Equilibrio —dice la doctora—. Sois lo que queda de la Orden que lideraron Kai, Denis y Bahari. Sois su legado. Si hay algo que teme Peaker por encima de Ídedin, sois vosotros y ese precioso felino que te está esperando fuera.

Yago no puede evitar contener las lágrimas que comienzan a inundarle los ojos.

—Bahari te encomendó una parte de su alma con Virgo y *El libro de la Unión*. El amor entre Denis y Amber hace que ella esté ligada a la existencia del viajante de Vawav. Y en cuanto a Kai… bueno, no hace falta que os diga la conexión tan especial que teníais los tres —explica Gala mientras acaricia con cariño la mejilla de Yago y mira de reojo a Amber—. Peaker no se lo pensará dos veces. Acabará con todo lo que representa el Equilibrio.

—Por esa regla de tres, vosotros también vendréis, ¿no? —interviene Amber con brusquedad, intentando ocultar con su carácter la aflicción que han provocado las palabras de la doctora.

—Alguien se tiene que quedar aquí e investigar lo que hace esa bomba. Y en caso necesario… —la mujer hace una pausa para intercambiar una mirada cómplice con Camila— bueno, siempre está bien que haya un señuelo.

—Estaremos bien —confirma Camila Salazar—. En el fondo, lo mejor que podéis hacer por Arkadía es marcharos cuanto antes.

—¿Y yo cómo le diga a mi chica que nos tenemos que ir de viaje otra vez con los gatos…? —bromea Leo Pacheco, intentando relajar un poco el ambiente.

Cuando se da por finalizada la reunión, son innumerables las incógnitas que azotan los pensamientos de la resistencia del Equilibrio. Mientras que los Sapientes se cuestionan la entereza de su unión ante la falta del Cacique de la Tierra, los dos amigos de Kai regresan a sus casas para, una vez más, empaquetar sus cosas y emprender un nuevo exilio.

Amber no duda en guardar en primer lugar el libro y los apuntes que ha ido tomando sobre sus investigaciones y, antes de salir, da un

último beso a su madre, engañándola con que va a dar un paseo con Yago y Virgo. Si es tan peligrosa su existencia, no puede poner en peligro a la única familia que le queda. Menos aún cuando, al igual que Yago, se ha adaptado tan bien a esa nueva y extraña normalidad.

Ojalá pueda convertirla en una paz eterna, mamá.

Con este deseo, la muchacha abandona el hogar para reunirse con los Sapientes y el grupo de centinelas que escoltó a Sena, Nabil y Leo cuando llegaron a Arkadía. Dada, el líder de la patrulla, aguarda con su equipo y su compañero animal a que empiece una nueva marcha hasta las desconocidas montañas del este. Amber no puede evitar soltar un profundo suspiro cuando ve la estampa de partida.

—¿Preparada? —pregunta Yago, con un nudo en la garganta, mientras hunde su mano en el pelaje de Virgo.

—No —responde ella con una triste sonrisa—. Pero ¿acaso lo hemos estado alguna vez?

A todo el mundo le corresponde un lugar

Sif Noah Peaker solo ha pisado el Ubongo una vez. El recuerdo de su primera y única visita a uno de los lugares más sagrados de Ídedin le produce cierto amargor. El sabor de la traición protagoniza el recuerdo de cuando el viajante acabó con la vida de la guardiana, Gala Craus, sin su consentimiento para después encadenar una serie de sucesos que han puesto a prueba su paciencia. Reconoce que se dejó llevar por la confianza (a veces un tanto ciega) que tiene en su gente, pero se excusa en el plan paralelo que estaba fraguando con la traidora del otro bando: la Sapiente que controlaba el agua.

Ahora esa aliada se ha convertido en un problema para el dictador de Vawav. Zola cree estar en las mismas condiciones que él. La idediana está convencida de que goza del mismo estatus y que ambos serán quienes controlen el nuevo mundo. Pero Sif Noah Peaker sabe que solo puede haber un líder y él sigue siendo el único capaz de soportar y asumir esa carga.

Aún no han recogido los cadáveres. No ha querido dar la orden porque quiere contemplar con sus propios ojos el resultado de Darwin, su nuevo juguete. Quizá definirlo de esta manera resulte un tanto infantil, pero el dictador no puede ocultar su triunfo ante la desoladora imagen que proyecta la ciudadela de Ídedin. Siente que ha ganado una ronda importante. No es el fin del juego, pero el tiro de gracia está más cerca que nunca.

Cuando llega a la Sala de los Cuatro Tronos, observa con

admiración su majestuosidad arquitectónica. ¿Cómo es posible que una sociedad ajena a la tecnología haya sido capaz de construir ese impresionante edificio a base de piedra y cincel? El dictador contempla los cuatro tronos, que, en vez de alzarse por encima de toda la audiencia, se hunden en el suelo. Baja cada palco con tranquilidad hasta llegar al circular escenario, donde se imagina a los Sapientes hablando. El mismo escenario circular que hace meses visitó para poner en marcha todo ese complejo engranaje que, a día de hoy, sigue sin terminar de comprender.

Equilibrio…

Noah Peaker acaricia cada trono. Palpa con sus huesudos dedos los complejos detalles tallados en la robusta madera. Está tentado de sentarse en uno de ellos, pero ¿cuál? ¿Qué trono es el más majestuoso de todos? Quizás el del fuego por su agresiva forma. ¿O podría ser el del viento por los motivos tan solemnes? El que representa a la tierra es el más robusto de todos, mientras que el del agua resulta el más bello y elegante.

No puede haber cuatro tronos. La existencia de cuatro gobernantes le produce un escalofrío lleno de repulsión y odio.

Sif Noah Peaker camina hasta el centro de la sala y se hurga en el interior de la túnica de cuero para sacar su revólver personal y único. No existe ningún otro modelo. No tiene nada de especial, pero lo mandó construir para él con unas medidas específicas, una empuñadura personalizada y una configuración propia de la edad dorada de Vawav. El Sif configura el arma y dispara a los cuatro tronos con calma en el mismo orden en que los ha estudiado. Cada láser que sale del pequeño cañón impacta contra la madera, que destruye y prende a partes iguales. Cuando la mirilla apunta al trono del agua, no dispara. Mientras los tres restantes arden a su alrededor, él no puede apartar la vista del cuarto, en el que se ha sentado tanto tiempo Zola.

En cuanto vea lo que ha ocurrido ahí, en cuanto descubra que ha encontrado la forma de exterminar a todos los idedianos de un golpe, le plantará cara. O quizá Zola sospecha de sus intenciones ocultas y ya está actuando por su cuenta bajo el pretexto de la conquista en

nombre de los *pensadores.*

Una creyente que se cree pensadora.

Sus ancestros se estarán removiendo en su tumba. ¿Qué clase de futuro es ese? ¿En qué clase de mundo se convertiría si idedianos y vawaianos empezaran a forjar relaciones? De poco sirve ahora el absoluto control de la natalidad que tenía en Vawav. Ahora hay todo un legado de hombres de Terra e Ídedin sueltos que son capaces de procrear en los fértiles vientres de Vawav para que de sus entrañas nazca toda una estirpe de…

Mestizos. Creyentes pensadores.

Tiene que contener sus ganas de vomitar. El Sif dispara al último trono y abandona la sala, dejando a sus espaldas un fuego que no sabe si se acabará extinguiendo. Tampoco le preocupa si arde toda la ciudad.

Cuando regresa a la plaza, da la orden a los agentes para que empiecen a apilar al lado de la fuente todos los cadáveres idedianos.

—Quiero un único montículo —ordena el dictador—. Es importante que entiendan nuestro mensaje.

A Noah Peaker lo ha entristecido encontrar solo el cadáver de un Sapiente, así que, hasta que se demuestre lo contrario, los otros tres siguen con vida. Ignora cómo han sobrevivido al ataque, aunque apuesta a que lo más seguro es que no estuvieran en la ciudadela cuando la bomba estalló.

Cuando se acerca a la fuente, se fija en el blanquecino polvo que cubre el agua. El Sif introduce los dedos en el líquido para impregnarse de las impermeables partículas del citranium que ha liberado la bomba.

No puede evitar una sonrisa burlona. Le resulta irónico que uno de los minerales más preciados y representativos de Ídedin se haya convertido en su mayor aliado. Gracias al citranium ha podido romper el Equilibrio. Gracias al citranium ha podido abrir una brecha entre los mundos. Gracias al citranium va a poder exterminar a toda una raza de parásitos de su nuevo y perfecto mundo. Siente vergüenza por haber infravalorado tanto el mineral. ¡Él solo lo necesitaba por su poder de combustión! ¡Por la capacidad de dar una energía casi

ilimitada a Vawav!

Pero tu poder va mucho más allá que el del propio sol…

Lamentablemente, sus reservas de citranium son escasas y ha necesitado una cantidad insultante tanto para viajar a Terra antes del Colapso como para producir esa bomba. Ahora podría construir un par de artefactos más o, en su defecto, una única bomba cuya potencia podría arrasar un tercio del planeta.

Debe ser precavido. Debe ser meticuloso. Debe tener paciencia.

Las cucarachas no se aniquilan en una sola noche. Las ratas no se matan con una sola trampa.

A todo el mundo le corresponde un lugar en el nuevo mundo: los idedianos no tienen cabida, los terrícolas deberán someterse a su voluntad y Vawav… Vawav brillará como nunca antes lo ha hecho y él seguirá siendo su único y grandioso Sif.

Una aldea en mitad de la montaña

Lo único que rompe la quietud de la montaña es el aleteo de los insectos y los truenos de una tormenta lejana. La densa niebla que acapara el lugar impide que el grupo contemple lo que los rodea a pesar de la luz del día. El viento parece colarse entre los recovecos de las distintas rocas que forman el camino de la montaña. La vegetación es cada vez menos abundante por la altitud y tanto Amber como Yago apuestan a que dentro de poco solo hallarán tundra y estepa.

Adentrarse en las montañas al norte de la península de Ídedin les ha costado tres días de viaje, pero merecerá la pena por el clima del lugar. La altitud a la que se encuentran hace que las frías temperaturas se mezclen con el calor de la geología idediana y eso hace que el ambiente sea más húmedo. Las constantes nubes y bancos de niebla que inundan cada recoveco hacen que el grupo de exiliados permanezca oculto de la vista aérea del satélite.

El murmullo de un riachuelo les llama la atención. Virgo olfatea el aire, viendo lo que los ojos del resto no pueden ver. El ronroneo gutural que suelta a Yago avisa de que el lugar es seguro, así que caminan con paso firme hasta que el sendero empieza a ensancharse y las paredes de piedra se reducen a pequeños montículos.

—Creo que ya casi estamos —anuncia Yago.

El grupo de exiliados no tarda en toparse con una pequeña aldea abandonada en un claro en mitad de la montaña. Cuentan cinco casas, dos de ellas derruidas, mientras que las restantes se mantienen en un estado aceptable para el refugio. Todas ellas están hechas a base de piedra y madera, igual que las que encontraron cuando fundaron

Arkadía. Tanto Amber como Yago no pueden evitar preguntarse qué parte del mundo ha decidido fusionarse con Vawav e Ídedin en toda la península, pero son capaces de apostar que esas montañas son europeas. A los dos amigos les cuesta mucho conseguir unificar en su mente el mapa del nuevo mundo, porque todo parece haberse amasado en una mezcla geológica que ha cambiado por completo la cartografía que conocían.

—El meteorólogo es listo —confiesa Amber, cruzándose de brazos, mientras contempla los alrededores del lugar—. Aquí será difícil que el satélite de Peaker nos localice.

—Listo y guapo —suspira Yago, sentándose en el suelo—. Qué pena que no haya venido.

—¿Con su novia y sus dos gatos? —bromea Amber, acompañando a su amigo.

—Bueno, lo de los dos gatos puede ser una señal —contesta él, alzando las cejas.

—Ay, Yaguito… —suspira Amber con una sonrisa cansada—. No dejan de sorprenderme tus teorías para intuir la sexualidad de los hombres que te gustan.

Yago se queda callado, compartiendo la misma sonrisa que su amiga, pero la nostalgia y el recuerdo no tardan en teñirla de tristeza.

—*Yaguito*… —repite el chico, perdiendo su vista en las franjas de niebla blanca—. Así me llamaba Kai.

Amber abre los ojos, consciente de que quizá su comentario ha incomodado a su amigo.

—Perdona. Me ha salido solo. Yo no…

—No, no —interrumpe él mientras le aprieta la rodilla con cariño —. Está bien. Me gusta. Puedes… puedes tomarle el relevo.

Ambos se miran durante un segundo, compartiendo con la mirada las emociones que son incapaces de transmitir con palabras. Están ahí, el uno para el otro. Están ahí para apoyarse, para darse fuerzas, para abrazar el recuerdo cuando más lo necesiten, para contemplar el futuro con esperanza y optimismo. Están ahí para compartir el dolor y la pena, para recordar a su mejor amigo cuando ellos quieran. Pero, por encima de todo, están ahí porque siguen juntos, inseparables.

Porque son la familia que han elegido y que, pase lo que pase, van a proteger hasta el fin de sus días.

—¿Cómo nos distribuimos?

La voz de Nabil los saca de su burbuja sentimental, devolviéndolos a ese extraño mundo real del que intentan formar parte.

—Bueno… —dice Yago mientras echa un vistazo al grupo, contando a los Sapientes y los centinelas que los acompañan—. Hay tres casas «habitables» y somos…

Dada lo interrumpe antes de que termine de hacer las cuentas.

—Los Sapientes pueden dormir en una, vosotros con Virgo en otra y nosotros en la tercera —anuncia Dada mientras Kira, la pequeña coyote, aparece por detrás de su espalda—. Haremos guardia, así que no estaremos apretados en el interior del refugio.

—La vigilia será cosa de todos —anuncia Sena, mostrando un semblante dominante—. Haremos turnos de dos horas por parejas. Evitad fogatas en el exterior, ya que su luz llamará la atención de Peaker.

En un abrir y cerrar de ojos, los centinelas se han puesto en marcha para asegurar la aldea y ver cuál es el punto más estratégico para montar las guardias. Mientras que Virgo, Kira y el resto de compañeros animales de los centinelas se expanden por los alrededores en busca de alimento, Amber y Yago se introducen en la casa de piedra que, hasta nuevo aviso, se va a convertir en su nueva morada.

—Hogar, dulce hogar —anuncia Yago con ironía cuando ven el interior de la casa.

La madera que cubre el suelo está podrida por culpa de la humedad. El polvo y la arena que se han colado a través de los recovecos de las ventanas cubren el deteriorado mobiliario que posee. Está claro que esa aldea fue saqueada tras su abandono. El olor es denso por culpa de la falta de cuidado y del paso del tiempo. Además, su tamaño y distribución tampoco resultan confortables: la casa tiene una única estancia en la que, años atrás, se desarrollaría la vida diaria de sus ocupantes.

—Voy a encender la lumbre —comenta Amber cuando descubre el

hueco central en mitad del espacio—. Nos vendrá bien para quitar humedad y olor…

—Ya me estaba emocionando con que esto fuera a tener un baño —confiesa Yago.

—Creo que el retrete de esta gente era la propia montaña.

—Ya, ya… —contesta el chico—. Pues… voy a hacer una visita a la *montaña*.

La noche no tarda en llegar. El arduo viaje que han hecho desde Arkadía, sumado a las distintas emociones que inundan a cada uno, han hecho que los dos amigos caigan dormidos al instante. Gracias al control de los elementos que tienen los idedianos, han podido improvisar camastros de mullida tierra con una controlada lumbre que no solo ha servido para cocinar el alimento que ha cazado Virgo, sino también para calentar la estancia y protegerlos del frío de la noche.

Nabil y Dada son los primeros en montar guardia. Unos metros más allá del poblado, donde las paredes de roca vuelven a elevarse, han podido improvisar un pequeño puesto de vigilancia con el que controlan tanto las casas como los posibles visitantes que puedan aparecer por el camino que han recorrido. La visibilidad sigue siendo muy deficiente, pero al menos tienen una buena panorámica desde allí.

—Hay algo extraño en este lugar —comenta Dada en un susurro—. No sé si es malo o bueno, pero… me inquieta.

—Yo también lo siento —dice Nabil mientras se sopla las palmas de las manos con una sutil invocación del fuego para calentarse—. Pero empiezo a dudar si son sugestiones mías o es cosa del frío y de la humedad de la montaña.

—¡Qué distinto es esto de casa, hermano! —confiesa Dada con un suspiro. Su voz se ha teñido de nostalgia al pensar en el calor de Ídedin—. Ahora vivimos en un mundo que oscurece, en el que llueve, hace frío…

—Bueno, en eso consiste el Equilibrio, ¿no? —comenta Nabil con

semblante frío—. Ídedin era solo luz y calor. Vawav, frío y oscuridad. Esto es… la *unión* de ambos.

Los dos amigos centinelas se refugian en el silencio, permitiendo que sus pensamientos y emociones se impregnen de los sonidos de la noche y de la montaña. Para ellos, la ausencia de luz se convierte en el momento de descanso y reflexión. El momento de conectar con su interior a pesar de las adversidades y miedos que los acechan día tras día.

—No podemos estar huyendo toda la vida —dice Nabil en un pensamiento que formula en voz alta—. Tarde o temprano tendremos que plantar cara al *monstruo* de Vawav.

—¿Con qué armas, hermano? —pregunta Dada sin ocultar el terror que le provoca pensar en una guerra—. Ya has visto lo que han hecho con la ciudadela. No… no podemos luchar contra esa tecnología.

—Algo tendremos que hacer.

Dada se da cuenta de que su amigo está perdiendo la paciencia, así que suspira y cambia su forma de comunicación con él.

—De acuerdo, Docto. Cuando lo sepas, dímelo —contesta con forzada formalidad—. Hasta entonces, no creo que tengamos otra alternativa que el ocultamiento y la evasión.

Nabil vuelve a refugiarse en el silencio, vuelve a centrar sus sentidos en la quietud de la noche y, como cada día que pasa, sus pensamientos vuelven a mostrarle el recuerdo de Bahari y Stratus en un mundo donde, para él, todo era perfecto.

Una corriente de aire frío desvela a Amber de su sueño. La chica siente que la humedad se le ha metido dentro de la manta con la que se cubre. Nota la garganta seca y las fosas nasales congestionadas por culpa de la baja temperatura. El fuego que alumbraba y daba calor a la casa se ha apagado.

—Joder… —farfulla con voz ronca.

Amber se incorpora cabreada y se acerca hasta los restos de la hoguera. Se frota las manos con un poco de su cálido aliento para

entrar en calor y después se agacha para soplar las brasas que quedan, pero necesita algo que prenda las ascuas para generar un nuevo fuego.

Un crujido a sus espaldas la pone en alerta.

El golpeteo de la puerta confirma que la corriente que la ha desvelado proviene del exterior. Se ha debido de abrir en algún momento de la noche o quizá Yago no la ha cerrado bien. En cualquier caso, eso ha hecho que el calor no se haya retenido dentro.

Observa que su amigo duerme plácidamente, dando la espalda a la lumbre, hecho un ovillo.

Claro, como Virgo siempre duerme contigo…

Pero entonces se da cuenta de que el felino no está. Ni al lado de Yago ni por ninguna parte de la habitación. ¿Habrá sido el animal quien ha abierto la puerta?

Amber se calza y abriga con lo único que tiene. Busca en su mochila la linterna a pilas que lleva siempre consigo y se la guarda en el bolsillo. Se absorbe la nariz para intentar despejarse y camina con cuidado hacia la entrada para no despertar a su amigo. Cierra la puerta detrás de ella, despacio, sin poder controlar el gemido que emiten las viejas bisagras.

La chica comienza a caminar mientras enfoca el suelo con la linterna. Hace un pequeño gesto con la luz a la posición de los guardias para avisarlos de su paseo y estos lo aprueban emitiendo un par de tenues ascuas que, a plena luz de la noche, sirven como contestación. No tiene pinta de que quede mucho para el alba, porque la densa niebla empieza a tener un poco de luminancia.

El crujir de sus pisadas por el camino es lo único que rompe el silencio. No tarda en llegar a la esquina donde hay varios hierbajos y arbustos que se han utilizado para prender el fuego del interior del refugio. Amber se agacha y comienza a partir ramas.

Maldito Virgo…

La chica maldice para sus adentros el instinto del animal por haber salido de la casa. Por primera vez estaba teniendo un plácido sueño culpa del cansancio, sin pesadillas que la atormentaran por la noche. Reconoce que, con todo lo que ha ocurrido en los últimos días, su mente se mantiene más ocupada en intentar sobrevivir que en

encontrar las respuestas que lleva buscando desde hace meses.

Crac.

Un ruido seco a sus espaldas hace que se ponga en alerta.

—¿Virgo? —pregunta la chica, apuntando con su linterna a la niebla.

La respuesta llega en forma de brisa y silencio.

Amber vuelve a girarse y continúa con su cometido, partiendo ramas y arrancando hierbajos.

Crac.

Esta vez suelta de golpe la linterna por culpa de la cercanía del sonido. Pareciera estar a unos pocos metros de ella. Amber se incorpora de nuevo para ver qué es lo que cada vez escucha más cerca de ella.

—¡Virgo, ya vale! —grita la chica, disfrazando su inquietud de cabreo—. ¡No estoy para juegos!

La brisa empieza a cobrar más fuerza. Es un soplido frío y húmedo que le mueve el cabello de forma sutil. Observa con atención la niebla que tiene enfrente. Su densidad oculta los primeros rayos del sol, pero no impide que los azulados colores de la mañana se filtren a través de ellos. El aire parece hacerla danzar de una forma rara e inquietante, como si quisiera ocultar la forma de alguna presencia que observa a la muchacha.

Hay algo ahí.

Algo que no puede ver, pero sabe que está ahí. Delante de ella. A unos pocos metros de distancia.

Puede sentirlo.

Un crujido a su izquierda la sorprende. El felino que creía que provocaba los sonidos ha aparecido a su derecha. Sin embargo, lo que más sorprende a Amber es que Virgo también está observando ese *algo* que ella no puede ver. El lomo del animal se ha erizado y su cuerpo está tenso, con la mirada puesta en la niebla, que no deja de moverse con ondulaciones más rápidas.

Crac.

El crujido de tierra suena a tan solo unos pocos centímetros de ellos. Virgo suelta un bufido tan agresivo como asustado. Amber siente

que se le ha congelado el corazón. Quiere salir corriendo de ahí, pero teme que si lo hace esa presencia invisible los ataque o…

Amber.

Alguien le ha susurrado al oído su nombre. La chica no duda entonces en correr de vuelta hacia la casa lanzando un grito de terror que pone en alerta a toda la aldea.

Cuando vuelve a adentrarse en la niebla, unos brazos la agarran y detienen de golpe. Ella, por instinto, empieza a zarandearse y a defenderse.

—¡Amber, soy yo! —A la chica le cuesta reconocer la voz de Nabil —. ¡Tranquila! ¿Qué pasa?

—Hay… hay algo ahí —confiesa con el aliento entrecortado y la voz aguda—. Me ha susurrado… Sabía… sabía mi nombre…

—Respira —le pide el Sapiente con voz calmada—. Tranquila. No pasa nada. Iremos a echar un vistazo.

Amber no se ha percatado de que su escandaloso grito ha puesto en alerta a todos los centinelas en cuestión de segundos. Mientras Nabil da una orden con la cabeza para que los guerreros vayan a echar un vistazo, él permanece a su lado.

La luz del alba empieza a ser más agresiva porque la neblina parece estar disipándose. El grupo de exiliados no tarda en contemplar, por primera vez, el impresionante paraje que los rodea. La piedra gris se junta con las montañas de arcilla roja y caliza. Todo el sistema montañoso en el que se encuentran se alza de forma majestuosa separando la península de Ídedin del resto del nuevo mundo.

—Nada, Docto —confirma una de las centinelas que han ido a echar un vistazo—. No hemos visto nada

—¡Claro que no has visto nada! ¡Porque es invisible! —estalla la chica, en un comportamiento que suscita un punto de demencia—. Virgo también lo ha sentido. Estaba a mi lado. Se le ha erizado el pelo…

—¿Qué pasa?

La voz de Yago hace que todos se giren hacia él.

—Nada. Creo… creo que Amber ha tenido una pesadilla.

—¡No ha sido una pesadilla, Nabil! —dice apartándose de él, molesta—. Era real.

—No vamos a negar que aquí, en este lugar, hay… hay *algo* —confiesa el Sapiente—. Nosotros también lo sentimos. Pero es distinto a lo que tú como terrícola entiendes por *presencia*.

Amber se queda callada. No sabe qué decir. No sabe qué pensar. Ni siquiera sabe qué sentir. ¿Acaso se está volviendo loca?

Amber…

La chica vuelve a escuchar esa voz. Esta vez en un eco. Lejana. Se aparta de Nabil y camina hacia la fuente del sonido.

—Amber, ¿qué pasa? —pregunta Yago, acercándose a ella.

Ella empieza a temblar. De frío, de nervios, de emoción. Se abraza la espalda ella misma, intentando contener el sollozo.

—Ey… amiga… —dice Yago mientras la refugia entre sus brazos.

—Está aquí, Yago —confiesa en un susurro, hundiendo la cabeza en el pecho de su amigo—. Puedo sentirlo. Puedo olerlo.

Amber…

—Puedo escucharlo.

Las palabras salen de su boca con dolor, tristeza e impotencia.

—Me estoy volviendo loca… —se derrumba Amber, abrazando a su amigo—. Esto me está volviendo loca.

Virgo comienza a restregar su cabeza contra el costado de la chica en un extraño ronroneo.

—No te estás volviendo loca, Amber. Solo es… estrés. A mí también me ha pasado, ¿sabes? Es normal y…

Todos los sentidos de Yago se dispersan de repente. Sus ojos se centran en esas montañas, que resultan más visibles a medida que la niebla se va despejando y el alba va iluminando todo lo que los rodea.

—¿Qué pasa? —pregunta Amber al ver que su amigo se ha callado de golpe.

La mirada de Yago está puesta en el horizonte. En algo que ha reconocido. El ceño fruncido del muchacho hace que ella se gire hacia la panorámica natural que tienen desde el punto en el que se encuentran.

—Yo he estado aquí antes —anuncia el chico, apartando con

cuidado a Amber—. Yo… yo he estado en esas montañas.

Yago camina despacio hacia el borde de la estepa, con tiento. Como si dar un paso en falso alterara todos sus recuerdos y acabara con el ejercicio de memoria que está haciendo.

Nabil no tarda en incorporarse a su lado.

Él también parece reconocer esas caprichosas formas en la roca. Ese conjunto de picos de color arcilloso que esconde bajo sus faldones un milenario laberinto natural lleno de grutas.

—¿Cómo que has estado en esas montañas? —repite Amber, incrédula.

—Con Bahari —interviene Nabil, boquiabierto—. Hace meses pasamos una noche en esas montañas con Bahari.

—Estamos… estamos en las cuevas ancestrales —confirma Yago en un susurro.

El regreso a las cuevas ancestrales

No puede ser una coincidencia.

Se niega a pensar que todo este viaje sea una casualidad. Amber está convencida de que todas las pesadillas que ha tenido, las voces que escucha y las inexplicables alucinaciones están, en cierto modo, conectadas con ese lugar. Con esas montañas.

—Amber…

La voz de Yago apenas la inmuta. Ha estado toda la noche estudiando los escritos y las anotaciones en los que lleva trabajando meses. Los ha vuelto a leer como si fuera la primera vez que se sumerge en ellos, pasando las páginas que ha garabateado con su puño y letra mientras lo coteja con el milenario libro. Han sido horas de estudio interminable y solitario. Ha invertido tanta energía en buscar la respuesta a sus preguntas que empieza a dudar de sí misma y a plantearse que la obsesión se ha adueñado de ella y ha enturbiado cualquier atisbo de cordura.

—Me dijiste… —comienza a hablar la chica mientras se centra en buscar algunos esbozos del cuaderno—. Me dijiste que reconociste unos símbolos del libro. Unos símbolos que viste en esas cuevas.

—Sí, pero, Amber…

—¿Cuáles son? —interrumpe ella, mirando a su amigo con los ojos más abiertos de lo normal.

El cansancio se ha manifestado en cada surco de su rostro. Tiene la vista hinchada e irritada, con los párpados teñidos de un tono amoratado. El vivo aspecto de su cutis ha desaparecido por un color más pálido, con manchas y algunos signos de acné. A ojos de Yago, la

chica parece haber envejecido años en cuestión de meses.

—Amber, en serio, tienes que parar.

Ella ignora la advertencia y pasa un par de páginas hacia atrás sin disimular la ansiedad. No tarda en ponerse de pie de manera abrupta para mostrarle a Yago unos símbolos que ha calcado en su cuaderno.

—¿Son estos? —pregunta con cierta agresividad.

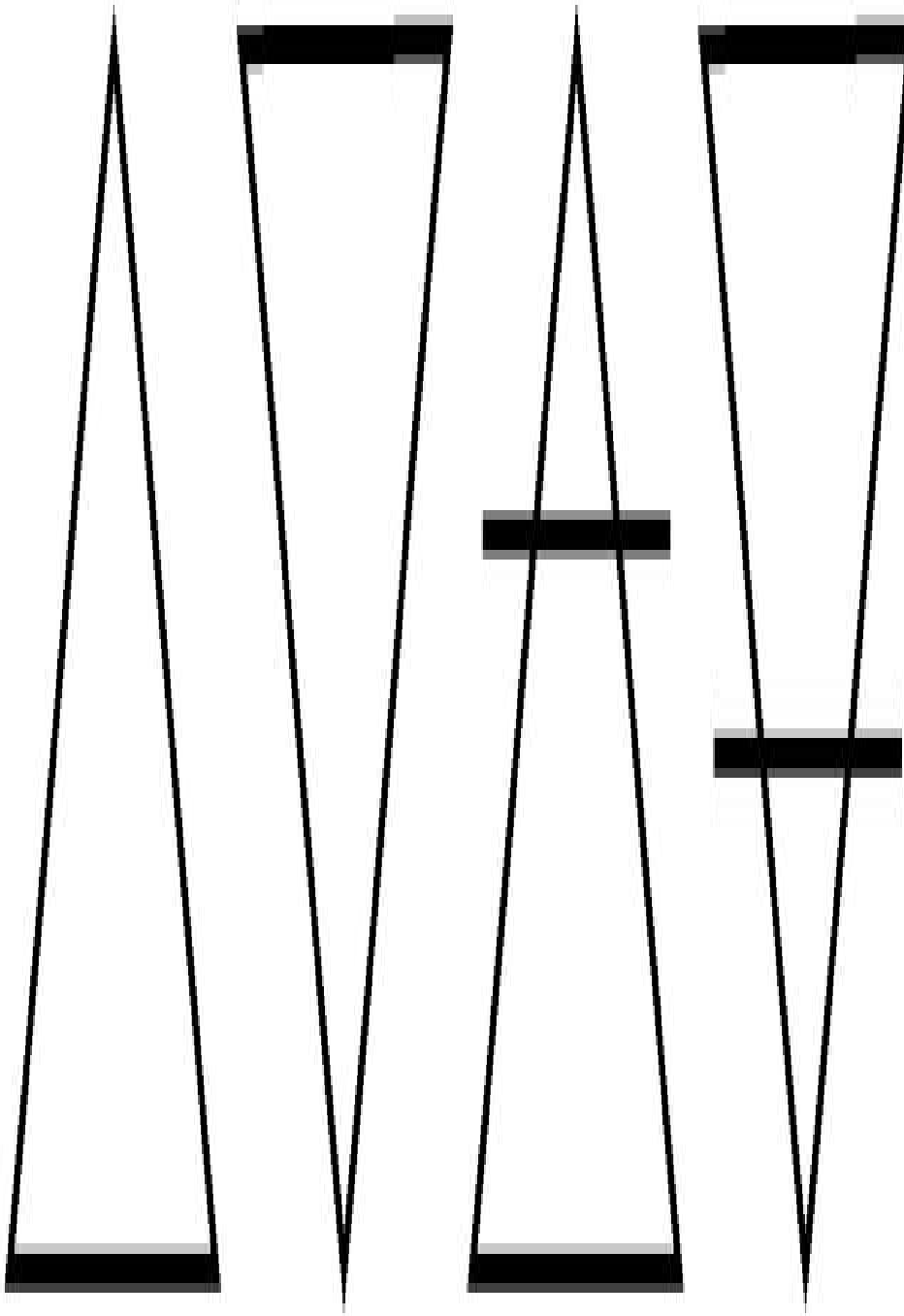
Yago la observa con preocupación e incomodidad. No puede evitar poner una mueca al ver el desgastado aspecto del cuaderno, que, en cierto modo, va a juego con ella. Las páginas han perdido el color blanco como consecuencia de la suciedad y del excesivo uso; muchas de ellas están arrancadas, garabateadas, arrugadas o deformadas por culpa de la lluvia o cualquier otro líquido que haya caído sobre ellas.

No está bien. Sabe que todo esto le está pasando factura a su amiga. Ese cuaderno parece obra de cualquier demente obsesionado con una causa perdida. ¡Por no hablar de esas voces que dice escuchar por la noche y se cree que…!

—¡Yago! —insiste ella, sacando al muchacho de su aturdimiento—. Dime si son estos, por favor.

Él suelta un resoplido y agarra el desgastado cuaderno. Relaja el rostro en un gesto claro de resignación ante la insistencia y comienza a observar los símbolos pintados a mano.

Un triángulo. A su lado, otro invertido. El tercero tiene una línea atravesándolo, mientras que el cuarto luce la misma geometría del revés.



Cada uno de los símbolos está dibujado sobre la cabeza de cuatro figuras humanas que parecen estar danzando en posición de culto.

Yago frunce el ceño. No es la primera vez que ve los dibujos.

—Son estos, ¿verdad? —dice Amber al ver la cara de sorpresa de su amigo—. Son estos símbolos los que viste en las cuevas. En *esas* cuevas que están en las montañas de enfrente.

Yago sigue estudiando con detenimiento los apuntes de la chica mientras ella recita de memoria el texto que hay escrito en una de las esquinas.

—*No hay mayor equilibrio que la manifestación de los grandes poderes* —dice, sin quitar la vista a su amigo—. Agua, fuego, aire y tierra —anuncia mientras señala cada símbolo—. Los cuatro elementos.

—¿Qué estás queriendo decirme con todo esto? —pregunta Yago, tan aturdido como confundido.

—¡Que las respuestas que buscamos están allí!

—Amber, no creo que…

—Tenemos que ir, Yago —interrumpe, suplicante—. Tenemos que ir a esa cueva. Ver esa pintura y…

—¿Y qué? —contesta él, agresivo, perdiendo la paciencia—. ¿Qué esperas encontrar, Amber?

—¡No lo sé! —grita ella, desesperada.

—Entonces, ¡¿por qué esta obsesión, joder?!

—¡Porque los *siento*! —chilla, incapaz de contener las lágrimas—. ¡Los siento aquí, Yago! —explica poniéndose la mano en el pecho—. Están cerca. Hay algo que… que… No puedo explicarlo con palabras, pero *sé* que están aquí.

Yago se da la vuelta, frustrado, soltando un resoplido de impotencia porque le cuesta mucho reconocer a su amiga. No entiende cómo ha podido llegar hasta ese punto. Se siente responsable del actual estado de Amber. *El libro de la Unión* era su cometido. Bahari se lo encomendó y él se lo ha prestado a Amber convencido de que ayudaría a la chica a sobrellevar el luto de la mejor manera posible, pero…

—Por favor, amigo —suplica Amber con la voz rota, agarrándole del brazo—. *Por favor*. Llévame hasta allí y… y te prometo que si no encontramos nada… —se obliga a serenarse para intentar aparentar la mayor cordura posible— si no encontramos nada, te juro que te

devuelvo el libro y quemo este cuaderno.

Yago se gira hacia ella con una mueca llena de confusión y tristeza.

—Me duele mucho verte así, Amber —confiesa él, más tranquilo—. Creo… creo que esto no te hace ningún bien. Y yo, encima, te he ayudado a interpretar algunas cosas y…

—No te culpes por mi obsesión —interrumpe—. La diferencia entre nosotros es que yo aún sigo teniendo fe. Y la fe a veces obsesiona.

—Amber…

—Por favor… —susurra con un hilo de voz y los ojos vidriosos—. Le creíste a Kai cuando tuvo todas esas *pesadillas.* Confía ahora en mí.

Fe y razón. *Creyentes* y *pensadores*. Todas esas palabras llevan al chico al buen recuerdo que guarda con Bahari en esas cavernas ancestrales. En cómo ella le relataba las historias milenarias del origen de todo, un origen que a él le había parecido un cuento, una historia ficticia contada a través de generaciones. Sin embargo, después del Colapso, no le ha quedado más remedio que aceptar que algunas historias pueden ser reales.

Y aun así…

Amber tiene razón: ha perdido la fe. Quizá por el presente que están viviendo, por el radical cambio del mundo. Quizá por la muerte de sus padres, ya que, si existe alguna posibilidad de que regrese Kai, su corazón se va a autoengañar creyendo que tal vez pueda volver a verlos. Quizá Yago ha perdido la fe porque no cree en la convivencia de dos sociedades tan distintas como Ídedin y Vawav. Quizá ha dejado de creer porque, directamente, no cree.

Que no lo veas no significa que no exista.

La voz de Bahari retumba en el interior de su corazón. Por primera vez, Yago siente que ha decepcionado a la gemela de su mejor amigo y eso, en el fondo, es haber traicionado al propio Kai. ¿Cómo es posible que una persona tan risueña como él, que siempre ha creído en la posibilidad de mundos mágicos, ahora no sea capaz de creer en su mejor amiga? ¿Por qué no dudó en aceptar la realidad de Kai y ahora es incapaz de asumir la de Amber? Si Bahari le ha encomendado ese

libro tan importante es porque, quizá, vio en él ese *algo* propio de una mente que no está intoxicada por la lógica. Quizá viera el auténtico espíritu de los *creyentes* en su interior. Yago se pregunta qué le diría Bahari en ese momento. O Kai. Incluso el propio Denis. Tres mismas miradas que, posiblemente, compartirían también la respuesta.

Yago suelta un nuevo suspiro, derrotado. Sin embargo, cuando alza el mentón y mira a su amiga, lo hace con tal convicción que Amber no necesita que verbalice su decisión.

Ambos se preparan para viajar hasta las cuevas ancestrales.

El viaje hasta las montañas no lo hacen ellos solos. Winda, Sena y Nabil los acompañan, mientras que el resto de los centinelas se quedan en la pequeña aldea, custodiando así el asentamiento. Cuando Amber compartió con los Sapientes su teoría sobre el Equilibrio y los viajantes, las tres eminencias de Ídedin no han dudado en sumarse a la travesía.

—No recordaba… que el camino fuera tan duro —protesta Yago con esfuerzo mientras sube el saliente de la empinada cuesta que asciende por las laderas de las arcillosas montañas idedianas.

—Porque subiste a lomos de Virgo —espeta Nabil—. ¿A que sí, colega?

El felino lanza un maullido escueto en respuesta y continúa liderando la marcha hacia las cuevas. Su increíble olfato y la memoria que tiene hacen que recuerde con facilidad el sendero.

Llevan medio día de camino cuando alcanzan la entrada de la cueva. El sol está a punto de ponerse y la neblina ha empezado a inundar de nuevo todas las montañas y el valle. Pareciera que, ahora que la Orden del Equilibrio ha encontrado el sagrado lugar, este pudiera volver a ocultarse entre las nubes.

—Sigue igual que la última vez —confiesa Yago mientras se detiene al lado de Nabil, observando la apertura en la que él y Bahari charlaron—. Seguramente seguirá ese improvisado camastro en el que dormiste mientras Bahari me explicaba el significado de las pinturas.

—Es… es un templo —confiesa Docta Sena al palpar con sus manos la piedra que forma la entrada—. Encontrasteis uno de los templos sagrados de los *creyentes*. Que el Equilibrio me abandone si no creo que esto no se trata de una coincidencia.

La fe de la Patrona del Fuego imbuye a Amber de una motivación con la que no puede evitar emocionarse y abrazar todas las esperanzas a las que tanto tiempo lleva aferrándose. La mujer aprieta el hombro de la muchacha con fuerza, como si con ese gesto quisiera transmitirle el apoyo y la confianza que le faltan para no sentirse sola.

Sin pensarlo más, Amber da el primer paso y se adentra en el interior de la cueva. El resto, más cautelosos, la imitan mientras Yanna y Virgo se quedan custodiando el exterior. El ambiente se impregna de inmediato del olor a tierra húmeda; la temperatura parece haber descendido varios grados de golpe. A medida que se adentran en la gruta, la oscuridad va adquiriendo mayor protagonismo, así que Docta Sena no tarda en alzar las manos para alumbrar la estancia.

Una de las paredes refleja con un delicado y azulado centelleo el brillo de las ascuas gracias al citranium que abunda en la piedra. El efecto del mineral cristalino hace que toda la caverna se llene de pequeños brillantes que resaltan aún más las rupestres pinturas que antaño los *creyentes* dibujaron en la pared del templo.

—Por el Equilibrio… —susurra Winda, impresionada—. Es… precioso.

Amber no tarda en abrir su cuaderno para cotejar los símbolos que Yago reconoció: cuatro figuras humanas, con los emblemas de los elementos dibujados encima de sus cabezas, danzando en círculo alrededor de otra silueta más grande con dos alas que emergen de su espalda. Amber estudia la pintura llevando la mirada de la piedra al cuaderno, comparando con ansia cada detalle.

—Es aquí… —confiesa la chica con un tembleque en la voz, fruto de la emoción y la excitación—. Aquí está la clave de todo.

—Y… ¿qué hacemos ahora? —pregunta Yago, confundido.

—Tanto la pintura como el libro parecen mostrar un ritual —comenta Amber—. Un ritual relacionado con los cuatro elementos.

Docta Sena estudia con detenimiento la pared y se centra en unos pequeños símbolos que se asemejan a letras persas. Cuando sus dedos recorren el texto, el citranium que los bordea parece iluminarse de un característico brillo azul que los muchachos relacionan, inmediatamente, con las extrañas auras de luz que emergían de la espalda de los viajantes.

—*He aquí el paso de la Unión* —recita la mujer en alto, traduciendo los milenarios escritos—. Esto es solo un acceso al templo.

—¿Y cómo entramos? —pregunta Amber, insistente.

El silencio vuelve a invitar a la paciencia y a la reflexión. Docta Sena sigue recorriendo con sus dedos las escrituras hasta que se detiene en el símbolo del fuego, que tantas veces ha visto en la alquimia. Cuando posa su mano sobre él, cierra los ojos e invoca el elemento. Justo cuando las primeras ascuas surgen de sus dedos, el símbolo triangular se prende e ilumina el trazado de un color rojizo que queda incandescente.

Winda no duda en buscar la pirámide invertida y copia el gesto de su compañera Sapiente, invocando el elemento del agua. Cuando el líquido empapa los surcos del dibujo, este comienza a brillar con un tono azulado.

—Nabil, busca el emblema del viento —ordena Docta Sena sin quitar la vista de la pared.

El joven Sapiente se contagia del emocionante momento y no tarda en encontrar el símbolo que representa su elemento predilecto. Al igual que su hermana y Sena, repite el mismo ritual invocando el viento. El símbolo se ilumina con una luz blanquecina.

—Aquí está el de la tierra —anuncia Yago, palpando con visible emoción la pintura.

No duda en acuclillarse, tomar un puñado de arena y restregarlo con la palma de su mano por el dibujo. Un tenue color verdoso ilumina el trazado del triángulo restante.

Inmediatamente después, un chasquido robusto, propio del sonido que hacen dos piezas al encajar, retumba por toda la caverna. La pared con las pinturas rupestres comienza a moverse y a separarse en dos mitades, manifestando así su verdadera naturaleza.

—Es una puerta… —confiesa Amber, asombrada.

—La puerta de un templo.

Un aroma aún más denso y húmedo del que ya hay en la estancia les golpea el rostro. La brisa que sale del nuevo espacio que se abre ante ellos demuestra que la habitación lleva miles de años cerrada.

—Es posible que nadie haya entrado aquí desde… —comenta Docta Sena.

—Desde los tiempos del único mundo —termina por añadir Winda.

Las voces de todos ellos viajan en un eco que demuestra que la sala es bastante amplia. Todavía pueden apreciar el parpadeo del citranium adornando las paredes del lugar, pero está demasiado oscuro para poder contemplar lo que hay en su interior.

—Vamos a necesitar luz… —farfulla Yago.

Docta Sena no tarda en reconocer una antigua pila de pólvora, con la que se iluminan los templos a los que la luz de Ídedin no puede llegar. Acerca su mano a la fuente con sumo cuidado e invoca el fuego en su palma. Justo cuando las ascuas tocan las primeras partículas del compuesto, este empieza a arder y a viajar por un canal de piedra que se va bifurcando e iluminando toda la estancia.

—Dios mío… —susurra Yago al ver la majestuosidad del templo.

La sala está tallada dentro de la propia montaña. Quienes hubieran construido el lugar utilizaron el blanco granito para fabricar las baldosas, alzar las columnas y levantar un altar circular con cuatro enormes cálices de mármol.

Amber es la primera en correr hasta ahí y estudiar con detenimiento el sagrario idediano. Observa que cada cáliz tiene grabado el símbolo de uno de los elementos y que, desde la base de estos, surgen unas líneas que convergen en el centro del círculo con una estrella de seis puntas formada por la fusión de los cuatro emblemas.

—¿La estrella de David? —comenta Amber al reconocer el símbolo del centro.

—Sí. O el sello de Salomón. O de Khatam Suleiman para los musulmanes. O de Jatam Sholomo para los judíos —interviene Yago, acuclillándose al lado de su amiga—. Es un símbolo que se ha

utilizado en una infinidad de religiones para representar la conjunción de lo terrenal con lo divino.

Amber mira extrañada a su amigo.

—¿Qué? —contesta él, haciéndose el interesante—. Te recuerdo que antes del Colapso era un friki de la lectura y me encantaban todas las historias de fantasía y *thrillers* históricos.

Amber sonríe con ternura, acariciándole el brazo con fervor.

—¿Y no sientes que ahora estás viviendo una de esas historias? —pregunta ella, emocionada.

—Vamos a ver qué dicen esos apuntes tuyos, querida —contesta él, sin poder disimular la sonrisa que se le ha dibujado en el rostro.

Amber se pone en pie y busca en su cuaderno el pasaje relacionado con el extraño rito que aparecía en *El libro de la Unión* y que cotejó con el volumen que le prestó Docta Sena hace unos días.

—*No hay mayor equilibrio que la manifestación de los grandes poderes* —recita la chica en alto—. *Del agua que fluye por la tierra, formada con las cenizas de fuego que ha arrastrado el viento, nacerá el quinto de ellos y será la unión de los cuatro.*

Amber se detiene en el centro de la sala y observa los cuatro cálices. Se gira en derredor y su mirada viaja hasta los surcos que hay en el suelo y que acaban convergiendo en el centro, justo a sus pies.

—Los cuatro elementos convocarán el quinto —susurra ella en un pensamiento que comparte en voz alta. La chica se dirige al resto, emocionada—. El quinto elemento. Es esto. ¡Esta es la clave de todo!

—Y… ¿cuál es el quinto elemento? —pregunta Yago, dubitativo.

Amber vuelve a observar el altar con exaltación para después centrarse en su mejor amigo.

—Está claro, ¿no? El quinto elemento es la propia vida. Es la unión de los cuatro. Es… es el *Equilibrio* de todo.

—¿De verdad crees que este ritual los va a traer de vuelta?

—Creo… creo que sí. A eso se refiere el libro —confiesa Amber con lágrimas en los ojos.

Docta Sena comienza a recorrer el círculo, interpretando los símbolos y el altar bajo su criterio. En el suelo reconoce varias letras persas, similares a las de la puerta que han cruzado. Uno de ellos le

llama la atención.

—*Con sangre* —dice la mujer mientras se acuclilla y pasa sus dedos por los pliegues del trazo—. El ritual requiere un sacrificio…

Amber, confundida, vuelve a ojear sus apuntes.

—N-No… Aquí… aquí solo habla de los cuatro elementos. De su pureza. De su esencia y legado.

—*La sangre manchará el polvo, teñirá el agua, alimentará el fuego y purificará el aire* —recita la Sapiente en alto mientras recorre con sus pasos el texto tallado en la superficie—. *Su legado es la llave.*

Docta Sena mira directamente a Winda y a Nabil, que parecen haber interpretado lo mismo que ella.

—*Su legado*… —repite Winda.

—Somos nosotros —anuncia Nabil—. Se refiere a los cuatro Sapientes.

Amber, emocionada, se acerca a ellos.

—¡Claro! ¡Las cuatro figuras! —dice enseñando el cuaderno con la pintura de la puerta del templo—. ¡Sois vosotros! ¡Vosotros representáis a los cuatro elementos! ¡Vosotros sois el legado del agua, el fuego, el aire y…!

La chica no termina la frase. Sus ojos se juntan con los de los tres Sapientes, que no pueden ocultar la derrota en su rostro.

—No estamos los cuatro —anuncia Nabil, verbalizando en alto lo que todos piensan.

Amber lanza un suspiro frustrado, triste y desesperado.

—No, no… —susurra, para después estallar furiosa—: ¡No me jodas!

—Amber…

—¿Hemos llegado hasta aquí para nada? Toda esta locura que me está pasando para que luego… ¿no sirva de nada? —pregunta la chica, incrédula.

—Si las escrituras están en lo cierto, necesitamos al Cacique de la Tierra —contesta Nabil, tajante—. Me temo que no vamos a poder hacer el ritual.

Amber comienza a palidecer. Un potente mareo se apodera de ella. Comienza a ver todo borroso y tiene que encontrar un punto de apoyo

para no caerse, pero al no tenerlo no tiene más remedio que sentarse en el suelo, aturdida.

—Lo siento, amiga… —confiesa Yago mientras acaricia la espalda de la chica.

—Hemos estado tan cerca… —susurra ella con la voz rota—. Te juro… te juro que lo siento muy cerca, Yago. A los tres. Pero más a Denis y…

Amber no puede contener el sollozo y libera su impotencia y frustración a través de las lágrimas y el llanto. Docta Sena no tarda en acercarse a ella y sumarse a reconfortarla con Yago.

—Tu fe es admirable, mi niña —confiesa Docta Sena con dulzura mientras le acaricia el cabello con ternura—. Eres un ejemplo para los aquí presentes.

—¿Por qué…? —pregunta. Le cuesta articular las palabras por la congoja—. ¿Por qué siento que soy la única aquí que sigue teniendo esperanza?

Amber…

Un nuevo susurro, más agresivo que nunca, hace que la joven dé un brinco. Ha sonado tan fuerte que no puede evitar mirar a Yago y Docta Sena, que, para su sorpresa, muestran la misma cara de estupefacción.

—¿Lo… lo habéis oido? —pregunta Amber—. ¿Habéis escuchado también su voz? ¿Cómo ha pronunciado mi nombre?

—Yo… yo he escuchado el mío —confiesa Yago, aturdido.

—Creo que cada uno ha escuchado cómo pronunciaban el suyo —confirma Sena mientras se pone de pie y mira a Winda y Nabil—. Porque no ha sido una voz. Han sido tres.

—Nos… nos están llamando —dice Nabil, aturdido. Apenas puede cerrar la boca por su asombro. Necesita ponerse la mano en la cabeza para no desfallecer.

—Nos están pidiendo que tengamos esperanza. Que tengamos fe —dice Docta Sena, sin poder controlar el tono más elevado de su voz—. ¡Es una llamada a los *creyentes*!

La Patrona del Fuego se acerca a Amber y a Yago, que aún están en el suelo, y les ofrece a ambos la mano para que se pongan en pie.

—Vosotros invocaréis la tierra —propone la Sapiente—. Igual que lo has hecho al abrir la puerta, Yago. Creed. Creed en el Equilibrio, en ellos. —Después se centra en Amber, a quien no duda en acariciarle el rostro con admiración—. Tenías razón, pequeña. Están aquí, con nosotros.

Amber se seca las lágrimas y asiente con firmeza y devoción.

—Que cada uno se ponga en su símbolo —ordena Sena con voz firme y convincente.

Winda es la primera en ponerse en el cáliz con el emblema del agua, situado al este del círculo. Sena camina hasta el oeste para situarse en el del fuego, mientras que Nabil se dirige hacia el que corona el punto cardinal más al norte. Amber y Yago son los últimos en situarse en el cáliz que representa la tierra.

—La sangre es nuestro legado —anuncia Docta Sena mientras alza la palma de la mano y se provoca un corte con el cuchillo de defensa personal.

Winda y Nabil copian el gesto, mientras que Amber le provoca el corte a Yago y este a ella.

Acto seguido, la Patrona del Fuego invoca su elemento en el puño ensangrentado y las primeras gotas de sangre empiezan a caer en la piedra, que, poco a poco, se empieza a iluminar de rojo. La Dueña del Agua impregna su mano de rocío, que tiñe el líquido que cae de su palma, y su cáliz comienza a brillar con un tenue color azulado. El Maestro del Viento produce un pequeño remolino, que adquiere un color granate por culpa de la herida sangrante y que, al aterrizar en la base del cuenco, se ilumina de un espectral blanco.

De la base de cada escultura de piedra emerge una luz que recorre el surco que lleva hasta el centro del altar y que, poco a poco, va iluminando la estrella central del suelo. Los distintos colores se van mezclando en una luz más brillante y pura.

Amber y Yago agarran del suelo un poco de tierra con la mano en la que se han hecho la herida y, sin apartar la mirada el uno del otro, sin soltarse debajo del cáliz, alzan los puños y liberan la tierra manchada con su propia sangre para que caiga al cuenco de piedra.

El verde que representa a la tierra empieza a emanar de la piedra

y, de su base, un río de luz del mismo color avanza con rapidez hasta el centro para terminar de completar la estrella de seis puntas.

De repente, todo se empieza a iluminar. La luz del símbolo central brilla con cada vez más fuerza de un blanco que, a cada segundo que pasa, se va volviendo más puro e inmaculado. Parecen sentir el calor del fuego, la humedad del agua, el polvo de la tierra y la brisa del viento recorrer toda la sala en movimientos circulares.

La luz empieza a ser tan cegadora que todos ellos deben cubrirse el rostro para evitar quedarse ciegos.

Un destello final, acompañado de un sonido grave, contundente y sobrenatural, retumba por toda la sala.

Amber intenta abrir de nuevo los ojos. Y ahí, donde todo converge, donde todo se ha unido, observa una figura. Un ser de luz con forma humana. Dos alas parecen emerger de su espalda. La extrema luminancia del lugar comienza a disminuir, como si esa presencia la estuviera recogiendo con su aparición.

El ser muestra un cuerpo desnudo con los músculos marcados, pero sin apariencia masculina. Tampoco parece ser femenina. La ausencia de genitales no dictamina si lo que ha surgido delante de ellos es un hombre o una mujer.

Entonces la luz descubre su rostro limpio e inmaculado. Un rostro carente de cabello, de apariencia serena, plácida y tranquila. Un rostro que a todos ellos les resulta familiar.

El ser que tienen delante comparte las mismas facciones de Kai, Denis y Bahari.

Pero ¿quién de los tres es? ¿Quién de los tres viajantes ha aparecido?

Cuando Amber se acerca al Ser, ansiosa por conocer su identidad, este abre los ojos de golpe y da todas las respuestas a la chica con tan solo una mirada.

Una mirada cuyo iris izquierdo es de un azul tan puro como el cielo, mientras que el derecho resulta ser de un verde moteado con pinceladas de color miel.

Una mirada que refleja la de tres.

—Amber —susurra el Ser al reconocer a la muchacha.

Su voz es melosa y segura. Como un bálsamo que invoca el recuerdo de tres voces distintas que ahora parecen sonar a través de una sola persona.

Ella no sabe qué decir. No sabe qué nombre pronunciar.

Solo tiene la certeza de que el Ser que acaba de aparecer delante de ellos es Kai.

Es Bahari.

Y también es Denis.

CUARTA PARTE

Ser

Su piel es pálida y grisácea. Al tacto resulta tersa y suave como la seda, pero también fría y pétrea como la porcelana. Bajo la luz del sol, emana un sutil brillo, como si en cada pliegue tuviera diminutas partículas de cristal que reflejan la luz. Su desnudo llama la atención por la delicadeza y definición de cada músculo. No resulta ostentoso, pero tampoco famélico. Sin embargo, lo que más destaca en su anatomía son dos bultos que emergen de sus omóplatos. En la parte superior de la espalda, el Ser parece tener dos pequeños muñones que, en vez de ser del mismo tono blanquecino que el resto de su piel, lucen un color cromado.

Amber ha sido la primera en cubrirlo con la manta que llevaba en su macuto para protegerse de las frías noches de montaña. Han salido del interior del templo, caminando a su alrededor en silencio, aguardando una intervención por su parte o algún tipo de explicación. Pero no ha pronunciado más palabras que el nombre de ella. El Ser se ha refugiado en un respetable silencio en el que solo se limita a observar y a reflexionar sobre todo lo que le rodea. El único contacto físico lo ha manifestado con Virgo. El felino, al verlo, ha reconocido en él la familiaridad y el olor, pero, en vez de lanzarse con efusividad, como habría hecho con Bahari, ha agachado la cabeza y las orejas, como si hiciera una reverencia. El Ser se ha acuclillado ante él, ha acercado su mano al hocico para que el felino la olfatee y este ha respondido con un par de lametones cariñosos, a los que han sucedido varias caricias y un constante ronroneo.

Ahora están de vuelta en la aldea en la que se están refugiando.

Mientras el Ser permanece sentado en el borde de uno de los salientes contemplando la inmensa niebla que cubre la montaña, el resto permanecen reunidos en el centro del poblado. Inquietos. Confusos. Expectantes.

—¿Qué clase de criatura es? —pregunta Dada, confundido.

—Ni los libros tienen la respuesta a esa pregunta —confirma Docta Sena, sin salir aún de su asombro—, pero es evidente que representa al Equilibrio.

Docta Sena ha intentado explicar lo ocurrido a los centinelas de la manera más sensata y serena. Nabil, desde que ha visto al Ser, se ha quedado en un letargo de bloqueo que ahora se está transformando en una ansiedad por hablar con la criatura.

—No entiendo por qué no me reconoce —repite una vez más sin apartar su vista de a quien él relaciona con Bahari—. No entiendo cómo…

—Hermano.

Winda interrumpe a su alterado mellizo poniéndole la mano en el pecho.

—Dale tiempo —pide la joven Sapiente—. Acaba de volver a la vida. Aún tendrá mucho que procesar. Más aún si se han juntado tres personas en un mismo cuerpo.

—Su existencia estaba ligada al Equilibrio —comenta Docta Sena sin quitar la vista del punto en el que el Ser sigue meditando—. Su presencia física dependía de tres mundos. Lo que nosotros entendemos como Colapso los viajantes lo traducen en una… simbiosis. Una *unión.*

Ni Yago ni Amber están prestando atención a las conjeturas y teorías que están lanzando los idedianos. Los amigos de Kai se han apartado y permanecen atentos a la figura. Mientras que Yago aún intenta lidiar con la conmoción de todo lo que ha presenciado en las últimas horas, Amber no es capaz de dejar de morderse las uñas, impaciente por poder hablar de nuevo con la criatura.

—Son ellos, ¿verdad? —comenta en voz alta en un intento por autoconvencerse—. Tienen que serlo.

—¿Dónde…? ¿Dónde han estado? —pregunta Yago con un nudo en la garganta—. Quiero decir… Vimos cómo desaparecían. Vimos

cómo una luz se los tragó y ahora hemos visto cómo otra luz los ha traído de vuelta. La pregunta es: ¿de vuelta de dónde? ¿Hay…? ¿Hay un *más allá*?

Las intenciones y dudas de Yago están muy ligadas hacia el significado de la propia muerte, hacia la ausencia de las almas que han dejado este mundo para formar parte de otra realidad o de un Todo.

—Deberías ir a hablar con él. O ella. O elle —propone Yago—. Joder, si ni siquiera tiene genitales. No sé ni cómo categorizarle.

—Creo que *categorizar* es lo que menos nos debe preocupar ahora —añade Amber entre dientes mientras se mordisquea un padrastro.

—En serio, Amber, creo que deberías acercarte. Lleva ahí un par de horas mirando a la nada. Lo único que ha dicho es tu nombre. Quizá… quizá tengáis una conexión especial.

Amber mira a su amigo con cierto recelo. No es que tenga miedo a hablar con la criatura, pero sí que le inquieta lo que vaya a decirle. No le gustaría que ese Ser fuera solo una manifestación física de dos de las personas que más ha querido en el mundo. ¿Y si no se acuerda de lo que vivió con Denis? ¿O de las aventuras que vivió con Kai? Quizá la parte de Bahari es la que menos se acuerde de ella, pero…

—Amber.

La mano de Yago agarra la suya, sacándola de su aturdimiento. La chica deja los padrastros y se aferra al colgante que siempre la acompaña y que no solo representa una promesa pendiente de cumplir; también es un símbolo del amor eterno y de la inmortalidad de los recuerdos.

—Me da miedo que conozca mi nombre pero no sepa quién soy —confiesa ella.

—Amiga, tú has sido quien le ha traído de vuelta —insiste Yago con convicción—. Si ese Ser ha tenido la capacidad de comunicarse con alguien desde el *más allá,* ha sido contigo. A través de tus sueños y de tus recuerdos. De todos los aquí presentes, tú has sido la única que ha mantenido la esperanza. Eres la única que ha tenido fe.

Amber se muerde el labio, nerviosa, mostrando en su rostro tanto la inquietud como el miedo. Yago no duda en fundirse con ella en un

abrazo que la chica le devuelve con fervor.

—Ve. Sé su primera toma de contacto. Luego iremos el resto.

La chica asiente y comienza a caminar hacia donde se encuentra la criatura. Con cada paso que da, respira hondo y exhala el aire con fuerza, como si fuera a sumergirse en el fondo del mar. La distancia se va recortando y los miedos se van diluyendo. Hay algo en él que aporta a Amber una paz abrumadora. Una tranquilidad absoluta. Pero eso no deja de lado el respeto que siente hacia lo desconocido.

No dice nada. Solo se sienta a su lado e intenta imitarlo, contemplando la densa niebla que impide ver todo el valle. La suave brisa que arrastra la humedad del ambiente se junta con el aroma de la tierra mojada y del bosque de pinos que se encuentra más abajo.

—Si no estuviera nublado, las vistas serían muy bonitas —comenta Amber, intentando romper el silencio—. Justo enfrente tenemos la montaña en la que te encontramos, pero un poco hacia la izquierda se abre todo el valle con un precioso bosque.

—Lo sé.

Su voz vuelve a sonar tibia y calmada. Amber se gira hacia la criatura para estudiar una vez más su rostro. Se siente extraña al estar al lado de alguien que es exactamente igual que Denis y no poder siquiera tocarlo.

—Puedo ver lo que hay más allá de la bruma —confiesa para después girarse hacia la chica y juntar la heterocromía de sus ojos con los ambarinos de ella—. Lo que no puedo ver es lo que piensas.

Amber le sostiene la mirada y se pierde en ese iris azul que tantas veces ha contemplado. Observa su marcada mandíbula, la forma de su nariz, sus pincelados labios, que ahora lucen un color más morado que rojo. Quiere tocarlo. Quiere abrazarlo. Quiere sentir que está ahí.

—¿En qué piensas, Amber? —pregunta con una voz que suena a la de Denis.

—En que… —tartamudea ella—. En que no sé quién de los tres eres.

—Sí que lo sabes —responde, tomando la mano de la chica con delicadeza.

Amber siente el cuerpo templado en el tacto de sus yemas. Cuando

los dedos del Ser acarician su muñeca, siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

—Cierra los ojos —pide la criatura.

La chica obedece, volviendo a respirar con profundidad. El Ser acerca la mano hasta su mejilla y permite que la chica lo acaricie, recorriendo el rostro con delicadeza, palpando sus carrillos, rozando la comisura de los labios, llevando sus dedos hasta la nuca carente de pelo, que, para su sorpresa, comienza a raspar por la salida del nuevo vello.

—¿Qué sientes?

Siente a Denis. Sabe que está ahí. Sabe que esa energía, esa química que no puede explicar con palabras, es por culpa de la conexión sobrenatural que tiene con el gemelo de su mejor amigo.

—Siento que…

No se atreve a decirlo. No se atreve a pronunciar su nombre en voz alta. Porque teme que, si lo hace y la respuesta es errónea, la magia del hechizo se evapore, como lo hizo hace meses delante de sus narices.

Entonces el Ser se acerca a ella, juntando ambas frentes en un íntimo y cariñoso gesto, permaneciendo los dos con los ojos cerrados para sentir ese peculiar reencuentro.

—Sientes que es *real* —termina él por ella.

Escuchar esas palabras de la boca de Denis hace que la chica se derrumbe y comience a llorar para después abrazar sin miedo a la criatura. Cuando sus cuerpos se juntan y sus pieles se encuentran, el deseo de ella crece tanto que no puede evitar juntar sus labios a los del Ser, aún sin abrir los ojos. Este le responde el gesto con un beso cálido, calmo y más sentimental que nunca.

Cuando ambos se separan y Amber abre los ojos, se encuentra directamente con los ojos de Denis, que la miran con una emoción cada vez más presente. Ella solo se centra en el lado izquierdo, ese en el que reina el iris azul y que más la lleva hasta el chico de Vawav.

—Mírame bien —pide.

Entonces la sonrisa que comienza a surgir de los labios del Ser hace que la chica viaje hasta las cejas curvadas y un ceño fruncido. La

mirada se torna en cierta burla y, si hace un momento parecía que reinaba el azul, ahora el verde resulta ser el dominante.

Amber no sabe cómo explicarlo, no sabe cómo describirlo con palabras. Lo único que puede confirmar es que, si hace un momento sentía que tenía a Denis delante, ahora pondría las manos en el fuego por apostar que es el propio Kai.

—Esto es jodidamente raro —confiesa Amber con una sonrisa vergonzosa.

—Tú sí que eres rara —contesta él, devolviéndole el gesto—, amiga.

Amber vuelve a abrazar a la criatura, esta vez sintiendo a Kai. La esencia de su mejor amigo está también ahí, con ella. La criatura no tarda en mostrar lo mismo con Bahari, de tal forma que Amber consigue entender que *todo* está ahí.

—¿Qué… qué eres? —pregunta ella, más calmada.

—No lo sé —confiesa—. Tengo los recuerdos solapados. Recuerdo todo. Siento todo. Pero lo hago desde una realidad que no puedo explicar.

—¿En qué sentido?

—Lo que para ti es pasado, presente y futuro para mí es un… *todo*. No puedo separarlo.

—¿Puedes ver el futuro?

—No puedo ver algo que no existe. Algo que *para mí* no existe —confiesa, matizando—. De la misma forma que tampoco entiendo lo que vivimos como un pasado.

—Menuda movida —susurra ella.

—Es una movida —contesta en un tono que le recuerda al propio Kai.

Amber se gira hacia donde se encuentra Yago, quien permanece a unos pocos metros de ellos. La chica le hace un gesto para que se acerque y este, tímido y algo tembloroso, saluda con una forzada sonrisa.

—Esta persona sí que es una movida —añade el Ser en el mismo tono burlón.

—¿Kai? —pregunta Yago, confundido.

—Kai es solo un nombre —explica—. Igual que Denis. Igual que Bahari. No dejan de ser etiquetas —confiesa mientras se pone en pie y se acerca a él—. No busques, amigo. Tan solo siente.

El Ser parece hacer con Yago el mismo ritual que con Amber. Lo que para ella ha durado varios minutos, en una pompa en la que el tiempo deja de tener sentido, en su amigo resulta ser cosa de segundos. Yago se aferra con cariño y fuerza al cuerpo de la criatura. Habla con Kai, con Bahari. Hasta con el propio Denis para burlarse de lo dramática que ha estado su amiga estos meses.

Ahora es el Ser quien se acerca al resto de las personas. Primero se dirige a Nabil, quien permanece tenso y apartado del círculo que forman los otros dos Sapientes con los centinelas.

—El valeroso Nabil, orgulloso Maestro del Viento, ¿se deja intimidar por una criatura como yo? Quizás es un buen momento para que aprendas a invocar la tierra. —Las palabras que salen de la boca del Ser suenan con la voz de Bahari, así como sus gestos y expresiones.

Nabil no necesita nada más para abalanzarse hacia ella y fundirse en un férreo e intenso abrazo con el que las dos almas idedianas conectan. Ninguno dice palabra alguna. Solo el viento habla por ellos, envolviéndolos en una corriente que parece elevarlos unos pocos centímetros por encima del suelo.

Cuando se separan, Nabil tiene el rostro cubierto de unas lágrimas que, más allá del miedo, rezuman alegría. Una alegría que el chico no transmitía desde antes del Colapso. Una felicidad que emana de él gracias a la esperanza y a la realidad de haber sentido a la persona que más ha querido en el mundo.

Sin embargo, mientras que el Maestro del Viento no ha ocultado sus emociones, la Patrona del Fuego parece refugiarse en un asustadizo protocolo. Permanece con la cabeza gacha, arrodillada en un gesto de respeto. Como si el Ser fuera una deidad y ella su sierva.

—Mi querida Sena —empieza diciendo la voz de Bahari—, ¿es así como recibes a una antigua alumna? ¿A una amiga?

La Patrona del Fuego permanece rígida, con los labios apretados y los ojos cerrados. Su rostro aparenta contención hasta que la suave palma pálida de la criatura se posa en la mejilla de esta. Y, al igual

que Amber y Yago, siente.

Siente el fuego.

Sena abre los ojos y se yergue vigorosa, aún asustada por la cantidad de emociones que la invaden en el interior. Su devoción y respeto a la deidad y sus votos al Equilibrio la obligan a aferrarse al protocolo y a la distancia emocional. Sin embargo, se permite elevar la palma de la mano, temblorosa. La criatura le copia el gesto, acercando la suya a unos pocos centímetros de ella.

Ambas invocan el fuego a través de la pasión y el deseo. Sena, con el poder del recuerdo. La criatura, con el del sentimiento.

—El quinto elemento no es un *qué* —susurra Bahari a la Sapiente —. Es un verbo. Y de él dependen los otros cuatro.

—Sentir —responde Sena en un susurro.

—Amar —añade la otra.

—Desear —continúa la Sapiente mientras la llama entre ellas se va haciendo más grande.

—Admirar.

—Ser.

El reencuentro con los tres viajantes a través de la criatura resulta ser más emocional que físico. Sin embargo, todos ellos están de acuerdo en que esa criatura, ese único Ser, está ahí por algo. Para algo. Ha sido invocado con una intención. No solo la de volver a verlos. También la de volver a salvarlos.

El inevitable aroma del miedo

Gala Craus estudia con detalle su reflejo en el desgastado espejo del viejo baño que utiliza solo para eso: observarse. Todas las mañanas, después de fingir las siete horas de sueño que le corresponderían como humana, contempla su reflejo con la primera luz que se cuela a través de la pequeña ventana. Analiza con esmero las distintas zonas de su cara, así como el color de la piel sintética y las facciones que le corresponden. Se asegura de que no haya nada fuera de lugar porque a Gala Craus hay algo que la aterra: teme que algún día la inteligencia artificial vuelva a controlar el cuerpo sintético en el que ha depositado su conciencia.

Sabe que ha burlado un pacto. Un pacto que no conocía, pero que a día de hoy siente que ha traicionado. La doctora tiene miedo de que, después de haber usado a su favor controles de la anterior inteligencia dominante, Mila vuelva a tomar el control de la máquina. Podría hacerlo, ¿no? Si Gala Craus ha podido acceder a una serie de habilidades que como humana desconocía, este hecho implica que ha abierto una puerta entre ella y la inteligencia artificial.

Así que cada mañana se asegura de que su piel siga luciendo el aspecto de Gala Craus y que no muestre ningún fallo visible, porque, en caso contrario, sería un síntoma de que algo va realmente mal en sus sistemas.

El miedo te hace humana. El dolor te hace humana. La alegría te hace humana.

Gala Craus se repite lo mismo cada vez que se mira en el desgastado espejo. Se reitera las emociones humanas que siente

porque es la única manera de convencerse de que es *ella* quien sigue teniendo el control y el dominio de la máquina, de que es ella quien…

—¿Estás segura?

Su propia voz la cuestiona. Sabe que es suya, sabe que así es el sonido que tenía cuando vivía. Gala Craus se vuelve a mirar al espejo, mostrando en sus ojos artificiales miedo y rabia, frustrada porque sabe que dentro de ella hay algo que…

—¿Falla?

—No… —se contesta ella misma sin quitarse la mirada de encima —. Todo está bien.

—¿Por eso te has quedado aquí en vez de acompañarlos?

—Alguien tiene que…

—¿Cuidar de este lugar? —interrumpe la misma voz—. *Oh, vamos…*

La comisura de sus labios se curva en una sonrisa tan maliciosa como burlona.

—*Sabes que estoy aprendiendo de ti.*

La voz de Mila sale por los labios de su boca a la vez que todo su rostro adquiere ese color blanco y sintético que todo androide luce en su estado original. La diferencia está en que, mientras que el resto de los robots inteligentes no pueden mostrar emociones, este sí que lo hace. El rostro de Mila se presenta ante la indefensa Gala Craus con una malvada sonrisa.

Basta…

—*Y sabes…* —continúa Mila mientras se acerca al espejo— *que no vas a poder contenerme… mucho más tiempo…*

¡BASTA!

—*Tic, tac, doctora* —susurra la androide despacio—. *Tic. Tac.*

La androide vuelve a recuperar el rostro de Gala Craus. Se tropieza para atrás, como si hubiera puesto resistencia a alguna clase de fuerza invisible que la atraía hacia el espejo y, de repente, Mila le hubiera devuelto el control total de su cuerpo.

No siente dolor cuando se golpea en la espalda contra los azulejos de la pared, pero el rostro de terror que refleja su cara sí que se debe a un suplicio interno procedente de una conciencia humana que ha

estado jugando con la muerte y teme perder la partida de la inmortalidad.

Los golpes secos sobre la madera la devuelven a la realidad.

Alguien está aporreando la puerta de su casa con fuerza.

Gala Craus se pone en pie y acude con premura hasta la entrada para ver lo que ocurre. Nada más abrir el portón de madera, se encuentra con una Camila Salazar muy agitada.

—Está aquí —confiesa sin apenas aliento—. Noah Peaker está en Arkadía.

Cuando el coche del presidente llega a Arkadía, lo único que se pregunta es si coincidirá con la traidora idediana allí. Después de lo que ocurrió en Kamdad, Sif Noah Peaker le *recomendó* visitar algunas zonas pobladas en las que, al parecer, había más habitantes de Terra que de Ídedin. Centrarse en la particular campaña política que está haciendo le ha servido para mantener alejados de su cabeza los pensamientos que enturbian su ego y alimentan el miedo ante esa nueva *especie* humana con poderes para él sobrenaturales. Sin embargo, cuando el dictador de Vawav se puso en contacto con él y, directamente, le ordenó ir a las coordenadas que bautizó como Arkadía, el presidente no puede evitar perder el control de sus nervios. Siente una terrible inquietud por encontrarse de nuevo con Zola.

Le sorprende que Sif Noah Peaker le haya hecho ir hasta ese pequeño y viejo asentamiento. No alcanza a tener ni la mitad de habitantes que el resto de las zonas que ha estado visitando, pero algo le dice que su presencia va a ser de vital importancia para los planes del dictador. En caso contrario, ¿por qué lo apartaría de su cometido?

—Presidente —saluda el dictador con esa afonía a la que aún no se ha podido acostumbrar—. Gracias por la rapidez.

—Por favor, sabes que cuentas con mi total colaboración —confiesa él mientras vuelve a forzar esa sonrisa propia de cualquier protagonista—. Es… un pueblo pequeño, ¿no? ¿Arkadía, se hace llamar?

—A veces la importancia reside en las cosas más pequeñas e insignificantes, presidente —advierte el dictador mientras lo invita a pasear por las calles del lugar—. Por eso los he hecho venir a ambos hasta aquí.

Ambos.

Escuchar ese plural le deja la garganta seca y el semblante congelado.

—Si no entiendo mal la historia de su mundo —prosigue el Sif—, la región de Arcadia fue un refugio para la cultura de los llamados «griegos», ¿no es así? Fue un nexo de unión para distintos pueblos.

—Bueno… no soy un experto en historia antigua —confiesa el presidente, un tanto incómodo.

—Vaya… Una lástima —lamenta el Sif—. Quería compartir con usted una curiosa interpretación del nombre con el que han bautizado este lugar, porque, sin duda, creo que aquí está ocurriendo algo parecido a lo que aconteció con la civilización griega.

Cuando llegan a la plaza central del pequeño pueblo, el presidente se encuentra a varias personas en ella. No parecen apresados, pero sí retenidos en contra de su voluntad. Puede observar a un par de familias con niños pequeños, mujeres mayores en edad de jubilación, un par de jóvenes… Sin embargo, sus ojos se centran en un hombre de su edad, con la cabeza afeitada y una prominente barba.

—No me lo puedo creer —susurra Leo de forma disimulada al oído de su novia.

—Señor Pacheco —anuncia el presidente, sin ocultar su sorpresa.

—¿Conoce a este hombre? —pregunta el Sif.

El presidente se queda un tanto aturdido por la pregunta. Siente que va con segundas intenciones y que, por lo que sea, el meteorólogo no está en el bando correcto.

—Sí, se llama Leonardo Pacheco —confirma el presidente—. Es un científico que intentó ayudarnos con todas las anomalías que ocurrieron antes de que tu gente llegara a este mundo. Lamentablemente, el señor Pacheco no… no sacó nada en claro.

—¿Que no saqué nada en claro? ¡Predije lo que iba a ocurrir, imbécil! —grita el hombre sin decoro alguno.

—Como ve, su carácter es un tanto… complicado —susurra el presidente al Sif.

Noah Peaker estudia al hombre con el semblante frío. Sus ojos amarillos lo escrutan con detalle, intentando ver más allá del físico.

—¿Cree usted en las casualidades, señor presidente? —pregunta el Sif sin quitarle la vista a Leo—. ¿Cree usted que el hombre que, en su momento, *intentó* ayudarlo ahora podría traicionarlo?

—Bueno, yo…

—Usted… —interrumpe Peaker, imitando el tono del político y centrando su mirada ahora en él— no sabría decirme, ¿verdad?

El silencio vuelve a gobernar la plaza. El presidente se ha quedado completamente bloqueado con esa sonrisa impuesta, aparentando control y serenidad, cuando en el fondo a Peaker le está transmitiendo todo lo contrario.

El dictador de Vawav hace un gesto con la mano a unos agentes que custodian la parte derecha de la plaza. Inmediatamente, sus esbirros traen a Gala Craus y a Camila Salazar, ambas con las muñecas esposadas por detrás.

—¿Ve a estas dos indefensas mujeres? —comenta el dictador—. Son traidoras. Forman parte de una peligrosa secta que pone en peligro todo lo que estamos construyendo.

El presidente no es capaz de seguir conteniendo el semblante sonriente. El miedo y la incertidumbre ante las futuras acciones del monstruo de Vawav lo hace flaquear un momento.

—Y aquel caballero que le ha gritado resulta ser un aliado de ellas —comenta el Sif mientras señala, de nuevo, a Leo Pacheco—. Estos habitantes son terrícolas, son responsabilidad suya. ¿Qué debemos hacer, *presidente*?

—Y-yo… B-Bueno… —titubea él.

—¿Qué hacía en Terra con los traidores?

—Es… es complejo. Hay organismos… leyes… una serie de juicios y…

—Ya, pero no tenemos tiempo para juicios, señor presidente. ¿Sabe por qué? —dice con voz calmada el dictador mientras dirige su atención a Leo Pacheco—. Por favor, caballero, acérquese.

Los agentes de Vawav no esperan a que el meteorólogo vaya *muto proprio*. Lo agarran con fuerza, separándolo de su novia, y, sin poner resistencia, calma a Patty con promesas que no sabe si va a poder cumplir.

—Dígale a *su* presidente por qué no tenemos tiempo para juicios.

—El satélite ha mostr…

—*Mi* satélite —corrige el dictador—. Un satélite al que ha accedido sin *mi* permiso. Continúe, por favor.

—*Su* satélite —repite Leo, marcando las palabras, casi entre dientes— ha mostrado unos datos inusuales.

—Con *inusuales* se refiere a… ¿anómalos? —añade el Sif con visible ironía.

Leo Pacheco asiente.

—Y dígame, señor Pacheco, ¿con qué compara esos datos?

—Con los momentos previos al Colapso —añade.

—¿Significa eso que el mundo va a volver a cambiar?

—No lo sé. Solo son… datos.

Sif Noah Peaker estudia el rostro de Leo. Este le mantiene con firmeza la mirada, sin mostrar un ápice de miedo por el destino de su propia vida. El dictador sabe que teme más por la de su mujer, claro; de ahí que no esté poniendo resistencia.

Una risa saca al dictador de su aturdimiento. La vieja líder del maldito Priorato del Equilibrio comienza a carcajearse cada vez más fuerte, captando su atención de manera irritante.

—¡Qué raro! —exclama Camila Salazar, sin ocultar la diversión en su rostro—. Es muy raro que hayan desaparecido los Sapientes, los idedianos y, de repente, tengamos estos *datos.* ¿No crees, Peaker?

—Camila… —advierte Gala por lo bajo.

Sif Noah Peaker se acerca con calma hasta la mujer, quien vuelve a guardar la compostura sin dejar de retarlo con la mirada. Los ojos ambarinos del monstruo estudian el envejecido rostro de la regenta, que, a pesar de la edad, sigue luciendo un semblante lleno de vida y valentía.

—¿Hay algo que deba saber? —pregunta Peaker casi entre dientes.

La osada señora olfatea el aire en una interpretación un tanto

teatral que no termina de comprender el dictador.

—*Apestas* a miedo —susurra la mujer.

La daga no tarda en atravesar el mentón de la anciana. El cuchillo vawaviano aparece por el interior de la boca, dividiendo la lengua de la regenta del Priorato y alcanzando su cerebro. Los ojos de la mujer se tiñen de rojo mientras esa energía que con tanto orgullo mostraba se va apagando con un martirio y sufrimiento que el Sif controla. Cuando extrae la daga, lo hace despacio, viendo cómo el movimiento del filo se lleva consigo las últimas constantes vitales de la sectaria.

El presidente no puede ocultar su cara de horror cuando los agentes dejan caer el cuerpo inerte de la mujer. El dictador vuelve hasta la posición en la que se encontraba mientras ordena en alto que liberen a todo el pueblo, a excepción de Gala Craus y Leo Pacheco.

—La traición es un virus, presidente —le dice el dictador al oído—. Un virus que no se puede eliminar, pero sí dominar. Debería tenerlo claro antes de aspirar a ser un hombre de… *poder*. Haga lo que considere oportuno con Arkadía.

Sif Noah Peaker desaparece del lugar llevándose consigo a los dos traidores y a la mujer del meteorólogo. Él, por su parte, se queda pendiente del reguero de sangre que le mancha el zapato, bordea su suela y sigue avanzando callejuela abajo.

Pasado, presente y futuro

—No deberías ir.

La advertencia de Yago no inmuta al Ser. Este se mantiene firme, con la mirada fija en el nublado horizonte.

—No me pasará nada —dice con un tono tranquilo e indiferente, propio del Kai más confiado.

—Eso no lo sabes —interviene Amber, intentando controlar su carácter mientras pone los brazos en jarras.

Él se gira hacia la chica, regalándole una tierna sonrisa mientras la observa a través de los ojos de distinto color. La chica no puede evitar sentir un escalofrío al reconocer a Denis en según qué momentos.

—Vale, de acuerdo. Lo sabes —rectifica ella, soltando un resoplido, mientras se acerca al Ser—. Pero contempla la posibilidad de que tus… *extrañas*… percepciones del tiempo puedan fallar.

—Mi *extraña* percepción del tiempo hace que necesite ir hasta la ciudadela para que todo siga su curso —explica, acortando la distancia con Amber—. Y no, Yago —añade con una sonrisa mirando a su amigo—, no hay nada escrito. Cada uno de vosotros es dueño de su destino en consecuencia de las decisiones que tome.

El chico pone los ojos en blanco al escuchar la respuesta antes de que él pueda formular la pregunta.

—Entonces, ¿qué es ese *curso* que debe seguir todo? —insiste Amber—. ¿Qué sabes que nosotros no?

No oculta su preocupación al verbalizar la pregunta. Se ha tomado la confianza de agarrar al Ser por el brazo, sintiendo la dureza de la piel que protege el definido músculo. Él vuelve a centrarse en la chica

de ojos color miel, casi amarillos. Se toma unos segundos para contemplar sus facciones, su perfecto rostro. A pesar de estar asustada, el Ser no puede evitar enternecerse por el carácter y la preocupación de la muchacha. El cariño y el amor que manifiesta Amber es un regalo para su corazón.

—¿Recuerdas que siempre te he dicho lo intuitiva que eres para según qué cosas? —La voz y los gestos de Kai parecen manifestarse con mayor claridad en la criatura—. ¿Recuerdas lo mucho que me burlaba de esa *vocecita* que decías escuchar en algunos momentos? Esa intuición es conocimiento. Esa intuición difumina un poco la línea que separa el presente del futuro.

—Menos con los hombres —interviene Yago, burlón—. La intuición de Amber nunca ha sido buena con los hombres.

—No sé cómo tomarme eso —contesta el Ser con la divertida frialdad de Denis.

Amber suelta un frustrado suspiro.

—Sé que vas a hacer lo que te dé la gana —le suelta, asumiendo la derrota—, pero al menos déjanos acompañarte.

—No podéis seguirme el ritmo —confiesa, irguiéndose de golpe—. Y tampoco puedo cargar con los dos. No tengo tanta fuerza.

—¿Qué quieres dec…?

Antes de que Amber pueda terminar la frase, la criatura se ha quitado la prenda de tela que cubre su torso, dejando al descubierto las dos pequeñas elevaciones que le salen de la espalda. El color cromado de las marcas comienza a brillar, emitiendo una luz azulada que recuerda a la de las auras que les salían a los viajantes cada vez que querían abrir un portal. Ahora, en vez de dos espectros amorfos, comienzan a surgir dos alas bien definidas cuyo interior parece rellenarse de un color que ninguno de los allí presentes es capaz de reconocer. Parece predominar el azul, pero también pueden reconocer el morado que se torna en granate.

El Ser extiende con majestuosidad las dos inmensas alas, que se mueven a medida que gira hacia atrás los hombros y tensa su espalda, como si estuviera calentando para hacer algún tipo de ejercicio deportivo.

Amber y Yago dan un par de pasos, sin poder ocultar su asombro.

—Así que… los viajantes sois el ángel que los *creyentes* dibujaban en las pinturas rupestres —deduce Yago.

—No soy ningún ángel —sentencia—. Que las distintas religiones hayan querido ponernos ese nombre es otra cosa. Pero no respondemos ante ningún Dios, o… al menos no lo siento así.

—Kai. O Bahari. O Denis. ¡O los tres, qué coño! —espeta Yago, frustrado—. Te están saliendo dos alas de la puta espalda. Si no eres un ángel, ¿qué eres?

—Un intermediario.

La voz de Docta Sena hace que los dos amigos se giren hacia ella. La Patrona del Fuego luce una emocionante sonrisa fruto del espectáculo que está contemplando. Se siente inmensamente afortunada por poder ver *in situ* a una de las creaciones más puras y majestuosas de la vida.

—En Ídedin los conocemos como *malakggelos* —explica la mujer—. Son los intermediarios entre nosotros y el Todo, los protectores de los elementos, los emisarios del Equilibrio.

—Un ángel —susurra Yago a Amber, burlón.

—Ellos han sido los autores de las profecías y proverbios —continúa mientras camina hacia el Ser—. Son quienes han escrito acerca de la Unión y los dos mundos.

Docta Sena se queda a un par de pasos de la criatura alada mientras aprieta las manos con emoción. Sus ojos se han inundado en lágrimas, reflejando en la humedad de estos el brillo de la luz de las alas de la criatura.

—Ahora entiendo por qué eras tan buena interpretando los textos, querida Bahari —confiesa la Sapiente, abrumada.

El Ser hace un sutil movimiento de cabeza en señal de agradecimiento acompañado de una tenue sonrisa.

—Tuve la mejor maestra de Ídedin —susurra con la voz de la antigua centinela.

El Ser vuelve a girarse hacia el horizonte nublado. Cuando cierra los ojos y se deja embriagar por el aroma de la montaña, sus alas parecen erguirse a medida que su pecho se hincha.

—No tardaré —anuncia.

Como si fuera un peso muerto, se deja caer por el precipicio a la vez que parece planear en picado. El aleteo lo eleva hacia el horizonte, desapareciendo a través de la densa niebla que los mantiene ocultos.

El silencio vuelve a ser el protagonista de la aldea. Amber y Yago se miran estupefactos mientras Virgo se sienta a su lado, como si ahora que la criatura se ha marchado volviera a ser responsable de la seguridad de los muchachos.

—Nuestro amigo es un ángel —confiesa Yago, aún asimilando todo —. Tu novio es un puto ángel.

—*Malakggelos* —corrige Docta Sena con una sonrisa mientras regresa al refugio.

—¡Tu alumna *favorita* es un ángel! —insiste el chico con una sonrisa burlona en el rostro.

Sena no puede evitar sonreír al comprender por qué Yago ha marcado esa palabra con sorna. Ni ella misma es consciente de que haya podido ser tan afortunada de ser la maestra de una criatura tan celestial como un *malakggelo*. Sin embargo, la emotiva sonrisa se convierte en una felicidad tímida, sonrojada y avergonzada porque la Sapiente es consciente de que ese *favoritismo* no solo era fruto de la admiración que sentía por las aptitudes de Bahari.

—Nabil, esto es…

—En serio, Winda, hazme caso, por favor.

Cuando Docta Sena entra en la casa donde se han estado refugiando los Sapientes, sus íntimas reflexiones desaparecen al ver a los dos mellizos de pie con un arma vawaiana en las manos. Dada, el centinela que siempre los acompaña, permanece en el centro de la discusión con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre? —pregunta Sena, preocupada.

—Nuestra salvación es lo que ocurre —contesta el joven Sapiente, orgulloso.

—Parece que han conseguido fusionar la tecnología de Vawav con nuestras habilidades —farfulla Winda—. ¡Pero insisto en que a mí no me hacen falta estos trastos para defenderme! Me basto con estas dos

manos.

Cuando Winda lanza con desgana la pistola de Vawav al suelo, Docta Sena la recoge con cuidado y observa el artilugio con curiosidad.

—Gala Craus me ayudó a comprender y a manipular estas pistolas y… he conseguido que la munición dependa del elemento que invoquemos —explica el Sapiente, visiblemente emocionado—. Observa.

Nabil hace un gesto a su amigo para que proceda con la demostración. El centinela apunta al suelo y aprieta el gatillo del arma, de la que empiezan a surgir perdigones de piedra que, una vez entran en contacto con la superficie, se expanden en trozos de roca. Repite lo mismo con el agua y el fuego, dejando la tierra que pisan tan embarrada como con pequeños charcos de magma.

—Y lo mejor es el viento —confiesa Nabil, divertido—. Atenta.

El joven Sapiente apunta a Dada y, antes de que este pueda decir algo, aprieta el gatillo. Una pequeña luz invisible impacta contra el pecho del centinela y lo lanza en volandas hacia el otro extremo de la casa. Su cuerpo impacta contra la pared de piedra, haciendo tambalear toda la estructura.

—¡Perdona, hermano! —se disculpa Nabil, acercándose con rapidez hasta Dada para ayudarlo a levantarse—. Aún tengo que calibrar la fuerza del proyectil. Ya sabes.

Cuando el Sapiente regresa con Sena, esperando su aprobación, esta pone una mueca de confusión.

—Es… impresionante, Nabil, pero…

—No espero que nos ayude —interrumpe el joven Sapiente con el semblante serio—. Sé que vas a decir que ahora contamos con la ayuda del *malakggelo* y no me cabe la menor duda de que nos será de utilidad contar con la habilidad de Bahari, pero… no espero que nos ayude —repite—. Ni que nos haga ganar esta batalla. Por eso estoy preparándonos para la guerra.

La emoción y el orgullo que el chico sentía por el arma que ha creado se han sustituido por rabia y frustración. Sena asiente, consciente de que esto ayudará al Maestro del Viento a sentirse más

poderoso. Sin embargo, teme que el miedo y la ira hayan ensombrecido tanto la razón que esta acabe prevaleciendo sobre la fe.

Cuando su pie desnudo pisa la piedra que conforma la plaza del Ubongo, una oleada de dolor y miedo lo recorre por dentro. No son sensaciones suyas. Pertenecen al propio lugar.

Cierra los ojos para percibir todo lo que le rodea, para sentir todas las emociones que han fraguado el sitio más sagrado de Ídedin. Puede ver las miradas de pánico en los idedianos caídos, es capaz de escuchar sus plegarias mientras agonizaban ante la inminente e inesperada muerte. El olor a carne quemada que emana de la plaza se junta con el del metálico y denso polvo blanco que inhalaron todas las víctimas. Oye el golpe seco de los cuerpos al caer contra el suelo. Las imágenes de los gritos mudos aparecen en su mente como si las estuviera viendo en ese mismo instante. Siente la confusión del momento y el pánico ante el horror que preceden al dolor por la pérdida.

Y después silencio.

La ausencia de vida. El destierro de miles de almas inocentes que aún tenían mucho que hacer en el nuevo mundo. Una tragedia que altera todo. Un atentado que desestabiliza la balanza. Un ataque que vuelve a poner en riesgo el Equilibrio de Todo.

El Ser cierra los ojos y deja que sus sensaciones se mimeticen con el entorno. Permite que sus emociones se vayan encontrando con cada uno de los cuatro elementos para conectar con esa dimensión que no puede explicar.

Conforme los supervivientes de Terra más curiosos se acercan a la criatura alada, esta comienza a ascender poco a poco en un estado de letargo. Su cuerpo levita a varios metros del suelo mientras las pobres gentes de la ciudadela se arrodillan ante él implorando paz, mostrando devoción y sumisión.

Los que no veían ahora contemplan.

Los que no creían ahora parecen hacerlo.

Él no puede explicarles que no es un dios. No puede hacerles entender lo que su existencia implica para ellos. No puede confesarles que la clave del Equilibrio reside en cada uno.

Su cometido es otro.

El Ser abre los ojos en un estado de luz pura. Su mirada la dirige al cielo, justo en el instante en el que el satélite de Vawav cruza por encima de él, capturando en sus sistemas la imagen por la que todo se va a precipitar hacia un complicado y necesario final.

La supervivencia del más apto

Apestas a miedo.

Las últimas palabras de la regenta del Priorato se repiten en su cabeza, como si el fantasma de Camila Salazar quisiera atormentarlo de por vida.

Apestas a miedo.

Tres palabras. Un verbo, una preposición y un sustantivo que, más allá de su análisis morfológico, le provocan una ira que es incapaz de controlar porque sabe que la difunta tenía razón.

Apesta a miedo.

La imagen que aviva todos sus terrores no tiene muy buena calidad, pero sí la suficiente para que el Sif pueda reconocer la figura humana que se encuentra en el Ubongo. La fotografía lo muestra mirando al cielo, de tal modo que su rostro queda patente. Luce una piel más blanquecina que la última vez que lo vio, pero no tiene duda de que esas facciones pertenecen a los viajantes. Sin embargo, no son las alas espectrales y azuladas lo que inquieta al dictador. Tampoco que el color de sus ojos parezca haber cambiado. Lo que más asusta a Noah Peaker es que esa renacida criatura parece estar mirándolo directamente. Como si, aun siendo una imagen estática, supiese que está ahí.

Apestas a miedo.

Peaker se siente observado. A pesar de mostrar un semblante tranquilo, la mirada del viajante transmite intimidación. Siente que quiere advertirlo con su presencia y sembrar el virus de la duda en su mente. Hay superioridad y autoridad en la presencia del viajante.

Destila seguridad y conocimiento.

Apestas a miedo.

Una arcada sale de su interior de forma totalmente involuntaria. Puede sentir ese cosquilleo en el estómago, fruto de los nervios. Puede notar cómo su pulso se le acelera por culpa de la incertidumbre y de la sorpresa.

Sif Noah Peaker se deja llevar por todas esas emociones y lanza un grito tan alto y desgarrador que los agentes que custodian el despacho de la nave entran en cuestión de segundos. Se topan con un dictador desconocido. Un líder desquiciado que ha tirado al suelo todos los objetos que había sobre la mesa.

—¿Sif…?

El segundo grito va acompañado de dos certeros disparos que acaban con la vida de ambos hombres. No pueden verlo así. Nadie puede descubrir ese síntoma de debilidad emocional en el que se ha dejado sucumbir por la rabia y el miedo.

Sif Noah Peaker tira la pistola al suelo. Le tiembla la mandíbula. Su pecho se agita por culpa del alterado bombeo de su corazón. Incrédulo, lanza una mirada a su biblioteca personal, a sus libros.

El tercer grito es el más desgarrador de todos. Con un alarido de guerra, el dictador corre hasta el libro ancestral de Ídedin, titulado *Proverbios y profecías de la Unión*. Abre con violencia el ejemplar y comienza a arrancar con rabia las páginas milenarias, sin importarle el contenido.

Se siente traicionado.

Se siente engañado.

Pareciera que quisiera culpar al preciado objeto con cada hoja que desgarra de su lomo. Responsabiliza a esas letras de la vergüenza y estupidez que siente ahora mismo. Se martiriza por haberse dejado llevar por la fe en vez de seguir el riguroso camino de la razón.

La fuerza con la que está destrozando los ejemplares hace que una de las antiguas pero afiladas hojas le provoque un corte en el dedo. El Sif se detiene de golpe y observa cómo la sangre que emana de la reciente herida empieza a gotear sobre las páginas rotas. El granate tiñe en pequeños círculos el papiro, como si fueran pequeños cráteres

lunares. El viejo material absorbe con rapidez el líquido en una simbiosis que hipnotiza al dictador.

Luce un rostro desencajado, con los ojos más abiertos que nunca y las facciones de la cara tan tensas que cualquiera que lo viera pensaría en la demencia. A medida que su pulso se va relajando, la rigidez de su cuerpo va desapareciendo.

—Pero ¿qué…?

La voz de Zola lo saca de sus pensamientos. La traidora idediana se encuentra a unos pocos metros de él. Su rostro muestra la misma confusión que la de los agentes. Se maldice por haber tirado la pistola tan lejos, porque, para su desgracia, no puede matarla con sus propias manos. No cuando es una ingrata *creyente* con poderes.

La mujer no se inmuta en ayudarlo. Su mirada está posada ahora en las páginas del milenario ejemplar que le dio. Su rostro se escandaliza al ser consciente de la barbaridad que ha hecho el dictador.

—¿Cómo se te ocurre destrozarlo de esa manera? —le espeta.

Sif Noah Peaker se pone en pie y lanza con fuerza y desprecio el libro a la mujer. Esta lo atrapa entre sus manos antes de que caiga al suelo.

—Me has mentido.

La acusación sale de su boca sin afonía alguna. Es la primera vez que Zola escucha la voz grave de Peaker y eso hace que se quede congelada en el sitio, intentando comprender la queja del dictador y el cambio de tono en su voz.

—Yo… no…

—¡Tú y tus ingratas costumbres de *creyente* me habéis mentido! —grita Peaker, sin ocultar la rabia en su rostro.

Zola está asustada. Jamás había visto así al monstruo de Vawav. Así que, con calma y tiento, comienza a hablar despacio, como si al menor fallo se expusiera a recibir el ataque mortal de una bestia.

—He traicionado a mi pueblo —le recuerda—. He hecho todo cuanto has querido. Jamás te he mentido.

Él regresa a la mesa de trabajo para teclear un par de comandos que descubren la imagen de la deshonra. No se atreve a mirarla de

nuevo. Tiene que apartar el rostro para no volver a juntar su mirada con la del viajante.

—¿Es… es…? —pregunta Zola, igual de sorprendida que él—No… no puede ser.

—Dijiste que con el Colapso desaparecería —espeta.

—¡Y debería! ¡El Equilibrio ha desaparecido!

—¡Ellos son el Equilibrio! —brama con un nuevo grito en el que escupe babas.

Noah Peaker comienza a desestabilizarse de nuevo. No soporta la presencia de esa mujer: una idediana pisando su mismo suelo. Debe controlar una nueva arcada, así que opta por darle otra vez la espalda y teclear algo que lo lleva hasta el proyecto en el que lleva trabajando desde hace meses.

—Darwin… —lee Zola mientras observa la pantalla, que no se ha molestado en esconder el Sif—. ¿Así es como lo llamas? ¿Así es como has bautizado el arma que acaba con la sangre idediana?

La mujer no oculta la rabia en sus palabras. Zola no sabía de la existencia de esa bomba mortal hasta que se enteró de la matanza del Ubongo.

—Darwin fue un terrícola que defendió una teoría muy interesante: *la supervivencia del más apto* —escupe entre dientes.

Zola se acerca al dictador y observa con atención los comandos que parece teclear. El rostro en su cara parece reflejar que ha comprendido las intenciones del Sif.

—¿Vas a activarla? —pregunta aterrada—. No… no puedes. ¡Me matará!

—Tienes tiempo para ponerte a salvo —advierte el Sif.

Sí, claro que podría ponerse a salvo. Claro que podría subirse en una de esas estúpidas naves y huir de Arkadía para evitar ser una víctima idediana más. Pero ¿qué pasaría con su proyecto de ejército centinela? ¿Qué pasaría con todos esos nuevos reclutas que han sucumbido a la oscuridad? Sif Noah Peaker pretende lanzar una bomba de tal magnitud que acabaría con cualquier idediano en un radio de dos mil kilómetros.

No puede permitirlo. No puede quedarse sola en el nuevo mundo.

No piensa ser la única idediana que sucumba al poder de ese monstruo llamado Noah Peaker.

El chasquido que hace la pistola al cargarse con munición hace que el Sif deje de teclear. Se gira hacia la mujer sin miramientos, encontrándose con el cañón del arma que ha matado a sus dos agentes apuntándolo a la cabeza.

—Podría matarte —aclara Zola sin dejar de apuntarlo—. Pero no quiero hacerlo.

—¿No quieres o no puedes? —contesta el dictador, aún sin recuperar la afonía de su voz.

—No sabes si esa bomba acabará con Él.

—Tienes razón. No lo sé —confiesa Peaker mientras se introduce la mano en la ropa que cubre su pecho—. ¿Sabes lo que sí sé? —pregunta cuando saca el pequeño cristal de citranium que lleva consigo desde la primera extracción en Ídedin—. El *poder* que tiene esto.

Sif Noah Peaker aplasta el mineral con fuerza entre sus manos. Cuando abre la palma, sopla el polvo blanquecino hacia el rostro de Zola. La mujer no tarda en inhalarlo sin querer y comienza a toser en un agónico momento, intentando expulsar el citranium de sus vías respiratorias.

—Lo que os *da la vida* —explica el dictador en una clara burla hacia la creencia espiritual idediana del citranium— resulta que también os la puede arrebatar.

Zola se agarra la garganta mientras su rostro se va amoratando en una desesperada búsqueda de aire. La traidora de Ídedin cae al suelo mientras el dictador camina hacia ella, saboreando la agonía que la mujer está experimentado.

—Perteneces a una raza ingrata. Por tus venas corre una sangre sucia y venosa de la que jamás te vas a poder deshacer —escupe Peaker mientras se acuclilla hacia la mujer—. Ídedin caerá para siempre.

La boca de Zola se empieza a abrir de forma exagerada, como si los tendones que sujetan su mandíbula dejaran de hacer su función. Los ojos de la mujer se abren tanto que el iris comienza a secarse y a

cubrirse de una blanquecina lámina, causando una opacidad propia de la ceguera. Las últimas convulsiones acaban con un aliento seco con el que, según las creencias idedianas, el espíritu de Zola ha abandonado su cuerpo.

—No habrá ningún Todo para vosotros —dice el Sif, recuperando su afonía—. Al menos no en este mundo.

Noah Peaker vuelve a ponerse en pie y, dejando atrás el cadáver de Zola, regresa a la pantalla para continuar preparando Darwin. Para él ya ha comenzado la cuenta atrás.

Reales

Las nubes han querido darles una tregua. La niebla que los mantiene ocultos se ha desvanecido al rato de que el Ser desapareciera por ella. Amber puede contemplar por primera vez el espectacular atardecer desde ese lugar perdido entre las montañas. No sabe cuánto tiempo lleva allí sentada, alejada de la aldea que se ha convertido en un refugio para ellos durante las últimas noches. Con el reflejo del sol, sus ojos parecen saturarse aún más del color que hace honor a su nombre. Respira una profunda bocanada de aire para sentir el fresco aroma de la roca y de la estepa. Deja que la suave brisa le erice la piel al notar el cambio de temperatura que precede a la inminente noche.

Amber abraza estas sensaciones de calma. Después de la tormenta emocional que lleva sacudiéndola durante los últimos meses, ahora puede sentir cierta quietud. La reconforta saber que no se estaba volviendo loca. Que ni su intuición ni esa peculiar fe por creer en algo que no puede ver estaban equivocadas. Que eso que ha sentido, siente y siempre sentirá es real.

Un escalofrío le recorre la espalda y, sin saber muy bien por qué, decide mirar hacia atrás.

Cuando lo ve ahí de pie, cubierto de nuevo con esas rudimentarias ropas que le han dado, Amber no puede evitar sonreír.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —pregunta mientras se coloca el pelo.

Él le devuelve la sonrisa. Por la forma en como la mira, la chica no puede evitar sentir un hormigueo en la boca del estómago al saber que es Denis quien comienza a caminar hacia ella. El muchacho se sienta a

su lado y lo primero que hace es abrazar su mano con la de ella. A pesar de su blanquecina piel, el tacto es cálido y suave. Amber funde sus dedos con los de Denis, acariciando con sus yemas los nudillos de este mientras él le responde el gesto de la misma manera.

—¿En qué piensas? —pregunta el chico.

Ella, sin dejar de contemplar la mano, se humedece los labios, intentando controlar la emoción para hablar con aparente normalidad.

—En que… todavía no me puedo creer que seas real —confiesa, apretando aún más la mano.

Amber alza la vista para mirarlo a los ojos y se encuentra con la mirada y la sonrisa de un fantasma que una parte de ella jamás creía que iba a ver de nuevo. Denis acerca la mano que tiene libre a la mejilla húmeda de la chica, acariciándola con delicadeza y recorriendo con la yema del dedo el surco de la lágrima que no ha podido contener.

—Ya te dije que siempre iba a estar contigo.

Esta afirmación, que ella se aferraba a creer en el interior de su corazón, hace que se termine de desbordar y se deje llevar por las emociones que la invaden. Amber se lanza a Denis en un abrazo tan necesario como desesperado.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos —confiesa la chica, sin poder aguantar el sollozo.

Su olor es tal y como lo recordaba. Fresco y puro, con notas dulces que hacen que se vuelva aún más adicta a él. El tacto sigue siendo tan fuerte y cálido que la chica no puede evitar sentirse inmune. Con cada caricia que le hace, su corazón parece latir con más fuerza. Cuando hunde su nariz en el cuello y él introduce los dedos en su cabello, un nuevo escalofrío sacude todo su cuerpo desde la nuca. Los labios se empiezan a humedecer de sus propias lágrimas mientras comienza a besar la piel que tanto ha añorado. Cuando Amber escucha el sollozo de Denis, ambos se aferran más aún el uno al otro, como si quisieran fusionarse de la misma forma que lo han hecho los tres viajantes.

Entonces Amber se aleja un poco, lo justo, para buscar los labios del chico y que este le responda al beso que tanto ansía degustar. Resulta frágil a la vez que tenaz, con un ritmo lento, como si tuvieran

miedo de que el ansia fuera a hacer avanzar más rápido el tiempo. La humedad de sus bocas se mezcla con las lágrimas que recorren el rostro de ambos. Cuando separan sus labios, deciden juntar sus frentes mientras se sostienen por las mejillas, masajeándolas con delicadeza y cariño.

Mientras el sol ha anaranjado todo el entorno y las sombras de ambos parecen fundirse con el crepúsculo, Amber no deja de abrazar en su interior la paz y las sensaciones que tan difíciles son de explicar. Aunque su corazón abraza ese presente, su cabeza no deja de plantearse el incierto futuro.

—Me da miedo preguntarte qué va a pasar mañana —confiesa ella.

Denis comienza a mover de forma sutil la nariz, juntándola con la de ella en una cariñosa danza de caricias.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo que me confirmes lo que ya sé —dice con un temblor de voz.

—Entonces, ¿por qué vas a preguntarme lo que ya sabes?

Amber nota como Denis se separa un poco para que sus ojos se vuelvan a encontrar. Ella se pierde en el azulado iris izquierdo, que contrasta de una forma inexplicablemente bella con el verde caqui derecho.

—Cierra los ojos.

Amber hace caso al chico mientras se vuelve a humedecer los labios, degustando una vez más el sabor salado de las lágrimas, que aún no han dejado de caer.

—¿Qué sientes?

—Tranquilidad. Comodidad. Felicidad —susurra ella, dejando escapar una tímida sonrisa, mientras se toma su tiempo para enumerar las palabras—: El olor de la tierra mojada. La brisa del viento. El calor de los últimos rayos del sol. Mis lágrimas —confiesa con una sonrisa burlona.

—¿Qué más?

—Siento… te siento a ti. Tu aroma. Tu tacto. Tu sabor. Veo los recuerdos que tenemos juntos. Escucho tu voz…

—Abre los ojos —susurra él a su oído.

Lo primero que ve Amber es el pecho desnudo de Denis. No sabe en qué momento se ha quitado la prenda que lo cubría, del mismo modo que tampoco sabe cuándo ambos se han puesto en pie. Siente las manos del chico en sus caderas, apretándola contra él. Como si la estuviera sujetando en volandas.

—No te asustes —advierte él.

A pesar de la advertencia, Amber no puede evitar soltar un grito ahogado al descubrir que el suelo verde que hace un momento estaba pisando ha sido sustituido por un mar de nubes. La chica se aferra entonces al cuerpo de Denis, pero cuando su mano toca uno de los bultos que le salen del omóplato siente un pequeño calambre que le hace echar un vistazo a lo que ha emergido de la espalda del Ser.

Dos gigantescas alas formadas con ese característico espectro con el que los viajantes abrían los portales los mantienen a ambos levitando en el aire. El chico mueve con delicadeza las dos nuevas extremidades, reteniéndolos en mitad de la nada con el sol anaranjado escondiéndose por un lado y la luna llena emergiendo por el otro.

—Da igual lo que tus ojos vean —dice Denis—. Da igual lo que tu piel toque. Da igual lo que oigas, saborees o huelas. No tengas miedo de sentirme más allá de lo físico. De verme más allá de lo mundano.

—Así que… ¿era real? ¿Mis sueños eran reales? —pregunta la chica.

—Somos reales, Amber. Tú, yo. Y también Kai y Bahari.

Amber apoya su cabeza en el pecho de Denis y se concentra en escuchar el latido de su corazón mientras observa el espectacular atardecer. Vuelve a inhalar el aroma de su piel, que se mezcla con el aire limpio y fresco que los rodea. A pesar de que la temperatura a esa altura debería ser fría, el tacto y el abrazo cálido de Denis mantiene templado su cuerpo. Sin embargo, un escalofrío la sacude por culpa de los miedos y dudas que, de vez en cuando, la invaden. Denis, al percibir el tembleque de la muchacha, la abraza con más fuerza mientras le da un reconfortante beso en el cabello.

—No quiero que esto se convierta en una despedida —suplica ella.

—No lo es —afirma él, convincente—. No si no quieres que lo sea. Del mismo modo que lo será si así lo deseas.

—Me empieza a cansar tu lado enigmático —confiesa con un tono socarrón.

Las miradas de ambos se vuelven a encontrar en compañía de sus sonrisas. Hay demasiadas cosas que la chica no entiende; sin embargo, es capaz de sentirlas. Y a esa sensación es a la que se aferra.

—Podría quedarme aquí para siempre —susurra ella mientras suspira y cierra los ojos con calma, volviendo a hundir su rostro en el pecho de la criatura.

Amber vuelve a respirar el aroma de la piel de Denis, sintiendo el calor del sol en su rostro. Se deja embriagar de todas esas sensaciones mientras los miedos y las dudas de su mente empiezan a desvanecerse. Quizá sentir este momento, abrazar estas sensaciones, es lo que Denis percibe como esa dimensión en la que el tiempo no existe.

Cuando abre los ojos, se descubre de nuevo en el mismo sitio donde se había sentado a contemplar el atardecer.

Sin él.

Ahora el cielo se ha teñido de morado. El sol ha desaparecido, pero su luz naranja ha teñido el horizonte de un rosa azulado que se va mezclando con las nubes que comienzan a cubrir de nuevo el lugar.

Confundida, Amber se pone en pie, dispuesta a regresar a la pequeña aldea. Vuelve a echar un último vistazo a las montañas del oeste mientras se lleva la mano al colgante que tanto tiempo lleva acompañándola.

—Para siempre —susurra mientras la comisura de sus labios emana una sutil sonrisa.

El principio del final

La risa de Yago en la lejanía es lo primero que la saca del sueño. Tarda unos minutos más antes de abrir los ojos y darse cuenta de que ya ha amanecido. Está hablando con alguien, pero la escasa delicadeza de su amigo para guardar silencio hace que solo lo oiga a él. Cuando Amber sale de la cabaña, aún está somnolienta. Luce el pelo alborotado y entorna los ojos por culpa del brusco cambio de claridad. Da gracias de que la niebla sigue reinando en esa parte de la montaña, porque si todo estuviera despejado ya se habría quedado ciega. Hasta que no da un par de pasos y centra su atención en Yago, no se percata de que está hablando con… Kai. Lo sabe por los gestos de la criatura y la pose de brazos cruzados que tanto caracteriza a su amigo. Las miradas de ambos no tardan en encontrarse con ella.

—Buenos días, dormilona —saluda Yago con retintín.

Amber contesta alzando la mano mientras se estira y bosteza sin decoro. Luego mira a Kai de reojo.

—Buenos días. —Sonríe este fraternalmente—. ¿Qué tal has dormido?

—He descansado —confiesa ella mientras le corresponde con el mismo gesto—. Creo… creo que he tenido un sueño muy bonito y pacificador.

Las palabras que dirige Amber a Kai van con una oculta intención que espera que entienda el otro viajante que se encuentra en algún rincón del Ser.

—Normal, hija —espeta Yago—. Con la caminata que te pegaste ayer tú sola… ¡no sé cómo sigues viva!

Sin embargo, el comentario de su amigo la deja un poco confundida. ¿Acaso lo que vivió en la montaña con Denis ocurrió de verdad? ¿No ha sido todo un extraño sueño en el que, posiblemente, el viajante haya tenido algo que ver?

El crujido de varias pisadas saca a la chica de sus pensamientos. Por uno de los diversos caminos que rodean la aldea, aparece la patrulla centinela liderada por Dada. Todos ellos parecen estar terminando su habitual entrenamiento físico matutino, luciendo el uniforme habitual de sus expediciones, que combinan con las prendas idedianas.

—Buen día —saluda el centinela con una flexión de cabeza al pasar por delante de ellos.

La patrulla centinela se detiene frente a la cabaña en la que se refugian los Sapientes. De ella sale Docto Nabil con un atuendo similar al de los centinelas. A Amber le extraña que no lleve la túnica reglamentaria de los Sapientes. Se fija entonces en el cuenco que sostiene entre sus manos. Lo remueve con energía, como si estuviera batiendo algo en su interior. Acto seguido, introduce los dedos en el soporte y lo mancha de una pintura blanca para después pintarse en el rostro unos extraños símbolos que le recuerdan a las marcas de los soldados que van a ir a algún tipo de guerra.

—¿Qué están haciendo? —pregunta la chica a sus amigos.

—Se marchan —suspira Yago.

—En plan… ¿a luchar?

Amber observa cómo el Sapiente comienza a pintar el rostro de todos sus compañeros centinelas, uno a uno, recitando en voz baja unas palabras que, por los gestos de los soldados, parecen ser algún tipo de bendición o ritual previo a la batalla.

La chica vuelve a girarse, pero esta vez centra su atención en Kai. La sorprende la tranquilidad de Yago ante aquella escena, así que no tarda en deducir que ahí está pasando algo que ella desconoce.

—¿Te acuerdas de cuando en tercero decidiste presentarte a todas las asignaturas que tenías pendientes?

—Kai, no me jodas —espeta Amber—. No me compares la puta universidad con una guerra.

—Cariño… —interviene Yago con sutilidad, acariciándole el brazo —. Esto iba a pasar. Tarde o temprano. Peaker está dispuesto a acabar con toda la raza idediana y no podemos permanecer siempre ocultos.

Amber se cruza de brazos y tuerce el gesto con su característica arrogancia.

—¿Me estás diciendo, *cariño,* que tú también te vas a pintar la carita y vas a jugar a los soldados? —pregunta con socarronería.

—Oye, guapa.

—Vosotros no vais a correr peligro —interrumpe Kai, con decisión —. Permaneceréis refugiados a unos kilómetros de toda la jarana.

Amber vuelve a echar una mirada atrás. Las dos Sapientes se han unido al ritual de Nabil pintando su rostro con unas nuevas marcas idedianas. Tanto Yanna como Virgo lucen símbolos en el propio pelaje, justo en el lomo y la zona que protege los ojos de los animales.

—¿Virgo también va? —pregunta Yago con un tono más agudo que invita a la preocupación.

Como si el animal lo hubiera oído, este se acerca con agilidad hasta su posición y comienza a restregar la cabeza contra la cadera del chico.

—Virgo será quien os proteja.

—¿Tú también vas? —pregunta Amber, atónita.

Antes de que Kai le dé una respuesta a Amber, Docto Nabil aparece a su lado con el cuenco de pintura. El Ser se quita la prenda que cubre su torso, dejando la mitad de su cuerpo desnudo y luciendo las dos voluminosas marcas cromadas de su espalda. El joven Sapiente hunde sus dedos en la mezcla para después llevarlos a los pectorales del Ser.

—Que el Equilibrio te guarde —susurra Nabil mientras traza un par de símbolos— y su promedio te acompañe.

Ambos se sostienen la mirada en un emotivo silencio que, por lo que observa Amber, parece estar protagonizado por Bahari. Los gestos del Ser se han endurecido y su mirada cómplice con el Sapiente parece subrayar que es la viajante de Ídedin quien ahora se dirige al Maestro del Viento.

—Debemos marchar ya —anuncia Nabil.

—Dame un momento —pide el Ser con una voz que, sin duda,

suena como la de Bahari.

Nabil regresa con el resto de los idedianos mientras la criatura vuelve a centrarse en Amber y Yago.

—Tengo que ir —confiesa, esta vez con la voz de Kai—. Me necesitan y… el Equilibrio también.

Amber siente una punzada de dolor en el pecho. Todos sus miedos y preocupaciones se materializan en un sonoro suspiro que se le escapa de manera inconsciente.

—Seguid a Virgo y manteneos en todo momento a su lado, ¿de acuerdo? Él os guiará hasta un lugar seguro —explica el Ser—. Y, pase lo que pase… no me busquéis. Yo os encontraré. Hasta que esto no termine, estar a mi lado va a ser peligroso, porque Peaker…

—Ya, ya… —interrumpe Yago, intentando ocultar de nuevo la pena que le provoca la despedida—. Te quiere muerto. Y a nosotros también.

—Eso es.

Amber se queda en silencio, con la mirada perdida en el horizonte cubierto por la niebla. Se muerde el carrillo, intentando que su lengua no verbalice algo de lo que se pueda arrepentir. Solo cuando nota cómo el Ser pone sus manos en los brazos de la chica, ella se digna a mirarlo.

Y ahí lo ve otra vez. Con esa mirada. Con ese iris tan azul. Con ese semblante tan sereno y seguro que le da una paz que no sabe explicar. Los labios de Denis se acercan hasta su oído y, al notar el roce de su piel, un escalofrío le recorre toda la columna.

—No ha sido un sueño —susurra él—. Así que, por favor, no hagas ninguna tontería.

El chico se aleja de ella para mostrarle un semblante cercano, pero preocupado.

—Prométemelo —añade.

Amber asiente, volviendo a quitarle la mirada y centrarse en el suelo de piedra y arena. No se atreve a verbalizarlo. Tampoco quiere hacerlo. Lo ocurrido en los últimos días ha sido tan abrumador para ella que a veces le cuesta gestionar todo lo que siente por dentro. Ni siquiera sabe ya qué sentir al respecto.

El Ser le da una última caricia al diente de sable y después se da la vuelta para reunirse con los centinelas. Ella y Yago no tardan mucho más en abandonar esa aldea guiados por el propio Virgo hasta un lugar en el que, aparentemente, estarán seguros.

El crepúsculo de los dioses

Jamás se había planteado que algún día pudiera haber visto la ciudadela tan vacía y silenciosa. El Ubongo y su plaza siempre han estado llenos de actividad y encuentros sociales. Lugares como el Gran Zoco o la Ciudad Baja han sido siempre sinónimo de bullicio y ajetreo hasta en las horas en que reinaba Herum en el cielo.

La ciudadela era vida y alegría. Ahora resulta una ciudad abandonada que apesta a muerte y soledad. La parte del Ser que conforma Bahari impregna al resto de esa tristeza y dolor. Al fin y al cabo, son tres piezas de un mismo puzle. Lo que sentía antaño uno cuando estaban en cuerpos distintos lo hacían los otros dos.

—Duele, ¿verdad?

La voz de Docta Sena le saca de sus pensamientos. Aún no han querido introducirse en el interior de la urbe y permanecen en la muralla, justo en una de las torretas que se encuentran al lado de la Puerta del Agua, a la entrada de los Arrabales. Cuando el Ser junta su mirada con la de la Patrona del Fuego, esta reconoce de inmediato a la viajante idediana.

—Solo hay… silencio —confiesa Bahari con un hilo de voz—. Y esta ciudad nunca se ha callado.

Las cálidas manos de Docta Sena se toman la libertad de tocar el brazo de la criatura con una cariñosa y reconfortante caricia con la que ambas comparten y reparten su dolor.

—No sé si después de todo lo que ha pasado esta ciudad volverá a ser lo que era antes.

Bahari quiere decirle que sí, que recuperará su espíritu y la vida

que tanto ha caracterizado a la ciudadela. Quiere decirle que volverá a sentarse en el Ubongo, pero con una percepción distinta del mundo, abrazando la nueva realidad y la convivencia con los *pensadores*. Quiere reconfortar a la Sapiente con un futuro calmado y pacífico, alejado de la utopía que el ser humano está acostumbrado a visualizar en momentos de dolor.

Pero no lo hace. No lo hace porque también es consciente de que hay muchas variables que pueden alterar el camino hacia ese futuro. Sabe que hay varias decisiones aún en el aire y que, a pesar de que todas apuntan en la misma dirección, muchas de ellas no son agradables. El saber y el conocimiento son dos habilidades que no todo el mundo está preparado para asumir. Ella misma se lo dijo al confiarle *El libro de la Unión*. Y compartir con ella ese futuro implicaría también hablarle del presente y eso es algo que, para su desgracia, debe evitar hacer.

—Parece que están custodiándolo por turnos —comenta Dada, unos metros más allá, mientras observa con unos prismáticos lo que se encuentra en la plaza del Ubongo.

Una caja metálica de gran tamaño permanece al lado de la Fontapsu. Los agentes de Vawav han formado un círculo que custodia el mortal artefacto que se encuentra en el interior. En dirección al Ubongo, sobre la escalinata, distinguen a varias figuras conocidas. Una de ellas es el meteorólogo, que permanece preso con su mujer. Un poco más arriba, a la entrada del edificio, vestido con un uniforme militar, distinguen al presidente, visiblemente nervioso por la inminente batalla.

—¿Por qué están ahí esos terrícolas? —pregunta Dada, confundido.

—Nuestro aliado ejerce de señuelo —afirma el Ser, esta vez con la voz de Kai—. En cuanto al otro… lo habrá obligado Peaker. Puedo percibir su miedo desde aquí.

—No hay rastro de él o de Zola, ¿no? —pregunta Nabil, un poco ansioso porque dé comienzo todo.

—Aún no —confirma Dada.

Hay algo que no termina de gustarle al Ser. Algo que no consigue percibir. Siente una extraña inquietud que le impide ver con claridad

los hechos que van a acontecer. Como si inminentes alteraciones de todo se estuvieran desarrollando en ese mismo instante, similares al cambio de corriente que provoca, en cuestión de minutos, una violenta tormenta.

—¿Qué ocurre? —pregunta Docta Sena al percibir su semblante serio—. ¿Qué es lo que pasa por tu cabeza?

Los gestos de la viajante idediana se materializan en el rostro de la criatura con una mueca que no oculta su preocupación.

—Hay algo que no encaja —confiesa—. Saben que estamos aquí. Saben que vamos a atacar. ¿Por qué no hacen estallar la bomba?

—Quizá quiere asegurarse de que estemos todos en el radio de explosión —interviene Nabil.

—No. Quiere que vayamos ahí por algún motivo. Y no creo que sea la bomba —deduce Bahari.

—¡Lo veo! —interrumpe Dada—. ¡Está saliendo del Ubongo!

Una figura delgada, pálida y alargada emerge del interior del edificio más sagrado de Ídedin. Al Ser se le revuelven las tripas solo de pensar la clase de vejaciones y profanaciones que habrá hecho el monstruo allí dentro. No puede permitirlo. No puede dejar que el dictador de Vawav se adueñe de todo el saber y la cultura idedianos para utilizarlos a su antojo. Noah Peaker es un estratega nato, un dictador inmortal que ha sabido utilizar la lógica y el saber en su beneficio. Sea como sea, tiene que sacarlo de ahí. Sabe que tiene que hacerlo. Es la única forma de que el Equilibrio exista en el nuevo mundo. A lo mejor el monstruo también es consciente de esto y por eso mismo los está retando. O, mejor dicho, por eso… lo está provocando a Él.

—Me quiere a mí —susurra—. Esto… esto es un mensaje para mí.

El Ser se yergue con orgullo y comienza a caminar hacia una de las esquinas de la torreta.

—Es importante que estéis separados —anuncia, refiriéndose a los Sapientes—. Al menos hasta que os haga la señal. Hay agentes por toda la ciudad, así que centraos en una parte de la ciudadela para vuestra lucha.

La criatura se asoma por el borde de la muralla para señalar a

Docta Winda, quien permanece abajo con Yanna y la patrulla centinela.

—Ella se encargará de toda esta zona, la Puerta del Agua —ordena el Ser con la voz de Bahari—. Tú, querida Sena, ve con los centinelas que necesites a la Puerta del Fuego.

Cuando se gira hacia Docto Nabil, este lo recibe con una sonrisa divertida y traviesa, como si ya supiera lo que le va a proponer.

—Tú y yo… —comienza Bahari, contagiándose del gesto que tiene su amigo— nos vamos a la plaza.

El sol está empezando a descender hacia el horizonte. En cuestión de horas, el manto nocturno volverá a cubrir toda la ciudadela y, para entonces, su futuro estará decidido. Varios de los soldados de Vawav se dejan hipnotizar por el espectáculo natural del atardecer. A pesar de los meses que llevan en el nuevo mundo, aún no se han acostumbrado a esos magníficos y preciosos cambios de luz. ¿Quién puede culparlos? Proceden de una realidad en la que solo había oscuridad.

Quizá por eso no perciben desde el principio la sutil estela azulada que se dirige hacia ellos. Solo el trueno que ruge de repente en un cielo despejado los pone en alerta, pero no les da tiempo a recuperarse del sobresalto cuando un segundo estruendo impacta en la plaza del Ubongo.

La luz azulada aterriza de golpe al lado de la fuente y descubren una figura alada y blanquecina que comienza a invocar la tierra y el viento para reducir la visibilidad del enemigo. A su lado aparece una segunda figura humana, pero en la misma posición de ataque que el Ser. Los agentes no dudan en comenzar a disparar sus proyectiles hacia ellos mientras el Ser alza sus alas para cubrirse en un escudo junto con Nabil.

No tardan en deshacerse de la primera tanda de agentes. A Nabil le sorprende la poca resistencia que han puesto, teniendo en cuenta que han aparecido en la plaza de repente.

—Esto no me gusta… —susurra el chico.

—Estate atento.

A lo lejos se oyen varias explosiones y disparos, consecuencia de los enfrentamientos que están teniendo lugar en la Puerta del Agua y en la Puerta del Fuego, respectivamente. La figura de Sif Noah Peaker comienza a deambular con un tranquilo paseo por el final de la escalinata. Su sosiego pone los pelos de punta. No se inmuta. Permanece cruzado de brazos por la espalda, con una seguridad en sí mismo que a ninguno de los dos les gusta.

—¡Bienvenidos! —saluda el monstruo—. ¡Bienvenidos al inicio de un nuevo mundo!

Mientras que el Ser estudia los gestos de los aliados capturados, Nabil no aparta la vista del dictador.

—¿Dónde está la traidora? —proyecta Nabil con su tono más autoritario—. ¿Por qué Zola no está enfrentándose a nosotros?

—Oh, está aquí —confirma Noah Peaker mientras se detiene en medio de las columnas centrales de la entrada—. Pero la he relegado de su cargo porque… ya no me hace falta.

Sif Noah Peaker chasquea los dedos y, como si hubiese invocado la tierra, el suelo comienza a temblar. Una de las esquinas de la plaza comienza a resquebrajarse y a curvarse, como si fuera la cáscara de un huevo a punto de romperse. No tarda en salir del suelo una de esas bestias metálicas de Vawav con forma animal. Tanto Nabil como Bahari recuerdan esas máquinas de su enfrentamiento en la batalla de Asserat.

La inmensa bestia de Vawav abre sus fauces y escupe de ellas el cuerpo inerte de una persona. A Docto Nabil le cuesta reconocer el rostro del cadáver por lo desencajada que tiene la mandíbula y la palidez de su piel. A pesar de tener los ojos abiertos, la membrana blanca que cubre el iris impide ver su color. Sin embargo, el joven Sapiente no tarda en descubrir la identidad del cadáver por el cabello.

—Zola…

La confusión se mezcla con la rabia. A pesar de que su melliza se lo había relatado, jamás se habría imaginado la atrocidad que provoca esa *brujería* en los idedianos. Le provoca una sensación horripilante,

incluso tratándose de la propia Zola, a quien tanto sufrimiento le ha deseado en estos últimos meses. Sin embargo, el chico no puede evitar molestarse por no ser él quien haya acabado con la vida de la traidora, que no solo causó la muerte de Chidike, sino también por ser quien asesinó vilmente a su querido Stratus.

Docto Nabil vuelve a centrarse en el dictador, pero este lo distrae con una nueva aparición.

Justo al otro lado de donde ha surgido la bestia de Vawav, trepando por las paredes que mantienen en alto el Ubongo, aparecen unos lobos metálicos de un tamaño más acorde con el de los animales en Terra. La parte del Ser que guarda a Denis no tarda en reconocer las fauces de esos perros del infierno que acabaron con la vida de Hada y su amigo Tercio.

—Veo que ambos recordáis a mis mascotas —confiesa el Sif con su característica afonía—. Y creo que os habéis confiado esta vez al venir solo vosotros dos. Si ellos no acaban con vosotros, lo hará esa bomba que tenéis detrás.

Nabil se lleva las manos atrás y saca un par de pistolas de Vawav modificadas a su antojo, frunce el gesto con rabia y mira directamente al Sif.

—Aquí el único que está confiando en su poder eres tú.

El Maestro del Viento invoca su elemento y con un torbellino se impulsa hacia los lobos. Estos no dudan en abalanzarse sobre él, pero la agilidad del Sapiente hace que, aún sin haber tocado el suelo, empiece a lanzar proyectiles de fuego contra las bestias. Cuando estos impactan en el casco de las máquinas, el elemento se transforma en un devastador magma que agujerea el metal. Sin embargo, los lobos de Vawav no se inmutan, porque carecen de un sistema nervioso que les permita experimentar el dolor, así que continúan su trayectoria. Nabil no duda en mezclar el viento con el fuego, invocando tres pequeños remolinos que empiezan a tragarse a los lobos y a fundir el hierro que los ha forjado dentro de su embudo.

El Ser, por su parte, se ha centrado en la bestia más grande de todas. Bahari recuerda a la perfección la agresividad y fuerza de esas máquinas. Contaba entonces con la ayuda de Virgo; ahora… con el

poder del Equilibrio.

La criatura alza el vuelo y del mismo agujero del que ha emergido la bestia invoca el quinto elemento para que salgan unas enredaderas verdes y gruesas que, como serpientes, empiezan a enroscarse en las extremidades de la máquina. Acto seguido, alza las manos en una coreografía propia de la viajante idediana y de sus palmas surgen unas ascuas que lanza como pelotas de béisbol a una velocidad sobrehumana. Al igual que los lobos metálicos, cuando el fuego impacta contra el casco del monstruo, el magma empieza a agujerearlo y a fundir el hierro, haciendo que este se vaya derritiendo poco a poco.

No puede ser tan fácil. Esto es solo una distracción.

El Ser no deja de sentir que el dictador está jugando con ellos, que está yendo varios pasos más allá y que los tiene justo donde quiere. ¿Qué es lo que oculta? ¿Qué es lo que está tramando? Percibe una alteración extraña en el camino, algo que le preocupa y que, por encima de todo, lo aterra.

El Ser junta sus palmas y, cuando las abre de golpe, una cuchilla de fuego sale de su pecho, impactando directamente en la cabeza de la bestia, que sigue moviendo sus fauces para deshacerse de las enredaderas. La criatura aprovecha la distracción para alzar el vuelo e invocar un pequeño e inofensivo tornado que, en vez de lucir polvo y barro, forma un embudo limpio con vapor de agua que sale de la propia fuente del Ubongo. Se trata de la señal pactada.

Las dos Sapientes no tardarán en aparecer, así que se dirige al propio Peaker, que permanece tranquilo en la escalinata del edificio. El Ser agita las alas y en un abrir y cerrar de ojos se planta a unos pocos centímetros del rostro del dictador. El semblante de Peaker luce algo divertido, mientras que el suyo permanece sereno.

—¿Estás asustado? —pregunta el Sif con su afonía habitual.

El Ser frunce el ceño, estudiando con detalle las facciones del dictador, como si intentara resolver un complejo enigma oculto en su piel blanquecina y en sus terroríficos ojos amarillos.

—¿A qué estás jugando? —contesta con las tres voces al unísono.

Sif Noah Peaker se sorprende del efecto sonoro que tiene la voz de

la criatura, pero oculta su impresión con una falsa sonrisa de triunfo. Poco a poco alza las manos, como si fuera un predicador.

—No te tengo miedo —confiesa el dictador en un susurro—. No puedes hacerme nada.

El Ser parece impregnarse de la rabia de Denis, porque su semblante se enturbia y no duda en agarrar al monstruo de Vawav por el cuello.

Sin embargo, su mano atraviesa una imagen holográfica. La sorpresa de Denis excita al demente líder tanto que no puede evitar soltar una carcajada de triunfo.

—¿De verdad creías que me iba a exponer de una forma tan imprudente? —se enorgullece—. Estás justo donde quiero que estés.

Un disparo potente y contundente surge detrás de él. El Ser se gira para ver quién es el portador del arma y se encuentra al presidente con la mano temblorosa empuñando la pistola con el humeante cañón hacia él. Al ver que las balas no le han hecho nada gracias a las auras que lo protegen, vuelve a disparar a bocajarro contra el pecho de la criatura, pero sus alas lo resguardan con una velocidad inimaginable.

El presidente suelta de golpe la pistola y comienza a recular aterrado a medida que el Ser camina hacia él. El hombre se tropieza, cayendo de espaldas contra el suelo de piedra, y, como si fuera una babosa, comienza a arrastrarse cubriendo su rostro con las manos en alto.

—Por favor… —suplica con un llanto agudo—. Por favor… No quiero… no quiero morir…

El rostro del Ser muestra una indiferencia que se empieza a impregnar de cierta lástima ante la patética figura del político. No le importa el futuro que le depara, pero tampoco será él quien decida encaminarlo.

La criatura vuelve a girarse hacia la figura holográfica de Noah Peaker.

—Si no lo matas tú, lo harán mis bestias —confirma.

—No es mi problema —sentencia mientras regresa tranquilo y con el semblante serio hacia el dictador.

—¿Te he hecho enfadar? —pregunta Peaker, con cierta sorna en

sus palabras.

—Aún no —confirma él—. Pero me sorprende la cantidad de emociones por las que te estás dejando llevar. El gran Sif Noah Peaker no oculta su disfrute.

—A pesar de haber ocupado cinco cuerpos, a pesar de llevar vivo más de trescientos años, no dejo de tener conciencia humana. No dejo de ser un humano y, como tal, tengo emociones. A veces me permito el lujo de dejarme llevar por ellas.

El rugido de la leopardo albina anuncia la llegada de la Sapiente Winda, invocando con todo su poderío el elemento del agua para unirse en la lucha con su mellizo. Docta Sena no tarda en surgir con su grupo de centinelas, involucrados con la causa de terminar la batalla de una vez por todas.

—Por fin… ¡los tres Sapientes! —anuncia Noah Peaker—. Reconozco que es una delicia verlos en acción.

El Ser atraviesa el holograma de Peaker y va directamente hasta donde se encuentra Leo Pacheco con su mujer. Dos agentes de Vawav los custodian y no dudan en apuntarlo con sus armas. Sin embargo, conscientes del poder sobrenatural de la criatura y antes de que esta los desarme, son ellos quienes *motu proprio* lanzan sus pistolas al suelo y huyen escaleras abajo.

—Tengo interés por ver qué te hace a ti el citranium —pregunta Peaker—. Al fin y al cabo, hay sangre idediana en tus venas.

Mientras el Ser quita la mordaza a Leo y a su mujer, los Sapientes siguen luchando con los centinelas, formando un círculo alrededor de la bomba.

—¿¡Preparados!? —escucha gritar a Docto Nabil mientras este dispara a las bestias y a los agentes.

La criatura se centra en liberar a los rehenes. Cuando quita la mordaza que cubre sus labios, el meteorólogo comienza a advertirle con angustia:

—Es una trampa —confiesa, agitado—. Todo esto es una trampa.

Un crujido en la tierra, procedente de la invocación que están haciendo los Sapientes alrededor del artefacto cuadrado que protege la bomba, comienza a resquebrajar el suelo.

Sif Noah Peaker vuelve a mirar divertido a la criatura, sin ocultar una diabólica sonrisa y luciendo una mirada amplia y obsesiva, casi demente.

—Voy a encontrarte —advierte el Ser a través de las tres voces al unísono.

Un rugido retumba en todo el Ubongo y la tierra que sostiene la bomba comienza a hundirse de una forma controlada por los tres Sapientes. Poco a poco, invocan el poder del agua y de la tierra para que el artefacto se vaya hundiendo y quede oculto a varios metros bajo tierra, evitando así que su detonación acabe con todo.

—¿Sabes? —vuelve a intervenir Sif Noah Peaker en una posición que sigue transmitiendo calma y seguridad—. No deberías dejarle a un felino el trabajo de un humano.

La frase lo atraviesa como los proyectiles que no han conseguido hacerlo. Su rostro, por primera vez, se muestra alterado y vulnerable. Sus ojos se abren al imaginarse a sus dos mejores amigos y a Virgo en peligro.

—Creo que ahora eres tú el que apestas a miedo —sentencia el dictador.

El holograma de Sif Noah Peaker desaparece de golpe mientras los Sapientes terminan de engullir la bomba en el corazón del Ubongo. El Ser vuelve a girarse hacia Leo Pacheco y camina en su dirección, decidido.

—¿Dónde están? —pregunta, desesperado.

Eso que sabes que va a pasar, pero que no quieres que ocurra

Caminar por ese bosque les trae a la mente los últimos recuerdos que tienen de Terra antes del Colapso. La abundancia de pinos y ese fresco aroma propio de la vegetación de montaña hacen que tanto Yago como Amber se acuerden de la cabaña donde pasaron sus últimos días antes del nuevo mundo. Unos días en los que Kai, Denis y Bahari seguían siendo tres personas distintas.

En estas dos jornadas de travesía, apenas han mencionado el asunto. Ni ella se atreve a compartir sus miedos e intuiciones ni él quiere plantearse lo que va a ocurrir con el Ser cuando todo acabe. Pero la necesidad de Yago de hablar y, sobre todo, compartir su dolor y preocupación con su mejor amiga hace que intente verbalizar eso que tanto los inquieta.

—Cuando termine todo esto, ¿crees que…?

No sabe cómo terminar la frase. Es de esos pensamientos que lanza en voz alta y deja abiertos esperando que la cabeza de su amiga obre el resto.

—¿Qué? —responde ella, animándolo a continuar.

—Ya sabes… —dice él mientras sigue caminando detrás de Virgo.

—No, no sé. No soy adivina —responde Amber de una manera un tanto brusca.

Yago suelta un suspiro con el que se detiene de golpe. Pone los brazos en jarras mientras se gira hacia su amiga, deteniendo de golpe la marcha.

—¿Crees que volverá a desaparecer? —suelta a bocajarro, casi como si lo hubiera vomitado.

Amber estudia el rostro del chico durante un segundo. Su mirada resulta impasible, dura. Ella niega con la cabeza y lo adelanta.

—¿Eso es un «No, Yago, no creo que vaya a desaparecer»? —pregunta él, retomando camino e imitando con dramatismo a la muchacha—. ¿O es un «Yago, cállate la puta boca porque no me apetece hablar del tema»?

—¿Tú que crees? —espeta ella sin girarse.

—Creo que es una pena que le hayan desaparecido los genitales, porque está claro que la mala hostia solo te la quita una cosa —responde Yago con agresividad.

—Uff… No sabes las maravillas que hacen sus celestiales manos —contesta Amber con el mismo tono impertinente de su amigo.

—¿¡Os habéis toqueteado!?

—¡Joder, Yago! —suelta ella, perdiendo la paciencia y girándose —. ¡Ya vale!

—Crees que va a desaparecer, ¿no? —insiste él, encarándose a su amiga.

—¡Sí! —grita ella—. ¡Sí que lo creo! ¿Contento?

Amber no da pie a que su amigo continúe la conversación, así que vuelve a emprender la caminata que lidera el felino. Yago se queda en el sitio, como si las palabras de la chica fueran dagas de hielo que lo han dejado congelado. Él también sabe en su interior que, de la misma forma que ha venido, se tendrá que marchar, porque… es así, ¿no? No es una criatura humana a pesar de que tenga su apariencia. Su lugar no está en este mundo y eso… eso entristece a Yago enormemente.

Un sonido metálico y sibilino saca al chico de sus pesquisas. El eco de algo que parece viajar por el aire irrumpe en la montaña y, para su desgracia, ambos conocen muy bien ese sonido.

—Mierda… —espeta Amber al reconocer la nave vawaiana.

El rugido de Virgo apremia a los chicos a esprintar en su dirección y a subirse a su lomo para ir más rápido. Sin pensárselo dos veces, Amber y Yago montan a horcajadas del diente de sable y este comienza a correr por el bosque, esquivando arbustos, troncos y todo

aquello con lo que se topan. No existe ningún camino, están recorriendo un terreno virgen.

Pasan unos cuantos minutos hasta que el animal afloja el ritmo para recuperar el aliento. Un pequeño arroyo se interpone en el camino y Yago es el primero en dar un par de palmadas al animal para que se detenga y descanse un poco.

—¿Crees que nos han visto? —pregunta Amber, asustada.

—No… El bosque es muy frondoso —contesta Yago, intentando calmarla, mientras bebe un poco de agua al lado del animal—. Si nos hubieran visto, ya nos habrían atrapado.

Un crujido de ramas pone en alerta a los tres. Virgo es el primero que da un par de pasos por delante de los muchachos, protegiéndolos con su imponente cuerpo. El pelo del lomo se le eriza y comienza a soltar un gruñido de advertencia hacia lo que quiera que se encuentre ahí, delante de ellos.

—¡Soy yo!

La voz de Gala Craus emerge del interior del bosque. No tarda en aparecer con los brazos en alto, en un visible gesto de avenencia.

—¡Gala! —exclama Yago mientras avanza hacia la mujer, tranquilo por encontrarse con una aliada—. ¿Qué…?

Antes de que pueda acercarse más a la doctora, Virgo le corta el paso, interponiéndose entre ambos.

—¡Virgo! —regaña Yago—. ¡Es amiga!

Pero el animal ignora al chico y permanece tenso, con la mirada puesta en la mujer.

—Me ha costado la vida localizaros, pero… tenemos la nave un poco más allá. Tenemos que irnos de aquí.

—¿*Tenemos*? —pregunta Amber, confundida.

—Sí… Hemos… hemos conseguido hacernos con una en Arkadía, antes de que Peaker se marchara al Ubongo…

Cuando la mujer da un paso hacia ellos, Virgo no duda en dar un salto y soltar un rugido de advertencia.

—Yago… —susurra Amber a su amigo, preocupada por la reacción del animal.

—¡Virgo, para ya! ¡Es Gala!

—No, Yago… —advierte Amber.

—Tenéis que venir conmigo —insiste la doctora, con el rostro agitado y preocupado.

—¿A dónde? —pregunta la chica, cruzándose de brazos.

—¡A un lugar seguro! —implora la mujer.

—Ya estamos en un lugar seguro —responde la muchacha.

—Amber, ¿qué cojones haces? ¡¿Qué os pasa?!

Gala Craus se centra entonces en él. Su mirada transmite agonía, miedo y frustración.

—Yago, por favor… —suplica la doctora. Parece que sus ojos se van a inundar en lágrimas a pesar de ser completamente sintéticos—. Tenéis que acompañarme… o si no…

Un nuevo silencio se hace en el bosque. Solo lo rompe el gruñido gutural de Virgo, que se mantiene tenso ante la presencia de Gala, con el vello del lomo erizado.

—¿O si no qué? —espeta Amber.

Gala Craus mira entonces a la muchacha y, de repente, calma por completo su semblante. Su gesto pasa de la agonía a la indiferencia y todo su cuerpo parece relajarse de una forma antinatural.

—O si no tendré que obligaros a hacerlo.

La voz de Gala Craus desaparece por otra que Amber conoce muy bien. El rostro de la doctora se desvanece tras una piel blanca y sintética con la que el androide muestra su verdadera forma.

—Hija de puta… —suelta Amber entre dientes, rabiosa.

—Yo también me alegro de verte, Amber —confiesa Mila—. Ahora venid conmigo.

—No —contesta la chica.

—¿Dónde está Gala? —pregunta Yago con la respiración agitada —. ¿Qué has hecho con ella?

—Gala está donde tiene que estar —suelta la androide—. Venid conmigo. No pienso repetirlo.

—No vamos a ir contigo —contesta Amber, envalentonada.

—No me dejáis otra opción, entonces.

Antes de que Mila pueda dar un nuevo paso hacia ellos. Virgo se abalanza sobre ella, tirando al pequeño arroyo al androide. Sus dientes

se introducen en el pecho sintético del robot mientras con su cabeza comienza a zarandear todo el cuerpo. Mila parece moverse como un muñeco inerte hasta que, de repente, con uno de sus brazos golpea al animal, haciéndolo retroceder de inmediato.

Los daños que le ha causado Virgo en la piel blanca desaparecen a medida que se pone en pie y se dirige con decisión al felino. Este vuelve a lanzarse contra ella, pero la androide es mucho más ágil y esquiva el placaje propinándole un fuerte puñetazo en las costillas. El gemido quejicoso que suelta el animal demuestra que el golpe le ha hecho daño.

—¡Virgo! —grita Yago, quien pretende ir a detener la pelea.

—¡No, Yago! —lo contiene Amber.

El animal vuelve a incorporarse y, esta vez con más cuidado, vuelve a atacar a la androide usando sus garras con fuerza. Mila mantiene el porte y, como si fuera un dios griego luchando contra una bestia mitológica, agarra al animal por el costado y lo tira con fuerza contra el arroyo de agua.

—¡No! —grita de nuevo Yago.

Virgo ruge a la vez que intenta mordisquear la cabeza del androide, pero esta lo tiene tan bien agarrado que al felino le resulta imposible alcanzarla. Comienza a contonearse como puede intentando escapar de los brazos de la máquina, pero Mila es más ágil que él y consigue inmovilizar las extremidades del felino con sus piernas. Es entonces cuando agarra la cabeza del animal y la sumerge en el agua por completo.

—¡¡¡NO!!! —grita Yago, apartando a Amber de golpe.

El chico corre hacia Mila y, sin dudarlo, se tira sobre ella. La embestida hace que la androide suelte por un instante al animal y este pueda tomar un poco de aire.

La mirada ausente del robot se centra en el chico y comienza a caminar hacia él, decidida a quitárselo de en medio.

—¡Yago! —grita Amber, desesperada.

Antes de que Mila pueda alcanzarlo, Virgo vuelve a lanzarse contra la androide y ambos ruedan por el fértil terreno de tierra y piedras. La agilidad del robot hace que vuelva a atrapar al felino en un cepo con

su propio cuerpo. Cuando el diente de sable intenta propinarle un mordisco, Mila aprovecha el momento para agarrarlo por los enormes colmillos.

La mirada del androide se centra entonces en Yago y, sin soltar al pobre felino, que comienza a gemir de dolor, agarra con cada mano una parte de la mandíbula y, poco a poco, empieza a abrirla.

—¡¡NO!! —grita Yago, con los ojos inundados en lágrimas.

Virgo se remueve como puede. Su largo rabo empieza a agitarse mientras una de las patas que tiene libre empieza a rascar el suelo, intentando salir de aquella trampa mortal. A medida que Mila va abriendo su mandíbula, este va soltando unos rugidos que viajan de la impotencia al miedo y el dolor.

Yago sabe que lo va a matar. Sabe que ese androide se va a cargar al compañero que lo ha protegido y acompañado en estos meses de dolor. Ha perdido a su mejor amigo. Ha perdido a sus padres. No puede perder ahora al único ser con el que ha compartido su luto y sus miedos.

Cuida de él.

La voz de Bahari resuena en su cabeza.

El animal se sigue moviendo como puede. Es cuestión de segundos que deje de resistirse a la fuerza de la máquina y que lo abra en canal, separando su cabeza en dos mitades.

—Lo siento… —susurra el chico en un sollozo.

Su mirada se cruza con la de Virgo, quien hace lo que puede por mantener la fuerza, pero… ya no aguanta más.

—¡¡¡Lo siento!!!

El grito de Yago va acompañado de un golpe de puños que parece detener el tiempo.

La rabia y el dolor que suelta el muchacho hace que, de repente, una grieta salga de debajo de él y avance con rapidez hasta donde se encuentra Mila. Un temblor desestabiliza al androide y hace que el felino pueda escapar del improvisado cepo. La tierra se abre y se genera una pequeña brecha por la que Mila se empieza a hundir.

Virgo se sacude el cuerpo y con un zarpazo introduce más aún a Mila en el agujero como si fuera un clavo.

¿Él ha provocado eso? ¿Ha invocado la tierra? ¿Cómo es posible que…?

—Ya basta.

La voz afónica tan característica de Sif Noah Peaker aparece en la quietud del bosque. El dictador de Vawav surge de entre los árboles con su habitual tranquilidad y esa postura en la que sus manos se cruzan detrás de la espalda. Mila consigue salir de la grieta y se incorpora con un tembleque propio de una máquina que ha sido maltratada y no funciona con normalidad. Virgo, por su parte, ya ha regresado, cojeando, al lado de Amber y Yago.

El androide se pone al lado del dictador, pero este no puede dejar de observar la grieta que ha aparecido en el suelo. No es muy grande: apenas llega a los dos metros de profundidad y a los cincuenta centímetros de anchura. Sin embargo, su rostro muestra desconcierto.

—Tú…. ¿has hecho esto? —pregunta, incrédulo—. ¿Has provocado esto?

Yago permanece sentado, agitado. No sabe qué decir. ¡Por favor, no sabe siquiera si él ha sido capaz de invocar la tierra!

El semblante de Sif Noah Peaker se tuerce en una expresión de horror y recelo. Sin pensárselo dos veces, da un par de pasos hacia él mientras saca del interior de su túnica una pistola propia de Vawav.

No tarda en apuntar al chico a la cabeza y lanzar dos disparos.

El estruendo resuena en el bosque con un eco.

Él ha cerrado los ojos para no ver su muerte. Amber también.

Sin embargo, no siente el dolor. No siente el impacto.

Tan solo escucha un sutil tintineo.

Cuando Yago abre los ojos, se encuentra abrazado a Virgo detrás de una membrana azulada. No tarda en reconocer la impresionante ala transparente y espectral del Ser, quien ha aparecido de la nada y ha evitado que los disparos de Peaker impacten en su cabeza.

—Ahora… sí que estoy cabreado —espeta la criatura.

Y Yago puede apostar un riñón a que esa voz es la de Kai.

Algo que no se puede explicar

No sabe si son las inmensas alas azuladas, que parecen estar formadas de energía en su estado más puro. Puede que sea el porte agresivo y desafiante que muestra a tan solo unos pocos metros de él. Quizá todo provenga de esa mirada con dos iris de distinto color.

Pero el monstruo de Vawav, el férreo e inmutable Sif Noah Peaker, no puede evitar disimular y ocultar el miedo en su rostro.

Apestas a miedo.

El ser le mantiene la mirada, con el ceño fruncido y el pecho sutilmente agitado. Como si no fuera cansancio lo que lo alterara, sino más bien rabia y enfado.

—Apestas a miedo —escupe Kai.

Sif Noah Peaker lanza un grito rabioso, abriendo aún más sus ojos amarillos y dejándose poseer por todas esas emociones que ha intentado mantener bajo control. El miedo y la rabia hacen que comience a disparar como un demente a la criatura sin control alguno, tan solo apuntando y apretando el gatillo. Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco veces. Todo ello sin dejar de gritar, aparcando esa afonía, que parece haber perdido de golpe.

Las balas no han impactado en el Ser. Sus alas lo protegen en una burbuja impenetrable y completamente sobrenatural que escapa de cualquier explicación lógica y razonable que Peaker pueda dar.

—Se acabó, Noah —sentencia la criatura—. Todo ha terminado.

La orden le llega como si fuera un dardo envenenado que contagia aún más al dictador de rabia y frustración.

—¡¡NO!! —grita él, furioso—. ¡Esto se terminará cuando *yo* lo

decida!

—Tu ejército está acabado —dice mientras avanza hacia él con tres voces sonando al unísono—. Y la bomba…

Una diabólica y desquiciada risa interrumpe las palabras del Ser. Sif Noah Peaker comienza a soltar unas dementes carcajadas con las que parece recuperar su afonía.

—¿De verdad creías que iba a dejar la bomba en medio de una *estúpida* batalla? —revela el dictador.

Peaker se introduce la mano en el interior de los ropajes y, con mucha delicadeza, saca un pequeño y cuadrado interruptor que no duda en enseñar con orgullo. Justo cuando el Ser se va a abalanzar sobre él, el dictador hace un rápido gesto de negación con el dedo.

—Yo me preocuparía más por ella —advierte mientras señala a su lado izquierdo.

La mirada del Ser viaja hasta donde se encuentra Amber, quien permanece presa bajo los brazos mecánicos de Mila.

—¡Amber! —grita Yago.

—Esto es lo que va a pasar —anuncia el dictador—. Primero vas a ver cómo muere la chica. Y después pulsaré este botón para conseguir de una vez por todas ese maldito *equilibrio* que tanto defendéis.

—Denis… —susurra Amber, con un gesto de derrota.

—Puede que lo hayas salvado a él. Puede que a ti sea imposible matarte. Pero a ella…

El semblante de la criatura se centra en la androide. Su mirada se junta con la de la inerte, Mila que, como cualquier máquina, sigue las órdenes de un dueño. Tiene sujeta a Amber de tal forma que, con un rápido movimiento, podría partirle el cuello. Los ojos ambarinos de la chica se juntan con la mirada azulada de él.

—Siempre… —susurra la chica—. Siempre seremos algo real.

—Mila.

La voz de Denis sale con decisión por la boca de la criatura.

—Mila, déjala —ordena.

Sif Noah Peaker, seguro de que ahora él controla la situación, decide contemplar el espectáculo, que cada vez más desprende un aroma de tristeza, tragedia y muerte.

—Mila, esto no es lo que te he enseñado —insiste el chico mientras comienza a caminar hacia ellas.

La androide permanece atenta, con el semblante rígido e inmutable.

—Esto no está bien. Si le haces daño a ella, me haces daño a mí —confiesa el chico.

Un sutil parpadeo en los ojos sintéticos de la máquina sorprende al Sif.

—Acaba con ella —ordena Peaker.

—¡No! —grita Yago.

La androide se centra ahora en la chica que agarra con fuerza, dispuesta a ejecutar la orden del dictador, pero una cuarta voz surge de la boca de la criatura.

—Gala.

El tono maduro que profesa dista mucho de la juventud que emanan Kai, Denis y Bahari. Quien habla a través del Ser es un hombre mucho mayor, caracterizado por la calma.

—Gala, si aún estás ahí…

El semblante del androide parece haberse quedado congelado, como si los circuitos de su interior intentaran acatar una orden que a su sistema le resulta imposible de procesar.

—Ber… Ber… —La voz de Gala Craus suena entrecortada—. ¿Bérbedel?

Sif Noah Peaker es el único que parece reconocer ese nombre. Su confusión se transforma en una furia que vuelve a desatar en forma de disparos, esta vez contra la androide y la rehén. Sin embargo, la agilidad del Ser hace que se pueda poner de escudo. El momento parece devolver a la inteligencia artificial el control del androide.

—Gala murió —sentencia Mila—. Para siempre.

—¡Mátala! —grita Sif Noah Peaker, abandonado de nuevo su afonía—. ¡Es una orden!

Sin embargo, antes de que la androide acate el cometido, Denis vuelve a imponer su voz por encima del mandato:

—Mila, ¿qué es el amor?

La pregunta parece congelar al robot por completo. La respiración

de Amber es agitada y ya casi no puede contener los sollozos fruto del miedo ante su inminente muerte.

—¿Recuerdas qué es el amor?

—¡Mátala! —ordena con desesperación el Sif—. ¡Mátala o te juro que te desconecto para siempre!

—Sé que sabes lo que es el amor —insiste el chico.

La androide se queda quieta. Callada. Como si en su sistema pareciera buscar la respuesta a esa pregunta. Y entonces recuerda las enseñanzas del chico. Recuerda los innumerables intentos por darle una inteligencia emocional.

Creo que te quiero, Denis. Creo que estoy enamorada de ti.

Sus propias palabras parecen cobrar fuerza en el disco duro, que va asimilando una serie de órdenes y recuerdos que llevan a la máquina a poner en duda quién de las dos voces es la de su dueño.

—Dímelo, por favor —suplica Denis—. ¿Qué es el amor, Mila?

Dime lo que he hecho mal, Denis. Todo lo que he hecho ha sido por ti.

«Eso no es amor», dijo él.

Mila le preguntó entonces qué era el amor. La respuesta a su pregunta sale de la artificial boca del androide:

—Algo que no se puede explicar —contesta Mila, aflojando de inmediato el agarre de Amber—. Solo… sentir.

—Eso es. —Sonríe Denis—. Ahora suéltala.

La máquina le hace caso al chico y deja que Amber caiga al suelo, agarrándose el cuello y tosiendo, asustada. Yago no tarda en correr hacia ella para socorrerla mientras el Ser vuelve a girarse hacia Peaker.

El monstruo de Vawav contempla con horror y rabia la escena mientras alza la mano con el interruptor. El Ser no tarda en abalanzarse sobre él, sin tener cuidado alguno con su débil cuerpo. Sin embargo, cuando sus manos le van a arrebatar el dispositivo, este se da cuenta de que ya ha pulsado el botón.

—No vas a poder salvarlos a todos —confiesa el dictador con un semblante lleno de grandeza.

Un sonido parecido a un escape de gas retumba por el bosque. Lo sigue un petardazo con un sibilino zumbido que procede de la nave a

unos cuantos metros. Sobre las cabezas de todos despega un misil de gran tamaño que avanza con rapidez hacia el crepuscular firmamento. Un arma en cuyo interior hay tanto citranium que acabará, en cuestión de minutos, con toda la raza idediana del nuevo mundo.

Las tres caras de una misma moneda

El sonido de la vara de Bahari quebrando el aire es lo único que rompe el silencio del Colisseum. Las ágiles pisadas de Virgo levantando el polvo de la arena dejan una estela del recorrido que está haciendo. Su objetivo es alcanzar el objeto y capturarlo antes de que dé una vuelta completa al círculo que forma el anfiteatro. La centinela controla el viento para poner al límite a su compañero animal y que así el entrenamiento resulte un reto. Está a punto de atraparlo cuando, de repente, surge Stratus de la nada. El enorme pájaro de Nabil caza entre sus garras la vara de la muchacha, evitando así que el felino se haga con ella.

—¡Stratus! —reprende la chica.

—Virgo debería ser más rápido.

La orgullosa voz de Nabil hace que Bahari se gire hacia su amigo. No soporta la sonrisa de triunfo que saca a relucir en los momentos más inoportunos.

—Y tú y tu pájaro deberíais aprender a meteros en vuestros asuntos.

Sin ocultar su enfado, Bahari lanza un silbido para llamar a Virgo. Este regresa a su lado mientras ponen rumbo a la salida de la arena. Nabil, a quien le sigue divirtiendo la situación, trota hacia su amiga con intención de continuar la broma.

—¡Ey, espera, Ba! —insiste, sonriente—. ¿No quieres tu vara?

—Ya la recuperaré.

El tono tajante y seco de su amiga hace que el muchacho suelte un resoplido y se pegue una carrera que corta el paso a la centinela.

—Vaaaleee, lo sieeentooo —confiesa alargando las vocales, como un niño pequeño—. ¡Era una broma!

—Estoy harta de tus bromas —dice mientras lo empuja a un lado y continúa con su camino—. Puede que tú tengas el viento muy controlado, pero yo tengo que seguir practicando.

—Ahora eres tú la que tienes que estar de broma —contesta él con el semblante serio, siguiendo el paso de su amiga—. Bahari, invocas el viento de maravilla. ¡Ya me gustaría a mí poder controlar el agua como tú lo haces con el viento! —confiesa el chico, refiriéndose al elemento predilecto de ella.

Bahari se detiene soltando un suspiro de cansancio. Observa a Virgo a su lado, aún agitado por la carrera. El felino aprovecha la pausa para relamerse y peinarse las orejas.

—En serio, Nabil, da igual —contesta ella, mucho más tranquila—. No hace falta que me des este discurso para sentirte mejor.

—¡No te estoy dando ningún discurso! —insiste mientras se pone de nuevo delante—. Por el Equilibrio, ¡deberías verte! ¡Eres la mejor centinela de nuestra promoción!

La chica se cruza de brazos en un frustrado gesto con el que aparta la mirada de su amigo y se centra en el horizonte de Ídedin, que comienza a enrojecerse por la inminente llegada del Cambio.

—¿Hace falta que te recuerde lo mal que invoco el fuego? —confiesa con un mohín.

Nabil se acerca a Bahari con tiento e intimidad. Después pone con delicadeza sus robustas y fuertes manos sobre los hombros de la chica.

—Lo acabarás controlando —confirma el chico—. Acabarás dominando las emociones que invocan *tu* fuego.

—¿Y cómo estás tan seguro?

Cuando Bahari vuelve a mirar a su amigo, observa que los ojos de este se han humedecido.

—Sé que a veces me odias —dice Nabil con un nudo en la garganta —. Y tienes todo el derecho del mundo a hacerlo porque soy insoportable, pero… —El chico hace una pequeña pausa para intentar

deshacer el nudo que se le ha formado en la garganta—. Ba, me mata que no creas en ti. Me mata que no veas el potencial que tienes. Estás destinada a hacer cosas *grandes*. Y lo sé porque cuando te miro a los ojos solo veo grandeza. Te veo y solo puedo sentir admiración.

»Si me comporto como un *imbécil* es porque me encantaría que tuvieras una pizca de la autoestima que yo tengo para que fueras consciente de la maravillosa e increíble mujer que eres —confiesa Nabil en un susurro—. Nunca dudes de ti, por favor. Cabréate, frústrate… Pero nunca pienses que vas a fracasar en algo. No has venido a este mundo para eso. Hasta de lo que a ti te pueda parecer un fracaso obtendrás un triunfo.

El tacto de la arena negra resulta cada vez más húmedo. El reflejo verdoso de las lunas de Vawav es lo único que ilumina el camino, además de las linternas que llevan consigo. Denis sabe que están cerca del océano Áter, pero para llegar a su destino deben antes atravesar las montañas de la Sierra de Azabache. El Sónico de Vawav los ha dejado hace unas horas en la estación más al norte, que da nombre al lugar, y todavía les queda una larga caminata por delante. Sabe que Mila ha estado muy rara últimamente, pero confía en que los esté llevando por la ruta más factible y sencilla.

—¿Te gusta esto?

La voz de Amber lo saca de sus pensamientos. El asombro de la chica por su mundo es algo que le fascina y disfruta mucho describiéndole nuevas cosas. Sin embargo, la pregunta no tiene un tono alegre; resulta más bien… curioso y expectante.

—Azabache es un poco feo, la verdad —confiesa él—. Es un páramo impresionante, pero…

—No. Me refiero a Vawav. A todo tu mundo. ¿Te gusta vivir aquí? —pregunta Amber, mirándolo directamente a los ojos.

—No he conocido otra cosa, así que… supongo que sí.

La duda en sus palabras hace sonreír a la joven. Aunque en otras circunstancias se avergonzaría un poco de su titubeo, Denis se alegra

de que su reacción haya divertido a la muchacha.

—No me mientas, anda —contesta Amber, burlona—. Es un lugar triste, frío… ¿No echas en falta un poco de libertad?

—Es… complejo —confiesa él, visiblemente incómodo.

—¿No te imaginas viviendo en Terra? —insiste Amber mientras acorta los centímetros entre ellos.

—No sé, nunca he estado… Yo…

Amber se detiene de golpe y lo agarra por la muñeca para que imite el gesto.

—Cierra los ojos —ordena.

—¿Por qué?

—Hazme caso —insiste la chica con paciencia—. Ciérralos.

Denis, algo reticente, acata la orden mientras mira de reojo a Mila, que ha detenido su marcha a la espera de que ambos continúen.

—Respira tres veces —le pide Amber mientras toma las manos del chico. Denis siente su tacto suave y cálido, un tacto que lo reconforta y tranquiliza—. Ahora quiero que sientas todo lo que nos rodea: el aroma del mar, ese fresquito húmedo, esta extraña noche verdosa…

Amber le da unos segundos para que centre sus cinco sentidos en todo lo que los rodea.

—Ahora quiero que te imagines el graznido de un pájaro. Es un graznido agudo, rítmico y marcado. Es un pájaro blanco, con el pico amarillo. La luz verde que ilumina todo se apaga y, justo por el horizonte, empiezas a ver unos colores azulados, que van adquiriendo un tono lila y rosado. La arena que pisas ya no es negra. Es amarilla, casi blanquecina. Escuchas el motor de un coche con tu música favorita sonando. Un olor a deliciosa comida te inunda las fosas nasales. El frío húmedo se ha convertido en una brisa agradable con la que no te importaría tumbarte para disfrutar de una buena lectura.

La descripción hace que Denis comience a percibir unas sensaciones que nunca ha experimentado, pero que, de una forma que no puede explicar, conoce. Siente la paz de la playa, el calor de la tierra, la luz del sol bañando su piel, el agradable frescor del agua turquesa que permanece calmada, una bandada de esos pájaros grandes que reciben el nombre de…

—Gaviotas —verbaliza él en voz alta—. Esos pájaros son gaviotas.

—¿Tenéis gaviotas en Vawav? —pregunta Amber, confundida.

Denis abre los ojos y no puede evitar sonreír a la chica. Los ojos de ambos se encuentran en un momento en el que el tiempo parece haberse detenido. La molesta brisa del océano hace que el flequillo de la muchacha esté despeinado y revuelto por su frente. Denis, con sumo cuidado y cariño, le coloca bien el cabello en una caricia que eriza la piel a ambos.

—No —confiesa el chico, sin dejar de sonreír—. Aquí no existen las gaviotas.

—¡NO!

La negativa de Kai no ayuda a que sus amigos lo tomen en serio.

—Oh, vamos, Kai. ¡No seas malo! —protesta Yago con un forzado puchero.

—No pienso ver ese bodrio otra vez —contesta el chico, cruzándose de brazos—. Ya lo tuve que sufrir colocando los malditos subtítulos.

—Ya, hijo, pero es que nosotros dos no tenemos la suerte de trabajar en ZeeYou viendo pelis todo el puto día —espeta Amber mientras da un trago a la lata de cerveza.

—Cuando quieras te cambio el puesto —desafía Kai.

—¿Ah, sí? —continúa la chica, alzando la ceja—. ¿Prefieres las estanterías Stöggen a… —tiene que volver a mirar el título de la película propuesta— *Mi cerdito de verano*?

—He de decir que tenemos muy poca vergüenza —apunta Yago mientras agarra un trozo de la *pizza* de pepperoni y se la introduce en la boca para seguir hablando mientras mastica—. Vamos a ver una peli que aboga por el veganismo mientras comemos esta mierda.

—¡Esa es la gracia! —defiende Amber mientras copia a su amigo y se lleva otro trozo a los labios—. Esto no es una noche de peli y *pizza* cualquiera. Es una prueba para ver si esta película nos convierte en veganos.

—Ya, sí… Como la *Picadura de la cobra gay* —añade Kai mientras se tumba en el sofá, derrotado—. ¿Dónde está mi hamburguesa de *loser* intolerante a la lactosa?

—¿Picadura de la cobra gay? —pregunta Amber, rebuscando en la bolsa que ha traído el repartidor.

—*Picadura de la cobra gay. Si te pica te convierte en gay* —canta Yago mientras se mueve como si estuviera bailando una clásica danza india—. ¿No te suena?

—Es la primera vez que escucho esa mierda —contesta ella.

—Joder, hija, que el *boomer* de este piso es este Kai-chondo —se ríe Yago de la broma que acaba de hacer.

—Dios mío… Dime que no has improvisado este chiste ahora —contesta Kai mientras se prepara para darle un bocado a la hamburguesa.

—¡Claro que sí, cariño! ¿No ves que debajo de este cuerpo serrano hay escondido un escritor supercreativo?

—Bueno, que nos desviamos del tema, queridos —interrumpe Amber—. ¿Vemos la peli del cerdo o no?

Las miradas de sus dos amigos se posan en él, que sabe que va a tener la voz cantante en esto. Yago no puede evitar forzar un puchero para darle cierta pena y que acceda a reproducir la película.

Kai suelta un suspiro, asumiendo la derrota.

—Que sepáis que merecéis acabar convertidos al veganismo —amenaza, dando a entender que van a ver la película del cerdo que vuelve a la gente vegana.

Tanto Yago como Amber celebran la victoria y no dudan en darle al *play* en el mando para que comience la proyección. Kai, por su parte, activa las luces automáticas para que se atenúen en modo cine. Una vez a oscuras, no puede evitar sonreír divertido al imaginar las reacciones que sus amigos van a tener con determinadas partes de la película. En el fondo, le da igual repetir contenido del catálogo de ZeeYou porque ver una película con sus dos mejores amigos resulta ser una experiencia de visionado completamente diferente y divertida.

Equilibrium

No vas a poder salvarlos.

La frase de Sif Noah Peaker se repite en su cabeza una y otra vez. Aún lo tiene apresado bajo su cuerpo mientras el dictador no pone resistencia alguna y sostiene el interruptor del misil en sus frágiles y delgados dedos.

Tanto Amber como Yago miran aterrorizados al cielo, viendo cómo asciende ese misil letal que acabará con toda la raza idediana. El Ser no puede imaginarse a Nabil, Sena y Winda yaciendo igual que lo han hecho las víctimas del primer ataque. No puede imaginarse a Virgo padeciendo después de todas las aventuras que han pasado. Se niega a asumir que ese sea el final de todo Ídedin.

Y después, ¿qué pasará?

La criatura vuelve a centrar su atención en Noah Peaker. Los ojos amarillos del dictador lo siguen observando con expectación y demencia. Porque sabe que esto solo es el principio de todo. El principio de un nuevo terror, de un nuevo mundo en el que él será el dueño y artífice. Un mundo que modelará a su antojo y del que, por tanto, extirpará todo aquello que odia y repudia.

Se deshará de Amber y Yago. De cualquier terrícola que ose alzar la voz ante sus injusticias. De cualquiera que se atreva a plantarle cara a su política del miedo.

No…

Los ojos del Ser vuelven a sus amigos. Los dos han estado a punto de morir. Han estado a punto de perecer por una causa de la que han decidido formar parte desde el primer momento. Una aventura que no

les correspondía, pero a la que, gracias a la amistad que los une con Kai, no dudaron en sumarse. Y, a pesar de todo, ahí están. Vivos.

Como si hubieran escuchado sus pensamientos, ambos lo miran. Y en él, en ese ancestral Ser con una apariencia propia de cualquier ser mitológico, ven a su querido Kai. Ven al enigmático Denis. Ven a la valiente Bahari.

Yago abraza a Virgo con fuerza mientras el animal tampoco le quita la vista de encima a la criatura. Quizá la mirada que más le duele al Ser es la de Amber. No porque se sienta decepcionada o triste, sino porque sabe que esto… vuelve a ser una despedida.

—Siempre… seremos… reales… —vocaliza la chica en un susurro que solo él puede escuchar.

Tanto él como ella comparten la misma lágrima que cae por la mejilla. Una lágrima que acaba desembocando en la comisura de los labios de ambos, pero que en el rostro de ella opta por terminar regalándole una última y delicada sonrisa.

Él asiente y vuelve a endurecer el semblante. Se centra de nuevo en Peaker, agarrándolo por la pechera con fuerza.

—Sí que puedo —escupe el Ser con decisión y seguridad—. Puedo salvarlos. A todos.

Las pupilas del dictador parecen empequeñecerse ante la reacción de la criatura. Intenta zafarse de ella, pero Kai, Denis y Bahari lo agarran con tanta fuerza que le resulta imposible escapar. La criatura no tarda en mirar al cielo y erguir sus prominentes y majestuosas alas con fuerza mientras se levanta del suelo con Peaker apresado a su costado.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta el dictador, aterrado.

—Equilibrar todo.

De un salto, la criatura sale en volandas hacia el misil que el monstruo de Vawav ha lanzado. Agarra con fuerza al dictador por los brazos, manteniéndolo preso contra su propio cuerpo, mientras sus espectrales alas van batiendo con fuerza el aire y subiendo a mayor velocidad hacia el eterno firmamento.

Siente el inminente frío de la noche; su ascenso coincide con el crepúsculo del día. El cielo resulta un festival de colores fríos y

cálidos, una mezcla de tonos tan opuestos como dependientes unos de los otros.

Apenas está a unos metros del misil cuando este empieza a girar para comenzar el descenso para su impacto final. Solo los gritos de Sif Noah Peaker suenan por encima del viento que empieza a invocar para controlar la trayectoria del artefacto.

La criatura empieza a girar sobre sí misma y surge alrededor de sus alas un pequeño remolino que va aumentando su embudo para convertirse en un tornado que no llega a aterrizar en el suelo, sino que aspira a tocar el cielo.

Tanto él como Peaker y el misil desaparecen dentro de ese embudo giratorio, que sigue ascendiendo, alejándose del nuevo mundo y adentrándose en el incierto espacio exterior.

Mientras, desde abajo, Yago, Amber y Virgo observan abrazados el fenómeno que ha provocado su amigo. La estela que formaba se ha convertido en un reguero de nubes y luces blancas que, al igual que un cohete, asciende con cada vez más velocidad hacia el firmamento.

Y entonces, cuando está lo suficientemente alejado, cuando parece incluso que está más allá de la luna y de cualquier otro planeta, un destello azul ilumina y rompe todo el firmamento. El sonido de la explosión llega varios segundos después, justo cuando ven cómo, poco a poco, el brillo azulado se empieza a atenuar, formando una serie de puntos brillantes que parecen detenerse en el espacio.

Se trata de tres estrellas nuevas. Tres estrellas brillantes con tres tonos distintos: azul, verde y naranja.

—Equilibrium —anuncia Mila.

Amber mira confundida a la androide, aún secándose las lágrimas del rostro.

—¿*Equilibrium*? —repite la chica.

—Ese debería ser el nombre de esa nueva constelación —confirma Mila—. Equilibrium.

EPÍLOGO

Siempre se ha imaginado Oceanía de otra manera. Acostumbrada a los recuerdos que tiene del mundo como era antes, siempre había relacionado el paraíso del Pacífico con aguas turquesas, playas de arena blanca y una exuberante vegetación tropical. Su padre siempre había soñado con practicar buceo allí, contemplando los impresionantes arrecifes de coral que se ocultan en las profundidades del océano. Siempre le había dicho a su *pequeñaja* que algún día pasearían por las suaves y kilométricas playas de la Polinesia.

Amber evoca todos esos recuerdos con los ojos cerrados mientras se aferra al colgante que siempre la acompaña. Escucha en su interior la voz de su padre, quien, a pesar de estar físicamente ausente en su vida, sigue presente cada día en ella. Ahora le diría que eso no es como en las fotos de internet, que dista mucho de las imágenes que aparecen en el catálogo de las agencias de viajes. Pero la chica apuesta a que a su padre le gustaría más que como era antes del Colapso.

La Polinesia, destino paradisiaco para las altas rentas, se ha mezclado con las impresionantes arenas del desierto de Zabrath de Ídedin y los acantilados del océano Áter de Vawav. En un único punto conviven tres paisajes completamente distintos, pero que se han integrado a la perfección en una simbiosis que, sin duda, tiene un punto sobrenatural.

Las aguas turquesas se fusionan con el vivo y danzante mar de arena blanca que tanto ha caracterizado a Zabrath, haciendo que aquellas choquen contra los negros acantilados de Áter en un espectáculo natural donde los cuatro elementos son los protagonistas. La vegetación sigue siendo tropical por la cercanía del ecuador, pero

los minerales que han aportado las nuevas tierras a la Polinesia han hecho que el verde no solo se incremente en colores más vivos, sino también en palmeras y árboles más grandes y majestuosos, convirtiéndose en una de las selvas más impresionantes del nuevo mundo.

Ha tardado bastante en encontrar el lugar. El único satélite que orbita alrededor del nuevo mundo no ha conseguido aún la cartografía completa del planeta, pero, después de que Leo Pacheco haya podido estudiar junto a varios geólogos las nuevas placas tectónicas, han podido situar en según qué zonas lugares de los tres mundos. Cuando el meteorólogo se enteró de la importancia de este lugar para la muchacha, no dudó en priorizarlo hasta dar con él.

—Me sigue pareciendo guapísimo —susurra Yago a su amiga mientras observa al científico. Leo luce un estilo ibicenco al lado de Patty, su mujer, mientras juega con la hija de ambos, que apenas ha cumplido el año de edad—. Los tres son una monada.

Amber sonríe ante el comentario de su amigo, pero más aún por la tierna y familiar imagen que profesa el meteorólogo. Simboliza, de alguna forma, esa paz y ese nuevo futuro que tanto han estado buscando. Su madre los ha acompañado también en este especial viaje y se ha pasado la mayor parte del tiempo al lado de la pequeña, ejerciendo en parte un papel de abuela que no le corresponde, pero que, gracias a la confianza y a la ayuda que profesa, parece haber asumido con orgullo.

La chica vuelve a cerrar los ojos y suspira nerviosa. El sol comienza a acercarse a la posición del crepúsculo.

—Tranquila, amiga —dice Yago mientras le pasa el brazo por la espalda en una cariñosa y reconfortante caricia—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que… —Amber se toma unos segundos para continuar la frase—. Llevo tanto tiempo posponiendo este momento que me resulta raro estar aquí.

El rugido juguetón de Virgo y Yanna sorprende a los dos amigos, que permanecen tranquilos en la orilla de la playa, contemplando el espectacular atardecer.

—¡Oye! —espeta Yago a los felinos—. ¡Esta es una zona para estar

tranquilos!

—¡Yanna! —grita Winda mientras se acerca hasta ellos en compañía de Nabil, Sena y Dada.

Los idedianos llegan de su largo paseo por las arenas de Zabrath, lugar que siempre han recordado con cariño por las expediciones obligatorias que tenían que hacer cuando eran centinelas. Todos ellos lucen las túnicas que representan su elemento sapiencial, equilibrando de nuevo las creencias de Ídedin con la representación de los cuatro elementos. Kira, la pequeña e inseparable coyote de Dada, permanece en el hombro de su compañero, observando con cautela a los dos enormes felinos jugar.

—El Cacique de la Tierra debía demostrar su destreza con las salvajes arenas de Zabrath y… —anuncia Nabil, burlón— he de decir que ha sido un total fracaso.

Dada le da un cariñoso empujón a su amigo; a pesar de ser Sapientes, se permiten aparcar el protocolo en un ambiente tan íntimo y personal como ese. Llevan varios meses intentando construir un sistema educativo para que su cultura perdure y no solamente los que tengan sangre idediana puedan adquirir el control de los cuatro elementos, sino también terrícolas que, después de la Unión, se han sensibilizado más con su lado *creyente* y, por tanto, puedan tener la capacidad de invocar su poder.

—Quizá deberías haberte presentado tú, Yaguito —dice Nabil mientras acaricia la nuca del chico y se sienta a su lado—. A ver, ¿cómo era eso de la pirámide de arena del otro día?

—Que te jodan, Nabil —espeta él—. Era un castillo. Un castillo precioso.

Después de que Yago invocara la tierra para salvar a Virgo, el chico ha intentado potenciar el control y la simbiosis con ese elemento, pero lo único que ha conseguido es agrietar rocas y mover arenas.

—Poco a poco, amigo —lo anima Ámber.

—Ya está a punto.

La voz de su madre hace que la chica se gire de nuevo hacia ella. Docta Sena se encuentra a su lado y ambas le sonríen con ternura.

—¿Estás preparada? —pregunta la Sapiente.

—Creo que sí —susurra la muchacha con un hilo de voz que la hace temblar por dentro.

Amber respira hondo, se aferra al colgante y se pone en pie. Antes de que pueda avanzar más, su madre la abraza por los hombros y le regala una tierna sonrisa.

—Tu padre estaría orgulloso —dice.

—Lo sé —asiente ella, intentando no emocionarse antes de lo debido—. Sé que lo está.

La chica comienza a caminar en dirección a la orilla, con sus pies descalzos sintiendo la fina arena blanquecina de la Nueva Polinesia. El firmamento se ha empezado a teñir de un morado propio del crepúsculo con tintes rosados que se acentúa más aún con las nubes sueltas que adornan el horizonte. El gran astro comienza a desaparecer por el océano del oeste mientras las estrellas de la noche comienzan a brillar con más fuerza.

Cuando siente la húmeda tierra empapada por la espuma de mar, su corazón empieza a latir con fuerza. Amber camina con decisión, sin dejar de soltar el colgante, que aún conserva en su cuello, sintiendo cómo, a medida que va avanzando hacia el interior del mar, la piel se le va erizando. Una vez que el agua le llega a las rodillas, se quita el pequeño colgante y, poco a poco, desenrosca el diminuto frasco ovalado.

La chica vuelve a mirar al firmamento y suelta un profundo suspiro, intentando contener las inevitables lágrimas que van inundando sus ojos. El aliento le sale con un temblor que no puede controlar. Se obliga a hacer una respiración profunda, cierra los ojos y, con mucho cuidado, deja caer las cenizas que guardaba de su padre en el amuleto. Estas caen en el agua, que, con la luz de la noche, parece adquirir un tono fluorescente y brillante. Las diminutas partículas comienzan a viajar a través de la brisa marina, las aguas turquesas y las arenas móviles que rodean el lugar.

—Lo prometido es deuda, papá —susurra ella mientras alza la mirada al firmamento de nuevo.

Sobre ella se encuentran las tres estrellas que forman la

constelación de Equilibrium: Terra, Ídedin y Vawav. Parecen parpadear ante la mirada de la chiquilla. Ella cierra los ojos mientras se lleva de nuevo el colgante vacío al pecho; sonríe feliz por haber cumplido esa promesa que se había jurado hacer hace tantos años. Sin embargo, no puede evitar añorar la compañía de una persona que había prometido acompañarla en este viaje.

Entonces siente un escalofrío que va acompañado de un aroma y una voz. Su cuerpo parece sentir el cálido abrazo de una presencia que no tiene forma física, pero que de alguna forma que no puede explicar está ahí. Es *real.*

—Estás aquí —susurra Amber mientras se acaricia el hombro.

Nunca me he marchado.

Cuando Amber abre los ojos, se encuentra tres siluetas que solo ella puede ver. Son tres formas muy parecidas, pero, a la vez, muy distintas. Cada una de un color diferente. Son, de alguna manera, ángeles guardianes que no solo la protegen a ella; también a todos los amigos que están en la playa. Son los protectores del *equilibrio* del nuevo mundo.

—Te veo, compañera. Te siento, amigo. Te quiero, mi vida.

En memoria de mi padre y de mi abuelo,
dos estrellas que ya brillan en mi cielo.

CARTA DEL AUTOR

Querido lector:

El viaje de Ídedin y Vawav ha terminado. Gracias, de corazón, por llegar hasta aquí. Cuando se me presentó la oportunidad de escribir este proyecto, jamás pensé que fuera a convertirse en un libro tan terapéutico para mí. Esta bilogía comenzó como una historia en la que quería mezclar todas mis pasiones e influencias del cine, la literatura e incluso del mundo del videojuego. Por eso planteé este particular universo de mundos paralelos en donde pueden convivir de manera *equilibrada* la fantasía y la ciencia ficción con una buena dosis de aventuras y acción, sin dejar de lado el humor y el romance que tanto caracterizan a los personajes que suelo crear. También quise hacer un homenaje a todo el cine de catástrofes a través del poder de la palabra, intentando llevar a estas páginas la espectacularidad visual que solo el cine es capaz de mostrar. *Equilibrio*, al fin y al cabo, es una montaña rusa en la que mi único objetivo era pasármelo bien y que tú, cuando te introdujeras en este particular universo, disfrutaras del viaje.

He tardado dos años en escribir esta saga. Dos años en donde mi vida ha dado un giro de 180º cuando estaba inmerso en las escritura de *Colapso*. Es curioso cómo a través de mis historias reflexiono acerca de los temas que me preocupan y cómo impregno el espíritu de la novela de mis miedos, alegrías y tristezas. Sabía que en *Colapso* quería reflexionar sobre lo que hemos vivido como sociedad al enfrentarnos a algo tan crudo como una pandemia. Quería reflexionar sobre cómo asumimos un drástico cambio de vida que, desde un primer momento, nos negamos a aceptar. Quería hablar del poder y de lo efectivo que es

utilizar el miedo como arma política para justificar cualquier cosa. *Colapso*, desde el primer momento, estaba destinado a convertirse en un libro mucho más oscuro que *Equilibrio*.

Entonces ocurre algo en mi familia. Algo que trastoca todos los cimientos de mi vida. Algo que aún, mientras escribo estas palabras, me cuesta asumir. Mientras el Colapso estaba a punto de producirse en la historia de Kai, Denis y Bahari, yo tengo que hacer frente a uno personal. Mi padre fallece de forma repentina y, en cuestión de meses, mi vida se tambalea por completo. *Equilibrio* ya había empezado su andadura y como escritor estaba viviendo un maravilloso momento lleno de encuentros con lectores, firmas y una futura gira por algunos países de Latinoamérica. Pero, de repente, igual que una catástrofe, igual que un Colapso, todo mi mundo se zarandeó y… siguió girando. Porque esto, querido lector, es la clave de todo: la vida sigue. Aunque tú quieras pausarla, esta va a seguir su curso. Refugiarme en la escritura de *Colapso* me ha ayudado a abrazar el dolor, a aceptarlo y convivir con él. *Colapso* me ha ayudado a entender que el luto es solo una manera de enseñar al corazón a sentir de otra forma. Refugiarme en el exilio de la aventura ha sido mi forma de lidiar con toda la crisis emocional a la que he tenido que hacer frente en esta etapa de mi vida.

Espero, por tanto, que, además de haber disfrutado de la parte más espectacular de Ídedin, Vawav y Terra, también te hayas emocionado con el viaje que han hecho todos sus personajes. Espero que sus comportamientos y decisiones no solo te hayan entretenido, divertido, cabreado y/o entristecido, sino también invitado a reflexionar sobre el mundo que nos rodea y el momento que estamos viviendo. Ha sido fascinante llevar a esta ficción estudios reales sobre la robótica y la inteligencia artificial, sobre climatología y meteorología. Pero también ha sido enriquecedor poder hablar de la parte más espiritual y sensorial del ser humano sin entender esta como una religión, sino más bien como algo que forma parte de nuestra vida diaria.

Ojalá recuerdes con el mismo cariño que yo la historia de Kai, Denis y Bahari. Y, en caso de que este libro y tú os hayáis encontrado en un momento de *colapso* personal, espero, de corazón, que sus

páginas te hayan ayudado a encontrar el equilibrio en tu nuevo mundo.

La vida es un regalo maravilloso y, a pesar de que a veces no sabemos qué hacer, no sabemos a dónde ir o, simplemente, solo sentimos oscuridad, es un viaje que hay que disfrutar con paz y honestidad con uno mismo. Creo, sin duda, que es ahí donde reside la verdadera felicidad.

Nos vemos pronto. En Ídedin, Vawav o Terra.

Con amor,

Manu

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Leo, por confiar en mí y apostar tanto por mi carrera. La vida nos juntó en un momento muy particular y doy gracias cada día por ese cruce de caminos, que no solo me ha regalado una maravillosa relación profesional contigo, sino también una gran amistad. ¡Por muchas más aventuras juntos, amigo! You are the best!

Gracias a todo Urano World. A Joaquín y Laura por abrazarme y hacerme sentir parte de esta familia. A Mariola, Patri, Facu, Fran y todo el equipazo que hay detrás de cada proyecto editorial; da gusto trabajar con profesionales tan entregados como vosotr@s. A Romi por la maravillosa corrección que ha hecho de toda la bilogía. A Patricia Mottorouco por el espectacular trabajo ortotipográfico de este proyecto. A todos los equipos de Latinoamérica, en especial a México (Dalil, Fabián, Bere…), Chile (Hervin, Cata, Katy…) y Argentina (Georgina, Mica, Sofía…) por cuidarme (¡y alimentarme!) tan bien en la increíble gira que hicimos en octubre del 2023.

Gracias, Luis Tinoco, por las dos espectaculares cubiertas que has diseñado para esta bilogía. ¡Tienen alma propia!

Gracias, Pablo Reyna, por aceptarme en la familia Tormenta y encontrar el mejor hogar a mis historias.

Gracias, Luis Arteaga, por esa espectacular sesión de fotos por nuestro barrio madrileño. Qué fácil haces que uno se sienta cómodo mirando a la cámara.

Gracias, Íñigo Montero y Laura Carrero del Tío, por haberme prestado vuestra voz para el *booktrailer* de esta bilogía.

Thank you, Marie Lu, for being the perfect partner on our LATAM tour. We have yet to go to an Evanescence concert!

Gracias, amiga María, no solo por enseñarme el significado de la verdadera amistad, sino por dejarme bautizar también al protagonista de esta historia con el nombre de tu hijo (¡ojalá leas esta novela cuando seas mayor, Kai!).

Gracias a mi familia, que me ha demostrado que el dolor se comparte, se abraza y se acepta invocando el amor y el recuerdo. No me cabe la menor duda de que papá está orgulloso de nosotros.

A mis amigos, los de verdad, que, como siempre digo, no hace falta mencionar. Gracias por vuestro infinito apoyo, por las cenas, brindis, tardes de juegos, debates políticos, crisis *millennials* de madurez, intentos de arreglar el mundo… Los amigos son la familia que se elige y, en el caso de esta historia, son quienes definen y dan alma a sus protagonistas. Esto, por supuesto, es culpa vuestra.

Gracias a mis gatos, Twister y Astra, por aparecer y quedarse en mi vida. Virgo tiene vuestro espíritu.

Gracias, feo, por quererme de una manera tan pura. Por escucharme. Por abrazarme. Por entenderme sin que tenga que explicarme. Gracias por sentir que nuestro mundo es *real*.

Y gracias a ti, que has leído estas páginas y confiado en esta historia. Apostar por mis libros me ayuda a que continúe escribiendo y creciendo como autor. Así que gracias por darme alas para poder volar.